EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO EN LOS SIGLOS MEDIEVALES

Manuel Fernando Ladero Quesada
Paulina López Pita



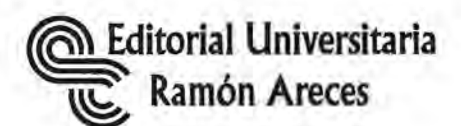




EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO EN LOS SIGLOS MEDIEVALES

MANUEL FERNANDO LADERO QUESADA
Profesor Titular de Historia Medieval (UNED)
PAULINA LÓPEZ PITA
Profesora Titular de Historia Medieval (UNED)

EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO EN LOS SIGLOS MEDIEVALES









© EDITORIAL CENTRO DE ESTUDIOS RAMÓN ARECES, S.A.
Tomás Bretón, 21 - 28045 Madrid
Teléfono: 915.398.659
Fax: 914.681.952
Correo: cerasa@cerasa.es
Web: www.cerasa.es

ISBN-13: 978-84-9961-406-9
Depósito legal: M-34891-2021

Impreso por: LAVEL, S.A.
Humanes (Madrid)

Impreso en España/ Printed in Spain

ÍNDICE

CAPÍTULO 2. LA IGLESIA CRISTIANA ... 57

CAPÍTULO 3. EL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE. BIZANCIO ... 95

CAPÍTULO 4. EVOLUCIÓN DEL IMPERIO EN OCCIDENTE. DEL IMPERIO CAROLINGIO A LOS OTÓNIDAS..... 123

CAPÍTULO 5. LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LOS SIGLOS MEDIEVALES. LOS REINOS CRISTIANOS........ 157

Segunda parte
LA PLENITUD MEDIEVAL
(Siglos XI a XIII)

Tercera parte

DE LA EDAD MEDIA AL RENACIMIENTO O BAJA EDAD MEDIA
(Siglos XIV y XV)

PRESENTACIÓN

El libro que presentamos reúne una serie de capítulos centrados en los siglos medievales que van dirigidos a todos aquellos estudiosos que deseen conocer en su conjunto lo acontecido durante este trascendental período de la Historia en Europa y en otros territorios vinculados al espacio mediterráneo, y, de un modo específico, para los estudiantes que cursan el Grado de Historia del Arte en la UNED, con el objetivo de que les sirva de báse para su posterior formación en el ámbito histórico y artístico, pues consideramos que es imprescindible para cualquier estudioso conocer el espacio histórico, en sus ámbitos políticos, sociales y económicos en el que se creará una obra de arte.

Con tal fin, se fijan una serie de conocimientos básicos que el estudiante debe poseer para alcanzar una mejor y más amplia comprensión de lo sucedido, entre los que podemos mencionar:

- Conocimiento general del período medieval, su ámbito cronológico y sus subdivisiones internas.
- Conocimiento de los principales acontecimientos y hechos históricos que se produjeron y que, sin duda alguna, marcaron el devenir de cuanto fue sucediendo a lo largo del tiempo, así como la aptitud requerida para saber interrelacionar unos acontecimientos con otros.
- Capacidad para comprender y valorar el desarrollo histórico-artístico de épocas anteriores y captar en qué manera su influencia se dejó sentir en los siglos medievales, que le sirvan de base para comprender, posteriormente, su propia evolución y trascendencia en los siglos venideros.
- Facultad para manejar las fuentes bibliográficas que le permitan ampliar o completar aspectos de la Historia Medieval europea y su relación con los países mediterráneos.

En relación con lo hasta aquí expuesto, hemos considerado que el estudiante a lo largo de su aprendizaje debe alcanzar los siguientes resultados:

- Conocimiento de los hechos e instituciones más relevantes que caracterizaron a los siglos medievales, de manera especial el papel trascendental que desempeñó la Iglesia, y su repercusión en la evolución política de Oriente y Occidente; así como, el desarrollo y las prin-

cipales transformaciones que se produjeron en el ámbito socio-económico que tuvieron su repercusión en la sociedad medieval, en su forma de vida y en su desarrollo; o la formación de grandes dinastías en el gobierno territorial europeo.

- Capacidad para comprender la trascendencia de lo ocurrido y poder apreciar con mayor comprensión su evolución y desarrollo, en algunos aspectos, hasta los momentos actuales, pues solo el conocimiento del pasado permite comprender la realidad presente; todo ello a través de una síntesis en la que denotará la capacidad de comprensión de los hechos más relevantes, que serán expuestos en unas claras y estructuradas conclusiones.
- Y de manera especial, despertar el interés para la búsqueda de conocimientos complementarios a través de datos bibliográficos y también mediante las posibilidades que le ofrecen las nuevas tecnologías.
- Comprender la importancia que tuvo lo acontecido en los siglos medievales en la formación de Europa.

Para una mejor comprensión de la evolución de lo sucedido a lo largo de los siglos medievales, se ha estructurado la materia en diversos capítulos que podemos encuadrar en la tradicional división de los siglos medievales:

1. FORMACIÓN DE LOS SIGLOS MEDIEVALES que podíamos denominar la Antigüedad tardía, Tardoantigüedad, o Alta Edad Media, que, grosso modo, abarcaría los siglos IV a X, y que comprendería los siguientes capítulos:

Capítulo 1. De la Antigüedad tardía a los siglos medievales.

Capítulo 2. La Iglesia Cristiana.

Capítulo 3. El Imperio Romano de Oriente. Bizancio.

Capítulo 4. Evolución del Imperio en Occidente. Del Imperio Carolingio a los Otónidas.

Capítulo 5. La Península Ibérica en los siglos medievales. Los reinos cristianos.

2. LA PLENITUD MEDIEVAL, siglos XI-XIII:

Capítulo 6. El desarrollo económico: factores generales. El renacimiento urbano.

Capítulo 7. La evolución política: Imperio y Papado, Monarquías occidentales. Las Cruzadas. Bizancio de los siglos XI al XV.

Capítulo 8. La formación del Imperio Islámico. El Islam andalusí.

Capítulo 9. La renovación eclesiástica y el apogeo de la cultura medieval: las Universidades.

Capítulo 10. La sociedad en la Europa medieval: organización y vida cotidiana.

3. DE LA EDAD MEDIA AL RENACIMIENTO o BAJA EDAD MEDIA, siglos XIV y XV:

Capítulo 11. De la crisis a la expansión: población, agricultura, desarrollo urbano y comercial.

Capítulo 12. La vida política: Francia e Inglaterra. La Guerra de los Cien Años.

Capítulo 13. La vida política: el territorio imperial y la península italiana.

Capítulo 14. La Iglesia y la religiosidad bajomedieval. Las herejías.

Capítulo 15. La cultura a finales de la Edad Media. La expansión europea hacia otros mundos.

Del desarrollo de los capítulos 1 al 5, correspondientes a la primera parte; y del capítulo 8 que se ocupa de la Historia del Islam; así como del capítulo 10 relativo a la Sociedad europea, se ha ocupado la profesora Paulina López Pita.

Por otra parte, el profesor Manuel F. Ladero Quesada ha redactado los capítulos correspondientes al desarrollo económico, la evolución política y los aspectos eclesiásticos de la plenitud medieval (capítulos 6, 7 y 9) y los correspondientes a la Baja Edad Media (capítulos 11 al 15).

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LOS SIGLOS MEDIEVALES

1. Importancia del estudio de la Edad Media

La Edad Media, período que abarca desde los siglos V al XV en que tradicionalmente se ha dividido el estudio de los acontecimientos históricos, ha tenido hasta hace poco tiempo y en algunos lugares aún perdura una connotación peyorativa, aún hoy oímos decir que "estamos volviendo a la Edad Media", lo que implica regresar a una época de atraso, crueldad, ignoran-

cia, incultura, terror, en suma a la "edad de las sombras" y de las "tinieblas", tópico injusto que surgió a partir del siglo XV y que debemos olvidar, simplemente si recordamos, entre otros muchos aspectos, que en los siglos medievales se construyeron las catedrales, nacen las primeras universidades, viven y escriben grandes intelectuales.

Todo ello es una leyenda que procede del Renacimiento que definió estos siglos como un período "intermedio" entre la cultura antigua y su renacimiento posterior, es decir, como si se hubiera producido un "vacío" en el que no se hubiese producido nada, un espacio sombrío. La Edad Media fue objeto de duras críticas desde el Renacimiento, actitud que se mantuvo durante los siglos XVII y XVIII, siendo buena prueba de ello las manifestaciones hechas por autores tan relevantes como Rabelais, Montaigne, Ludovico Ariosto o Cervantes. A finales del siglo XVI, el obispo inglés Gilbert Burne (m.1569) escribía acerca de los siglos medievales: "Diez siglos en los que la ignorancia había sepultado toda forma de saber". Concepto que pervivía en el siglo XVIII, cuando Ludovico Muratori, eclesiástico italiano, escribía en su prefacio al primer volumen de las *"Antiquitates italicae medii aevi"*, publicado en 1738, que: "antes del Renacimiento ya era mucho si la cosa se limitaba a descuidar los documentos y monumentos de la barbarie y no se procedía a destruirlos". Poco tiempo después, Johan Herder, filósofo y teólogo alemán, afirmaba en 1773: "finalmente se produjo, como sabemos, la resolución, el desenlace, la larga noche eterna comenzó a iluminarse con las primeras luces del alba y surgió la reforma, el renacimiento de las artes, de las ciencias y de las costumbres". Todavía a finales de ese siglo, Saverio Bettinelli, jesuita y escritor italiano, comparaba sus días "ilustrados, urbanos y activos" con las "tinieblas medievales" de las que había comenzado a escapar el hombre con el "resurgir italiano en los estudios, artes y costumbres".

A partir del siglo XIX se produce un cambio en torno a esta valoración negativa de los siglos medievales; de manera especial, cuando el escritor pisano Constantino Batín publica en 1823 su obra *"Apología di secoli barbari"* y en ella ataca las ideas defendidas por Bettinelli. El romanticismo fue, en cierto modo, una especie de Renacimiento medieval en el que se redescubrió la grandeza de los siglos medievales, y produjo un nuevo estímulo en numerosos investigadores que fijarán su atención en el estudio de la época medieval. En este sentido cabe recordar la publicación en Alemania, en 1826, de los *Monumenta Germaniae Histórica*, una de las colecciones de textos medievales más importantes de todos los tiempos. La época romántica conoce el nacimiento de numerosos centros e instituciones de investigación histórica, como L'École de Chratres en 1821; al tiempo que, poetas, escritores y artistas encuentran en la Edad Media una inagotable fuente de inspiración. No obstante, hay que tener también presente que el entusiasmo sentido por los hombres del romanticismo condujo a dar, a veces, una imagen

distorsionada del Medievo. A pesar de estas manifestaciones, todavía en el año 1872 el *Diccionario General de las Letras* explicaba el término "Renacimiento" de esta forma: "El término Renacimiento (Rinascitá) lo utilizó por primera vez Vasari a mediados del siglo XVI. Las artes y las letras, que parecían haber sucumbido en el mismo naufragio que la sociedad romana, florecieron de nuevo, y, tras diez siglos de tinieblas, brillaron con nuevo esplendor".

Sin embargo, el estudio y el conocimiento de lo que en esos siglos sucedió nos hará descartar ese concepto y nos ayudará a comprender lo que aconteció y su importancia para entender la esencia misma de Europa y la actualidad.

Son muchos los historiadores que han demostrado a través de sus escritos los orígenes medievales de Europa, en los que desempeñó un papel importante la difusión del cristianismo que dio a los occidentales una conciencia común por encima de las fronteras que les podían separar físicamente. Recordemos las palabras que Marc Bloch dijo en 1934: "El mundo europeo, en tanto que Europeo, es una creación de la Edad Media que casi simultáneamente, rompió la unidad, al menos relativa, de la civilización mediterránea y lanzó, mezclados en el crisol, los pueblos antaño romanizados con los que Roma no había conquistado nunca. Entonces nació Europa en el sentido humano de la palabra".

Es indudable que Europa no constituye una unidad geográfica como es el caso de África o Australia, ni tampoco racial, sino que es el resultado de un largo devenir histórico y de un lento desarrollo espiritual en opinión del profesor Esteban Pujals, quien recuerda los elementos fundamentales de la formación de Europa que señala Christopher Dwason: la tradición científica de la Grecia clásica, sin la cual, la cultura europea sería inconcebible; el genio político unificador de Roma, a través de una lengua de cultura, un derecho común y un acertado sistema de comunicaciones; la religión cristiana que dio impulso a un nuevo elemento espiritual; y el impulso radical de los pueblos bárbaros, que dieron lugar a una mezcla racial y cultural de gran trascendencia, así como a la formación de países que aún perviven como tales.

Por otra parte, el contacto que mantuvo Europa occidental con el mundo bizantino e islámico ejerció una influencia decisiva en su formación y en la cultura medieval. A finales de la Edad Media, Europa se volvía de espaldas a Oriente, conquistado por los turcos, y comenzaba a mirar hacia el Atlántico.

Por otra parte, los siglos medievales dejaron una preciosa herencia en la Europa de hoy día. La Edad Media fue una época de intensa creación del Derecho, una de las primeras universidades que se fundaron, la de Bolonia, enseñaba principalmente Derecho, y su fama fue tal que se convirtió en el lugar principal al que acudían todos los estudiosos de esta materia. De los siglos medievales parte la clasificación científica de las materias y los métodos

de enseñanza, debido a Martrianus Capella quien en el siglo V realizó la conocida división en *Trivium,* donde aglutinó las materias que estaban relacionadas con el arte de la palabra: gramática, retórica y dialéctica; y *Quadrivium,* que engloba las artes de los números: aritmética, geometría, música y astronomía, fundamento de las enseñanzas universitarias. La Edad Media fue un período de creatividad, de innovaciones y de esfuerzos por seguir el camino; durante ese tiempo las cosas fueron cambiando dentro de esa Europa incipiente, y se produjo lo que el historiador Michael Mitterauer describe como una "serie de encadenamientos de circunstancias" que podemos observar por ejemplo cuando se originó la revolución agraria de la Alta Edad Media, que representó un factor clave para la evolución económica europea en su conjunto.

En suma, la Edad Media fue mucho más que un tiempo tenebroso, por lo que es necesario renunciar tanto a la imagen oscura que algunos mantienen como a la imagen dorada. El legado de la Edad Media es enorme, y esperamos que puedan apreciarlo y comprenderlo a través de la lectura y estudio de este libro.

2. Concepto de Edad Media

El término "Edad Media" fue acuñado a mediados del siglo XV por Giovanni Andrea de Bussi, obispo de Aleria, secretario del papa Sixto IV y responsable de la Biblioteca Vaticana. Aunque el concepto como tal tiene su origen en la publicación del libro *Historiarum ab inclinatione romanorum imperii decades,* escrito por Flavio Biondo (1388-1463), donde expuso que el largo período comprendido entre los siglos V y XV constituye una unidad histórica cerrada en sí misma y caracterizada por la aparición, a partir de las invasiones de godos y vándalos en Italia, de una lengua vulgar, que sustituirá a la lengua de la extinta latinidad romana.

La expresión quedó consagrada en el siglo XVII con la aparición de la obra de Cristóbal Cellarius o Keller, profesor de la Universidad de Halle, titulada *Historia medii aevii a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam,* publicada en 1688. Y de manera especial, a partir del siglo XVIII y sobre todo a lo largo del siglo XIX, cuando los pedagogos introducen en los programas de enseñanza una historia general e introducen el concepto y término de "Edad Media".

El hecho de que el período comprendido entre los siglos V y XV se denomine "Medieval", es debido a que desde el Renacimiento existía entre los historiadores y humanistas la conciencia de dos edades: la Antigua, sobre todo la época de Grecia y Roma; y la Moderna, que por entonces era la actual. Por exclusión había que admitir una edad entre ellas: la Media, la cual era con-



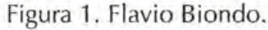

Figura 1. Flavio Biondo.



Figura 2. Cristóbal Keller.

siderada como un abismo del que volvió a salirse con el Renacimiento que inicia la modernidad. Esta "leyenda negra" en torno a la época medieval, se mantuvo, como hemos visto, bastante tiempo.

3. Periorización interna de la Edad Media

El largo período de tiempo que comprende la Edad Media, cuyos comienzos se sitúan con el inicio de las invasiones germánicas del siglo V, y su término, con la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453, en términos generales, se divide en tres bloques temporales:

- Alta Edad Media o Tardoantigüedad, comprende los siglos V al X, período de formación del mundo medieval, denominada por los historiadores anglosajones como la Edad Media temprana o "edad oscura".
- Plena Edad Media, siglos XI al XIII, también llamada Edad Media clásica o período feudal.
- Baja Edad Media o Edad Media tardía, que engloba los siglos XIV y XV.

No obstante, no se pueden marcar con exactitud unas fechas concretas, pues el cambio se produjo de manera paulatina tanto de la Antigüedad al Medievo, como a la llamada Edad Moderna, por lo que el historiador neerlandés Johan Huizinga hablaba al referirse a los siglos XIV y XV del "Otoño de la Edad Media" (1919), aunque otros se refieren a ese tiempo como la "Primavera de la Edad Moderna".

Aunque estos límites cronológicos, con escasas variantes, fueron aceptados sin discusión durante mucho tiempo y quedaron consagrados en la práctica docente e investigadora, conviene que hagamos algunas puntualizaciones:

Respecto al comienzo de la Edad Media, encontramos que unos autores fijan su inicio en tiempos de Constantino I (306-337), cuando se promulgó el Edicto de Milán (313); otros lo retrasan hasta la muerte del emperador Teodosio en el año 395. Los germanistas, por su parte, hicieron hincapié en la trascendencia que tuvo el año 476 cuando se puso fin al Imperio romano para marcar el fin de la Antigüedad.

Por su parte, Henri Pirenne sostiene que la Edad Media comenzó cuando se produjo la invasión musulmana y rompió la unidad del Mediterráneo que los bárbaros habían mantenido como herencia del Imperio. Por lo que el Medievo no comenzaría hasta el siglo VIII.

Otra hipótesis adelanta el comienzo de la época medieval hasta la crisis romana de mediados del siglo III momento en el que, a la amenaza exterior: invasiones de francos y alamanes en el año 257, se unen las profundas alteraciones internas aparecidas durante los gobiernos de Diocleciano y Constantino, como pudo ser la tolerancia del Cristianismo como religión dentro del Imperio.

Por lo que respecta al límite cronológico final también existen diversos planeamientos. Para la historiografía marxista, la Edad Media finalizaría con la Revolución industrial y política del siglo XVIII, que dio paso a la modernidad capitalista. Esquema que asimismo defiende Fernand Braudel (1902-1985) y que, en buena parte, fue asumido por la Escuela Francesa de los "Annales". Para otros, finalizaría con el descubrimiento de América, o en el caso de España, con la toma de Granada por los Reyes Católicos; y para otros, como ya hemos expuesto, el final de los siglos medievales lo marca la llegada de los turcos otomanos a Constantinopla en mayo de 1453.

4. Fuentes para el estudio de la historia medieval

Tomando las palabras del profesor Manuel Riu, podemos decir que se consideran "fuentes históricas" todos aquellos instrumentos, escritos, obje-

tos, restos y testimonios directos o indirectos que utilizamos para conocer los tiempos pasados y escribir su historia.

No obstante, las fuentes para conocer el pasado se nos presentan de manera muy diversa, tanto en la forma como en el número o en las condiciones de aprovechamiento, en función del momento histórico y el ámbito geográfico que deseemos estudiar. Por lo que el tratamiento de las fuentes para el conocimiento de los siglos medievales acarrea no pocos problemas y dificultades que complican sobremanera las posibilidades de establecer una clasificación o tipología.

La primera dificultad proviene de su desigual distribución, tanto cualitativa como cuantitativamente. Para el ámbito de la Europa occidental los documentos de archivo constituyen el elemento fundamental para la reconstrucción histórica; sin embargo, resulta poco significativo para otros ámbitos como el islámico o las civilizaciones asiáticas o africanas, donde cobran mayor importancia los trabajos arqueológicos.

Asimismo, encontramos una gran diferencia entre las fuentes existentes para un período u otro de los siglos medievales. Ya que para los siglos altomedievales existe una carencia de fuentes, o bien las existentes ofrecen una escasa información, por lo que las referencias procedentes de las fuentes no escritas son indispensables para paliar la penuria y el laconismo de las fuentes escritas.

Otra característica de las fuentes medievales es el hecho de que hasta la Baja Edad Media tienen un origen clerical y ello, expone Léopold Genicot (1914-1995) "influye una vez más en su representatividad y sobre la significación de sus aserciones y sus silencios". Esto obliga al historiador a actuar con suma prudencia a la hora de valorar unos testimonios que se ven lastrados por la parcialidad, porque sus autores, como indica Henri Pirenne, medían la importancia de los sucesos en función de lo que significaban para la Iglesia y centraban su atención en la sociedad laica en la medida en que se relacionaba con la sociedad religiosa. De esta manera, tópicos comúnmente aceptados, como el de la religiosidad del hombre medieval, derivan de esta unilateralidad de las fuentes y pueden cuestionarse seriamente cuando ampliamos el tipo de fuentes manejadas a otras que no se vinculan con la ideología dominante, como pueden ser las fuentes de carácter literario. No obstante, a medida que nos aproximamos al final del medievo, se va produciendo una multiplicación de fuentes, el monopolio eclesiástico cede paulatinamente, a la vez que mejora el léxico y el tratamiento de los datos cifrados.

Existen además otros muchos problemas concretos que se deben conocer en el momento de proceder al tratamiento de las fuentes medievales y que, de nuevo, L. Genicot resumió con claridad en su introducción a la *Typologie des souces du Moyen Âge occidental,* y dice así: "... de la mentalidad de la

época, especialmente de la obsesión por la antigüedad o, más generalmente, del respeto a las autoridades. En otros casos, es el vocabulario medieval el que plantea problemas: su pobreza o su imprecisión en los dominios técnicos y jurídicos...". Asimismo, hay que prestar atención a la propiedad intelectual y por consiguiente huir de lo que nosotros llamamos plagio; y, en consecuencia, de la falsificación, y de una cierta ligereza en el tratamiento de los datos cuantitativos, y de la ausencia de sentido crítico, con el único objetivo de la concepción de la verdad.

A la vista de lo expuesto, queda claro que cualquier clasificación de las fuentes medievales que se pretenda elaborar debe estar regida por criterios de flexibilidad y sus objetivos deben ser meramente indicativos y didácticos. En este sentido, cabría dividir las fuentes medievales en dos categorías formales: fuentes escritas y fuentes no escritas. Dentro de las primeras distinguimos, a su vez, cuatro grandes grupos: fuentes narrativas o cronísticas, fuentes literarias en sentido estricto, tratados jurídicos o doctrinales y documentos de archivo. Las fuentes no escritas también cabe agruparlas en cuatro apartados: restos arqueológicos, objetos artísticos y de cultura material, fuentes monumentales y urbanísticas, y testimonios del paisaje y de la naturaleza.

Para el análisis y estudio de estas fuentes resulta imprescindible para el historiador medievalista la utilización de las denominadas ciencias y técnicas historiográficas, siendo las más importantes: la Paleografía o ciencia de las escrituras antiguas, la Diplomática, dedicada al estudio de la forma externa de los documentos y su producción, la Epigrafía o ciencia de las inscripciones, estrechamente relacionada con la Paleografía y la Diplomática, la Numismática, dedicada al estudio de las monedas, la Sigilografía o ciencia de los sellos, indispensable para la historia social, la Heráldica o ciencia de los símbolos hereditarios, la Genealogía, es decir, el estudio de la filiación de las personas y la Onomástica, ciencia dedicada a la catalogación y estudio de los propios nombres.

Mención especial merece la denominada Geografía Histórica, pues se ocupa de asuntos diversos que atañen al conocimiento del mundo medieval. En primer lugar, en todo aquello que se refiere a los condicionantes físicos (clima, relieve, etc.) con influencia en el desarrollo del proceso histórico. En segundo lugar, en todo aquello relativo a la influencia de la actividad humana en la transformación del medio natural: roturaciones y colonizaciones agrarias, deforestaciones intencionadas, apertura de caminos y cañadas para el ganado, etc. En tercer lugar, por la aplicación de la Cartografía a la época medieval. Y, por último, por la utilidad de la Toponimia o estudio de los nombres dados por el hombre a las realidades geográficas.

Primera parte

FORMACIÓN DE LOS SIGLOS MEDIEVALES
(Siglos IV a X)

Capítulo 1

DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA A LOS SIGLOS MEDIEVALES

Esquema de contenidos

1. Introducción

El paso de la Antigüedad a la Edad Media fue el resultado de una larga evolución, por lo cual el período comprendido entre los siglos IV y VIII se le denomina actualmente como Antigüedad Tardía, frente a la tradicional denominación de Alta Edad Media. Desde el momento en el que el Imperio romano finaliza, se emprende un largo camino hacia la Edad Media, período esencial en el que se pondrán los cimientos y se inicia el posterior

desarrollo de lo que será Europa, según el criterio de los estudiosos de esta etapa histórica.

En opinión del profesor de la Universidad de Viena, Michael Mitterauer, el territorio comprendido entre el Rin y el Sena, coincidente con lo que será el reino carolingio, durante los siglos VIII y IX, fue el centro de una dinámica social, cuyas repercusiones se mantienen hasta el presente. A través de las investigaciones realizadas, se puede afirmar que a lo largo de la Alta Edad Media se produjo una transformación del elemento espacial y social que habría de tener profundas consecuencias.

2. Debilidad y decadencia del Imperio romano

Aunque se establece la fecha del año 476, en el que se depuso al último emperador romano, como un posible momento en el que comienzan los llamados siglos medievales, bien es verdad que ya a lo largo del siglo III surgen acontecimientos que van a traer cambios significativos, la demografía cayó de modo significativo debido a la falta de higiene motivada por sucesivas pestes y guerras; así como por los sucesivos cambios climáticos que se sucedieron. Por entonces, el Imperio romano empezó a manifestar signos de debilidad al no poder hacer frente a su fragmentación política motivada por la presencia de fuerzas exteriores, llamadas en muchas ocasiones por el propio Imperio con el objetivo de poder gobernar y controlar todo su territorio como consecuencia de la fuerte crisis interna que sufría que motivó el cese de las actividades mercantiles dentro de sus fronteras y que también propició la supresión de su expansión militar en el exterior; de tal forma que llegaron a entregar parte de sus poderes a los *barbari*, por lo que muchos de sus generales eran y tenían nombres germánicos.

Roma dependía de productos importados, lo que suponía una fuerte salida de dinero en efectivo que no se alcanzaba con la venta de sus propios productos. Las reformas militares y administrativas emprendidas por los emperadores Diocleciano (284-305) y Constantino I (306-337) no fueron suficientes para paliar esta situación, por lo que el conjunto de artesanos, pequeños propietarios y comerciantes sufrieron sus consecuencias, y su empobrecimiento les hizo abandonar la ciudad para instalarse en zonas rurales *villae*, especialmente en los latifundios aristocráticos. El mundo de los siglos altomedievales se convirtió en un mundo fundamentalmente rural, produciéndose como consecuencia un debilitamiento de las estructuras urbanas, pues, aunque la ciudad seguía siendo el centro de la vida política y económica su organización fue diferente, ya que todas las activida-

des artesanas, anteriormente desarrolladas en torno a los núcleos urbanos, se trasladaron a las áreas rurales.

Como consecuencia de todo ello, desaparecen los pequeños propietarios rurales, los campesinos se adscriben a un gran señor, aumentándose la formación de grandes latifundios y los lazos de protección, debido a que durante el Bajo Imperio se aumentaron los impuestos sobre la posesión de la tierra, como consecuencia de la necesidad que tenía el Imperio de recaudar dinero para comprar la fidelidad de las tropas y para hacer frente a los pueblos que amenazaban el Imperio, y también, para asegurar el abastecimiento de las grandes ciudades, de manera especial, de Roma. La sociedad, en suma, se fue haciendo más desigual.

Las reformas emprendidas por Diocleciano no sólo no tuvieron éxito sino que muchas fueron contraproducentes; fue el primer emperador romano que dejó voluntariamente su cargo, agudizándose la crisis a lo largo del siglo IV, durante el cual se produjeron diversas revueltas campesinas tanto contra los grandes propietarios como contra el Estado romano, como sucedió en Hispania, la Galia o el Norte de África donde tuvo lugar la rebelión de los *circumcelliones*, ligados a corrientes espirituales de signo rigorista (donatistas). Al mismo tiempo aumentaron las revueltas, *bagáudicas*, caracterizadas por una fuerte reivindicación de una identidad "indígena" y rural en oposición a la cultura urbana romanizada; este grupo estaba integrado por pequeños agricultores y pastores libres, a quienes se habían unido soldados desertores y algunos bandoleros, cuyos movimientos más significativos tuvieron lugar en Hispania y la Galia.

Los romanos, como hemos dicho, se pusieron en contacto con diversos pueblos que estaban situados más allá de sus fronteras, al norte del Danubio y al este del Rin, mayoritariamente germánicos pero pertenecientes a etnias diferentes, pero que en gran parte habían tenido un origen común y a los que se les conocía con el nombre genérico de *barbari* (extranjeros).

Algunos de estos pueblos se establecieron en territorio del Imperio en calidad de *foeredati*. Ya desde tiempos de Augusto se había producido la entrada de germanos en las filas del ejército romano, primero como auxiliares y, más tarde, en puestos de mayor responsabilidad, como *magister militum*, modificando el arte de la guerra al actuar con mayor ligereza. No obstante, el elemento bárbaro era inferior numéricamente al romano, y únicamente conservan su título de *rex* dentro de su propia comunidad, manteniéndose las estructuras fiscales y administrativas del Imperio romano.

A lo largo de la crisis que sufrió el Imperio romano en el siglo III, Roma controló el avance de estos pueblos *barbari*, pero a lo largo del siglo IV la invasión o la migración de los pueblos dentro del Imperio fue un hecho irre-

versible. En el año 330, Constantino funda la ciudad de Constantinopla, la "Nueva Roma", para regir el Imperio desde Oriente donde estaba la riqueza. Era el preludio de la fundación de dos Imperios: el de Oriente y el de Occidente. No obstante, Roma dejará de ser la capital de Occidente, pues la corte imperial se trasladó a Milán, convirtiéndose en el siglo IV en el centro del mundo occidental.

También en el siglo IV se produjo el triunfo de la Iglesia cristiana, aunque ya los cristianos habían disfrutado a lo largo del siglo III de una cierta tolerancia, pero esta se vio interrumpida durante los gobiernos de Decio (250-251) y de Valeriano (257-260) al obligarles ambos emperadores a realizar de nuevo los ritos paganos, y también, poco después, durante el mandato de Diocleciano, cuando sufrieron una sangrienta persecución en los años 303 y 311, pero que no logró que desaparecieran. La situación de los cristianos cambió con la llegada al poder de Constantino el Grande que puso fin al gobierno de la Tetrarquía, sistema de gobierno de época romana, después del enfrentamiento que mantuvo con su competidor y enemigo, el emperador Majencio, en la batalla del Puente Milvio, al norte de Roma, el 28 de octubre del 312, en la que Majencio murió ahogado al intentar cruzar en su huida el río Tíber. La victoria de Constantino se atribuyó, según la narración de Eusebio, obispo de Cesarea, a la intervención divina en la que supuestamente el emperador vio una cruz con la leyenda *"por este signo vencerás"*, hecho que se asocia a su conversión al cristianismo. De tal forma que, al año siguiente, Constantino y el gobernador de Oriente, Licinio (308-325), promulgaban el "Edicto de Milán" (313) mediante el cual decretaban libertad de culto para sus súbditos, por lo que desde entonces los cristianos gozaron de la tolerancia estatal, aunque, el Imperio romano no había abandonado todavía su paganismo oficial. Los descendientes directos del emperador Constantino actuaron como sinceros cristianos, con la excepción de Juliano (361-363) apodado por los cristianos "el apóstata". Siendo el emperador Teodosio I el verdadero propulsor de que el cristianismo se convirtiese en la religión del Estado, al promulgar el "Edicto de Tesalónica" en el año 380, mediante el cual se acepta el cristianismo, en su versión ortodoxa, como la única fe del Imperio romano, quedando proscritos el paganismo, tolerado hasta ese momento, y la herejía.

En el año 376, estos pueblos, étnicamente heterogéneos pero llamados en su conjunto *barbari*, comenzaron a reunirse en la orilla norte del Danubio, siendo muy numerosas las incursiones protagonizadas por francos y alamanes que saquearon durante años las provincias del Imperio e hicieron violentas incursiones por la Galia, Hispania, Italia y el Norte de África, llegando a imponerse a pesar de los esfuerzos realizados por los emperadores para contenerles. Así sucedió cuando el emperador Valente (364-378) trató de impedir el paso de los godos, quienes presionados por los hunos y acu-

ciados por el hambre, ya que la negligencia de la administración imperial no les había proporcionado los alimentos que habían pactado en el acuerdo de asentamiento, habían cruzado la línea del Bajo Danubio, sufriendo una terrible derrota en las cercanías de la ciudad de Adrianópolis (Edirne), Tracia, el 9 de agosto del año 378, donde el emperador perdió la vida junto a dos tercios de su ejército, en su mayor parte de infantería, puesto que la mayoría de los jinetes pudieron huir. Este enfrentamiento pasó a la Historia como uno de los mayores desastres que sufrieron los romanos; pues, como consecuencia de esta derrota, innumerables pueblos *barbari*, godos, alanos y hunos, se adentraron en la parte oriental del Imperio sembrando el pánico pues saqueaban y destruían todo lo que encontraban a su paso.

No obstante, el emperador Teodosio I el Grande (379-395), cuyo nacimiento se sitúa en Hispania en el año 347, logró de manera provisional un acuerdo con los godos en septiembre del 382 mediante el cual se les permitía su establecimiento en Mesia (Bulgaria). Los godos, establecidos dentro del territorio romano estaban obligados a luchar por el Imperio sin estar integrados en las fuerzas romanas, para defenderle de los otros pueblos barbaros que, pacífica o violentamente, iban cruzando el *limes*. Por consiguiente, pasaban a ser formalmente amigos del Imperio romano. Teodosio demostró ser un hábil diplomático y estratega, pues logró romanizar y convertir en sus mejores tropas a los godos que habían derrotado al emperador Valente. Teodosio I fue el último emperador que gobernó todo el Imperio romano desde el 392 al 395, pues anteriormente había compartido el poder con Graciano y Valentiniano.

A la muerte de Teodosio en Milán, en el año 395, el Imperio romano se dividió entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio, hijos de su primera esposa, Aelia Flavia, también hispana: Arcadio a quien había asignado el gobierno de Oriente (383) con capital en Constantinopla, y Honorio que gobernaría el Imperio romano de Occidente (393), manteniendo la sede en Roma, con el fin de poder hacer frente a las amenazas externas y facilitar las comunicaciones y el transporte.

Ambos promulgaron conjuntamente una *"Ley de Hospitalidad"* en la que se reglamentaba la forma en que las familias germanas asentadas en el Imperio habían de disfrutar de parte de los bienes de las familias romanas que les hubiesen acogido. No obstante, desde Constantinopla se desviaban con gran habilidad hacia Occidente a las sucesivas oleadas de invasores, por lo que, entre otras causas, el Imperio romano de Oriente logró sobrevivir, mientras que Roma sucumbió. Tal fue el caso de los Hunos y sus aliados, quienes estando acantonados en Oriente se dirigieron hacia el oeste, desencadenando la gran ola migratoria de finales del siglo IV.

3. Incursiones de los llamados pueblos bárbaros

A lo largo del siglo V las incursiones bárbaras, procedentes del norte, provocaron una dislocación política, ya que varios ejércitos se apoderaron de las diferentes provincias de Occidente, creando en ellas otros tantos reinos independientes: los suevos llegaron a Hispania en el 409; los vándalos se asentaron en la actual Argelia, tradicionalmente granero de Roma, en el 435; y los burgundios se establecieron en las inmediaciones de Ginebra en el 442. Por lo que la autoridad del Imperio romano quedaba reducida a Italia. Para muchos romanos la llegada de los bárbaros supuso un alivio fiscal, por lo que fueron aceptados con agrado en muchos lugares.

3.1. *Hunos*

El inicio de los movimientos migratorios de los llamados pueblos barbaros estuvo protagonizado por los Hunos, quienes desde Panonia (parte de la actual Hungría, Croacia y Serbia-Bosnia) irrumpieron en Europa, convirtiéndose en la principal potencia dirigente del mundo bárbaro bajo el mando de su principal caudillo, Atila, conocido como "el Azote de Dios", quien, desde que accedió al poder en el año 434 y durante los quince primeros años, dirigió todas sus campañas hacia Oriente; no obstante, la atracción que sentía por Occidente le llevó a realizar una primera incursión en el año 451, movido por la debilidad en la que se hallaba el Imperio. Remontando el Danubio por la orilla izquierda, atravesó el Rin por los alrededores de Maguncia, asoló Bélgica y llegó a incendiar la ciudad de Metz, alcanzando en ese mismo año la ciudad de Orleans.

A pesar de la derrota que los hunos sufrieron frente a la coalición romana dirigida por el general romano, Aecio, y el rey visigodo Teodorico I, en los "Campos Catalaúnicos o Mauricos", conocida con este nombre porque tuvo lugar en un sitio espacioso llamado *Maurica*, situado entre Troyes y Châlons, el 20 de junio del 451, Atila realiza en la primavera del año siguiente varias incursiones en Italia, asaltando las ciudades de Milán, Pavía, Padua, Mantua, Vicenza y Verona; llegando incluso a la ciudad de Roma, cuyo asedio respetó después de entrevistarse con el papa León I (440-461), sin que hayan podido saberse los motivos por los que tomó esta decisión, pues la caballería de los hunos tenía fama de ser numerosa e infatigable. El equipo de sus guerreros estaba constituido por el arco reflejo con flechas triangulares, la silla de montar de madera, el látigo, el lazo y la espada de uno o dos filos.

Su ambición le llevó a pretender contraer matrimonio con Honoria, hermana del emperador Valentino III, la cual enfrentada a su hermano, había llegado a ofrecer su mano a Atila; al denegársela el emperador, Atila saqueó Aquilea (452). Poco después, Atila muere la noche posterior a su tercer matrimonio. Los hunos que le sobreviven no son más que una horda mediocre, su imperio no perduró mucho tiempo pues la guerra que enfrentó a los dos últimos hijos de Atila causó su derrumbe definitivo.



Figura 1. *Encuentro de León Magno con Atila,* Rafael Sancio (Palacio Apostólico de la ciudad del Vaticano. Roma).

Las hazañas de Atila aparecen reflejadas en el Cantar de los Nibelungos, poema épico de origen germánico, escrito en el siglo XIII, en el cual el rey de los hunos ocupa un lugar destacado en el conjunto de los relatos (Cantos XX al XXII); en los que narra el momento en que Atila queda viudo y se le sugiere desposar a Crimilda, hermana del rey de Borgoña y viuda de Sigfrido, y todo lo que aconteció.

3.2. *Suevos*

El pueblo germánico de los suevos atravesó el Rin en torno al año 406, asentándose en Hispania en el 409. Fue el primer reino independiente for-

mado dentro del territorio del Imperio romano. En un comienzo se instalaron en Gallaecia y Lusitania, pero cuando los vándalos se marcharon al norte de África, realizaron diversas incursiones en todo el territorio peninsular: tomaron Mérida, Sevilla, e incluso una parte de la Cartaginense, quedando únicamente libre de sus devastaciones la Tarraconense.

Lamentablemente no se han conservado fuentes que nos permitan conocer mejor la historia de los suevos, por lo que disponemos de pocos datos. Sabemos que fue el primer pueblo bárbaro que se convirtió al catolicismo, durante el reinado de Requiario (448-456), siendo también el primer rey europeo cristiano que acuñó moneda con su propio nombre. No obstante, rompió el acuerdo que mantenía con el Imperio romano y decidió atacar la Tarraconense, provincia que siempre había sido imperial, por lo que los visigodos, actuando como federados del Imperio, se enfrentaron a los suevos en la batalla conocida como del río Órbigo, y les infringieron una terrible derrota, como consecuencia de la cual, quedaron arrinconados en Gallaecia, es decir entre el Atlántico y Astorga por una parte; y por otra, entre el Cantábrico y el Duero. Requiario huyó y buscó refugio en Oporto donde fue capturado y ejecutado. Los godos se vieron obligados a aceptar el arrianismo de nuevo, hasta que Martín de Braga volvió a convertirles al catolicismo en torno a los años 560 y 580. Su oscilación religiosa es reflejo de su debilidad.

El reino de los suevos desapareció en el año 585 cuando el monarca visigodo Leovigildo les acusó de haber colaborado en la sublevación protagonizada por su hijo Hermenegildo. Los suevos dejaron en la Gallaecia algunas huellas onomásticas y arqueológicas concentradas en las proximidades de la ciudad de Braga, la que había sido su capital.

3.3. *Vándalos*

También en torno al año 406, los vándalos, pueblo germánico que estaba asentado en las inmediaciones del Báltico, cruzaron el Rin y se establecieron en la Galia. El nombre de *vandali* designa un amplio grupo de pueblos cuyo hábitat se sitúa hipotéticamente en Pomerania (parte de Alemania y Polonia, en el litoral del mar Báltico). La historia establece el primer contacto con los vándalos en el siglo I d.C.

Cuando llegan a Hispania en torno al año 409 no encontraron prácticamente ninguna resistencia pues se encontraba sumida en una guerra civil. Aunque no tenemos muchas noticias de este pueblo durante el tiempo que residieron en la Península, sabemos que tuvieron contacto con el mar y se

convirtieron en unos piratas temibles. En el año 426 atacan las Baleares y dos años después toman la base naval de Cartagena. En el año 429 los vándalos, concentrados en Tarifa, se dirigieron a Tánger, y en poco más de un año recorrieron más de dos mil kilómetros por el norte de África, llegando hasta la región de Tripolitania, saqueando a su paso la ciudad de Cartago, incendiando y demoliendo sus edificios. Los romanos, incapaces de frenar estos ataques, les propusieron un *foedus* (tratado vinculante).

Los vándalos lograron hacerse dueños de las tierras que en África tenían los romanos, ocuparon sus tierras y motivaron que sus propietarios se marcharan a Italia o a Oriente, pues no les confiaron ningún puesto de importancia. No obstante, adoptaron costumbres romanas, incluidos los placeres de las termas y el circo. Los vándalos se convirtieron en un reino independiente por lo que los impuestos que antes aportaba esta región al Imperio dejaron de llegar a Roma.

Uno de los períodos de la historia de los vándalos de mayor expansión se produjo durante el reinado de Genserico (428-477), pues uno de sus principales objetivos fue llevar a cabo una expansión continua, tarea que mantuvo hasta el final de su reinado. Desde Cartago, convertida en capital del reino, la flota del monarca se introdujo por primera vez en Sicilia en el año 440, aunque la verdadera conquista no se produjo hasta el 468. El control de la isla tenía un gran interés no solo por su situación privilegiada en el Mediterráneo, sino por ser lugar de escala en el transporte del trigo que transcurría de África a la ciudad de Roma. En este sentido, tuvo una vital importancia la toma de Córcega, Cerdeña y las Baleares, utilizadas como colonias de explotación y deportación. Al mismo tiempo que proseguían las continuas incursiones a las costas españolas, italianas y griegas, que culminaron con el saqueo de Roma en el año 455.

A la muerte de Genserico, el poder de los vándalos decayó, la obra de su rey fue efímera, y no pudieron sobreponerse al ataque de los bizantinos. Belisario, general romano de Oriente, conquistó el reino vándalo para el emperador Justiniano, denominándose, a partir de entonces, el "África bizantina".

3.4. *Burgundios*

Situados en el siglo I en el Báltico, este pueblo comenzó a trasladarse hacia el oeste a lo largo del siglo III. Asentados en un territorio que abarcaba desde el Rin a la Suabia central, quedando bien determinado hacia el año 359 en el que se definen sus límites fronterizos con el Imperio romano.

El contacto que mantuvieron los burgundios con los romanos les permitió el desarrollo de una cierta actividad económica.

En el año 413 firmaron un *foedus* con el emperador romano mediante el cual obtuvieron la parte de la Galia que estaba próxima al Rin. Además, al ser considerados federados de Roma, recibieron una parte del impuesto sobre la renta a cambio de garantizar la seguridad del territorio. A mediados del siglo V (440-443) están asentados en los valles del Saona y del Ródano, región que tomó el nombre de Burgundia, conocida, posteriormente, como Borgoña.

Todos los monarcas burgundios se comportaron como federados modelos de Roma pues siempre se mostraron dispuestos a prestar todo tipo de apoyo y ayuda al Imperio. La ley de los burgundios, conocida como "*Ley Gombeta*", denominada así probablemente por el rey Gondebaldo, quien la hizo redactar en torno al año 500; en la cual se proclamaba explícitamente la identidad de condición entre romanos y burgundios, por lo que fue una de las leyes bárbaras más romana.

No obstante, a pesar de existir una armonía interior y de estar situado en una región de enorme importancia desde el punto de vista estratégico y económico, el Estado burgundio no era muy viable, pues poseía una base étnica demasiado estrecha para rechazar a sus competidores francos



Translatio uero populorũ de terra in terrã, fit plerũq; propter unam harum causarum. Cum enim terra aliqua repletur hominibus ultra quàm suis prouentibus sustentare potest necesse est ut quidam emigrent aliasq; sibi quærant sedes, sicut olim fecerunt Gothi, Cimbri & Longobardi. Est deinde fundus unius terræ multo fertilior q; sit alius, & id sæpe mouit natiões, ut relicta sua sterili terra, aliã fertiliorẽ usurparint, uiq; intrauerint. Sic enim ueteres scripserũt Cosmographi, quod Heluetij olim incoluerint terrã quæ est iuxta ortum Danubij, appellauerũtq; habitationem eorũ heremum Heluetiorũ, nostro uero tempore inhabitant alpium montes. Fuerunt quoq; bella nonnunquã in causa, quod homines alió

c 3 concesserint

Figura 2. *Grabado del siglo XV que representa las migraciones bárbaras.*

y godos. El último rey burgundio, Godomaro, fue derrotado por los merovingios quienes ocuparon su territorio, pero respetaron las instituciones y la nacionalidad burgundia, acogiéndose algunos individuos al derecho burgundio. La lengua debió de perdurar hasta el siglo VII, e incluso hasta el XI.

3.5. *Godos*

En el siglo IV, los godos después de haber superado sus diferencias tribales aglutinaron a diversos pueblos germánicos y no germánicos. El ataque que sufrieron de los hunos en el año 375, les obligó a pedir asilo en el Imperio, quien acogió a su mayor parte, estableciéndoles en la Tracia (parte correspondiente a Grecia, Turquía y Bulgaria) como *foederati* del Imperio; el resto de la población goda remontó el Danubio por la orilla izquierda, y se estableció en los Cárpatos y en Moldavia, bajo el protectorado de los hunos; produciéndose la división bipartita que domina la historia de los godos: visigodos y ostrogodos como pueblos claramente diferenciados. Los visigodos pasaron al Imperio y se asentaron en los alrededores de la ciudad francesa de Toulouse en el año 418, mientras que los ostrogodos permanecieron en el Danubio.

El Imperio romano fue languideciendo durante veintitrés años, su autoridad únicamente era reconocida nominalmente por los pueblos germánicos. Es más, en agosto del año 410, mientras el emperador Honorio se encontraba refugiado en Rávena, Roma sufrió el ataque de los visigodos dirigidos por su rey Alarico I (370-410) al no haber podido alcanzar ningún acuerdo. Fue un acontecimiento traumático para la población, que motivó la huida de su mayor parte que se encontraba acuciada por el hambre; en el saqueo de Roma se respetó a la gente que se había refugiado en las iglesias, pero la hermana de emperador, Gala Placidia fue tomada como rehén; posteriormente, la ciudad sufrió un nuevo saqueo, protagonizado, como hemos dicho, por los vándalos (455).

Los últimos emperadores, que actuaron como grandes ineptos, llevaron a cabo una política autodestructiva y se vieron obligados a abandonar la ciudad y a instalarse en Rávena o Milán, perdiendo casi todo su poder; de tal forma que, desde el año 475, el rey visigodo Eurico (466-484) que gobernaba sobre buena parte de la Galia y de Hispania, se convirtió en el mayor poder político de Occidente.

Ante esta situación, Odoacro, jefe nominal del ejército romano destronó al emperador romano Rómulo Augusto en el 476, considerando que el único emperador digno de este nombre era Zenón I, emperador de Oriente

desde el 474, a quien, reconociéndole como tal, le envió a Constantinopla las insignias imperiales, con el mensaje de que no era necesario que hubiese dos emperadores para gobernar. Odoacro fue nombrado rey de Italia (476-493).

3.5.1. *Visigodos*

Cuando muere el rey Alarico en el 410, su sucesor Ataúlfo (410-414) condujo a los visigodos hacia la Galia, adueñándose de Narbona, Toulouse y Burdeos. Con el objetivo de establecer la reconciliación con los romanos, tomó por esposa a Gala Placidia, hija del emperador Teodosio I y de Gala, su segunda esposa, y hermana de Honorio, en Narbona en el año 414 en una ceremonia completamente romana; pero los problemas existentes dentro de los propios godos, motivaron que fuera asesinado al año siguiente en la ciudad de Barcelona mientras revisaba sus caballerizas. Durante el reinado de su hermano y sucesor Walia (415-418) el reino visigodo se estableció en Tolosa (la actual Toulouse, en Francia), una de las regiones más ricas y menos combativas del imperio. El nuevo rey firmó con el gobierno imperial un *foedus* en el año 416 mediante el cual los visigodos se comprometieron a entrar en Hispania para eliminar a otros pueblos bárbaros que se habían asentado en la Península Ibérica: suevos, vándalos y alanos.

FLACILA = TEODOSIO I = GALA

ARCADIO HONORIO GALA PLACIDIA = ATAULFO (1°)
= CONSTANCIO III (2°)

Durante los gobiernos de Teodorico I (418-451) y de su hijo Teodorico II (453-466) continuaron como *foederati* del Imperio, y en diversas ocasiones se pusieron al servicio de Roma para combatir bien a Atila, a los *bagaudas* hispanos o para eliminar el peligro de los suevos. Se les ha considerado como uno de los pueblos bárbaros más romanizados. Los monarcas visigodos cambiaron incluso sus costumbres: hablaban latín, observaban el *"ius"* (Derecho-objetivo), e incluso llegaron a acomodar su vestimenta a la moda romana; de tal manera que Teodorico II conocía bien el Derecho romano y podía leer a Virgilio.

Con su sucesor, Eurico (466-484), el Reino Visigodo de Tolosa alcanzó su apogeo, pues aprovechando la desaparición del Imperio romano aumentó su poder en la Galia y afirmó su protectorado sobre Hispania. Fue un rey

legislador, codificó la ley germana, hasta entonces consuetudinaria, con la elaboración del llamado "*Código de Eurico*" hacia el año 475, obra clave de la Antigüedad Tardía que puso las bases de la futura legislación visigoda; respetó los cuadros administrativos romanos y nombró a condes y duques tanto godos como romanos. El mismo, aunque conservó el vestido de los reyes godos, asumió voluntariamente los títulos menores del protocolo imperial (*clementia vestra, mansuetudo vestra*), pero afirmó su independencia renunciando a las fechas consulares a favor del cómputo por años de reinado.

Durante el reinado de su hijo Alarico II (484-507) se produjo un período de inestabilidad, pues junto con la desaparición del Imperio romano, apareció en el norte de Francia el pueblo de los francos que aspiraban a adueñarse del territorio visigodo. El enfrentamiento se produjo en Vouillé en el 507, batalla que tuvo una enorme trascendencia pues marcó el inicio de un nuevo período en la historia del pueblo visigodo. La derrota sufrida por los visigodos ante el ejército franco motivó el desplazamiento de la población hacia Hispania donde establecieron un nuevo reino, muy diferente al de Tolosa que había sido especialmente galo y ampliamente volcado al exterior, mientras que el Reino Visigodo de Toledo será casi únicamente español y cerrado sobre sí mismo.

A lo largo de la primera mitad del siglo VI la situación tan tensa en la que se encontraba la monarquía visigoda provocó que se produjese una guerra civil. Atanagildo (555-567) logró apaciguar el reino y comenzó a gobernar desde Toledo. Pero fue Leovigildo (573-586) quien, asociado al trono por su hermano Liuva, condujo al reino visigodo a un momento de esplendor al conseguir el dominio de los territorios de Hispania que estaban fuera del poder visigodo, de tal forma que se anexionó los territorios del Reino suevo, asentado en Galicia, zonas de Asturias, León y norte de Portugal. Posteriormente, se dirigió hacia el sudeste peninsular, sometiendo ciudades y fortalezas y adueñándose de ricos territorios y de vías de comunicación que se dirigían a la Bética. Organizó con sus nobles el consejo palatino (*Aula regia*). Al mismo tiempo planeó los matrimonios de sus hijos: Hermenegildo y Recaredo con princesas de otros pueblos europeos dentro de una planificada política matrimonial.

Interesa destacar el hecho de que Leovigildo había enviado a su hijo Hermenegildo a gobernar la Bética, pero éste que se había establecido en Sevilla abandonó el arrianismo en el que había sido educado y se convirtió al catolicismo, posiblemente influenciado por su mujer, la princesa Ingunda, y por el obispo católico San Leandro. Este hecho fue uno de los motivos por el que se produjo el enfrentamiento entre padre e hijo. Leovigildo logró imponerse y aglutinó a la mayor parte del territorio de Hispania bajo su poder, por lo que pasó a la Historia como uno de los grandes gobernantes. Hermenegildo fue ejecutado en el 585.

Sería con Recadero (586-601) cuando se produjese la conversión de los visigodos al Catolicismo hecho que, formalmente, tuvo lugar durante la celebración, el 8 de mayo del año 589, del III Concilio de Toledo, asamblea político-religiosa convocada por el rey y presidida, en este caso por Leandro de Sevilla, creándose una única Iglesia nacional. Durante su gobierno realizó diversas campañas militares en Hispania, e incluso se apunta que muy a finales del siglo VI, Recaredo solicitó la intercesión del papa Gregorio Magno (540-604) para que actuase en el conflicto que se producía en el sur peninsular entre los bizantinos y los visigodos. Recaredo fortaleció su poder y consolidó el reino visigodo de Toledo (*Urbs regia*).

A lo largo del siglo VII se sucedieron numerosos reyes, entre los que debemos mencionar a Chindasvinto (642-653) y a su hijo Recesvinto (653-672), quienes siendo reyes eminentemente guerreros fueron también monarcas legisladores. En el año 654 promulgaron un corpus legislativo conocido como *Liber Iudiciorum*, o Libro de los Juicios, obra clave en la Historia del Derecho español, traducido al romance siglos después con el título de Fuero Juzgo. Veremos como la Edad Media fue una época de intensa creación del Derecho.

A la muerte de Recesvinto, fue elegido rey Wamba (672-680), personaje noble que había destacado dentro de la Corte. Aceptó la corona con la condición de ser proclamado en la *Urbs regia*, por lo que dotó de mayor simbolismo a la ciudad de Toledo. Ya que el 19 de septiembre del año 672 entró en la ciudad y fue proclamado rey. Tras su reinado llega al trono Ervigio (680-687), monarca débil que se mostró inclinado a favorecer a la nobleza haciéndoles grandes concesiones. Accedió a conceder el trono a su yerno Égica, casado con su hija Cixilo, en perjuicio de sus hijos varones. El rey Égica gobernó durante 15 años Hispania (687-702), y resultó fundamental en el devenir de nuestra historia. En el año 701 Toledo sufrió una epidemia de peste por la que los reyes se vieron obligados a abandonar la ciudad. A la muerte de Égica le sucedió en el trono su hijo Witiza (702-710) cuyos últimos años de gobierno trascurrieron, en términos generales, llenos de polémicas, lo que produjo mayor división en el reino, momento que fue aprovechado por Rodrigo para hacerse con el poder del reino visigodo (710-711), bajo cuyo mandato tuvo lugar la llegada de los musulmanes a Hispania.

El hecho de que el sistema sucesorio de los reyes visigodos originariamente no fuese hereditario, sino electivo, dio lugar a enfrentamientos sangrientos, por lo que san Isidoro de Sevilla llegó a pensar que tenía más ventajas el sistema hereditario.

3.5.2. *Ostrogodos*

En un primer momento, los ostrogodos, sin asentamiento territorial fijo, dirigieron sus amenazas, al igual que otros pueblos, a Constantinopla, de donde fueron rechazados gracias a la habilidad de la diplomacia bizantina que les condujo de manera indirecta a enfrentarse con los que eran enemigos del emperador Zenón I. Es entonces cuando Teodorico, hijo de Teodomiro, es elegido rey de los ostrogodos en el año 474, estableciendo su capital en Novae sobre el Danubio, pero el hecho de haber estado viviendo como rehén en Constantinopla, desde que era un niño hasta que cumplió 18 años, le permitió conocer la cultura romana motivo por el cual decidió marcharse a Occidente, por lo que en el año 448 llega a Italia y ocupa los campos del norte, Milán y Pavía. En el año 493 derrotó y dio muerte a Odoacro, rey de los hérulos, que había depuesto al último emperador del Imperio romano de Occidente, y se instaló en Rávena como rey de Italia (493-526).



Figura 3. *Justa entre Odoacro y Teodorico* (Biblioteca Vaticana).

Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos desde el 474 al 526, comprendió que la civilización romana era la única base sobre la que se podía levantar un Estado capaz de proporcionar a los ostrogodos una primacía duradera entre los bárbaros por lo que trató de organizar una Italia sobre una base dualista: godos y romanos. Teodorico aparece como una mente muy superior a la de los demás gobernantes bárbaros y, creyendo que era necesaria la solidaridad entre ellos, trató de formar una especie de confe-

deración integrada por los reyes germanos de Occidente. Llevó a cabo una política de alianzas familiares con los demás príncipes bárbaros; él mismo contrajo matrimonio con una hermana del rey franco Clodoveo, y concertó el matrimonio de sus hijas con el burgundio Segismundo, y el de otra con el vándalo Trasamundo. Acogió a todos los guerreros disponibles, alistando en su clientela a los hérulos de Panonia, a los varnos del Rin y a los alamanes, a los que pagaba soldadas tan elevadas que incluso acudían a su servicio gentes desde Escandinavia.

Estableció la capital en Rávena. Fue un gran constructor que levantó palacios, iglesias, baptisterios, e incluso su propia estatua ecuestre. Entre sus colaboradores estuvieron influyentes romanos, considerados por Jacques Le Goff como Padres culturales de Europa. El primero es Boecio (480-524), matemático, estadista, escritor y filósofo, a quien la Edad Media le debe todo lo que sabrá de Aristóteles antes de mediados del siglo XII, fue asimismo uno de los creadores del humanismo medieval y contribuyó a que la música se considerase, según el ideal antiguo, como un instrumento superior de cultura; fue la última mente verdaderamente original que produjo la Antigüedad; junto a él, Casiodoro (485-580), quien fue el principal consejero del monarca y mediador entre el mundo romano-bizantino y la sociedad bárbara, dio muestras de su reconocimiento al pasado de Roma y a sus instituciones, de tal forma que cuando hacía referencia a los antiguos emperadores romanos los mencionaba como *majores nostri*. A la llegada de Justiniano a Italia, Casiodoro abandonó su carrera política y se retiró al monasterio de Vivarium en Calabria, al sur de Italia, donde preparó la educación intelectual de las nuevas poblaciones al traducir obras griegas y copiar obras latinas. Se le considera el precursor de los libros y de las bibliotecas. Fue el primero en preconizar el valor santificador del trabajo intelectual.

Durante su reinado, la ciudad de Rávena vivió una época de esplendor arquitectónico, donde mandó construir una residencia palaciega partiendo de una antigua villa romana. Teodorico no se limitó a la creación de nuevos monumentos, sino que dedicó muchos recursos a la reforma y al mantenimiento de edificios antiguos. Hizo numerosas donaciones para edificar castillos y palacios, así como para mejorar las ciudades. Pero el monumento más emblemático es su mausoleo, edificio de dos pisos de planta decagonal construido enteramente con sillares de mármol unidos en seco, sin argamasa. Su cúpula abovedada está hecha de una sola piedra de once metros de diámetro.

A lo largo de todo este dichoso reinado, Italia gozó de paz y tranquilidad; sin embargo, al final de sus días Teodorico pudo comprobar cómo se preparaba una crisis en su sucesión. A su muerte, el 30 de agosto del año 526, la transmisión de poderes se efectuó sin problemas. Le sucedió su nieto, Atalarico, quien reinó bajo la regencia de su madre Amalasunta,

quien profundamente imbuida por la cultura romana dio a su hijo una educación refinada; a la muerte prematura de Atalarico (534), Amalasunta, con el deseo de mantener el poder, contrajo matrimonio con su primo Teodato, quien, no obstante, la hizo renunciar al trono, exiliándola en una isla del lago de Bolsena, donde posteriormente fue asesinada. Situación que fue aprovechada por el emperador bizantino, Justiniano, pues no reconoció la legitimidad de Teodato e invadió Italia.



Figura 4. *Mausoleo de Teodorico* (Rávena, Italia).

3.6. *Francos*

Sus orígenes son oscuros, la mayor parte de los historiadores han admitido que surgieron de la agrupación de diversas poblaciones situadas a orillas del Rin inferior. Su avance por el Imperio se produjo de dos formas distintas: por una parte, desde el siglo IV se fueron introduciendo en el interior del mundo romano formando parte de su ejército; y, por otra, fueron colonizando lentamente tierras que habían sido abandonadas por el Imperio. En el conjunto de los pueblos germánicos, los francos eran los que estaban menos romanizados.

Su historia comienza a ser conocida cuando Clodoveo asciende al trono en el año 481 en el pequeño reino de Tournai (en la actual Bélgica) que había heredado de su padre Childerico I, inaugurando la dinastía de los merovingios. Para Jacques Le Goff, el historiador Patrick Geary ha demostrado con claridad que este período "merovingio" constituye un período de transición de la Antigüedad-Tardía al Medievo en el que empieza a aparecer Europa. El objetivo de Clodoveo era engrandecer su reino, y por ello emprendió varias campañas contra turingios, alamanes, que habitaban el tramo medio del valle del Rin, y de manera especial frente a los visigodos, sobre los que obtuvo una importante victoria en Vouille en el 507, apoderándose de sus posesiones en el suroeste de la Galia, y de Tolosa, su capital.

Tuvo un significado especial su conversión al catolicismo, compromiso que adquirió al casarse con Clotilde, católica burgundia, en el año 492, lo que supuso la conversión de todos los francos al catolicismo, siendo el primer reino bárbaro católico del Occidente, por lo que las siguientes campañas que emprendió se convirtieron en cruzadas frente a arrianos y paganos.



Figura 5. *Bautismo de Clodoveo en Reims por el obispo Remigio* (25 de diciembre de 496 o 499).

En los últimos años de su reinado eliminó a los reyezuelos francos, fijando su linaje sobre todos ellos. Clodoveo logró también que su propia familia, la dinastía merovingia, quedara instituida como la única rama capaz de dar reyes legítimos a los francos. Fijó la residencia real en París, y su reino fue una síntesis innovadora entre los elementos romanos y germánicos. Comenzó a legislar en latín.

Cuando el rey Clodoveo muere de manera repentina en París en el año 511, el dominio franco se extendía desde el Rin al Atlántico, y del Canal de la Mancha a los Pirineos. La conquista de los francos continuó aproximadamente hasta el año 560. Los hijos de Clodoveo ocuparon el reino burgundio (532-534), arrebataron Provenza a los ostrogodos e impusieron el protectorado franco a los turingios, alamanes y bávaros, estableciendo su hegemonía en amplias zonas de la Alemania central que nunca habían formado parte del Imperio romano. Durante unos años fueron señores del norte de Italia (540-550), y llegaron a ser la potencia más fuerte de todo el Occidente después del Imperio romano. La dinastía merovingia perduró, salvo un intervalo de tiempo, hasta el año 751. Según Lucien Musset fue el Estado más duradero del Occidente bárbaro debido al relativo equilibrio entre sus elementos romanos y germánicos.

La fuerza de la dinastía merovingia era tan significativa que los reyes podían acceder al trono siendo niños actuando como regentes sus madres; tal fue el caso de Fredegunda, madre de Clotario II, y Brunilda, regente de su hijo Childeberto II y posteriormente, cuando su hijo fallece, de su nieto, Teodeberto II. Durante los años 640 y 660 los nietos y biznietos de Clotario también contarán con otras reinas regentes. No obstante, la regencia de las mujeres siempre constituía un tema polémico, por lo que a menudo se impugnaba la autoridad de estas reinas.

Al ser el reino franco tan extenso, la riqueza y el poder no sólo estuvieron en manos de los monarcas, sino también en las de sus principales aristócratas. Muchas de estas destacadas familias llegaron a fundar monasterios con el objetivo de afianzar su linaje; tal fue el caso de Ida y Gertrudis, viuda e hija de Pipino I, que fueron la fundadora y la primera abadesa, respectivamente, del convento de Nivelles (Bélgica) en la década del año 640. De tal forma que los aristócratas se fueron convirtiendo en personajes políticos de forma independiente.

Cuando muere Childerico II (675), las familias aristocráticas se enfrentaron entre sí, imponiéndose el linaje de los Pipíneas después de la batalia de Tertry (687); no obstante, a la muerte de su vencedor, Pipino II de Heristal, se produjo una guerra civil entre sus herederos, haciéndose con el poder Carlos Martel, hijo ilegítimo de Pipino, quien consiguió reconquistar gran parte de las tierras que se habían declarado autónomas, extendiendo sus domi-

nios hasta la Provenza. Sus hijos Pipino III y Carlomán I extendieron también su potestad por Alamania y Aquitania.

3.7. *El reino lombardo*

Aunque el origen de los lombardos no está muy definido, se les sitúa a orillas del río Elba, desde donde realizaron diversas incursiones; a lo largo del siglo V se encontraban en parte de la actual Austria, pero a comienzos del siglo VI, se trasladan a Panonia y se convierten en jinetes seminómadas. Por entonces, su rey Waco consigue un gran prestigio al casar a sus hijas con reyes merovingios y por mantener buenas relaciones con el Imperio bizantino.

Cuando el emperador Justiniano expulsa a los ostrogodos de Italia, los lombardos abandonan Panonia (actual Hungría) y conquistan Italia en torno al año 568. El rey Alboino (m.572) se hace con el poder de la región de Aquilea, y poco a poco sus tropas se fueron apoderando de los *castella* del Véneto; y, en poco más de un año, el reino lombardo se asienta en la llanura del Po y se adueña de Milán; dos años más tarde, arrebatan a los bizantinos Pavía, convirtiéndose por su situación al norte de Italia, región de Lombardía, en el punto de partida de numerosas expediciones. En pocos años los lombardos ocupan la mayor parte de la Italia septentrional y central.

No obstante, los lombardos no supieron establecer una sólida formación política, y no llegaron a formar un Estado nacional coherente como el que habían constituido los francos en la Galia o los visigodos en Hispania; la monarquía fue abolida, pues tras la muerte de Alboino y de su hermano Clefi (574), los duques no logran ponerse de acuerdo para elegir a su sucesor, y durante una década (574-584) permanecen sin rey; por lo que el poder recayó en jefes de bandas, que condujeron a un Estado de "anarquía militar" en el que los ejércitos vivían del botín. Su asentamiento se realizó, en gran parte, bajo la forma de colonización militar heredando de los romanos su carácter eminentemente urbano y su latinidad.

Por entonces, el rey Agilulfo (590-616) se convirtió a la fe católica, pero fue su esposa, la reina Teodelinda, quien dio verdaderamente un impulso a la conversión de su pueblo al catolicismo, al mandar construir iglesias en Lombardía y Toscana, entre las que podemos citar la catedral de Monza y el primer Baptisterio de Florencia. Aunque sería durante el gobierno de Liutprando (712-744) cuando se produjo la conversión del pueblo lombardo al catolicismo.

Después de unos años en que la monarquía fue restaurada sin mucho éxito, en el año 774 el reino lombardo cayó en poder de los francos al conquistar su capital, Pavía. La historia de los lombardos es conocida debido a la obra *"Historia Langobardorum"* de Pablo el Diácono, monje benedictino fallecido en el año 799.

Aunque el derecho y el ejército, propiamente lombardos, fueron, en parte, eliminados o asimilados por los francos después de la destrucción del reino por Carlomagno, la llamada arquitectura lombarda, basada en formas de la arquitectura cristiana primitiva y romana con notables aportaciones orientales, dejaron su influencia en las llamadas "bandas lombardas", pilastras verticales que sobresalen del muro y están unidas a la parte superior por unas arcadas. Ejemplos, aunque de época posterior, son las construcciones de san Ambrosio de Milán y san Miguel de Pavía.

3.8. *Anglos y sajones*

Junto a las grandes migraciones terrestres se desarrollaron otros movimientos de carácter marítimo que afectaron a las zonas costeras de la Europa del Noroeste. Fue el pueblo de los hérulos quien inicia desde Dinamarca el primer movimiento. Pero el avance más importante estuvo protagonizado por los sajones, frisones, anglos y jutos, quienes desde la zona costera comprendida entre la Península de Jutlandia y el Rin se dirigieron hacia Britania.

La falta de fuentes documentales fiables no ha hecho posible dar una explicación clara sobre las causas que motivaron estos desplazamientos, se han alegado causas geológicas y demográficas, y también que pudiera ser que estos movimientos estuvieran propiciados a consecuencia de los progresos de la construcción naval, o por la existencia de posibles tesoros monetarios escondidos en zonas costeras.

El papel de los frisones es poco conocido, únicamente se sabe que la expansión frisona se efectuó hacia el nordeste, primero entre los ríos Ems y Wese en la parte noroccidental de Alemania, y posteriormente, entre los ríos Elba y Eider, para ocupar el lugar que habían abandonado los sajones.

El origen y evolución de los jutos se hace todavía más difícil, Beda el Venerable (672-735) historiador y monje benedictino que escribió *"Historia eclesiástica de los pueblos Anglos"*, les atribuye la colonización del condado de Kent, de la isla de Wight y de una parte del condado de Hampshire, pero no hay uniformidad por parte de los historiadores en esta afirmación.

Algo más sabemos de los anglos. Procedentes en su mayoría de la costa oriental del Schleswig (Alemania) se movieron a Britania. Su lengua y civilización no difieren mucho de las sajonas por lo que ambos movimientos están estrechamente relacionados. El motivo por el que emigraron a Britania está relacionado con el hecho de que en tiempos del emperador Marco Aurelio, finales del siglo II, se habían escondido depósitos monetarios cerca de los ríos Támesis y Wash, que constituían dos importantes entradas a Inglaterra.

La conquista de Inglaterra debió de producirse a mediados del siglo V. Los primeros colonos se asentaron en el tercio oriental de la isla, pero no se conoce la fecha de la ocupación de ninguna ciudad pues éstas perdieron cualquier significación. Los estudios realizados han llevado a pensar que el avance no fue continuo ni uniforme, pero no han permitido conocer con exactitud cómo se produjo la desaparición de la población indígena, por lo que este hecho ha llegado a ser uno de los problemas más misteriosos de la historia inglesa.

A mediados del siglo VI cesaron los desembarcos procedentes de ultramar, momento en el que la conquista sajona adquirió un estatuto regular con la fundación de los principales reinos. De tal forma que, en el siguiente siglo, el espacio donde nacería la Inglaterra medieval estaba totalmente ocupado y la lengua inglesa se había impuesto en todo el territorio; únicamente tomó del bretón, lengua céltica que se hablaba en el oeste de Britania, unas 15 o 16 palabras, y los nombres de algunas grandes ciudades: London, York o Lincoln, y de algunos ríos importantes, como el Támesis.

Inglaterra quedó constituida en doce reinos, que aun siendo de rasgos muy distintos, mantuvieron las instituciones políticas sustancialmente idénticas. Siete de ellos formaron la denominada "Heptarquía anglosajona", integrada por tres estados de fundación sajona: Essex, Sussex y Wessex; otros tres estados creados por los anglos: Mercia, Anglia Oriental y Northumbria; y el estado de Kent, situado en el sureste, fundado por los jutos.

4. Organización política y legislación

Con la llegada al poder de los barbaros se mantuvieron las estructuras políticas del gobierno provincial del Imperio romano, siendo ayudados en las responsabilidades civiles por oficiales romanos, manteniendo por su parte, el mando militar. Es indudable que en la formación de las distintas monarquías que surgieron en ese momento, tuvo una incidencia notable el grado de romanización de los diferentes pueblos germánicos. Hay que

tener presente, las diversas circunstancias de su asentamiento y formación, la situación geográfica, el grado de relación mantenida con los conquistados, la propia personalidad de sus jefes, las instituciones que se desarrollaron, las leyes que se fijaron por escrito, así como su propia evolución política a lo largo de los siglos IV a VIII.

En términos generales podemos decir que la forma de gobierno de los reinos "barbaros" era una combinación de estructuras heredadas y de procedimientos e innovaciones diseñados para adaptarse a las circunstancias locales. No obstante, las formas concretas en que surgieron los líderes políticos y las instituciones en los siglos V y VI son a menudo oscuras. En el caso de Britania solo existen conjeturas, a la vista de los análisis arqueológicos, para determinar lo que sucedió después de que el gobierno central romano dejase de ser eficaz. La evidencia arqueológica de Inglaterra indica que esos pequeños reinos estaban empezando a cristalizar en torno al año 600. Sin embargo, se conoce mejor lo sucedido en el continente debido a la existencia de fuentes documentales, en las que se pone de manifiesto que los nuevos gobernantes son identificados como los reyes de los pueblos que ahora ocupaban las provincias romanas ejerciendo su mando sobre una población mixta.

Sin embargo, no existe uniformidad entre los historiadores sobre los orígenes e identidades de estas gentes: romanos, galo-romanos, hispano-romanos, romano-británicos, pictos, escoceses, francos, godos, lombardos, burgundios, suevos, alamanes, vándalos, anglos o sajones. Pues no se trata de una cuestión étnica, sino que, en su opinión, son parte de un proceso descrito por los estudiosos actuales como etnogénesis. Siendo las victorias obtenidas sobre sus rivales por el poder las que consolidaron el sentido de lealtad de sus fieles seguidores y su pertenencia política.

Entre los rasgos comunes de estos pueblos germánicos podemos señalar la existencia en todos ellos de la *realeza* como institución básica. El rey era el líder del ejército, asumía la responsabilidad del mantenimiento de la justicia y la paz, y al igual que lo hicieron los emperadores romanos, promulgaba la legislación y lo hacía con el acuerdo y consejo de todos sus hombres principales. Pero, sin duda, fue el elemento guerrero de la monarquía uno de los componentes primordiales que explica su funcionamiento.

Los reyes germánicos estaban dotados de poderes que, en teoría, eran amplísimos. Ejercían su poder apoyándose en elementos esencialmente bárbaros, prevaleciendo uno de ellos, el *ban* o poder que todo monarca germánico tenía para impartir órdenes o dictar sentencias. En algunos casos, se intentó dignificar a la persona del monarca, como sucedió en el reino visigodo, donde los monarcas fueron ungidos al ascender al trono, lo que le daba un carácter sacro a su función.

Aunque en un principio la monarquía fue electiva entre los príncipes, duques y hombres destacados; con el paso del tiempo, tendió a vincularse a una dinastía o a una familia, aunque no tuvo el mismo carácter en todos los pueblos. Por ejemplo, en el reino vándalo, Genserico quiso imponer el sistema agnático de sucesión al trono, por el cual el reino no podía pasar a manos del mayor de los príncipes de la familia reinante perteneciente a la segunda generación, hasta que no hubiera fallecido el último de los miembros de la primera; de tal modo que los hermanos del rey muerto tenían un derecho preferente sobre los hijos del difunto, lo que fue origen de muchas rencillas y violencias. En el reino visigodo existen vestigios inequívocos de este mismo sistema agnático y del derecho de sucesión familiar, aunque se suele hablar de un sistema electivo. En el reino merovingio, el rey gozaba de poderes absolutos y esto le convertía de hecho en "propietario" del territorio, pudiendo dividirlo entre sus hijos. En otros reinos, como sucedió en los reinos anglosajones, los gobernantes eran escogidos de entre los varones de un grupo parentelar, no produciéndose la sucesión dinástica hasta el siglo IX. En el reino franco y en el Imperio Bizantino, la posición de la reina era en parte debida a su capacidad de dar a luz herederos masculinos.

En las formas de gobierno occidentales de Europa, la reina parece haber sido responsable de los asuntos domésticos de la casa real con oficiales a su cargo, y del manejo del dinero para asuntos relacionados con la provisión de la corte. En ocasiones también participó en tareas de gobierno, o interviniendo y manejando los hilos para la elección del heredero, como sucedió en el caso de la reina Goiswintha, esposa de Leovigildo, reina de los visigodos que tuvo una gran importancia dentro de la corte toledana, quien según nos cuenta san Isidoro de Sevilla, conspiró contra su hijastro Hermenegildo y contra su propio marido. O Rosamunda, reina de los lombardos, quien se confabuló con éxito para asesinar a su marido, el rey Alboíno (m.572).

Las reinas del período Altomedieval emularon las actividades culturales de las emperatrices bizantinas del siglo V, como se puede apreciar en la obra de Teodelinda, reina de los lombardos casada con Autario, en el siglo VI, quien mandó construir iglesias en Lombardía y Toscana, entre las que se encuentra la Catedral de Monza, en uno de cuyos frescos se narra su historia, y el primer Baptisterio de Florencia; o en Judith, segunda esposa del emperador Luis el Piadoso en el siglo IX. Otras reinas actuaron como regentes de sus hijos jóvenes o de sus nietos, como fue el caso de Amalasunta, reina de los ostrogodos, que fue regente de su hijo Atalarico en el siglo VI.

La corte era itinerante, estaba donde se hallase el rey, su presencia física era una manifestación física del poder del rey. Recordemos, por ejemplo, que hasta el año 576 no se fijó en la ciudad de Toledo la capitalidad del reino visigodo, e incluso, después de esta fecha los monarcas no residieron

habitualmente en esta ciudad. Una corte itinerante vivía en palacios urbanos o rurales y en pabellones de caza. El rey y su séquito solían ser invitados por obispos y abades en las grandes sedes y monasterios del reino, donde disponían de alojamientos especiales como pueden observarse en los planos de las excavaciones de san Vincenzo al Volturno, monasterio benedictino situado en el centro de Italia, en la provincia de Isernia, en el siglo IX.

Entre los funcionarios del *Palatium* o Curia central, existían algunos cargos de origen romano, como el *referendarius*, jefe de los escribas, empleados o notarios reales, el *comes stabuli*, caballerizo mayor o condestable; los *comités consistoriani* o condes consistoriales de la Italia ostrogoda; el *cubicularius*, tesorero real o chambelán; los *camerarii* o camareros, etc., y otros funcionarios de origen germánico, como eran el senescal, jefe de los domésticos o el mariscal, jefe de la caballería y las armas reales. La explotación de las *circunscripciones* reales (*fisci*, o territorios del fisco) estaba regida por los *domestici* o intendentes.

Los reyes visigodos del siglo VII gobernaron principalmente a través de grandes y complejos Concilios que solían celebrarse en la ciudad de Toledo, asambleas eclesiásticas continuadoras de la tradición sinodal romana. Con el paso del tiempo, la celebración de estas asambleas se fue perdiendo, siendo sustituidas por asambleas parciales de los hombres libres de cada comunidad. El orden del día y las decisiones de estas asambleas de los siglos VIII y IX se representaban en capitularios, actas conciliares y cartas de folio único donde quedaba constancia escrita de las decisiones legales. Estos documentos dan una amplia indicación de la variedad de asuntos que se discutían en ellas.

Dentro de las estructuras políticas cobra también una especial importancia la aristocracia. Los hombres reunidos en la corte actuaban como consejeros del rey y funcionarios dentro de palacio, teniendo presente que para el período Altomedieval no se puede delimitar estrictamente sus esferas de jurisdicción. Los germanos que constituían la élite militar constituían una minoría frente a la población indígena y formaban la clase dirigente en los distintos reinos. Junto a esta nobleza, se formó una nueva nobleza formada por obispos arrianos o católicos, por la guardia personal del rey que le prestaba un juramento especial, y por aquellos que se hallaban vinculados al soberano por la *comendatio*, lazo indestructible. En pago a sus servicios, estos colaboradores conocidos como *gasindi* y *optimates*, en Italia; o *fideles* y *gardingos* en la España visigoda; o *gesith* en el reino anglosajón de Wessex, recibieron concesiones de tierras *beneficia*, en un primer momento, mientras durasen sus servicios y, más tarde, en plena propiedad con exenciones de impuestos y otros derechos derivados de su elevada consideración social.

Donde pervivió de manera especial la influencia romana fue en el Derecho y en las materias de transacción legal. El Derecho del período Altomedieval en Occidente comprende, en primer lugar, el Derecho romano en la forma del Código Teodosiano, escrito en latín en el año 438, del que se hicieron diversos compendios a lo largo de la Alta Edad Media, de los que el más difundido fue el llamado *Breviario de Alarico* (506) que constituía un manual práctico para aplicarlo a los súbditos galos e hispanos, que acreditaba la penetración de la cultura de Roma en el reino visigodo de Tolosa. Con anterioridad, su padre, Eurico (466-484) codificó la ley germana, hasta entonces consuetudinaria, con la elaboración del llamado *Código de Eurico*, hacia el 475, en el que se reconocieron y reafirmaron las costumbres de la nación visigoda, así como cuestiones relacionadas con el reparto de tierras.



Figura 6. *Escultura de Eurico*. Plaza de Oriente. Madrid.

A lo largo de los siglos VI y VII la legislación germánica, influida por el Derecho romano y por la Iglesia consiguió un gran desarrollo. En Italia, el rey lombardo, Rotario, había publicado el *Edicto* (643) primer código lombardo. Poco tiempo después, en Hispania, Recesvinto, promulgó el *Liber Iudiciorum* o Libro de los Juicios, traducido al romance siglos después con el nombre de Fuero Juzgo. En el reino anglosajón, el rey Ine (689-726) promulgó un nuevo código que nos describe una sociedad de hombres libres, con importantes vínculos de solidaridad y en proceso de cristianización.

Junto a estos textos, existen otros conocidos colectivamente como *Leges* germánicas de los burgundios, visigodos, alamanes, bávaros, lombardos, anglosajones, francos, sajones y frisios, escritas en latín, con excepción de las anglosajonas que están escritas en inglés. Estas leyes están basadas en el Derecho romano tanto en la estructura como en la forma, aunque fueron incorporando elementos de práctica social que no eran romanos.

Por otra parte, existía el derecho eclesiástico de la Iglesia. Las Leyes bíblicas y las regulaciones tuvieron también una enorme influencia en la legislación eclesiástica posterior. Denominándose Derecho canónico a las provisiones eclesiásticas acordadas en los concilios principales de la Iglesia temprana, a las decisiones papales y al derecho imperial romano que se ocupa de las materias eclesiásticas de organización y disciplina.

Bibliografía específica

COLLINS, R.: *La Europa de la Alta Edad Media: 300-1000*. Madrid, Akal, 2000.

COUMERT, M. y DUMÉZIL, B.: *Los reinos bárbaros en Occidente*. Granada, Universidad, 2013.

GÓMEZ ARAGONÉS, D.: *Vouillé, 507. El nacimiento del Regnum Gothorum de España*. Zaragoza, HRM Ediciones, 2016.

GÓMEZ ARAGONÉS, D.: *Historia de los Visigodos*. Córdoba, Almuzara, 2020.

JIMÉNEZ GARNICA, A. Mª.: *Nuevas gentes, nuevo Imperio: los godos y Occidente en el siglo V*. Madrid, UNED, 2010.

MCKITTERICK, P.: *La Alta Edad Media, 400-1000*. Barcelona, Crítica, 2002.

MIRANDA GARCÍA, F.: *Breve historia de los godos*. Madrid, Nowtilus, 2015.

MUSSET, L.: *Las Invasiones. Las oleadas germánicas*. Barcelona, Labor, Nueva Clío, nº 12, 1982 (2ª ed.), PDF 2017.

SANZ SERRANO, R.: *Historia de los godos: una epopeya histórica de Escandinavia a Toledo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2009.

SOTO CHICA, J.: *Imperios y Bárbaros. La guerra en la edad oscura*. Madrid, Desperta Ferro, 2019.

VV.AA.: *Adrianápolis*. Revista Desperta Ferro, Antigua y Medieval, nº 50, 2012.

VV.AA.: *Leyes de los Burgundios*. Grupo de Investigación y Estudios medievales. Centro de Estudios Históricos. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, 2017.

WALLACE-HADRILL, J.M.: *El occidente bárbaro 400-1000*. Madrid, Silex, 2014.

WICKHAM, Ch.: *Una Historia nueva de la Alta Edad Media*. Barcelona, Crítica, 3ª ed. 2016.

Películas

Atila, rey de los Hunos. Director: Dick Lowry, 2001.

Atila, rey de los Hunos. Director: Douglas Sirk, 1954.

Capítulo 2

LA IGLESIA CRISTINA

Esquema de contenidos

1. Introducción.
2. El monacato.
   2.1. El monacato oriental.
   2.2. El monacato occidental.
      2.2.1. El monacato céltico y británico.
      2.2.2. El monacato continental.
3. Iglesia y cultura.
4. Las primeras herejías.
   4.1. Oriente.
   4.2. Occidente.
5. Los Padres de la Iglesia.
   5.1. Oriente.
   5.2. Occidente.
6. Organización de la Iglesia occidental.
7. La Iglesia y los laicos.

Bibliografía específica

1. Introducción

El triunfo de la Iglesia cristiana a lo largo del siglo IV va a estar estrechamente vinculado con el Estado. De hecho, fue la Iglesia la auténtica fuerza que dio unidad a un Occidente dividido políticamente, y sumido, a grandes rasgos, en una profunda anarquía, ejerciendo una labor de captación sobre los pueblos germánicos con los que se mantuvieron largos periodos de coexistencia pacífica, aunque en ocasiones surgieron brotes de intolerancia.

No obstante, la acomodación del cristianismo a las estructuras políticas del Imperio fue un proceso largo, que estuvo marcado por una serie de altibajos, como también lo fueron las relaciones entre la cultura pagana

y la cristiana. Durante el siglo IV y comienzos del siglo V, a pesar de que la sociedad romana dejó de ser oficialmente pagana, importantes masas de población del Imperio seguían siéndolo, especialmente en el medio rural en el que perduraban las costumbres, tradiciones y creencias paganas, aunque también se encontraban paganos entre las élites culturales que veían el cristianismo como la subversión de los valores tradicionales romanos.

La cristianización de los reinos germánicos fue una empresa muy larga, a pesar del esfuerzo realizado por obispos, monjes y misioneros. En Europa, como señala José Ángel García de Cortázar, "se bautizó mucho, pero se convirtió muy poco". Era habitual que primero se convirtieran los reyes y su séquito y, posteriormente, fueran imitados y seguidos por el resto de la población.

Los primeros en convertirse fueron los suevos a mediados del siglo V, aunque luego volvieron al arrianismo; pero el primer paso importante en el proceso de conversión de los germanos se produjo cuando Clodoveo se bautizó y fue seguido por los hombres principales de su reino, así como por el rey burgundio Segismundo (516-524), quien abandonó el arrianismo debido a las predicaciones de san Avito de Viena, no encontrando muchas dificultades entre sus gentes para seguir su ejemplo. En el siglo XIV, las reliquias de Segismundo fueron trasladadas a Praga donde se convirtió en patrón de la República Checa; fue canonizado por la Iglesia católica. A finales del siglo V la evangelización se dio por finalizada en Irlanda, debido a la introducción de la religión cristiana llevada a cabo por san Patricio. Posteriormente, en el año 589, el rey visigodo Recadero se convirtió al cristianismo en el III Concilio de Toledo, contribuyendo a la expansión del cristianismo en la Península Ibérica. A comienzos del siglo VIII, los lombardos se convirtieron al catolicismo durante el gobierno de Liutprando (712-744).

2. El monacato

El cristianismo se había caracterizado incluso antes del Edicto de Milán (313) por la búsqueda del nivel de perfección que les hacía llevar una rígida observancia moral; y probablemente, este hecho influyó, entre otras causas, en el origen del monacato, pues la vida monástica (del griego *monos*, solo, solitario) agrupa a quienes aspiran a seguir un camino de perfección y comunicación con Dios, que exige una desvinculación total de los compromisos terrenales y la ascesis del cuerpo y la mente para orientarlos a la oración contemplativa.

A partir del siglo III el monacato, institución no exclusiva del cristianismo, fue cobrando fuerza por muy diversos motivos; se ha pensado que la

vida en el retiro monástico fue una especie de alternativa al martirio o también que pudiera ser una válvula de escape ante las adversas condiciones socio-económicas del momento. Dentro del mismo, encontramos tradicionalmente dos formas: anacoretismo y cenobitismo (monasterio). En la primera, el anacoreta vivía en la más absoluta soledad, dedicando su vida a la oración, al trabajo manual, y a la penitencia; a veces llegaban a mortificaciones más duras, como los monjes estilitas que pasaban la vida en lo alto de una columna; y en la segunda, se producía la agrupación de los monjes en comunidades monásticas propiamente dichas, que se regían por una regla determinada o por disposiciones procedentes de diversas reglas que se reunían en un *codex regularum* o códice del abad. En palabras de C.M. Reglero de la Fuente, el monacato cristiano es uno de los fenómenos fundamentales para entender la Edad Media. San Benito de Nursia establece una tipología más diversa al mencionar también junto a cenobitas y eremitas (vivían en soledad en el desierto), a los giróvagos (vagabundos) y sarabaítas (monjes sin disciplina).

2.1. *El monacato oriental*

Fue en Egipto donde tuvo su origen el monacato cristiano. **San Antonio Abad** (251-356) es considerado el padre de todos los monjes; nació en Fayum a mediados del siglo III, al quedarse huérfano, con el deseo de imitar la vida de los apóstoles y de los primitivos cristianos, dispuso de sus bienes y se dedicó a la práctica de los ejercicios religiosos. Después de llevar quince años de asceta entre la gente, decidió irse a una montaña cerca de la rivera oriental del Nilo donde, encerrado en un fuerte, vivió durante veinte años sin ver a nadie, hasta que, presionado por sus seguidores para que fuera su guía espiritual, salió de su retiro encontrándose en el mismo estado físico que años atrás.

Los monjes vivían de forma independiente, cada uno en su propia cabaña, reuniéndose un determinado día de la semana; pasaban el tiempo en contemplación, en penitencia o realizando oración en comunidad. **San Pacomio** (286-346) discípulo de san Antonio, fue el primero que comenzó a organizar grupos de ermitaños, siguiendo la práctica de la castidad, la pobreza y la obediencia a los superiores. No obstante, por entonces, el monacato era más una forma de vida, en la que se dejaba a la familia y al mundo para buscar la paz, más que una institución organizada.

A mediados del siglo IV, había monjes por todo Oriente. Casi todos los monasterios aceptaron la regla de san Basilio (329-369), obispo de Cesarea, considerado el padre por excelencia de los monasterios orientales, en

la que estableció una serie de principios que eran firmes para guiar a los monjes en su conducta, siguiendo el método catequético: el discípulo pregunta y el maestro responde. Basilio no se dedicó únicamente a su labor pastoral, sino que combatió con firmeza las herejías del siglo IV. Él mismo visitó los monasterios de Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia, quedando admirado de la austeridad y piedad de los monjes. A su regreso, fundó un monasterio en Ponto, en la ribera del Iris, en Capadocia. Está considerado como una de las grandes figuras de la historia eclesiástica, por su vida y por la obra que legó.

A **san Hilarión** (291-371), compañero de san Antonio Abad, se debe la fundación de la vida monástica en Palestina. Nacido en Gaza alcanzó gran predicamento en este lugar donde tuvo un gran número de discípulos, pero prefirió estar en soledad y dedicarse a la vida ascética eremita por lo que recorrió los desiertos de Egipto; posteriormente, viajó a Sicilia, Dalmacia, donde prestó una inestimable ayuda a sus habitantes después del terremoto que sufrieron en el año 366, y poco después a Chipre donde murió.

En Turquía nació el escritor y músico **san Efrén** de Siria, conocido como "el Místico". (306-373). Fundó una escuela de teología en su ciudad natal Nísibis, antigua provincia romana de Mesopotamía (hoy Nusaybin en Turquía), que destacó por el alto nivel alcanzado por sus alumnos, pero al apoderarse de ella los persas sasánidas, san Efrén se trasladó a la ciudad de Edesa, más alejada y por tanto más segura, donde compuso en lengua siria la mayor parte de su obra y vivía en la más estricta austeridad.

En Siria, la espiritualidad se vivía mediante la práctica de una gran diversidad de prácticas ascéticas, allí encontramos a los llamados monjes "estacionarios" cuya penitencia era permanecer inmóviles la mayor parte del tiempo, para lo cual se construían estrechas celdas verticales que les impedían a penas moverse; otros vivían en la copa de un árbol o en lo alto de un risco, en una cisterna vacía o dentro de un sepulcro; o a los llamados estilitas (*stylos*, columna en griego) que vivían encima de una columna, entre los que se encuentra **san Simeón Estilita** el Viejo (c.389-459), nacido en Siria (Sisan), está considerado como el fundador de los monjes "estilitas", "estacionarios o ermitaños del pilar" pues fue seguido por otros eremitas, después de haber vivido durante un tiempo en un paraje solitario donde permaneció durante mucho tiempo, primero de pie sobre unas rocas y, posteriormente, sobre una columna cada vez de mayor altura desde donde predicaba a los paganos y aconsejaba a los cristianos la penitencia.

El emperador romano de Oriente, Teodosio II y su esposa la emperatriz Eudocia le tuvieron una gran veneración y escucharon sus consejos. Su fama se extendió por Europa, pues pasó 36 años sobre la columna. Tuvo muchos seguidores que adoptaron su estilo de vida, entre ellos destaca

san Simeón el Estilita el Joven, nacido en Antioquía en el 521, hijo de santa Marta. Siendo muy joven abandonó su casa y se unió a una comunidad de anacoretas. A los 33 años aparece ya subido en su columna de la que desciende dos años más tarde buscando una mayor soledad, por lo que subió a un risco menos accesible que con el tiempo pasó a llamarse "monte de los Milagros", pero como era mucha la gente que acudía a él pidiendo su intercesión se trasladó a una columna aún más alta en Antioquía, donde murió a los 71 años en el año 592. En aquel sitio donde estuvo su columna se levantó un monasterio del que hoy solo quedan sus ruinas.



Figura 1. *San Simeón el Estilita.*

2.2. *El monacato occidental*

El monacato se desarrolló en el Occidente europeo por influencia de Oriente. La evangelización de la zona central de Francia se produjo a par-

tir del siglo IV, debido de manera especial a **san Hilario de Poitiers**, nacido en esta ciudad en el año 315; aunque recibió una educación pagana, se convirtió al cristianismo siendo adulto pues había contraído matrimonio y tenía una hija. Es considerado Doctor de la Iglesia por sus escritos para combatir a los arrianos y en defensa del "dogma trinitario". Fue el preceptor de una de las figuras más sobresalientes del momento, Martín de Tours. De esta época data el baptisterio de san Juan de Poitiers, considerado como una de las construcciones cristianas más antiguas de Occidente; de estilo merovingio fue levantado sobre lo que fue un edificio romano, próximo a la vivienda de san Hilario.

San Martin de Tours (316-397), conocido como "el padre de los pobres", nació en Panonia (actual Hungría) de padres paganos, fue educado en Pavía y formó parte de la guardia imperial romana. En el año 334 fue bautizado. Después de dejar el ejército (356), viajó desde Worms (Alemania) a Poitiers, donde se formó con el obispo Hilario, y poco después regresó a su tierra natal donde convirtió a su madre al cristianismo; desde allí se marchó a Milán donde se unió a un grupo de hombres que llevaban una vida de oración y ascetismo. De nuevo en Poitiers, el obispo Hilario le nombró diácono y presbítero después que había tomado la decisión de llevar una vida religiosa, posteriormente fue nombrado obispo de Tours (370). Intervino ante el emperador Magno Clemente Máximo para que Prisciliano no fuese condenado a muerte, pero prevaleció la petición del obispo Idacio de Mérida y Prisciliano fue ejecutado; no obstante, años más tarde se llegó a un acuerdo para que los priscilianistas no fueran castigados de esta forma. Uno de los primeros monasterios que el fundó fue el de Ligugé (Poitiers) y posteriormente, fundó el de Marmoutier en la región de Alsacia, donde llegaron a reunirse 80 discípulos.

El Greco realizó un espléndido cuadro, en 1597, en el que representa el momento en que, según la leyenda, san Martin de Tours, sirviendo como soldado romano, dio a un mendigo, que tiritaba de frío, la mitad de la capa que llevaba (337), cuando se encontraba a las puertas de la ciudad de Amiens.

Figura importante fue **Juan Casiano** (c.360/5-435) sacerdote y asceta. Aunque nació en Dobruja (Rumanía), vivió durante siete años como eremita en el desierto de Egipto. Después de ser nombrado diácono en Constantinopla, fue ordenado sacerdote en Roma por el papa Inocencio I. A comienzos del siglo V fundó la Abadía de san Víctor en Marsella, integrada por dos monasterios, uno masculino y otro femenino, a los que dirigió sus escritos en los que expone las obligaciones del monje y los vicios sobre los que deben estar prevenidos para que sirviera como norma de vida y de reflexión a los aspirantes al monacato. Los monjes de Occidente le consideran como



Figura 2. *San Martín ofreciendo su capa* (Museo de Arte de Cataluña, Barcelona).

uno de los principales maestros de la vida monástica, y gracias a él, la población pudo beneficiarse de la formación y experiencia de los monjes orientales. Fue reconocido como Padre de la Iglesia latina.

La regla de san Pacomio fue la elegida por **san Honorato de Arlés** (350-429) para que les sirviera de guía a los monjes del monasterio que estableció a comienzos del siglo V en una de las islas Lérins, también llamada de san Honorato, situada frente a Cannes. Fue una de las comunidades más influyentes de la cuenca del Ródano y Provenza al convertirse en un importante foco cultural. De allí salieron monjes para ocupar sedes episcopales por toda la región; uno de ellos, **san Cesáreo,** obispo de Arlés, fundó, a mediados del siglo VI, una gran casa monástica para mujeres en la capital de su diócesis y elaboró para ellas la Primera regla femenina.

A la princesa **santa Radegunda**, cuarta esposa del rey merovingio Clotario I, se debe la fundación del monasterio de Sainte-Croix donde reunió numerosas reliquias. Radegunda había nacido en Alamania (520) pero fue secuestrada por Clotario cuando se adueñó de las tierras de su padre. Fue educada por una de las esposas de rey. Su mayor deseo era llevar una vida piadosa y atender a los necesitados. Vendió todas sus joyas para construir un convento y un hospital, donde se atendía a los enfermos y se daban clases de "sanación" para mujeres. A su funeral asistió Gregorio de Tours con quien mantuvo una estrecha relación (586).

Con todo hubo dos corrientes monásticas que acabaron por eclipsar a las demás: la céltica y la benedictina

2.2.1. *El Monacato céltico y británico*

Irlanda fue el primer territorio fuera de los límites del Imperio romano que se convirtió al cristianismo debido a la acción misionera. La Iglesia irlandesa desempeñó un papel decisivo tanto en la promoción de la actividad monástica en el resto de Europa occidental como en la expansión religiosa. La tradición ha atribuido a san Patricio la difusión del cristianismo en la isla.

San Patricio (c.387-461) religioso de la provincia de Britania (nombre dado a la provincia romana que ocupaba el centro y sur de la actual Gran Bretaña), es considerado tradicionalmente el introductor del catolicismo en Irlanda donde organizó la vida monástica a mediados del siglo V, convirtiendo este antiguo centro celta en un foco de evangelización cuya influencia pasará a la Galia merovingia y a la Gran Bretaña anglosajona, debido a su extensa labor de peregrinación evangelizadora. Una tradición cristiana dice que san Patricio explicaba el misterio de la Santísima Trinidad usando un trébol de tres hojas, por este motivo se difundió la costumbre de llevar un trébol en la celebración de su festividad, 17 de marzo, día de su fallecimiento.

La evangelización se llevó a cabo a través de la creación de grandes monasterios que en sus comienzos eran inmensas aglomeraciones de cabañas, llegando a ser unas tres mil en Clonard y Clonfert. Sus monjes ejercieron un extremo rigor penitencial, en el que el trabajo manual y una rigurosa ascesis ocupaban la jornada del monje. Los rasgos más característicos de estas comunidades eran: el elevado número de monjes que vivían en los monasterios; el ejercicio de la jurisdicción episcopal por parte de los abades; la existencia de unas prácticas litúrgicas propias en cuanto al bautismo, el computo de la pascua o la tonsura (ceremonia litúrgica en la que se cortaba a cada monje el cabello de la coronilla para indicar su consagración a Dios); así como el empleo del latín en la expresión de su cultura.

Entre los discípulos más sobresalientes de san Patricio, destaca el misionero irlandés, **san Columba de Iona** (521-597), nació en Gartán, en la actual Irlanda del Norte, pero fue educado desde muy joven en la floreciente abadía de Clonard, en el centro de la isla; no obstante, la peste que devastó Irlanda en el año 544, le obligó a volver a su tierra natal, donde fundó varios monasterios. Promovió la cristianización de Escocia, donde se instaló con 12 monjes, en el 563, fundando un monasterio en la pequeña isla de Iona (oeste de Escocia), que se convirtió en escuela para misioneros y lugar de peregrinación. Mantuvo una inmensa actividad diplomática y de pacificación entre las tribus, a lo que unió una notable capacidad de realizar milagros. El más conocido fue el que sucedió en el año 565 en las orillas del río Ness, que desemboca en el lago de igual nombre, donde logró ahuyentar al monstruo acuático que había devorado a un picto. El monasterio de Iona se convirtió desde entonces en un lugar de peregrinación para los escoceses.

Fue un renombrado hombre de letras, llegando a copiar él mismo un elevado número de libros. Se cree que el famoso *Libro de Kells*, la obra más importante de la miniatura de la isla fue redactado por monjes pertenecientes a la abadía de Iona. Contiene los cuatro evangelios y constituye uno de los más importantes vestigios del arte religioso medieval. Hay constancia de que la mayoría de los monjes salieron de Iona debido al ataque de los vikingos y se instalaron en Kells (Irlanda). En la actualidad está expuesto en la biblioteca del Trinity College de Dublin. La principal fuente de información sobre la vida de san Columba la encontramos en la *Vita Columbae* escrita por Adomnán, noveno abad de Iona, que murió en el 704. San Columba fue enterrado en el monasterio de la abadía que él mismo había fundado.

San Columbano "el Joven" (540-616) fue también uno de los monjes que salieron de los monasterios fundados por san Patricio. Desarrolló la mayor parte de su actividad en la Galia, donde fundó varios monasterios, entre ellos figura el de Luxeuil (Borgoña) que gobernó en una abadía, muy conocida por su famoso *scriptorium*, donde probablemente nació la primera escritura en minúsculas conocida como "la escritura de Luxeuil". Se vio obligado a exiliarse, por la oposición que encontró en muchos obispos, a quienes no les agradaba la independencia que tenía como abad, por lo que viajó a Italia donde fundó el monasterio de Bobbio (Lombardia), en torno al cual nacería la ciudad de Bobbio, donde murió en el año 615. La fama de Bobbio llegó a Irlanda y muchos religiosos irlandeses viajaron al continente siguiendo los pasos de san Columbano, quien se mostró en contra del arrianismo y del nestorianismo. Uno de sus discípulos, San Gall, fundó en el 613, el monasterio que lleva su nombre en Suiza "Abadía de san Galo", junto al lago de Constanza, centrado en la evangelización de los alamanes. En él se establecieron muchos monjes irlandeses y sajones para dedicarse a la copia de manuscritos.



Figura 3: *Libro de Kells.*

Por lo que respecta a las islas Británicas, debemos recordar que en Inglaterra después de la primera evangelización en época romana, las invasiones de anglos y sajones dejaron la fe cristiana prácticamente olvidada, hasta que fue promovida una nueva evangelización por el papa Gregorio I el Magno quien, según cuenta Beda el Venerable, después de haber visto a un grupo de esclavos rubios en un mercado de Roma, sintió pena porque ellos nunca habían oído hablar de Cristo. El papa se puso en contacto con **Agustín**, abad del monasterio de los benedictinos de san Andrés en Roma, y le envió junto a un grupo de 40 monjes a la isla; al pasar por Francia, se alojaron en un monasterio de la Provenza donde los religiosos les hablaron de la crueldad de los paganos que habitaban al otro lado del mar, por lo que decidieron regresar a Roma. No obstante, el papa les obligó a reiniciar su viaje. A su llegada a la isla de Thanet, al este de Kent, (597), fueron recibidos por el rey Etelberto (c.560-616) que estaba casado con una princesa merovingia, santa Berta de Kent, educada en el cristianismo, quien les dio una calurosa acogida y les permitió trabajar en Canterbury, capital de sus dominios.

Un año más tarde, Etelberto recibió el bautismo, convirtiéndose en el primer monarca inglés en hacerse cristiano. El papa Gregorio, al tener conocimiento de la buena labor desarrollada por Agustín, le nombró arzobispo de Canterbury, donde fue enterrado a su muerte (604), y envió una nueva remesa de sacerdotes para reforzar la evangelización del territorio.

2.2.2. *El monacato continental*

Por entonces, surgieron en las provincias occidentales del Imperio romano un conjunto de corrientes monásticas entre las que sobresalieron las comunidades benedictinas fundadas por **san Benito de Nursia** (480-549), autentico organizador del monacato occidental, de cuya vida no se conoce más que un conjunto de leyendas recogidas por Gregorio Magno en su *Diálogos*. Nació en Nursia, en el año 480, cuando hacía solo cuatro años que el Imperio romano había dejado de existir. Sobre su familia únicamente nos cuenta que era acomodada, probablemente noble, y sin duda, profundamente cristiana. Fue enviado a Roma para estudiar el *trívium* y el *quadrivium*, pero pronto abandonó sus estudios para dedicarse al servicio de Dios, influido, probablemente, por la depravación moral que encontró en Roma, por lo que se retiró a un lugar apartado con el deseo de llevar una vida dedicada a la oración. Después de residir un tiempo en Affile, cerca de Roma, se retiró a un lugar más lejano, donde una cueva le sirvió de hogar durante tres años. Pero su fama era tal que muchos abandonaron sus ocupaciones para seguirle.

San Benito entró en la historia, en palabras de E. Mitre, como "fundador de Europa", debido a la sencilla regla monástica que estableció, *Regula monachorum,* basada en otras de las muchas ya existentes en los monasterios italianos. Se trata de un texto sencillo en el que se proponía un modelo de vida alejado de los excesos individualistas y ascéticos del monacato oriental y de su versión irlandesa. El hecho de que se convirtiera en la más utilizada de todas las reglas monásticas occidentales fue debido, en opinión de Roger Collins, a que llamó la atención de Gregorio Magno, uno de los papas más influyentes de la Alta Edad Media, que se había educado en el seno de la orden.

La comunidad monástica estaba integrada por los monjes propiamente tales y los oblatos, aquellos que no profesaban los votos de la orden, pero se comprometían a cumplir parte de los compromisos religiosos y se sometían a la autoridad de un abad elegido de manera vitalicia. El trabajo de los monjes, basado en el doble principio de *Ora et labora* (reza y trabaja), estaba sujeto a un orden en el que se distribuía el trabajo manual, el rezo comunitario e individual *(Opus Dei)*, y el tiempo de descanso. Los monjes

también desempeñaban tareas de enseñanza y hospitalidad con personal ajeno a la comunidad, por lo que la idea de que "la ociosidad es enemiga del alma" se convirtió en una de las máximas de los monjes benedictinos. La regla benedictina configuraba cada monasterio como un órgano autónomo tanto económica como espiritual y culturalmente. No obstante, en la Regla del monasterio se hace alusión a la compra o venta de algunos productos, pero nunca con la finalidad de obtener beneficio.

San Benito estableció su primer monasterio en Monte Casino, en la región del Lacio, al sur de Roma, sobre una antigua construcción pagana. Allí vivió dedicado a la formación de los hermanos, que más tarde llevarían su mensaje por el mundo, permaneciendo en él hasta su muerte (547). Posteriormente, el monasterio fue saqueado por los lombardos, teniendo que huir a Roma los monjes que allí residían. Junto con Monte Casino, san Benito dejó al morir un buen número de fundaciones en Italia; pero lo más importante fue que el benedictismo se convirtió en el punto de referencia de todas las reformas monásticas que se producirán en la Edad Media en Occidente.



Figura 4. *San Benito de Nursia* (Biblioteca Vaticana).

A HISPANIA llegó también el ideal ascético y monástico de Oriente con la expansión del cristianismo, de manera especial desde Egipto a través de África y de Roma, como se refleja en los cánones de los concilios celebrados en Elvira en los años 300 y 324; en el concilio de Zaragoza del 380; o en el celebrado en Toledo en el 400, donde consta y se acreditan la existencia de ascetas y vírgenes en España; incluso en el celebrado en Zaragoza se trató de poner límite a algunas prácticas ascetas por considerarlas abusivas. Hasta entonces la Iglesia había mantenido una postura de permisividad en relación con los ascetas que predicaban la abstinencia y las privaciones.

Entre los primeros eremitas podemos citar a **san Saturio** (493-570) anacoreta soriano, procedente de una familia visigoda. Al quedarse huérfano vendió todos sus bienes y se retiró a vivir en una cueva dedicando su vida a la oración y a la contemplación. Su pila bautismal se conserva en la Concatedral de Soria; a **san Millán** (473-574) quien vivió como un ermitaño en unas cuevas excavadas en la piedra, donde acudían peregrinos u otros eremitas para escuchar sus enseñanzas. Fundó dos cenobios, uno masculino para sus discípulos y otro femenino. Los orígenes del Monasterio de Suso van unidos a su vida; o al monje **Victoriano**, quien después de haber vivido junto a Benito de Nursia en Italia, propagó sus enseñanzas en Francia, pero huyendo de la fama que había adquirido, cruzó los Pirineos y se instaló junto a sus discípulos en unas cuevas, pero al ser reclamado por las gentes del lugar para recibir sus enseñanzas se instaló en lo que llegó a ser el monasterio de San Martín de Asán (Huesca); y a **san Martín de Braga**, quien procedente de Panonia, se instaló en las costas gallegas después de haber visitado Tierra Santa, Roma y la Galia. Promovió la conversión de los suevos del arrianismo al catolicismo. Personaje también notable fue el monje **Donato** que llegó a España huyendo de las guerras vandálicas del norte de África con un grupo numeroso de monjes y un cargamento de libros, según nos trasmitió san Ildefonso, obispo de Toledo. Fundó el monasterio Servitano (Cuenca) gracias a la ayuda de Minicea, una ilustre dama, donde fue muy conocido por sus prodigios y por su fama de santo.

Mención especial merece **san Isidoro de Sevilla** (m.636), arzobispo de Sevilla durante tres décadas, fue un escritor prolífico, compuso numerosos trabajos históricos y litúrgicos. Su inquebrantable lealtad a la monarquía le llevó a denunciar siempre cualquier acto del rey que no estuviera de acuerdo con un recto proceder, y jamás dudó en recordar al monarca sus deberes con el fin de evitar que pervirtiese su ideal de la realeza. Aunque nunca fue monje, a él se debe la redacción de la *Regula Monachorum,* para el monasterio Honorianense, basada en los escritos de Agustín de Hipona, en la Regla de san Pacomio, en la Vida de los Padres, y probablemente en la Regla de san Benito, que trataba de ser una guía práctica para el desenvolvimiento de la vida de los monjes, estableciendo unas obligaciones mínimas

para aquellos que se considerasen más débiles, pero sin limitar otras prácticas ascéticas más rigurosas.

Numerosos monasterios se levantaron a lo largo de todo el territorio hispano siguiendo las reglas de san Isidoro o de **san Fructuoso de Braga**, una de las figuras más importantes del monacato de la provincia Gallaecia, monje y obispo godo del siglo VII, fundador del monasterio de Compludo (Ponferrada) para quien escribió la *Regla de monjes*; sin embargo, la serie de normas establecidas no llegaron a dar uniformidad a la vida monacal en todo el ámbito peninsular, por la proliferación de los llamados "monasterios familiares o particulares" promovidos por laicos en terrenos de su propiedad, acusados, en ocasiones, de deformaciones del espíritu monástico. Por tal motivo, los concilios hispano-visigodos del siglo VII tuvieron que ocuparse en diversas ocasiones de la evolución de la vida monástica.

Al desaparecer el reino visigodo de Toledo con la llegada de los musulmanes a España en el 711, el monacato evolucionó de forma diferente. Los nuevos dominadores establecieron pactos con los cristianos que permanecieron en su territorio, mozárabes (cristianos arabizados), mediante los cuales les permitían mantener su culto cristiano, por lo que algunos monasterios continuaron existiendo durante algún tiempo, como sucedió en Santa María de Melque (Toledo), san Miguel de los Fresnos (Badajoz); así como otros muchos en Córdoba, entre los que cabe destacar el monasterio de Tábanos, destruido a mediados del siglo IX, debido a que en este monasterio había surgido el movimiento de los "mártires voluntarios". Hay constancia, estudiando restos epigráficos, de que algunos abades que habían vivido en al-Andalus fundaron monasterios en los reinos cristianos del norte de la Península, como San Miguel de Escalada en León, fundado por el abad Alfonso en el año 913, o san Martín de Castañeda, junto al lago de Sanabria, (Zamora), reconstruido por monjes mozárabes procedentes de Córdoba.

Durante los siglos VIII y IX se crearon un número elevado de monasterios, unos 1.828 según el estudio realizado por Antonio Linaje Conde, fundados por grandes propietarios o clérigos que se beneficiaban de las limosnas de los fieles y de la libertad de gestión y autonomía que les permitía la legislación canónica visigoda. Y, por otra parte, los monjes fueron ocupando tierras deshabitadas, incultas, que habían sido abandonadas tras la llegada de los musulmanes. Los monasterios fueron muy diversos tanto por su extensión como por el número de monjes; la mayoría fueron masculinos, pero hay también constancia de monasterios femeninos o incluso dúplices, en el que existía un monasterio para monjes y otro para monjas pero que estaban regidos por la misma autoridad, la época dorada de este tipo de monasterios, en opinión de José Orlandis, fueron los siglos IX, X y XI, a partir de entonces este tipo de monasterio languideció y se extinguió muy pronto.



Figura 5. *Iglesia de Santa María de Melque* (Toledo).

3. Iglesia y cultura

Los eclesiásticos se van a convertir en los auténticos intelectuales del momento. No obstante, el papel de la Iglesia como receptora de la cultura clásica es un tema muy controvertido en la actualidad. San Ambrosio o san Jerónimo reconocen su deuda con Cicerón, san Agustín con Platón y los neoplatónicos; pero en opinión de Emilio Mitre, era un reconocimiento que se limitaba a considerar las obras de los autores paganos como mera enseñanza preparatoria para el estudio de la fe cristiana.

Entre todas las obligaciones que solían tener los monjes, hay que destacar en este ámbito, la lectura, actividad fundamental en su vida, tanto en soledad como cuando la realizaban en comunidad, ya fuera durante la liturgia o mientras comían; para ello debían disponer de libros que bien se traían de fuera del monasterio o se copiaban en el mismo.

El monje debía de aprender latín, lengua en la que estaban escritos los textos, para ello se recurría a los gramáticos latinos y a los autores clásicos, aunque con cierta prevención por ser paganos. Su estudio se centraba en el conocimiento de las artes liberales, de manera especial en el *Trivium:* gramática, retórica y dialéctica, y fundamentos del *Quadrivum*: arítmetrica, geometría, música y astronomía. En algunos monasterios de la Península Ibérica se conocía también la ciencia árabe (matemáticas y astronomía), tal fue el caso del monasterio de Ripoll, que poseía una rica biblioteca en el siglo X, al que acudió Gerberto de Aurillac, quien fue papa con el nombre de Silvestre II, para aprender astronomía, y el uso del astrolabio.

Tarea fundamental en los monasterios fue también la copia de manuscritos. Se escribía sobre pergaminos, elaborados a partir de la piel de cordero o de otros animales, en las dependencias denominadas *scriptorium*, bajo la dirección del *armarius,* monje encargado de la biblioteca. Los utensilios que habitualmente utilizaban eran la pluma, el raspador y la tinta. La mayoría de los libros que se copian eran litúrgicos o espirituales; la técnica no era fácil y eran pocos los monjes que alcanzaban la destreza requerida. Los *scriptoria* más célebres estaban, entre otros, en el monasterio carolingio de san Gall (Suiza), san Pedro de Cardeña (Burgos), san Salvador de Tábara (Zamora), o san Millán de la Cogolla y Albelda (La Rioja).

Entre los monjes escritores más notorios destaca **Beato de Liébana** (730-798), monje del monasterio de san Martín de Turieno en Liébana, estribaciones de los Picos de Europa (Cantabria), donde se dedicó de manera primordial a la copia de manuscritos. Su fama es debida a una de sus obras *Comentarios al Apocalipsis de san Juan* en doce libros, copia de los comentarios de otros autores, especialmente de los Padres y Doctores de la Iglesia; tuvo una gran resonancia durante la Alta Edad Media y fueron muchos los códices manuscritos que se copiaron de él, iluminados con imágenes bellísimas, denominadas "Beatos", cumbre de la iconografía medieval. Uno de los más bellos es el beato conocido como "Beato de Fernando I y doña San-

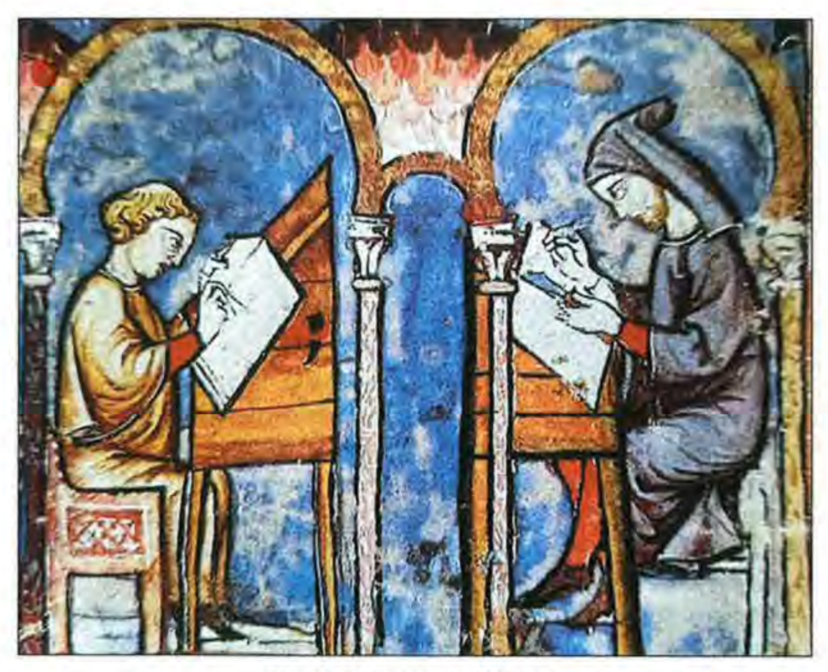


Figura 6. *Beato de Liébana.*

cha", de mediados del siglo XI, que se conserva en Biblioteca Nacional de Madrid. Beato participó activamente frente a la idea "adopcionista" defendida por el obispo Elipando de Toledo para quien Cristo, en cuanto hombre, había sido adoptado por Dios, acusándole de hereje.

En ITALIA destaca **Severino Boecio** (480-525), "el último romano", quien transmitió a la Edad Media un buen número de conceptos de la filosofía antigua, sobre todo los de cuño platónico o platonizante. Estudió en Atenas a Platón y Aristóteles, fue colaborador y consejero del rey ostrogodo Teodorico, pero siendo acusado de conspirador fue condenado a muerte, durante el largo periodo de tiempo que estuvo en prisión escribió su *Consolación de la Filosofía,* verdadera filosofía religiosa, mezcla de prosa y verso, en la que se definen conceptos como los de eternidad, beatitud o temas como el de la verdadera felicidad, la providencia o la libertad del hombre. Es una de las obras más apreciadas del Medievo, pues su intención era la de transmitir a las nuevas generaciones la gran cultura grecorromana. Fue leído por la clase dirigente durante más de diez siglos, y aún hoy día su lectura despierta un enorme interés.

Por su parte, **Aurelio Casiodoro** (485-580) tuvo un gran interés en transmitir a los monjes del monasterio de Vivarium en Calabria que él mismo había constituido, el gusto por salvar en lo posible el patrimonio de las letras antiguas. Legó un tratado de ortografía y trascripción de textos, muy utilizado por los copistas de los escritores monásticos. En su obra más conocida, *Instituciones,* escrita expresamente para los monjes de Vivarium, a quienes intentó inculcar el amor por la actividad intelectual; dejó un programa de integración de las siete artes liberales (expresión de un concepto medieval heredado de la antigüedad clásica que hace referencia a los oficios realizados por persona libres, por oposición a las artes serviles, propias de los siervos o esclavos) en el marco de una cultura sagrada. Fue también el autor, entre otras muchas obras, de una *Historia de los Godos,* compuesta por encargo de Teodorico.

Durante la dominación lombarda, sobresale la figura de **Gregorio Magno** (590-604), con él la Iglesia romana adquirió un gran prestigio en todo el Occidente. Su ingente obra reviste un carácter pastoral, como lo refleja su *Regula pastoralis,* manual destinado a los obispos que llegó a ser el primer "Espejo" o manual de moral de los muchos que conoció la Edad Media; o las cerca de 848 cartas escritas en las que propone normas de conducta, muy leídas también en la Edad Media. Para los monjes escribe diversas obras: al pueblo cristiano van dirigidos los *Diálogos sobre la vida de los Padres en Italia.* Mandó hacer una recopilación de la música que se cantaba en los monasterios europeos por lo que se le denominó posteriormente *"canto gregoriano"*, pero fue realizado por los mejores estudiosos y cono-

cedores de los cantos sagrados que había por entonces en Europa. Son también muy numerosos sus trabajos centrados, de manera especial, en estudios litúrgicos, pastorales o ascéticos.

En la GALIA, la cultura había sufrido a lo largo del siglo V una importante degradación debido al paso de los distintos pueblos barbaros, siendo los monjes y los obispos quienes habían mantenido un cierto halo cultural centrado, de manera especial, en la exaltación de la vida monástica y en el desarrollo cultural, entre los que podemos mencionar a **Juan Casiano**, fundador de la Abadía de san Víctor en Marsella; a **Vicente de Lerins**, monasterio próximo a Marsella; al gran predicador **Cesáreo de Arlés**, o al obispo **Avito de Vienne**, evangelizador de los burgundios y maestro del rey Segismundo.

Una mención especial requiere la figura del obispo **Gregorio de Tours** (538-594), historiador galorromano que escribió varios libros entre los que cabe destacar su *Historia francorum*, que constituye la fuente más importante para conocer la historia de los merovingios que, en opinión de Emilio Mitre, constituye un relato de escaso espíritu crítico, escrito en un latín bastante deficiente. En su opinión, la obra de su contemporáneo Venancio Fortunato (530-609), obispo de Poitiers, los himnos de *Pange Lingua* y *Vexilia regis*, que se siguen utilizando en la liturgia, están escritas en un latín mejor. Está considerado como el primer poeta medieval del reino franco.

En la INGLATERRA ANGLOSAJONA destaca la obra del monje benedictino, **Beda el Venerable** (672-735), *Historia Eclesiástica del pueblo inglés,* escrita en inglés, está considerada como la primera Historia General de Inglaterra desde la invasión de Julio César hasta el año 731, en la que se funden las tradiciones irlandesas y romanas; por tal motivo se le considera el padre de la historia inglesa. Vivió desde los trece años en el monasterio de Saint Peter de Wearmouth-Jarrow (Northumbria) donde logró formar una importante biblioteca. Fue uno de los grandes maestros y escritores de la Edad Media, compuso cerca de cuarenta libros sobre gramática, cómputo y cronología, así como sobre temas históricos, científicos y exegéticos. En sus obras hay un abandono progresivo de las sutilezas y complejidades intelectuales del mundo tardorromano. Después de él, la historia narrativa se reduce a secas crónicas que relatan año a año lo acontecido. Es el único escritor inglés que es reconocido como doctor de la Iglesia. Contribuyó de manera especial a la difusión del cristianismo inglés al traducir obras escritas en griego y latín de los primeros padres de la Iglesia. Sus numerosas obras no históricas contribuyeron, como se verá, al "Renacimiento carolingio". Beda murió cuando traducía al anglosajón el Evangelio de san Juan, y fue enterrado en Jarrow.



Figura 7: *Beda el Venerable.*

La herencia de Beda la recogió su discípulo **Egberto**, obispo de York e impulsor de la escuela catedralicia, donde a mediados del siglo VIII acudió Alcuino, principal artífice del renacimiento cultural carolingio. Con el paso del tiempo, este territorio insular se convertirá en el gran foco cultural de Occidente como consecuencia de la decadencia de la Galia y de Italia, y de la llegada a África y España de los musulmanes, adquiriendo un notable relieve la escuela catedralicia de Canterbury y los centros monásticos de Iona, Lindisfarne o Jarrow.

En la HISPANIA VISIGODA surgen a finales del siglo VI y a lo largo del siglo VII un buen número de autores, entre los que podemos citar a **Hidacio de Chaves** (400-469), obispo de Gallaecia, a quien debemos los primeros textos escritos sobre los suevos; contemporáneo de Paulo Orosio, compartieron su formación en Oriente; **Justo de Urgel**, obispo de Urgel (517-531); **Eutro-**

pio de Valencia, monje del monasterio servitano (Cartaginense); que presidió, siendo ya abad del monasterio, junto a Leandro de Sevilla, el III Concilio de Toledo (589) donde se declaró el catolicismo como religión oficial del reino visigodo; al que también asistió Juan de Bíclara, obispo de Gerona; o el citado **Paulo Orosio**, discípulo de san Agustín, que escribió a instancias de su maestro su *Historiarum adversus paganos libri VII*, complemento del *De Civitate Dei;* por lo que podemos afirmar que por entonces la Península Ibérica podía considerarse como un importante foco cultural de Europa.

Entre los diversos focos culturales que surgen hay que destacar el de Sevilla donde vivieron los hermanos **san Leandro y san Isidoro**, miembros de una notable familia hispanorromana que vivía en el levante español, pero que la llegada de los bizantinos a Cartagena motivó que se trasladasen a Sevilla. San Leandro fue obispo de Sevilla (578-600), sufrió la persecución de Leovigildo por sus escritos contra el arrianismo, pero después de haber instruido al rey Recadero en la religión católica, consiguió que los visigodos se convirtieran al catolicismo, acto que se proclamó en el III Concilio de Toledo (589). Entre sus obras, sobresale el *Libro de la institución de las vírgenes y desprecio del mundo*, para su hermana Florentina que, según la tradición, había ingresado en un monasterio de la diócesis de Elvira.

A su muerte en el año 599, su hermano le sucedió en el obispado de Sevilla. San Isidoro fue educado por Leandro, pues quedaron huérfanos muy pronto. Fue un autor muy prolífico, como historiador, destaca su *Chronicon*, una breve historia universal, y la *Historia de regibus gothorum, vandalorum et suevorum,* donde se escribe la historia de estos pueblos desde sus orígenes bíblicos hasta los años 621-626. Como moralista y teólogo redactó obras como los libros de *Las sentencias y Las diferencias:* como cosmógrafo, dejó un tratado titulado *De natura rerum;* y como manual de liturgia puede considerarse la obra *De ecclesiasticis Officis;* pero su obra más famosa es las *Etimologías*, conjunto de veinte libros, que constituyen una gran obra enciclopédica en la que se recogen todos los ámbitos del saber de la época desde el *trivium* y *quadrivium* a aspectos económicos y a los detalles más triviales de la vida cotidiana. Es uno de los libros más apreciados de la Edad Media y estuvo presente en todos los monasterios medievales.

San Isidoro presidió el IV Concilio de Toledo, en el que se acordó, entre otros aspectos, que los obispos estableciesen escuelas catedralicias. Se alentó el interés por el estudio del Derecho y la Medicina. Y se unificó el uso del rito hispano o mozárabe utilizado en toda la España cristiana hasta la introducción del rito romano en el siglo XI. También compuso, como vimos, la *Regla de los Monjes* para el monasterio Honorianense de Sevilla. Cuando murió el 4 de abril del año 636, nadie puso en duda su santidad. Su cuerpo fue sepultado en una ermita fuera de Sevilla, pero sus restos fueron trasladados en 1063 a la basílica de san Isidoro de León por el rey Fernando I.

Vinculado a la sede de Toledo, estuvo Julián primado de Toledo (642-690), fue educado en la escuela de la catedral de Toledo por el obispo san Eugenio II de Toledo. Estudió en profundidad los conocimientos bíblicos, históricos, filosóficos y teológicos. Fue un escritor prolífico, entre sus muchas obras cabe mencionar un libro contra los judíos, y su *Historia Galliae in temporibus Wambae*.

4. Las primeras herejías

El crecimiento de las comunidades cristianas y el establecimiento de los dogmas de la doctrina religiosa trajo consigo la aparición de un cierto número de movimientos que provocaron un enfrentamiento con la autoridad eclesiástica por sus diferencias a la hora de interpretar la tradición y la doctrina establecida. Estas fisuras se aprecian de manera más evidente en el Imperio romano de Oriente, debido a su temprana cristianización, a su mayor nivel cultural y a su mayor capacidad para la especulación teológica, donde las primeras herejías que aparecieron pusieron en peligro la unidad de la Iglesia. Las principales doctrinas que surgieron, calificadas por los Padres de la Iglesia como errores dogmáticos, fueron: el gnosticismo, el maniqueísmo, y el arrianismo, surgidas por su peculiar interpretación del *dogma trinitario*.

4.1. *Oriente*

GNOSTICISMO. Esta doctrina religiosa y filosófica mezcla creencias cristianas antiguas con judaicas y orientales. Fundaba la salvación en el conocimiento (*gnosis*) espiritual o introspectivo de Dios en forma de intuiciones místicas, conocimiento superior a la fe, relegando la revelación a segundo plano. Este movimiento religioso floreció en Alejandría en el siglo II; sus seguidores eran una élite intelectual que se mostraban como un movimiento de "elegidos".

MANIQUEISMO. Religión fundada, en el siglo III, por el sabio persa Mani o Manes quien decía ser el último representante de los profetas enviados por Dios a la humanidad. Enseñaba la existencia de dos principios eternos que luchaban entre sí: un reino bueno de la luz y otro malo de las tinieblas. Para separar esta mezcla vinieron al mundo dos profetas: Cristo y el propio Mani (216-277) que había nacido en Babilonia, región que entonces englobaba el poderoso imperio sasánida; viajó a la India donde residió

durante dos o tres años por lo que pudo impregnarse de la espiritualidad de aquel lugar; a su regreso a Persia, el rey sasánida, Sapor I, le concedió permiso para predicar en su imperio, pero cuando el rey murió, Mani cayó en desgracia y fue perseguido hasta darle muerte. El maniqueísmo no creía en el libre albedrío y, por tanto, en la responsabilidad del pecado. Rechazaba el Antiguo Testamento y parte del Nuevo. En Cartago existió una comunidad maniquea floreciente. Aunque tuvo mayor proyección social que el gnosticismo quedó prácticamente extinguido en el siglo V; no obstante, pervivieron algunas comunidades maniqueas en Extremo Oriente hasta el siglo XIV.

ARRIANISMO. Defendido por Arrio (250-335), presbítero de Alejandría (Egipto) que propugnaba la distinta naturaleza de Cristo respecto a su Padre. Cristo fue creado por Dios Padre antes de la creación del mundo, por lo que no existió siempre. Sólo Dios Padre carece de principio, y solo Él era infinito y eterno. Cristo fue la criatura más apreciada por Dios, convirtiéndole en hijo adoptivo, por lo que el Hijo siempre estuvo subordinado al Padre. Este asunto se planteó y fue discutido con anterioridad, pero fue Arrio quien intensificó y divulgó con mayor fuerza este pensamiento.

Esta idea ponía en cuestión la Trinidad, por lo que fue el tema más importante y primordial que se trató y debatió en el I Concilio de Nicea convocado por el emperador Constantino I, en el año 325, con el fin de abordar este delicado asunto. A este concilio asistieron doscientos obispos, casi todos de la iglesia oriental, y en él se aceptó la proposición de fe formulada por Eusebio de Cesarea, declarando que Dios Padre era consustancial y "de la misma naturaleza" que su Hijo, engendrado y no creado. Aunque Arrio fue desterrado, la herejía continuó y, de nuevo, hubo de debatirse en el I Concilio de Constantinopla (381). No obstante, el arrianismo tuvo una extraordinaria vitalidad, los emperadores romanos Constancio II (337-361) y Valente (364-378) fueron arrianos, y más tarde, penetró entre los pueblos bárbaros a través del obispo-misionero Ulfilas (311-388) creando un nexo de unión entre ellos.

4.2. *Occidente*

Al mismo tiempo que esto sucedía en Oriente, en la parte occidental del Imperio también se desarrollaron movimientos doctrinales considerados heréticos: donatismo, priscilianismo y pelagianismo, todos ellos relacionados con una cuestión: *la Gracia*.

DONATISMO. Este movimiento religioso cristiano surgió en el norte de África, en la actual Argelia, inicialmente se denominó "Iglesia de los Már-

tires" pero, posteriormente, tomó el nombre de Donato, elegido obispo en Cartago en el 312, quien defendía que sólo podían administrar los sacramentos aquellos sacerdotes cuya vida hubiese sido intachable, no considerando dignos aquellos que hubiesen adjurado de la fe en época de las persecuciones del emperador Diocleciano. Mantenía la idea de que los sacramentos sólo eran válidos si los administraban clérigos dignos, negando la validez de los sacramentos otorgados por aquellos *traditores*, es decir por aquellos que habían renunciado a los signos cristianos para no sufrir el martirio.

Donato se propuso crear una Iglesia paralela, extremadamente rígida de la que se expulsasen a los ministros indignos. Este movimiento fue seguido por muchos campesinos pobres y por masas indígenas de beréberes enfrentados a la minoría dirigente más romanizada; además, esta corriente sirvió de cobertura moral a la revuelta de los *circuncelliones* (bandas armadas de númidas y bereberes que se dedicaron a depredar las posesiones de la aristocracia afrorromana comprometida socialmente con los intereses del episcopado ortodoxo). El donatismo fue rechazado por la Iglesia Católica, reafirmando la doctrina de la objetivad de los sacramentos pues, el sacerdote, una vez investido como tal, podía impartir con total validez todos los sacramentos. Aunque los escritos de san Agustín, como veremos contribuyeron a que el donatismo perdiera fuerza, su influencia pervivió hasta que los árabes se apoderaran del África bizantina en los siglos VII y VIII.

PRISCILIANISMO. Fue otra herejía hispana sobre la que se han dado diversas interpretaciones pues ha sido y es muy controvertida. Los orígenes de Prisciliano, obispo de Ávila (340-385) son oscuros pues no se conoce muy bien su origen, podía ser oriundo del norte de la Bética o seguramente de la Lusitania, pues en ambas provincias existían patrimonios en manos de familias aristocráticas acordes con los ascendentes de Prisciliano. Los supuestos orígenes gallegos, en opinión de José Sánchez Herrero, no son más que una suposición posterior basada en el gran desarrollo que tuvo el movimiento en la Gallaecia.

Prisciliano se convirtió al cristianismo a edad madura, siendo elegido obispo de Ávila en el año 381. Predicó una doctrina en la que se mezclan prácticas ascéticas y de pobreza muy estrictas con elementos agnósticos y maniqueos; hizo algunas propuestas morales o de fe que causaron un gran escándalo: negación del matrimonio, justificación de la mentira como defensa o la negación de la resurrección. Asimismo, hizo una dura crítica de los vicios del clero, al tiempo que trataba de adaptar el cristianismo a la mentalidad de los campesinos poco romanizados. Emilio Mitre ha señalado que, desde el punto de vista doctrinal, hay dificultades para distinguir entre lo que fueron sus objetivos religiosos y lo que sus discípulos trataron de poner en práctica. Esta doctrina tuvo un enorme arraigo, de manera especial, en las zonas populares del Noroeste peninsular, Lusitania, las dos Mesetas y Aquitania.

Prisciliano fue condenado a muerte y ejecutado en Tréveris (Alemania) donde había acudido junto a varios de sus discípulos, en el año 385, para solicitar la mediación del emperador Máximo por haber sido acusado de la práctica de ciertos rituales maléficos que incluían danzas nocturnas, del uso de hierbas abortivas y de la práctica de astrología cabalística. A pesar de la intercesión de san Martín de Tours y de san Juan Crisóstomo, Prisciliano fue condenado a muerte, pero su desaparición no impidió la propagación de sus ideas, y su doctrina tuvo una proyección exterior de suma importancia; su muerte originó un movimiento ascético conocido como priscilianismo, de tal forma que en el I Concilio de Braga celebrado en el año 561 se tuvieron que promulgar severas disposiciones contra ciertas creencias calificadas de priscilianistas. Prisciliano fue honrado junto con sus discípulos en Galicia como mártires.

PELAGANISMO. Fue defendido por Pelagio (360-420), monje bretón que residió durante algún tiempo en Roma. En un principio sus ideas reflejaban la defensa de un tipo de vida ascético a través de la cual el hombre podría llegar a la plenitud de la virtud. De hecho, el propio san Agustín lo calificó de *"vir sanctus"*, santo varón. Sin embargo, cuando Pelagio viajó de África a Roma en el año 410, las diferencias con san Agustín se hicieron evidentes y se manifestaron las profundas divergencias existentes entre ambos pensadores.

Para Pelagio la naturaleza del hombre por sí misma bastaba para evitar el pecado y colocarse en el camino de la salvación, por lo que se infravaloraba el papel de la gracia y la propia necesidad de la Redención, conceptos consustanciales al cristianismo, considerando que el pecado original de nuestros primeros padres había sido algo puramente personal. Negaba por tanto el pecado original y defendía que la gracia no tenía ningún papel en la salvación, ya que únicamente había que obrar bien siguiendo el ejemplo de Jesús. Proponía un tipo de vida ascética en busca de la perfección.

En el I Concilio de Cartago celebrado en el año 411, se promulgó una condena contra Pelagio, defendiendo la idea de que la Gracia, las buenas obras e incluso la fe sólo se consiguen gracias al auxilio divino. El papa Inocencio I (401-417) se enfrentó firmemente a Pelagio y al pelagianismo y volvió a condenar esta doctrina en el año 417. No obstante, algunos discípulos de Pelagio, como el italiano Julián de Eclana (385-450) siguieron manteniendo y defendiendo sus opiniones; y a pesar de que en el Concilio de Orange del año 529 se volvió a condenar el pelagianismo, este desacuerdo quedaba planteado en la cristiandad occidental.

5. Los Padres de la Iglesia

Para dar respuesta a todas estas cuestiones que se iban planteando en el seno de la Iglesia, surgió la respuesta dada por aquellos hombres que se les ha venido a denominar "Padres de la Iglesia", grupo de sacerdotes, teólogos y escritores eclesiásticos cristianos, obispos en su mayor parte, cuya doctrina es considerada testimonio de la fe y de la ortodoxia en el cristianismo. El nombre de "Padres" apareció en el siglo IV, según aparece en los escritos de Basilio el Grande (330-379), obispo de Cesarea en los que dice: "Lo que nosotros enseñamos no es el resultado de nuestras reflexiones personales, sino lo que hemos aprendido de los "PADRES". En un principio esta denominación designaba a cuatro padres de la Iglesia oriental, pero luego se incluyeron también otros cuatro padres de la Iglesia latina o de Occidente. Sin embargo, también se conocen como Padres de la Iglesia a otros escritores cristianos que vivieron entre los siglos III y VIII distinguidos por la ortodoxia de su doctrina y por su forma de vida.

5.1. *Oriente*

En Oriente, los Padres de la Iglesia que tuvieron que dar respuesta a las cuestiones que se fueron planteando fueron: san Atanasio de Alejandría, san Basilio el Grande, san Gregorio Nacianceno y san Juan de Antioquía, conocido con el apelativo de *Crisóstomo* (boca de oro) por su extraordinaria elocuencia y su gran cultura, ya que fue un gran orador que pasó a la historia por sus famosos discursos públicos; y al que vamos a dedicar una especial atención.

San Juan Crisóstomo (347-404), fue patriarca de Constantinopla. La iglesia ortodoxa griega lo valora como uno de los más grandes teólogos, procedente de la escuela de Antioquía. Durante su misión como obispo mostró una gran preocupación por las necesidades espirituales y materiales de los pobres. Criticó con dureza la vida licenciosa y el alto nivel de vida que llevaba el clero; y no tuvo inconveniente en enfrentarse al emperador Arcadio (395-408) y, de manera especial, a su esposa Elia Eudoxia, por su extravagancia en el vestir. Su interpretación de las Escrituras le permitieron hablar y exponer el concepto de la vida cristiana como modelo a seguir.

Sus críticas no fueron bien acogidas por lo que fue condenado al destierro en las proximidades del Cáucaso donde murió en el año 404. Posteriormente, en un proceso de rehabilitación y reconocimiento de su persona, sus restos fueron trasladados a la iglesia de los santos Apóstoles de Constanti-

nopla, el 27 de enero del año 438, día en que se celebra su festividad. En el año 568, el papa Pío V lo declaró doctor de la Iglesia. Muchas iglesias de los monasterios del Monte Athos (norte de Grecia) llevan su nombre.

5.2. *Occidente*

Entre los cuatro padres de la Iglesia latina: destacamos la figura de san Agustín junto a san Ambrosio de Milán, san Jerónimo de Estridón, a quien se debe la traducción al latín de la Biblia escrita en hebreo, por mandato del papa Dámaso I. Esta traducción al latín de la Biblia llamada Vulgata (edición para el pueblo), publicada en el siglo IV, se impuso a lo largo de la Edad Media con diversas revisiones; y san Gregorio Magno.

San Agustín de Hipona (354-430). El gran profesor de la Edad Media. Fue una figura peculiar tanto por el alcance y las repercusiones de su pensamiento como por las condiciones en que éste se desarrolló. San Agustín nació en Tagaste (Numidia romana en África del Norte) el 13 de noviembre del 354, de padre pagano, Patricio, que se esforzó en que su hijo recibiera la mejor educación, y madre cristina, santa Mónica.

Agustín nace y crece en la Antigüedad y muere en los albores del mundo medieval. Su reflexión es en consecuencia un pensamiento de transición. Su vida se desarrolla en un periodo de crisis y descomposición: en el plano político se está produciendo el desmoronamiento del Imperio romano en Occidente, cuyo espacio es ocupado por los pueblos bárbaros; por otra parte, el cristianismo cobraba auge, pues en menos de un siglo había pasado de ser una religión perseguida a ser la religión oficial del Imperio.

Seguidor durante nueve años del maniqueísmo, no encontró en él la orientación que buscaba en su vida y se marchó a Roma, donde quedó admirado de las enseñanzas de san Ambrosio de Milán y por el descubrimiento de la filosofía neoplatónica, que le llevaron a encontrar en la Biblia la fuente de la fe, convirtiéndose al cristianismo en el año 385, siendo bautizado dos años más tarde, a los 33 años, por su maestro, Ambrosio en Milán, junto a su hijo Adeodato. A su regreso a África fue ordenado sacerdote y posteriormente fue nombrado obispo de Hipona en el 395.

San Agustín escribió numerosos libros, pero fue las *Confesiones* el más leído, a través del cual conocemos sus experiencias religiosas. Esta obra es considerada la primera autobiografía de la historia, aunque san Agustín no la redactó al final de sus días, sino cuando tenía 40 años y se encontraba en el "ecuador de su vida". Por otra parte, se centra en los años que trascurren desde su nacimiento hasta su conversión en el 387, cuando es bau-

tizado. En su lectura podemos comprender los cambios que se produjeron en su vida hasta su conversión. En ella se va desmenuzando lo que fueron sus orígenes puramente paganos, su posterior militancia en el maniqueísmo, y su vida licenciosa en Cartago donde mantuvo una relación estable con una mujer fruto de la cual fue el nacimiento de su hijo Adeolato. Esta obra constituye el texto fundamental para aproximarse y comprender la mentalidad de san Agustín y el espíritu que impregnó su vivencia de la fe.

A parte de este libro, san Agustín dedicó buena parte de sus escritos a combatir las herejías, convirtiendo la lucha contra el error doctrinal en una de sus principales preocupaciones. De su extensa obra merecen ser destacadas: *Contra donatistas, Contra pelagianos, Contra manichaeos, Contra paganos*, y, de manera especial, *De civitate Dei* (La Ciudad de Dios), uno de los libros más leídos de la Edad Media por ser la gran obra de madurez, en la que trata de todos y cada uno de los temas centrales de su pensamiento: la gracia, la predestinación, la institucionalización del cristianismo en torno a la iglesia, el libre albedrío, la sexualidad y el pecado original. San Agustín habla de la trayectoria de la humanidad, en la que existe, en sentido metafórico, una pugna entre dos ciudades: la ciudad terrestre que agrupa a todos

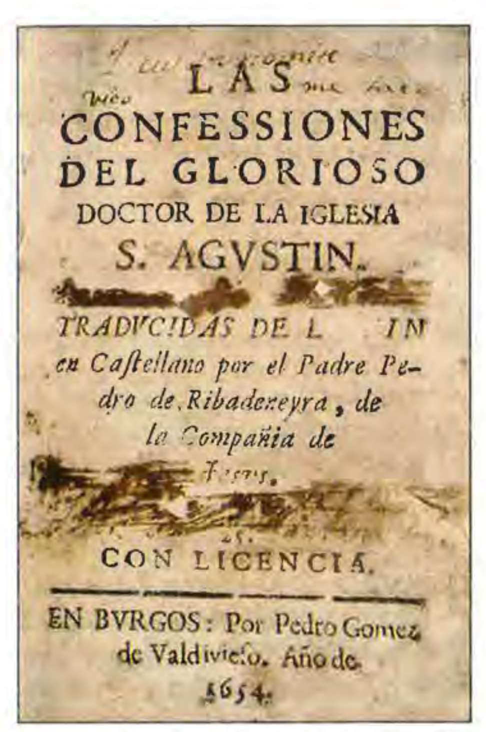




Figura 8: *Obras de San Agustín traducidas al castellano* (siglo XVII).

aquellos que viven de acuerdo con el hombre siguiendo los dictados de la carne, predestinados a sufrir eterno castigo con el diablo; y la ciudad divina, que agrupa a aquellos que viven según el espíritu y de acuerdo con la ley de Dios predestinados a su contemplación en la vida eterna. Fue redactada después del saqueo de Roma por Alarico, en el año 410, que aterrorizó a las antiguas poblaciones romanas y a las nuevas poblaciones cristianas, lo que indujo a creer en la proximidad del fin del mundo. Poco tiempo después de acabar esta magna obra, cuando los vándalos dirigidos por su rey Genserico asolaban el norte de África, el 28 de agosto del año 430, moría san Agustín a consecuencias de unas fiebres que su cuerpo no pudieron superar.

Su obra fue continuada por sus discípulos entre los que debemos recordar a **Paulo Orosio**. Oriundo de Braga (Portugal) viajó a África donde conoció a san Agustín con quien trató sobre el priscilianismo y en lo tocante al origen del alma, y quien le aconsejó viajase a Palestina para escuchar la respuesta de san Jerónimo de Estridón, lo que le permitió asistir en el año 415 al sínodo convocado en Jerusalén por el obispo Juan contra Pelagio. El aspecto más conocido e interesante de sus trabajos en su concepción histórico-política, se refleja en su obra *Historia contra los paganos* que abarca desde el comienzo del mundo hasta el año 417, redactada por los mismos años y en una línea similar a la de su maestro.

De África procedía también Marciano Capella (360-428), escritor enciclopédico quien en su obra trata ante todo de las artes liberales, popularizando la división de estas en *Trivium:* Gramática, Retórica y Dialéctica y *Quadrivium:* Aritmética, Geometría, Astronomía y Música, que tuvo vigencia durante la Edad Media.

6. Organización de la iglesia occidental

La organización de las comunidades cristianas fue constituyéndose de forma paulatina a lo largo del siglo IV, beneficiándose de la desaparición del poder imperial y de la formación, frecuentemente, de unos débiles estados germánicos.

La DIÓCESIS, división administrativa constituida en época de la Antigua Roma, constituye la estructura eclesiástica básica de la Iglesia. En Europa no hubo uniformidad en cuanto al tamaño y la distribución de los diferentes territorios diocesanos, pues fueron variando de acuerdo con la evolución de la evangelización y debido a diversos factores sociales y políticos; tal fue el caso de la Galia, cuyos límites variaron según se iba produciendo las sucesivas divisiones del territorio entre los diversos monarcas, llegando,

incluso, a desaparecer algunas de ellas. En Provenza hubo diócesis relativamente modestas, frente a otras de enorme tamaño como fue la de Toulouse, de la que llegaron a salir seis obispados. En Inglaterra, algunas sedes adquirieron un auge considerable como sucedió en Canterbury, capital del reino de Kent, foco de evangelización desde finales del siglo VI, que llegó a ser la sede primada en competencia con York. En España, alguna sede tan prestigiosa como la de Cartagena se vio arruinada posiblemente desde los inicios del siglo VII.

Al frente de la diócesis se encuentra un OBISPO (del griego *episcopus*, vigilante), sucesor de los apóstoles, encargado de dirigir la vida de la comunidad. Su figura resultó ser de vital importancia en el tránsito de la Antigüedad a la Edad Media ya que fueron los únicos interlocutores válidos entre las poblaciones de ascendencia romana y la nueva población germana que se iba asentando en los territorios que habían pertenecido al Imperio romano. El candidato a la dignidad episcopal debía de ser varón, estar bautizado, contar al menos con treinta años y ser presbítero, aunque, a veces, estas dos últimas características no se cumplían. El anillo, el báculo y la mitra junto con la posesión de sello propio, eran los símbolos que atestiguaban su dignidad y autoridad. El obispo era elegido por el clero y los laicos pertenecientes a la Iglesia, el cargo era vitalicio y disponía de poderes para bautizar, excomulgar y ordenar presbíteros, diáconos y subdiáconos. En términos generales podemos decir que procedían del estamento nobiliario, por lo que los monarcas europeos y otros poderes laicos conseguían que las sedes fueran ocupadas por miembros de familias afines a ellos. Era un hecho frecuente que las monarquías se inmiscuyesen en la mayoría de las elecciones.

Por debajo de los obispos, estaban los miembros de las Órdenes Mayores, integradas por PRESBÍTEROS (sacerdotes), en principio auxiliares de los obispos, llegaron a desempeñar muchas de sus funciones; y DIÁCONOS (servidores), que asisten al sacerdote en el altar, en principios simples ecónomos, ejercían también el ministerio de la palabra, y se ocupaban de la formación de los pertenecientes a las Órdenes Menores: subdiáconos, lectores, acólitos, etc. Hasta los primeros tiempos del Medievo, el diaconado también podía ser desempeñado por mujeres; integraban la jerarquía de la Iglesia, y tenían una mayor o menor participación en la misma, acorde con su formación para su consagración al ministerio del servicio a la Iglesia.

De acuerdo con lo establecido por san Pablo en la *"Primera Epístola a Timoteo"*, carta donde fundamentalmente señala la doctrina de las prácticas cristianas y de la disciplina eclesiástica, el obispo y el presbítero debían de cumplir unos requisitos, entre los que podemos citar el de no haber cometido falta grave, no haber desempeñado cargos militares, o no haber cometido delitos contra la fe. En los comienzos se recomendó el celibato,

y aunque posteriormente fue exigido por el papa León I (440-461), considerado tradicionalmente como el último gran papa del mundo antiguo, no obtuvo demasiado éxito.

Cada diócesis, sede del obispo, tenía una catedral o iglesia principal, aunque de manera excepcional una misma diócesis podía tener dos catedrales en ciudades diferentes o, incluso, en la misma, recibiendo en esta circunstancia el nombre de concatedral. Un determinado número de diócesis formaban una provincia eclesiástica o metrópoli regida por la figura del ARZOBISPO. Normalmente se les conoce con el título de "metropolitanos", cuya misión principal era la vigilancia de los demás obispos de la provincia y la convocatoria de los sínodos provinciales. El arzobispado o archidiócesis dependía directamente de la Santa Sede. Por encima del marco metropolitano estaba la institución de "primacía", existente ya desde los siglos VII-VIII. Se trata de un título honorífico concedido por el Papa a determinadas archidiócesis para que gozasen de un grado de superioridad en ciertas regiones o reinos. Generalmente el primado fue el obispo metropolitano cuya diócesis era la más antigua o de mayor relevancia histórica en una nación. El Papado creó numerosas primacías a lo largo del siglo XII; así, por ejemplo, encontramos que en el año 1088 el papa Urbano II concederá a Toledo la primacía sobre los reinos hispánicos, ante las protestas de Braga, Compostela y Tarragona.

PONTIFICADO. El Papa constituía la cabeza institucional de la Iglesia como institución jerarquizada. La cristiandad europea necesitaba de un gobierno que velase por la unidad e impidiese el cisma, que fuera capaz de aglutinar a la masa de fieles y transmitirles un conjunto de ideales de vida. El papado se erige como una auténtica fuerza política. El Papa era el sucesor del primer apóstol, Pedro, sobre el que el Evangelio dice: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"; considerándose los obispos de Roma sucesores de Pedro, por lo que prevalecía la sede de Roma sobre todas las demás, por lo que se fue confirmando como capital de la Iglesia.

El papa INOCENCIO I (401-417), natural de Albano (Italia), defendió la unificación de costumbres en el gobierno de todas las Iglesias occidentales con respecto a la romana, y mandó que todos los casos importantes tenían que ser supervisados por él, de manera especial, los relacionados con las celebraciones litúrgicas. Hizo frente, de modo firme, al pelagianismo, y tal fue su firmeza y decisión en este asunto que san Agustín pronunció la famosa frase: *"Cuando Roma ha hablado, la causa está terminada"* (*Roma locuta, causa finita*). También condenó el priscilianismo. Después del saqueo de Roma por los visigodos en el 410, hizo todo lo posible por reparar los daños que habían causado. Tuvo una buena relación con san Juan Crisóstomo, e hizo cuanto pudo por reintegrarle en su sede, después de haber sido exiliado.

El último papa del mundo antiguo fue LEÓN I "el Magno" (440-460). Combatió con éxito el maniqueísmo que se había extendido por Italia, el pelagianismo y el priscilianismo que se mantenía de manera especial en España. Pero a este pontífice se le recuerda de manera especial por haberse entrevistado con Atila en la ciudad de Mantua cuando se dirigía a Roma en el año 452, permitiendo que el Imperio romano siguiera existiendo hasta el año 476, y situando a la Iglesia como la principal fuerza política. Durante su pontificado se celebró el Concilio de Calcedonia (451) en el que se proclamó la unión de la divinidad y humanidad de Cristo. León I desarrolló la teoría del primado de Roma al ser su obispo vicario de Pedro, *prínceps apostolorum*.

Fue GREGORIO I, conocido también como "el Magno" (590-604) el primer Papa de la Edad Media. Su pontificado dio comienzo el mismo año que se produjo una grave inundación del Tíber y una epidemia de peste asoló la ciudad de Roma; hizo de esta ciudad y su entorno la base de lo que en el futuro sería considerado el territorio de los Estados Pontificios. Roma se convierte con él en la ciudad de los papas y en la base de lo que en un futuro próximo serán los Estados de la Iglesia. Buen organizador, procedió a agrupar los bienes que la sede de san Pedro había ido recibiendo en los años anteriores. Demostró ser también un buen diplomático, y supo mantener hacia los patriarcas orientales una política entre la flexibilidad y la energía; asimismo, fue capaz de negociar con los lombardos logrando que desistieran de sus intentos de apoderarse de Roma. Trabajó por conseguir la independencia del poder espiritual del poder temporal o civil; por definir y aclarar la definición del dogma; por la conversión de los fieles y por alcanzar la moralidad de las gentes en su vida pública y privada.

Fue el primer papa que había sido anteriormente monje benedictino, y supo dar al monacato occidental romano el impulso misionero que hasta entonces le había faltado: la idea de un gran reino cristiano en el que se integrasen todos los pueblos de Europa bajo la tutela de Roma. Convirtió sus dominios patrimoniales en seis monasterios en Sicilia, y fundó una casa-monasterio de carácter aristocrático en la casa de su familia en el monte Celio (Roma) bajo la advocación de san Andrés, de donde extrajo un grupo de monjes, encabezados por san Agustín de Canterbury, para que fueran a evangelizar el reino anglosajón de Kent en el año 596.

A lo largo del siglo VII se mantuvo la autoridad del Papado, pero a comienzos del siglo VIII se produjeron diversos enfrentamientos con Bizancio por cuestiones doctrinales, y con los lombardos pues pretendían intervenir en las elecciones pontificias. El papa Zacarías (741-752) consiguió que los lombardos devolvieran a la Iglesia algunas de las ciudades que habían tomado, y legitimó a la dinastía Carolingia, uno de cuyos miembros, Pipino el Breve, donó a su sucesor, el papa Esteban II (752-757), Rávena y la Pentápolis que,

unidos al Ducado Romano, irán configurando el Estado Pontificio, al que vinieron a sumarse durante el gobierno de Carlomagno, los territorios de Ferrara y Bolonia que habían estado en manos de los lombardos.

CONCILIOS. El primer Concilio, reunión o asamblea de los obispos y autoridades eclesiásticas para tratar algunas controversias sobre el dogma y las Escrituras o la disciplina eclesiástica con el fin de lograr la unidad, se celebró en Nicea en el año 325, donde se debatió la doctrina de la Trinidad, y se rebatieron las ideas de Arriano. A partir de entonces comenzaron a celebrarse los denominados "concilios *ecuménicos*" o también llamados "concilios generales", en los que intervenían los obispos de toda la Iglesia junto al Papa. Los siete concilios ecuménicos más importantes por lo que en ellos se trató fueron: I Constantinopla (381), Éfeso (431) o Calcedonia (451), donde se ocuparon de temas concernientes al dogma de la Trinidad sobre la naturaleza de Dios, II Constantinopla (553), y III Constantinopla (680-681), en los que se siguió debatiendo y perfilando las cuestiones anteriores; y en el último celebrado en Nicea (787) en el que se trató el culto a las imágenes.

En un nivel inferior estaban los llamados "concilios *nacionales*", en los que se reúnen las autoridades eclesiásticas de un reino, como los llamados "Concilios visigóticos" celebrados en Toledo hasta el año 694. O el concilio "nacional" de Hertford del año 637 en el que se establecieron los límites de las distintas circunscripciones eclesiásticas inglesas de acuerdo con el nuevo mapa de la isla. Y los llamados "concilios *provinciales*" en los que intervienen los obispos, determinados clérigos de una provincia eclesiástica, correspondiendo su convocatoria al metropolitano que lo preside.

También solían celebrarse los llamados "Sínodos diocesanos" en los que se reúnen un cierto número de dignidades, canónigos y representantes del clero diocesano con la posible presencia de algunos laicos. Estas reuniones son convocadas y presididas por el obispo con el fin de examinar el estado de su diócesis, así como para debatir y aprobar resoluciones para su buena marcha, promulgando para tal fin los correspondientes *estatutos sinodiales*, de enorme importancia para el conocimiento de la Iglesia y de la sociedad en general. El IV concilio de Letrán (1215) determinó la periodicidad anual de los sínodos diocesanos, que raramente se llevó a la práctica.

Las actas de los concilios son de suma importancia para el conocimiento de la extracción social y étnica del episcopado y los problemas planteados con más frecuencia. Durante estos primeros siglos se hicieron importantes esfuerzos para proporcionar la educación del clero; tal fue el caso de la labor emprendida por san Agustín, en su diócesis de Hipona; por san Isidoro, en Sevilla, quien escribió para sus clérigos un tratado *"De ecclesiasticis Officiis"*; o por el papa san Gregorio Magno a través de su *Regula pastoralis*.

7. La Iglesia y los laicos

A lo largo del siglo IV el número de cristianos fue creciendo, pero esa masificación produjo una mengua importante del nivel moral medio de los creyentes. Durante el siglo V pervivían algunas malas costumbres del paganismo, unidas a supersticiones y a la difusión y propagación de los movimientos heréticos; por tal motivo, se emprendió por parte de la jerarquía eclesiástica una amplia y profunda labor de catequización.

Se impuso la doctrina de los sacramentos, considerados como la verdadera vía de salvación para el cristiano. El bautismo constituía la vía de entrada a la comunidad cristiana; a partir del siglo III solía recibirse después de tener una formación previa, por lo que se piensa que los niños no recibirían el bautismo en los primeros meses, sino que serían los adultos quienes se bautizasen después de un periodo de preparación. Aunque la liturgia bautismal variaba de una región a otra, en los primeros tiempos solía hacerse en términos generales, por inmersión, normalmente el domingo de Resurrección o en Pentecostés.

La penitencia servía para perdonar los pecados cometidos, pero quedaba solo para las faltas graves. La mayor parte de las veces era vejatoria para el fiel, ya que implicaba llevar signos externos que avergonzaban a quienes los portaba por lo que muchos preferían no bautizarse; con el paso del tiempo, la Iglesia permitió que la penitencia se cumpliese con el pago de limosnas o haciendo obras de caridad.

El matrimonio era considerado como el estado ideal de los laicos, pues se considera la única forma de vida honorable para quienes no tienen un compromiso clerical o monástico. El vinculo del matrimonio era indisoluble, oponiéndose, por tanto, a las costumbres romanas o germánicas que admitían el concubinato como otra forma perfectamente honorable de relación entre el hombre y la mujer.

Junto a los sacramentos, considerados como la verdadera vía de salvación para el cristiano, el fin tenía que cumplir con una serie de obligaciones, como era la asistencia a la misa dominical (la declaración del domingo como día festivo se hizo en el año 326), el ayuno en tiempo de cuaresma, la visita a los enfermos o la ayuda a los pobres mediante la limosna.

Se generalizó el culto a los santos, alcanzando cierta popularidad su modo de vida que facilitaría a los cristianos el conocimiento de cómo debían comportarse. Recordemos entre otras la *Vida de San Martín*, obispo de Tours, obra hagiográfica escrita por Sulpicio Severo (360-420); o el Libro de *Los Diálogos* de Gregorio Magno (590-604), obra que compuso a petición de sus amigos para conocer la vida de santos italianos del siglo IV, destacando, entre

ellos, la vida de san Benito de Nursia que fue uno de los libros más leídos durante la Edad Media. También tuvieron una buena propagación los escritos en los que se describían de forma sencilla las vías para realizar una mejor labor pastoral, o las principales supersticiones de las masas populares; tal fue la obra escrita, en torno al año 400, por San Agustín, *De catechizandis rudibus,* con el fin de hacer pedagogía catequética; o la obra de san Martín de Braga (c 520-580), *De correctione rusticorum,* sobre el origen de los ídolos.

Adquirió cierta importancia el culto a María, de manera especial en Occidente; así como el culto a la cruz, que llegará a potenciar, en la plena Edad Media, uno de los grandes ideales político-religiosos, el de las Cruzadas. Una de las formas de expresión de la piedad fueron las peregrinaciones a Roma, para visitar los Santos Lugares en que yacen los cuerpos de san Pedro y san Pablo; a Jerusalén, lugar donde se desarrolló la vida de Jesús, teniendo especial trascendencia la peregrinación que hizo desde Constantinopla a Jerusalén santa Elena madre del emperador Constantino, en el año 326; o posteriormente, a Santiago de Compostela, donde se consideran que reposan los restos del apóstol Santiago el Mayor.

Un testimonio de especial importancia se lo debemos a la monja Egeria, considerada como la primera peregrina de la historia, de profunda religiosidad y con una curiosidad ilimitada pues en el año 379 salió de Gallaecia (diócesis de la Hispania antigua) en dirección a Constantinopla y visitó Tierra Santa; como resultado de ese viaje escribió el famoso *Itinerarium,* en el que nos describe la liturgia de las fiestas de la Navidad, de Semana Santa y Pascua que se celebraban en Jerusalén en el siglo IV. Constituye un documento de gran valor tanto lingüístico como histórico, porque nos narra el clima de devoción hacia Jesucristo, los lugares santos, la lectura piadosa de la Biblia, e incluso describe los sentimientos íntimos de un alma cristiana.

También eran frecuentes las peregrinaciones a lugares donde existían advocaciones más localizadas, uno de ellos fue Canterbury, que constituyó un centro de vital importancia durante la Plena Edad Media, debido a la presencia de las reliquias de Tomás Becket (1118-1170), quien, curiosamente, había peregrinado a Compostela en 1167. Otro centro de peregrinaje fue Nidaros (Noruega) en cuya catedral se encuentra la tumba de san Olaf (995-1030), uno de los pocos santos de origen noruego, visitada por peregrinos procedentes de muy diversos lugares de la cristiandad. Desde mediados del siglo II, se atestigua la peregrinación a la tumba de los mártires, considerados santos, por haber perdido su vida al mantener su fe en Jesús, a quienes invocaban pidiendo su intercesión ante Dios; estos lugares eran conocidos como "martiria" y en ellos se realizaba el culto a los mártires en torno a su tumba.

La predicación fue, no obstante, el principal instrumento para llegar al conjunto de la población, por lo que, en el transcurso del tiempo, la Iglesia

fue adoptando las lenguas de los lugares donde llegaba; tomó medidas de importancia como fue la prohibición de la celebración de los juegos circenses, especialmente crueles y sangrientos; y dictó normas en torno a la manumisión de esclavos, sobre raptos, adulterio o homosexualidad y prostitución.

En un primer momento los primeros cristianos se reunían en casas particulares, donde tenían sitio, dando importancia a la reunión en sí, no al lugar dónde se juntaban, según expone A. Chavarria, de hecho, la misma palabra *ekklesia* significa reunión. Los primeros lugares específicos dedicados a la oración se encuentran en Palestina, fechados en el año 230, y en Dura Europos en Siria, donde se juntaban muchas personas.

La expansión del cristianismo hizo necesaria la construcción de templos, cementerios y monasterios. A comienzos del siglo IV, el emperador Constantino envió una comisión a Tierra Santa para que en su nombre localizasen los lugares que habían estado vinculados a la vida de Jesús para consagrarlos con iglesias y santuarios. Para algunos historiadores, santa Helena, madre del emperador, fue la primera arqueóloga de la Historia, pues su hijo la envió para que averiguase el posible lugar donde se produjo la crucifixión de Jesús. La iglesia del Santo Sepulcro, construida en la Ciudad Vieja de Jerusalén, fue fundada por Constantino, data del 325 d.C., y está considerada como el lugar más sagrado del Cristianismo.

El templo más característico solía ser la basílica de tres naves, con uno o dos ábsides de planta semicircular, que solía tener un atrio para albergar a más gente. A comienzos del siglo IV, Eusebio de Cesarea describe con detalle la inauguración de una iglesia en Tiro. A su lado se construía el baptisterio, donde al menos hasta el siglo VI se practicaba el bautismo por inmersión en una piscina con varios escalones, un bello ejemplo lo podemos ver en Mértola (Portugal). Alrededor del templo se construía el cementerio; asimismo, se construía una torre vigía o fortaleza para proteger a la población, que posteriormente, durante los siglos IX y X se transformaría en campanario. Todo este conjunto constituía un lugar sagrado en el cual estaba vedado el derramamiento de sangre.

Las iglesias habían nacido en las ciudades, pero en estrecha relación con el proceso de ruralización de la población se produjo un aumento de templos en el mundo rural. Unos fueron parroquiales, es decir, tenían pila de bautismo y un párroco nombrado por el obispo; otros eran templos subordinados al parroquial con menos competencias canónicas y económicas. Entre los siglos VI y XI fueron creándose templos en los dominios de los grandes propietarios quienes los construían y dotaban para ser enterrados en ellas, ejerciendo el derecho de presentación del clérigo que debía estar a su frente, quedando al margen de la jurisdicción del obispo. Los monasterios se construirían en lugares apartados de los núcleos de población.

Bibliografía específica

AYALA MARTÍNEZ, C. de: *El Pontificado en la Edad Media*. Madrid, Síntesis, 2016.

BOECIO, *Consuelo de la filosofía*. Trad. de Eduardo Gil Bera. Madrid, Acantilado, 2020.

CHAVARRIA, A.: *Arqueología de las primeras iglesias del Mediterráneo (siglos IV-X)*. Granada, Nuevo Inicio, 2021.

DÍAZ IBÁÑEZ, J.: *La organización institucional de la Iglesia en el Edad Media*. Madrid, Arco/libros, 1998.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J. Á.: *Historia religiosa del Occidente medieval (313-1464)*. Madrid, Akal, 2012.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J. Á. y R. TEJA eds.: *Conflicto y violencia en los monasterios hispánicos medievales*. Aguilar de Campoo (Palencia), Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del románico, 2021.

JASPERT, H.: *Movilidad y religiosidad medieval en los reinos peninsulares, Alemania y Palestina*. Granada, Universidad de Granada, 2020.

MITRE FERNÁNDEZ, E. GRANDA, C.: *Las grandes herejías de la Europa cristiana (380-1520)*. Madrid, Itsmo, 1999 (2ª ed.).

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Las herejías medievales de oriente y occidente*. Madrid, Arco/Libros, 2000.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *La Iglesia en la Edad Media: una introducción histórica*. Madrid, Síntesis, 2003.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Iglesia. Herejía y vida política en la Europa medieval*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007.

NIETO IBÁÑEZ, J. M.: *Historia antigua del cristianismo*. Madrid, Síntesis, 2019.

NIETO SORIA, J. M.: *El Pontificado Medieval*. Madrid, Arco/Libros, 1996.

NIETO SORIA, J. M.: *La época medieval: iglesia y cultura*. Madrid, Itsmo, 2001.

REGLERO DE LA FUENTE, C.M.: *Monasterios y monacato en la España Medieval*. Madrid, Marcial Pons, 2021.

SÁNCHEZ HERRERO, J.: *Historia de la Iglesia en España e Hispanoamérica, desde sus inicios hasta el siglo XXI*. Madrid, Silex, 2008.

VEYNE, P.: *El sueño de Constantino. El fin del Imperio pagano y el nacimiento del mundo cristiano*. Barcelona, Paidós, 2008.

VEYNE, P.: *Quand notre monde est devenu chrètient* (312-394). Paris, Le livre de Poche, 2010.

Viaje de Egeria; Edición, traducción y prólogo de Carlos Pascual. La Línea del Horizonte Ediciones, 2017.

Película

El secreto del libro de Kells. Directores: Tomm Moore y Nora Twomey, 2009.

Capítulo 3

EL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE. BIZANCIO

Esquema de contenidos

1. Introducción.
2. Primeras dinastías de Oriente: Teodosiana y Tracia.
3. Dinastía Justiniana. Justiniano el Grande (527-565).
   3.1. Obra política.
   3.2. Obra legislativa.
   3.3. Sucesores de Justiniano.
4. Dinastía Heraclida (610-717).
5. Dinastía Isáurica (717-820). El problema iconoclasta.
6. Dinastía Frigia (820-867).
7. Dinastía Macedónica (867-1056).
8. Arte y cultura.

Bibliografía específica.

1. Introducción

En temas anteriores hemos señalado que el emperador Teodosio había entregado a su muerte, 17 de enero del 395, a su hijo Honorio (395-423) la parte Occidental del Imperio, mientras que la parte oriental del desaparecido Imperio romano le fue asignada a su hijo mayor, Arcadio (395-408), nacido en Hispania. Cuyo espacio incluía los numerosos territorios que habían formado parte del Imperio helenístico forjado por Alejandro Magno, coincidente prácticamente con las zonas de lengua griega, que será conocido como Bizancio. La capital se estableció en la ciudad que había sido denominada la "Nueva Roma" y que fue reconstruida sobre la antigua colonia griega de Byzàntionm situada en un lugar estratégico en el que confluía Europa y Asia; pero que, por entonces, ya se conocía con el nombre de Constantinopla, denominación dada a la muerte de Constantino I el Grande (Constantinópolis o ciudad de Constantino). Constanti-

nopla se convirtió en el mayor y más activo centro religioso de Oriente y nudo de comunicaciones en el que confluían las principales rutas mercantiles. A imitación de la vieja Roma, se levantó sobre siete colinas, se construyeron grandes murallas y se llevó a cabo un gran plan urbanístico. Por su privilegiada situación y sus fuertes defensas, resistió las invasiones de los visigodos, hunos y ostrogodos, a los que desvió con habilidad hacia Occidente.



Figura 1: *Las invasiones germánicas*
(E. Cantera, Atlas Histórico y Geográfico, UNED, 2006, pág. 85).

No obstante, el calificativo bizantino no fue empleado a lo largo de los siglos medievales, pues los bizantinos se consideraban a sí mismos, romanos. A pesar de que algunos intelectuales lo utilizaron en algunas ocasiones durante el siglo XIV, no será hasta bien avanzada la denominada "Edad Moderna" cuando Europa comenzó a tener una conciencia clara de la significación de lo bizantino. No obstante, el nombre de "Bizancio" se lo dieron los estudiosos de finales del siglo XIX, al considerar que era un proceso histórico que había evolucionado hacia una civilización distinta, y, como tal, requería un nombre específico.

2. Primeras dinastías de Oriente: Teodosiana y Tracia

A Arcadio, se le considera el primer emperador de Imperio romano de Oriente. Aunque desde el año 383 era co-augusto de Oriente no comenzó a reinar en solitario hasta el fallecimiento de su padre (395); a partir de entonces, tuvo que hacer frente a las numerosas incursiones protagonizadas por los godos y los hunos. Arcadio no destacó por ser un hombre político, pues fue la religión su mayor preocupación, por lo que se dejó sentir, de manera especial, la influencia que en él ejerció su mujer, la emperatriz Elia Eudoxia; actitud que fue duramente criticada por el patriarca de Constantinopla, Juan Crisóstomo, considerado como uno de los más grandes teólogos de la iglesia de Oriente, lo que motivó que fuera exiliado.

ARCADIO = EUDOXIA

TEODOSIO II PULQUERIA = MARCIANO

MARCIA = ANTEMIO

Le sucedió su hijo Teodosio II (408-450), único varón nacido de su matrimonio con Eudoxia, con tan solo siete años, por lo que hubo de hacerse cargo del gobierno, actuando como regente del nuevo soberano, Antemio, prefecto del pretorio, quien administró el Imperio prudentemente durante los diez años que se hizo cargo del mismo, tiempo en el que tuvo que hacer frente a los hunos que se hicieron presentes en la frontera del Danubio y atacaron Constantinopla en el año 441, logrando defenderla gracias a que desde el año 413 la capital se había rodeado del célebre muro teodosiano que incluía los nuevos barrios situados a extramuros de la muralla de Constantino. Posteriormente, en el año 443, Teodosio II firmó la Paz de Anatolio con los hunos, volviendo éstos a sus tierras.

A Teodosio II se le reconoció como "el Calígrafo" por su entrega a las artes y las letras. Promulgó un Código de leyes en el que se establecía la base de la futura jurisprudencia bizantina, conocido como *Código Teodosiano* (438), donde se reunieron y actualizaron todas las leyes generales existentes desde Constantino.

También durante su gobierno se fundó en la capital la Alta Escuela de Constantinopla, el 27 de febrero de 425, bajo el nombre de *Pandidakterion*, en la que se enseñaba Derecho, Filosofía, Retórica, Medicina, Arit-

mética, Geometría, Astronomía, Música y otras materias. En el siglo IX fue reconocida como la primera universidad del mundo.

A su muerte en el año 450, sin dejar descendencia masculina, heredó la corona su hermana Pulqueria, de la que se destaca su piedad y su ortodoxia en un momento de frecuentes discusiones teológicas. A ella se deben la construcción de numerosas iglesias en Constantinopla. La emperatriz contrajo matrimonio con el general Marciano, por lo que le asoció al trono, y de esta forma pudo ser nombrado emperador de manera legítima. Durante ese tiempo, los ejércitos de Atila fueron desviados a Occidente, lo que fue utilizado como prestigio personal del nuevo emperador Marciano, que se negó a pagar el tributo que Teodosio II estableció con los hunos después de la muerte de Atila, para que se abstuvieran de atacar al Imperio de Oriente. A pesar de que gobernó el Imperio bizantino durante un breve tiempo (450-457), está considerado como uno de los mejores emperadores de los comienzos del Imperio bizantino, pues estabilizó el Imperio dejando, además, las arcas saneadas, a pesar de los cuantiosos gastos que habían ocasionado las guerras con los hunos. Tanto él como su esposa, Pulqueria, fueron reconocidos como santos por la Iglesia ortodoxa.

Con ellos finaliza la dinastía de Teodosio, pues de su matrimonio solo nació una hija, Marcia, cuyo marido, Antemio, no fue reconocido como heredero legítimo. El Imperio de Oriente pasó a manos del alano Aspar, comandante en jefe del ejército imperial cuya influencia era tan grande en el gobierno de Constantinopla que elevó a un subordinado suyo, León I el Tracio, al gobierno del Imperio (457-474), dando comienzo al reinado de la dinastía tracia (457-518). Fue el primer emperador que recibió la corona de manos del Patriarca de Constantinopla, pues en la "Nueva Roma", el obispo de la capital fue elevado a la categoría de patriarca que pronto se convirtió en la cabeza de los patriarcados orientales bajo el título de "ecuménico"; hasta entonces, sus antecesores la recibían de un alto mando militar o de un funcionario. Pronto, León I también conocido como el Grande, deseando liberarse de la dependencia de Aspar, buscó apoyo en la región de Isauria, situada en una zona aislada al sur de Asia Menor, hoy Turquía, lugar muy conflictivo donde existían excelentes guerreros.

LEÓN I = VERINA
|
ARIADNA = ZENÓN 2º matrimonio = ANASTASIO
|
LEÓN II

Al sentirse mayor, y previendo su muerte, León I entregó el trono a su nieto León II (474), hijo de Zenón y de su hija Ariadna, pero al morir prematuramente, pues solo llegó a reinar diez meses, se hizo con el trono Zenón (474-491), llamado "*Tarasikodisa*". Recordemos que fue él quien recibió de Odoacro en el año 476, las insignias imperiales de Roma, reconociéndole como único emperador. La unidad imperial quedaba jurídicamente establecida y Constantinopla se convertía en la única capital del Imperio. Sin embargo, Zenón tuvo que sofocar numerosas revueltas surgidas dentro del Imperio, al tiempo que hubo de hacer frente a los ataques de hunos y vándalos.

A la muerte de Zenón en el año 491, su esposa Ariadna, contrajo matrimonio con Anastasio, personaje influyente de la corte, quien supo dotar de cierta prosperidad al Imperio durante su gobierno (491-518) al impulsar la actividad mercantil y comercial en las ciudades mediante la reducción de impuestos y otorgando el perdón a los deudores de impuestos atrasados. Asumió la defensa de los pequeños propietarios de tierras frente a las grandes familias terratenientes, también suprimió el impuesto directo, *chrysargyre,* que afectaba a campesinos y artesanos y que había sido el causante de grandes sublevaciones de la población. Tuvo el mérito de restaurar el orden político y social. Dejó un Imperio en paz y con reservas económicas que permitieron a Justiniano llegar a un periodo de expansión y bienestar.

3. Dinastía Justiniana. Justiniano el Grande (527-565)

Anastasio I murió sin dejar descendencia, por lo que el Senado fue quien designó a Justino (518-527), que contaba ya 70 años, conde de los *excubitores*, guarda palatina, creada por León I, para que ocupase el trono; a pesar de su origen campesino, tenía fama de ser un destacado militar, pero no tenía los conocimientos requeridos para gobernar un Imperio; sin embargo, supo rodearse de consejeros de confianza, entre los que destacó su sobrino preferido, Flavius Petrus Sabbatius Justinianus, al que adoptó como hijo y dio el nombre de Justiniano, quien dio comienzo al gobierno de una nueva dinastía, la "Dinastía Justiniana" que llevó al Imperio romano de Oriente a su mayor apogeo.

Justiniano había nacido en torno al año 482 en Tauresio, Macedonia, en el seno de una familia humilde de habla latina. Siendo muy joven se instaló en Constantinopla, donde su tío desempeñaba un cargo militar. En el año 525, Justino I había derogado una ley que prohibía contraer matrimonio con mujeres de una clase social más baja, lo que permitió a Justiniano I casarse con Teodora, que era una muchacha huérfana, sin relevancia pública que trataba de ganarse la vida como actriz, profesión que no era

muy respetada pues las actrices se desenvolvían al margen de la sociedad bizantina y con frecuencia su profesión se asociaba con la prostitución. Justino I murió el 1 de agosto del 527 dejando a Justiniano I como sucesor.

3.1. *Obra política*

La obra política realizada por Justiniano promovió importantes transformaciones que tuvieron unos largos y duraderos resultados. Ya en vida de su tío, Justino, se educó en las lides diplomáticas y administrativas, de manera especial para hacer frente a los dos partidos rivales más populares de la ciudad que se disputaban entre sí el poder de Constantinopla: el de los azules, portavoces de la ortodoxia y de la aristocracia, y el de los verdes que contaba con el apoyo de los grandes mercaderes y funcionarios, y eran pro-monofisitas. Estos dos bandos representaban a la población del Imperio bizantino, y competían en carreras de carros en el Hipódromo de Constantinopla. Estas carreras eran seguidas con fervor y fanatismo por el público que animaba fervientemente a los aurigas de su preferencia; pero a la vez, permitían la participación activa del pueblo a través de las agrupaciones de los *demos* (equipos) que se identificaban con colores, siendo los verdes y azules los más importantes. Y sería en una de estas competiciones cuando estalló, en enero del año 532, la revuelta de Niká ("victoria", en griego) que probablemente hubiera significado el fin del reinado de Justiniano sin la actuación decisiva de Teodora. Esta revuelta, en la que abandonando sus rivalidades se unieron los *demos*, se extendió por toda la ciudad durante seis días, llegando a destruir edificios públicos tan emblemáticos como la iglesia de Santa Sofía, por lo que gran parte de la ciudad quedó destruida. Justiniano, estuvo a punto de huir, pero la serenidad de su esposa Teodora y la maestría del general Belisario lo evitaron, poniendo fin a esta rebelión, mediante una violenta represión.

Justiniano I supo rodearse de grandes figuras entre las que destaca el relevante general Belisario, nombrado *magister militum*, quien contribuyó de manera eficaz a consolidar el poder del emperador; no obstante, a pesar de toda la ayuda prestada y el éxito obtenido en la mayoría de las empresas bélicas en que participó, Justiniano I, celoso de su prestigio, le apartó de todos sus cargos, acabando sus días en la indigencia. Junto a él, figura como destacado militar Narsés, gran conocedor de las teorías de la guerra, que participó activamente en muchas campañas de conquistas emprendidas por Belisario.

Fue asimismo importante la labor realizada por eminentes hombres como Juan de Capadocia, perfecto del pretorio, en relación con la reforma de la administración central; o por el historiador Procopio de Cesarea, secretario de Belisario, que se convirtió en el gran cronista del reino al narrar las campañas

realizadas contra los persas, vándalos y ostrogodos, que constituyen la principal fuente escrita para conocer el reinado de Justiniano. Junto a estas crónicas "oficiales", Procopio de Cesarea escribió, después de morir Justiniano, su "*Historia secreta*" en la que expresa con claridad su resentimiento contra la corte del emperador y sus personajes, Belisario y su mujer Antonina, y la propia emperatriz, Teodosia. Es decir, sobre todo aquello a lo que no estaba autorizado a escribir en sus obras oficiales por miedo a las represalias.

Pero sin duda, quien influyó y tuvo una participación activa en el reinado de Justiniano I fue su esposa Teodora. Contrajeron matrimonio en el año 525 en Constantinopla, (según Procopio, Justiniano no eligió bien a su pareja, y desaprueba este matrimonio por la condición cortesana de Teodora), siendo investidos emperadores dos años más tarde. Tras su coronación, 4 de abril del 527, Justiniano y Teodora fueron a vivir al Gran Palacio y ordenaron levantar poco después la iglesia de los Santos Sergio y Baco, hermanos y valientes oficiales romanos que sufrieron el martirio en tiempos de Maximiano. Este lugar se convirtió en el centro de peregrinación más importante del Oriente cristiano después de Jerusalén. Justiniano había tenido conocimiento de las cualidades de Teodora, entre las que destacaba su honor, modestia y belleza. Desempeñó una tarea pública independiente de la de su esposo, en la que sobresalió por su inteligencia y personalidad. El papel de las emperatrices no estaba bien regulado, pero ella no fue la primera emperatriz que influyó de manera activa en el gobierno de Bizancio, recordemos a Eudoxia, esposa de Arcadio, o su hija Pulqueria, quien a veces se opuso a los dictados de su hermano Teodosio II; o Ariadna, la viuda de Zenón, que contrajo posteriormente matrimonio con Anastasio I. A diferencia de ellas, Teodora y Justiniano se complementaban, ambos tenían una personalidad activa y enérgica. Incluso en circunstancias especiales como ocurrió en la revuelta *Niká*, momento en que Teodora, mostrándose firme y actuando como una mujer de Estado, se puso al frente del gobierno para salvar el trono y transmitió a Justiniano su coraje y determinación. Teodora, que no había tenido una formación previa, demostró tener una gran facilidad para los idiomas y una gran inteligencia para asimilar todo lo que había aprendido en las calles de Constantinopla, cualidad que, según el historiador francés, Debidour, fue lo que realmente atrajo a Justiniano, no solo su atractivo físico. Pronto aprendió a desenvolverse en la Corte, y añade: "nunca se encontró desorientada en el Palacio imperial y los asuntos de Estado y las discusiones teológicas no la incomodaron". Actuó como una verdadera emperatriz, ejerciendo junto a Justiniano la autoridad suprema, participando en las tareas de gobierno e interviniendo de manera activa y juiciosa, hasta convertirse en una mujer fuerte y temida, como podemos ver en los mosaicos de san Vital de Rávena. Su muerte, veinte años antes de que falleciera Justiniano, significó una gran pérdida para el emperador. Fue enterrada en la iglesia de los Santos Apóstoles que ellos habían mandado construir.



Figura 2. *Mosaicos del séquito de Teodora* (Iglesia de san Vital en Rávena).

Como consecuencia de la insurrección popular *Niká,* durante el gobierno de Justiniano se llevó a cabo de forma inmediata la reforma administrativa dirigida por Juan de Capadocia que, en líneas generales, frenaba la autoridad despótica de los gobernadores y de los altos funcionarios provinciales al parcelar las provincias que eran demasiado extensas para evitar el aumento de poder y la ambición de los gobernantes. También se emprendió una reforma en la recaudación de impuestos con la finalidad de que la hacienda regia ingresara lo suficiente para poder hacer frente a los cuantiosos gastos que ocasionaban las largas y continuas campañas militares. Justiniano organizó una administración más centralizada que era controlada por los oficiales de palacio. Persiguió a los grandes propietarios que habían acaparado antiguos bienes del Estado y ordenó castigar duramente a los que robasen y abusasen.

En el aspecto religioso, Justiniano defendió la ortodoxia frente al monofisismo que propugnaba la creencia de que Jesús sólo está presente en la naturaleza divina pero no en la humana, emanada de manera especial después del Concilio de Calcedonia (451) donde se definió el dogma de la existencia de dos naturalezas de Cristo, divina y humana, sin separación alguna, condenando la herejía monofisita. Esta decisión encontró una fuerte oposición entre la población de Egipto, Siria y Palestina. Justiniano, con el deseo de lograr la unidad religiosa, prohibió la enseñanza de la filosofía griega y ordenó el cierre de la Escuela de Atenas que Platón había fundado en el año 388 a.C.

Respecto a la política exterior, Justiniano se vio obligado a hacer frente a la dinastía de los persas sasánidas que gozaba por entonces de un momento de esplendor, tanto en su economía como por la paz social existente. Su enfrentamiento estuvo motivado por el deseo de dominar Mesopotamia, encontrándose ambos ejércitos en Calinico, (531) a orillas del río Éufrates, cerca de Ar-Raqqad, al norte de Siria. Los bizantinos fueron derrotados, viéndose obligados a firmar la paz que les impuso el rey persa Cosroes I, a quien Justiniano hizo entrega de una fuerte cantidad de dinero que motivó la subida de impuestos a la población. Cosroes I dio acogida a los filósofos griegos después de que Justiniano ordenase cerrar la Escuela de Atenas.

Por otra parte, Justiniano deseaba unir el mundo occidental a Oriente y volver a los ideales de la vieja Roma, restaurando un Imperio unificado. Por lo que el ejército bizantino dirigido por Belisario fue enviado al norte de África para enfrentarse a los vándalos (533-534), obteniendo una rápida e importante victoria. Los vándalos supervivientes fueron deportados a Asia, y la guerra continuó en el interior de África frente a los beréberes, al tiempo que el territorio se convertía en prefectura del pretorio de África (división administrativa del Imperio romano tardío) dividida en seis provincias. Belisario regresó a Constantinopla con el tesoro real de los vándalos.

Esta victoria sobre los vándalos permitió a los ejércitos bizantinos dirigirse a Italia (535) y tomar aquellas bases que consideraban necesarias para dominar y controlar la navegación por sus costas. En el Tirreno, se apoderaron de Sicilia, Nápoles y Roma; y, posteriormente, se adueñaron de Rímini y Rávena, plazas situadas en la costa adriática, donde los ostrogodos presentaron mayor resistencia.

No obstante, pronto se dejó sentir la fragilidad de cuanto se había conquistado, de manera especial a partir del año 540 cuando Bizancio debió de hacer frente a una crisis bélica generalizada. Por una parte, fue necesario enfrentarse de nuevo a los persas (544), y frenar las invasiones protagonizadas por los búlgaros (559); y, por otra parte, los ejércitos bizantinos se vieron obligados a regresar a África donde se había producido una sublevación por parte de los mauritanos.

Mientras tanto, los bizantinos, aprovechando la crisis existente en el reino visigodo en Hispania, dirigieron su escuadra al mando de Liberio y se adueñaron de plazas importantes del sureste peninsular: Cartagena, Murcia, Málaga y Córdoba, llegando hasta el Algarve. Con estas campañas, el Mediterráneo volvía a ser un lago romano, pues únicamente quedaban fuera del poder de Justiniano las antiguas provincias de la Tarraconense y la Provenza; y, exceptuando la Galia, Bizancio dominaba las provincias que se consideraban vitales del antiguo Imperio romano y todos los puntos estratégicos del

mar interior. Para defender las fronteras más peligrosas Justiniano levantó más *castella* fortificados y nuevos *limes*, tal fue el caso del limes de Liguria en los Apeninos, para defender Génova, o los establecidos en las montañas de Crimea, o a lo largo del curso alto del río Éufrates.

Este periodo de paz permitió el desarrollo del comercio y favoreció los intercambios mercantiles, espirituales y artísticos a través del Mediterráneo. El hallazgo de una serie de pecios (barcos hundidos) cerca de Estambul han permitido conocer cómo eran las naves bizantinas y el comercio de la época, en el que se importaban especias, perfumes y seda provenientes de la India, del Sudeste asiático y de China. No obstante, debido a sus enfrentamientos con Persia, se introdujo la cría del gusano de seda en Bizancio, convirtiéndose en un monopolio estatal que resultó altamente lucrativo. De modo paralelo, estos desplazamientos permitieron que muchos estudiosos acudiesen en busca de saber a las escuelas de Constantinopla y Antioquía; asimismo, facilitaron el tránsito de numerosos peregrinos que se dirigían a Tierra Santa.

A pesar de todo, el tiempo demostró que los sueños reunificadores de Justiniano no fueron posibles, la brecha entre Oriente y Occidente era tal, que resultaba imposible de mantener sino era por la fuerza. Por entonces, ya se acusaba la falta de dinero, lo que no hacía posible pagar a los soldados. Situación que vino a agravarse por los temblores de tierra o por la extensión de una epidemia que desde Egipto se hizo presente en los años 540-542 en Constantinopla, extendiéndose por el Mediterráneo, llegando hasta las islas Británicas. La peste dejó asoladas regiones enteras del Imperio bizantino y que incluso Justiniano llegó a padecer. Según cuenta Procopio de Cesarea en su *Historia Secreta*, sus síntomas eran parecidos a los de la peste bubónica, aunque para algunos investigadores es la peste menos conocida, provocando, en el momento de mayor actividad, que la población se redujera al 50%, hundiendo la riqueza, la salud y las oportunidades de la población. La plaga aceleró el deterioro de las tierras de cultivo y el aumento de los bosques. Para Rosen, la epidemia cambió el mundo mucho más que lo habían hecho las invasiones bárbaras. A ello vino a sumarse la muerte de Teodora (548) que tanto había apoyado la obra de su marido, y la destitución de Juan de Capadocia. Todo ello marcó el fin del reinado de Justiniano. A su muerte, en el 565, gran parte de su obra se vino abajo, ya que Bizancio perdió la mayor parte de los territorios ganados en Occidente, convirtiéndose, definitivamente, en un Imperio oriental.

3.2. *Obra legislativa*

El emperador Justiniano también ha pasado a la Historia por llevar a cabo una importante reforma legislativa que le hubiera dado fama histórica, aunque se hubiese perdido el resto de su memoria. Esta reforma hay que vincularla y asociarla a la figura de Triboniano (500-542 aprox.) prestigioso jurista a quien Justiniano hizo el encargo de preparar un nuevo Código para el Imperio en el que se recopilasen las leyes existentes, siguiendo en parte el camino ya trazado en anteriores compilaciones, especialmente en el Código de Teodosio II (*Codex Theodosianus*), con el objetivo de unificar y dotar al Estado de "una base jurídica homogénea". Con este fin se reunieron los diez juristas más eminentes del momento bajo la presencia de Juan de Capadocia, en el año 528, bajo la supervisión del emperador Justiniano o de sus familiares.

La obra se terminó con sorprendente celeridad en abril del año 529, siendo conocida como el Código de Justiniano (*Codex Iustinianus*) y constituye la base de toda la literatura jurídica posterior, a pesar de las modificaciones que se fueron haciendo. El Código no solamente incluía cualquier ley válida, con independencia de la fecha de promulgación, sino que introducía una necesaria limpieza, eliminando todas aquellas leyes anuladas por disposiciones subsiguientes. Se trata de una obra típicamente bizantina, compleja, en la que se mezclan elementos romanos, helenísticos, orientales y cristianos.

El *Corpus iuris civilis* (Cuerpo de Derecho civil), la más importante recopilación de derecho romano, realizada entre el 529 y 534, está compuesto de cuatro partes: *Código, Digesto, Instituta* y *Novellas*. El *Digesto* "resumen" (nombre latino) o *Pandectas* (nombre griego), que significa la "obra que todo lo contiene", está dividido en siete partes y está compuesto de 50 libros. Las llamadas *Institutiones* o *Instituta* constituían manuales elementales de Derecho que se elaboraron para jóvenes que deseaban instruirse. Con posterioridad se compilaron en griego constituciones y leyes promulgadas desde el 534 bajo el nombre de *Novella*, "leyes nuevas", fuente de sumo interés para el conocimiento de la vida de aquel tiempo; una parte se redactó en griego, pero todo el *Corpus* se escribió en latín lo que muestra la voluntad de Justiniano de restablecer la unidad del Imperio y el apego de Constantinopla a las tradiciones romanas. En su elaboración participaron los más importantes y famosos jurisconsultos del momento.

A finales del siglo VII, durante el gobierno de Justiniano II, se promulgó la *ley agrícola* que consagra la existencia de comunidades de campesinos libres en un momento en que se producía una renovación interior del imperio, que supuso el auge de los campesinos y el fortalecimiento del minifundio; y la *ley náutica* que completaban los puntos menos tratados en la legislación precedente.

3.3. *Sucesores de Justiniano*

A la muerte de Justiniano I, el 14 de noviembre del 565, en Constantinopla, surgieron muchos problemas para continuar y llevar a cabo su proyecto político: la unificación de Oriente y Occidente. Por entonces, el ejército estaba desorganizado y mantenía el enfrentamiento con persas, lombardos y eslavos en los Balcanes; y el país estaba empobrecido. Por otra parte, el Imperio seguía siendo romano, pero sus súbditos eran en su mayor parte griegos; las conquistas efectuadas por Justiniano se fueron perdiendo, por lo que el Imperio romano de Oriente se había convertido en Bizancio, pues en torno al año 600, el nuevo Imperio únicamente incluía los territorios que tenían las mismas creencias, es decir, donde había triunfado la ortodoxia de Constantinopla y su Iglesia.

Los sucesores de Justiniano I, su sobrino Justino II *el Joven* (565-578), su hijo adoptado el tracio Tiberio II (578-582), y el yerno de éste, Mauricio (582-602), a pesar de las buenas cualidades de este último, no fueron capaces de hacer frente a los peligros que amenazaban al Imperio que les había legado Justiniano, pues durante el reinado de Mauricio, debieron mantener enfrentamientos en todas las fronteras del Imperio; los soldados protagonizaron una sublevación dirigidos por Focas, quienes entraron en Constantinopla y acabaron con la vida de Mauricio y de sus hijos. Este último emperador, Focas (602-610), fue destronado por Heraclio durante sus enfrentamientos en el norte de África.

4. Dinastía Heraclida (610-717)

A partir de aquel momento y prácticamente durante todo el siglo VII gobernó en Bizancio la dinastía de los *Heráclidas o Heracliana*, nombre dado por su primer gobernante, Heraclio (610-641), gobernador general del norte de África que había iniciado desde allí una revuelta contra Focas, desatándose una guerra civil entre los partidarios de uno y otro bando. La mayor parte del ejército que había sido leal a Focas huyó, y en el 610 Heraclio llega a Constantinopla donde fue nombrado emperador.

Heraclio tomó el título de *basileus*, título de origen griego que desde entonces pasará a designar a los emperadores bizantinos, pues hasta ese momento solamente lo ostentaban los reyes de Persia. Con esta medida Heraclio subraya su victoria sobre los persas y al mismo tiempo, la ruptura con las tradiciones romanas al abandonar los títulos romanos de *imperator*, *caesar* y *augustus* que sus antecesores habían llevado hasta entonces. Con-

virtiéndose en uno de los más importantes soberanos bizantinos, no sólo por sus victorias, sino por ser el iniciador de una serie de reformas que afectaron a la administración y, sobre todo, a la organización militar, sacando al Imperio de la decadencia en que se encontraba.

Aunque hoy día es un asunto debatido entre los estudiosos, tradicionalmente se ha atribuido a Heraclio la creación de una nueva circunscripción militar y administrativa, denominada *thema*, clave para la defensa interior del Imperio, a cuyo frente estaba un *estratega* o general con plenos poderes en uno y otro ámbito. Tal fue el poder que detentaron que muchos de ellos consiguieron gobernar el Imperio. El sistema se implantó en los territorios de Asia menor (Anatolia) que se habían liberado de las invasiones. Para algunos historiadores esta distribución no se completó en el siglo VII. Esta reforma militar fue acompañada por un cambio en la administración central que suprimió la poderosa "prefectura del pretorio" (división administrativa del Imperio romano tardío) y creó nuevos servicios financieros. Los territorios periféricos que se encontraban lejos de Constantinopla estaban expuestos a las invasiones por lo que fueron gobernados por los *exarcas,* jefes supremos de las fuerzas militares. En las fronteras orientales estaban los *akritas* (fronterizos) encar-



Figura 3. *Heraclio entra en Jerusalén llevando la Vera Cruz.*

gados de vigilar de noche y de día la *akrai* o frontera oriental; cuyas hazañas serían cantadas en un poema épico *Digenis Akritas* del siglo XII.

Por lo que respecta a la política exterior, Heraclio hizo frente a los avances del ejército del rey persa Cosroes II, quien se había apoderado de Antioquía (611) y había saqueado Jerusalén (614) llevándose consigo la reliquia de la cruz en que Jesucristo fue crucificado (Vera-Cruz); poco después se había apoderado de Alejandría (618) y había interceptado los envíos de trigo que debían llegar a Constantinopla. Heraclio formó un ejército integrado por numerosos monjes y contó con fondos que había requisado a la Iglesia, con lo que dio a su empresa el carácter de "guerra santa" para recuperar los Santos Lugares. Con este objetivo, Heraclio recuperó las provincias perdidas y, es más, se apoderó de Ctesifonte, capital del Imperio persa en el año 627 después de la batalla de Nínive, siendo asesinado poco tiempo después Cosroes II, emperador de la Persia sasánida, mientras se encontraba en su palacio. El emperador bizantino volvió triunfante a Constantinopla y posteriormente, él mismo restituyó solemnemente la reliquia de la Vera Cruz a la iglesia de Santo Sepulcro de Jerusalén (630).

Con esta victoria, Heraclio aumentó su prestigio en toda la Cristiandad. Asimismo, debió de hacer frente al avance de los ávaros y eslavos que, en torno al año 626, habían llegado a las murallas de Constantinopla; y a los ejércitos musulmanes del califa Omar que, en el 634, se expandían por Siria y Palestina, sufriendo una terrible derrota por parte de los musulmanes a orillas del río Yamurk (Siria) en el año 636.

Respecto a la cuestión religiosa, la reconquista de las provincias orientales volvió a plantear y sacó a la luz la cuestión del monofisismo, imperante en estos territorios. Heraclio, movido por su deseo de unificar las creencias religiosas del Imperio, promulgó, en el año 638, el edicto imperial conocido como *Exposición de fe*, de carácter obligatorio para todos los súbditos, aunque el tiempo demostró que resultó inoperante.

El emperador Heraclio murió en el año 641, dejando a sus dos hijos como coemperadores: Constantino III, nacido de su primer matrimonio con Eudocia, que murió prematuramente, y Heracleonas, de once años, hijo de su segunda esposa y sobrina Martina, a quien se responsabilizó de la muerte de Constantino III para posicionar a Heraclonas en la línea sucesoria. Después del breve reinado de Constantino III (febrero-mayo del 641), le sucedió su hijo Constante II, llamado "el Barbudo" (641-668), quien al igual que su hijo y sucesor Constantino IV (668-685) debieron dedicar importantes esfuerzos para hacer frente al avance de los musulmanes por el Norte de África: Alejandría (642), Trípoli (643) y todo Egipto (646); también por Asia Menor: Armenia (643) y Capadocia (647), que incluso llegaron a sitiar Constantinopla en el año 677. En esta ocasión, Constantino IV gracias al apoyo

de la marina pudo frenar el ataque musulmán (678), debido a que, desde el *dromón,* barco de guerra bizantino, se lanzaba el llamado *fuego griego,* líquido inflamable que se arrojaba contra los navíos enemigos, cuya invención se atribuye a Calínico, refugiado cristiano sirio, que probablemente lo conoció a través de los alquimistas de Alejandría. El fuego griego consistía en lanzar un chorro de fluido ardiente que ardía, incluso, debajo del agua, por lo que se utilizaba de manera preferente en el mar. Su empleo causó tal terror entre los árabes que, tras varias batallas navales, optaron por retirarse, levantar el asedio y firmar un tratado de paz por treinta años y pagar un tributo anual al Imperio bizantino.

Conseguida la paz en el frente Oriental, Justiniano II (685-695 y 705-711), hijo de Constantino IV, centró su atención en la zona de los Balcanes, ya que la aparición de los búlgaros en el delta del Danubio suponía una nueva amenaza para los bizantinos. Justiniano II mostró enseguida su carácter cruel y despótico en el ejercicio del poder, por lo que la población indignada de su proceder, y por la recaudación de excesivos impuestos que estableció para embellecer Constantinopla le retiraron del poder, sustituyéndole y elevando al mismo al estratega Leoncio (695-698) y, posteriormente, a Tiberio III (698-705); pero Justiniano II, a quien habían cortado la nariz, por lo que también recibe el apodo de "nariz cortada", recuperó el poder por la fuerza en el año 705 ayudado por los búlgaros y durante los seis años que volvió a regir los destinos de Bizancio, únicamente sembró el terror y el miedo entre la población, situación que fue aprovechada por los musulmanes que desde la Península Arábiga habían iniciado y continuaban con su expansión territorial.

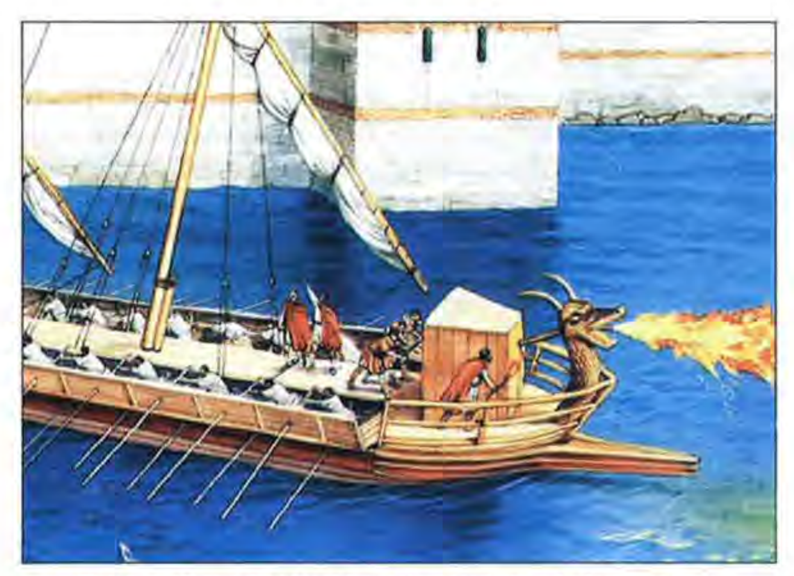


Figura 4. *Dromón bizantino y lanzamiento de fuego griego.*

Después de los breves gobiernos de diversos generales: Filípico (711-713), Anastasio II (713-715) y de Teodosio III (715-717), se puso fin al reinado de la dinastía Heracliana, pues en el año 717 ocupa el trono imperial León III *el sirio o el Isáurico.*

5. Dinastía Isáurica (717-820). El problema iconoclasta

León III, se había destacado como un buen estratega durante el tiempo que dirigió el Ejército de Oriente. Se rebeló contra Teodosio III por haber usurpado el trono a Anastasio II, su protector, a quien debía el nombramiento de estratega del *thema* de Anatolia, (Isauria), y consiguió ser elegido emperador. En marzo del año 717 hace su entrada en Constantinopla, siendo coronado en la iglesia de Santa Sofía, dando comienzo al gobierno de la dinastía Isáurica.

El nuevo emperador, siguiendo la pauta iniciada por Heraclio, reorganizó los cuadros militares, *themas,* que paulatinamente fueron sustituyendo a las provincias romanas en las regiones más amenazadas. Hizo frente a los ejércitos árabes que, de nuevo, volvieron a asediar Constantinopla; contando con la ayuda de los jázaros pudieron derrotarles y obtener una importante victoria en Akroinon (740), obligándoles a retirarse de Anatolia, acontecimiento considerado de vital importancia por lo que suponía la invasión musulmana por Asia Menor; algunos historiadores comparan la importancia y similitud de esta batalla con la derrota que sufrieron los musulmanes en Poitiers (732) que evitó que se expandiesen por Europa.

A León III se debe la promulgación, en el año 726, del famoso código, la "*Écloga*" o "fragmentos escogidos", que era una revisión más "humanizada" del derecho de Justiniano con importantes innovaciones en el derecho criminal, de signo claramente oriental y, profundamente, influida por el derecho canónico y también por las costumbres orientales que afectaron de manera especial al derecho criminal. Fue redactado en griego, pues el latín, que seguía siendo, en teoría, la lengua oficial, no era comprendido por la inmensa mayoría de la población de las provincias asiáticas y de los Balcanes.

Pero, sin duda, el hecho que caracterizó el reinado de León III fue la lucha contra las imágenes, conocido como "*iconoclastia*", que se inició en estos años pero que duró más de un siglo. Este asunto provocó un enfrentamiento entre aquellos que eran partidarios de mantener el culto a los "icónos" (imágenes), denominados *iconódulos* y aquellos que deseaban eliminarlos, *iconoclastas.* León III se mostró contrario al culto de las imágenes por lo que

ordenó la persecución de aquellos que mantenían su devoción a las imágenes. Este movimiento rompió la paz social que imperaba en el Imperio de Oriente, pues Grecia y su capital se mostraron fieles al culto de las imágenes, frente a las provincias orientales que, probablemente por influencia de los musulmanes, rechazaban su culto, como sucedió con todos los emperadores cuya procedencia era oriental que se mostraron contrarios al culto de las imágenes, y, asimismo, con los integrantes del ejército que eran en su mayor parte soldados procedentes de Asia o Armenia.

Las medidas tomadas por el emperador fueron muy impopulares, llegando incluso a amenazar al papa Gregorio II (715-731) si no se sumaba al edicto y prohibía el culto a las imágenes. Ante su negativa, se produjeron diversos altercados, que motivaron la petición de ayuda del papa a los carolingios. También fue significativa la defensa del culto a las imágenes que realizó el teólogo y escritor sirio san Juan Damasceno (675-749), quien defendió la veneración de las imágenes frente a los iconoclastas expresando, entre otros argumentos, que *"una imagen es como un libro para los que no leen"* o *"las imágenes son el catecismo para los que no leen"*. Considerado como un gran profeta de la Iglesia del Este, tomó la decisión de retirarse al monasterio de san Sabas, cerca de Jerusalén, después de repartir todos sus bienes.

Esta querella en torno al culto a las imágenes separó, aún más, a las Iglesias de Oriente y Occidente; de manera especial, cuando el emperador León III nombró a Anastasio, patriarca de Constantinopla ordenándole que destruyese todas las imágenes, alguna de las cuales tenían fama de sobrenaturales y poseían un poder superior a las demás, por lo que eran objeto de veneración y homenaje pues de ellas se esperaba la realización de algún milagro.

A la muerte de León III, su hijo y sucesor, Constantino V (741-775) continuó con la misma política de su padre. Y, en este sentido, convocó un sínodo en Hieria, en el que los 338 obispos asistentes, todos ellos iconoclastas, condenaron la *iconodulía* (*dulía*, veneración, *iconos*, imágenes). Consciente de que los monasterios eran verdaderos centros de la *iconodulía*, dirigió todas sus fuerzas contra los monjes y trató de frenar el poder que ejercían, obligándoles a vestir hábitos civiles e incluso a casarse. Se apoderó de sus tierras, encubriendo, de hecho, una verdadera desamortización; lo que motivó que muchos monjes griegos se trasladaran a otros lugares situados a orillas del mar Negro, de Chipre o a la Italia meridional que estaban menos amenazados. La represión contra los monjes culminó en el año 766, en que se les amenazó con dejarles ciegos o exiliarlos, si no cumplían lo mandado.

Durante el gobierno de Constantino V, se disfrutó de una paz en el exterior, debido al cambio de dinastía en el imperio musulmán, pues los 'abbasíes trasladaron la capital de Damasco (Siria) a Bagdad (Iraq). Consolidadas sus posesiones en la zona oriental, el emperador bizantino dirigió su enfren-

tamiento a los búlgaros, pero después de diversos encuentros, Constantino V murió luchando frente a ellos en el año 775.

Con su hijo y sucesor, León IV (775-780) continuaron los desafíos con árabes y búlgaros, pero la cuestión de las imágenes iba a cambiar, de manera especial cuando su muerte repentina hizo que su mujer Irene actuara como regente de su hijo Constantino VI (780-797?) e hiciese restaurar el culto a las imágenes según los acuerdos tomados en el II Concilio de Nicea (787), en el que la emperatriz participó activamente. En este Concilio se definió que la verdadera adoración se debe a Dios, pero que las imágenes podían ser veneradas. La emperatriz Irene restableció el culto a las imagines en base a las nuevas decisiones teológicas y devolvió a los monjes sus bienes y sus derechos. Con esta medida se renovaron las buenas relaciones entre Constantinopla y Roma.

La ambición de Irene por proclamarse ella emperatriz la llevó a cegar a su propio hijo; aunque, se desconoce si murió entonces o años después, ella asumió el título de *basileus* (797-902). Por entonces, Carlomagno había sido nombrado emperador de Occidente por el papa León III en la Navidad del año 800. Algunos historiadores afirman que Carlomagno llegó a pedir la mano de la Emperatriz Irene, lo que hubiera determinado la unión de Oriente y Occidente, pero esta política matrimonial no se llevó a cabo al frustrarla uno de los hombres próximos a Irene. El hecho de que fuera una mujer la que ocupase el trono imperial produjo la animadversión de algunos de sus súbditos que consiguieron derrocarla en el año 802 y la condujeron exiliada a la isa de Lesbos en el mar Egeo donde posteriormente murió.

Su puesto fue ocupado por un alto funcionario del palacio, Nicéforo I Focas (802-811), quien nada más llegar al trono se ocupó de fortalecer su poderío militar y de reorganizar la hacienda con el fin de obtener mayores ingresos de sus súbditos para poder compensar los enormes gastos efectuados por la emperatriz Irene; su reforma financiera afectó, de manera especial, al estamento religioso ya que suprimió los privilegios fiscales de que disfrutaban; colonizó las nuevas tierras de Macedonia oriental, Tracia y Tesalónica. Tomó la decisión de dejar de pagar al califa 'abbasí, Harun al-Rasid, el impuesto que le había impuesto a la emperatriz Irene, por lo que sufrió un duro ataque del califa, teniendo que hacer frente a la imposición de un nuevo y superior tributo.

Con el objetivo de frenar a los búlgaros, saqueó Pliska, ciudad en la que había establecido su primera capital (681-893), pero los bizantinos fueron rechazados por el kan Krum después de haber incendiado su palacio. Los búlgaros acabaron con la vida del emperador y, según cuenta la tradición, su cuerpo fue expuesto ante los búlgaros y cautivos; posteriormente, seccionaron su cabeza con la que, según nos han trasmitido, el kan se hizo una copa

revistiéndola de plata con la cual brindó por la victoria obtenida. Krum atacó el Imperio bizantino, pero no pudo tomar Constantinopla.

A Nicéforo I le sucedió su yerno Miguel I quien estuvo únicamente dos años en el trono (811-813) pues su derrota ante el kan Krum en Versinikia provocó el descontento del ejército que colocó en el trono a León V el Armenio (813-820), gobernador del *thema* de Anatolia, hombre enérgico y de fuerte carácter que retornó a la *iclonoclastía*, recordando los éxitos de sus predecesores, León III y Constantino V, seguidores de esta medida, por lo que dio órdenes de quitar las imágenes de Santa Sofía y nombró a un nuevo patriarca iconoclasta para ocupar esa sede. Encontró una fuerte oposición entre los monjes *studitas* que, de nuevo, fueron expulsados del monasterio de Studion, el más importante monasterio cristiano de Constantinopla, centro de la poesía religiosa bizantina, fundado a mediados del siglo V por el cónsul Studios, bajo la advocación de san Juan Bautista. Su regla fue adoptada por los monasterios del monte Athos.

6. Dinastaía Frígia (820-867)

León V fue asesinado en la nochebuena del año 820 mientras se encontraba orando en la capilla del palacio, sucediéndole Miguel II (820-829) originario de Frigia, soldado que había ascendido dentro del ejército. Con él dio comienzo el breve gobierno de la dinastía Frigia (820-867). Su hijo y sucesor Teófilo (829-842), recibió una esmerada educación a pesar de que su padre no sabía leer ni escribir. Tuvo un gran interés en conocer no sólo la cultura bizantina, sino también la musulmana que se encontraba, por entonces, en su momento de mayor esplendor, dejándose sentir en su reinado la influencia cultural árabe emanada del califato 'abbasí. Fue un iconoclasta exaltado, publicando un edicto en el año 832 por el que se prohibía el uso y la adoración de las imágenes.

Le sucedió, siendo aún niño, su hijo Miguel III (842-867) por lo que actuó como regente, su madre, la emperatriz Teodora, y su tío Bardas. La emperatriz restauró el culto de las imágenes, apoyada por los monjes y en especial por las comunidades del monte Athos, poniendo fin al segundo periodo iconoclasta. Fue apartada del poder por su hijo Miguel III, cuyo gobierno estuvo en manos de Bardas, y quien le indujo a meter en un convento a su madre. Por entonces, se reforzó la flota imperial, llegando a hacer incursiones en Egipto con el objetivo de hacer frente a los musulmanes que en su expansión habían llegado a ocupar Sicilia y Creta. Miguel III fue asesinado por Basilio el Macedonio, oriundo de Armenia, miembro de su guardia, quien dará comienzo al gobierno de la dinastía macedónica.

7. Dinastía Macedónica (867-1056)

Con el gobierno de esta dinastía Bizancio disfruta de su mayor esplendor, pues en ella hubo un periodo de apogeo político, equilibrio económico, cultural e institucional. Su primer representante, Basilio I (867-886) estuvo vinculado en sus orígenes con Bardas, y, de manera especial, con Miguel III, aunque más tarde acabaría con sus vidas. A pesar de haber llevado una vida disoluta, y de no contar con una preparación previa, pronto demostró que era capaz de gobernar con eficacia, llevando al Imperio bizantino a un periodo brillante de su historia, alcanzando una significativa expansión territorial. Llevó a cabo una nueva compilación de leyes, *Basílicas*, compuesta de sesenta libros, que constituyó la base legislativa hasta la llegada de los turcos otomanos; y fue prudente en la adopción de medidas fiscales. Mantuvo buenas relaciones con Roma, restaurando como patriarca de Constantinopla a Ignacio I que contaba con la aprobación del por entonces papa Adriano II, aunque poco tiempo después (877) dieron comienzo una serie de conflictos que darían lugar a la separación de las dos Iglesias: católica (Roma) y ortodoxa (Constantinopla).

En lo que respecta a su política exterior, Basilio I hubo de hacer frente a los *paulicianos,* agrupación cristiana, derivada del maniqueísmo, formada en Armenia a mediados del siglo VII que, por entonces, se encontraban en el Éufrates superior, Tefrique, donde habían instalado su cuartel general que fue destruido por Basilio I en el año 871; al mismo tiempo, su ejército acudió en apoyo de las tribus eslavas y de los pueblos dálmatas agobiados por el avance de los musulmanes, estableciendo la armada bizantina la autoridad del Imperio en la costa oriental del Adriático, con la creación del *thema* de Dalmacia. En el año 875, los bizantinos se apoderan, por un tiempo de Chipre, a pesar del acuerdo que mantenían con los árabes de ejercer un gobierno conjunto. Sin embargo, Basilio perdió Siracusa, punto neurálgico de la presencia bizantina en Sicilia, quedando solo bajo su poder unos pocos lugares a lo largo de la costa, entre los que se encontraba Taormina que se mantuvo en manos bizantinas hasta el año 902.

A la muerte de Basilio I, ocasionada por un accidente de caza, le sucedió su hijo León, con quien no mantenía buenas relaciones, porque cabía la posibilidad de que fuera hijo de Miguel III, pues Basilio se casó con Eudoxia, amante de su antecesor. León VI el Sabio (886-912) fue un hombre aficionado a los libros, muy devoto y gran legislador, continuó la reforma emprendida por su padre con las *Basílicas,* y con su traducción al griego. Heredó un imperio más extenso de lo que fue en época de Justiniano I; hubo de enfrentarse a búlgaros, a musulmanes que realizaron diversas incursiones por el Egeo y en el Jónico, perdiendo Taormina, la última plaza

que el imperio conservaba en Sicilia (902); y a varegos y rusos, con los que se vio obligado a firmar la paz y sellar un tratado comercial.

Le sucedió Constantino VII (913-959), erudito y culto, el único hijo que tuvo, después de varios matrimonios, con su amante Zoe Carbonopsina, con la que posteriormente contraería matrimonio. Recibió el sobrenombre de *porfirogéneta* "nacido en la púrpura", por haber nacido en la sala púrpura del palacio destinada al nacimiento de los herederos al trono imperial. En su infancia actuó como regente, el patriarca Nicolás I. Posteriormente, ya nombrado emperador delegó el gobierno en manos de su suegro Romano I, soldado del *thema* de Armenia, que actuó como emperador asociado desde el año 919 al 944, cuando sus propios hijos le despusieron y encerraron en un monasterio, por lo que el emperador se vio obligado a tomar personalmente el poder. Romano llevó a cabo una buena política interior, favoreciendo a los pequeños y medianos propietarios con el fin de frenar el auge económico de los terratenientes, tarea que no le resultó fácil debido a la presión fiscal y a circunstancias especiales como la epidemia que se produjo en el 927. Por su parte, Constantino VII mantuvo en cierta medida la política interior iniciada por Romano I, pudiendo mantener un cierto orden al controlar las intrigas cortesanas, organizadas por los terratenientes que deseaban acaparar los altos cargos del ejército gracias a la eficaz labor de la burocracia, apoyando a los medianos y pequeños propietarios de tierras. En el ámbito exterior, pudo frenar le incursión húngara del 958. Trató de mantener relaciones cordiales con el emperador Otón I y con el califa de al-Andalus, Al-Hakam II, fruto de esta alianza, son los magníficos mosaicos que adornan el *mirhab* de la mezquita de Córdoba. Mientras que en Oriente hacia frente a los fatimíes que gobernaban Egipto y a los 'abbasíes, asentados en Bagdad.

Pero Constantino VII es conocido, de manera especial, por sus escritos. Entre sus obras podemos destacar *De Ceremoniis*, donde se describen las ceremonias cortesanas y nos da buena cuenta de las construcciones y del funcionamiento del Palacio imperial; *De la administración del Imperio*, donde ofrece consejos sobre cómo gobernar el Imperio y cómo luchar contra sus enemigos exteriores; los tratados *De los themas, Novellae*, o sus discursos revisten, asimismo, gran interés. Fomentó el trabajo colectivo en torno a la gran biblioteca de Palacio, e impulsó el taller de copia, donde se llevó a cabo una importante compilación de textos antiguos.

A su muerte, fue sucedido por su hijo Romano II (959-963) quien, tras un breve reinado, dio paso al gobierno de Nicéforo II Focas (963-969), que ya había destacado como jefe del ejército con Constantino VII, actuando como guardián de los hijos de Romano: Basilio II y del débil Constantino VIII. Contrajo matrimonio con Teófano, viuda de Romano II. Nicéforo II confiscó posesiones de los monasterios, y controló todas las donaciones que les hicieron a la Iglesia para poder sufragar los elevados gastos militares.

En política exterior avanzó más allá de la frontera del Taurus; Chipre fue recuperada en el 965 y Creta en el 961. Sin embargo, fue derrotado por los fatimíes, viéndose obligado a abandonar definitivamente la isla de Sicilia.

Después del gobierno de Juan I Tzmiskés (969-976), destacado jefe militar, llega al gobierno Basilio II (976-1025), quien firmó dos treguas con los fatimíes, y recuperó para el Imperio bizantino gran parte de Siria que seguía en poder de los 'abbasíes; convirtió Armenia en protectorado bizantino, y para acabar con el peligro búlgaro atacó al zar Samuel, logrando vencerlos en Kleidíon, causando un número muy elevado de muertes, por lo que se le conoció como el "matador de los búlgaros" (Bulgaróctono). Bulgaria pasó a ser un *thema* bizantino. En 1016, el ejército bizantino, aliado con el príncipe de Kiev, atacó Crimea. Basilio II murió cuando planeaba una expedición militar para recuperar la isla de Sicilia que estaba en manos de los musulmanes. Durante su mandato, Bizancio alcanzó su mayor extensión territorial, pero sus herederos no supieron mantener la herencia que les había dejado, y perdieron parte de todo lo logrado.

Basilio murió sin dejar hijos herederos por lo que le sucedió su hermano, el débil Constantino VIII (1025-1028), cuyo gobierno se vio alterado por las continuas intrigas protagonizadas por su hija Zoe, que dio legitimidad por vía matrimonial a tres emperadores: a Romano III (1028-1034) que sufrió varias derrotas en Siria, y hubo de hacer frente a pestes, hambres y a un terremoto sufrido en la propia capital; a Miguel IV (1034-1041), con quien, después de haber sido su amante, contrajo matrimonio a la muerte de Romano III, de cuyo fallecimiento se le hace responsable. Y a su tercer esposo, Constantino IX (1042-1055) que demostró tener un gran interés por la cultura y las leyes, dando lugar a un importante renacimiento literario con la participación activa de Miguel Psellos, cuya obra *Chronografía* se convirtió en el libro de memorias más importante de la Edad Media. En los últimos años de su reinado (1054) se produjo la separación definitiva entre las Iglesias de Oriente y Occidente, cuyo artífice fue Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla.

A su muerte, le sucedió su cuñada Teodora, hermana de Zoe. Pero después de estar únicamente un año gobernando, pues murió repentinamente en 1056, su fallecimiento puso fin al gobierno de la dinastía macedónica que tantos éxitos proporcionó al Imperio Bizantino, pues no dejó ningún heredero. Aunque designó como sucesor a su favorito, Miguel VI, quien después de tan solo un año fue derrocado, siendo proclamado emperador el comandante en jefe del ejército bizantino Isaac Comneno, dando comienzo al llamado "siglo de los Comneno" (pág. 235).

8. Arte y cultura

El Imperio bizantino desarrolló una intensa vida intelectual producto de la conjunción de elementos romanos, cristianos, orientales y griegos; debido a las propias necesidades del Imperio, en el que la burocracia necesitaba poseer conocimientos matemáticos, jurídicos y literarios; y también a la intensa actividad intelectual que se desarrollaba en los monasterios. Alejandría fue la capital científica del Imperio, poseía la escuela médica más famosa de la época hasta que en el año 642 fue tomada por los árabes, lo que supuso una gran pérdida para Bizancio. Su saber fue heredado por los sirios y por el mundo árabe en general.

Entre las numerosas figuras que destacaron en el Imperio hay que mencionar, entre otros, las obras de Atanasio de Alejandría (296-373), que luchó contra los arrianos; Gregorio de Nissa (Capadocia), siglo IV, que condenó la esclavitud por considerarla incompatible con las enseñanzas de Cristo y fue autor de numerosas obras; o el ya citado Juan Crisóstomo, llamado *"Boca de oro"* por su brillante y florido lenguaje. Entre los historiadores del siglo VI debemos recordar aquí la obra de Procopio de Cesarea (500-560 aprox.), asesor y secretario de Belisario, a quien acompañó en su expedición contra los vándalos y fue testigo de la conquista de Rávena, capital de los ostrogodos, en el año 540. Entre sus obras cabe destacar *Historia de las Guerras,* dividida en ocho libros, donde recoge las guerras del reinado de Justiniano; *Sobre los edificios*, acerca de las obras públicas realizadas por dicho empe-

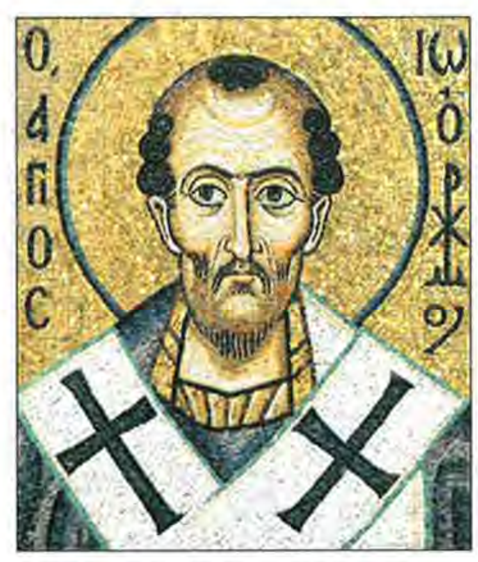


Figura 5. *San Juan Crisóstomo.*

rador; sin embargo, la obra más célebre fue su *Historia Secreta* en la que denigra e infamia a Justiniano y a su esposa Teodora.

A finales del siglo VI, se desarrolla la obra de Juan Filópono de Alejandría, teólogo y gran filósofo considerado como el primer comentarista cristiano de las obras de Aristóteles. Sus aportaciones sobre la "teoría del ímpetu" fueron muy populares en su tiempo y a lo largo de la Edad Media. Nos legó otras obras como *De la eternidad del mundo* y *De orificio mundi* o comentario del Génesis. En el siglo VIII, sobresale la figura de san Juan Damasceno, máxima figura cultural de su época y uno de los grandes defensores del culto a las imágenes; su obra enciclopédica *"Fuente del saber"* tuvo un gran éxito escolar, y aún en el siglo XIII servirá de modelo a santo Tomas de Aquino.

Superada la etapa iconoclasta, la cultura bizantina alcanzó una nueva "edad de oro" en la que se produjeron importantes transformaciones en lo referente a la escritura, pues comienza a usarse el pergamino, desplazando al papiro; no obstante, a mediados del siglo IX el uso del papel se generalizó debido a la difusión que de él hicieron los musulmanes; y se propagó la presentación del escrito en forma de *codex* o códice. Durante el gobierno de Miguel III (842-867), Bardas instaló, en torno al año 860, en el palacio de Magnaura un centro de estudio, bajo la dirección de León el Matemático, donde se enseñaban gramática, retórica, geometría, astronomía, aritmética y filosofía. El palacio formaba parte del conjunto arquitectónico del Gran palacio de Constantinopla en cuyo salón del trono se recibía a los embajadores. En la visita que a los jardines de este palacio hizo Liutprando de Cremona, afirmó que vio plantas hechas de plata y estatuas animadas de leones que rugían y de pájaros que cantaban.

En la "Nueva Roma", Constantinopla, se levantaron magníficas iglesias y monasterios para dotar a la ciudad de una nueva imagen religiosa que la hizo brillar por su arquitectura y por su arte religioso. Tarea que inició el emperador Constantino y continuaron los sucesivos emperadores. A Constantinopla llegaron numerosas obras de escultores procedentes de Atenas, Roma, Alejandría o Antioquía. A lo largo de más de mil años se construyeron en la capital numerosas iglesias, varias de las cuales se pueden ver hoy día convertidas en mezquitas. El templo más emblemático fue, sin duda, la iglesia de Santa Sofía mandada construir por Justiniano I, cuyo fin fue impresionar e infundir en el fiel la sensación del doble poder: religioso y político que había en él, donde el emperador era el intermediario entre el pueblo y la divinidad. Justiniano I deseaba construir el templo más grande y esplendoroso de todo el mundo cristiano y para ello recurrió a dos eminentes arquitectos: Antemio de Tralles e Isidoro de Miletos. Fue convertido en mezquita en el año 2020. Con anterioridad, Constantino mandó levantar la iglesia de santa Irene, cerca del palacio imperial, con el fin de servir como catedral, pero pronto se quedó pequeña, en la actualidad forma parte del complejo

del palacio Topkapi; y la iglesia de los Santos Apóstoles, adonde el emperador proyectó traer las reliquias de todos los apóstoles.

La arquitectura religiosa de Constantinopla se completó, a partir del siglo III, con la construcción de numerosos monasterios. Entre los que destacó el de san Juan de Studios, levantado en torno al año 450 por el cónsul llamado Studios, que se convirtió en uno de los grandes centros espirituales y culturales del mundo bizantino en el que hay que destacar sus escuelas de copistas y de himnografía. Sirvió de baluarte de la defensa del culto de las imágenes durante el periodo iconoclasta. Es junto a santa Irene las únicas iglesias que quedan en Constantinopla anteriores a Justiniano I.

Constantino I puso las bases de lo que fue conocido como el Gran Palacio, flanqueado por edificios emblemáticos que formaban con él un conjunto arquitectónico que comprendía las principales actividades políticas, administrativas, religiosas y sociales de la capital entre los siglos IV al XII, momento en que la residencia imperial se trasladó al palacio de Blanquernas, cerca del Cuerno de Oro. La administración imperial estaba fuertemente centralizada en el palacio, contaba con numerosos funcionarios. El *Magister officiorum*, era el jefe de la casa imperial y de él dependían las oficinas, los cuerpos de guardia palatina, los arsenales, los correos públicos, la policía estatal y la inspección administrativa de los ejércitos de las fronteras.

Podemos decir que el denominado "Gran Palacio" era una ciudad enclavada en la urbe capitalina unido a ella mediante una serie de espacios instituciones y edificios como Santa Sofia, el foro del Augusteo o el Hipódromo, el mayor espacio de reunión de carácter festivo, pero que también constituyó un verdadero foro político donde el pueblo mostraba su aprobación o su rechazo a la política del emperador. Fue arrasado por los cruzados en el año 1204.

Constantinopla contó también con otras construcciones palaciegas de los emperadores, de sus familiares o de miembros de la alta aristocracia que contribuyeron al esplendor y prestigio de la ciudad más célebre de la Edad Media. Entre ellos hay que mencionar el palacio imperial de Bucoleón, llamado así, según nos han legado, por tener una composición escultórica hecha en mármol que representaba a un buey y a un león, Se había levantado al este de la iglesia de san Sergio y san Baco conocida en turco como "pequeña santa Sofía", en la costa del mar de Mármara y contaba con su propio puerto.

No podemos olvidar la importancia que tuvo en Bizancio el arte del mosaico, técnica decorativa hecha a base de teselas que combinaban colores y formas diversas, heredada de la tradición helenística y romana. Sus maravillosas composiciones adornaban los suelos, techos y paredes de templos y palacios exaltando la religión cristiana y magnificando el poder imperial. Los ejemplos más bellos los podemos encontrar en el ábside de la iglesia de

san Vital de Rávena, segunda capital del Imperio, construida en el siglo VI, en los que se representan los cortejos de Justiniano y Teodora respectivamente, auténticos retratos del poder. Y en las iglesias de san Apolinar in Classe y san Apolinar el Nuevo (549).

Tiene asimismo enorme valor la colección de relieves de marfil que solían regalarse con motivo de algún nombramiento o acontecimiento importante; así como los tejidos de seda y la orfebrería. Hasta la época de Justiniano I la seda se importó en rama de Oriente, pero a partir de entonces se introdujo el cultivo del gusano, cuya fabricación era monopolio del emperador. En orfebrería, lo más característico fue el empleo del esmalte, la filigrana, las piedras finas y preciosas engastadas.

La postura iconoclasta repercutió de forma decisiva en el desarrollo de la escultura bizantina, ya que muchas imágenes tanto escultóricas como pictóricas fueron destruidas. En su lugar, se produjo un gran desarrollo de la decoración vegetal, animal y geométrica, aunque no faltaron retratos profanos o escenas de cacerías que llegaron a sustituir en las iglesias la decoración anterior.

Bibliografía específica

BARRERAS, D. y DURÁN, C.: *Breve historia del Imperio bizantino*. Madrid, Nowtilus, 2010.

CASTILLO PASOIL, R.: *Historia breve de Bizancio*. Madrid, Silex, 2009.

CESARETTI, P.: *Teodora. Emperatriz de Bizancio*. Barcelona, Ariel, 2008.

CORTÉS ARRESE, M.: *Bizancio. El triunfo de las imágenes sagradas*. Madrid. Biblioteca Nueva, 2010.

CORTÉS ARRESE, M.: *Vidas de cine. Bizancio ante la cámara*. Giorgio Vespignani (pról.). Madrid, Catarata, 2019.

CORTÉS ARRESE, M.: *Las Mil Caras de Teodora de Bizancio*. Madrid, Reino de Cordelia, 2021.

CUENCA, L. A. de: "Teodora antes de la púrpura", *Erytheia*, I, (1982), pp. 17-22.

HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D.: *Breve historia de Bizancio*. Madrid, Alianza editorial, 2014.

HERRIN, J.: *Bizancio. El imperio que hizo posible la Europa moderna*. Barcelona, Debate, 2009.

HUGUES, B.: *Estambul. La ciudad de los tres nombres*. Barcelona, Crítica, 2018.

Ostrogorsky, D.: *Historia del Estado Bizantino*. Madrid, Akal, 1984.

Procopio de Cesarea: *Historia secreta*. Juan Signes Codoñer (ed.). Madrid, Editorial Gredos, 2007.

Rosen, W.: *El fin del Imperio romano. La primera Gran Peste de la era global*. Barcelona, Paidós, 2008.

Ruiz-Domènec, J. E.: *El día después de las grandes epidemias*. Barcelona, Taurus, 2020

Película

Teodora, emperatriz de Bizancio. Director: Ricardo Freda, 1954.

Capítulo 4

EVOLUCIÓN DEL IMPERIO EN OCCIDENTE. DEL IMPERIO CAROLINGIO A LOS OTÓNIDAS

Esquema de contenidos

1. Introducción.
2. Los Carolingios.
3. El Imperio Carolingio.
   3.1. Conquistas.
   3.2. Coronación imperial.
   3.3. Organización del Imperio.
      3.3.1. La administración.
      3.3.2. El ejército.
4. Desarrollo económico.
5. Los sucesores de Carlomagno.
6. Llegada de nuevos pueblos invasores.
7. Renovación del Imperio. Los Otónidas.
8. Renacimiento cultural.
   8.1. Renacimiento carolingio.
   8.2. Renacimiento otoniano.

Bibliografía específica.

1. Introducción

A la muerte del rey Clodoveo en el año 511 el reino franco se había fragmentado debido a varios factores: a la diversidad de los grupos étnicos que se habían establecido en su territorio; al creciente poder de los obispos, verdaderos representantes de la aristocracia galorromana; y, en menor medida, al control de algunos monasterios por parte de personajes poderosos.

La figura del monarca fue perdiendo fuerza en beneficio de los llamados "mayordomos de palacio" quienes, conscientes del papel que desempeñaban los obispos y los monasterios, trataron de elegir y designar a los ocupantes de las sedes episcopales, a la vez que ponían las bases de verdaderas dinastías.

A finales del siglo VII, la familia de los "carolingios" monopolizaba la figura del "mayordomo de palacio" en el reino de Austrasia que comprendía el antiguo reino de Reims y las fronteras del Rin. Su riqueza y poder se fue acrecentando a través de la realización de una serie de matrimonios, y, de manera gradual, fueron extendiendo su influencia sobre el reino de Neustrasia que comprendía los anteriores de Soissons y París; y de Borgoña.

Arnulfo de Metz y Pipino de Landen, cabezas de dos ramas familiares que se fueron fusionando mediante el matrimonio de sus respectivos hijos, pusieron los cimientos de una verdadera dinastía de mayordomos, unificando uno de sus nietos, Pipino de Heristal "el Joven", las mayordomías de los tres reinos en el año 687. Cuando él muere en el año 714 le sucedió en el cargo de "mayordomo de palacio" su hijo bastardo, Carlos Martel, cuyos éxitos pondrán las bases de la construcción política que llevará a cabo su nieto Carlomagno.

2. Los Carolingios

El principal objetivo de Carlos Martel fue reunir bajo su mando todo el poder del reino franco, logrando vencer a los enemigos exteriores. Completó la sumisión de Frisia (732-734); anexionó el ducado de Turingia; impulsó el influjo franco sobre los ducados alamanes y sobre Baviera; y lanzó varias expediciones de castigo sobre los sajones. Pero quizá el hecho que tuvo mayor trascendencia histórica fue el éxito obtenido frente al avance musulmán por Europa al derrotarles en la batalla de Poitiers en el año 732. Esta victoria le permitió también incorporar el reino de Aquitania, que se mantenía semindependiente bajo el mando de sus duques; así como corroborar su mando político en Provenza. Una repercusión también significativa fue el hecho de que para poder alimentar a los caballeros que se habían enfrentado al ejército musulmán, las extensas propiedades de la Iglesia fueron parcialmente confiscadas, sus protestas fueron acalladas mediante hábiles disposiciones legales; no obstante, muchos obispados, que ya sufrían una importante decadencia económica, desde finales del siglo VII, se vieron sumidos en una ruina total.



Figura 1: *Batalla de Poitiers por Ch. de Steuben* (Palacio de Versalles, 1837).

Cuando muere Carlos Martel (741) dejó el poder repartido entre sus dos hijos: Carlomán, a quien le correspondió Austrasia, Turingia y Alamania; y Pipino el Breve que gobernaría en Neustrasia, Borgoña y Provenza. Ambos hermanos, como "mayordomos de palacio" que eran, eligieron como rey merovingio a Childerico III en el año 743, pues el trono estaba vacante desde la muerte de Teodorico IV (737), con el fin de legitimar su propio mando y poder someter a los rebeldes que, a la muerte de su padre, se habían levantado en Aquitania, Baviera y Alamania.

El reinado de Childerico III, último de los llamados "reyes holgazanes", fue breve (743-751), pues el propio Pipino que había concentrado en su mano todo el poder, después de que su hermano Carlomán se retirase a un convento, en circunstancias poco claras, logró que el papa Zacarías (741-752) reconociera el hecho de que "debía ser rey quien habitualmente ejerciera la función real". Por tal motivo, Childerico III, último rey merovingio, después de ser destronado, fue recluido en el monasterio de Saint Bertin, donde se procedió a rapar su cabeza, perdiendo con su "melena" la aureola casi misteriosa que lo sostenía, ya que según narra Gregorio de Tours en la *Historia Francorum*, los Merovingios eran reyes melenudos que creían que

su poder y realeza residía en el pelo, por lo que rehusaban cortárselo. Por tal motivo, contando con el beneplácito de la Iglesia, Pipino el Breve se convirtió en el primer rey franco de la dinastía carolingia. La nueva dinastía se presenta como ungida del Señor y sus reyes lo serán por la gracia de Dios; hasta entonces, los merovingios que decían tener su origen en el legendario dios del mar, habían sido elegidos por la voluntad del pueblo.

La estrecha relación mantenida con la Iglesia motivó que, el entonces papa Esteban II (752-757) fundador de los Estados Pontificios, concediese a Pipino el Breve el título de "patricio de los romanos" consiguiendo, al mismo tiempo, que el nuevo monarca se comprometiese a defender y a proteger a Roma de las pretensiones de los lombardos. No obstante, a pesar de las buenas relaciones que los francos mantenían con este pueblo a Pipino le costó convencerles, pero les recordó lo establecido en la *Falsa Donación de Constantino*, por la que el primer emperador cristiano otorgaba a los pontífices amplios poderes sobre Roma, algunas provincias del centro de Italia y el resto de occidente, creándose así el denominado "Patrimonio de san Pedro", germen de los Estados Pontificios.

Uno de los mayores éxitos conseguidos por Pipino "el Breve" fue lograr la sumisión de Aquitania, regulando mediante una capitular la pacificación aquitana y estableciendo condes francos en el ducado. Asimismo, consolidó el dominio franco en las fronteras de Germania y de la Galia meridional. Cuando el muere (768), el reino se dividió entre sus dos hijos: Carlomán que recibió Alamania, la actual Alsacia, Borgoña, la Aquitania interior, Septimania y Provenza; y Carlos, a quien correspondió la Aquitania marítima, la mayor parte de Neustrasia y Austrasia y las zonas de frontera más prometedoras. Todo ello pone de manifiesto que la nueva dinastía, en opinión de Miguel Ángel Ladero, carecía de una idea de Estado por lo que es un anacronismo atribuir a los carolingios designios de expansión unificadora que estaban fuera de sus intereses e ideas políticas. No obstante, la muerte de Carlomán en el año 771, deja todo el poder en manos de Carlos, que será llamado el Magno, esto es Carlomagno, hijo de Pipino el Breve y de Bertrada de Laon.

3. El Imperio Carolingio

Carlomagno no sólo quería ser rey de los francos, sino que también había trazado lo que sería "su proyecto imperial", por lo que para tal fin contrajo matrimonio con Desiderata, hija del rey lombardo, a la que repudió un año más tarde para casarse con la sueva Hildegarda de Anglachgau. Carlomagno llevó a cabo una intensa actividad militar, algo que era

un hecho habitual y constituía el fundamento esencial del poder. Pues es la guerra la que permite tener abastecida la cámara real y también la que permitía asegurar la sumisión colaboradora de los aristócratas mediante la obtención del botín por una parte y, por otra, el pago de tributos. También es verdad que, aunque la actividad militar no obedecía a un plan sistemático, Carlomagno se vio obligado a llevarla a cabo para defenderse de las incursiones de los sajones, eslavos o ávaros.

3.1. *Conquistas*

Una de las primeras empresas de Carlomagno fue su intervención en Italia, donde el último rey lombardo, Desiderio (m.786) rompió los acuerdos que tenía establecidos y amenazó los territorios pontificios, después de que su hija Desideria fuera repudiada por Carlomagno. Por este motivo, el ejército carolingio acudió a Italia respondiendo a la petición de ayuda solicitada por el papa Adriano (772-795) que sentía la amenaza del monarca lombardo. Carlomagno entró en Pavía, capital lombarda, y logró apoderarse del reino en el año 773, de tal forma que él mismo se coronó y tomó el título de rey de los lombardos. Después de la derrota lombarda, se dirigió a Roma para celebrar la fiesta de Pascua, donde fue recibido como un salvador. Esta victoria consolidó la alianza establecida por el rey franco y el pontífice, quien otorgó a Carlomagno el título de "patricio de los romanos".

La gran empresa de Carlomagno fue la conquista de Sajonia, poblada por un pueblo germánico que aglutinaba diversas tribus, entre los años 772 y 804. La sublevación sajona más espectacular se produjo cuando el aristócrata Widukind, aprovechando que Carlomagno estaba en Hispania, encabezó un levantamiento devastando el país y quemando iglesias. Carlomagno vengó este desastroso hecho en la conocida "Matanza de Verden" (782) en la Baja Sajonia, donde mostró su supremacía a través de una cruenta matanza que motivó que el agua del río Aller corriera de color rojo.

La conquista de Sajonia fue facilitada por la incorporación de la aristocracia sajona a la estructura administrativa del Imperio carolingio, perdiendo los sajones su liderazgo. Asimismo, fueron obligados a convertirse al cristianismo con lo que se ponían las bases para la construcción de la nación germana. La promulgación de la *Lex Saxonum*, en el año 802, que mantenía muchas de las antiguas costumbres puso fin a la conquista de Sajonia. Dos años después, Carlomagno logra someter, después de numerosas campañas, a los habitantes de Nordalbingia, última tribu sajona, que se resistía a convertirse al cristianismo. De igual manera, los frisones, situa-

dos en el territorio de lo que hoy día es Holanda, fueron obligados a convertirse al cristianismo, aunque prestaron menor resistencia.

El segundo escenario de las expediciones militares tuvo lugar en Baviera. Carlomagno depuso al duque Tassilón (788), católico y teóricamente vasallo de los francos desde época merovingia, por considerar inaceptables sus inclinaciones hacia los lombardos y los ávaros. El duque, junto a su esposa y sus hijos, fueron condenados a prisión en el monasterio de Jumiéges, en la alta Normandía. Las tierras de los bávaros fueron divididas en condados dentro del estado carolingio, aunque conservaron sus leyes y su unidad como ámbito político.

Las conquistas por el Este finalizaron con la destrucción de los ávaros, establecidos en el curso medio del Danubio. Estas tribus eslavas se dedicaban a atacar a los pueblos del Báltico, y vivían del robo y del saqueo, cuyos productos almacenaban en un gran recinto circular fortificado, *ring*, dentro del cuartel general. Su desaparición, en el año 796, como nación permitió a Carlomagno resolver importantes cuestiones financieras de forma inmediata, ampliar y enriquecer el Estado, pues se apoderó del famoso e importante tesoro de los ávaros procedente de los saqueos que éstos habían ido acumulando durante dos siglos.

Ya hacia el Sudoeste, Carlomagno emprendió una campaña atendiendo a la ayuda requerida por los gobernadores musulmanes de Zaragoza y Barcelona que se mostraban descontentos con la política del emir omeya 'Abd al-Rahman I. Esta expedición acabó con un rotundo fracaso por la resistencia ofrecida en Zaragoza, cuyo jefe rompe su compromiso y se niega a abrir las puertas de la ciudad a Carlomagno; y de manera especial, por la terrible derrota que sufrió el ejército carolingio en el desfiladero de Roncesvalles (778), al ser atacado por los vascones cuando regresaban a su tierra, donde encontró la muerte Roldán, sobrino de Carlomagno. Este fracaso fue silenciado por los anales palatinos, sin embargo, se divulgó a través de una de las más famosas epopeyas francesas del medievo, la *Chanson de Roland* que, elaborada a finales del siglo XI, transformó a los vencidos en héroes. En la cima del puerto de Roncesvalles hay un monumento de granito que recuerda la figura del Roldán.

Posteriormente, Carlomagno organizó otras dos expediciones a Hispania en las que fundó las Marcas Hispánicas o provincias fronterizas de Barcelona y de Gerona, donde llevó a cabo una política de atracción y acogida de los hispanocristianos que huían de los musulmanes. Estas Marcas, meramente defensivas, abarcaban desde Cataluña a Navarra, incluyendo valles pirenaicos que, encabezados por sus respectivas aristocracias, se dotaron de una organización propia que les permitió obtener la independencia del reino franco.

3.2. *Coronación imperial*

Carlomagno gobernaba un amplio territorio en el centro del continente europeo, que abarcaba desde las marcas fronterizas de Friul y el Elba en Oriente, a la marca de Bretaña en el Oeste, y hasta la Marca Hispánica por el Sur, por lo que se había convertido en la cabeza política de toda la cristiandad. Después de la derrota de los lombardos, pasó a titularse "rey de los francos y lombardos y patricio de los romanos", títulos que iba a culminar con su coronación imperial, promovida, sin duda, por sus consejeros: Arno de Salzburgo y Alcuino de York.

Recordemos que cuando finaliza el siglo VIII, existían tres poderes en la Cristiandad: el Papa, el emperador bizantino y el rey de los francos. Pero el hecho de que en el Imperio bizantino gobernase una mujer, la emperatriz Irene, después de haber arrebatado el trono a su hijo, fue interpretado por algunos en Occidente como un reconocimiento de que la sede imperial estaba vacante, por lo que la restauración imperial sería, por tanto, obra de intelectuales que no se resignaban a ver el título imperial en manos de un soberano bizantino que no ejercía ningún control sobre Roma.

La coronación imperial tuvo lugar el día de Navidad del año 800 en la Basílica de los Apóstoles san Pedro y san Pablo en Roma, donde el papa León III (795-816) le impuso la corona utilizando el ritual bizantino, pero invirtiendo el orden: primero se llevó a cabo la coronación y después invitó a la asamblea del pueblo y a los guerreros a aclamarlo.

En la ceremonia, Carlos recibió además el sello real que tenía grabado en su interior la siguiente frase: *Renovatio Imperi Romani*. A partir de ese momento se le empezó a denominar "*Carolus Magno*, Carlomagno", convirtiéndose en la cabeza política de toda la cristiandad occidental, la restauración del Imperio bajo un monarca cristiano se había cumplido. Bien es cierto que Carlomagno hubiese preferido su autocoronación, pues según se había producido serían los papas quienes se arrogasen el derecho a coronar a los emperadores; además, resultaba humillante y peligroso que un emperador se arrodillase a los pies del Papa y le ciñera la diadema imperial.

Esta coronación imperial dio lugar a que existieran dos emperadores en la cristiandad: uno en el Imperio de Oriente y, otro en el restaurado Imperio de Occidente. Consciente de ello, Carlomagno quiso evitar un posible enfrentamiento con los bizantinos, por lo que estableció negociaciones para contraer matrimonio con la emperatriz Irene, que no tuvieron efecto alguno. Y, de hecho, Bizancio no reconoció los hechos consumados, produciéndose enfrentamientos en torno a Venecia y Dalmacia, hasta que el emperador bizantino, Miguel I, reconoció, en el año 812, a Carlomagno como "emperador y augusto" en Occidente, enviando a unos embajadores a Aquisgrán

donde le saludaron con el título de *Basileus*, que sólo se otorgaba a los emperadores de Oriente. Para corresponder con este gesto, y en señal de agradecimiento, Carlomagno envía a Amalario de Metz, obispo de Tréveris, y a Pedro, abad de la abadía benedictina de Nonántola, con una carta de intención para concluir un tratado de paz definitivo con Constantinopla.

A partir de entonces, Carlomagno no escatimó esfuerzos por codearse con los monarcas más importantes de su época: Alfonso II de León, el califa 'abbasí de Bagdad, Harun al-Rashid, o los emperadores de Constantinopla, para negociar armisticios, treguas o alianzas. Con Gran Bretaña mantuvo relaciones comerciales ya que no podía pensar en una invasión territorial pues el ejército franco no poseía flota. No obstante, intentaba ejercer sobre ella una gran influencia mediante el intercambio de embajadores y consejeros.



Figura 2. *El emperador Carlomagno.*

3.3. *Organización del imperio*

3.3.1. *La administración*

A pesar de no contar con la experiencia de una tradición anterior, Carlomagno consigue establecer una sólida administración centralizada en todos los países que integraban el Imperio. Sin capital fija, la administración del palacio coincide con la del Estado, aunque desde el año 795 Carlomagno residió de forma casi permanente en Aquisgrán (la actual Aachen, Alema-

nia). Su poder descansa en los vínculos personales que unen al rey con sus súbditos y que, anualmente, los guerreros renovaban en asambleas convocadas para ello. Al soberano le correspondía tanto el mando militar, *ban*, y, por tanto, la dirección política y diplomática, como el poder judicial, *mund*.

A comienzos del mes de mayo, con anterioridad a las expediciones guerreras, se celebraban las asambleas generales en las que se debatían asuntos de importancia para el reino que luego eran sometidos a la consideración de los presentes; aunque en principio estaban abiertas a todos los hombres libres, en la práctica debieron reducirse a cientos de personas, en su mayor parte jefes militares y dignatarios laicos y eclesiásticos. Las resoluciones que en estas asambleas se adoptaban, se proclamaban en voz alta y, posteriormente, se ponían por escrito agrupándolas en *capitula*, y aunque no consiguieron unificar todas las leyes del Imperio, pues pervivieron tradiciones legislativas diferentes debido a su amplia extensión, contribuyeron a introducir elementos comunes.

El eje de la administración central lo constituía el *palatium* o corte carolingia, donde se mezclaban los servicios que se prestaban de manera personal al emperador con los del Estado. El *Aula* integraba al *comes palatii* y a otros funcionarios como el *senescal*, encargado del aprovisionamiento del palacio; el *buticularius*, copero mayor o jefe de los escancieros; y el caballerizo mayor, *comes stabuli*. Por otra parte, el oratorio real, llamado *Capella* por conservar como reliquia un fragmento de la capa de san Martín de Tours, contaba con varios capellanes o clérigos para su servicio. Uno de estos clérigos, el *cancellarius* o canciller, dirigía la *Cancillería*, donde se redactaban los documentos reales en un tipo de letra conocida como "minúscula carolina", más clara y legible que la merovingia o la visigoda.

La administración territorial se articula en, aproximadamente, unos 200 condados, al mando de los cuales estaba el *comes*, cabeza de la administración civil, militar y judicial; y a ellos correspondía la aplicación de las capitulares, la percepción de impuestos, la realización de las obras públicas, el reclutamiento de tropas, la recepción de los juramentos de fidelidad al emperador al que estaban obligados todos los varones desde los doce años de edad y la presidencia de la asamblea que administraba justicia, *mallus*, contando con la ayuda de los *scabini* o sabedores de derecho. Los condes eran reclutados entre la aristocracia de la zona a gobernar, lo que facilitaba el fortalecimiento de los poderes regionales. El cargo era electivo y revocable dependiendo por completo de la voluntad del Emperador, aunque poco a poco se hizo hereditario. El conde solía designar a un vizconde para ayudarle en sus tareas y sustituirle en sus ausencias. Cada año debían rendir cuentas de su gestión en la asamblea general que convocaba el Emperador.

Desde el año 779, se instituyó a los *missi dominici*, "enviados del señor", un clérigo y un laico que actuaban conjuntamente, con el fin de supervisar y controlar a los condes. Estaban encargados de velar por el cumplimiento de las disposiciones civiles y eclesiásticas, tratando de evitar que se produjesen abusos en la administración. Visitaban los condados hasta cuatro veces al año, recordando a los condes sus obligaciones, al tiempo que también recibían quejas, pero no tenían facultades ejecutivas. En sus comienzos los *missi dominici* eran miembros del Palacio, pero con el tiempo fueron condes y obispos que, aunque actuaban fuera de la zona de su propia influencia, tenían las mismas ideas y los mismos intereses que los condes a los que inspeccionaban, lo que hacía poco eficaz su función. A veces, los condados se dividieron en *veguerías* para mejorar la administración, al frente de los cuales estaban los vicarios. En las zonas fronterizas, es decir en aquellas marcas de mayor peligro, se estableció el marqués que tenía a su cargo la defensa de la frontera y la administración de la marca.

Por otra parte, Carlomagno con el fin de asegurar la lealtad de sus seguidores e integrar a la aristocracia en el conjunto de su dinastía, dio una enorme importancia al VASALLAJE, institución destinada a doblar los vínculos públicos que sustentaban la soberanía regia por medio de la fidelidad personal. De forma que los grandes propietarios, obispos, abades y condes serían vasallos del rey como *vassi dominici*, mientras que otros hombres de condición más humilde se convertían en vasallos de los más poderosos, creándose de esta forma unos vínculos y una red de colaboradores para la realeza, y, sobre todo, para las empresas militares. Las relaciones entre unos y otros se sujetaban a un contrato que incluía un doble vínculo: uno de carácter personal y otro de carácter real; mediante el primero, *encomendación*, el vasallo prestaba homenaje al señor que se sellaba mediante gestos con la *inmixtio manuum*, colocación de las manos dentro de las del señor y el ósculo entre ellos; y por el segundo, se hacía entrega de un regalo de cualquier tipo por parte del señor, que, posteriormente, se concretó en la entrega de tierra en usufructo, el *beneficio*. La entrega de estos beneficios vinculaba de manera estrecha a quien lo recibía con quien lo dispensaba, por lo que un hombre libre no podía exponerse a perderlo por mantener su fidelidad a un monarca lejano. Por lo que la construcción imperial carolingia quedó en manos de la fidelidad personal de sus vasallos. El vasallaje modificó la estructura del Estado en beneficio del sistema feudal.

3.3.2. *El ejército*

El ejército no era permanente. En tiempos de guerra se hacían llamamientos al servicio militar para integrar las filas del ejército, quedando únicamente excluido el clero. El ejército, por tanto, se improvisaba cada vez que

resultaba necesario por razones de combate y lo integraban todos los hombres que poseían una determinada propiedad territorial, estando relacionadas sus obligaciones militares con su riqueza patrimonial. Por este motivo, los más poderosos además de estar obligados a servir personalmente, debían equipar a un soldado por cada tres hectáreas de tierra que poseyesen.

En tiempos de calma el ejército no existía, a excepción de la compañía de guardia que cumplía funciones de escolta personal del rey y algunos grupos de soldados con base en las marcas o en los países enemigos que era necesario pacificar y dominar.

Carlomagno dejó constancia de su preocupación por introducir reformas dentro del ejército, por lo que incrementó la caballería con la que pudo ampliar cualitativa y cuantitativamente las guerras ofensivas. Además, con el fin de aligerar el peso que debía acarrear cada soldado para poderse abastecer de todo lo necesario en sus continuas campañas y expediciones, creo una especie de retaguardia encargada de transportar grandes cantidades de alimentos, ropas, forrajes, que estaba integrada también por herreros encargados de afilar lanzas, fundir espadas y enderezar escudos; ya que el primer herraje con clavos del que se tienen noticias precisas es del siglo IX y corresponde al reinado del emperador León VI de Constantinopla.

Una vez planificada la incursión a otros dominios, Carlomagno hacía redactar un acta, en forma de capitular, donde pormenorizaba lugar, hora y número de hombres convocados para el combate. Dictó leyes en las que se recogen las sanciones en caso de demora en la inscripción o por las presentaciones sin armas, víveres o vestuario adecuado. Nunca convocó a más guerreros de los que precisaba para su acción bélica, teniendo en cuenta las características de la expedición proyectaba, el terreno en el que se iba a mover, sus accidentes geográficos e, incluso, teniendo presente cómo podría reaccionar el posible enemigo. Era tan meticuloso y previsor que antes de emprender una compaña estudiaba con detalle el camino a seguir, los cursos de agua, los mejores pasos, los lugares donde podían resguardarse o las epidemias de las zonas. En suma, todo aquello que, de una u otra forma, pudiera influir en el desarrollo de la contienda. Cuando no participaba en el combate se mantenía en las inmediaciones del campo de batalla pendiente de todo cuanto ocurría. Siempre buscaba dos ventajas cruciales para el combate: la rapidez y la economía de recursos.

Carlomagno organizó también la vida en el interior de los campamentos. Llegó a regular desde la obligatoriedad de la siesta del mediodía hasta las desobediencias más graves, como el invitar a beber o el estado de embriaguez en presencia o cercanía del enemigo. En casos de deserciones era aplicado todo el rigor de la ley imperial, siendo castigado este acto con la pena de muerte, según una antigua costumbre, y con la confiscación de todos los bienes.



Figura 3. *Armas y atributos regios de Carlomagno en la capilla palatina de Aquisgrán.*

4. Desarrollo económico

La economía imperial, al igual que en toda la Europa cristiana occidental de aquel tiempo, se basaba fundamentalmente en la agricultura que constituía la principal fuente de riqueza. Los ingresos provenían, en su mayor parte, de las rentas de sus grandes dominios, *villae*, cuya administración quedó reglamentada en la llamada *Capitular de villas* en la que se registraban todas las posesiones imperiales. Al frente de las *villae* estaban los administradores o *villici* que eran responsables ante el rey de su explotación y perfecta conservación.

Dentro de las *villae*, estaba la *terra dominicata* en la que se encontraba la casa del dueño y los edificios auxiliares: graneros, pajares, cobertizos para el ganado, las cabañas de los domésticos y, a veces, un pequeño oratorio o iglesia de planta cuadrada o rectangular. A su alrededor se extendían los campos de cultivo, los bosques, prados y tierras yermas. El resto del gran dominio se distribuía en *mansos*, pequeñas explotaciones agrícolas, concedidas a los campesinos, en general libres, que estaban obligados al pago de ciertos censos en metálico o en especies, y a trabajar en los campos de la reserva señorial en unos días determinados. Cada dominio constituía una unidad agrícola independiente, casi autosuficiente para vivir, en la que se cultivaban cereales, legumbres y hortalizas; en muchas regiones también adquiere un notable desarrollo la vid, pues el vino era considerado

un símbolo de prestigio y era, además, un producto necesario para el culto; asimismo, se criaba ganado lanar o cabrío, de cerda y aves de corral. Estos dominios solían contar con artesanos, molinos y herreros propios.

La prosperidad de algunos dominios, especialmente monásticos, dio lugar a la producción de excedentes que trataban de vender fuera; pero el comercio era muy reducido quedando limitado a un comercio ocasional, centrado en ferias locales y mercados a los que acudían los campesinos a vender huevos, miel o cera cuando tenían excedentes de sus cosechas, o a comprar sal, vino, cerámicas, utensilios agrícolas y vestidos. En el año 764, Pipino el Breve ordenó que hubiese al menos un mercado en cada diócesis para asegurar el intercambio de excedentes agrarios y paliar las carestías locales. Existieron mercados especiales como el de esclavos en Verdún, o el de sal en Salzburgo. A lo largo de los siglos IX y X el número de mercados y ferias aumentó. Por otra parte, el comercio con el exterior se mantuvo en cierta medida, aunque este es un tema controvertido pues frente a la tesis del historiador belga Henri Pirenne (1862-1935) que afirmaba que debido a la invasión musulmana "los cristianos eran incapaces de hacer flotar una tabla en el mar", otros autores manifiestan que el gran comercio de vinos, sal, metales, perfumes, incienso, especias y otros productos se mantuvo, y que, a finales del siglo VIII, comenzó a tomar auge la ruta: al-Andalus-Barcelona-Verdún.

La industria, muy escasa, presenta como la agricultura una clara orientación autárquica y de subsistencia. La actividad más frecuente es la fabricación de paños y la construcción de útiles agrícolas. La industria de paños de Frisia logró sobrevivir a las incursiones de los normandos. Las ocupaciones industriales se limitaban al trabajo de albañiles, carpinteros y herreros, y, excepcionalmente, a la producción de ciertos especialistas, joyeros, escultores o arquitectos que se trasladan de un lugar a otro. En los núcleos de población había una organización industrial formada por los colegios de artesanos, aunque bien es verdad que éstos compaginaban sus tareas industriales con el trabajo en el campo.

La moneda usual era el dinero (del latín, *denarius*) de plata. Desde el reinado de Pipino la plata sustituyó al oro en el mercado interior del mundo occidental, reservando el oro para el pago de los productos de lujo que venían de Oriente. Doce dineros formaban un *sueldo* (de oro), y veinte sueldos, la *libra*. Carlomagno mantuvo la política monetaria de su padre, creó un sistema monetario de larga vida basado en la plata, que abundaba en las minas de Europa, reservando el uso de las escasas monedas de oro para el pago de los productos del comercio exterior. No obstante, los campesinos realizaban sus pagos en especie, aunque el precio de los productos se expresase en moneda.




Figura 4. *Monedas de Carlomagno y Ludovico Pío.*

5. Los sucesores de Carlomagno

En opinión del historiador francés Louis Halpehen (1880-1950), Carlomagno había vinculado toda su obra a su persona, sin haber previsto nada para el futuro, por tal motivo, desde que murió, el 24 de enero del año 814 en Aquisgrán, hasta que se firma el Tratado de Verdún (843) asistimos a la desintegración de su Imperio. Y, a pesar del esplendor alcanzado durante su mandato, legó una estructura cargada de gravísimas contradicciones que se van a manifestar en el reinado de sus sucesores.

De los tres hijos que tuvo Carlomagno, fue Luis el Piadoso (814-840) quien sucedió a su padre, pues sus dos hijos mayores, Carlos y Pipino habían muerto con anterioridad. Debido a la debilidad de su carácter y a la incoherencia de su proceder, Luis el Piadoso no pudo mantener unido el Imperio que había heredado pues en él habitaban una gran diversidad de grupos étnicos y culturales. Por una parte, los intereses de la nobleza perjudicaban al poder central, unido a la diversidad; y, por otra, tuvo que hacer frente a los ataques de escandinavos, magiares y sarracenos.

Sus consejeros, Agobardo, obispo de Lyon, y el monje benedictino Benito de Aniano hicieron todo lo posible por mantener la unidad del Imperio, reconociendo la diversidad de tradiciones políticas y sociales de las distintas regiones, y a través de la Iglesia como único elemento capaz de conseguirlo mediante la vía religiosa y cultural. Esto explica los progresos de la Iglesia franca que llegó a constituir una Iglesia de Estado ejer-

ciendo una decisiva influencia en la formación de la civilización de la Europa occidental. Para salvaguardar la unidad del Imperio, sus defensores establecieron en la *Ordinatio Imperii* (817) que la dignidad imperial pasase a Lotario, el mayor de los hijos de Luis el Piadoso, reservando para sus otros dos hijos el gobierno de territorios periféricos con el título de rey, de tal forma que Pipino gobernaría en Aquitania, Luis en Baviera, y su sobrino Bernardo gobernaría como rey de Italia. Pero la situación se complicó cuando Luis el Piadoso tuvo un nuevo hijo, en el año 823, Carlos el *Calvo,* de su segunda mujer, Judit de Baviera, con quien había contraído matrimonio en el 819, después de fallecer su primera mujer, Ermengarda; ya que el emperador quiso dotarle de algunos territorios situados en el corazón del Imperio, lo que provocó el enfado y la sublevación de sus otros tres hijos.

A la muerte de Luis el Piadoso (840), dos de sus hijos, Luis el Germánico y Carlos el Calvo juraron en Estrasburgo permanecer unidos hasta imponer la paz a su hermano mayor, Lotario, heredero del Imperio. Pipino había fallecido en el año 838. Los tres hermanos llegaron a un acuerdo que quedaría corroborado en la firma del tratado de Verdún en el año 843, por el cual se dividía el Imperio en tres partes:

- Lotario, llevaría el título imperial y gobernaría el norte de Italia y una franja de territorio que transcurría entre el mar del Norte y el Mediterráneo, denominado Lotaringia, que incluía las ciudades de Aquisgrán, Estrasburgo, Lyon, Marsella y Milán. Quedando los Estados Pontificios como un enclave independiente.
- A Carlos el Calvo le correspondía el gobierno del territorio de la Francia Occidental, desde el río Escalda, Bretaña a la Marca Hispánica, que comprendía el noroeste de Borgoña y los núcleos de Navarra, y las ciudades de Aquitania, Gascuña, Septimania, París, Burdeos, Tolosa y Barcelona.
- Luis el Germánico se quedaría con la Francia Oriental que comprendía; Sajonia, Turingia, Franconia, Alamania, Baviera, Carintia e Istria; y mantendría cierta autoridad sobre las tierras de Croacia, las marcas de Panonia y del Este, Bohemia y Moravia, con las ciudades de Salzburgo, Colonia y Magdeburgo.

No obstante, el título imperial de Lotario era simbólico, su calificativo de "romano" fue sustituido por el de "cristiano", muestra inequívoca del papel que la Iglesia iba a desempeñar como expresión de la unidad espiritual de los pueblos de la Europa cristiana por encima de cualquier vicisitud de orden político. Y aunque el título imperial se mantuvo hasta el año 924, por entonces no tenía ningún significado, ni si quiera en Italia. A su muerte

en el año 855, Lotario dejaba el territorio en manos de sus hermanos quienes fijaron sus límites en el tratado de Mersen (870). Esta división marcaba la división territorial de lo que en el futuro sería Alemania y Francia con caracteres propios y dinastías independientes.

Cuando muere Carlos III el Gordo (888), hijo menor de Luis el Germánico, el Imperio se desintegra en varios reinos, quedando el poder en manos de los señores locales, ricos terratenientes que hicieron suyos los derechos del rey, *regalías;* reclutaron tropas para protegerse de sus vecinos o apoderarse de sus bienes para, de esta manera, engrandecer su patrimonio, iniciando una época de inseguridad y anarquía.

6. Llegada de nuevos pueblos invasores

El sistema de *marcas* establecido en las zonas fronterizas del Imperio carolingio no fue suficiente para frenar el avance de nuevas invasiones, protagonizadas, especialmente, por los pueblos del norte de Europa y por los piratas sarracenos del Mediterráneo. A ello hay que sumar el hecho de que los carolingios no habían desarrollado una marina potente que les permitiese hacer frente a estas invasiones marítimas.

6.1. *Vikingos*

Bajo este nombre se engloban los pueblos denominados "gentes de la bahía", si nos atenemos a su significado: *vik*, bahía, y *ing*, gente. No obstante, algunos historiadores aplican también este nombre a todos los habitantes de la península escandinava que emprendían "expediciones lejanas" y sembraban el terror por su ferocidad y crueldad allá donde iban.

Los vikingos eran expertos navegantes, poseían excelentes naves para sus incursiones guerreras, *drakkars*, llamados así porque solían llevar en la proa una cabeza de una vestía fabulosa, *drak* "dragón"; estaban hechas de roble, eran largas, muy ligeras y rápidas, no poseían ni puente ni timón; no solían calar más de metro y medio, lo que les permitía realizar la navegación de cabotaje y así poder acercase con facilidad a la costa. Asimismo, la incorporación de la quilla les daba más estabilidad y les permitía adentrarse en estrechos y remotos ríos. Tenían una vela cuadrada en su único mástil, de unos trece metros de altura, y se movía con remos que les permitía remontar los cursos de agua.



Figura 5. *Barco vikingo* (Fotograma de la serie de TV "Vikingos", de Michael Hirst).

Son varias las causas que motivaron su expansión fuera de su territorio, entre ellas figura la superpoblación que se produjo en determinadas áreas; la mala distribución de las tierras que dejaba a mucha gente sin trabajo; el progreso de la técnica marinera; las variaciones climáticas; la interrupción de las rutas mercantiles tradicionales; y también, la consolidación de las tres grandes nacionalidades: noruegos, suecos y daneses, que motivó el desplazamiento de los que se sintieron perjudicados por ello.

Las primeras noticias que tenemos de los vikingos *noruegos* datan de finales del siglo VIII, cuando atacan en el 793 el rico monasterio de Lindisfarne, al norte de Gran Bretaña. Ávidos de botín, no se detenían ante los bienes y tesoros de la Iglesia y asaltaban los monasterios cristianos, sembrando el terror por su crueldad. Atacaban por sorpresa debido a su enorme movilidad aprovechando las primeras luces del día, y desaparecían con la misma rapidez, sin dar tiempo a que las masas de campesinos pudieran reaccionar.

Los noruegos exploraron el litoral del océano Atlántico y se dirigieron al norte de Gran Bretaña donde se dividieron en dos grupos: uno de ellos se dirigió al norte de Escocia y al este de Inglaterra, saquearon Londres en el año 841 y se establecieron en la desembocadura del Támesis. Posteriormente, en el año 850, un grupo de noruegos penetraron por el río Sena hasta llegar a París, y atacaron las ciudades francesas de Rouan, Nantes y Tou-

louse. En su expansión viajaron a Hispania, llegando a mediados del siglo IX a la ría de Aurosa, siendo rechazados en La Coruña; prosiguiendo su avance por la costa atlántica, remontaron el Guadalquivir y llegaron a Sevilla (844), enfrentándose a los musulmanes, establecidos en al-Andalus. Otro grupo se dirigió hacia las islas Orcadas (875), al norte de Escocia, donde llegaron a constituir un pequeño principado; a las islas Hébridas, al oeste de Escocia; a la isla de Man y a Irlanda, estableciendo en Dublín su base de operaciones; fundaron un buen número de ciudades e incluso llegaron a acuñar su propia moneda. La gran movilidad de los vikingos noruegos los llevó a Islandia que llegó a ser uno de los centros culturales más importantes de su tiempo; y a colonizar las islas Feroe en el siglo X que formaron parte de la colonia noruega hasta el siglo XVI.

A los vikingos *suecos*, conocidos también como Varegos, les caracterizaba, de manera especial, su faceta comercial, pues lo que buscaban era dinero, por lo que se emplearon como mercenarios o trabajaron como mercaderes. Transitaron por el mar Báltico y, siguiendo las rutas terrestres y fluviales llegaron al mar Negro, siguiendo el cauce del río Dnieper; y al mar Caspio, a través del Volga. Convirtieron Kiev en el centro de las operaciones y desde allí dirigieron sus ataques al Imperio bizantino en el año 860.

Por último, los *daneses* aparecen como los auténticos vikingos de leyenda por el terror que causaron. Fueron los más organizados y ambiciosos, dejando una huella más profunda en los lugares donde se establecieron. Sus éxitos fueron más duraderos, de manera especial en Normandía y en sus posesiones de Inglaterra, en cuya parte oriental crearon una serie de "Estados" conocidos globalmente como *Danelaw* o territorio de dominio danés, aunque tuvieron una vida muy corta, a excepción de Normandía.

A mediados del siglo X las expediciones normandas dan signos de agotamiento, y permitieron que Europa disfrutase de un periodo de tranquilidad entre los años 930 y 980.

6.2. *Magiares*

Los magiares, también conocidos por húngaros, dirigidos por el rey Árpád, se establecieron en la llanura de Panonia, Europa central, a finales del siglo IX, al ser empujados por los pechenegos en la Ucrania oriental, entre el Volga y el Donetz; aprovechando, además, que el emperador Carlomagno acabó con los ávaros. Los magiares tenían unas costumbres y una economía de tipo nómada, y emprendieron, muy pronto, ataques contra Occidente con el objetivo de obtener riquezas y esclavos para compensar, de alguna manera, su situación económica.

Los magiares, en un principio, no buscaban tierras donde asentarse, sino que su objetivo era la obtención de botín y la captura de hombres y mujeres para convertirlos en esclavos que cultivasen sus tierras en Panonia, por lo que solían atacar zonas rurales y monasterios aislados donde obtener buenos botines. Y, al igual que los vikingos, supieron infundir terror por la rapidez y sorpresa de sus ataques debido a la habilidad de sus jinetes, armados de arcos y flechas sobre caballos herrados y con estribos, lo que les daba una gran movilidad. Los efectos terroríficos que producían estas correrías debieron provocarlos intencionadamente para evitar cualquier tipo de resistencia.

La primera de sus expediciones tuvo lugar en el año 899 cuando saquearon el valle del Po, a la que siguieron numerosas incursiones a Baviera, la que sitiaron once veces; y a Lombardía que lo fue trece veces. Cuando fueron derrotados por Otón I en Lechfeld, cerca de Augsburgo, en el año 955, ya habían realizado unas treinta y tres incursiones, tomando ciudades tan lejanas como Brema, Orleans y Otranto, llegando incluso a la Septimania y a Cataluña en el año 924. Su fracaso ante los ejércitos otonianos puso fin a sus incursiones en Occidente, marcando el momento de su sedentarización, de tal forma que, a comienzos del siglo XI, su rey, san Esteban de Hungría, cuyo nombre tribal era Vajk, convirtió al cristianismo a la población magiar y Hungría pasó a ser un reino.

El peligro húngaro fue uno de los factores esenciales que motivaron que las ciudades se fortificasen y se construyesen numerosos castillos en el sur de Alemania y en el norte de Italia. En Lombardía, desde el año 915, se multiplicaron los castillos rurales, de manera especial, en las propiedades de la Iglesia. A partir del siglo X estos ataques fueron disminuyendo, y durante casi tres siglos la cristiandad latina pudo gozar de tranquilidad hasta que la amenaza de la estepa volviese de manos de los mongoles.

6.3. *Eslavos*

Son muy pocas las noticias que sobre ellos nos han llegado, pues los únicos datos que tenemos proceden de la lingüística; incluso el mismo nombre de "eslavo" nos dice muy poco, pues significa "palabra" y designa a los que hablan un lenguaje comprensible, en oposición a los extranjeros. El primer texto de que se dispone referente a los eslavos es del siglo VI, y en él aparecen situados entre el Danubio marítimo, el Dniéster y el Vístula, no conociendo ninguna organización estatal hasta ese momento.

El avance que realizaron los eslavos se efectuó en tres direcciones: hacia el Noreste, Rusia actual, que es difícil de seguir, aunque parece ser que,

en torno al siglo VIII, comenzaron a salir de la taiga y descendieron por el Volga y el Don y llegaron a las riberas del mar de Azov, donde fundaron el principado de Tmutorakán en el siglo X. La segunda dirección que emprendieron fue hacia el oeste: a través de las llanuras germanopolacas llegaron hasta el Elba, Bohemia y a los Alpes orientales, tierras escasamente pobladas. Su presencia se manifestó de forma evidente a través de la creación de la "Gran Moravia", Bohemia y Polonia. En su marcha hacia el sur, se dirigieron a los Balcanes, cuya cristalización política fue lenta y tardía. Su cristianización, en el siglo IX, fue obra de Cirilo y Metodio, hermanos que procedían de Tesalónica, conocidos como los apóstoles de los eslavos pues, conocedores de esta lengua, tradujeron las Sagradas Escrituras al antiguo eslavo.

6.4. *Piratas sarracenos*

Después de asentarse los musulmanes en el norte de África y en al-Andalus, se habían formado grupos de piratas que actuaban al margen de la autoridad de sus respectivos emiratos, llegando a crear una especie de repúblicas de marineros en algunas ciudades costeras como ocurrió en Pechina y Denia, desde donde practicaban el saqueo de las ciudades y las capturas de hombres y mujeres. Sus acciones buscaban el botín más que la sumisión de los infieles.

A lo largo del siglo IX sus incursiones llegaron hasta la isla de Córcega, Cerdeña y las Baleares, fijando sus primeros establecimientos en Sicilia. Sus ataques se dirigieron, de manera especial, a Roma cuyos arrabales asolaron, a las costas de Toscana y de Liguria. Tomando en el 841 la ciudad de Bari que dominaba el acceso al mar Adriático.

También, dese el año 870, realizaron diversas incursiones a Marsella y Arlés, logrando establecer una verdadera base de operaciones en *Fraxinetum*, en el condado de Fréjus, cerca del golfo de Saint-Tropez que les permitió dominar los pasos de los Alpes occidentales durante un tiempo hasta que a mediados del siglo X, los condes provenzales y piamonteses lograron su destrucción. No obstante, las amenazas de los piratas sobre Niza, Tolón y Marsella continuaron hasta comienzos del siglo XI dificultando la repoblación de la tierra y el desarrollo urbano.

7. Renovación del Imperio. Los Otónidas

Los últimos reyes carolingios de Alemania: Arnulfo de Carintia, sucesor de Carlos III el Gordo, y su hijo Luis IV el Niño (899-911) no pudieron impedir las devastaciones producidas por los húngaros; y a la muerte de Luis IV, Germania se encontraba fragmentada en cinco grandes ducados: Sajonia, al que se había incorporado Turingia, Baviera, Franconia, Suabia y Lorena. Los cuatros primeros duques eligieron rey, en el año 911, al duque de Franconia, Conrado I (911-918), quedando Lorena en poder de Carlos el Simple.

A la muerte de Conrado I, 23 de diciembre del 918, los duques o príncipes al darse cuenta del poder que había adquirido la casa ducal de Sajonia, nombraron rey al duque de Sajonia, Enrique I el Cazador o el Pajarero (919-936). No deja de ser significativo que fuese Sajonia, la que tanto esfuerzo había costado a Carlomagno conquistar, la cuna de la construcción política más significativa del momento, la del nuevo imperio de los Otones.

Enrique I está considerado como el fundador y primer rey del Estado alemán medieval, conocido hasta entonces como la Francia Orientalis. Devolvió a la monarquía su prestigio y abordó con éxito los problemas que tenía el reino. Se enfrentó a los daneses en la Marca del Norte, venció a los eslavos, frente a los cuales organizó la Marca defensiva de Brandenburgo; e hizo frente a las incursiones de los húngaros. Supo apaciguar a los duques de Suabia y Baviera, y logró que el duque Wenceslao de Bohemia reconociera la autoridad real. Con todo ello preparó el camino a su hijo Otón I.

Otón I el Grande (936-973) fue ungido y coronado en la catedral de Aquisgrán por los grandes feudatarios laicos y arzobispos, recibiendo la investidura del reino con la espada, los brazaletes, el manto, el cetro, el bastón y la corona, sentado en el trono de Carlomagno. Una de sus primeras actividades en el exterior fue acudir en defensa de Adelaida de Provenza, hermana de Conrado de Borgoña, de quien Otón I era protector, pues había sido apresada después de quedarse viuda para evitar que ocupase el trono de su marido, Lotario, rey de la Italia septentrional. Otón I entró victorioso en Pavía, en el año 950, tomó el título de rey de los francos y de los lombardos como había hecho, en su momento Carlomagno, y contrajo matrimonio con Adelaida.

En el año 953 envió una embajada a la corte del califa 'Abd al-Rahman III, presidida por el fraile Juan de Gorze, monasterio próximo a Metz, para pedirle al califa que interviniera ante los piratas de Fraixinetum y evitar que saqueasen las naves de Otón I. Un problema de protocolo motivó que fuese enviado a Aquisgrán, Recemundo, obispo mozárabe y autor del famoso libro "El calendario de Córdoba", ya que hablaba bien la lengua árabe y latina para resolver dicha cuestión.



Figura 6. *Embajada de Juan de Gorze ante 'Abd al-Rhaman III* (Cuadro de Dionisio Baixeras, 1885).

Otón I obtuvo una importante victoria frente a los húngaros en las orillas del Lech, afluente del Danubio, junto a Augsburgo, en el año 955. Este triunfo le permitió restablecer la Marca del Este, Ostmark, que daría origen a Austria, y, además, facilitaría el establecimiento de misiones cristianas en Hungría. Sus dominios en el Este también se vieron protegidos al derrotar a los eslavos en el río Recknitz, ese mismo año.

Asimismo, acudió a Roma cuando el papa Juan XII (955-964) le solicitó ayuda ante la intromisión que Berengario II, *margrave* (marqués) de la Marca de Ivrea, hacía en los territorios pontificios (960). Como consecuencia de este triunfo, Otón I fue coronado emperador en Roma por el Papa el 2 de febrero de 962, reanudándose con este nuevo nombramiento el que se había iniciado en la Navidad del 800 con Carlomagno. Pero en esta ocasión, el pontífice había otorgado el título imperial al gobernante más poderoso de Occidente, un sajón que era rey de los francos, pero a quien el pueblo empezaba a llamar "rey de los germanos". Este hecho daría origen a la tradición según la cual sólo un rey alemán podría ser tomado en consideración para recibir la dignidad imperial de Occidente.

A pesar de todo, las relaciones entre el Emperador y el Pontífice no fueron cordiales. El Papa conociendo que la opinión pública italiana era poco favorable a los alemanes, buscó la alianza de Adalberto, hijo de Berengario II, rey de Italia (950-963). Otón I acusó a Juan XII de llevar una vida poco digna, por lo que le depuso y eligió para sustituirle a León VIII (963-965); designación que fue rechazada por los romanos quienes eligieron papa, a la muerte de Juan XII, a Benedicto V. Otón I acudió a Roma, venció a los rebeldes e hizo que el nuevo papa, Juan XIII (965-972) coronase coemperador a su hijo, en el año 967, cuando él todavía ejercía como tal.

Otón I solucionó los problemas que tenía con los bizantinos que gobernaban en Apulia y Calabria, al concertar el matrimonio de su hijo Otón II con la princesa Teófano en el año 972. A lo largo de su reinado, que duró 35 años, Otón I tuvo tiempo para organizar una sólida red organizativa dotada de orden y de una autoridad inflexible. A su muerte (973) su cuerpo fue enterrado en la ciudad de Magdeburgo, a orillas del Elba, bajo la protección de san Mauricio. En esta ciudad, donde había detenido el avance eslavo y que fue denominada la "nueva Aquisgrán", Otón I había edificado una residencia con un *palatium* y un monasterio e iglesia sepulcral, St. Mauritius, que será elevado en el año 955 al rango de iglesia metropolitana y sede episcopal.

Su hijo Otón II (973-983) siguió la misma política de su padre. Contrajo matrimonio según se había acordado con Teófano, ejemplo de la constante y tenaz política matrimonial que se mantenía con Oriente con el objetivo de unificar por vía matrimonial las dos mayores potencias políticas. Por este motivo, a lo largo del siglo X se produjeron continuos viajes y embajadas matrimoniales presididas por princesas orientales y occidentales acompañadas de preciosos objetos de arte.

Durante su breve reinado, Otón II hubo de hacer frente a numerosas revueltas, tanto de orden interno como en la periferia: Bohemia o Polonia. Además, Otón II sufrió el ataque de los francos occidentales en Aquisgrán por lo que emprendió una campaña contra Francia, llegando hasta las mismas puertas de París, donde fue detenido por el rey Hugo Capeto.

Otón II dirigió una campaña contra los musulmanes con el objetivo de expulsarles de Sicilia y Calabria, pero fue derrotado por las tropas del emir al-Qasim junto a Capo Colonna, Calabria, en el año 982. Esta derrota mermó el prestigio de los otónidas en Italia y en las Marcas, circunstancia que será aprovechado por daneses y eslavos. A Otón II tampoco le resultó fácil obtener las posesiones bizantinas que le habían correspondido al contraer matrimonio con la princesa bizantina Teófano.

Al morir Otón II (983) por un ataque de paludismo, su hijo Otón III, aun siendo joven, fue coronado de manera inmediata en Aquisgrán por el arzobispo de Maguncia (el cargo más importante después del Papa). Pero al haber, por entonces, dos emperatrices viudas: Adelaida, esposa de Otón I, y Teófano, viuda de Otón II, ambas actuaron de regentes del pequeño Otón defendiendo con entereza su corona. Teófano ocupó la regencia del Imperio, demostrando ser una de las soberanas más influyentes del medievo, al mismo tiempo que en Bizancio gobernaban sus familiares, pues recordemos que era hermana del emperador Juan Tzimisces. Durante su regencia emitió varios edictos y documentos oficiales, creando un precedente en la eficacia política de las emperatrices del Sacro Imperio entre el siglo X y XI. Cuando Teófano muere (991), fue sepultada en la capilla de san Pantaleón de la ciu-

dad de Colonia, asumiendo la regencia su suegra Adelaida hasta que Otón III fue declarado mayor de edad.

Otón III recibió la corona imperial el 24 de mayo del año 996 de manos del papa Gregorio V (996-999). Había sido educado con el espíritu refinado de su madre bizantina, Teófano, y la dureza sajona de su padre; y también por el abad Bernardo de Hildesheim, por Juan Filigato, profesor de griego, por Adalberto, obispo de Praga, y, de manera especial, por el monje cluniacense Gerberto de Aurillac. Otón III se propuso acrecentar el prestigio de su fami-



Figura 7. *Relieve en marfil de Otón II y Teófano* (Museo de Cluny).

lia, mediante una autentica renovación del viejo Imperio romano, *renovatio imperio romanorum*, leyenda que hizo grabar en su sello, por lo que fijó su residencia en Roma habitando un palacio junto al Tíber, tratando de que volvieran los usos y las etiquetas de los antiguos emperadores con el objetivo de atraerse a la difícil y levantisca nobleza romana.

El Imperio que se quería restaurar era cristiano, y en él la Iglesia y el Papa serían instrumentos en manos del gobierno imperial, por lo que Otón III entronizó y depuso papas según las necesidades de su política imperial. No obstante, la nobleza no aceptó que el emperador y el pontífice fueran ambos alemanes, pues Gregorio V era hijo de Otón de Carintia, por lo que le expulsó nombrando en su lugar a Juan Filigato, antiguo tutor de Otón III, con el nombre de Juan XVI (997-998). Cuando muere el pontífice alemán, Gregorio V, el Emperador promovió al Papado a Gerberto de Aurillac, renombrado teólogo, filósofo y matemático franco que tomó el nombre de Silvestre II (999-1003), como homenaje a Silvestre I quien fue papa en tiempos de Constantino I quien, recordemos permitió la práctica del cristianismo en el Imperio romano.

Otón III realizó varios viajes por sus dominios. En Polonia fundó un nuevo obispado en Gniezno, sede de la tumba de su amigo y preceptor san Adalberto, obispo de Praga, que murió martirizado cuando trataba de convertir al cristianismo a las tribus bálticas de Prusia (997). En Hungría estableció un arzobispado y otorgó la corona real al que sería el primer rey cristiano, san Esteban I (1001-1038), convirtiéndose Hungría en el segundo reino creado en la Europa central y oriental. Uno de los hechos más llamativos de su reinado fue la visita que el día de Pentecostés del año 1000 efectuó a la Capilla Palatina de Aquisgrán donde estaba la tumba de Carlomagno, permaneciendo largo rato en meditación ante sus restos; después de haber inspeccionado cuidadosamente el sepulcro, hizo exhumar su cuerpo del que extrajo una cruz de oro. A su regreso a Roma se encuentra con una población que no aprobaba su mandato, y una violenta sublevación producida en Roma le obliga a marcharse a Rávena; poco tiempo después cuando emprendía una marcha a Roma muere (23 de enero de 1002).

A su muerte sin dejar descendencia le sucede su primo Enrique, duque de Baviera, quien, una vez que se hubieron resueltos ciertos problemas sucesorios, reinó con el nombre de Enrique II (1002-1024) en los tronos de Germania e Italia, a pesar de la oposición de Lombardía y de la actitud de Bohemia y Polonia. Prestó mayor dedicación que Otón III a los asuntos de Alemania, y con el objetivo de lograr la integración del ducado de Bohemia y el sometimiento de los polacos y de su duque Boleslao, se hizo grabar en su sello la leyenda: *renovatio regni francorum*. Con su muerte, sin dejar herederos, se extingue la línea masculina de la casa de Sajonia, por lo que fueron

los descendientes de Liutgarda, hija de Otón I, quienes sostenían los derechos sucesorios a través de la línea femenina, instituyéndose el gobierno de la dinastía Salia. En el año 1024 es elegido rey Conrado II (1024-1039), primer monarca de la nueva dinastía, a quien sucedió su hijo Enrique III "el Negro" (1039-1056), claro ejemplo del cesaropapismo al marcar la autoridad del Emperador sobre el Papa. Durante su reinado el Imperio alcanzó una de sus mejores épocas. Le sucedió Enrique IV (1056-1106) quien hubo de enfrentarse con el papa Gregorio VII provocando la conocida "querella de las investiduras".

8. Renacimiento cultural

8.1. *Renacimiento carolingio*

Carlomagno mostró un gran interés en fomentar el desarrollo cultural con el fin de preparar a sus funcionarios y combatir la ignorancia del clero, pues cuando llega al poder la vida intelectual y cultural franco-germana se encontraba en una profunda decadencia. Por tal motivo, crea una disposición *Admonitio generalis* (789) en la que se dan instrucciones para crear escuelas en los monasterios y en las catedrales con el fin de educar y formar a los más jóvenes. En ellas se impartiría un programa mínimo de instrucción: lectura, escritura, conocimientos de latín y explicaciones de la Biblia y de los libros litúrgicos. Esta renovación se le ha llamado "renacimiento carolingio", término que para Emilio Mitre resulta sumamente vago, pues este "renacimiento" fue la culminación de otros renacimientos anteriores: el de Sevilla, bajo san Isidoro, o el de Northumbría bajo Beda el Venerable. Idea que es compartida por otros estudiosos que consideran esta apreciación desacertada y falta de realismo. Jacques Le Goff, al estudiar este periodo, advierte que "fue un movimiento cultural, exclusivamente de clérigos y para clérigos". Más crítico se muestra también el historiador francés, Pierre Riché (1921-2019) quien, en su obra *De Charlemagne á Saint Bernard: culture et religión,* afirma: "el renacimiento Carolingio acabó siendo una apuesta fallida; un movimiento esencialmente clerical que ahondó el foso existente entre los "*literatis*" y la masa iletrada de laicos".

Este movimiento cultural estuvo protagonizado por grandes figuras procedentes de territorios exteriores al mundo franco. Carlomagno hubo de buscar en los monasterios de Inglaterra, Italia o Hispania personas cultas que pudieran llevar a cabo la formación deseada. De Italia llegaron el gramático Pedro de Pisa; el poeta y teólogo Paulino de Aquilea y Paulo Diácono quien enseñó griego, lengua de enorme importancia para las relaciones man-

tenidas con el Imperio bizantino; a su regreso al monasterio de Montecasino escribió su famosa *Historia de los Lombardos.* De Hispania salieron un buen número de intelectuales con la llegada de los musulmanes. El monje visigodo san Pirminio funda por encargo de Carlos Martel el monasterio benedictino de Mitttelzell, en Reichenau, próximo al lago Constanza, en el año 724, y dota a su biblioteca con medio centenar de códices, convirtiéndolo en un importante centro intelectual. También fue solicitado por Carlomagno el hispanogodo, Teodulfo, obispo de Orleáns, que se había refugiado en la Septimania huyendo de los musulmanes, que destacó por restaurar la disciplina eclesiástica en su obispado y por la reorganización de las escuelas, creando dos nuevas en Fleury (Narbona), potenciando la labor de su *scriptorium*, de donde salieron sus famosas biblias. Está considerado como un gran poeta por la elegancia de sus versos. Compuso el himno *Gloria laus*, utilizado en la liturgia del domingo de Ramos para conmover a Ludovico Pío.

Pero sin duda alguna la figura más relevante fue el anglosajón Alcuino de York (c.730-804), discípulo de Egberto de York, que, a su vez, lo había sido de Beda el Venerable, fundador de la escuela de York. Se instaló en la corte carolingia (793), después de conocer a Carlomagno en el viaje que realizó a Roma, para dirigir y formar una biblioteca en el palacio de Aquisgrán. Su fama es debida al papel que desempeñó como consejero del Empe-



Figura 8. *Alcuino presenta a san Martín a su discípulo Rábano Mauro* (Miniatura *"De laude sanctae Crucis"*. H. 850. Viena, Biblioteca Nacional).

rador y como organizador e impulsor de la Escuela Palatina, creada para la formación de los hijos de los nobles y los futuros abades y obispos. Fue el promotor del "renacimiento" de las letras en los monasterios y de iniciar una reforma eclesiástica que, aunque tuvo poco éxito, dejó algunos testimonios, como *Admonitio generalis,* importante texto del gobierno para la reforma de la vida clerical. Alcuino trasladó su biblioteca de York a la abadía de san Martín de Tours, desde donde expresará a Carlomagno, poco antes de ser nombrado emperador, el duro trabajo que tenía que realizar con los niños de Tours, frente al nivel que tenían sus alumnos de la escuela palatina. Escribió numerosas obras, pero destacó más por su persona y por su trabajo que por el espíritu original de las mismas. No obstante, su importante labor cultural ha motivado que algunos estudiosos hablen del "siglo de Alcuino". Su obra fue continuada por sus discípulos, entre los que recordamos a Rábano Mauro (780-856) abad del monasterio benedictino de Fulda (Alemania) y más tarde arzobispo de Magunzia, que escribió *De Universo,* una completa enciclopedia en la línea marcada por san Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías.* Alcuino y otros hombres de letras de la corte carolingia valoraban el comportamiento elegante y la sabiduría, a la vez que recomendaban a los jóvenes que mantuviesen hábitos adecuados y que se movieran con "elegancia".

Personaje destacado fue también el escritor franco Eginardo (c.770-840). Se educó en la abadía de Fulda en Hesse (Alemania) y, posteriormente, en la Escuela Palatina de Aquisgrán. Vivió en la corte de Luis el Piadoso donde se ocupó de la formación de su hijo mayor, Lotario. Compuso una biografía de Carlomagno, *Vita Karoli imperatoris* que contribuyó a potenciar el mito del Emperador por el empleo, a veces excesivo, del tono laudatorio. A él se debe también la redacción de los *Anales del reino de los francos* (741-829) escrita en un correcto latín.

En los últimos años del llamado "renacimiento carolingio" sobresale la figura de Juan Escoto Eriúgena (c.810-c.877), filósofo y teólogo irlandés, buen conocedor de los autores griegos, que se trasladó a vivir a la corte de Carlos "el Calvo" para dirigir la Escuela Palatina; dejó en su *De Divisiones Naturae* un sistema filosófico de signo neoplatónico: "todas las formas de la naturaleza dimanan de Dios, uno y eterno, y a Él vuelven". Su tesis sobre la predestinación fue condenada en el concilio de París en el siglo XIII. Dejó una huella muy fuerte en los autores de finales del siglo IX, y, de manera especial, en el grupo conocido como "Escuela de Auxerre". Con su muerte en el año 877 se cierra simbólicamente el "renacimiento carolingio", que desde la muerte del emperador se había ido apagando.

A pesar de todo, los resultados culturales durante este periodo fueron mediocres, en opinión de algunos historiadores, a pesar de las buenas intenciones de sus promotores, pues a penas se contó con medios humanos y materiales, pues a la escasa formación de los clérigos había que aña-

dir la escasez de libros. Únicamente, la biblioteca del monasterio de Reichenau estuvo mejor dotada pues a comienzos del siglo IX contaba con quinientos volúmenes. No obstante, hay que reconocer que muchas obras antiguas se habrían perdido si no hubiera existido el proceso de copias que fueron hechas en el siglo IX.



Figura 9. *Imagen de Santa Fe de Conques.*

En el siglo IX las artes experimentaron también una renovación. En arquitectura el ejemplo más significativo lo encontramos en la Capilla palatina de Aquisgrán, construida entre los años 789 y 805. La inspiración tardo-romana y bizantina es igualmente notable en los escasos restos conservados de escultura, como la Estatua ecuestre de Carlomagno, hoy en el Museo del Louvre. La figura humana reaparece como elemento decorativo en frescos, miniaturas, mosaicos, relieves y esculturas exentas. Pero sin duda alguna la mayor originalidad del arte carolingio la encontramos en la orfebrería, como se puede apreciar en el Relicario de santa Fe de Conques, o en el Altar de oro de san Ambrosio de Milán; así como en la decoración e iluminación de manuscritos de un colorido, viveza y agilidad sorprendentes, como se demuestra en el Salterio de Utrech, famoso códice miniado del siglo IX, una de las obras maestras del arte carolingio.

8.2. *Renacimiento otoniano*

Posteriormente, durante el reinado de los tres Otones y de Enrique II se produjo un esfuerzo de recuperación del modelo cultural carolingio, debido, de manera especial, a la política eclesiástica llevada a cabo por Otón el Grande y su hermano Bruno (925-965) dando lugar a lo que, en opinión de Emilio Mitre, se denomina de forma grandilocuente el "Renacimiento Otoniano". En ese tiempo crece el número de escuelas episcopales

entre las que destacan por la actividad desarrollada: Metz, Verdún, Colonia, Worms, Maguncia o Lieja; y, de manera especial, son dignos de mención los trabajos de traducción redactados en la abadía de Gall (Suiza), donde el abad Notker Labeo (950-1022) tradujo textos del latín al alemán, algo que era poco habitual en su época; se conservan sus traducciones de las *Categorías* de Aristóteles, de las *Bucólicas* de Virgilio, y de otras obras de Boecio y de Gregorio Magno.

Asimismo, el monasterio de Reichenau se convirtió en el centro más importante por el número de manuscritos que fue reuniendo, ya que recibió importantes donaciones, como fue el caso de la dotación que le hizo Gunzo de Novar, obispo de Verona, de un centenar de manuscritos italianos, entre los que cabe citar la versión latina del *Timeo* de Platón, lo que pone de manifiesto el aprecio que tenían a los autores clásicos en algunos monasterios en el siglo X.

A partir de mediados del siglo X comienza a sentirse un interés por recoger en obras históricas lo acontecido para dejar constancia por escrito de la actividad de los emperadores otonianos. En esta línea encontramos la obra de Liutprando, obispo de Cremona (920-970), amigo e interprete de Otón I, a quien compara con Moisés por considerarlo salvador de su pueblo. Entre sus obras cabe destacar su *Antopodosis,* compuesta de seis libros en los que narra los acontecimientos que ocurrieron desde el año 888; o su *Liber de rebus gestis Otonis*, donde narra lo ocurrido entre los años 960 y 964. Realizó varios viajes a Constantinopla, siendo en uno de ellos donde negoció el matrimonio de Otón II con la princesa bizantina Teófano.

Durante el gobierno de Otón I, destacaron también ilustres cronistas como Widukind de Corvey, autor de la primera "historia oficial" de la casa de Sajonia; o Ruotger, benedictino del monasterio de san Pantaleón de Colonia que escribió la "Vida de Bruno", correspondiente a Bruno el Magno (925-965), hermano de Otón I, arzobispo de Colonia.

Ya en tiempos de Otón III, de cuya obra política fue inspirador, destaca de manera especial, la obra del ya citado Gerberto de Aurillac, quien fue papa con el nombre de Silvestre II. Ejerció la docencia en la escuela de Reims, de donde sería posteriormente arzobispo. Leyó y comentó las obras de Porfirio, Aristóteles y Cicerón; las poesías de Virgilio y la obra del historiador Lucano, a través de las traducciones y copias latinas que Boecio había realizado.

Su posterior estancia de formación en el monasterio gerundense de Santa María de Ripoll, donde permaneció hasta el año 970, y en la Escuela episcopal de Vic con el matemático Attó, le permitió estudiar las materias del *Quatrivium:* matemáticas, aritmética, geometría, música y astronomía; y entrar

en contacto con la ciencia árabe. A él se debe la introducción del sistema decimal árabe y del uso del cero en Francia. Mando construir un ábaco, instrumento de cálculo donde por medio de unas cuentas o bolitas engarzadas en varillas se realizan operaciones matemáticas, para enseñar a sus alumnos a efectuar operaciones de suma, resta y multiplicaciones. La Escuela de Vic puso a disposición de Gerberto sus recursos y este supo aprovecharlos.

Sin embargo, sufrió una gran decepción en el monasterio de Bobbio (Lombardía), dedicado a su fundador san Columbano, al no encontrar el apoyo de sus monjes para recopilar los fondos manuscritos que allí se conservaban, ya que se mostraron poco predispuestos a conocer nada nuevo. No obstante, Gerberto de Aurillac, buscando la perfección de sus conocimientos, destacó brillantemente como eclesiástico, filósofo, intelectual, y, asimismo, sobresalió en dialéctica, según puso de manifiesto uno de sus mejores discípulos, Fulberto de Chartres (960-1028), fundador de la Escuela de Chartres, buscando la perfección de sus conocimientos.

Fueron también sobresalientes los trabajos de algunas mujeres. Entre las que recordaremos a Roswitha (c.935-c.1002), monja benedictina que trabajó en la abadía de Gandersheim en la Baja Sajonia, regida por Gerberta, sobrina de Otón I. Roswitha fue famosa por su ascetismo. Escribió un panegírico sobre el emperador en el que narra las hazañas que desde el año 962 había llevado a cabo Otón I, que constituye una pieza de gran importancia para los historiadores. También compuso poemas hagiográficos y seis dramas en prosa rimada, escritos en latín, de gran interés para la historia del teatro.

También debemos mencionar la obra de santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) conocida como la "Sibila del Rin", abadesa, predicadora, escritora y musicóloga, considerada como una de las mujeres más influentes de la Edad Media, dotada de una gran inteligencia y cultura. Siendo niña fue destinada por sus padres a la vida religiosa, entrando de jovencita en el monasterio de Disibodenberg, aceptando la regla benedictina. Posteriormente, fundó un monasterio cerca de Bingen al oeste del Rin, donde se emancipó con otras monjas de Disibodenberg, monasterio de monjes. Su altísimo grado de misticismo le lleva a su contacto con Dios permitiéndole penetrar en sus misterios, fruto de estas visiones fue su *Liber divinorum operum*. Durante su larga vida realizó diversos viajes de predicación y mantuvo correspondencia con personajes ilustres, como lo hizo con la reina Leonor de Aquitania, o con san Bernardo. Fue nombrada doctora de la Iglesia por el papa Benedicto XVI en el año 2012.

Junto a las dos autoras citadas, cabe recordar a la monja alsaciana y abadesa de Hohenburg (Montes Volgos) (1130-1195), Herrada de Landsberg, de cuyas obras destaca el llamado "Jardín de las Delicias" o *Hortus Delicia-*



Figura 10. *Hildegarda de Bingen*
(Representación en una baraja de 1818).

rum, que, aunque no se considera excesivamente original, nos presenta un compendio de todas las ciencias estudiadas en su época.

Por entonces, como hemos podido apreciar, la cultura seguía siendo patrimonio exclusivo de los religiosos. La enseñanza estaba orientada y dirigida por la Iglesia, siguiendo unos modelos establecidos en el siglo VI y consolidados por los carolingios. Los alumnos aprendían a leer el Latín, estudiaban su gramática, el arte de hablar y escribir en esa lengua, *Retórica,* y el de discurrir o dialogar, *Didáctica.* El clérigo también estudiaba *Música,* con el fin de dirigir y cantar; así como *Astronomía,* para calcular la fecha de la Pascua, *Matemáticas* para efectuar cálculos elementales; y debía poseer, asimismo, conocimientos de *Geometría.* Algunas escuelas estaban autorizadas

para enseñar *Teología*. Frente a ellos, la masa de los fieles cristianos vivía en la mayor ignorancia.

El arte otoniano continuó la trayectoria imperial marcada en época carolingia tanto en arquitectura como en la ilustración de libros, orfebrería y esmaltes. Un ejemplo de las magníficas piezas que se realizaron en este tiempo lo encontramos en el *Evangeliario* de Otón III, procedente de la abadía de Reichenau, del que destacamos la rica encuadernación, las incrustaciones de gemas, el tratamiento de los marfiles y las ilustraciones interiores del libro. El *scriptorium* de Reichenau está considerado por muchos estudiosos como el mayor centro de producción y difusión de la miniatura otoniana. No obstante, la expresión más elevada de la sensibilidad plástica del arte otoniano corresponde a la rica producción de marfiles que se pueden contemplar, de manera especial, en las tablillas insertas en las cubiertas de los códices.

Bibliografía específica

ÁLVAREZ, V.: *Los vikingos. Crónica de una aventura*. Madrid, Silex, 2013.

BENDRISS, E.: *Breve historia de los carolingios. Auge y caída de la estirpe de Carlomagno*. Madrid. Dilema, 2009.

DUBY, G.: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*. Barcelona, Península, 1973.

EGINHARDO: *Vida de Carlomagno. Introducción y notas de Alejandra de Riquer*, 2019.

GALL, J.: *Charlemagne*. París, Puf, 2008.

HALL, R.: *El mundo de los vikingos*. Madrid, Akal, 2008.

HALPHEN, L.: *Carlomagno y el imperio carolingio*. Madrid, Akal, 1992.

LAMB, H.: *Carlomagno*. Madrid, Edhasa, 2004.

MÍNGUEZ, J. M.: *Las claves del período carolingio (723-879)*. Barcelona, 1991.

MUSSET, L.: *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana*. Barcelona, Labor, 1982.

RICHÉ, P.: *Gelberto. El Papa del año mil*. San Sebastián, Nerea, 1990.

RIVERA QUINTANA, J. C.: *Breve Historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*. Madrid, Nowtilus, 2008.

Capítulo 5

LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LOS SIGLOS MEDIEVALES. LOS REINOS CRISTIANOS

Esquema de contenidos

1. Introducción.
2. El reino visigodo de Toledo.
3. Los reinos hispánicos hasta 1035.
   3.1. El reino asturleonés.
   3.2. El condado de Castilla.
   3.3. El reino de Pamplona.
   3.4. Los condados catalanes.
4. Significado del Año Mil.
5. Cluny y el Císter.
6. Los reinos hispánicos de los siglos XI al XV.
   6.1. Los reinos cristianos occidentales.
   6.2. Los reinos cristianos orientales.

Bibliografía específica.

1. Introducción

Después del asentamiento de los pueblos barbaros en la Península Ibérica, uno de ellos, el reino visigodo logró imponerse a todos los demás. Pero será durante su gobierno en el año 711 cuando se produce la llegada de los musulmanes. A partir de ese momento, con la desaparición del reino visigodo, van a surgir distintas formaciones políticas que tratarán de frenar el avance musulmán cuyo predominio hasta el siglo XI es evidente. A partir de entonces, los distintos reinos cristianos salen del relativo aislamiento en que se hallaban y se incorporan a las corrientes políticas, económicas, sociales y religiosas europeas; al tiempo que lograrán adueñarse de los territorios

que formaban al-Andalus, tarea que tendrá su culminación en el siglo XV bajo el gobierno de los Reyes Católicos.

2. El reino visigodo de Toledo

Al desaparecer el reino visigodo de Tolosa, tras la derrota sufrida en Vouillé (507) por los francos, los visigodos se habían instalado en la Península Ibérica. Después de un período de revueltas, fue el rey Leovigildo quien estructuró definitivamente lo que la historia conoce como "el reino visigodo de Toledo" al establecer en esta ciudad su capital (576). En su deseo de unificar la Península, sometió a los vascones, se anexionó el reino galaico de los suevos, reorganizó la administración y acuñó monedas; pero sus medidas religiosas a favor del arrianismo provocaron un gran descontento entre la población católica hispano-romana, dando lugar a que se produjese una guerra civil frente a su hijo Hermenegildo ya que éste se puso al lado de los católicos. Aunque Hermenegildo fue derrotado, el triunfo de los arrianos duró poco tiempo, ya que Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo, convocó el III Concilio de Toledo en mayo del año 589, que estuvo presidido por san Leandro de Sevilla, en el que el reino visigodo se declaró católico. Recaredo junto a su esposa, la reina Bado, hizo pública su profesión de fe a la religión católica y siguiendo su ejemplo, *exemplum regis*, los representantes más cualificados del pueblo godo adjuraron del arrianismo. Hay que destacar que, junto a la importante significación religiosa y humana que tuvo este Concilio, también de él surgió el gran proyecto político de crear una monarquía hispana que, aunque perduraría poco más de un siglo, sería siempre un punto de referencia al que volver.

Los sucesores de Recadero lucharon contra los bizantinos poniendo fin a su presencia en la Península. Con el fin de eludir la elección del rey por parte de los nobles del *Aula Regia* el rey Chindasvinto (642-649) había asegurado la corona en su hijo Recesvinto (649/653-672) mediante el sistema de *asociación al trono* (649); A Recesvinto se debe la promulgación del *Liber Iudiciorum*, Libro de los Jueces, traducido del latín al romance dos siglos más tarde con el nombre de *Fuero Juzgo;* pero cuando muere Recesvinto sin dejar descendencia directa, los miembros del *Aula Regia*, recuperando su prerrogativa electoral, designaron rey a Wamba, considerado un hombre extraordinario y dotado de cualidades precisas para asumir las responsabilidades de la corona, pero al poco tiempo de haber sido elegido rey, tuvo que hacer frente a dos rebeliones sucesivas. La primera de ellas estuvo protagonizada por varios nobles, condes y obispos en la provincia de la Septimania o Narbonense, que apoyaban al conde de Nimes, Ilderico, como

sucesor de Recesvinto. La segunda rebelión, más peligrosa, se produjo en la Tarraconense, y desembocó en la proclamación como rey de Paulo, apartándose de la autoridad del legítimo rey. Una vez hubo sofocado a los vascones, Wamba emprendió una ofensiva contra las dos provincias rebeldes; pero, a pesar del éxito obtenido, se puso de manifiesto la debilidad en que se encontraba el poder central y el creciente deseo de autonomía de las noblezas locales.

La elección y subida al trono del conde Ervigio (680) cuando Wamba aún no había fallecido, estuvo promovida por un golpe de fuerza protagonizado por un grupo de palatinos, al que pertenecía el nuevo monarca y que contó con el apoyo de Julián, metropolitano de Toledo; por lo que Ervigio convocó, con extraordinaria rapidez, el XII Concilio de Toledo (681) para ser reconocido por los obispos y los grandes del reino y así, de esta forma, fuera decretada la validez de su designación y unción real, aunque todavía viviese Wamba. Al día siguiente de acceder al trono Ervigio, el depuesto rey Wamba, se retiró al monasterio de Pampliega (Burgos) donde aún viviría siete años más. El reinado de Ervigio duró siete años, tiempo durante el cual se puso de manifiesto el poder adquirido por la nobleza; de tal forma que, cuando cae gravemente enfermo (687), hubo de designar, en presencia de la alta nobleza y del clero, como sucesor a su yerno, Egica, esposo de su hija Cixilo, a pesar de tener hijos varones a los que nunca asoció al trono ni designó para sucederle, buena muestra de la debilidad de su poder.

A pesar de haber sido elegido por la nobleza, Egica durante su reinado (687-698/702) tuvo que hacer frente a numerosas rebeliones nobiliarias. Afianzó su economía confiscando las propiedades pertenecientes a los nobles que habían sido condenados a muerte, esclavitud o al destierro; asimismo, prohibió a los obispos que se sirviesen de los bienes de las iglesias rurales, lo que causó un gran malestar. Por tal motivo, el rey promulgó varias leyes dirigidas a procurar el fortalecimiento del poder real, amenazado por sucesivas conspiraciones. No obstante, poco tiempo después, el duque Suniefredo dirigió una rebelión que logró apoderarse de la *Urbs regia*, pues el monarca había abandonado Toledo, asolada por una pertinaz epidemia de peste, buscando refugio en Córdoba.

Witiza (702-710) que había gobernado durante dos años en común con su padre, Egica, pues este le había asociado al trono en el año 700, se mostró más liberal y conciliador que su padre, pero el reino atravesaba por entonces una difícil coyuntura debido a las epidemias de peste y a las sucesivas malas cosechas que provocaban hambre y enfermedades. Su inesperada muerte, a los veinticinco años, víctima probablemente de un brote de peste bubónica, desencadenó la lucha entre los hijos del monarca y Rodrigo, duque de la Bética. Los magantes y obispos, reunidos en asamblea electoral, *senatus*, elevaron al trono a Rodrigo. Por su parte, los vitizanos pidieron

ayuda a los musulmanes que se encontraban al otro lado del Estrecho, a través del conde Julián, gobernador de Tánger y Ceuta, aunque más tarde se arrepentirían de su acción porque los musulmanes no cumplieron su promesa de restablecerles en el trono.

A estos problemas políticos, habría que añadir las dificultades económicas que a finales del siglo VII sufrió el reino visigodo. En torno al año 680 una gran sequía motivó que la población sufriera un hambre persistente, motivada, sin duda por la sucesión de inviernos muy fríos y nivosos, de tal forma que, en el año 683, Ervigio llegó a condonar a la población el pago de los tributos, esencialmente en especies y cereales que debían entregar. De mayor gravedad, aunque de consecuencias más localizadas, fue una duradera epidemia de peste bubónica (693) durante el reinado de Egica.

Asimismo, en los últimos años de la monarquía visigoda, se produce un decaimiento profundo de las relaciones comerciales con el exterior. No obstante, según algunos historiadores los intercambios comerciales o culturales a través del Mediterráneo no quedaron interrumpidos en la segunda mitad del siglo VII; pues Helmut Schlunk, uno de los mejores conocedores de la producción artística del reino visigodo, ha comprobado como una serie de monumentos arquitectónicos de la época como santa Comba de Bande, san Pedro de la Mata y bastantes elementos ornamentales coetáneos muestran intensas influencias de claro e indudable origen siciliano.

A todo ello, vino a sumarse el estado de latente agitación y malestar que existía entre las capas más humildes e inferiores de la sociedad hispanovisigoda. La existencia del bandolerismo como expresión de protesta social y de la desesperación de las masas populares es un hecho que se produjo también en el reino visigodo, al igual que se produjo en el Bajo Imperio. Tal vez, en parte, y relacionado con este fenómeno, hay que mencionar también el enorme éxito del monaquismo en el reino visigodo, recordemos que, a mediados del siglo VII, el duque de la Bética se quejaba al rey de que Fructuoso, propagador de la vida monástica, había conseguido numerosos prosélitos poniendo en peligro el reclutamiento militar.

Otro aspecto importante y digno de destacar fue el malestar que tenía también la población judía debido a que sobre ella recaían pesadas cargas tributarias. Ervigio para procurarse la simpatía de la Iglesia, reavivó la política antijudaica que había quedado abandonada en tiempos de Wamba, con la elaboración de una ley antijudía que constituyó el cuerpo más completo y orgánico de leyes sobre los judíos dictado por un monarca visigodo. Egica continuó la persecución de los judíos, y proclamó su intención de destruir definitivamente al judaísmo en el XVII Concilio de Toledo (694). Esta dura represión originó el descontento de la minoría judía, agobiada por las pesadas cargas tributarias que caían sobre ella y las numerosas dificultades que

tenían para llevar a cabo sus actividades mercantiles; por lo que habían tramado una conspiración con el fin de destronar a Egica, por todo ello parece posible la noticia, reiteradamente transmitida en las fuentes árabes, de la colaboración de la comunidad judía con los musulmanes. De tal forma que, el historiador Richard Fletcher ha llegado a pensar que los judíos pidieron ayuda a los árabes a los que vieron como liberadores.

No obstante, la crisis generalizada que sufría el reino visigodo no estuvo unida a la crisis cultural y artística, pues en la segunda mitad del siglo VII destacaron importantes figuras como san Eugenio, primer arzobispo de Toledo (649-657), y su sobrino y sucesor en la sede toledana, san Ildefonso, arzobispo de Toledo (657-667), continuador de la obra de san Isidoro; o su contemporáneo, san Julián de Toledo (c.642-690), teólogo, poeta e historiador de la Hispania visigoda. Lo mismo ocurre con el desarrollo artístico pues nos han legado importantes obras de este período: obras de embellecimiento de Wamba en la ciudad de Toledo; la iglesia de san Pedro de la Mata (Toledo), o el gran tesoro de Guarrazar, a 14 km de la *Urbs regia*, encontrado en el año 1858 en el lugar donde se encontraba un importante complejo monástico-palacial de los siglos VI-VIII, según los estudios arqueológicos realizados por Juan Manuel de Rojas. Hoy día prosiguen los estudios arqueológicos de los Hitos (Orgaz-Toledo), considerado como uno de los espacios más significativos de la huella visigoda en la Península, dirigidos por el arqueólogo Jorge Morín; y fuera de Toledo, San Pedro la Nave (Zamora) o Quintanilla de las Viñas (Burgos). La mayoría son pequeñas iglesias rurales construidas a expensas de una minoría de grandes propietarios.



Figura 1. *Tesoro de Guarrazar*. Corona de Recesvinto.

3. Los reinos hispánicos hasta 1035

Hasta comienzos del siglo XI podemos decir, grosso modo, que el poder de los musulmanes prevaleció en la Península. Durante los siglos XI y XII, o con mayor precisión, durante los años que transcurren entre el año 1035, muerte de Sancho III el Mayor a 1212, batalla de las Navas de Tolosa, se mantuvo un equilibrio entre el poder musulmán y el cristiano, rompiéndose a favor de éste a partir de esa fecha.

3.1. *El reino asturleonés*

El triunfo obtenido por los cristianos dirigidos por Pelayo, considerado el primer rey de Asturias, en Covadonga (722) sobre los musulmanes permitió librar este territorio del dominio islámico, aunque para los cronistas musulmanes, se trató de una simple escaramuza. Después del breve reinado de Favila (737-739), le sucedió su cuñado, Alfonso I el Católico (739-757), que llevó a cabo una serie de campañas al sur del Sistema Cantábrico, que le permitieron delimitar sus fronteras, incorporando, además, a los reinos galaicos.

Fue durante el reinado de su nieto, Alfonso II el Casto (791-842) cuando el reino de Asturias alcanzó su verdadera identidad por influencia de los numerosos mozárabes, que desde al-Andalus, territorio gobernado por los musulmanes, habían emigrado al reino astur, quienes les transmitieron la idea de que ellos eran los legítimos descendientes de los reyes godos de Toledo. Alfonso II trasladó la corte desde Pravia a Oviedo (792), reorganizó el *Palatium,* e impuso el *Fuero Juzgo* como ley del reino.

Se erigió en defensor de la ortodoxia frente a la herejía del adopcionismo defendida por Elipando, arzobispo de Toledo. Recordemos que el adopcionismo, que defendía la idea de que Cristo es hijo de Dios no por naturaleza, sino por "adopción" del Padre, había adquirió una enorme importancia y se había extendido a otros lugares al ser seguido por Felix de Urgel, cuya diócesis estaba englobada en los dominios políticos de los carolingios. Por lo que Carlomagno se mostró enseguida dispuesto a prestar la ayuda solicitada por san Beato de Liébana a través de Alcuino de York para combatir la herejía. El emperador convocó y presidió el concilio de Fráncfort (794) en el que el papa Adriano I (772-795) condenó el adopcionismo.

La tradición mantiene que fue durante el reinado de Alfonso II cuando fue descubierta la tumba del apóstol Santiago, en un momento en el que los primeros monarcas asturianos "necesitaban" elementos milagrosos que apoyasen su lucha contra los musulmanes. Alfonso construyó en aquel lugar la

primera basílica que comenzó a llamarse "*Campus Stellae*", favoreciendo la creencia de que allí había sido enterrado el apóstol después de haber muerto en Jerusalén, por lo que se convirtió en uno de los más importantes centros de peregrinación. Se debe a san Beato de Liébana (730-798) la composición del himno *O Dei Verbum* para la festividad de Santiago en la liturgia mozárabe, siendo el primer himno que se conoce, en el cual se manifiesta que Santiago es el santo patrón de España al pedirle protección para el rey de Asturias, Mauregato (783-789). Fue autor de una importante obra *Comentario al Apocalipsis de san Juan* que se convirtió en una de las obras más difundidas de la Edad Media. Incluyó dibujos y miniaturas para explicar con imágenes lo que muchos no entendían solo con los textos, pues hay que tener presente que muchas personas, incluso dentro del monasterio, no sabían leer.

A su muerte en el año 842 sin dejar descendencia, le sucedió en el trono asturiano, su primo Ramiro I (842-850), quien nada más llegar al poder, hubo de hacer frente a los vikingos que, en el marco de las segundas invasiones, llegaron, en el año 858, a Navarra, Galicia, realizando incursiones por Pamplona, La Coruña y Santiago de Compostela; dirigiéndose en la primavera del año siguiente a Lisboa, Cádiz y Algeciras, incendiando la gran mezquita de la ciudad y saqueando los alrededores, por lo que 'Abd al-Rhaman II hizo un gran esfuerzo por frenar sus invasiones. Ramiro I supo aprovechar las circunstancias adversas por las que pasaba 'Abd al-Rhaman II y repobló León, inició la construcción de importantes edificios como el palacete-real del monte Naranco, convertido posteriormente en iglesia, conocida como Santa María del Naranco, muy cerca de Oviedo; así como el templo de san Miguel de Lillo o la iglesia de una sola nave de santa Cristina de Lena.



Figura 2. *Iglesia de Santa María del Naranco.*

Durante el gobierno de su hijo y sucesor, Ordoño I (850-856) se avanzó por el Miño hasta Tuy, repoblando con mozárabes y gallegos Astorga y León. La influencia mozárabe se dejó sentir en numerosas construcciones en tierras de León como el Monasterio de san Miguel de Escalada o Santiago de Peñalba, aunque hoy día es un tema en continuo debate.

La dinastía pasó a ser hereditaria, por lo que a la muerte de Ordoño I le sucede su hijo, Alfonso III "el Magno" (866-909), durante cuyo gobierno la monarquía asturiana vivió su momento de mayor esplendor, pues los problemas existentes en al-Andalus entre muladíes y árabes, facilitaron su expansión hasta la línea del Duero, repoblando una franja ancha que se extendía desde Burgos a Oporto, por lo que la capital del reino se trasladó a León, dando comienzo a la dinastía Astur-Leonesa. Sus campañas fueron acompañadas del asentamiento sistemático de pobladores en las tierras ocupadas. En algunos casos los reyes ceden a nobles y eclesiásticos determinadas tierras con la obligación de ponerlas en cultivo; sin embargo, la presura individual dará lugar a la aparición de numerosos campesinos libres y pequeños propietarios. Aunque también durante su reinado tuvo que hacer frente a diversas rebeliones protagonizadas por vascones y gallegos. De su matrimonio con Jimena Garcés nacieron tres hijos: García I, Ordoño II y Fruela II, plenamente leoneses, motivo por el cual, estuvieron a punto de formarse tres reinos independientes: Asturias, Galia y León. No obstante, Ramiro II (930-950), hijo menor de Ordoño II, logró impedir esta disgregación, llevando acabo una amplia obra de repoblación y organización del valle del Duero. Asimismo, hizo frente al califa 'Abd al-Rahman III, derrotándole en Osma (933) y Simancas (939). Sin embargo, a su muerte el reino de León se vio sumido en una profunda crisis debido a los conflictos internos suscitados. Ramiro II no pudo impedir que el conde de Castilla, Fernán González, se hiciese independiente en el año 931. Los reyes de León dejaron de ser los principales dirigentes de la España cristiana, quedando a merced de las fuerzas nobiliarias. Su lugar fue ocupado por el naciente Condado de Castilla y por el reino de Pamplona.

3.2. *El condado de Castilla*

A comienzos del siglo IX, el territorio situado en el extremo suroriental del reino asturleonés está estructurado con fortalezas y múltiples castillos, ya que al tratarse de una zona donde predominan las llanuras, sus habitantes se veían obligados a erigir fortalezas que supliesen las defensas naturales, por lo que recibió el nombre de *Castilla*. Este espacio constituía una zona expuesta a los ataques de los musulmanes tanto desde el sur, como

desde el Ebro por el este. Estaba ocupado por campesinos de origen cántabro, vasco y germánico que habían venido a poblar este territorio buscando libertad de acción, ya que, además, estaban exentos de tributos y de prestaciones personales; sin embargo, el carácter fronterizo de Castilla no atrae a la vieja nobleza visigoda ni a los clérigos mozárabes, por lo que en un primer momento no hubo grandes linajes.

A mediados del siglo X, el condado de Castilla inicia su vida autónoma apremiado por la necesidad de hacer frente al empuje de los ejércitos musulmanes en sus territorios. En el año 931, Fernán González Lara, cuya familia tenía su base patrimonial en el castillo de Lara de los Infantes (Burgos), había logrado reunir bajo su gobierno los condados de Burgos, Lara, Cerezo y Álava, cuando fue nombrado Conde de Castilla, probablemente por Ramiro II de León; no obstante, aprovechando la crisis política que se produjo a la muerte del monarca, logró hacer de Castilla un "principado feudal" dotado de una amplísima autonomía. Fernán González vinculó el condado a su familia por lo que, a su muerte (970), Castilla estuvo gobernada por su hijo Garcí Fernández (970-995) quien llevó la iniciativa frente al empuje de los musulmanes, especialmente en las campañas emprendidas, por entonces, por Almanzor. Es en estos años cuando el conde concede a Castrojeriz (Burgos) su conocido fuero, que permitirá convertirse en caballeros a aquellos campesinos que dispusieran de un caballo para la guerra (974).

Su hijo y sucesor, Sancho García (995-1017) conocido como *el de los Buenos Fueros* por los privilegios que concedió a diversas poblaciones de Castilla, fundó el monasterio de san Salvador de Oña (Burgos) donde sería enterrado. Supo aprovechar la debilidad en que se encontraba el reino de León y consolidó la independencia de Castilla. No obstante, al heredar el condado castellano su hijo García Sánchez a los siete años, el rey de León, Alfonso V, creyó que podría recuperar su predominio, pero los protectores del conde castellano, entre los que se encontraba el rey de Pamplona, Sancho III el Mayor, esposo de Muniadona, hermana y heredera del conde castellano, se opusieron, llegando este último a gobernar el condado en nombre de su mujer. Sancho III transmitió el condado de Castilla a su hijo Fernando en 1029, aunque no fue reconocido como tal hasta la muerte de su padre en 1035. Aunque tradicionalmente se le mencionaba como el primer rey de Castilla, hoy día no todos los historiadores están de acuerdo, pues piensan que realmente fue durante el reinado de su hijo, Sancho, cuando realmente tuvo lugar el inicio de la monarquía castellana. Fernando se convirtió en rey de León (1037) por su matrimonio con Sancha, hermana de Bermudo III, quien murió sin dejar descendencia en la batalla de Tamarón.

3.3. *El reino de Pamplona*

La génesis de este reino no está clara. Los vascones de Pamplona, poco romanizados consiguieron mantener su independencia frente a las expediciones de los musulmanes. En el último tercio del siglo VIII estuvieron bajo la órbita del poder musulmán, aunque de forma precaria, pues al-Mutarrif, miembro de la familia muladí de los Banu Qasi, recién convertida al islam que habían gobernado el principado musulmán de Tudela, llegó a dominar Pamplona después de que el emir 'Abd al-Rhaman I lo hubiera puesto bajo su poder en el año 781. Pero los vascones, descontentos con el gobierno de al-Mutarrif, eligieron en su lugar a un tal Belasco o Velasco, cuya familia gobernaba, de hecho, el sector más occidental de Navarra.

No obstante, una rebelión "nacionalista" encabezada por Iñigo I Arista, el Roble depuso a Velasco en el año 816, dando comienzo al gobierno de la Dinastía *Iñiga o Arista*, en el año 824, que será la primera dinastía navarra que reinará en Pamplona a lo largo del siglo IX en estrecha alianza con los Banu Qasi de Zaragoza. A comienzos del siglo X, Sancho Garcés, de la familia Jimena, depuso a Fortún Garcés I, dando comienzo a la Dinastía *Jimena*, segunda dinastía navarra.

Sancho Garcés I (905-925) emprendió sucesivas empresas hacia La Rioja, que le permitieron recuperar Sobrarbe, Calahorra, Nájera y Viguera; fundó monasterios que adquirieron gran relevancia en el siglo X: Albelda, Nájera o san Millán de la Cogolla. Contrajo matrimonio con la conocida reina doña Toda, tía por línea materna del califa 'Abd al-Rhaman III, circunstancia que contribuyó a mejorar las relaciones entre el califato de Córdoba y Pamplona. Sabemos que la reina consiguió que los médicos de su tío tratasen de curar la obesidad de su nieto, Sancho el Craso, rey de León, motivo por el cual emprendió un viaje a la corte cordobesa. Las bodas de las tres hijas de Sancho Garcés I, Urraca, Oneca y Sancha celebradas con los reyes de León, Ramiro II, Alfonso IV y Ordoño II, facilitaron el mantenimiento de la amistad entre estos reinos.

Pero la historia del reino de Navarra alcanzó su mayor auge durante el gobierno de Sancho III, el Mayor (1004-1035), nieto de García Sánchez, considerado como el primer monarca europeo de la Península que ejerció un verdadero protectorado sobre los reinos cristianos. Recordemos que, como defensor y cuñado del infante García de Castilla, se apodera de este condado; en su enfrentamiento con el rey de León, logra ocupar la capital del reino; asimismo, consigue anexionarse los condados de Sobrarbe y Ribargoza, al tiempo que logra obtener el vasallaje de los condes de Barcelona y de Gascuña; por lo que su reino se extendía prácticamente desde Zamora hasta Barcelona, aunque con distinta autoridad.

Sancho III introduce en el monasterio de san Juan de la Peña (Jaca) y en el navarro de Leyre la observancia de la orden de Cluny, desde los cuales se llevó a cabo una importante labor de cristianización de la población rural. Los monjes de Cluny contribuyeron de forma decisiva a lo largo del siglo XI a reorganizar y perfeccionar junto a reyes y obispos, los caminos, construyendo, a lo largo de ellos, puentes, refugios, albergues y hospitales para que los peregrinos encontrasen siempre aposento y comida. Navarra se convirtió en uno de los puntos más importantes del Camino de Santiago, debido al impulso dado por los cluniacenses y por el rey Sancho III, ordenando reparar y modificar los caminos de los peregrinos que atravesaban Navarra para dirigirse a Compostela. Recordemos que Santiago de Compostela, reconstruido después de la depredación del año 997, se había convertido en el tercer gran Santuario de la Cristiandad, junto a Jerusalén y Roma, y allí acudían reyes, condes, obispos y numerosos peregrinos de procedencia muy diversa.

Por otra parte, el condado de Aragón se desarrolló estrechamente vinculado a Navarra. Inicialmente fue un minúsculo enclave pirenaico en los valles de Aragón, Ansó, Echo y Canfranc, con centro en Jaca. Después de independizarse del dominio musulmán, el territorio estuvo controlado por los reyes carolingios. El primer conde aragonés del que se tienen noticias corresponde al franco Oriol o Aureolo, cuando fue sustituido, en el año 810, por el nativo conde Aznar Galindo (810-820), cuya elección estuvo motivada, probablemente, para atraerse a los aragoneses. No obstante, Aznar fue expulsado de Aragón por su yerno García, y con él todos los partidarios de mantener la vinculación con el Imperio carolingio. Aznar Galindo recibió del emperador carolingio, el ducado de Urgel-Cerdeña, al que su hijo Galindo uniría el de Pallars-Ribagorza.

Durante las guerras civiles que se produjeron en el interior del reino carolingio Aznar Galindo recuperó Aragón (844-867), donde intentó gobernar de forma independiente, aliándose con el navarro García Iñiguez para hacer frente a musulmanes y carolingios. Le sucedió su hijo Aznar II Galíndez (867-893) quien contrajo matrimonio con Oneca, hija del rey de Pamplona, de cuyo matrimonio nacerá su hijo y sucesor Galindo II Aznárez (893-922), quien intervino en el cambio de la dinastía navarra, impulsando el gobierno de la dinastía Jimena, más favorable para sus intereses. A su muerte, el condado aragonés pasa a manos de su hija Andregoto Galíndez (922-943) quien contrae matrimonio con el rey de Navarra, García Sánchez, pero al ser disuelto este matrimonio, el condado pasó a manos de su hijo Sancho Garcés II Abarca, que uniría Aragón y Navarra, convirtiéndose en rey de Pamplona (970-994) y conde de Aragón (943-994). El condado de Aragón siguió vinculado a Pamplona hasta que a la muerte de Sancho III su hijo Ramiro I es nombrado rey de Aragón (1035-1063).

Navarros y aragoneses se independizan de los carolingios casi al mismo tiempo, pues una vez que les ayudaron a expulsar a los musulmanes les rechazaron. Durante este tiempo el influjo carolingio había ido perdiendo fuerza debido a la llegada de numerosos clérigos mozárabes que, a mediados del siglo IX, sustituyeron la organización y la cultura carolingia por las hispanogodas, creando nuevos monasterios como el de san Juan de la Peña, considerado la cuna del reino de Aragón, que al sufrir un gran deterioro a finales del siglo X fue refundado por el rey Sancho III de Navarra.

3.4. *Los condados catalanes*

Durante el siglo VIII y comienzos de la centuria siguiente, los carolingios habían constituido la llamada *Marca Hispánica,* territorio que abarcaba desde el Llobregat a los Pirineos, cuya organización era semejante al resto de las Marcas establecidas en otros lugares de su imperio. Esta marca en sus orígenes habría incluido las regiones de Toulouse, de Septimania y los condados catalanes; pero con motivo de la división del imperio realizada por Luis el Piadoso hacia el 817, se había fracturado en dos: al oeste, había quedado la marca tolosana que incluía Toulouse, Carcasona y Pallars-Ribagorza; y al este, la marca gótico-hispánica que comprendía los condados de Urgel-Cerdaña, Gerona, Barcelona, Narbona, Rosellón y Ampurias, teniendo como capital Barcelona. Posteriormente, el conde Wifredo el Velloso (879-898) logró independizarse del Imperio, llegando a controlar la totalidad de los restantes condados. Llevó a cabo una gran labor repobladora en la Cataluña central, dando origen a los grandes centros monásticos de san Juan de las Abadesas (885) y de santa María de Ripoll (888).

Pero sería el conde Borrell II quien, en el año 987, aprovechando la subida al poder de la dinastía de Hugo Capeto, dejaría de prestar juramento de fidelidad a los reyes francos, lo que fue seguido por los demás condes que integraban la Marca Hispánica. Borrell II tuvo buenas relaciones con al-Hakam II, califa de Córdoba, con el que ratificó acuerdos de paz, pero que no pudo mantener con su sucesor Hixam II por lo que no se pudo librar del ataque realizado por Almanzor a la ciudad de Barcelona (985). Su hijo Ramón Borrell heredó de su padre los condados de Barcelona, Gerona y Osona, extendiendo sus dominios por tierras de la Segarra, la Conca de Barcerá y el Campo de Tarragona, la llamada Cataluña Nueva. Fue el primer conde que acuñó moneda con su nombre y su imagen. A su muerte, le sucedió su hijo Berenguer Ramón I (1017-1035) que, al ser un niño, tuvo que actuar como regente su madre Ermesenda, predominando durante su gobierno la paz en sus territorios. Antes de morir, repartió el territorio entre sus hijos, correspondiéndole a Ramón Berenguer I, los condados de Gerona y Barcelona (1035-1076).

Al desaparecer el califato de Córdoba (1031), los condes siguieron una política similar a la de los demás reinos hispánicos, mostrándose más interesados en el cobro de parias que en la ocupación de tierras, considerándolo como un ingreso normal del condado, como lo hacían el resto de los príncipes cristianos.

4. Significado del Año Mil

A mediados del siglo X, el sueño de la unidad imperial de Carlomagno fue llevado a la práctica, como ya vimos, por Otón I al ser coronado emperador por el Papa en el año 962. Por lo que respecta a la Península Ibérica encontramos que el siglo XI comienza para los musulmanes con la desaparición del califato (1031); y para los cristianos, el año 1035 cuando muere Sancho III el Mayor, dará comienzo a un nuevo período histórico, en el que se esbozó la recuperación de la Península Hispánica que estaba en manos de los musulmanes.

Aunque el nuevo milenio comienza con cambios significativos, no existieron los llamados terrores del Año Mil, la Cristiandad no sufrió los terrores apocalípticos que se decía iban a llegar, ni pasó una etapa oscura, pues las luces y las sombras estuvieron presentes como en cualquier otro período de la historia, pues como afirma Henri Focillon, la conciencia del fin del mundo no estuvo en esta época más extendida que en otras.

La tradición de signo escatológico mantenida en la Cristiandad europea pudo contar con sobradas razones para mantener en esta época un clima de signo apocalíptico. En Europa, el hambre, la enfermedad y la guerra eran problemas habituales, y la miseria estaba generalizada entre la mayor parte de la población. El hombre sufre calamidades y se siente indefenso ante la naturaleza; siente miedo y para vencerlo se generalizan las prácticas religiosas: ayunos, penitencias, peregrinaciones individuales o colectivas, así como la adoración de reliquias con la finalidad de ganar el perdón divino, ya que consideraba que en esa fecha estaba próximo el fin del mundo, por lo que era habitual el estallido de violencia como válvula de escape. Este pensamiento lo expuso con claridad Jean Flori cuando, al referirse al Año Mil, habla de "falsos errores y auténticas tensiones".

Para los estudiosos del tema, el atribuido "pánico" de tinte milenarista fue una invención de algunos intelectuales a partir del Renacimiento, renovado por la Enciclopedia francesa y el Romanticismo del siglo XIX; por lo que los pretendidos terrores del Año Mil son nada más que una fábula inventada a finales del siglo XVI por unos cronistas, especialmente italianos y fran-

ceses que hacían referencia a los siglos medievales, calificándoles de oscuros y bárbaros. De tal modo que, se llamó "gótico", es decir, propio de los bárbaros godos, al arte de las catedrales, monasterios y construcciones civiles que aún hoy admira el mundo entero.

A pesar de las dificultades que presenta la periodización medieval, es necesario considerar el período que se extiende entre el año 950 y el 1050 como una "siglo bisagra" en la formación de Europa, cuando comienza su despertar, surgiendo nuevas transformaciones que darán comienzo a los siglos de la plenitud de medieval; de tal forma que para los contemporáneos es tan sólo un año más. Historiadores actuales confirman que ningún documento de la época, acta oficial o crónica, menciona los espantos del inicio del segundo milenio.

Un síntoma más expresivo del desorden producido se manifestó en el seno de la Iglesia al generalizarse la *simonía*, compra de cargos eclesiásticos. El amor a las riquezas se había apoderado de los siervos de Dios, provocando la degradación de todo el pueblo de Dios. Al igual que las pestes y el hambre aparecen las primeras agitaciones de la herejía. Todo este desorden del Universo exhorta a hacer penitencia, y de hecho resulta patente que, a la espera de la *Parusía*, advenimiento glorioso de Jesús al final de los tiempos, los actos purificadores se multiplicaron después del Año Mil, ya sea con limosnas, mortificaciones o peregrinaciones.

Junto a estas nuevas formas de vida, encaminadas al logro de una purificación colectiva, se instaura la "paz de Dios", instituyendo el *Juramento de Paz* que consistía en la solemne promesa de no maltratar a las mujeres, niños, campesinos, clérigos, casas de labradores e iglesias; se trataba, en definitiva, de proteger a los que oran y el orden de los que trabajan, sobre todo a los pobres y a todas las personas sin armar, contra los pillajes y los asaltos de los especialistas de la guerra; en suma, de mantener la seguridad pública de la misma manera en que poco antes lo hacían los reyes. El derecho de asilo eclesiástico es una forma de acogida que existe desde la antigüedad y constituye una forma de protección para gente en peligro. Hunde sus raíces en el comienzo de la Iglesia y ha sido recogido en numerosos concilios a lo largo de la historia. Por ejemplo, el emperador Teodosio extiende la protección a 60 pasos alrededor del templo, en el 431; o, posteriormente, el Concilio de Toledo del año 681 castiga con la excomunión a quienes atenten contra este derecho. Y en segundo lugar, *la Tregua de Dios* que prohibía la guerra en determinados períodos o días, entre las últimas horas del sábado y las primeras del lunes, es decir, en los días festivos para facilitar el cumplimiento de los deberes religiosos; y, de manera especial, durante los períodos más santos del calendario litúrgico; por ejemplo, desde lunes anterior al inicio de la Cuaresma hasta el primer lunes después de Pascua de Resurrección, o, entre otros, desde el primer día de Adviento hasta la Octava de Reyes.

Sin embargo, el que es considerado como el mejor historiador del Año Mil, Raoul Glaber (980-1046), cuya obra es uno de los escasos testimonios del Año Mil sobre los presagios del fin del mundo, cuenta en su *Libri Historiarum*, escrito en el decenio de 1030, en el monasterio benedictino de Auxerre, al sureste de París, donde inició su vida monástica, su propia convicción de la importancia numérica del Año Mil, y nos cuenta que en torno a ese año se empezaron a construir iglesias sobre todo en Italia y en la Galia, y a reconstruir los edificios de las iglesias, hasta las pequeñas capillas de los pueblos fueron reconstruidas por los fieles de modo que quedaran más bellas; al tiempo que una multitud de gente comenzaba a viajar al sepulcro del Salvador en Jerusalén. Y recordaba que en este tiempo se había producido la muerte de personas influyentes como lo fueron el papa Benedicto VIII (1024), Roberto II, rey de los francos (1031) y Fulberto de Chratres (1028). Y reconoce que después del Año Mil, tanto en Italia como en la Galia, surgieron hombres de ambos órdenes, laicos y eclesiásticos, cuyas vidas y obras proporcionaron a la posteridad un ejemplo digno de imitación.

Raoul Glaber dedica en su obra un amplio espacio al cometa de 1014, y asocia con este signo de fuego los incendios que estallaron conjuntamente. Hay que recordar que la aparición de cometas lo mencionan los cronistas de la Edad Media como símbolo misterioso que anuncia grandes cambios. El mismo año del milenario de la Pasión, el 29 de junio de 1033, tuvo lugar el eclipse de sol del que también hablan Sigeberto de Gembloux (1030-1112), monje benedictino belga, y los Anales de Benevento, quienes lo mencionan como "muy tenebroso". A esto hay que añadir las epidemias y el hambre, fenómenos normales en una cultura material de un nivel tan primitivo y entre poblaciones que padecían una completa indigencia,



Figura 3. *Año Mil.*

pero que los contemporáneos vieron en ellos signos de desarreglo general al que se abandonaba el universo. El propio Raoul Glaber pudo observar, en el año 1033, el hambre que asoló las comarcas de Borgoña. Sin embargo, en una de las más bellas páginas de sus *Historias*, evoca la alegría del universo, después del hambre terrible y mientras crece el movimiento por la paz de Dios. Al caos le sucedía el orden, lo que sigue al Año Mil, afirma Georges Duby, es una "nueva primavera del mundo"; para Jacques Le Goff, "alrededor del año 1000 aparece una Europa soñada y potencial".

Actualmente, se mantiene una constante discusión en averiguar si en torno al Año Mil se dio comienzo al crecimiento económico que experimentó la cristiandad medieval. El impulso constructivo de iglesias y monasterios impulsó el desarrollo de todas las actividades necesarias para dicho movimiento: materias primas, transporte de materiales, herramientas, reclutamiento de mano de obra y financiación de las obras. Le Goff recuerda el proverbio que dice así: "cuando un edificio va, todo va", y afirma que este hecho se ha venido verificando en Europa desde el año 1000. A esta intensa actividad material corresponde una gran efervescencia religiosa, como se puede comprobar en el florecimiento del culto de reliquias y milagros. En estrecha relación con lo referido hay que tener presente las reformas que se producen dentro de la Iglesia.

5. Cluny y el Cister

A comienzos del siglo X va apareciendo el deseo de realizar una reforma en el ámbito monástico, que se llevó a cabo, de manera especial, a partir del año 910 cuando el piadoso duque Guillermo I de Aquitania hizo entrega al monje benedictino Bernón de Baume (850-927), uno de los reformadores más activos de la Edad Media, de una tierra en el condado de Mâcon en Borgoña, para que se construyera un monasterio, donde tendría su origen la orden de Cluny, con el objetivo de volver a la forma de vida originaria de san Benito de Nursia. A Bernón, primer abad, le sucedió Odón (878-942), gran propagador de la reforma en Francia e Italia; pero sería el cuarto abad de Cluny, Mayolo (906-994), pues sucedió al abad Aymard al quedarse ciego, el verdadero organizador de Cluny, atrayendo a muchos monasterios a la observancia de la regla de san Benito. Sus funerales corrieron a cargo de Hugo Capeto, siendo beatificado poco después de su muerte. Con su sucesor, Odilón (994-1049), que añadió o reformó otros monasterios ya ilustres, aparecen las primeras normas articuladas y escritas de la liturgia y de la vida monástica cluniacense. Fue uno de los que promulgó la llamada "*Tregua de Dios*" frente a los abusos de los nobles feudales. A su muerte la orden contaba con unos setenta conventos.

La orden de Cluny se desligaba de cualquier poder laico, el abad de Cluny era la personalidad más importante de la Iglesia después del pontífice, incluso, en ciertos momentos, llegó a tener más influencia que el propio Papa; el abad era elegido por los propios monjes; la abadía gozaba de una gran autonomía; Cluny emprendía la vuelta a la letra de la regla de san Benito, marcada por la castidad, obediencia, humildad y pobreza; introduciendo el silencio de los monjes y la solemnidad del acto litúrgico. Los oficios ocupaban la mayor parte del día, en detrimento del trabajo manual, menos apropiado dada la procedencia aristocrática de muchos monjes, dejándolo en manos de colonos y siervos.

La reforma cluniacense se extendió a lo largo del siglo X por Borgoña, y, en la primera mitad del siglo XI, por Aquitania, Provenza y la España cristiana; y, posteriormente, por el norte de Francia, Alemania, Lombardía e Inglaterra. A finales del siglo XI, eran unos 1.100 monasterios los que seguían las directrices de esta orden. Cluny contribuyó a definir la noción de "orden religiosa" en el sentido de agrupación centrada en monasterios, superando el aislamiento monástico. De los monjes de "habito negro" salieron numerosos obispos e incluso algún papa de prestigio como lo fue Urbano II (1088-1099), promotor de la Primera Cruzada.

Los monjes cluniacenses desvinculados del poder secular y de la jurisdicción de sus obispos diocesanos, se habían ocupado con mayor libertad de la reforma de la Iglesia feudalizada, en la que era posible comprar cargos eclesiásticos mediante dinero, *simonía,* y disfrutar de las rentas eclesiásticas sin dejar de llevar una vida mundana *nicolaísmo.* Estas prácticas fueron condenadas por los pontífices, Benedicto VII prohibió la práctica de la simonía en el 981; y por el papa Nicolás II en el sínodo celebrado en Letrán en el 1059.

En España, desde su introducción por el rey Alfonso VI, la orden de Cluny contó siempre con la protección de la monarquía. Entre los monasterios más importantes podemos señalar el monasterio de san Zoilo en Carrión de los Condes, el monasterio de Fromista o san Juan de la Peña, donde por influencia francesa se introdujo el rito romano, olvidando el mantenido hasta entonces por los mozárabes. Recordemos que en este sentido ejerció una notable influencia la reina Constanza de Borgoña esposa de Alfonso VI y su sequito. La orden de Cluny fue también uno de los grandes impulsores de la peregrinación a Santiago de Compostela.

Sin embargo, el enriquecimiento y la pompa adquiridos por esta orden, así como el excesivo número de casas que fueron creando, motivaron la aparición de nuevas órdenes religiosas que defendían la ascesis mística, el amor a la pobreza en el sentido más puro y la predicación popular. En el año 1012, el benedictino san Romualdo funda la orden de los camaldulenses en Camalduli, cerca de Arezzo, proponiendo una vuelta al asce-

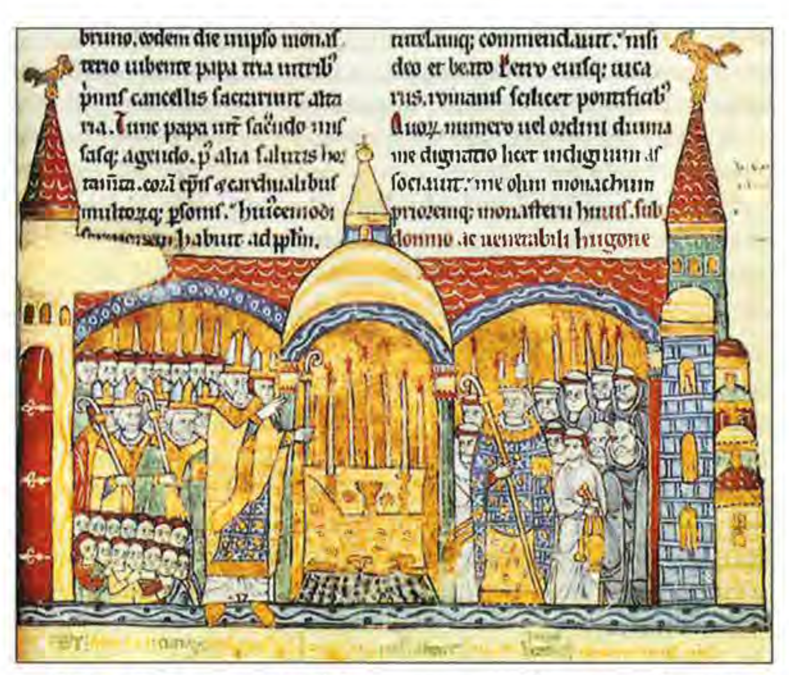


Figura 4. *Consagración del altar mayor de Cluny por Urbano II*
(Miniatura del Chronicon Cluniacense, Biblioteca Nacional de Francia).

tismo eremítico; y, posteriormente, en 1084, san Bruno de Colonia funda la orden eremita de la Cartuja (Chrartreuse, Francia), pues los Cartujos vivían de forma independiente en la soledad de su celda, de donde salían en contadas ocasiones para celebrar las vigilias nocturnas o para la celebración de determinados Oficios Divinos.

No obstante, la orden de mayor trascendencia fue la del Císter, fundada por Roberto de Molesmes, quien, siguiendo la regla de San Benito, pretendía, de nuevo, volver a su origen, debido a la relajación en que consideraban había caído la orden de Cluny, convertidos sus cenobios en el centro de grandes señoríos; instalando su sede en la abadía de Citeaux (1098), antigua ciudad romana "*Cistercium*", próxima a Dijon (Francia). El momento de mayor esplendor de los cistercienses o monjes blancos, en contraposición a los monjes de Cluny que vestían de negro, lo alcanzaron con Bernardo de Claraval (1090-1153), que había ingresado en la orden siendo Abad Esteban Harding, considerado el maestro espiritual de la orden, que propuso unas condiciones de vida dura, alejados del bullicio de los mercados, en la que predomine el silencio, el rigor y la pobreza; los monjes debían vivir de lo que ellos mismos cultivasen y recolectasen, los edificios religiosos debían reflejar la vida de austeridad e intimidad que debían llevar los monjes cistercienses,

sin adornos, sin pinturas, sin vidrieras; por lo que mantuvo una dura disputa con el abad Suger, pues se hallaba inmerso en la construcción de la primera catedral gótica en Saint Denis, al norte de París, y donde él mismo se había hecho representar en una de sus vidrieras, a semejanza de la Jerusalén Celestial, en la que coincidiese la luz física con la luz espiritual; de tal forma que el Papa se vio obligado a intervenir. Suger se defendió de las acusaciones que le hicieron de orgullo, ostentación y de causar gastos excesivos, manifestando que sólo buscaba glorificar la fe cristiana y el beneficio de la Iglesia, ya que él y sus monjes llevaban una vida austera. La construcción de la catedral de Saint Denis prosiguió convirtiéndose en el modelo a seguir en el arte gótico.

Los monasterios cistercienses son uno de los mejores ejemplos del arte medieval europeo, en su mayor parte construidos en arte gótico, aunque muchos comenzaron a construirse con anterioridad. En España, podemos destacar los monasterios cistercienses de Poblet, el más importante, que disfrutó del favor de los condes de Barcelona desde su fundación; el monasterio de Santes Creus, también en la comarca tarraconenese; el monasterio de Santa María de Huerta (Soria), o el monasterio femenino de las Huelgas (Burgos), fundado por el rey Alfonso VIII de Castilla y su esposa, Leonor de Plantagenet, en el año 1187. Este monasterio gozó del privilegio de celebrar en él ceremonias importantes como la de proclamar reyes o armar caballeros.

6. Los reinos hispánicos de los siglos XI al XV

6.1. *Los reinos cristianos occidentales*

Cuando muere Sancho III el Mayor el extenso reino que había formado, se divide entre sus hijos: a García Sánchez, le corresponde el reino de Pamplona; a su hijo Fernando, le entrega el condado de Castilla, junto a las comarcas leonesas de Carrión y Saldaña hasta el río Cea, a lo que se uniría el reino de León, heredado por esposa, Sancha; a Gonzalo, Sobrarbe y Ribagorza; y a su hijo mayor, Ramiro, bastardo, nacido antes del matrimonio le dejó el territorio de Aragón; teóricamente independientes de García de Navarra, y aunque en la práctica actuaban como reyes soberanos no tardaron en enfrentarse al monarca navarro. De tal forma que, dos años después de la muerte de Sancho III el Mayor toda la Hispania Cristiana, exceptuando los condados catalanes, estaban bajo el poder de sus hijos.

Aunque Fernando había sido designado conde de Castilla en 1029, no ejerció el poder hasta la muerte de su padre en 1035. Se enfrentó en el valle de Tamarón (Burgos) a las tropas del rey de León Bermudo III, por lo que,

al fallecer el monarca leonés sin descendencia, Fernando se convirtió en rey de León (1037) debido al matrimonio que en 1032 había contraído con Sancha, hermana de Bermudo III. Para controlar un territorio tan extenso convirtió el camino de Santiago en ruta militar, acomodando las antiguas calzadas, por lo que, según los cronistas de la época, los peregrinos debieron desviarse por Álava por miedo a los musulmanes.

Fernando I de León fue un buen administrador, un rey culto y religioso. Patrocinó el Concilio de Coyanza (1055) que se celebró en la villa de Valencia de Don Juan, con el objetivo de llevar a cabo una honda renovación eclesiástica. Entre las medidas adoptadas, cabe destacar la adopción del rito romano, abandonando el rito visigodo mantenido hasta entonces. Se estableció la obligatoriedad de adoptar la Regla de san Benito en los monasterios; se reorganizó la administración de sus Estados, exigiendo a los *condes* y *merinos*, rectitud en el desempeño de sus funciones administrativas y judiciales; y se perfeccionó la Curia o Consejo de Magnates.

Se enfrentó a los reyes taifas de Badajoz, Zaragoza y Toledo, a los que arrebató importantes fortalezas que le permitieron avanzar hasta Alcalá de Henares. Por lo que los reyes musulmanes accedieron a pagar pairas, tributo anual, al rey leones para no ser atacados, lo que permitió al monarca disponer de importantes sumas de dinero.

A su muerte, en 1065, siguiendo los principios jurídicos navarros de considerar que el reino era un patrimonio familiar que había que repartir entre



Figura 5. *Cristo de marfil de Fernando I* (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

los herederos, dividió su reino entre sus hijos: García, recibió Galicia y Portugal y las parias de Badajoz y Sevilla; Sancho heredó Castilla; Alfonso recibió León y el cobro de las parias del reino taifa de Toledo; Elvira recibió el señorío de la ciudad de Toro; y Urraca, el señorío de Zamora. Pero su hijo Sancho no se mostró de acuerdo con este reparto y se enfrentó a sus hermanos, motivo por el cual luchó frente a su hermano Alfonso en Golpera (1072), quien, al ser derrotado, pidió refugio en la corte del rey taifa al-Ma'mun que gobernaba en Toledo.

No obstante, el asesinato de Sancho por el noble leonés Bellido Dolfos, en el año 1072, al intentar ocupar Zamora, defendida por Urraca en nombre de su hermano Alfonso, permitió al monarca regresar a su tierra, y ser reconocido rey de León y también de Castilla, que volvían a unirse después de haber estado siete años separados, una vez que juró en santa Gadea que no había formado parte del asesinato de su hermano. Al mismo tiempo, el famoso caballero burgalés de Vivar, Rodrigo, conocido como el *Cid Campeador*, que había servido a Sancho II, pasa a formar parte de los ejércitos del nuevo rey. Rodrigo fue un ejemplo de cómo en Castilla era posible ascender socialmente gracias al valor personal y no a las riquezas que poseyeras. El Cid constituyó una fuente de inspiración para poetas y cronistas, en cuyas manos perdió parte de su realidad para entrar en un mundo de leyenda.

Alfonso VI (1072-1109) supo aprovechar las luchas internas que se habían producido en la taifa toledana a la muerte de al-Ma'mun (1075), y durante el reinado de al-Qadir se apoderó de la ciudad de Toledo (1085), lo que le permite trasladar la frontera con los musulmanes del valle del Duero al río Tajo; al tiempo que aumentaba el cobro de parias, lo que permitió el fortalecimiento económico de su reino. Este avance cristiano motivó que los musulmanes pidieran ayuda a los Almorávides, tribu africana asentada al otro lado del Estrecho. Estos ejércitos obtuvieron importantes victorias sobre los ejércitos cristianos en Zalaca o Sagrajas, al norte de Badajoz (1086), Consuegra o Uclés (1108) donde murió Sancho, el único hijo varón de Alfonso VI nacido de su matrimonio con una princesa musulmana, Zaida (Isabel).

Durante su reinado se dio un impulso considerable al llamado "Camino francés" en la búsqueda de Santiago de Compostela, debido a la ayuda prestada por la orden de Cluny. Recordemos que Alfonso VI contrajo matrimonio con Constanza de Borgoña, quien trajo consigo las influencias de la corte borgoñona. Asimismo, el obispo Diego Gelmírez (1069-1149), comprendiendo la importancia del apóstol Santiago y su tumba para reforzar la batalla contra el Islam, ocupó la sede de Santiago, siendo él su primer arzobispo, ganando a Oviedo y entablando un lucha con la sede toledana. Por entonces, se comenzaron las obras de la construcción de la nueva basílica en Compostela, encargándose desde 1168 el maestro Mateo, de manera especial, de la decoración escultórica. Las obras finalizaron a comienzos del siglo XIII.



Figura 6. *Jura de santa Gadea de Alfonso VI*. Marcos Hiráldez Acosta. Siglo XIX. En el Senado (Madrid).

Desde mediados del siglo XII, el *Códice Calixtino*, al relatar la vida del apóstol y sus textos litúrgicos y piezas musicales relacionados con su culto, fortalece el deseo de los europeos de peregrinar a Compostela, por este motivo, como recuerda Fernando García de Córtazar, Goethe pudo afirmar "que Europa había nacido de la peregrinación jacobea, ya que desde los siglos XI al XIV el meridiano del viejo continente pasaba por Compostela".

A la muerte de Alfonso VI, le sucede su hija Urraca I de León (1109-1126) que contrajo matrimonio con Raimundo de Borgoña, a la que sucedió su hijo Alfonso VII (1126-1157), primer rey de la Casa de Borgoña, quien dirigió varias campañas contra los musulmanes, logrando apoderarse de Almería en 1147. Retomó la vieja idea imperial de sus antecesores, Alfonso III y Alfonso VI, y se hizo coronar emperador en la Catedral de León en 1135. El breve reinado de su hijo Sancho (1157-1158), dio paso a la regencia de su hijo Alfonso VIII, en manos de las familias de los Lara y los Castro.

Al alcanzar su mayoría de edad (1170) Alfonso VIII contrajo matrimonio, en Tarazona, con Leonor de Plantagenet, hija de Leonor de Aquitania y Enrique II de Inglaterra. En su enfrentamiento con los musulmanes obtuvo un éxito de enorme importancia frente a las tropas almohades en la batalla de las Navas de Tolosa (Jaén), 16 de julio de 1212. Alfonso VIII contó con la ayuda de Pedro II de Aragón y también de Sancho VII el Fuerte de Pamplona, y centenares de caballeros francos, y con el apoyo de las órdenes militares, y la intercesión del arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada. Esta victoria cristiana dio comienzo al declive de los almohades y marcó el inicio del triunfo de la cristiandad europea frente al Islam.

Alfonso VIII y su esposa fueron enterrados en el Monasterio de las Huelgas que ellos mismos habían fundado. Su hijo y heredero, Enrique I, falleció en Palencia en 1217 al caerle una teja mientras jugaba, por lo que fue nombrada reina, Berenguela, esposa de Alfonso IX de León, pero renunció a sus derechos a favor de su hijo Fernando III el Santo quien unió, en 1230, al heredar el reino de León, las coronas de León y Castilla, que estaban divididas desde que Alfonso VII dividiese el reino entre sus hijos: Sancho y Fernando.

A Fernando III el Santo se debe el mérito de haber recuperado de los musulmanes lugares tan importantes como Jaén, Córdoba y Sevilla (1248) donde instaló su corte, que se encontraban en manos de los Almohades. Repartió las tierras conquistadas entre las Órdenes Militares, la Iglesia y los nobles, dando lugar a la formación de los grandes latifundios. En el ámbito cultural y religioso mandó levantar las catedrales de Burgos y de León; así como numerosas iglesias, conventos y hospitales, haciendo él y su madre, Berenguela de Castilla, importantes donaciones. En su corte se dio importancia a la música, organizó torneos y fiestas, amenizadas por trovadores y juglares. Fue mecenas de grandes artistas. A su muerte, fue enterrado en la Catedral de Sevilla. En 1590 el papa Sixto V confirmaría el halo de santidad que tenía el monarca; siendo canonizado por el papa Clemente X en 1671.

De su matrimonio con Beatriz de Suabia, nacieron varios hijos, entre ellos su sucesor Alfonso X el Sabio, cuyo nacimiento se produjo en Toledo el 23 de noviembre del 1221. Continuó la empresa ofensiva contra los musulmanes que había emprendido, siendo príncipe, en las campañas de Murcia. Pero de todo su gobierno debemos destacar su preocupación por la cultura y el saber, que había heredado de su padre y de su madre Beatriz de Suabia, que se había formado en la corte siciliana de Federico II, dando un gran impulso a la labor de traducción y producción de obras en la llamada "Escuela de Traductores de Toledo". Tenemos constancia de que el propio rey era quien supervisaba y seleccionaba las obras que consideraba debían traducirse, revisando luego las traducciones. Alfonso X prescindió de la versión latina y dejó las traducciones directamente en castellano, pues tenía plena conciencia de la importancia de la existencia de una lengua única para el territorio monárquico, pues sería el instrumento *optimun* capaz de mantener la unidad y la convivencia de la pluralidad ibérica bajo su control. Durante su gobierno, la escuela alcanzó un gran prestigio debido a la estrecha colaboración en que trabajaron cristianos, judíos y musulmanes en Toledo, y todas las traducciones realizadas en esta época gozaron, desde muy pronto, de la mayor celebridad en las literaturas occidentales. Él mismo fue autor, o al menos participó, pues su autoría es discutida por algunos estudiosos, en obras tan importantes como *La General Estoria;* la *Estoria de España, Las Siete Partidas, Las Cantigas de Santa María,* escritas en galaico-



Figura 7. *Las Cantigas de Santa María de Alfonso X.*

portugués o el *Libro de Ajedrez,* por lo que es recordado más como un rey culto y sabio que por sus actividades en el campo de batalla. En opinión de Manuel González Jiménez, gran conocedor de la obra de este monarca, el Estado moderno arranca con Alfonso X el Sabio.

La muerte de su primogénito, Fernando de la Cerda (1275), habido de su matrimonio con Violante de Aragón, ocasionó problemas sucesorios a Alfonso X. La mayor humillación para el monarca fue el hecho de que su propio hijo Sancho se enfrentase a él, exigiéndole sus derechos al trono, haciendo frente a los partidarios de mantener el trono para los hijos menores del primogénito. Sin respetar la voluntad de su padre, Sancho se hizo coronar rey en Toledo en 1284. Le sucedió Fernando IV que gobernó entre los años 1295 y 1312, sucediéndole su hijo Alfonso XI de Castilla en 1312; como tenía solo un año cuando heredó el trono, ejerció de regente su abuela, María de Molina, viuda de Sancho IV. Alfonso XI asumió sus poderes reales con 14 años, en 1325, en sus enfrentamientos con los musulmanes obtuvo una importante victoria en la batalla del Salado (1340), con el botín obtenido en esta batalla el monarca mandó construir el Monasterio de santa Clara en Tordesillas. Alfonso XI logró permanecer al margen durante el desarrollo de la Guerra de los Cien Años que enfrentó a los monarcas europeos. Durante su reinado se escribió el llamado *Libro de la Montería,* en relación con la afición que el monarca sentía por la caza. Recibió el apodo del Justiciero, por el interés que demostró a lo largo de su reinado por mantener el orden y la justicia en su reino. Murió a consecuencia de la peste negra en 1350 mientras sitiaba Gibraltar.

A su muerte se produjo una guerra sucesoria entre sus hijos: por una parte, el heredero legítimo, Pedro I de Castilla (1334-1369), nacido de su matrimonio con María de Portugal, llamado por unos el Justiciero y por otros el Cruel; y su hermanastro Enrique II, hijo de Leonor de Guzmán, amante de Alfonso XI, quien contando con la ayuda de las llamadas "Compañías Blancas" de Beltrán Duguesclin y con el auxilio de Aragón, derrotó a Pedro I en la batalla de Montiel (1369). A partir de ese momento, se produce, en pala-

bras de Julio Valdeón, "la revolución trastámara" que produjo "desde arriba" un cambio radical, pues con la llegada al trono de Enrique II (1369-1379) el de las Mercedes, finalizaba el gobierno de la casa de Borgoña, iniciándose el gobierno de la casa de Trastámara, que gobernaría hasta el año 1555. Entre los reyes medievales figuran Juan I (1379-1390), Enrique III (1390-1406), Juan II (1406-1054) padre de Enrique IV (1454-1474) y de Isabel I la Católica (1474-1504).

6.2. *Los reinos cristianos orientales*

Recordemos que a la muerte de Sancho III el Mayor, el reino de Pamplona había correspondido a su hijo García Sánchez III, llamado el de Nájera (1035-1054) pero hubo de hacer frente a su hermanastro, Ramiro I (1035-1063) que invadió las tierras de Navarra con el apoyo de los reinos taifas de Zaragoza, Tudela y Huesca; y a su hermano Fernando I de Castilla cuyo enfrentamiento le causó la muerte en la batalla de Atapuerca (1054). Sucediéndole en el reino de Pamplona su hijo Sancho Garcés IV de Pamplona (1054-1076), pero su trágica muerte, ya que fue asesinado en Peñalén (Funes) mientras disfrutada de una cacería, hizo que los navarros entregasen el reino de Pamplona a Sancho Ramírez de Aragón, quedando incorporado, por tanto, el reino de Pamplona al de Aragón hasta 1134. Una de las acciones más importantes de su reinado fue la concesión del Fuero de Jaca (1077), otorgándole el rango de ciudad, y la orden de construir su catedral que se convertiría en sede episcopal. Le sucedió su hijo Pedro I de Aragón (1094-1104) durante cuyo reinado se produjo una importante expansión territorial aragonesa llegando hasta los Monegros y la sierra de Alcubierre (Huesca). Conquistó Huesca (1096) y tomó Barbastro en 1101. Al no tener descendencia, el reino pasó a manos de su hermano menor, Alfonso.

Alfonso I el Batallador (1104-1134) contrajo matrimonio con Urraca, hija del rey castellano Alfonso VI. Fue un gran militar, logró apoderarse de Tauste, Tamarite y Zaragoza que estaba en poder de la familia musulmana de los Banu Hud, en 1118, lo que le permitió seguir su avance por Tudela, Tarazona, Calatayud y Daroca, estableciendo la frontera con los musulmanes en las estribaciones de la sierra de Albarracín.

Al morir en el año 1134, sin dejar herederos directos, se planteó un hecho singular pues dejaba sus reinos a las Órdenes Militares del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro, quienes deberían repartírselos, lo que no fue aceptado por la nobleza, quien, reunida en Jaca, eligió a Ramiro II el Monje como rey de Aragón; y por otra parte, los navarros, eligieron a García Ramírez el Restaurador, quien fijó de nuevo en Pamplona, la capital del

reino de Navarra, que seguirá su vía independiente; no obstante, Alfonso VIII de Castilla reivindicó sus derechos a los tronos de Aragón y Navarra por ser también descendiente de Sancho III el Mayor.

Ramiro II el Monje abandonó el monasterio francés de san Ponce de Tomeras, donde estaba retirado, para casarse con Inés de Poitou (1135). A pesar de no tener experiencia política sofocó con éxito varias revueltas. Cedió los derechos del trono a su pequeña hija Petronila (aunque al ser mujer no tenía potestad para ejercer el poder), que había sido prometida en matrimonio, cuando tenía tan solo un año, con Ramón Berenguer IV, realizándose los acuerdos de esponsales en la ciudad de Barbastro. Ramón Berenguer IV, a partir de entonces, actuó como regente del reino de Aragón, sin titularse nunca rey, pues lo seguía detentando Ramiro II. Después de renunciar a sus derechos las Órdenes militares en 1140-1141, Ramiro II, regresó a su vida monástica y se retiró al monasterio de san Pedro el Viejo de Huesca, donde murió en 1157. A través del matrimonio celebrado entre Petronila y Ramón Berenguer IV en Lérida, en 1150, Aragón y Cataluña se unían dando origen a la Corona de Aragón.

Ramón Berenguer IV gobernó como príncipe de Aragón y conde de Barcelona. Aprovechando el declive de los almorávides completó la conquista del Ebro. Sitió y tomó Tortosa en 1148 con la ayuda de las galeras genovesas; y posteriormente, Lérida y Fraga. A las que siguieron las conquistas de Miravet y Mequinenza (1153), de tal forma que prácticamente todos los territorios que hoy forman Cataluña estaban en sus manos, excepto el condado de Urgell que permanecía independiente. Concedió a los monjes del Cister la repoblación y restauración económica del territorio, dando lugar a la formación del monasterio de Poblet (1151) y Santes Creus (1159) (Tarragona). Cobró parias al rey "Lobo" de Murcia y Valencia.

El hijo nacido del matrimonio de Ramón Berenguer IV con Petronila recibió el nombre de Ramón Berenguer V, pero al renunciar su madre al reino de Aragón, se convirtió en rey de Aragón como Alfonso II (1162-1196). Completó la expansión territorial iniciada por su padre apoderándose de Caspe y Alcañiz. Fundó la ciudad de Teruel en 1170, a la que dotó de un extenso fuero, muy ventajoso, con el fin de atraer pobladores cristianos.

Le sucedió su hijo Pedro II de Aragón (1196-1213), que gobernó como rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier por su matrimonio con María de Montpellier (1204). De su gobierno destacamos que participó junto a Alfonso VIII de Castilla y Sancho VII de Navarra en la batalla de las Navas de Tolosa (1212); así como por su política occitana, ejerciendo su protectorado sobre los señoríos occitanos y Toulouse. Pedro II había acudido a Muret, próxima a Toulouse, donde hubo de enfrentarse a las tropas del rey francés mandados por Simont de Monfort quien, con el pretexto

de combatir la herejía albigense, pretendía anexionarse los territorios del Mediodía francés y había atacado al conde de Tolosa, vasallo y cuñado de Pedro II. Las bulas concedidas por el papa Inocencio III consiguieron congregar a multitud de franceses, quienes obtuvieron una importante victoria que causó la muerte del rey aragonés y con él las esperanzas de Aragón de extender sus fronteras por el sur de Francia poniendo fin a las pretensiones aragonesas en la zona; únicamente quedó en poder del futuro rey, Jaime I, el señorío de Montpellier, herencia de su madre. La derrota y muerte del rey Pedro II en la batalla de Muret, jueves 12 de septiembre de 1213, dio un vuelco al equilibrio político en la región, del que en adelante se beneficiaría Francia.

A la muerte de Pedro II, su hijo Jaime, que había nacido en Montpellier (1208), estaba como rehén desde que tenía tres años de Simont de Monfort quien se resistía a entregar al niño, pero que sólo la intervención del papa Inocencio III le hizo desistir. Jaime, huérfano de padre y madre a los 6 años, quedó bajo la tutela de los caballeros templarios en el castillo de Monzón. Ya como rey, Jaime I (1218-1276) contrajo matrimonio en 1221 con Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII, cuyo hijo el infante Alfonso no llegaría a reinar pues murió antes que su padre. Al ser anulado posteriormente su matrimonio por razón de parentesco, volvió a casarse con Violante de Hungría. Jaime I llevó a cabo una gran política expansionista frente a los musulmanes, tomó Mallorca (1229), sometiéndose Menorca e Ibiza en los años siguientes; posteriormente, entre 1233 y 1238 lideró numerosas batallas para conquistar Valencia, hasta que consiguió la capitulación definitiva de los musulmanes; culminando su avance con la conquista de Murcia, que Jaime I, según lo acordado, devolvió a su yerno Alfonso X. Todas estas conquistas le hicieron merecedor de ser recordado con el apelativo de el Conquistador. En su testamento, Jaime I mantiene unidos, aunque con su propia organización, los reinos de Aragón y de Valencia y separa de los dominios peninsulares el reino de Mallorca que comprendía junto a las Baleares, el Roselló, la Cerdanya y Montpellier.

En los últimos años de su vida tuvo que hacer frente a las rebeliones de su primogénito, el infante Pedro, y de la nobleza feudal acaudillada por su hijo bastardo Fernando Sanchís de Castro. Jaime I muere en Valencia en 1276, y sus reinos se dividieron entre sus dos hijos mayores: a Pedro III, le correspondieron Aragón, Cataluña y Valencia; y a Jaime II, rey de Mallorca, las Baleares, Rosellón y Montpellier. A partir de entonces se dejaron sentir las divisiones existentes en la corona. La independencia de cada uno de los reinos de la Corona no impide que haya una cierta prelación y sea Cataluña el centro político de los territorios, aunque el título de "rey de Aragón" preceda al de "conde de Barcelona". Pedro III de Aragón (1276-1285) centró su gobierno en la expansión de Aragón por el Mediterráneo y, aprove-

chando su matrimonio con Constanza de Hoenstaufen, hija y heredera de Manfredo I de Sicilia, reivindicó la corona siciliana.

Las divisiones existentes se manifestaron, de nuevo, a mediados del siglo XIV cuando Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387) pretende nombrar heredera a su hija Constanza, hija de su primera mujer, María de Navarra. Le sucedió Juan I (1387-1396), nacido de su matrimonio con Leonor de Sicilia, quien ostentó por vez primera el título de duque de Gerona, que identificaba al príncipe heredero de la Casa de Aragón. Al no sobrevivirle ninguno de sus hijos varones, subió al trono su hermano Martín I el Humano (1396-1410), llamado así por la gran pasión que tenía por las Humanidades y los libros. Se le considera el introductor del Humanismo en la Corona de Aragón; su biblioteca es la primera que en ese tiempo puede ser calificada de "renacentista".

Pero las diferencias entre los reinos de Aragón, Valencia y del principado de Cataluña se hicieron más evidentes a la muerte de Martin I el Humano, en 1410, pues al no dejar descendencia, ya que su hijo Martín el Joven no le sobrevivió, hubo de celebrarse el llamado "Compromiso de Caspe", en 1412, en el que, entre los posibles candidatos al trono: Fadrique de Luna, hijo bastardo de Martín el Joven; Jaime II de Urgel, sobrino del difunto rey Martín, Alfonso de Aragón, Luis de Anjou, sobrino-nieto de Martín el Humano, fue elegido Fernando de Antequera, sobrino de Martín el Humano, y nieto de Pedro IV el Ceremonioso, regente del reino de Castilla y miembro de la casa de Trastámara. A quien sucedió Alfonso V de Aragón (1416-1458), quien desarrolló un importante mecenazgo cultural y literario, por lo que recibió el sobre nombre de *el Sabio*. A su muerte en 1458, le sucedió su hermano Juan II, uno de los monarcas más longevos del siglo XV, pues murió en el año 1479. De su segundo matrimonio con Juana Enríquez, nació Fernando el Católico, que reinará en Aragón como Fernando II y en Castilla como Fernando V por su matrimonio con Isabel la Católica (1479).

Bibliografía específica

BONNASSIE, P. y GUICHARD, P.: *Las Españas medievales*. Barcelona, Crítica, 2001.

CASTELFRANCHI, L.: *Año Mil. El Arte en Europa, 950-1050*. Madrid, Lunwerg, 2000.

DUBY, G.: *El Año Mil*. Madrid, Gedisa, 1988.

FLORI, J.: *El Islam y el fin de los tiempos: la interpretación profética de las invasiones musulmanas en la Cristiandad medieval*. Madrid, Akal, 2010.

Focillon, H.: *El Año Mil*. Madrid, Alianza Editorial, 1966.

Glaber, R.: *Raúl Glaber. Historias del primer milenio*. Edición revisada, introducción, traducción y notas de J. Torres Prieto. Madrid, CSIC, 2004.

Gómez Aragonés, D.: *El esplendor del reino visigodo de Toledo*. Toledo, Covarrubias, 2013.

Gómez Aragonés, D.: *Historia de los visigodos*. Córdoba, Almuzara, 2020.

Martínez Díez, G.: *El Cid histórico*. Barcelona, Planeta, 2007.

Reglero de la Fuente, C. M.: *Cluny en España: los prioratos de la provincia y sus redes sociales (1073-ca1270)*, León, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, 2008.

Reglero de la Fuente, C. M.: *Monasterios y monacato en la España Medieval*. Madrid, Marcial Pons, 2021.

VV. AA.: *Historia de España de la Edad Media*. Barcelona, Ariel, 2011.

Película

EL CID. Director: Anthony Mann, 1961.

Segunda parte

LA PLENITUD MEDIEVAL
(Siglos XI a XIII)

Capítulo 6

EL DESARROLLO ECONÓMICO: FACTORES GENERALES. EL RENACIMIENTO URBANO

Esquema de contenidos

1. El crecimiento demográfico.
2. La expansión agraria.
3. La reactivación comercial.
4. El renacimiento urbano.
   4.1. Área Mediterránea.
   4.2. Europa Noroccidental.
   4.3. Área Nórdica.
   4.4. Europa Eslava.
   4.5. Elementos comunes en el proceso de urbanización y rasgos definitorios de la ciudad.
   4.6. La segunda oleada de urbanización.
   4.7. Aspectos demográficos.
   4.8. Sociedad y gobierno de las ciudades.

Bibliografía específica.

Desde las postrimerías del siglo X asistimos, con un ritmo lento y desigual, a un proceso global de expansión que afecta a todo el Occidente europeo. Una fase de crecimiento de la economía basada en la mejora de las técnicas de cultivo y la roturación masiva de nuevas tierras, con el consiguiente aumento de los rendimientos agrícolas, que propiciaron un significativo y constante aumento de la población hasta finalizar el siglo XIII, el desarrollo de las actividades de intercambio —beneficiadas por la disponibilidad de excedentes y la generación de nuevas técnicas comerciales— y un espectacular crecimiento de los núcleos urbanos.

Expansión a cuyos orígenes también contribuyen otros factores que tienen que ver con la mentalidad y con la evolución política, que conviene tener muy presentes: el fin del período de las grandes migraciones con la consiguiente estabilización del espacio europeo y la implantación del nuevo orden social propio de las formaciones feudales.

1. El crecimiento demográfico

El indicador más visible de esta fase de expansión es, como acabamos de señalar, el significativo y constante incremento del número de habitantes. Un indicador que es, por un lado, causa de esa expansión porque supone un incremento de la oferta y la demanda y una diversificación de las actividades productivas —tanto en el terreno agrario como en el de las manufacturas y el comercio—, con la consiguiente acumulación de capitales. Pero también, por otro, consecuencia, porque el crecimiento poblacional de estos siglos no se habría producido sin esas condiciones de expansión económica y cambio social cuyos motivos, tal y como hemos mencionado, no sólo obedecen a razones de carácter demográfico.

La carencia de fuentes demográficas directas —censos o padrones— dificulta las posibilidades de cuantificación de la población. Salvo en el caso de Inglaterra, que dispone de una encuesta general de incalculable valor como es el *Domesday Book*, para el resto de los territorios los especialistas han elaborado sus estimaciones partiendo, sobre todo, de fuentes de tipo fiscal y, en menor medida, de los derivados de la investigación arqueológica.

La mayoría de estas estimaciones coinciden en señalar que la población casi se duplicó entre el año 1000 —42 millones— y el año 1300 —73 millones—, si bien es cierto que el crecimiento fue desigual según las regiones y las épocas. Inicialmente afectó más a las áreas mediterráneas y posteriormente a la Europa atlántica. En cuanto al momento, parece ser que el de mayor intensidad se produce a lo largo de la primera mitad del siglo XIII para, posteriormente, ir decayendo incluso con retrocesos en la primera mitad del siglo XIV. Medido en términos de densidad de población, el proceso también presenta una notable variedad desde los 5/6 habitantes por kilómetro cuadrado a los 25/30: a finales del siglo XIII la densidad media en Inglaterra era de 12,5, en Francia de 14 y en Italia de 27.

Hay otros elementos de la dinámica demográfica que también conviene tener en cuenta. Así por ejemplo en el siglo XIII, aunque no se documentan hambrunas o epidemias importantes, la tasa de mortalidad se mantiene en torno al 40 por mil (70 si incluimos la mortalidad infantil), de lo que cabe

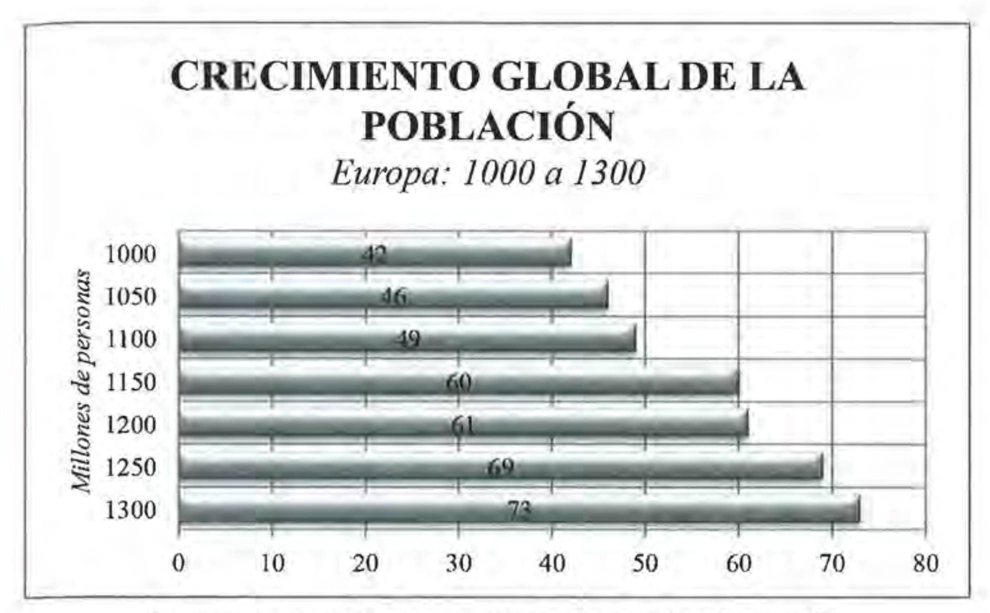


Figura. 1. *La evolución demográfica entre los años 1000 y 1300.*

deducir que sólo una tasa de natalidad altísima permitió mantener el proceso de crecimiento. Por lo que se refiere a la esperanza de vida, continuaba siendo baja aunque creció en el siglo XIII para volver a caer en el siglo XIV. En cualquier caso, si se lograba superar la barrera crítica de los veinte años, el horizonte vital de los europeos de la época se alargaba fácilmente hasta los 60 años. Por último, también se constata un notable desequilibrio en la ratio entre sexos, por la mayor mortalidad femenina en la edad adulta, si bien es cierto que la población urbana, ya en el siglo XIII, ofrece una mayor paridad. Pero conviene no olvidar que, con esta somera aproximación a la población europea de la plenitud medieval, estamos dejando al margen cuestiones que nos hablan de la complejidad del proceso como, por ejemplo, la importancia de los movimientos migratorios desde zonas más pobladas a otras de reciente conquista (pensemos en el proceso repoblador en la Península Ibérica).

En términos generales, cabe concluir que a finales del siglo XIII se percibe una cierta tendencia a la superpoblación porque el crecimiento demográfico chocó con un estancamiento de la productividad agrícola, debido a la imposibilidad de incrementar las áreas cultivadas en muchas zonas, que conllevará incremento de precios, desempleo y, en última instancia, aumento de la pobreza. A comienzos del siglo XIV, una sucesión de malas cosechas consolidaron el cambio de tendencia y abrieron una nueva etapa en la dinámica demográfica de la Europa occidental, aún antes de que apareciesen las grandes epidemias a mediados del siglo.

2. La expansión agraria

Son diversos los factores que impulsaron la expansión agraria de estos siglos. Un primer elemento a señalar es la mejora de las condiciones climáticas. Los estudiosos del clima han señalado que los siglos de la plenitud medieval fueron secos y fríos en términos generales, en comparación con los siglos precedentes en los que se había producido un notable recalentamiento y con la excesiva humedad del siglo XIV. Estas condiciones favorecían el incremento del cultivo de cereales y la roturación de nuevas tierras, sin embargo, los especialistas también coinciden en señalar que, salvo en situaciones excepcionales, no conviene "establecer un lazo de causa o efecto entre las variaciones climáticas en sí mismas y la historia humana".

La proliferación de los molinos, la sustitución del arado de reja de madera por el de hierro y vertedera, con la multiplicación de rejas arrastradas por los nuevos sistemas de sujeción de yuntas y collerones, o la implantación progresiva del sistema de rotación trienal para aprovechar los cereales de verano, los de invierno y el barbecho son las manifestaciones más genuinas del progreso técnico de los siglos XI al XIII.

Ninguno de estos avances era desconocido anteriormente, sin embargo, a partir del año 1000 se difundieron mucho más por todo Occidente. En el siglo XII llegaron a coincidir algunos de los nuevos sistemas con la evolución desarrollada de los antiguos. El arado múltiple, los campos abiertos, la integración de la agricultura con la ganadería, la rotación de los cultivos en tres

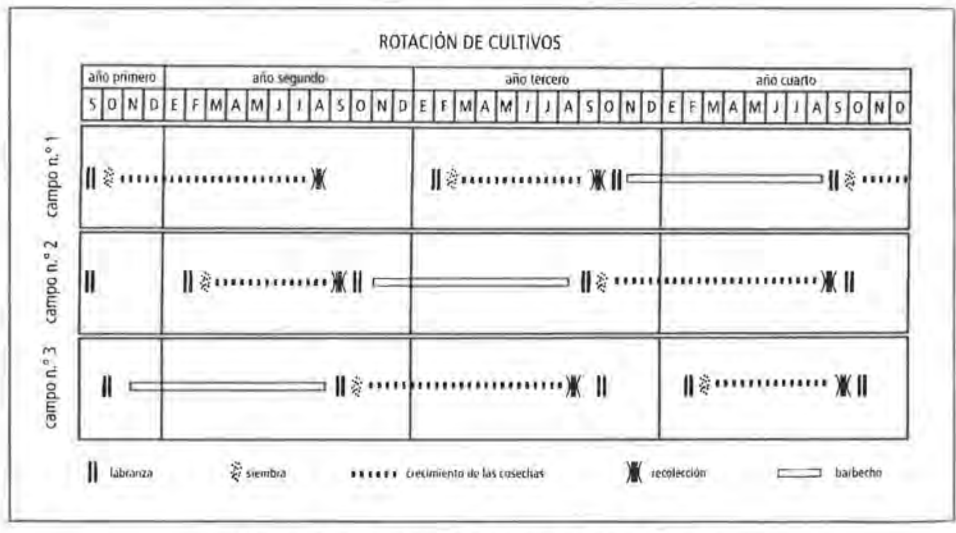


Figura. 2. *La rotación Trienal* (según Pounds).

áreas distintas, los arneses, las herraduras de clavos o el balancín, que permitió la construcción de grandes carros para el uso de los campesinos, se combinaron provocando una revolución técnica sin comparación con cualquier otro momento de la época medieval.

La mecanización de las forjas, batanes, sierras y telares representa el punto más alto de un desarrollo tecnológico que sirvió para mejorar la producción, ampliar los cultivos y aclimatar al clima continental algunos productos venidos de Oriente; aunque muchos de estos nuevos recursos pronto fueron monopolio señorial, explotados en beneficio de los poderosos, que vieron en ellos una rentabilidad y un medio de dominación, sobre todo el molino harinero.

La geografía agraria que surge de la expansión, ofrece como mayor novedad la multiplicación de aldeas, villas y comunidades rurales que constituyeron el resultado más evidente de las nuevas roturaciones a partir del siglo XI. Contamos con bastantes datos sobre el proceso de formación y consolidación de estas agrupaciones rurales a través de las "cartas de población", que recogen los incentivos ofrecidos por sus concedentes a quienes fuesen a poblar lugares señalados. Las iniciativas señoriales fueron las más eficaces en la instalación del campesinado en las nuevas tierras y la puesta en cultivo de las mismas; bien porque así se aseguraban caminos, fronteras o defensas, o bien buscando mayores rentas de los dominios a través de la explotación del derecho jurisdiccional o "ban", soportado cada vez por mayor número de individuos. Elementos complementarios de la articulación del espacio ocupado de antiguo, fueron los nuevos espacios incorporados en la expansión europea hacia el este germánico ("Drang nach Osten" o marcha hacia el este) y el sur islámico (reconquista y repoblación en la Península Ibérica).

Desde el siglo XII, superada en muchas áreas la producción destinada simplemente a la autosubsistencia, se fue ampliando la producción dirigida hacia la comercialización y la potenciación del policultivo. Se multiplicaron las huertas en las afueras de los núcleos de concentración campesina, se plantaron legumbres y plantas tintóreas o se introdujo la vid en zonas de cultivo difícil. El aumento de la cabaña ganadera produjo riqueza añadida al consumirse como carne, aprovecharse como fuerza de trabajo y transporte y demandarse sus lanas y cueros en la industria textil y de curtidos. Así, comunidades campesinas, monasterios, órdenes militares y concejos urbanos tuvieron en la ganadería un complemento importante que exigió la regulación del uso de los pastos comunales, y las cañadas y rutas pecuarias.

En conjunto, pues, el nuevo paisaje agrario se fue conformando al ritmo de las roturaciones, colonizaciones, especializaciones de cultivos, conquistas militares e intereses señoriales. Sin embargo, los resultados no fueron excesivamente llamativos porque la agricultura medieval, antes y aún después de 1300, apenas superó los mecanismos de una economía tradi-

cional abocada principalmente al consumo y no tanto a la transformación y comercialización.

El apogeo del siglo XIII tiene como fundamento esencial la prosperidad rural, que también se reflejó en una serie de signos ambientales y estructurales. Así, por ejemplo, el retroceso del hambre fue un síntoma palpable de esa prosperidad, y no fue sólo fruto del desarrollo comercial, sino que a ello contribuyó, sobre todo, la ampliación de las superficies cultivadas y el aumento de los rendimientos de las cosechas. Otra muestra más de esa bonanza en el medio rural fue la introducción de la moneda y de la economía monetaria que permitió la sustitución de muchas rentas en especie por dinero, signo de la disponibilidad del campesinado y de la progresiva monetarización del sistema feudal, el cual tendría precisamente en esta reconversión un inconveniente cuando la renta feudal en moneda fuera la dominante y permaneciera fija, a pesar de las devaluaciones y del aumento de los precios que se convirtieron en signos de las crisis del siglo XIV.

3. La reactivación comercial

A la hora de establecer áreas de concentración comercial o rutas predominantes, hay que considerar por un lado la progresiva incorporación a la actividad mercantil de las diversas zonas continentales y por otro la apertura de nuevas rutas como consecuencia de la mejora en los medios y vías de transporte, el alejamiento del peligro de nuevas invasiones o guerras o la mayor demanda de productos de consumo en los núcleos urbanos restaurados, refundados o levantados precisamente en torno a encrucijadas de caminos, puertos de mar o en las orillas de los grandes ríos navegables, que constituyen la vía principal del comercio interior europeo, todos ellos enclaves donde el comercio va a jugar un papel destacado.

Tampoco hay que olvidar que, a pesar de las dificultades y cambios provocados en Europa desde la caída del Imperio romano occidental y el establecimiento de las monarquías germánicas, el gran comercio internacional de la Alta Edad Media no llegó a desaparecer, tanto en el norte merced al comercio frisón —de las tierras escandinavas llegarán salazones pieles y madera a las antiguas tierras imperiales y de allí se exportarán hacia el norte tejidos y vino—, como en la cuenca mediterránea donde la Italia antes lombarda y carolingia al norte y bizantina e islámica al sur, con el enclave pontificio en medio, fue pionera en el desarrollo de un comercio que comenzó siendo especializado por parte de algunos puertos y ciudades independientes, como Venecia, que aprovecharon a partir del siglo X su ubicación estratégica entre las áreas de influencia bizantina, musulmana y otónida. Tal y como señala

R. S. López, una vez iniciada la experiencia de Venecia con el comercio de la sal, los tintes orientales y la lana norteafricana o de Amalfi con el aceite, "la fiebre comercial" se fue propagando por otros puertos italianos —Pisa y Génova—, y en menos de un siglo se contagió a las ciudades del interior, involucrando incluso a familias nobiliarias. En el curso del siglo XI se sumaron a este renacimiento comercial los puertos del Mediterráneo francés y de Cataluña. A partir del siglo XII la balanza comercial empezará a modificarse substancialmente, de manera que las exportaciones europeas, además de las clásicas de esclavos y metales preciosos, se incrementan y amplían con productos textiles y manufacturas metálicas.

La ruralización de la sociedad y la vuelta a una economía de simple trueque en la Europa de la transición del mundo antiguo al medieval, propició la desaparición de concentraciones comerciales permanentes, pero algunas reuniones anuales de comerciantes en torno a lugares elegidos por su específica producción o por su posición estratégica subsistieron, es el caso, por ejemplo, de las ferias de Saint Denis, cerca de París, en los siglos VII y VIII. Será a partir del siglo XI cuando surgen nuevos mercados públicos en las ciudades, posiblemente a remolque del aumento de la producción agraria, y se consolidan las grandes ferias internacionales como las de Londres y Winchester en Inglaterra, Brujas e Yprés en Flandes o Milán y Verona en Italia. El ejemplo más desarrollado y dinámico fue el de las ferias de Champaña: seis ferias en cuatro localidades y a lo largo de todo el año con breves intervalos de descanso, Su éxito se debió, entre otros factores, a situarse en el cruce de dos grandes rutas que atravesaban en aspa el continente europeo (desde Ita-



Figura 3. *El comercio europeo en la plena Edad Media.*

lia a Flandes y de la Península Ibérica a los países eslavos) y a la protección dispensada a los comerciantes por el poder político condal y más tarde de los propios reyes franceses.

Ahora bien, aunque se hable de la revolución comercial de estos siglos, o el desarrollo financiero en las ferias y mercados, el volumen del gran comercio era todavía limitado y las técnicas mercantiles y bancarias rudimentarias. Y, sin embargo, el papel dinamizador de la economía rural ejercido por ferias y mercados regionales resulta incuestionable. En este sentido, el siglo XIII es el que conoce una espectacular difusión de ferias y mercados locales, de ámbito comarcal, creados por la autoridad real o señorial. Pero ya se tratase de grandes ferias o de pequeños mercados, el mercader era todavía ambulante, obligado a desplazarse continuamente de un lugar a otro. La sedentarización se producirá más adelante, cuando en las grandes concentraciones urbanas y mercantiles se organizó la actividad comercial desde lugares fijos y a través de intermediarios, controlados por quienes en algunas grandes ciudades habían conseguido monopolizar las operaciones comerciales de largo radio.

Con todo, los siglos de la plenitud medieval son el momento de la aparición de los primeros contratos comerciales (comanda, *societas maris* y compañía) que adquirirán su máximo desarrollo en los siglos posteriores, de la proliferación de cecas y el incremento, todavía escaso, de la circulación monetaria y del crédito. También se produce una renovación de los caminos a partir de criterios comerciales y no militares (se abandona el empedrado por nuevas rutas de tierra apisonada que permiten un incremento de la velocidad), se avanza en el aprovechamiento de la navegabilidad de numerosos ríos (Sena, Támesis, Rin, Po) para el transporte de mercancías —lo que contribuyó al crecimiento de ciudades situadas en su curso como París, Londres, Florencia o Colonia—, también es el momento de la construcción de los característicos canales de las ciudades flamencas. En paralelo se perfeccionan los instrumentos de navegación (brújula, astrolabio) y se van mejorando las técnicas de construcción naval (timón de popa) además de aparecer nuevos tipos de barco como la *coca* del mar del Norte que convive con la típica galera mediterránea de dos mástiles. En definitiva, los siglos XI y XII constituyen un período de transición de una economía cerrada a una economía mucho más abierta a la actividad comercial.

En este mundo del comercio, cada vez más regulado y dinamizado, los conocimientos añadidos fueron asimismo potenciados. Así, por ejemplo, el cálculo numérico que empezó siendo sencillo y directo se fue complicando a medida que las operaciones se multiplicaban y requerían la especialización de contables y escribanos preparados para ello en algunas escuelas urbanas italianas o flamencas. Ello explica la aparición de manuales de aritmética destinados al aprendizaje para los negocios.

4. El renacimiento urbano

En la historia de la urbanización de Europa ningún período, entre el alto Imperio romano y el siglo XIX, ha tenido tanta trascendencia y amplitud como el vivido entre los siglos X y XIV. La mayoría de las ciudades de la Europa occidental surgieron o fueron profundamente transformadas en esa época. Todo ello en el marco de un sistema social del que formaron parte durante siglos, si bien sus notorias singularidades contribuyeron de forma decisiva a su transformación. En palabras del historiador francés Ferdinand Braudel, el fenómeno urbano actuó como verdadero "acelerador del tiempo histórico".

Hace ya tiempo que otro historiador francés, Jacques Le Goff, prevenía contra la tentación de adoptar un punto de vista urbano acerca de la historia, particularmente al referirse a los tiempos medievales. En efecto, los orígenes del renacimiento urbano fueron humildes y difíciles en un mundo esencialmente rural en el que las actividades económicas que definen lo urbano contaban con escaso desarrollo, y en el que la mayoría de la población se encontraba al margen del modo de vida y el espíritu que se consideran propios de las sociedades urbanas.

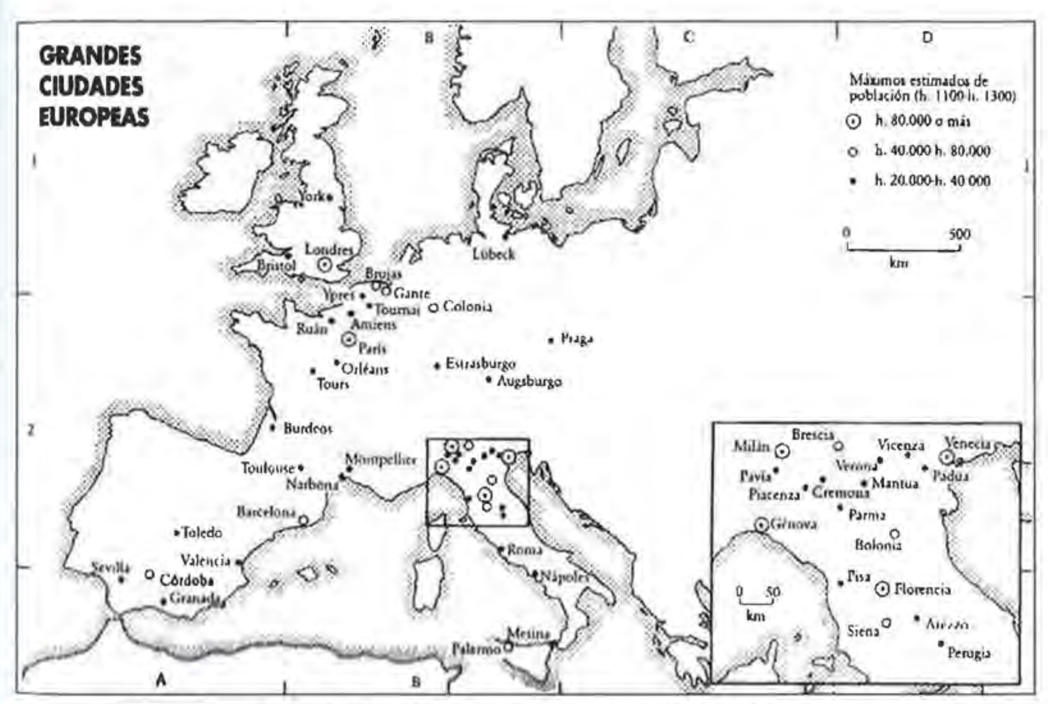


Figura 4. *Grandes ciudades europeas (1100-1300).*

Tanto los motivos como los momentos de este renacer urbano fueron diferentes, o al menos adoptaron rasgos peculiares, en las diversas zonas de Europa. Habitualmente se suelen distinguir cuatro grandes ámbitos.

4.1. *Área Mediterránea*

En primer lugar, el Área Mediterránea (Italia, sur de Francia y España), zona en la que la continuidad con respecto a los tiempos antiguos fue mayor. La Península italiana es la zona donde el renacimiento urbano se produce con mayor precocidad, debido tanto al mantenimiento de núcleos preexistentes, como a la mentalidad urbana de buena parte de sus habitantes. En numerosas urbes del norte de Italia se evidencia una continuidad incluso en el propio trazado de las calles; es el caso, por ejemplo, de Pavía capital de los lombardos e importante nudo de comunicaciones. Desde mediados del siglo XI crecerá Milán y una extensa red urbana que se desarrolla en torno a la navegabilidad del Po. El crecimiento de Génova se inicia ya en el siglo X de la mano de su progresivo dominio del comercio en el Mediterráneo occidental en competencia directa con Pisa. Venecia, desde finales del siglo X obtiene importantes privilegios aduaneros en el comercio con Bizancio e inicia su expansión a la vez que desarrolla la artesanía especializada en el trabajo del vidrio y de la seda. En la Toscana el desarrollo urbano se centra en ciudades como Lucca, Florencia y, sobre todo, Pisa, gran plaza mercantil y marítima desde finales del siglo X, con una poderosa artesanía especializada en el trabajo de la piel. En la zona central destaca Roma que, después de siglos de profunda decadencia, se convierte en centro de peregrinación y desde comienzos del siglo XI cuenta con importantes colonias de mercaderes extranjeros. En el sur de Italia, bajo el influjo bizantino y normando desde el siglo XI, crecen núcleos como Nápoles, Salerno, Bari y Amalfi, tras Venecia la segunda ciudad en importancia en este momento en el comercio con Oriente.

En el sur de Francia se había producido una fuerte decadencia de la vida urbana entre los siglos VIII y X. Si bien algunas ciudades como Lyon o Nimes se mantenían como hitos de rutas comerciales. Un caso particular lo representa Narbona que se beneficia de un considerable tráfico comercial con la Córdoba musulmana.

En la situación en la Península Ibérica juega un papel clave la presencia musulmana, que trajo consigo un auge urbano que no es comparable con la situación europea de los siglos IX a XI. En Cataluña crece notablemente Barcelona, ya desde el siglo X, capital política e intermediaria del comercio musulmán con Europa. En el sector occidental destaca León, pero el renacimiento urbano no se generaliza hasta la segunda mitad del siglo XI, de la mano de

la repoblación y de las peregrinaciones: auge de los enclaves de la ruta jacobea, colonización de las tierras entre el Duero y el Sistema Central e incorporación de florecientes ciudades musulmanas como Toledo y Zaragoza.

4.2. *Europa Noroccidental*

Un segundo ámbito, es el integrado por el norte de Francia, los Países Bajos, la Alemania del sur, las actuales Suiza y Austria y una buena parte de Inglaterra, donde la vida urbana de la antigüedad desaparece casi por completo pero que conserva antiguos emplazamientos y vías de comunicación de época romana: algunas *civitates*, residencia de obispos, que serían el punto de partida del resurgimiento urbano a partir del siglo X en ciudades como Tréveris o Colonia por ejemplo. Otro punto de partida que se identifica con cierta frecuencia son los *Wik* de época carolingia, es el caso, por ejemplo, de Amberes o Utrech y también, en parte, de Gante o Brujas que nacieron de estos núcleos mercantiles preurbanos. En este fenómeno radica una de las principales diferencias de esta zona con respecto al área del Mediterráneo, el hecho de que aquí el renacimiento urbano se va a producir gracias al papel que juegan mercaderes y artesanos, mientras que la aristocracia laica o eclesiástica permanece mucho más vinculada a la tierra. Es por ello que aquí la potencia del renacimiento urbano varíe en función de la que logren alcanzar esas funciones mercantiles o artesanales.

Los orígenes y primeros momentos del renacimiento urbano en el centro y norte de Francia responden a las motivaciones que acabamos de señalar: ciudades que son sede religiosa, como Reims, Poitiers o Metz que en torno al año mil ya contaba con una importante colonia de mercaderes judíos, Verdún, famoso mercado de esclavos y pieles desde el siglo VI al X, París, capital política y centro de una importante región agrícola, burgos mercantiles como los surgidos en la región de Champaña al calor de las ferias, o burgos de origen feudal en torno a un castillo en la región del Loira.

En Alemania las funciones mercantiles explicarían, al menos en parte, el crecimiento de urbes como Estrasburgo, Colonia o Basilea. En Flandes —zona en la que basó Pirenne su tesis del renacimiento urbano a partir del siglo X como consecuencia de la fusión entre los *castrum* episcopales o condales y los burgos o *portus* nuevos de carácter mercantil o artesanal, sin la más mínima continuidad con el pasado romano—, existen claras diferencias entre la zona occidental y la oriental. Hacia 1100 el desarrollo urbano es más notorio en la parte occidental: surgirán ciudades aprovechando antiguos sitiales romanos o a partir de monasterios y enclaves militares como Arrás, Ypres o Lille, y con ellas sus manufacturas textiles. En la

zona oriental el auge urbano, aunque de características similares, es más tardío, del siglo XII, cuando los enclaves urbanos comienzan a utilizar los accesos marítimos.

En Inglaterra, el desarrollo urbano es más tardío, aunque contaba antes de la invasión normanda con una considerable herencia romana en el sudeste y una ciudad ya grande como Londres, además de un notable proceso de urbanización en las zonas de dominio danés en la segunda mitad del siglo X, en el que destaca Norwich.

4.3. *Área Nórdica*

La tercera zona abarcaría las tierras del norte de Alemania y los Países Escandinavos, donde apenas se encuentran antecedentes urbanos, de forma que las ciudades medievales surgirán en torno a enclaves religiosos o militares o bien como fruto de procesos de colonización. En los Países Nórdicos el despliegue urbano tuvo lugar a partir de finales del siglo XI y hasta 1300, concentrándose sobre todo en las tierras del este, más fértiles y con mejores accesos marítimos, como Copenhague, que no alcanzará los tres mil habitantes hasta finales del siglo XIV lo que da idea de la modestia de estos asentamientos.

4.4. *Europa Eslava*

Algo similar ocurre en la cuarta de las zonas que pueden distinguirse, la Europa eslava, si se exceptúa la zona balcánica donde la herencia romana se percibe. Aquí la mayoría de los núcleos surgirán en torno a recintos fortificados o gorods. Algunas serán sedes episcopales como Cracovia y Poznan o residencias reales como Esztergom en Hungría y Nóvgorod en Rusia.

4.5. *Elementos comunes en el proceso de urbanización y rasgos definitorios de la ciudad*

Sin embargo, al margen de las diferencias entre unas zonas y otras, existen elementos comunes en los orígenes del desarrollo urbano. Un elemento de base, sin duda fundamental, lo constituye el incremento de la población

y los progresos en el sector agrario, generadores de hombres y recursos para el comercio y el consumo en las zonas urbanas. Actualmente, ningún autor pone en duda que la reactivación de las actividades comerciales juega también un papel decisivo en el florecimiento urbano. Una unanimidad que, sin embargo, se quiebra a la hora de valorar qué tipo de comercio es el que más influencia tiene en este proceso.

Algunos autores clásicos señalaban que el factor fundamental fue el surgimiento de mercados urbanos por concesión de los reyes o señores y, directamente relacionado con ello, el desarrollo de una artesanía especializada en los ámbitos urbanos. A comienzos del siglo XX, otros autores como Pirenne se opusieron a este punto de vista señalando que el elemento primordial en el desarrollo de estas ciudades fue el papel jugado por el comercio a larga distancia.

La historiografía actual, aún reconociendo la importancia de este tipo de comercio, especialmente a partir del siglo XI, señala que es el mercado de corto radio y no el comercio a gran distancia lo que va a definir el papel de la ciudad como centro de la vida económica y, por consiguiente, motor principal de su desarrollo en la mayoría de los casos.

Pero cabe considerar otras motivaciones en los orígenes urbanos. Así, muchas ciudades renacen o crecen asociadas a los progresos de las áreas rurales próximas, al convertirse en los centros receptores de las plusvalías de origen agrario. Un ejemplo muy claro lo constituye Burdeos. Esta acumulación de rentas agrícolas adquiere especial importancia cuando la pequeña nobleza adopta prontamente hábitos de vida urbanos, es el caso de la primera de las áreas que hemos señalado, en la que el dominio de la ciudad sobre el mundo rural circundante se produce más tempranamente, convirtiéndola en polo de atracción para comerciantes y artesanos.

En otras ocasiones, el desarrollo de la vida urbana se ve potenciado por el asentamiento de poderes políticos o poderes eclesiásticos en la ciudad. Es decir, "la ciudad como resultado del orden feudal". Es el caso de las *urbs regalis* como Aquisgrán y Ratisbona, de las ciudades surgidas en torno a un castillo o fortaleza como lo son, en parte, Gante o Brujas. El caso de las sedes episcopales es similar, sin olvidar su papel en el mantenimiento de la vida urbana durante la Alta Edad Media; es el caso de Colonia.

Otras veces es el sentimiento religioso el que contribuye al desarrollo de la vida urbana. Pueden señalarse dos efectos, en primer término la relación existente entre fiestas patronales y la celebración de ferias o mercados; en segundo lugar, el papel que juegan las rutas de peregrinación como ejes de urbanización y el surgimiento de ciudades en su punto terminal; Santiago de Compostela es el caso más paradigmático, pero hay otros como Chartres en el siglo XI o Cluny y Vezelay en el siglo XII.

Por último, también el renacimiento cultural viene a añadir nuevas funciones a las ciudades en concurrencia, habitualmente, con los centros monásticos y supone otro factor de auge de algunas ciudades a partir del siglo XI.

Así pues, no sólo el mercado o la función económica, sino también las funciones defensivas o de administración y las derivadas de la religiosidad o las necesidades culturales, deben tenerse en cuenta a la hora de buscar una explicación global al renacimiento urbano de la plenitud medieval.

Además otro aspecto que también conviene considerar de forma global es el que se refiere a los rasgos definitorios de lo urbano, que surgen a medida que se produce el renacimiento de las ciudades. En primer lugar, la ciudad presenta peculiaridades notables por lo que se refiere a su régimen demográfico y densidad de población. En segundo término, es diferente también por sus funciones, con un fuerte desarrollo de las actividades comerciales, artesanales o de servicios, en contraste con la importancia relativamente escasa de las tareas agrícolas. Es peculiar también por sus grupos sociales y la estructura social y las formas de gobierno que se desarrollan en su seno. Lo es también por su régimen jurídico y administrativo —fueros y privilegios— y por la variada tipología urbanística que presenta, condicionada no sólo por la geografía sino también por los elementos que influyen en el nacimiento de cada ciudad.

4.6. *La segunda oleada de urbanización*

No es posible mencionar todas las ciudades que surgen en Europa entre los siglos XII y XIV, tras la primera fase del renacimiento urbano que acabamos de reseñar, pero intentaremos comentar los fenómenos más característicos.

En la zona sudoeste de Francia destaca el fenómeno de las *Sauvetés* del siglo XII y las Bastidas del siglo XIII y comienzos del siglo XIV, que en general son núcleos que apenas superaron el estadio rural. Su creación responde a un proceso de reorganización del territorio y de reagrupamiento de la población; aunque no conviene olvidar las razones de índole militar, relacionadas con los enfrentamientos entre los monarcas franceses e ingleses en esta región. A lo largo de estos dos siglos se constata la creación por parte francesa de cerca de 200 de estos núcleos, por su parte los ingleses fundaron unos 80.

Además de esto, también se produjo en Francia la fundación de algunas ciudades nuevas como Montauban, creada en 1144 por el conde de Tolosa, o la ciudad baja de Carcasona conocida como Burgo de San Luis (1247) y el puerto de Aigües Mortes (1240), concebido por su creador Luis IX como punto de embarque para las Cruzadas. En todo caso, lo que sí se produce es



Figura 5. *Vista panorámica de Carcasona.*

un crecimiento notable de ciudades de fundación anterior, debido sobre todo a la afluencia de población rural, casi siempre de las zonas próximas.

En Flandes y Holanda destaca sobre todo la colonización de la zona litoral a partir de la segunda mitad del siglo XII y en el siglo XIII, fruto de ese proceso son ciudades como Gravelinas o Dunquerque.

En Inglaterra, tras la conquista normanda, se aceleró el ritmo de fundación de pequeños núcleos en su mayoría de origen feudal en torno a castillos señoriales: Oxford, Bristol o Durham pueden ser un ejemplo; algo más tarde nacerá Salisbury. También en esta época se produce un proceso similar al francés de fundación de Bastidas tanto en Inglaterra como en la zona galesa recientemente conquistada y en el sur de Francia. Los motivos de estas fundaciones son generalmente de índole financiera: la potenciación de las actividades comerciales, artesanales y extractivas.

En el norte de Italia surgen en el siglo XII los llamados *borghi franchi* y en el siglo XIII bastidas en el Piamonte con una concepción similar a la francesa. El proceso de creación de nuevos centros sólo será continuado en el siglo XIV por Florencia por razones comerciales y de control político, son las famosas *Terra* amuralladas en los pasos de los Apeninos.

En la Península Ibérica el proceso urbano continúa de la mano del movimiento de reconquista y repoblación así, al margen de la incorporación de las grandes urbes musulmanas como Córdoba, Sevilla o Murcia, surgen nuevas fundaciones de trazado urbano planificado previamente como Castellón o Villarreal. También cabe mencionar, dentro de un meditado proceso

de ordenación territorial, el fenómeno de las *polas* asturianas y las villas vascongadas de plano regular que surgen en el siglo XIII y primera mitad del XIV.

4.7. *Aspectos demográficos*

Resulta muy dificultoso evaluar la progresión demográfica que conlleva el proceso de urbanización que acabamos de analizar, debido a la ausencia de datos fiables hasta, al menos, las postrimerías del siglo XIII. Evidentemente, en los orígenes, el renacimiento urbano fue modesto; por ejemplo, en Italia, salvo Venecia, Génova, Roma y Pisa, ninguna ciudad superaría los seis o siete mil habitantes. Pero a partir de este modesto comienzo, del siglo XII en adelante, el proceso de crecimiento demográfico en todas las áreas europeas es intenso y rápido.

La ampliación de los recintos amurallados suele ser una de las maneras indirectas de aproximación a la realidad demográfica de las ciudades medievales, pero es preciso utilizarlo con precaución ya que muchas veces estas ampliaciones de los siglos XII y XIII no suponen mecánicamente su poblamiento que, en ocasiones, tarda siglos en producirse, con lo que el cálculo de las densidades de población es aleatorio. Un ejemplo claro puede ser Montpellier que en el siglo XII amplía su primitivo recinto amurallado del siglo anterior a 40 hectáreas, dando cabida a una población de diez mil habitantes, un siglo más tarde el mismo recinto lo ocupan cuarenta mil personas y, sin embargo, en 1500 son de nuevo diez mil sus pobladores.

A pesar del grave quebranto demográfico del siglo XIV, es sin duda excesivo pretender extrapolar para fines del siglo XIII la hipótesis de que la población urbana era similar a la de fines del siglo XV; y ello no porque las grandes ciudades no estuviesen próximas o incluso alcanzasen los niveles de población que tuvieron dos siglos después, sino porque las ciudades menores, que son las que concentran en términos absolutos a la mayor parte de la población urbana, aún no habían alcanzado su máximo desarrollo o, incluso, ni siquiera habían alcanzado el rango urbano.

4.8. *Sociedad y gobierno de las ciudades*

La expansión urbana generó en su seno una sociedad mucho más dinámica que la del mundo rural circundante, y ello se plasmó en una diversidad notable de grupos y estratos sociales. En primer lugar, los grupos privilegia-

dos de la nobleza o patriciado urbano que, sobre todo en el sur de Europa, detentarán el poder a partir de su control sobre la propiedad del suelo y su dedicación a la actividad militar. A este grupo también cabe asimilar el alto clero, especialmente en las ciudades que son sede episcopal. En segundo término, el grupo mayoritario dentro de las sociedades urbanas fue el conformado por los artesanos, comerciantes, asalariados, burócratas y hombres de cultura (frecuentemente vinculados al clero), cuya máxima aspiración será lograr una participación activa en el gobierno ciudadano. Especialmente los artesanos se irán organizando en corporaciones que tenderán a monopolizar las diferentes actividades profesionales y, a través de ellas, promoverán su participación en la vida institucional y religiosa e incluso intervendrán en el plano de las relaciones familiares. De este modo y muy a grandes rasgos, la sociedad urbana tendió a dividirse en dos grandes grupos: los privilegiados —el popolo grasso italiano— y el resto —el popolo minuto—, a los que habría que añadir todos aquellos individuos carentes de derechos y marginados por una u otra razón: extranjería, religión, pobreza, enfermedad, etc.

A partir de mediados del siglo XI se fue perfilando un nuevo marco de relaciones urbanas con el surgimiento del concepto de *universitas* —conjunto de habitantes de la ciudad— que reivindica una serie de derechos públicos comunes frente a los diferentes poderes señoriales de carácter feudal. Progresivamente se diferencian con claridad dos modelos de organización del gobierno urbano en las ciudades europeas. Por un lado, el modelo italiano, que evoluciona desde una primera fase "precomunal", en la que los resortes del poder están controlados por la pequeña nobleza urbana, a un régimen de múltiples órganos representativos, que agrupan a las diferentes corporaciones de oficios y grupos privilegiados, encabezados por un poder arbitral de carácter unipersonal: el *Podestá*. Sistema que en muchas ciudades derivó en la Baja Edad Media hacia gobiernos autoritarios incluso con carácter hereditario. En la zona de Flandes y en el interior europeo, las estructuras de gobierno derivan en general de la potencia creciente de las asociaciones de comerciantes y del pacto de los grupos ciudadanos con la nobleza territorial detentadora del poder a través de la concesión de las denominadas "cartas de franquicia", que definían las diferentes magistraturas urbanas (escabinos, regidores, jurados,...) y sus competencias.

Bibliografía específica

ANTÓN, I. (ed): *La historia rural de las sociedades medievales europeas*. Universidad de Valencia, 2008.

ASENJO, María: *Las ciudades en el Occidente Medieval*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1996.

BARTLETT, R.: *La formación de Europa. Conquista, civilización y cambio cultural, 950-1350*. Universidad de Valencia, 2003.

CANTERA, Enrique: *La agricultura en la Edad Media*. Madrid. Ed. Arco Libro, 1997.

DUBY, Georges: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*. Barcelona, Ed. Península, 1973 (2ª).

— *Guerreros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea 500-1200*. Madrid, 1999.

JEHEL, Georges y RACINET, Philippe: *La ciudad medieval. Del Occidente cristiano al Oriente musulmán (siglos V-XV)*. Barcelona, Ed. Omega, 1999.

MCCORMICK, M.: *Orígenes de la economía europea: viajeros y comerciantes en la Alta Edad Media*. Barcelona, Ed. Crítica, 2005.

MITRE, Emilio: *Ciudades medievales europeas. Entre lo real y lo ideal*. Madrid, 2013.

MONSALVO, José María: *Las ciudades europeas del Medievo*. Madrid, Ed. Síntesis, 1997.

PIRENNE, Henri: *Las ciudades de la Edad Media*. Madrid, Alianza Ed., 1975. 1.

POUNDS, N. J.G.: *Historia económica de la Europa medieval*. Barcelona, Ed. Crítica, 1981.

SPUFFORD, P.: *Dinero y moneda en la Europa medieval*. Barcelona, Ed. Crítica, 1991.

Capítulo 7

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA: IMPERIO Y PAPADO, MONARQUÍAS OCCIDENTALES. LAS CRUZADAS. BIZANCIO DE LOS SIGLOS XI AL XV

Esquema de contenidos

1. Pontificado e Imperio.
    1.1. La evolución de las relaciones hasta mediados del siglo XII.
    1.2. La lucha por el *Dominium Mundi.* Federico I Barbarroja.
    1.3. El Papa Inocencio III y el triunfo de la *Plenitudo Potestatis.*
    1.4. Apogeo y crisis del Imperio: Federico II.
2. Monarquías Occidentales.
    2.1. Los Capeto en Francia hasta Felipe II Augusto.
    2.2. La conquista normanda de Inglaterra.
    2.3. Enrique II y el Imperio Angevino.
    2.4. Enfrentamiento entre Capetos y Plantagenet.
    2.5. Juan sin Tierra y los orígenes del parlamentarismo inglés: la Carta Magna.
    2.6. La monarquía inglesa en el siglo XIII.
    2.7. La Francia de San Luis.
3. Las Cruzadas.
    3.1. Motivaciones de las Cruzadas.
    3.2. Principales acontecimientos.
    3.3. Las Órdenes Militares.
4. Los normandos en el sur de Italia.
5. El Imperio Bizantino: de los Comneno a la agonía final.
    5.1. El siglo de los Comneno.
    5.2. El tiempo del Imperio Latino.
    5.3. La última dinastía imperial: los Paleólogos.

Bibliografía específica.

1. Pontificado e Imperio

Las relaciones entre el poder temporal —representado por el Emperador— y el poder espiritual —en manos del Pontificado— protagonizan en gran medida los acontecimientos políticos del continente durante la plenitud medieval. La mayor parte de estas relaciones estarán caracterizadas por el enfrentamiento, es lo que conocemos por la lucha por el *dominium mundi*.

1.1. *La evolución de las relaciones hasta mediados del siglo XII*

Desde la muerte de Otón III hasta la llegada al trono de Federico I, tres dinastías imperiales se suceden y tres elementos son comunes a su política: la afirmación de su poder interno en Alemania frente a la alta nobleza, la defensa de las fronteras orientales y las difíciles relaciones con el Papado. En una primera fase, primera mitad del siglo XI, la autoridad imperial prima sobre los demás poderes temporales y ello convierte a los emperadores en la cabeza de la cristiandad. Su control del proceso de designación de los papas es lo que nos permite hablar de una política auténticamente cesaropapista. Enrique II, sucesor de Otón III, heredará conflictos como el enfrentamiento con el rey polaco Boleslao con quien, después de sucesivas campañas, sólo se consiguió un inestable acuerdo. En Italia hubo de enfrentarse a movimientos secesionistas en Lombardía y ejercer de mediador en las disputas entre los poderosos clanes romanos. En 1024 morían el emperador alemán y el papa Benedicto VIII.

Conrado II (1024-1039) iniciaba una nueva dinastía: la de Franconia, el nuevo soberano devolvió al Imperio el prestigio perdido en los años anteriores. Bohemios, polacos y húngaros fueron derrotados y sometidos a duros tratados de paz. También reclamó sus derechos sobre Borgoña que quedó incorporada al Imperio desde 1032. En Italia su política agresiva desplegó los viejos criterios cesaropapistas, buscando el apoyo de la pequeña nobleza para contrarrestar a los obispos y la alta nobleza. Su hijo Enrique III (1039-1056), continuó su línea de actuación. Su tutela sobre el Pontificado quedó plasmada en la elevación de un candidato imperial: Clemente II, más tarde haría lo mismo cuando en 1049 apoyó la elección como papa de León IX. Con este pontífice comenzará un profundo proceso de regeneración en el seno de la Iglesia que conlleva el fortalecimiento de su posición (ver capítulo 9).

Uno cuarto de siglo después, la política reformista del papa Gregorio VII, que alcanza su máxima expresión en el famoso *Dictatus Papae* (1075), será el punto de arranque de una conflictiva relación con el emperador alemán Enrique IV. El motivo que desató el enfrentamiento fue el desacuerdo en la

provisión del obispado de Milán en 1075. Las protestas papales sirvieron de poco: un sínodo de obispos simoniacos reunido en Worms repudió la actuación de Gregorio VII. Enrique IV envió una ofensiva carta al papa exigiendo su renuncia. La réplica pontificia fue inmediata, contundente y desconocida hasta entonces: la excomunión del emperador, que implicaba el levantamiento del juramento de fidelidad de sus súbditos.

Los príncipes alemanes aprovecharon la excomunión para intentar debilitar el predominio del emperador, ante ello Enrique IV optó por reconsiderar su actitud buscando el perdón del papado. En el castillo de Canossa en los Apeninos se produjo el reencuentro (1077).

Gregorio VII levantó la excomunión al emperador, pero la nobleza alemana entendió que aun así quedaba liberada de su juramento de fidelidad, porque había sido perdonado como cristiano pero no como rey, y procedió a la elección de un nuevo emperador en la figura de Rodolfo de Suabia provocando la guerra civil en Alemania sin que el Papado se definiera inicialmente por uno de los bandos. Desde 1080 los acontecimientos se agravan: Gregorio VII dictó una nueva excomunión contra Enrique a la que éste respondió con un concilio de obispos antigregorianos que eligen papa a Clemente III, a la vez que derrota definitivamente a los partidarios de Rodolfo y se dirige a Italia acompañado de su antipapa que le coronó como emperador en las afueras de Roma. Un gesto simbólico ya que pronto hubo de regresar a Alemania a enfrentarse con un nuevo candidato de la nobleza.



Figura 1. *Gregorio VII y Enrique IV en Canossa* (Biblioteca Vaticana).

El último enfrentamiento entre Enrique IV y Gregorio VII se inició en 1084. Las tropas imperiales consiguieron entrar esta vez en Roma acompañadas de nuevo por el antipapa Clemente III. Gregorio VII apoyado por Roberto Guiscardo y sus normandos del sur de Italia logró expulsar a los alemanes de la ciudad. En 1085 moría Gregorio VII, el triunfador, en apariencia, era su rival el emperador germánico. Su sucesor será Urbano II que fue capaz, pese a todo, de garantizar la continuidad de la reforma.

Los últimos veinte años del reinado de Enrique IV fueron especialmente inestables. A las dificultades para mantener a su antipapa Clemente III se unieron las permanentes rebeliones de la nobleza. Los príncipes alemanes levantaron contra el soberano a dos nuevos candidatos a su trono: Conrado, muerto en 1101, y al futuro Enrique V, su propio hijo, que le sucedería tras su muerte en 1106.

Fueron años en los que el Papado actuó con especial habilidad. Urbano II (1088-1099), mucho más flexible que Gregorio VII, aplicó con más sutiliza los principios de la reforma. Se le conoce, fundamentalmente, por haber presidido un importante concilio: el de Clermont-Ferrand de 1095. En él pronunció el llamamiento que puso en marcha la primera gran operación colectiva del Occidente medieval: la Cruzada. La excomunión que pesaba sobre Enrique IV y sobre Felipe I de Francia sirvió para adjudicar al Pontífice el liderazgo de la empresa. Además, con Urbano II el proceso de centralización de la Iglesia cobró fuerza mediante el impulso del sistema de legados papales.

A su muerte, tanto el avance de la reforma como las posibilidades de un mejor entendimiento con el nuevo emperador Enrique V (1106-1125) parecían augurar un panorama más estable. En 1111 el emperador se comprometió a renunciar a toda investidura de cargos eclesiásticos. En contrapartida, los obispos renunciaron a cualquier tipo de regalías. Lo cierto es que ninguna de las partes actuaba con sinceridad y el enfrentamiento resurgió: Enrique V fue excomulgado y el nuevo papa Pascual II renovó los decretos contra la simonía y la investidura laica.

A partir de 1119 los nuevos dirigentes de la iglesia —Calixto II y el canonista Ivo de Chartres— optaron por el pragmatismo. Ivo de Chartres, acuñó una fórmula que fue capaz de zanjar el problema de las investiduras. Se mantenían las condiciones en las que el candidato debía ser elegido pero introduciendo un matiz al separar la ordenación, que tenía un sentido sacramental, de la investidura, que podía ser una facultad regia. Un espíritu parecido inspiraba a Calixto II (1119-1124); las diferencias con Enrique V se suavizaron hasta que se alcanzó un entendimiento: el conocido como Concordato de Worms de 1122. Enrique V admitía la libre elección y consagración del elegido canónicamente. Se comprometía, igualmente,

a devolver los bienes quitados a la Iglesia y a ayudar al papa cuando éste lo solicitase A cambio, Calixto II reconocía a Enrique la facultad de supervisar las elecciones en los obispados del reino alemán para vigilar su limpieza. Antes de la consagración del nuevo obispo, el rey le entregaría las regalías que le correspondían y el obispo contraía las obligaciones de fidelidad feudal con el soberano.

El Concordato de Worms significó el punto de encuentro entre las tesis extremas de la reforma y los hábitos más puramente feudales. Calixto II lo interpretó como un éxito que trató de solemnizar en el llamado I Concilio de Letrán, que apenas duró unos días y se limitó a ratificar las disposiciones del Concordato. Pero su repercusión fue notable: entre 1125 y 1129, numerosos concilios de ámbito local profundizaron en las medidas reformadoras. Su sucesor Honorio II (1124-1130) continuó su labor y mantuvo las buenas relaciones con los distintos poderes del Occidente.

Una cuestión quedaba pendiente: la articulación de la comunidad cristiana y su gobierno. La reforma había consagrado la supremacía papal hasta el punto de que el emperador se había convertido en una especie de agente pontificio para los asuntos temporales. Frente a estas tesis se alzaron los defensores de las prerrogativas imperiales. Para ellos, la autoridad papal debía ceñirse únicamente al ámbito espiritual. Los años centrales del siglo XII conocieron en Alemania la formación de dos partidos: los *welfen* (agrupados en torno a los duques de Baviera), partidarios de la suprema autoridad de los papas y los *weiblingen* (en torno a los duques de Suabia), defensores de la supremacía imperial. Traducidas al italiano las palabras *welfen* y *weiblingen* darán los vocablos de *güelfos* y *gibelinos* protagonistas de la política italiana en los siglos siguientes.

1.2. *La lucha por el Dominium Mundi. Federico I Barbarroja*

Federico I Staufen (1152-1190), llamado Barbarroja, es sin duda uno de los personajes más carismáticos del medievo europeo. Fue elevado al trono alemán en 1152 y muy pronto demostró que deseaba tomar la iniciativa y alcanzar la plenitud de poder en unos territorios que eran más una yuxtaposición de dominios nobiliarios que un Estado unitario. Para ello hubo de atender a intereses contrapuestos. En primer lugar, la defensa del patrimonio del heredero —Enrique el León— frente a las ambiciones de otros nobles del núcleo más fuerte del welfismo: los ducados de Sajonia y Baviera. Por otro lado, la política en Italia, que fue sin duda la principal preocupación de su reinado.



Figura 2. *Federico I.*

Las relaciones de Federico con el Papa Adriano IV, al que ayudó a sofocar la revuelta de Arnaldo de Brescia, fueron al principio excelentes. En 1154 Adriano IV le coronaba solemnemente como emperador. Pero las buenas relaciones duraron poco; el primer incidente grave se produjo en la dieta imperial de Besançon (1157). El legado pontificio Rolando Bandinelli dejó entender que el monarca alemán había recibido el Imperio como *beneficium* de la Santa Sede. Aunque sólo fue una manifestación verbal, renacía la pugna entre *Sacerdocium* e *Imperium*. Poco después el emperador dio un paso más en su política autoritaria, esta vez en relación con la autonomía de las ciudades italianas. En la dieta de Roncaglia (1158), juristas de la universidad de Bolonia a su servicio elaboraron una lista de "regalías" que, aunque percibidas por las ciudades, consideraban de propiedad imperial. Paralelamente, en 1159, la muerte de Adriano IV provocó un nuevo motivo de tensión, los cardenales no se pusieron de acuerdo para elegir su sucesor. La facción imperial del cuerpo electoral —en minoría— proclamó a Víctor IV, mientras que los demás optaban por Bandinelli que tomaba el nombre de

Alejandro III. Las sucesivas expediciones imperiales por Italia culminaron, tras múltiples vicisitudes, en la derrota de Federico ante las tropas papales apoyadas por las milicias urbanas de las ciudades noritalianas (La Liga Lombarda) en la batalla de Legnano de 1176.

El emperador se vio obligado a buscar el acuerdo; las negociaciones, celebradas en Venecia en el verano de 1177, permitieron el reconocimiento de Alejandro III como papa legítimo y la absolución del emperador; la proclamación de su hijo Enrique como rey de romanos; y, en el terreno militar, la paz entre el emperador y las ciudades lombardas y el rey de Sicilia Guillermo II. El cisma terminó con la convocatoria y celebración del III Concilio de Letrán ese mismo año. Los acuerdos del concilio fueron relevantes en muchas materias; por ejemplo, se estableció que la elección papal debía contar con dos tercios de los votos del colegio de cardenales como manera de evitar las situaciones que habían conducido al cisma.

En 1181 murió Alejandro III. El emperador actuó con firmeza en los años que le sobrevivió. En Alemania había procedido (1181) al despojo de Enrique el León a quien redujo a la posesión de dos pequeños feudos. En Italia firmó la paz de Constanza con las ciudades lombardas por la que éstas recuperaban autonomía a cambio del juramento de fidelidad. Pero el mayor logro de su política se produjo en el sur con el pacto del matrimonio de su hijo Enrique con la princesa Constanza, heredera de Sicilia.

En 1187 la derrotas de los cruzados en Hattin y la toma de Jerusalén por Saladino, provocó la predicación de la tercera cruzada por el papa Clemente III a la que se comprometieron a acudir los principales monarcas europeos. La aventura cruzada del ya anciano emperador terminó trágicamente al perecer ahogado. El fin del breve reinado de su hijo Enrique VI, coincide con el ascenso al papado en 1198 de uno de los personajes más trascendentales de la iglesia medieval: Inocencio III.

1.3. *El Papa Inocencio III y el triunfo de la Plenitudo Potestatis*

Inocencio III (1198-1216) poseía una sólida formación intelectual y una notable capacidad de organización. Como pontífice, proclamó su autoridad absoluta en la Iglesia y la superioridad incuestionable de su poder, es decir, reclamo para sí la *Plenitudo Potestatis* del viejo programa gregoriano. Su ideal era el de una comunidad de pueblos cuyos dirigentes debían promover la religión en armonía con un papado que gozaba de la prerrogativa de intervenir en los asuntos temporales cuando éstos podían incidir en la vida espiritual. Su habilidad organizativa también se manifestó clara-

mente: la Curia romana fue objeto de un profundo proceso de saneamiento, la Cancillería fue reorganizada, reunió con frecuencia el colegio de cardenales y castigó con dureza la corrupción. Frente a los que cuestionaban su autoridad, Inocencio III no dudó en utilizar un mecanismo hasta entonces extraordinario: la Cruzada, caso de la predicada contra los albigenses del sur de Francia.



Figura 3. *Inocencio III.*

A lo largo de su pontificado, Inocencio III actuó como efectivo mediador entre los poderes terrenales. En el sur de Italia, al morir Enrique VI y su mujer Constanza, se convirtió en el protector del futuro Federico II durante su minoridad, frente a algunos nobles rebeldes normandos y alemanes. Respecto al Imperio, la muerte de Enrique VI propició las aspiraciones de tres posibles candidatos a la sucesión: Federico de Sicilia —todavía niño—, su tío Felipe de Suabia, representante de los intereses gibelinos; y Otón de Brunswick (hijo de Enrique el León) apoyado por los güelfos. El arbitraje pontificio otorgó la legitimidad a Otón (1201). La muerte de Felipe de Suabia en 1208 facilitó la finalización del conflicto y permitió que Otón de

Brunswik fuese coronado al año siguiente como emperador en Roma por el Papa. Pero Otón reivindicó viejos derechos y comenzó a preparar la invasión de Sicilia, algo que no era tolerable para Inocencio III: le excomulgó y dio su apoyo explícito a la candidatura imperial del joven Federico, aunque le hizo prometer que mantendría separados el Imperio y Sicilia. El conflicto se internacionalizó: detrás de Otón se situó el rey inglés Juan y algunos nobles del Norte de Francia. En apoyo de Federico, el Pontífice y el rey Felipe II Augusto de Francia. La victoria de éste en Bouvines (1214) no era sólo la derrota de Otón y el camino libre para Federico, también el triunfo de Inocencio III.

La convocatoria del IV Concilio de Letrán fue la culminación de su obra. Sus disposiciones se recogieron en 71 cánones relativos a múltiples asuntos: desde la limitación de las fundaciones de las órdenes religiosas, pasando por disposiciones contra judíos y herejes, hasta normas para la organización de una nueva cruzada. También se tomaron decisiones políticas: se ratificó el derecho de Federico II al trono imperial y La Carta Magna inglesa fue objeto de reprobación pontificia. Poco después, en 1216, moría Inocencio III siendo sucedido por Honorio III.

1.4. *Apogeo y crisis del Imperio: Federico II*

La figura de Federico II Staufen compite en carisma con la de su abuelo Federico I. Político hábil y con gran capacidad de organización, hombre extraordinariamente culto y escéptico, en cierto sentido un auténtico precursor del Estado moderno.

Con Federico II la idea imperial alcanzó su último momento de esplendor. En este sentido, conviene tener muy presente la idea de que desde el momento en que los emperadores alemanes (Federico II era, desde 1215, depositario de una doble herencia: la del Imperio germánico por vía de su padre Enrique VI y la italiana a través de su madre Constanza) fueron también reyes de Sicilia y por tanto feudatarios de la Santa Sede, la mayor preocupación de los papas fue la de limitar al máximo el efecto de pinza que para sus Estados significaba la existencia de un único poder al norte y al sur de sus fronteras; una situación que podía romper el equilibrio de fuerzas logrado en tiempos de Inocencio III.

Antes de su ascenso al pontificado, Honorio III había sido preceptor de Federico II. Mientras el Papa trabajaba en impulsar la fracasada quinta cruzada, Federico II se ocupó en recuperar el poderío imperial. En la Dieta de Francfort (1220) convirtió a su hijo Enrique —coronado rey de Sicilia— en

rey de romanos, título que, automáticamente, le reconocía como heredero al Imperio. Federico II tranquilizó a Honorio III asegurándole que ambos territorios (Italia y Alemania) se administrarían con absoluta independencia. Garantías que al Pontífice le parecieron suficientes ya que aceptó (noviembre de 1220) coronarle solemnemente como emperador en Roma. En los años siguientes, aprovechando la debilidad del Pontífice, Federico II impulsó su autoridad tanto en Sicilia (convirtió al reino siciliano en el primer estado con una administración centralizada y profesionalizada, un marco legislativo uniforme —Constituciones del Melfi— y una financiación estable mediante el establecimiento de monopolios regios e impuestos permanentes) como en las ciudades de Lombardía (Dieta de Cremona, 1226).



Figura 4. *Catania. Castillo Ursino construido por Federico II en 1239.*

El nuevo papa Gregorio IX, receloso con estas políticas, no eludió el enfrentamiento con el emperador. Una de sus primeras decisiones fue instar a Federico a que no demorara más su marcha a Tierra Santa. En septiembre de 1227 el emperador partía de Brindisi para retornar a los pocos días alegando una enfermedad. El ejército cruzado empezó a disolverse y Gregorio IX excomulgó al emperador. Federico sin embargo, se embarcó de nuevo con una pequeña tropa, fue la sexta cruzada en la que demostró sus dotes diplomáticas, pero que también incrementó su fama de ser demasiado complaciente con los infieles. De vuelta en Italia, y en una prueba más de sus habilidades diplomáticas, logró la reconciliación con el Papa en el acuerdo de San Germano (julio de 1230), por el que —a cambio del levantamiento de la excomunión— el monarca se comprometía a devolver todos los bie-

nes arrebatados a la Iglesia. Este respiro le permitió afrontar los problemas que se acumulaban en Alemania e Italia.

En la primera, Federico reprimió la rebelión de su hijo Enrique que acabó muriendo en prisión y designó sucesor a otro de sus hijos: Conrado. En el norte de Italia, obtuvo una rotunda victoria (1237) sobre las ciudades lombardas en Cortenuova y parecía dispuesto a controlar y unificar toda Italia. Gregorio IX no dudó en lanzar una nueva excomunión (1239). A las actividades bélicas se unió la pugna propagandística con los viejos argumentos de cada bando sobre la supremacía de su poder si bien, en apariencia, ambas partes parecían estar de acuerdo en la solución: la convocatoria de un concilio universal. En 1240 la situación parecía madura para hacerlo. Sin embargo, se produjo un grave incidente: una escuadra siciliana apresó a algunos cardenales que acudían a Roma a lo que se suponía iba a ser la apertura del conclave y el emperador fue acusado de estar detrás del secuestro. Poco después (1241) moría Gregorio IX. El sucesor será Inocencio IV.

Inocencio IV (1241-1254) convocó el concilio en la ciudad francesa de Lyon, el emperador fue depuesto y el conflicto se recrudeció. En Alemania, el Papa y los nobles adversarios de Federico II ofrecieron la Corona al landgrave de Turingia Enrique Raspe y, tras su muerte, a Guillermo de Holanda. En Italia, güelfos y gibelinos mantuvieron la actividad bélica. En diciembre de 1250, cuando se disponía a iniciar una nueva campaña, fallecía Federico II.

Como heredero del Imperio y de Sicilia dejaba a su hijo Conrado. Sin embargo, Inocencio IV siguió apoyando a Guillermo de Holanda. En Sicilia la herencia de los Staufen la sostenía Manfredo, hijo bastardo de Federico II. Inesperadamente se produjo la muerte (1254) de Conrado IV que dejaba como heredero a un niño conocido como Conradino. Inocencio IV aprovechó la circunstancia y puso al menor bajo su tutela. El fallecimiento del papa unos meses más tarde clausuraba toda una época de enfrentamiento entre los Pontífices y los Staufen, que pronto desaparecerán de la escena política y con ellos los máximos valedores de la idea del *Dominium Mundi*, abriéndose el período conocido como el Gran Interregno.

En 1256, dos años después que Conrado IV e Inocencio IV, moría Guillermo de Holanda. Las diferencias de criterio entre las diferentes facciones nobiliarias trajeron como consecuencia el que Alemania permaneciera durante casi veinte años sin un monarca efectivo. Dos fueron las candidaturas propuestas: por un lado Alfonso X de Castilla y por otro Ricardo de Cornualles, hermano de Enrique III de Inglaterra, a pesar de las apariencias ninguno de ellos mostró un excesivo interés por asegurarse el trono imperial. La falta de una autoridad central trajo consigo el reforzamiento de los distintos poderes locales y la proliferación de ligas ciudadanas únicamente preocupadas por su autodefensa y la protección de sus intereses comercia-

les. En 1272 moría Ricardo de Cornualles. El Papa del momento —Gregorio X— consideró que lo más adecuado era volver a dejar la solución del problema en manos de los electores alemanes, a tal fin logró la renuncia de Alfonso X a sus derechos. El favorecido fue un noble de segunda fila: el conde Rodolfo de Habsburgo.

En Sicilia los Staufen permanecieron algunos años más en la persona del mencionado Manfredo, pero el papado ofreció el reino a Francia. El príncipe Carlos de Anjou, hermano del monarca francés, derrotó sucesivamente a Manfredo en Benavento (1266) y a Conradino en Tagliocozzo (1268) y se proclamó rey de Sicilia.

2. Monarquías Occidentales

Los importantes cambios dinásticos que se produjeron a ambos lados del Canal de la Mancha entre el 987 y el 1066 provocaron un acercamiento entre los reinos de Francia e Inglaterra. Acercamiento que se tradujo en distintas ocasiones en conflictos bélicos de relevancia.

2.1. *Los Capeto en Francia hasta Felipe II Augusto*

En torno al año mil, al oeste de las tierras del Imperio quedaba un territorio sobre el que los titulares de la nueva dinastía Capeto ejercían la potestad regia. En realidad, la autoridad efectiva de Hugo Capeto (987-996) se extendía por una limitada área, apenas ocho mil kilómetros cuadrados, entre las cuencas del Sena y el Loira. Pero la nueva dinastía supo explotar el indudable prestigio que daba la posesión de la Corona. Al asociar Hugo Capeto a su hijo al trono fijaba un modelo que permitió estabilizar el sistema monárquico. Para legitimar su situación los Capeto mantuvieron la ceremonia de consagración real en Reims.

Pero no será hasta el reinado del cuarto de ellos, Felipe I (1060-1108), cuando los Capeto alcanzarán un poder respetado por la nobleza, mediante la compra de tierras y la reversión a la Corona de dominios señoriales sin descendencia además de por el incremento de la fiscalidad y la buena administración de sus posesiones. Su sucesor, Luis VI (1108-1137) fue protagonista destacado de este proceso. Entre sus acciones políticas cabe señalar, por ejemplo, el intento de arrebatar Normandía a Enrique I de Inglaterra que se saldó con una derrota militar en Brenneville (1119). Los mayores éxitos, sin embargo, los obtuvo en sus operaciones contra los señores de l'Île-de-France,

núcleo fundamental del dominio real, a los que consiguió someter a su autoridad con la ayuda de las comunas ciudadanas y de la Iglesia (su principal consejero y biógrafo fue el abad Suger de Saint Denis). Luis VI fue el primer Capeto que intentó algunas intervenciones en el sur de Francia realizando dos expediciones a Auvernia. El matrimonio de su hijo y heredero Luis VII con Leonor, heredera del ducado de Aquitania en 1137, fue el signo del creciente interés de la realeza francesa por regiones hasta entonces ignoradas. Sin embargo, los posteriores acontecimientos —anulación del matrimonio y nuevo enlace de Leonor con Enrique II Plantagenet— harían de este hecho uno de los factores de desestabilización en las relaciones anglo-francesas.

Será Felipe II Augusto (1180-1223) el artífice de un fortalecimiento efectivo de la idea de Francia como un espacio sujeto a una única autoridad monárquica a la que quedaban sometidos tanto la alta nobleza como el conjunto de la población. Además del reforzamiento de la estructura administrativa del reino con la creación de la figura de los bailíos, el proceso de consolidación territorial emprendido por el monarca se centró sobre todo, como más adelante veremos, en el debilitamiento del poder angevino en el continente y, también en la intervención en los territorios del sur aprovechando las campañas militares contra la herejía albigense que culminará, ya en época de su sucesor, con la incorporación del mediodía francés a los dominios de la Corona.

2.2. *La conquista normanda de Inglaterra*

Anglosajones y normandos de ascendencia danesa siguieron disputándose la hegemonía política sobre Inglaterra en la transición al siglo XI. Con Canuto el Grande se produjo la unificación del Mar del Norte, pero desde su muerte en 1035 este Imperio entró en crisis.

En 1043, los anglosajones eligieron a uno de los suyos, Eduardo el Confesor, bajo cuyo reinado la realeza inglesa vio declinar su prestigio. A su muerte (1066) sin herederos directos varios candidatos se disputaron la herencia, siendo a la postre Guillermo, duque de Normandía su sucesor. Con Guillermo el Conquistador (1066-1087) se producirá la normandización de Inglaterra. Tras una agitada minoridad, fue capaz de transformar Normandía en un modélico Estado feudal. Su ejército fue conocido en todo el Occidente por su capacidad de combate y su cohesión. En paralelo, la Iglesia normanda se erigió en una estructura perfecta: entre 1035 y 1066 una veintena de abadías (alguna tan prestigiosa como Bec) entraron en la vía de la reforma. Normandía fue así el banco de pruebas de los instrumentos de gobierno aplicados a Inglaterra después de 1066.

En octubre de ese año desembarcó en Inglaterra y en Hastings obtuvo una resonante victoria que costó la vida a Haroldo II, el candidato a la corona designado por el rey Eduardo y los nobles anglosajones. Guillermo, con el beneplácito del Papado, se hizo proclamar rey en Westminster. A lo largo de veinte años Inglaterra conoció una remodelación institucional en la que se fundieron elementos tanto del pasado anglosajón como del presente normando. La nobleza sajona fue prácticamente substituida por los vencedores normandos. La Iglesia inglesa fue sometida, desde el sínodo de Winchester de 1070, a la política reformadora de Lanfranco, consejero de Guillermo y antiguo abad del monasterio de san Esteban de Caen. Se calcula que hacia 1085 entre los señores de alto rango laicos no habría más de dos de ascendencia anglosajona; todos los obispados, salvo dos, habían sido ocupados por normandos y de las veinte grandes abadías inglesas sólo tres tenían abades anglosajones.



Figura 5. *La batalla de Hastings en el Tapiz de Bayeux*[1].

El impulso renovador y las dotes organizativas del nuevo rey se manifiestan claramente en una iniciativa concreta: una gigantesca encuesta realizada para verificar cuál era la riqueza real del país. Condado por condado y aldea por aldea se fue registrando la naturaleza de cada uno de los dominios, sus poseedores, sus habitantes y su categoría jurídica y el monto de sus rentas. El resultado se depositó en la Tesorería real de Winchester y se le conoce como el *Domesday Book* o "Libro del día de cuentas", concluido en el año 1086.

A la muerte de Guillermo I resulto difícil mantener la unión personal del reino de Inglaterra, que pasó a su tercer hijo Guillermo II el Rojo (1087-1100), y de Normandía que fue retenida por el primogénito Roberto

[1] El tapiz de Bayeux o de la reina Matilde tiene una longitud de casi setenta metros y representa la conquista de Inglaterra por los normandos en 58 escenas. Fue realizado entre 1066 y 1077 por artesanos ingleses por encargo de Odón, hermano de Guillermo y obispo de Bayeux.

Courtehouse, aunque poco después, en 1106, se reintegraría a la corona inglesa. El nuevo monarca se granjeó la enemistad de la Iglesia cuya cabeza, el teólogo Anselmo de Canterbury, se exilió en Italia. La muerte del rey acabó con este desencuentro. Enrique I Beauclerc (1100-1135), cuarto hijo de Guillermo el Conquistador, fue reconocido como rey. Más prudente que su predecesor, firmó un acuerdo con Roma (Concordato de Westminster) respetuoso con las libertades eclesiásticas y concedió algunos privilegios a la nobleza (carta de libertades), pero al mismo tiempo supo continuar la labor centralizadora de su padre.

Cuando muere, los barones ingleses prefirieron proclamar a Esteban de Blois —un nieto del Conquistador— antes que a la hija del fallecido, la princesa Matilde, casada con el conde de Anjou Godofredo "Plantagenet" (llamado así por llevar siempre en su sombrero una ramita de retama). Matilde desembarcó en Inglaterra para hacer valer sus derechos pero no pudo defender su posición por faltarle el apoyo militar de su esposo más preocupado por incorporar Normandía a sus dominios. El enfrentamiento civil en Inglaterra tuvo ese curioso efecto: ampliar los estados de la casa de Anjou cuyo beneficiario había de ser Enrique, hijo de Godofredo y Matilde. En 1153, Esteban le reconoció como heredero. Al año siguiente Enrique II ascendía al trono.

2.3. *Enrique II y el Imperio Angevino*

Durante el medio siglo que cubre los reinados de Enrique II, Ricardo Corazón de León y los inicios del de Juan sin Tierra, los monarcas ingleses de la dinastía de Anjou (o Plantagenet) acapararon un enorme poder territorial. Para definir tal poder se ha acuñado una expresión: la de Imperio Angevino.

Los dominios de los angevinos se extendían desde el Muro de Adriano —límite con Escocia— hasta el Loira. El heredero de estos derechos, el que sería desde 1154 Enrique II de Inglaterra, amplió hacia el sur de Francia su radio de acción. Ya mencionamos como las malas relaciones entre Leonor de Aquitania y Luis VII de Francia habían conducido a la anulación del matrimonio en 1152. Poco después la llamada "reina de los trovadores" se casaba con Enrique aportando al patrimonio de la casa de Anjou el rico ducado de Aquitania. El Imperio Plantagenet extendía así sus fronteras hasta los Pirineos.

Enrique II prosiguió la política de centralización promovida por Guillermo el Conquistador y Enrique I. El mayor conflicto surgió de la resistencia de ciertos sectores de la Iglesia a los propósitos del soberano. La crisis

estalló con motivo de la promulgación en 1164 de las "Constituciones de Clarendon" por las que Enrique trataba de restringir la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos y de someter al clero a la jurisdicción real. El rey contó con el apoyo de los obispos de Londres y York pero chocó con la oposición de su antiguo amigo y canciller, ahora arzobispo de Canterbury, Tomás Becket, que se exilió en Francia. Tras mediar el papa Alejandro III el prelado volvió a Inglaterra (1170) pero fue asesinado. Ante las dimensiones del escándalo, Enrique hubo de someterse a una humillante penitencia ante la tumba del arzobispo (fue azotado en público) y fueron anuladas en la práctica las constituciones de Clarendon.



Figura 6. *Relicario de Thomas Becket* (Catedral de Canterbury).

La última parte de su reinado estuvo marcada por los enfrentamientos internos. El autoritarismo real provocó una rebelión entre 1173 y 1174 en la que estuvieron implicados los propios hijos del rey (que deseaban asumir el control total de las tierras que su padre les había adjudicado) apoyados por su madre Leonor. Los reyes de Francia y Escocia y los condes de Flandes y Blois también apoyaron la revuelta. Enrique logró salir con bien de la prueba al capturar a su esposa y levantar un fuerte ejército con el que rechazó a sus rivales. Fueron los últimos años de vida de Enrique II, muerto en 1189. Para entonces otro monarca Capeto, mucho más capaz que

su padre Luis VII, se preparaba para enfrentarse a los Plantagenet: Felipe II Augusto.

2.4. *Enfrentamiento entre Capetos y Plantagenet*

La herencia de Enrique II fue a parar a manos de su hijo Ricardo I (Corazón de León). Participó, junto con Felipe Augusto y Federico Barbarroja, en la tercera Cruzada donde dio muestras de sus dotes militares. A su regreso de Tierra Santa fue hecho prisionero por el duque Leopoldo de Austria, circunstancia que aprovechó el rey francés para intentar la conquista de Normandía. Sin embargo, la liberación de Ricardo en 1194 le permitió rehacer sus dominios en Francia infligiendo una contundente derrota a Felipe cerca de Freteval (1194). Por mediación pontificia, ambos rivales llegaron a suscribir una tregua durante la cual Ricardo murió en una escaramuza secundaria. Ciertamente su reinado no tuvo una especial trascendencia desde el punto de vista político, sin embargo, la figura de Ricardo ha entrado en el campo de la leyenda, a través de la tradición trovadoresca, como prototipo del caballero medieval, justiciero y noble, culto y galante con las damas.



Figura 7. *Tumba de Ricardo Corazón de León en la abadía francesa de Fontevrault* (a su lado Isabel de Angulema, segunda esposa de Juan sin Tierra y madre de Enrique III).

La ausencia de herederos directos al trono, provocó de inmediato las disputas. Su hermano Juan, que durante su ausencia en Tierra Santa había ejercido la regencia, no tuvo dificultades para controlar Inglaterra y Normandía; su madre Leonor continuaba como señora de Aquitania; los barones de Anjou optaron por Arturo de Bretaña, hijo póstumo de su hermano Godofredo II duque de Bretaña. En julio de 1202, Juan derrotó a sus rivales, apoyados por Felipe Augusto, en Mirabeau haciendo prisionero a Arturo. Sin embargo, el monarca inglés apenas pudo disfrutar de su éxito. La sospechosa muerte de Arturo fue la señal para la rebelión en el continente. Felipe Augusto aprovechó la oportunidad para invadir Normandía. En el frente sur, la muerte de Leonor de Aquitania desató las ambiciones de Alfonso VIII de Castilla que trató de hacer efectivos los derechos al ducado de su esposa, también llamada Leonor, hermana de Juan.

A partir de 1205 el Imperio Angevino entra en una profunda crisis. La batalla de Bouvines (1214) fue el desenlace del largo enfrentamiento mantenido entre los Capeto y los Plantagenet. Los textos de la época han destacado la trascendencia militar y política de este acontecimiento que supuso también la derrota del potencial peligro proveniente del Imperio, si bien es cierto que Otón de Brunswick se encontraba debilitado por sus enfrentamientos con los partidarios de Federico de Sicilia, futuro Federico II.

Pero, ante todo, Bouvines acabó con los intentos de los Plantagenet por recuperar las posiciones perdidas en los años anteriores. A Juan sin Tierra no le quedaba en el continente más que algunos restos de Aquitania. Los territorios del norte de Francia pasaban a depender, directa o indirectamente, de los reyes franceses. La correlación de fuerzas se modificó sustancialmente: desde 1213 el litoral sur de Inglaterra se hacía vulnerable a los propósitos expansionistas de los Capeto.

Algunos autores han presentado la historia de Inglaterra y Francia tras esta batalla como la de dos países que iniciaron dos trayectorias políticas distintas. Inglaterra se habría encaminado por la senda de un protoconstitucionalismo. Francia se habría erigido en una especie de monarquía carismática. El contenido de los dos siguientes epígrafes: la Carta Magna en Inglaterra y el gobierno de Luis IX en Francia, nos ilustran sobre esas tendencias.

2.5. *Juan sin Tierra y la génesis del parlamentarismo inglés: la Carta Magna*

El ocaso del Imperio Angevino supuso un golpe muy duro para la fortaleza interna de la monarquía inglesa. Cuando Juan sin Tierra se vio obligado

a suscribir en 1215 los *Capitula que barones petunt* —lo que llamamos la Carta Magna— pagaba el precio de los múltiples errores políticos y militares cometidos, a los que se añadía una personalidad psicológicamente inestable. Como precedentes del documento, debemos considerar que a lo largo de los siglos XI y XII Inglaterra había conocido gobiernos fuertes pero también gobiernos débiles, o por lo menos conciliadores con los intereses nobiliarios y ciudadanos. Ambas situaciones potenciaron una costumbre: que las fuerzas vivas del reino pidiesen a los monarcas en el momento de su coronación la jura de una carta de libertades. La juró Enrique I en al año 1100. Años más tarde, Esteban de Blois concedió dos cartas más. Enrique II suscribió otra carta similar en 1154.

Juan fue acumulando problemas en el interior y el exterior desde su mismo ascenso en 1199. El rescate pagado para liberar a su hermano Ricardo y las costosas campañas en Francia hicieron crecer un descontento al que en 1205 se sumó la Iglesia. El motivo: la sucesión a la sede primada de Canterbury. Tras varios años de entredicho, Juan optó por ceder. En 1213 aceptaba a Esteban Langton, candidato papal, como primado e infeudaba Inglaterra al pontificado por medio de un tributo de mil marcos anuales. Por su parte, un sector de la nobleza se negó a participar en el ejército real con la excusa de que la costumbre feudal no les obligaba a acudir a operaciones fuera del reino. A su regreso derrotado a Inglaterra Juan quiso exigir un impuesto sustitutorio del servicio de armas (escudaje) a los nobles que no acudieron a la expedición.

El resultado del enfrentamiento se plasmó en la Carta Magna. Un documento de 63 artículos que garantizaba, en primer lugar, las libertades de la Iglesia de Inglaterra y el mantenimiento de sus privilegios. Confirmaba también los privilegios feudales de los nobles: garantías para los herederos de feudos, limitación de las ayudas nobiliarias al rey, garantías procesales para evitar abusos de la justicia real, etc. Otras disposiciones hacían referencia a la administración: regulación de justicia, multas, garantías contra los arrestos arbitrarios. Garantizaba igualmente los privilegios de la ciudad de Londres y de las demás ciudades, así como la libre circulación para los mercaderes. La Carta se cerraba con varios artículos en los que se aseguraba el cumplimiento de todo lo acordado, mediante la creación de un comité de vigilancia integrado por veinticinco miembros, y un perdón general para todas las faltas cometidas a lo largo del período de hostilidades. Pero de momento su aplicación no fue posible, la resistencia del monarca a su cumplimiento contó con el apoyo de Inocencio III, que se consideró postergado por la nobleza inglesa en su papel de árbitro y la declaró ilegal. La guerra entre el rey y la nobleza parecía a punto de reanudarse con el apoyo, ésta última, de una expedición francesa comandada por el heredero de Felipe Augusto. La muerte en 1216, con escasa diferencia de tiempo, de Juan y de Inocencio modificó el panorama.

El heredero real, Enrique, era un niño contra el que la nobleza no tenía ningún contencioso pendiente. El nuevo papa, Honorio III también contribuyó a pacificar la situación. Los buenos oficios de sus tutores (Hubert de Burgh entre otros) pusieron en vigor la Carta Magna y garantizaron una minoridad relativamente tranquila.

La Carta Magna no fue un documento único en su género en la época, hay otros ejemplos como la carta promulgada en Hungría por Andrés II en 1222 o el Privilegio General del monarca aragonés Pedro III de 1283. Conviene tener siempre presente que son todos documentos que están muy alejados de los textos constitucionales modernos y se limitaban a temas muy puntuales y domésticos y redactados en el contexto del mundo feudal.

2.6. *La monarquía inglesa en el siglo XIII*

Cuando Enrique III (1216-1272) accede al poder efectivo en 1227, su excesiva dependencia del papado le valió la antipatía de buena parte del clero inglés y de una nobleza que no tardó en mostrar su descontento por el favoritismo regio hacia personajes traídos a la corte por su esposa Leonor de Provenza. Su política exterior también contribuyó notablemente a su pérdida de prestigio. Varios intentos de recuperar posiciones en Francia se saldaron con rotundos fracasos que consumaron la pérdida de la mayoría de los territorios ingleses en Francia, a pesar de las condiciones honrosas impuestas por el rey francés San Luis (Tratado de París, 1259). Muy costosas fueron también otras dos empresas internacionales al servicio de los intereses del papado. En 1254, aceptó la Corona de Sicilia para su hijo Edmundo. Tres años más tarde, el soberano inglés comprometió a su hermano Ricardo de Cornualles como candidato a la Corona imperial. Dos fracasos que generaron gravísimos problemas financieros y propiciaron la rebelión.

El conflicto estalló en 1258. Al frente de la nobleza se puso el conde de Leicester Simón de Montfort, hijo del vencedor de los albigenses, afincado en Inglaterra desde 1230. Las "Provisiones de Oxford" impuestas a Enrique III fueron su primer éxito. Los comités creados asumieron amplias funciones judiciales, fiscales y políticas. A través de ellas Simón de Montfort pretendía satisfacer las aspiraciones de las clases medias del reino y controlar los excesos de la nobleza. Los nobles se dividieron, algunos permanecieron fieles a Montfort, otros regresaron a la fidelidad regia. Enrique III vio entonces la oportunidad de dar marcha atrás a las reformas. Luis IX de Francia fue requerido para mediar en el contencioso. Su "Laudo de Amiens" era muy favorable a su cuñado inglés y no fue aceptado por las clases populares que se agruparon en torno a Simón de Montfort. En 1264 Enrique III fue

derrotado en Lewes, en las cercanías de Londres, y se convirtió en prisionero del vencedor que se dispuso a ejercer un gobierno personal y culminar el programa de reformas. A comienzos de 1265 convocó un Parlamento con la presencia de representantes de algunas ciudades. Un hito significativo en la participación del elemento burgués en la actividad política. Ni este Parlamento ni los *custodes pacis* enviados a los condados para garantizar el orden lograron establecer la paz. La victoria de Simón de Monfort fue efímera y la solución del enfrentamiento vendría de manos de un personaje hasta entonces en segundo plano: el príncipe heredero Eduardo.

Entre el reformismo radical de Simón de Montfort y sus partidarios y el excesivo autoritarismo de Enrique III, se situó un nuevo partido formado por destacados miembros de la nobleza a cuyo frente se colocó el príncipe Eduardo. En 1265 Simón de Montfort es derrotado y muere en la batalla de Ewesham. Durante los últimos años de su reinado, Enrique III fue en la práctica sustituido en sus funciones por su heredero. Eduardo mantuvo vigente el núcleo fundamental de la Carta Magna y de las "Provisiones de Oxford". Desde 1272, en que se produjo su ascenso al trono, hasta 1295 Eduardo I dio un nuevo impulso a las reformas con la aprobación por el parlamento de numerosas disposiciones: garantías civiles y políticas, organización militar del reino, normas económicas, etc.

2.7. *La Francia de San Luis*

Cuando Felipe Augusto muere en 1223, le sucede su hijo Luís VIII. Su reinado fue breve —muere en 1226— pero alcanzó algunos objetivos notables: eliminó la presencia inglesa en algunas regiones de Francia como el Poitou y, sobre todo, reanudó la cruzada contra los albigenses con éxitos militares como la conquista de Avignon.

Luis VIII dejaba a un menor como heredero del trono —Luis— y otros hijos que recibieron extensos "apanages": a Roberto se le otorgaba Artois, a Alfonso, Poitou y Auvernia, y a Carlos, Anjou y Turena. La regencia fue ejercida por la reina viuda Blanca, hija de Alfonso VIII de Castilla, que supo resistir los intentos de control por parte de la nobleza de manera que Luis IX (1226-1270) pudo acceder a la mayoría de edad y al trono en un ambiente político razonablemente tranquilo. Todavía durante su minoridad —no accede al poder efectivo hasta 1234— prosigue la consolidación de posiciones en el sur de Francia: en 1229, por el Tratado de París, los Capeto ponían fin a la guerra contra los albigenses y obtenían la mitad del condado de Tolosa, adjudicado a Alfonso de Poitiers, hermano del rey, que además contrajo matrimonio con la hija de Raimundo VII de Tolosa, poseedora de la otra mitad, con lo que todo el terri-

torio se veía abocado a caer a corto plazo en la esfera política de la casa real francesa. Una política matrimonial similar se llevó en relación con Provenza.

Tras las definitivas victorias sobre albigenses e ingleses Luis IX, hombre sumamente piadoso, se aprestó a emprender una nueva Cruzada en 1248 dejando como regente del reino a su madre. Como operación militar, la llamada Séptima Cruzada fracasó: a un éxito inicial con la toma de Damieta en el delta del Nilo, sucedió una grave derrota en Mansura. En 1252 la reina madre muere y Luis regresa a Francia.

Este momento inaugura la segunda etapa del reinado de Luis IX denominada "los buenos tiempos del señor san Luis". La conocida expresión "equilibrio del siglo XIII" se alcanza en Francia durante su reinado. Un reinado que coincide con una época de intenso auge cultural: eclosión del gótico y expansión del movimiento universitario. Por iniciativa regia se construyó una de las mejores expresiones de la arquitectura gótica: la Sainte-Chapelle y se apoyaron fundaciones monásticas como Royaumont. En el círculo de personas cercanas al rey encontramos miembros de las órdenes mendicantes como el franciscano Roberto de Sorbón y el dominico Tomás de Aquino. También se ocupó de los aspectos organizativos con avances en la administración territorial (creación de las "bailías" y el prebostazgo de París) y en el fortalecimiento de órganos como la Cámara de cuentas y el Consejo del rey.

Fue un monarca con un sentido cristiano de la política que supo conciliar la defensa de sus ideales de paz entre los reinos y la independencia respecto al Papado con la salvaguarda de los intereses de su dinastía. Así, sus buenos oficios en Flandes y Navarra colocaron a estos dos pequeños Esta-

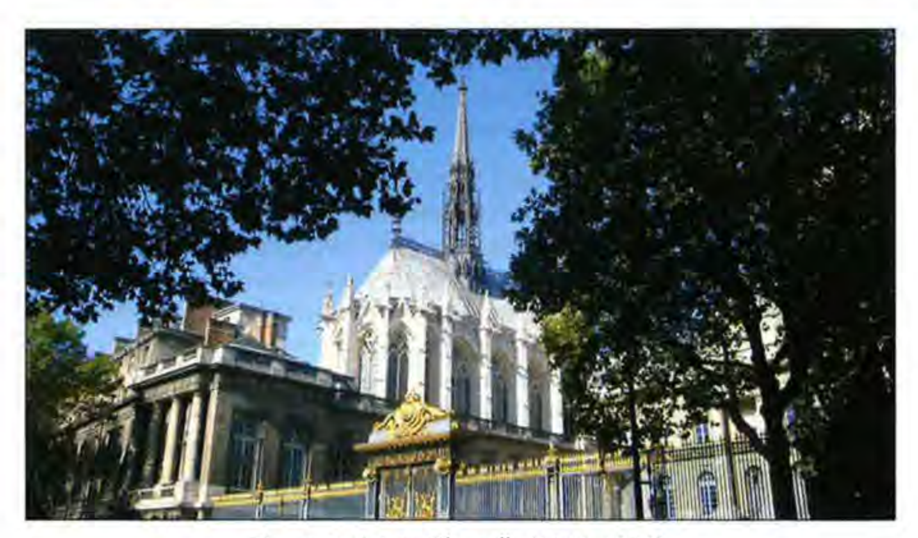


Figura 8. *Sainte-Chapelle* (1241-1248).

dos en la órbita francesa. Los mayores logros los obtuvo con los acuerdos de paz suscritos entre 1258 y 1259 con Jaime I de Aragón (Tratado de Corbeil) y con Enrique III de Inglaterra (Tratado de París). A principios de los años sesenta, el prestigio de Luis IX era reconocido en todo el Occidente. Avanzado el decenio, el monarca fue promulgando distintas ordenanzas de general aplicación (judíos, moneda, sobre los duelos, etc.) que apuntalaron la unidad jurídica y legislativa del reino. La última (1268) se dirigió contra los blasfemos, coincide con la puesta en marcha de una nueva cruzada. El ejército real desembarcó en el norte de África pero la peste asoló su campamento ante los muros de Túnez. Luis IX fue una de las víctimas. Con su muerte se ha dicho que termina una época y una forma de hacer política.

3. Las Cruzadas

En el Concilio de Clermont-Ferrand (1095), el papa Urbano II hizo un llamamiento a la cristiandad occidental para recuperar Jerusalén, que estaba en manos musulmanas desde el siglo VII. La espectacular respuesta colectiva a este llamado, se convirtió en unos de los fenómenos de mayor trascendencia de la Edad Media europea, no tanto por su importancia histórica —que sin duda la tuvo—, como por el hecho de que se ha convertido, merced a la actividad literaria y artística, en una de las imágenes arquetípicas del Medievo en la mentalidad colectiva hasta la época contemporánea.

3.1. *Motivaciones de las Cruzadas*

Confluyen diferentes factores que explican su comienzo. En primer lugar, razones de índole geoestratégica en el marco de las modificaciones que se producen en el equilibrio de fuerzas entre las tres civilizaciones que comparten el Mediterráneo, es decir, Bizancio, Islam y Occidente, especialmente entre las dos últimas puesto que las Cruzadas coinciden con un impulso en el proceso reconquistador en la Península Ibérica y el paso a manos cristianas de Córcega, Cerdeña y Sicilia.

En segundo término, razones de índole socioeconómica; las Cruzadas permitieron si no resolver sí al menos paliar problemas internos de la propia sociedad feudal occidental: encauzar los excedentes de población, ofrecer una oportunidad a los segundones de la nobleza, excluidos del régimen de sucesión de sus linajes, y servir de válvula de escape a la violencia de un mundo en el que la actividad bélica era pieza clave.

También, razones políticas de prestigio y de reafirmación de la autoridad, tanto para los papas y el clero, que refuerzan su influencia y controlan el proceso a través de los legados pontificios, como para los dirigentes, reyes y emperadores, que refuerzan la legitimidad de su poder además de reafirmar su papel dirigente y de los potenciales beneficios económicos para sus reinos.

Por último, razones que se enmarcan en el ámbito de las mentalidades colectivas de una sociedad en la que todavía están muy presentes las ideas milenaristas y en el que la "peregrinación" era una de las manifestaciones devocionales de mayor aceptación popular. Y si lo era para centros como Roma o Santiago, mucho más a Jerusalén, una ciudad desconocida para la inmensa mayoría pero símbolo de la ciudad celestial.

3.2. *Principales acontecimientos*

Que el ambiente para una empresa de esta naturaleza era propicio, se demuestra en la inmediata respuesta que tuvo el llamamiento papal. Rápidamente se organizó una primera "cruzada popular", dirigida por Pedro el Ermitaño, que en su camino cometió numerosos desmanes, especialmente entre la población judía de las ciudades por las que pasaba, y que, carente por completo de organización y conocimientos militares, fue exterminada por los turcos en Nicea ese mismo año.

Muy diferente fue la cruzada caballeresca, compuesta por cuatro contingentes, a cuya cabeza se situaron destacados miembros de la nobleza europea; todas ellas confluyeron en Asia Menor en la primavera del año 1097. Militarmente su actuación se vio culminada con éxito, de manera que sus victorias y conquistas territoriales dieron lugar a la creación de cuatro pequeños Estados: el reino de Jerusalén —conquistada en 1099—, el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli. Estados que se organizaron a la manera de la sociedad feudal vigente en Occidente —"feudalismo de importación" lo denominan algunos autores— para regular sus relaciones políticas y sociales y la percepción de rentas agrarias y mercantiles. Conviene no olvidar que no se produjo en sentido estricto un proceso de colonización, puesto que desde el punto de vista numérico la población occidental en estos territorios fue muy minoritaria.

El incuestionable éxito de la primera cruzada no tardó en provocar la reacción musulmana con la recuperación de Edesa en 1144. Este hecho impulsó la predicación de la segunda cruzada, cuyo principal impulsor fue San Bernardo de Claraval que logró la incorporación del monarca francés Luis VII y del emperador alemán Conrado III. Las disensiones internas y la mala relación con

el emperador bizantino, trajeron como consecuencia el fracaso de la expedición que no pudo alcanzar su objetivo de reconquistar Edesa y tomar Damasco.

En los años posteriores las posiciones cruzadas se debilitan como consecuencia, sobre todo, de la unificación de los poderes musulmanes —turcos y fatimíes— en manos de Saladino. En el año 1187 las tropas cruzadas sufren un tremendo descalabro en la batalla de Hattin y Saladino recupera la mayor parte de los enclaves cristianos, incluido Jerusalén.

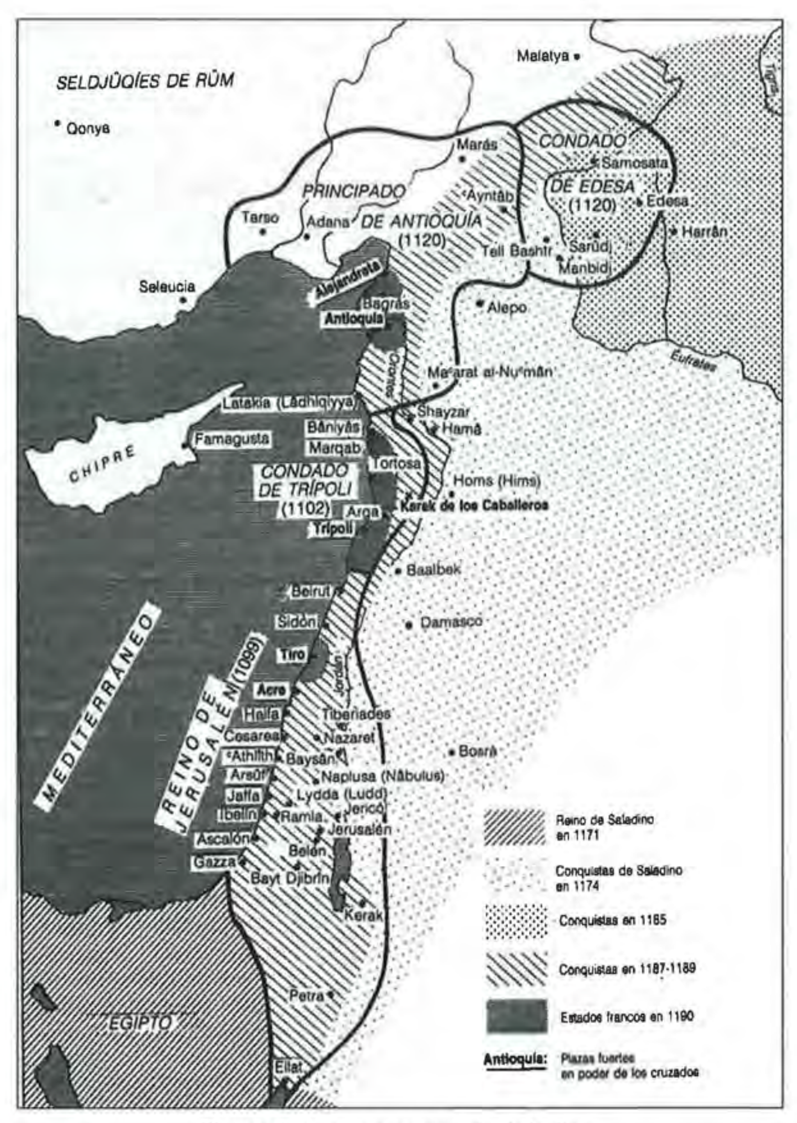


Figura 9. *Las conquistas de Saladino.*

La predicación de la tercera cruzada, encabezada por el emperador alemán Federico I, que murió ahogado en el transcurso de la expedición, y los reyes de Francia e Inglaterra Felipe II y Ricardo Corazón de León, evitó el desplome definitivo de la presencia occidental salvando algunas plazas costeras —la principal San Juan de Acre— y creando el reino de Chipre a costa de los bizantinos, además de conseguir la autorización de Saladino para el libre acceso de los peregrinos a Jerusalén.

Aunque hubo otras expediciones menores, incluso un tanto legendarias como la llamada "cruzada infantil" a comienzos del siglo XIII, la historiografía tradicionalmente menciona ocho expediciones con la denominación de "cruzada". Sin duda la más alejada de los ideales con los que surgió este movimiento fue la cuarta cruzada, predicada por el papa Inocencio III en 1198, que se convirtió en un instrumento de los intereses de Venecia en el oriente mediterráneo. Tuvo como consecuencia la toma y saqueo de Constantinopla por parte de las tropas cruzadas en 1204 y la instauración de un efímero estado latino desaparecido tras la reacción bizantina en 1261.

La quinta, séptima y octava no se dirigieron hacia Tierra Santa sino hacia Egipto y Túnez y acabaron en rotundos fracasos, incluida la muerte de Luis IX de Francia tal y como se ha señalado.

La más extraña cruzada de todas fue la sexta, encabezada por el emperador Federico II, en aquel momento excomulgado, el cual logró merced a su habilidad diplomática la entrega de Jerusalén (1228), a cambio de respetar el culto musulmán. La situación se mantuvo poco tiempo, apenas hasta 1244. Unas décadas después, una última ofensiva musulmana reconquista en 1291 la última posesión occidental: San Juan de Acre.

A pesar de que la presencia de los cruzados se prolonga en Chipre hasta 1571, puede afirmarse que, doscientos años después de la predicación del papa Urbano II, el fenómeno histórico de las Cruzadas ha concluido. Fueron reflejo de la mentalidad y de las circunstancias socioeconómicas y políticas de una época y perdieron su razón de ser como consecuencia de la transformación de todas ellas en los siglos bajomedievales.

3.3. *Las Órdenes Militares*

Uno de los fenómenos más notables asociados a las Cruzadas, fue la creación de las órdenes militares. Instituciones que aunaban los aspectos religiosos (votos de castidad, pobreza y obediencia) con el componente militar y caballeresco (defensa del territorio y protección a los peregrinos). Jurisdiccionalmente dependientes del papado, organizaban su vida comunitaria al



Figura 10. *Placa conmemorativa en el lugar donde fue ajusticiado Jacques de Molay, último Gran Maestre de los Templarios* (París).

amparo de una regla monástica, generalmente la benedictina. Una de las más importantes fue la Orden de San Juan o del Hospital de Jerusalén, fundada por Raimundo de Puy en 1120, cuyos miembros vestían hábito negro con una cruz blanca.

La Orden de los Caballeros del Templo —los Templarios—, fue fundada en 1118 por Hugo de Payens, sus miembros vestían hábito blanco o negro y cruz roja, fue sin duda la más conocida y dispuso de un enorme potencial humano —cinco mil miembros en sus momentos de mayor esplendor—, económico y territorial, tanto en Tierra Santa como en los reinos occidentales (un mínimo de ochocientos centros, desde grandes complejos como el Temple de París a remotos enclaves rurales). Este inmenso poder fue, en última instancia, la causa de su desaparición; sus implicaciones financieras con las monarquías occidentales, especialmente la francesa, provocaron la animadversión regia —proceso contra los templarios franceses iniciado por el rey Felipe IV en 1307— y su disolución por el papa Clemente V en 1312.

También tuvo su origen en la época de la segunda cruzada la Orden de los Caballeros Teutónicos, reconocida por el papa Inocencio III en 1198, que pronto trasladó su actividad a las tierras de Alemania y Prusia, fusionándose con la Orden de los Caballeros Portaespadas que actuaba en el ámbito de las actuales repúblicas bálticas, donde alcanzó una considerable importancia en los siglos bajomedievales. En otros territorios, a imagen y semejanza de las citadas, surgieron instituciones similares, es el caso de las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Avis en la Península Ibérica.

4. Los normandos en el sur de Italia

La presencia normanda en el sur de Italia se remonta a la primera mitad del siglo XI, cuando algunos clanes familiares —como los Hauteville— entran al servicio de príncipes lombardos como mercenarios en las luchas de aquéllos con los bizantinos, constituyendo pronto sus propios dominios autónomos. Es el caso de Guillermo de Hauteville que, en 1046, se titulaba "duque y señor de Italia, conde de los normandos de toda Apulia y Calabria" y, sobre todo sus hermanos Roger y Roberto Guiscardo. En el año 1059 el segundo recibe del papa Nicolás II —muy consciente de los beneficios que para el papado se derivaban del control del poder político en el sur de la Península— el título de duque de Apulia y Calabria a cambio de su compromiso de defender la dignidad pontificia. Poco a poco Roberto se hará con el control del sur de Italia, tras controlar ciudades como Amalfi (1073) o Salerno (1076). Por su parte, Roger controlará la totalidad de la Sicilia islámica en los años posteriores a su conquista de Palermo (1072).

Su hijo Roger II (1105-1154), fue el artífice de la unificación de ambos territorios y la consolidación del dominio normando, mediante la articulación de lo que algunos autores denominan "feudalismo de importación", es decir, la consolidación de una red de relaciones y derechos feudales entre los barones normandos, superpuesta a estructuras sociales y jurídicas anteriores —que en buena medida fueron respetadas— y en paralelo a la ampliación del dominio real directo y la organización de una burocracia centralizada que recogía tradiciones tanto occidentales como bizantinas e islámicas, que también se dejan sentir en los hábitos sociales y culturales.

El matrimonio de Constanza, hija póstuma de Roger II, con Enrique, hijo del emperador Federico I, provocará que el destino del sur de Italia quede vinculado a los intereses imperiales a partir de Enrique VI (1190-1197), a pesar de la efímera resistencia de otros miembros de la casa real normanda.

5. El Imperio Bizantino: de los Comneno a la agonía final

5.1. *El siglo de los Comneno*

La decadencia de la dinastía macedónica y en paralelo del Imperio, comienza tras la muerte de Basilio II. Sus sucesores no fueron capaces de mantener sus logros, debilitados por las luchas de poder palaciegas y las pérdidas territoriales tras severas derrotas como la de Manziker (1071) frente a los turcos que supuso la pérdida de ciudades como Edesa y Antioquía y la mayor parte de Asia Menor, además del derrumbe económico y monetario y una grave crisis de abastecimiento, o el fin de la presencia en Italia con la pérdida de la ciudad de Bari a manos del normando Roberto Guiscardo ese mismo año.

En estas circunstancias, en el año 1081, Alejo Comneno, destacado representante de la aristocracia militar y palaciega, asciende al poder e inaugura de facto una nueva dinastía aunque años antes su tío Isaac había ocupado brevemente el trono.

En el momento de la llegada al poder de Alejo I (1081-1118) la situación de Bizancio era extremadamente delicada como consecuencia de la presión de numerosos adversarios: los normandos de Roberto Guiscardo en la frontera occidental, los turcos en Asia Menor y, por el norte, otros pueblos como los pechenegos, que en el año 1091 llegaron a las proximidades de Constantinopla. Merced a su actividad militar y diplomática el nuevo emperador —con la colaboración esencial de su esposa la emperatriz Ana Dalassena— logró en los últimos años del siglo controlar todos los problemas, además de extirpar la herejía bogomila del territorio bizantino tras ejecutar a su líder Basilio.

Pero la amenaza turca permanecía y Alejo, siendo consciente de su debilidad, solicitó la ayuda del Papado a cambio de ofrecer la reconciliación de las iglesias oriental y occidental. El emperador solicitaba exclusivamente ayuda militar pero lo que su petición provocó fue la convocatoria de la primera Cruzada por parte del papa Urbano II con la excusa de, no solo ayudar a los bizantinos, sino asegurar la presencia de los peregrinos en Tierra Santa y sus rutas de acceso. La consecuencia es bien conocida, la colaboración inicial desembocó en la creación de los estados cruzados.

El precario equilibrio entre todas las partes enfrentadas —bizantinos, turcos, normandos, pueblos de la frontera norte, estados cruzados— se mantuvo a lo largo del mandato de sus sucesores Juan II y Manuel I, en gran medida propiciado por el apoyo naval y comercial de la república de Venecia, de la que el Imperio era cada vez más dependiente.

La inestabilidad provocada por las persecuciones a los comerciantes italianos, la toma por los normandos de ciudades como Durazzo y Tesaló-

nica y la política antinobiliaria que intentó desarrollar Andrónico Comneno, último emperador de la dinastía, provocó la reacción de la aristocracia que elevó al trono a Isaac Ángeles (1185), que inaugurará una nueva dinastía.

En lo referido a la política interior, el siglo de gobierno de los Comneno se caracterizó por el establecimiento de un entramado de relaciones entre su propia familia y otras destacadas de la aristocracia que redujo considerablemente las habituales intrigas palaciegas y contribuyó al asentamiento de la dinastía, junto la continuada aplicación del sistema de *pronoia*, es decir, de reparto de tierras en beneficio de los grandes propietarios que, como acabamos de indicar, al verse amenazado por las políticas de Andrónico Comneno le depusieron.

Con todo, la entronización de la nueva dinastía derivó en una auténtica catástrofe para el Imperio pues significó un hecho históricamente inédito: la toma de Constantinopla por una fuerza extranjera (1204) —en este caso los cruzados occidentales, fundamentalmente franceses y venecianos que protagonizaron la cuarta Cruzada predicada por el papa Inocencio III— y la posterior división del territorio imperial en varias entidades políticas independientes.

5.2. *El tiempo del Imperio Latino*

La relativamente pacífica toma inicial de Constantinopla llevada a cabo por los cruzados en 1203 para aupar al trono a Alejo IV, artífice de la petición de ayuda a Occidente, fue seguida muy poco después —debido al incumplimiento de las promesas de índole económica hechas a los cruzados y a la revuelta ciudadana provocada por su impopularidad— por la conquista de la ciudad a sangre y fuego, con un nivel de violencia y destrucción que causó un enorme impacto en Occidente e, incluso, provocó la inicial condena papal y agudizó de manera ya irreparable la animadversión preexistente entre griegos y latinos.

La conquista supuso la entronización de un emperador latino designado por los cruzados: Balduino, conde de Flandes, al que poco después sucedería su hermano Enrique, y la fragmentación política del territorio imperial en un número considerable de entidades políticas. Es la denominada *Partitio di Romanie*. Además del propio territorio imperial con capital en Constantinopla que controlaba el espacio a ambas orillas del Bósforo y algunas islas como Lesbos y Samos, los occidentales ocuparon otros espacios dando lugar a varios reinos y principados; los más importantes fueron el reino de Salónica, el principado de Acaya —o Morea— en el Peloponeso y otros menores como los ducados de Atenas, Tebas (ambos en la órbita de la Corona de Aragón durante

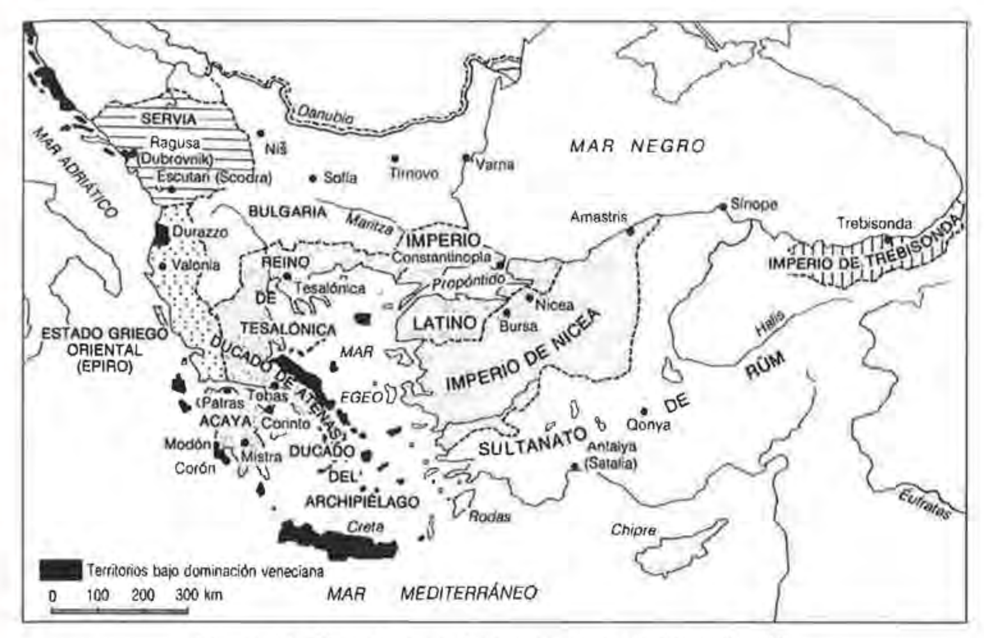


Figura 11. *Oriente bizantino a comienzos del siglo XIII.*

buena parte del siglo XIV) y Naxos, inicialmente en manos de venecianos que también se asentaron en varias fortalezas del Peloponeso y en las islas de Creta, Corfú y Rodas —todas piezas estratégicas en sus actividades comerciales— y en buena parte de los barrios de la capital imperial.

Pero no todo el antiguo espacio bizantino pasó a manos de los cruzados. Algunas de las grandes familias de la aristocracia bizantina, muchos de cuyos miembros habían ocupado el trono con anterioridad, refugiados en sus grandes señoríos territoriales fueron capaces de mantener viva la herencia griega y el objetivo político permanente de la restauración imperial en varias entidades políticas de nueva creación. La más destacada de todas ellas, que dio refugio a buena parte de la población huida de la capital tras su caída, fue el llamado Imperio de Nicea, limítrofe con el territorio de la Constantinopla latina, ocupaba una buena parte del territorio de Asia menor y estaba en manos de la familia Lascaris que preservaba el título imperial como consecuencia del nombramiento que uno de sus miembros —Constantino— había recibido, con la aquiescencia de la mayoría de la aristocracia, en el momento de la caída de Constantinopla.

Por otro lado, dos ramas de la familia Comneno también fueron capaces de preservar dos territorios independientes. En primer lugar, el Despotado de Épiro, en el ámbito de los Balcanes, cuyo momento de esplendor se corresponde con el mandato de Teodoro Comneno —que incluso llegó a procla-

marse emperador tras recuperar Salónica de manos de los latinos— hasta que entró en decadencia tras ser derrotado por los búlgaros en 1230. Por último el Imperio de Trebisonda, situado estratégicamente entre numerosas rutas comerciales (ruta de la seda) en la ribera sur del mar Negro, vivió momentos de esplendor a los largo del siglo XIII y XIV —especialmente en el reinado de Manuel I (1238-1263) y Alejo II (1297-1330— en un difícil equilibrio de convivencia con los diferentes sultanatos turcos de la zona. Ambos estados sobrevivieron a la caída de Constantinopla y no cayeron bajo el dominio turco hasta algunos años después.

5.3. *La última dinastía imperial: los Paleólogos*

Las convulsas vicisitudes plagadas de enfrentamientos entre todos estos actores políticos, dominaron la historia del territorio del viejo imperio bizantino a lo largo de las siguientes décadas del siglo XII hasta que, en el año 1261, el que será el último gobernante del imperio de Nicea al destronar a Juan IV —como decíamos antes la entidad política que con más ahínco defendió las tradiciones griegas y la idea de la restauración imperial en una corte en la que, desde los tiempos de Teodoro I Lascaris y más tarde en el largo reinado de Juan III, abundaban las figuras intelectuales como Nicetas Coniates o Jorge Acropolita— el militar Miguel Paleólogo, pariente de Juan III, tras derrotar a una coalición de rivales latinos y griegos se apodera de Constantinopla con la ayuda de una flota genovesa y se hace coronar emperador con el nombre de Miguel VIII. La restauración imperial es un hecho con la reunificación de Nicea y el territorio imperial en torno a la capital y el sometimiento feudal de Épiro y Trebisonda. Hasta el final de su reinado en 1282, Miguel VIII dedicará todos sus esfuerzos al afianzamiento del poder bizantino frente a todos sus rivales, muy en especial los Anjou sicilianos y la república de Venecia.

La nueva dinastía estará al frente del Imperio hasta su definitiva conquista por los turcos. El tiempo de los Paleólogos es denominado por algunos especialistas como "la tercera edad de oro bizantina" en lo relativo al mundo intelectual y cultural merced al trabajo desarrollado en los monasterios —especialmente en los ubicados en el monte Athos—, el empleo literario del griego vulgar (auge de las llamadas "novelas bizantinas" cuya influencia en la literatura posterior alcanza hasta Cervantes) y la destacada labor de algunos intelectuales cortesanos como Teodoro Metoquita y su discípulo el historiador Nicéforo Gregoras o el destacado latinista Demetrio Cidonio y, ya en el siglo XIV, el foco neoplatónico de Mistrá, encabezado por Gemisto Plethon, además de su renombrada escuela de príncipes.

Pero esta esplendor se desarrollaba en paralelo a un intenso declive en el plano político y económico, con un imperio cada vez más debilitado y sometido a los intereses y las consecuencias de las pugnas entre las repúblicas italianas de Venecia y Génova por el control de la actividad comercial, con un ejército poblado cada vez más de mercenarios a los que es preciso satisfacer todas sus exigencias mediante una hacienda cada vez más en quiebra, con revueltas y tensiones religiosas y con pérdidas territoriales constantes como consecuencia del imparable avance turco a lo largo de los siglos XIV y XV (Nicea en 1329, Tracia en 1362, Tesalónica en 1430...).

El fracaso del último intento de ayuda occidental con la derrota del emperador Segismundo en Nicópolis (1396) auguraba que el fin estaba próximo. La presión del imperio de Tamerlán sobre los turcos retrasó unas décadas el desenlace final pero, al cabo, a finales de mayo de 1453 y tras dos meses de asedio, las tropas del sultán otomano Mehmed II entraron en una Constantinopla "decadente y melancólica" (Runciman), dando muerte a su último defensor el emperador Constantino XI. La historia de Bizancio había concluido pero no así su legado y su papel de transmisor de la tradición griega y latina, sin la que no cabe entender la Europa posterior hasta nuestros días.

Bibliografía específica

ASBRIDGE, Th.: *Las Cruzadas. Una nueva historia de las guerras por Tierra Santa*. Madrid, Ed. Ático de los Libros, 2019.

AYALA, C. de: *Las Órdenes Militares en la Edad Media*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1998.

— *El Pontificado en la Edad Media*. Madrid, Ed. Síntesis, 2016.

AURELL, M.: *El imperio Plantagenet., 1154-1224*. Madrid, Ed. Silonia, 2012.

BLACK, A.: *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*. Cambridge University Press, 1996.

CUESTA, J. I.: *Breve historia de las Cruzadas*. Madrid, Ed. Nowtilus, 2005.

DEMURGER, A.: *Caballeros de Cristo. Templarios, Hospitalarios, Teutónicos y demás Órdenes Militares en la Edad Media (s. XI-XVI)*. Universidad de Granada, 2005.

DEMURGER, A.: *Cruzadas. Una historia de la guerra medieval*. Barcelona, Ed. Paidós, 2009.

DIAGO HERNANDO, M.: *El Imperio en la Europa medieval*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1996.

García Guijarro-Ramos, L.: *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares, siglos XI-XIII*. Madrid, Ed. Cátedra, 1995.

Hernández de la Fuente, D.: *Breve historia de Bizancio*. Madrid, Alianza Editorial, 2014.

Nieto Soria, J.M.: *El Pontificado Medieval*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1996.

Power, D. (ed.): *El cenit de la Edad Media. Europa, 950-1320*. Barcelona, Crítica, 2006.

Runciman, S.: *La caída de Constantinopla*. Madrid, Ed. Reino de Redonda, 2006.

Runciman, S.: *Historia de las Cruzadas*. Madrid, Alianza Editorial, 2008.

Tyerman, C.: *Las Cruzadas. Realidad y mito*. Barcelona, Ed. Crítica, 2005.

Ullman, W.: *Historia del pensamiento político en la Edad Media*. Barcelona, Ed. Ariel, 2004.

Capítulo 8

LA FORMACIÓN DEL IMPERIO ISLÁMICO. EL ISLAM ANDALUSÍ

Esquema de contenidos

1. Introducción.
2. Mahoma y el nacimiento del Islam.
3. Expansión del Islam.
    3.1. Conquistas.
    3.2. Organización de las conquistas.
4. El Islam andalusí.
    4.1. Ocupación de la Península Ibérica.
    4.2. El emirato omeya de Córdoba (756-929).
    4.3. El califato omeya de Córdoba (929-1031).
    4.4. Los Reinos de Taifas. Llegada de tribus africanas.
    4.5. Dinastía nazarí.
5. Florecimiento cultural y transmisión de los conocimientos árabes a Occidente.

Bibliografía específica.

1. Introducción

A comienzos del siglo VII se produjo el nacimiento del Islam en la Península Arábiga. En poco tiempo, los musulmanes lograron extender sus dominios por Oriente y Occidente, poniéndose en contacto y rivalizando, a lo largo del Mediterráneo, con los otros dos grandes Imperios del momento: Bizantino y Persa, y cambiando en menos de medio siglo la faz política del Próximo Oriente bizantino e iranio. Por el Occidente, llegaron a asentarse en la Península Ibérica, donde no encontraron demasiados problemas para su expansión debido al estado de la situación política en que se encontraba, pues los gobernadores visigodos no fueron capaces de evitar su lle-

gada a Andalucía, ni de frenar su posterior asentamiento. El Islam fue el origen de la formación de diversos imperios y estados que han dominado, en diferentes períodos, una gran parte del viejo mundo.

Por otra parte, el Islam impulsó un movimiento espiritual y conformó una religión que, en la actualidad, agrupa a millones de creyentes de todo el mundo, situándose en el mismo nivel de importancia que el judaísmo y cristianismo; y, además, ha generado una extraordinaria civilización intelectual y artística de gran repercusión e influencia en el desarrollo de la humanidad. Por lo que podemos afirmar que pocos sucesos de la humanidad han transformado la fisonomía de un gran parte del globo de forma tan rápida y decisiva como lo hizo el Islam.

2. Mahoma y el nacimiento del Islam

Aunque no existen muchos datos sobre la infancia y juventud de Muhammad Ibn 'Abd Allah, conocido entre los cristianos como Mahoma, su nacimiento se sitúa en el año 570, denominado el "año del elefante" por el hecho de que, por entonces, se llevó a cabo la expedición del Elefante a la Meca. Al quedarse huérfano siendo niño fue educado por su abuelo 'Abd al-Muttalib, hombre piadoso, encargado de la protección y cuidado de la Ka'ba. La orfandad y la pobreza de su infancia marcaron el resto de la vida de Mahoma y contribuyeron a formar su mensaje y sus prácticas solidarias con los huérfanos y necesitados.

En su juventud realizó frecuentes viajes, participando en las actividades de su tío Abu Talib, donde tuvo la oportunidad de conocer y ponerse en contacto con las comunidades cristianas, conociendo las distintas tradiciones y tendencias que coexistían en Arabia y que, sin duda, contribuyeron a su formación. Significativo fue el encuentro que mantuvo con el monje Bahira en Basra, al sur de Siria. A los veinte años conoció a Jadiya, mujer viuda y muy rica, con quien contrajo matrimonio a pesar de la diferencia de edad que tenían, después de haber trabajado a su servicio acompañando a las caravanas que iban a Siria. Este matrimonio le permitió a Mahoma salir de la pobreza y convertirse en un personaje considerado que supo ganarse el afecto de todos por su conducta y su talante. De este matrimonio nacieron dos varones y cuatro hijas, de los cuales sólo sobrevivió Fátima a quien haremos referencia posteriormente por su matrimonio con 'Alí.

Mahoma que fue un hombre siempre muy religioso, solía retirarse a menudo a una cueva del monte Hira, buscando la soledad y el silencio. Y fue en uno de estos retiros cuando, a la edad de cuarenta años, sintió la llamada de su misión profética y donde tuvo lugar la primera revelación. Siguiendo las



Figura 1. *El milagro del elefante blanco* (Museo Topkapi, Estambul).

indicaciones del ángel Gabriel, comienza a aprender y a recitar las palabras de Dios, de quien recibe la inspiración que va a trasmitir a los hombres. Después de un tiempo de calma, comienza la predicación en el año 613, basada en tres temas principales: fe en Allah, Dios único y creador; rechazo a los falsos dioses; y la espera y el miedo al castigo divino. Mahoma se presentaba como el último de los profetas de Israel que Dios habían enviado: Jeremías, Ezequíel, Isaías, Abraham, Moisés y Jesús.

Con ello produjo un gran malestar en la Meca al atacar el politeísmo existente hasta entonces. Por lo que Mahoma, agobiado por las grandes dificultades que tenía, unido a la pérdida de su mujer y de su tío y protector, decide propagar su fe fuera de La Meca y se marcha a Yatrib (622), donde residían miembros de la familia de su madre. Este viaje, "emigración o hégira" tiene un especial significado, ya que marca el comienzo del calendario islámico (1 *muharram*, primer día de luna llena correspondiente al 16 de julio del año 622); con la hégira se había roto la cohesión tribal, por lo que el lazo de la

comunidad, *umma*, será la religión y no el espíritu del clan; y además, la ciudad de Yatrib, pasó a llamarse *"Madinat al-Nabi"*, Medina, la ciudad del Profeta. Durante este tiempo, y una vez que estuvieron construidos la mezquita y los alojamientos de su familia, Mahoma, que ya tenía varias esposas, contrajo matrimonio con 'A'isa, por la que sentía una gran predilección.

La estancia en Medina no fue fácil para Mahoma pues hubo de enfrentarse en diversas ocasiones con los miembros y partidarios de la tribu de Qurays que no aceptaban su predicación. Así como con las tribus judías que fieles a su religión se sintieron incómodas con la predicación del Profeta. En el año 628 Mahoma piensa que debe realizar la peregrinación a La Meca, pero se encuentra con el impedimento de los quraysíes, logrando firmar con ellos el llamado "Pacto de Hudaibiyya", por el que se les permitía pasar a La Meca al año siguiente y estar allí tres días; aunque no fue del agrado de muchos musulmanes se puso de manifiesto el profundo realismo político de Mahoma pues obtenía importantes ventajas políticas, la primera fue el implícito reconocimiento de su fuerza al ser admitido para tratar de igual a igual con la jerarquía de La Meca. Entabló al mismo tiempo, negociaciones con tribus judías, a quienes garantizaba su protección a cambio del pago de un tributo. La adopción de la costumbre nómada de negociar "acuerdos" potenció la fulgurante expansión del Islam, debida, en parte, a su tolerancia frente a las minorías religiosas.

En los últimos años de su vida, Mahoma mantenía una política que, en alguna manera, había adquirido las principales características de un Estado: en primer lugar, reconocía una única autoridad, plasmada en forma de ley divina que establecía: una legislación social y política con una base religiosa, que regiría la vida social, económica y política; una única comunidad, *umma*, como base de la sociedad árabe; y el reconocimiento de Mahoma como una autoridad en la umma.

Pero a su muerte (632) el Islam pasó sus horas más críticas, pues Mahoma no previno la trasferencia de su autoridad. Y pronto surgieron diferencias entre sus seguidores sobre quién debía de sustituirle, creándose dos grupos de tradiciones: las transmitidas por los *si'íes*, miembros de la *si'a*, partido, partidarios de que le sucediese 'Ali, su primo, que se había casado con la única hija viva de Mahoma, Fátima, por considerar que era a sus familiares a quienes les correspondía asumir el mandato; y, por otra parte, estaban los *sunníes*, seguidores de la *sunna*, tradición vivida y enseñada por Mahoma, que consideraban lícito elegir al jefe de la comunidad de creyentes entre los miembros de la tribu de Qurays. Ante esta disyuntiva, el enérgico Abu Bakr, padre de 'A'isa, esposa del Profeta, obtuvo el juramento de los que se habían reunido para deliberar, iniciando el período de los llamados Califas, representantes del Profeta, *Rasidun*, bien guiados u ortodoxos, integrado por Abu Bakr (632-634), Umar (634-644), Utmán (644-656) y 'Alí (656-661), compañeros de Mahoma, bajo cuyos gobiernos se llevó a cabo la primera expansión del Islam.

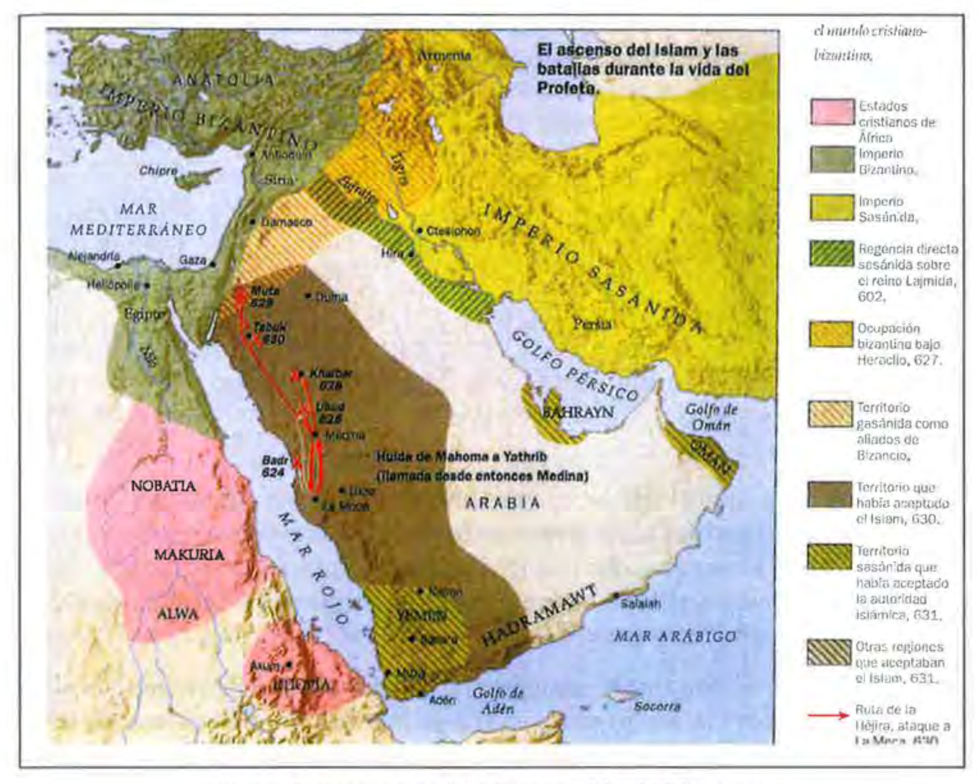


Figura 2. *Expansión del Islam en vida de Mahoma.*

3. Expansión del Islam

La expansión del Islam comenzó después de que Abu Bakr pudiese sofocar las revueltas que se produjeron a la muerte de Mahoma, pues algunas tribus quisieron recobrar su libertad al considerar que los pactos se habían establecido sólo con Mahoma y no con su sucesor, por lo cual se produjeron sangrientas guerras, llamadas en las fuentes musulmanes, de *ridda*, apostasía.

3.1. *Conquistas*

Las noticias que nos han llegado de las primeras conquistas son fragmentarias y a veces contradictorias. Las guerras de *ridda*, iniciadas como una guerra de recuperación de los seguidores de Mahoma, se convirtieron en una guerra de conquista, y cuando terminaron en el 633, imponiendo Abu Bakr su autoridad en Omán, Hadramawt y el Yemen, Arabia se había unificado.

El Estado islámico había demostrado su cohesión y había formado un ejército muy experimentado capaz de vencer a enemigos, en apariencia, más fuertes: bizantinos y persas.

La primera victoria sobre los bizantinos se obtuvo el año 634, en la batalla de Dathin, cerca de Gaza, que alertó al emperador Heraclio (610-641) de la amenaza que les llegaba desde el sur. Pero los éxitos más brillantes se produjeron durante el gobierno de Umar en la batalla de Yarmuk (636) frente a los bizantinos, logrando que hacia el 640, con excepción de una o dos ciudades costeras, toda Siria quedase bajo dominio islámico; y en la posterior batalla de Qadisiya (637) frente a los persas, en la que pusieron fin al poder de éstos en Iraq. Para asegurar estas conquistas, los musulmanes fundaron los campos militares de Basra y Kufa, que muy pronto se convirtieron en grandes ciudades.

También durante el gobierno de Umar, los musulmanes en el 642 se apoderan de Alejandría, ciudad que en un principio se había pensado fuera su capital, pero Umar desistió por temor a las influencias cristianas y helénicas de la ciudad, estableciéndose el campamento militar en al-Fustat, origen del viejo El Cairo.

Posteriormente, durante el mandato de 'Utman, los musulmanes ampliaron su territorio, y haciendo uso por vez primera de la marina se apoderaron de Chipre (649), expulsando a los bizantinos del Mediterráneo oriental. Por el norte de África llegaron hasta Trípoli; y por el este, tomaron gran parte de Armenia, penetraron en el Cáucaso y establecieron un gobierno musulmán que se extendía hasta el río Oxus en Irán, Herat en Afganistán, y Sind en el subcontinente indio.

Por entonces, se puso fin a las conquistas lo que provocó un descontento por parte de la población al no poder obtener los ricos botines que les proporcionaban; así mismo, el descontento de los soldados árabes de al-Fustat, motivó el asesinato de 'Utman, a quien sucedió 'Ali, pero el hecho de que no condenase su crimen motivó que se produjera la ruptura entre la primera comunidad de creyentes que duró cinco años y está considerada como la primera *fitna* (ruptura, guerra).

'Utman ordenó redactar la primera edición del Corán, transmitido hasta entonces de palabra. A pesar de que algunos le acusaron de haber hecho algunas sustituciones o supresiones, eliminando las revelaciones más desfavorables a los omeyas, su redacción es aceptada como texto oficial para la comunidad musulmana, es el Libro sagrado, en el que se recoge la Palabra misma de Dios, y en él están contenidos los principios básicos del Islam. Es el primer libro escrito en prosa en lengua árabe, y es el más leído y traducido a nivel mundial.

Las causas de esta rápida expansión, que sorprendió a muchos, hay que encontrarlas en varios factores; por una parte, en la debilidad interna en que se encontraban los imperios bizantino y persa, bajo la dinastía sasánida, agotados por sus continuos enfrentamientos; y por otra, porque ninguno de los dos, concedieron en un principio demasiada importancia a las incursiones de los musulmanes, y cuando quisieron reaccionar fue demasiado tarde. Hay que tener presente que muchas de las tropas sasánidas eran de origen árabe y durante estos enfrentamientos se habían pasado a los invasores. También hay que tener en cuenta la superioridad militar de los conquistadores que disfrutaban de una gran movilidad debido a que portaban un armamento ligero, formado por sables, arcos y lanzas; a partir del siglo VIII se comenzó a generalizar el uso del estribo; mientras que sus enemigos portaban equipos muy pesados. Por otra parte, su dominio de las rutas ancestrales les permitió colocar campamentos en lugares estratégicos. A sus éxitos también contribuyó la capacidad directiva de algunos califas que contaron con brillantes jefes militares; así como el sentimiento religioso del pueblo árabe; además, las sucesivas victorias alcanzadas les infundían ardor y confianza. Junto con el deseo de ganar fama a los musulmanes les movía, indudablemente, la necesidad de adquirir riquezas.

Como afirma Hugh Kennedy, los dirigentes del nuevo Estado eran plenamente conscientes de que la expansión era la única alternativa al colapso, por lo que, al disponer de hombres, tener la convicción ideológica y de liderazgo, prosiguieron las conquistas durante el califato omeya.

Durante el gobierno del fundador de la dinastía omeya, Mu'awiyya (661-680) los árabes tomaron en Asia Central: Herat, Kabul y Bujara. Continuándose activas campañas contra Bizancio, así por ejemplo en la primavera del año 670, los musulmanes asedian Constantinopla y, posteriormente, en el año 673, las naves musulmanas, tomando como base Cízico en el mar de Mármara, agredieron durante varios años la capital bizantina.

El califa 'Abd al Malik (685-705) mandó una expedición para recuperar territorios en Ifriqiya, logrando tomar Cartago que estaba en poder de los bizantinos, lo que motivó que muchos de sus habitantes emigrasen a Sicilia y a España. Pero sería durante el gobierno de su hijo y sucesor al-Walid (705-715) cuando el Imperio alcanzó su máxima extensión. Ya que, por el Este, los ejércitos conquistaron la mayor parte de todos los territorios del Jurasán, cercanos al río Oxus. Ocuparon Bujara (709) y Samarcanda (711); y apoderándose de Kabul, llegan hasta la región de Kashgar, frontera con el mundo chino. La conquista del Sind (711) y la toma de Multan completaron la conquista de Asia Central. Al mismo tiempo, por el Oeste, su dominio llegó hasta la Península Ibérica y continuando su avance, los musulmanes llegaron hasta Poitiers donde fueron derrotados por los ejércitos francos de

Carlos Martel, en el año 732, cuya caballería estaba acostumbrada a cabalgar y luchar en los montes y bosques de los Pirineos; los *muqatila*, soldados profesionales, aguantaron la presión y mantuvieron las filas, pero los voluntarios beréberes no, y abandonaron el campo de batalla. Con esta victoria de los francos se ponía fin a la expansión musulmana por Europa.

A pesar de estas conquistas, las numerosas revueltas que se produjeron en el interior del imperio motivaron que los omeyas no fueran capaces de frenar el avance de los 'abbasíes, quienes les acusaban de impiedad por el desinterés que presentaban en los asuntos religiosos. El año 750 marca el fin de la dinastía omeya en Oriente, pero uno de sus miembros 'Abd al-Rhaman logró escapar de la matanza de los 'abbasíes y se estableció en al-Andalus.

Esta nueva dinastía dirigió los destinos del imperio musulmán desde el año 750 al 1258 en que los mongoles se adueñaron de su capital, Bagdad, *Madinat al-Salam*, la ciudad de la paz. El alejamiento de la nueva capital respecto del occidente musulmán favorecería a los movimientos independentistas en esta zona que trajeron consigo una importante transformación en la organización del Estado. El califa que antes gobernaba por consentimiento de los grupos dominantes árabes va a proclamar que su autoridad poseía un origen divino. La nueva dignidad de califa se expresaba con nuevos títulos y con un ceremonial mucho más complicado, influido por las antiguas prácticas persas que se iban conociendo a través de los escribanos persas islamizados. El califa era el *imam*, jefe espiritual y temporal, un soberano absoluto, era el representante de Dios en la Tierra, y no sólo el sucesor del Profeta. El califato 'abbasí fue una autocracia basada en la fuerza militar que reclamaba casi el derecho divino. Junto al califa aparecen en las audiencias dos nuevos personajes: el *wazir*, visir, ministro en quien el califa descarga el peso de los negocios, y el verdugo.

De entre todos los califas 'abbasíes, merece una mención especial Harun al-Rasid (786-809) con quien el califato vivió uno de los momentos de mayor esplendor, incluso la leyenda se ha ocupado de él y aparece en numerosos cuentos de las "Mil y una noches". Fue conocido en Occidente por las relaciones que mantuvo con Irene, emperatriz de Bizancio y con Carlomagno, a quien regaló un reloj de agua (clepsidra).

Durante la segunda mitad del siglo IX comienza el declive del imperio 'abbasí, motivado, en buena parte, por la crisis económica y por la proliferación de movimientos secesionistas. En su expansión el Islam había aglutinado un conjunto de pueblos y razas muy diversos entre sí. Por lo que a mediados del siglo X encontramos que en el mundo musulmán había tres califatos: el omeya en al-Andalus, el fatimí en el norte de África y el 'abbasí en Asia Central.

3.2. *Organización de las conquistas*

Podemos afirmar que fue el califa 'Umar, hombre dotado de una enorme sabiduría política, de una voluntad tenaz y de una energía vigorosa, preocupado, sobre todo, por servir a los intereses del Islam y de los musulmanes, quien fue el organizador del Estado musulmán. En un primer momento, el botín de guerra se repartió de acuerdo con lo establecido en el Corán, que indica que una quinta parte se destine a Allah, a su Profeta o a sus sucesores, y el resto se distribuyese entre los combatientes. Con este afán, y para asegurar una repartición justa introdujo el uso de registros, *diwan*, libro o registro público, que agrupaba a todos los servicios administrativos.

Los musulmanes mostraron una relativa tolerancia con las poblaciones conquistadas. A los que se sometían a su autoridad les otorgaban unas condiciones más favorables de las que tenían anteriormente. No obstante, no debió de ser una tarea fácil la organización del recién creado imperio, pues en el Corán que se había redactado y puesto por escrito durante el gobierno de 'Utman, no existía ninguna reglamentación sobre el modo en que debían ser tratados los pueblos vencidos.

A los musulmanes les interesaba mantener en sus puestos a la población que dominaban, porque representaban una fuente de ingresos importante, pues sus tributos suponían valiosas contribuciones a la vida económica de la comunidad. Pero no se actuó de forma igual en todos los territorios conquistados, pues dependía del modo en que se produjo la rendición. Por ejemplo, en Egipto se respetó la administración bizantina y se mantuvieron a los funcionarios en sus puestos, mientras que en Iraq las tierras fueron confiscadas en su mayor parte debido a la resistencia de su población.

Los musulmanes consideraron a los cristianos y judíos como "gentes del Libro" por ser depositarios de los libros de la Revelación, y ello les permitía poder elegir entre la conversión al Islam o el mantenimiento de sus creencias a cambio del pago de tributos: *yizya*, impuesto personal, y *jaray*, impuesto sobre la tierra, a cambio de seguir manteniendo el mismo modo de vida del que disfrutaban antes de la conquista. Tenían derechos y también deberes como el no poder ejercer cargos públicos sobre los musulmanes, ni contraer matrimonio con una mujer musulmana; además de llevar un distintivo en su vestimenta, lo que a menudo no cumplían.

Los califas consideraron de interés fomentar la emigración de musulmanes fuera de Arabia, distribuyéndoles tierras para vivir, con lo cual se creó un grupo de nuevos propietarios que, lógicamente, les serían fieles. Al mismo tiempo se crearon bases militares en los límites del desierto, situados en lugares estratégicos de las rutas de tránsito entre Arabia y sus provincias, que se convirtieron en enclaves comerciales de primer orden que, debido

al establecimiento en ellos de grupos artesanos, se convirtieron también en importantes centros de difusión del arte árabe.

En suma, la islamización fue más rápida que la arabización. Las conquistas habían creado un imperio, pero aún no existía la civilización musulmana, que comenzará a formarse durante el califato omeya.

Mu'awiyya, primer califa omeya, fue un hombre enérgico y con una firme determinación de gobernar, restaurando la unidad del Imperio y llevando a cabo importantes reformas. Trasladó la capital a Damasco (Siria), donde había sido gobernador, cuya posición central, así como la pervivencia de antiguas tradiciones culturales y administrativas hacían posible organizar un gobierno capaz de controlar las provincias más remotas, por lo que la ciudad se convirtió en el centro político del mundo musulmán. Fortaleció la centralización gubernamental dando prioridad a la figura del califa sobre los gobernadores de las provincias. Reformó la administración central tomando como modelo la bizantina.

Posteriormente, el califa omeya 'Abd al-Malik (685-705) ordenó emplear la lengua árabe en la correspondencia oficial y en la contabilidad, y obligó



Figura 3. *Tesoro de "Ermita Nueva" (Alcalá la Real).*

a todo el mundo a hablar y escribir en árabe. El proceso de arabización, que era el corolario de la islamización, fue más rápido en Iraq y Siria, tierras de lengua semíticas que, en Egipto, donde el copto era muy diferente al árabe. Mejoró las comunicaciones a través del imperio musulmán, y con el fin de desarrollar las relaciones económicas y comerciales entre las diferentes partes del Imperio, introdujo un nuevo sistema monetario que reemplazase al sasánida y al bizantino, mandando acuñar nuevas monedas: dinares de oro y dirham de plata, en las que se incluían la profesión de fe, el nombre del califa y el lugar de acuñación (696).

4. El Islam andalusí

La ocupación de Hispania por las tropas musulmanes constituye uno de los acontecimientos históricos más relevante para comprender el posterior acontecer histórico de la Península. Las causas que incidieron en que se realizase de forma rápida y sin grandes dificultades es un interrogante que todavía sigue abierto. Una de las primeras noticias sobre lo que sucedió nos la ofrece la Crónica del año 754, elaborada por un clérigo toledano, para quien la ruina del reino visigodo en manos de los conquistadores musulmanes constituye la mayor catástrofe de la historia de la humanidad. En cualquier caso, no es posible ofrecer una explicación razonada de la ocupación de Hispania sin el previo conocimiento de la realidad socio-política visigoda de cuyo análisis nos ocupamos anteriormente.

Como vimos, la crisis interna que sufría el reino visigodo le restó capacidad de resistencia, y sus reyes fueron incapaces de mantener la cohesión interna; de tal forma que, una sola batalla, Guadalete, fue suficiente para poner fin a su existencia como tal. A partir de entonces se produce la desorganización del Estado, y cada señor en su territorio actuará de modo independiente, sin conexión y sin establecer un plan conjunto de defensa. La desaparición de Rodrigo, cuyo cuerpo nunca apareció, motivó la desarticulación política.

4.1. *Ocupación de la Península Ibérica*

En su expansión territorial los musulmanes habían llegado a comienzos del siglo VIII al norte de África, y desde allí proseguían sus conquistas bajo la dirección del gobernador de Ifriqiya, Musa b. Nusayr, quien por iniciativa propia y sin consultar al califa de Damasco aceptó prestar ayuda a la peti-

ción hecha por los vitizanos, y ordenó el envío de una expedición de tanteo a Hispania al mando del beréber Tarif b. Malik, que cruzará el estrecho en cuatro barcos proporcionados por el conde don Julián, gobernador de Ceuta y de Tánger. El éxito obtenido por Tarif, motivó que posteriormente Musa b. Nusayr enviase una nueva expedición al mando de Tariq b. Ziyad, más numerosa e integrada mayoritariamente por beréberes y muy pocos árabes. La travesía marítima, en la primavera del 711, se realizó con total libertad debido a que los musulmanes no encontraron respuesta alguna por parte de las autoridades visigodas. El desembarco tuvo lugar en las faldas del peñón de Gibraltar, que tomó su nombre del conquistador, *Gabal Tariq*. Tariq estableció su base frente a una pequeña isla, llamada "isla verde", *yazira al-jadra'* (Algeciras).

Como el rey visigodo, Rodrigo, se hallaba en el norte de la Península, el enfrentamiento con el ejército musulmán no se produjo hasta pasados dos meses, en el lugar que tradicionalmente, se localiza junto al río Guadalete, entre Jerez y Arcos de la Frontera, donde el ejército visigodo sufrió una terrible derrota. A partir de entonces el ejército árabo-beréber pudo avanzar por la Península con relativa facilidad pues encontró una resistencia muy desigual ya que no existía un plan conjunto de defensa, pues cada señor en su territorio actuó de modo independiente.

Tariq continuó su marcha hacia el norte y, siguiendo el habitual procedimiento puesto en marcha a lo largo de la expansión africana, los musulmanes establecieron generosos pactos con la población que encontraban en las ciudades, como sucedió en Écija y Córdoba; y de esta manera pudieron continuar su avance a Toledo, capital del reino visigodo, que, contra todo pronóstico, cayó sin ofrecer gran resistencia. Tariq por su parte decidió conquistar estas tierras para el califa omeya de Damasco, en lugar de entregarlas a los hijos de Witiza, a quienes les correspondía la sucesión del reino visigodo y quienes les habían pedido ayuda para tal fin.

Un año más tarde, 712, Musa b. Nusayr, tratando de evitar que todo el éxito de esta expedición recayese en Tariq, cruzó el Estrecho con un ejército más numeroso, integrado en su mayor parte por árabes, naturales de la Península Arábiga, y para no dejar esta empresa en manos de los beréberes, originarios del norte de África, dirigidos por Tariq. Enterado éste de la entrada de Musa y de sus celos y enojos, acudió a su encuentro y le entregó el mando de las tropas. En el año 715, el califa omeya Walid, ordenó a Musa y a Tariq regresar a Damasco, quedando el gobierno del territorio ocupado en manos de 'Abd al-'Aziz, hijo de Musa.

Durante el gobierno de 'Abd al-'Aziz (714-716) se prosiguió la conquista de las regiones subpirenaicas y Pamplona; y hacia el este, Tarrragona, Barcelona y Gerona. Consolidó su poder en Portugal, Málaga y Granada y en

la región de Murcia, donde concluyó el conocido tratado con Tudmir. 'Abd al-'Aziz pacificó las zonas conquistadas, implantó normas administrativas y financieras, eliminó las diferencias entre bereberes y árabes, y fomentó el matrimonio entre los conquistadores y las nativas cristianas, de forma tal, que él mismo contrajo matrimonio con Egilona, viuda de Rodrigo. Con su política puso las bases de lo que será al-Andalus (nombre por el que se conoce el territorio peninsular que estaba bajo el poder islámico y cuya extensión fue cambiando a lo largo de la Edad Media, hasta su desaparición en 1492), y estableció su capital en Sevilla.

Los musulmanes no impusieron su religión, sino que permitieron a judíos y a cristianos, mantener su culto por considerarlo como "gentes del Libro", *dimmíes,* a cambio del pago de un tributo. Los que optaron por convertirse y adoptar la lengua árabe, *musalima,* cuyos descendientes fueron los denominaron *muladíes,* y aquellos otros grupos cristianos que vivían en territorio musulmán fueron conocidos como *mozárabes,* quienes llegaron a constituir comunidades muy numerosas en Toledo, Córdoba, Sevilla y Mérida.

Los mozárabes no siempre gozaron del mismo trato de tolerancia por parte de los musulmanes, por lo que en el siglo IX surgió en el monasterio de Tábanos (Córdoba) el movimiento conocido como "los mártires voluntarios"; integrado por un grupo numeroso de cristianos, dirigidos por Eulogio de Córdoba, formado en san Zoilo y su alumno y amigo Álvaro de Córdoba, que decidieron mostrar públicamente su defensa del cristianismo considerando falsa la doctrina islámica y negando la existencia de Mahoma; su actitud, que recordaba la mantenida por los primeros cristia-



Figura 4. *Expansión del Islam en el año 750.*

nos, fue condenada por los musulmanes por blasfema por lo que ordenaron su muerte. Este movimiento duró hasta que el propio Eulogio de Córdoba murió ejecutado en el año 859. Sus reliquias fueron recuperadas por el rey Alfonso III el Magno, en el año 883, y fueron depositadas en la cripta de santa Leocadia de la Catedral de Oviedo, siendo trasladas en el siglo XIV a la Cámara Santa.

En suma, la ocupación de Hispania se hizo en poco más de cinco años en los que hubo pocos encuentros militares, pero en este tiempo los musulmanes establecieron pactos y acuerdos con aquellos dirigentes que podían presentar mayor resistencia. En los años que siguieron a la conquista-ocupación, los musulmanes pusieron en marcha un nuevo marco político administrativo que regiría al-Andalus por largo tiempo.

4.2. *El emirato omeya de córdoba (756-929)*

'Abd al-Rahman, príncipe omeya, que sobrevivió a la matanza de los 'abbasíes, encontró refugio y ayuda en Ifriqiya (Túnez), donde fue acogido por su familia que se había instalado en el norte de África. Desde allí, cruzó el Estrecho y desembarcó en agosto del año 755 no lejos de Almuñecar, luego se dirigió a Córdoba, donde recibió la sumisión de los habitantes de la ciudad y se proclamó emir de al-Andalus, independiente políticamente del califa de Bagdad, iniciando el gobierno de la dinastía omeya en al-Andalus.

Durante los años que 'Abd al-Rahman I el Inmigrado gobernó (756-788) puso fin a las conspiraciones árabes, y, gracias a su política de moderación, fue ganándose a sus enemigos, facilitando la llegada a la Península de importantes grupos de inmigrantes. Formó su gobierno con gente de su propia familia y por clientes sirios, impronta que se dejó sentir en la organización administrativa y militar de su Estado, y organizó un ejército profesional con mercenarios beréberes del norte de África y esclavos procedentes de Europa meridional.

Fue durante su gobierno cuando Carlomagno llevó a cabo la fallida expedición a Zaragoza, que finalizó en el desastre de Roncesvalles (778). 'Abd al-Rahman I se dirigió a Zaragoza, ciudad de la que se apoderó por algún tiempo. Embelleció la ciudad de Córdoba con edificios y jardines, para los cuales hizo traer de Oriente, frutas y hortalizas, donde fijó su capital, e hizo ondear la bandera blanca de los omeyas, dando comienzo a la construcción de su famosa mezquita que tardaría doscientos años en completarse.

Durante el breve reinado de su hijo y sucesor Hixam I (788-796), de espíritu piadoso e instruido, se consolidó el gobierno de la dinastía omeya, se

completó la mezquita comenzada por su padre y se realizaron varias expediciones contra los cristianos del norte con el fin de mantener a raya sus posibles ataques expansivos.

A lo largo del gobierno de al-Hakam I (796-822) se produjeron importantes revueltas protagonizadas por beréberes, árabes o muladíes. Pero la revuelta más importante fue la que se produjo en Toledo, poblada en su mayor parte por muladíes y mozárabes, a donde envió a 'Amrus para que diera fin a estos brotes de independencia. Para tal fin, organizó un banquete al que invitó a los personajes más destacados de la ciudad, pero según iban llegando, les mandó cortar la cabeza; este suceso es conocido como la "jornada del foso" (801). Otra rebelión importante se produjo en el arrabal de Córdoba, instigada por los alfaquíes. La represión fue muy dura pues el emir mandó destruir el arrabal y expulsar a sus habitantes al norte de África (817).

Su hijo 'Abd al-Rhaman II (822-852) fue un experto militar y buen administrador. Su gusto por la poesía hizo que a su corte acudiesen poetas, literatos, alfaquíes y músicos, entre los que figura Ziryab, famoso músico y poeta que vivió en Bagdad y a quien se debe la introducción en al-Andalus de importantes novedades en el arte de comer, de servir la mesa y el orden en que debían servirse los platos; la moda en el vestir, los instrumentos musicales, y el juego del ajedrez; también introdujo el juego del polo y algunas de las fiestas persas, como la celebración del solsticio de verano, importadas de la corte 'abbasí. El emir reorganizó su gobierno incorporando algunas costumbres de los 'abbasíes como fue la figura del visir, en quien delegó algunas de sus funciones. Amplió la mezquita de Córdoba, y mandó construir otras nuevas en Jaén y Sevilla. Incluso llegó a acuñar moneda con su nombre.

Por entonces, se produjo la primera invasión de los vikingos noruegos, quienes, remontando el Guadalquivir en sus ligeras naves, saquearon la ciudad de Sevilla. Aunque todas sus naves fueron destruidas por las tropas musulmanas, el emir amplió su flota, construyendo unas atarazanas en Sevilla para la fabricación de naves que le permitieron rechazar una nueva invasión en el año 858. Asimismo, puso fin, de momento, a la crisis interna de su emirato; por entonces, al-Andalus sufrió dos grandes epidemias en los años 823 y 846, seguidas de una grave inundación en el 850, lo que causó un gran desequilibrio en la economía y produjo un gran malestar entre la población; asimismo, hubo de luchar contra los francos, vascones y los Banu Qasi, muladíes, que gobernaban en Zaragoza. Otro acontecimiento importante que sucedió durante su mandato lo protagonizaron los mozárabes de Córdoba, a los que hicimos referencia anteriormente, quienes dirigidos por Eulegio y Álvaro, profirieron injurias públicamente contra Mahoma con el fin de alcanzar el martirio, pues tal conducta era castigada con la pena de muerte.

Su hijo y sucesor, Muhammad I (852-886) heredó un gobierno estable y próspero. Durante su gobierno y el de sus sucesores, al Mundir (886-888) y 'Abd Allah (888-912) continuaron los disturbios internos protagonizados por muladíes y mozárabes. Por entonces, el Estado omeya se hallaba en un período de prolongada anarquía provocada en su mayor parte, por los elementos indígenas descontentos con la dominación política y social de la aristocracia árabe dominante.

4.3. *El califato omeya de Córdoba (929-1031)*

Cuando 'Abd Allah muere, en octubre del año 912, deja el trono a su nieto 'Abd al-Rhaman III (912-961), quien cuando accede al trono ya contaba con una gran experiencia; además, su inteligencia y su tenacidad le van a permitir pacificar a los rebeldes y unificar un Estado con tremendas divisiones internas que, además, se encontraba amenazado desde el exterior por poderosos adversarios.

La amenaza exterior que sufría 'Abd al-Rhaman III venía tanto por el sur, protagonizada por los *fatimíes,* que deseaban gobernar ellos solos la comunidad islámica, como por el norte, pues los leoneses habían llegado al río Duero estableciendo una serie de fortalezas: Zamora, Toro, Simancas y San Esteban de Gozmar; pero 'Abd al-Rhaman III consiguió acabar con las pretensiones fatimíes, y también logró vencer a las fuerzas cristianas, dirigidas por Ordoño II de León y Sancho Garcés I de Pamplona, en la batalla de Valdejunquera (920). Asimismo, acabó con la rebelión de Umar ibn Hafsún, descendiente de muladíes, quien había llegado a formar un Estado dentro de al-Andalus en Málaga con capital en Bobastro.



Figura 5. *Surtidor de fuente. Cervatillo* (Siglo X, Córdoba).

Conseguidos estos objetivos, 'Abd al-Rahman adoptó el título de califa, en el año 929, a semejanza de sus antepasados, los Omeyas de Damasco, y añadió a su nom-

bre el título honorífico de *"al-Nasir li-din Allah"*, "el que combate victoriosamente por la religión de Allah". A partir de entonces, la oración del viernes fue pronunciada en su nombre y se comenzaron a acuñar dinares, monedas de oro, emblemas del califato y del poder del nuevo soberano. La ciudad de Córdoba se convirtió en la ciudad más floreciente de Europa, tanto por sus construcciones como por ser un centro cultural de primer orden, equiparándose a Bagdad y a Constantinopla, pues en Córdoba se dieron cita musulmanes, cristianos y judíos para traducir al árabe obras que formarían parte de la rica biblioteca califal, entre la que podemos citar la *"Materia Médica"* de Dioscórides, enviada por el emperador bizantino, Constantino, al califa 'Abd al-Rhaman III. No lejos de la capital, el califa mandó construir la famosa ciudad de *Madinat al-Zahra*, para residencia de la corte y de su familia.

Prosiguiendo sus expediciones contra los cristianos 'Abd al-Rahman III se presentó con un poderoso ejército al pie del castillo de Osma en el año 934, pero los musulmanes no se atrevieron a escalar sus riscos, por lo que los cristianos dirigidos por Ramiro II de León, lograron derrotarles haciendo uso de las saeteras de la fortaleza, por donde enviaban el dardo, táctica que fue dada a conocer posteriormente a los cruzados. Poco tiempo después, 'Abd al-Rhaman III sufrió una terrible derrota, después de un violento enfrentamiento que duró varios días, en las proximidades de Simancas (939). No obstante, las luchas internas que se produjeron entre navarros, castellanos y leoneses pusieron fin a los enfrentamientos entre musulmanes y cristianos. Por otra parte, para acabar con las rivalidades existentes en su reino entre árabes qaysíes contra qalbíes, o de árabes contra beréberes, constituyó un grupo de esclavos, *saqaliba,* encuadrados en las milicias del califa; en su mayoría procedían de los países eslavos y eran cautivos hechos en las guerras del Este de Europa, llegaron a aprender la lengua árabe, solían convertirse al Islam y llegaron a desempeñar un papel cada vez más relevante.

Su hijo y sucesor, al-Hakam II (961-971) condujo al califato a su momento de mayor esplendor, manteniendo la paz y la estabilidad de la que en sus últimos años disfrutó su padre. Pasó a la Historia como erudito y amante de la paz y de la cultura. Fue un gran bibliófilo, llegando a contar su biblioteca con más de cuatrocientos mil ejemplares. Fundó una escribanía y un taller de encuadernación. Fue un hombre devoto, prestó atención a los indigentes y mandó construir un centro de caridad cerca de la mezquita; realizó numerosas construcciones para el pueblo y amplió la mezquita de Córdoba, realizando la ampliación más bella, decorando el *mihrab* con bellos mosaicos bizantinos que le había enviado Constantino VII, emperador de Bizancio. Córdoba se convirtió en la ciudad más importante de Europa, fue la primera ciudad de la Península que tuvo pavimentada sus calles, alumbrado público nocturno y alcantarillado.

Cuando Al-Hakam II muere, sólo tiene un hijo, todavía pequeño, Hixam, nacido de su concubina vascona, Subh (Aurora), quien dominó el reinado de su hijo, débil e incapaz, hasta que Ibn Abi 'Amir, su visir, en quien ya en vida delegó al-Hakam II muchas de sus funciones de gobierno, tomó por sí mismo las riendas del poder. Esta mujer hizo variar el curso de la historia, pues ejerció el poder de manera indirecta en vida de su marido y directamente después de su muerte. Subh que había sido prisionera de guerra logró hacerse con las riendas del poder, no sólo por su belleza, sino también por su inteligencia, intelecto y cultura.

Ibn Abi 'Amir reconoció a Hixam II como sucesor (976-1002), pero arrogándose él todos los poderes, tomó el título de "*al-Mansur bi-llah*", Almanzor, "el victorioso por Allah" acabando con todos los posibles enemigos. Dirigió varias campañas contra los cristianos, saqueó Zamora, llegando hasta Simancas y León; pero las expediciones más relevantes fueron las que emprendió a Barcelona (985) y a Santiago de Compostela (997), siendo ésta la más espectacular por su resonancia en el mundo cristiano. La última campaña de Almanzor tuvo lugar en el verano del 1002 por tierras riojanas, en el curso de la cual saqueó e incendió el monasterio de san Millán de la Cogolla. Al regreso de esta expedición murió camino de Medinaceli ese mismo año.

Desde entonces y hasta el año 1031 cuando se puso fin al Califato de Córdoba, se producen graves disturbios políticos que motivaron la sucesión de una serie de gobiernos de califas que fueron depuestos y reinstalados hasta



Figura 6. *Arqueta Hixam II* (Catedral de Gerona).

dos o tres veces, lo que dio lugar a que en algunos lugares jefes independientes se fueran haciendo con el poder, que dieron lugar a la formación de los llamados Reinos de Taifas.

4.4. *Los Reinos de Taifas. Llegada de tribus africanas*

Al romperse la unidad política del califato, aparecieron numerosos Estados menores, de corta duración, llamados Reinos de Taifas, gobernados por elementos étnicos distintos: así por ejemplo, los beréberes, lograron hacerse con las regiones del sur y entre ellos destacan los *Hammudíes* de Málaga y los *Ziríes* de Granada; los eslavos que se hicieron con el poder en el este: Almería, Valencia, Tortosa, Denia y Baleares; y, por último, los *baladíes*, de abolengo árabe o beréber que residían desde mucho tiempo atrás en el país o los *muladíes*, árabes autóctonos, como los Banu Hud de Zaragoza o los Banu di'l-Nun de Toledo. No obstante, a pesar de la debilidad política, el período de los reinos de taifas fue una época de florecimiento cultural y muchas cortes se convirtieron en centros de erudición, filosofía, ciencia y literatura, como sucedió en Sevilla durante el gobierno del rey al-Mu'tamid; se dice que Sevilla en el siglo XI era el paraíso de los poetas y Toledo de los científicos, porque en ella se encontraba la denominada "Escuela de Traductores" que alcanzó su cenit en el siglo XIII durante el gobierno de Alfonso X.

Durante un tiempo los reinos de taifas más poderosos fueron absorbiendo a los más débiles. Muchos de ellos no pudieron resistir la presión que por entonces sufrían de los reinos cristianos por lo que decidieron pedir ayudada a las tribus poderosas que gobernaban en el Magreb, de manera especial después de que, en mayo de 1085, el rey Alfonso VI se apoderase de la taifa de Toledo.

Los primeros en acudir a la petición de ayuda para frenar el avance cristiano fueron los Almorávides, (*al-murabitun*, hombres habitantes del *ribat*) a quien no les desagradó la idea y después de establecer una serie de condiciones mediante las cuales se comprometían a respetar la soberanía de los reyes de taifas, cosa que no cumplieron, el ejército africano desembarcó en Algeciras en 1086. El primer enfrentamiento con Alfonso VI tuvo lugar en Zallaqa, cerca de Badajoz, en el cual el almorávide Yusuf ibn Tasufin se impuso a los cristianos. Poco tiempo después (1088), acudieron también a la ayuda solicitada por al-Mu'tamid, rey de la taifa sevillana, enfrentándose en Aledo, serranía de Murcia, a los cristianos a los que no pudieron vencer. Habiendo regresado de nuevo a África, Yusuf tuvo noticias de que los reyes de taifas habían establecido pactos con los cristianos, por lo que, esta vez sin ser llamados por nadie, volvieron a al-Andalus, siendo muy bien

acogidos por los alfaquíes andaluces, especialistas en leyes, que consideraban a los Almorávides como restauradores del Islam en la España musulmana y declararon la necesidad de que depusieran a los reyes de taifas. Yusuf fue apoderándose poco a poco de las taifas del sur, dando fin al poder de varias dinastías: entre ellas a al-Mu'tamid de Sevilla; suplantó a los Banu Hud en Zaragoza; y si bien no pudo tomar Valencia, defendida por el Cid, los almorávides entraron en la ciudad después de su muerte.

Le sucedió su hijo 'Alí ben Yusuf (1106-1143), quien, volcado en las cuestiones religiosas, se mostró muy deferente con los alfaquíes a los que concedió decretos contra los mozárabes, poniendo fin a la política de tolerancia mantenida hasta entonces. Muchos de ellos se refugiaron en la corte de Alfonso I el Batallador, y otros se vieron obligados a marcharse al Magreb. Esta intolerancia de los alfaquíes también se dejó sentir entre las gentes de su religión, pues por entonces mandaron quemar en Córdoba y en otras ciudades las obras del importante teólogo y filósofo musulmán al-Ghazzali.

De vuelta a Marruecos, confió el mando militar de al-Andalus a su hermano Tamin, quien fijó su residencia en Granada. Prosiguiendo sus enfrentamientos con los cristianos, asedió la plaza de Uclés, donde murió el único hijo varón de Alfonso VI. No obstante, el fracaso de la administración almorávide se ponía de manifiesto en casi todas las manifestaciones de la vida, pues, de nuevo, para cubrir los gastos militares se cobraron impuestos, lo



Figura 7. *Batalla de las Navas de Tolosa por Van Halen*
(Palacio del Senado, Madrid,

que provocó revueltas en las ciudades. La población que con tanta ilusión había acogido a los almorávides, comenzaba a darse cuenta de que en nada habían mejorado con el cambio. Fueron derrocados en el Magreb por los almohades, quienes poco a poco se apoderaron de los territorios que los almorávides gobernaban en al-Andalus.

El almohade Abu Ya'qub Yusuf estableció su capital en Sevilla, ciudad que gozó de las preminencias de la capital de un gran imperio (1170), donde mandó construir el Alcázar, dotó a la ciudad de numerosos baños, mezquitas y mercados, de los que hoy quedan muchos testigos, como la llamada, actualmente, Puerta del Perdón. Su hijo y sucesor Yusuf Ya'qub al-Mansur llevó a cabo la espléndida ampliación de Sevilla que ya había iniciado su padre. Mandó construir una gran mezquita con su minare (La Giralda), semejante al levantado en la Kutubiyya de Marrakech de estricto estilo almohade. La ciudad de Sevilla gozaba de un considerable bienestar debido a la producción de aceite de oliva, promovida por los soberanos almohades.

En su gobierno se recrudecieron las medidas tomadas frente a los cristianos, por lo que muchos mozárabes huyeron hacia el norte agobiados por la presión económica a la que se vieron sometidos; también obligó a los judíos a llevar distintivos en sus vestimentas. En 1195 derrotó a los cristianos en la batalla de Alarcos, pero este hecho motivó que el papa Inocencio III llamase a todos los cristianos a acudir a una "cruzada" conjunta frente a los almohades, el enfrentamiento tuvo lugar en 1212 en la conocida batalla de las Navas de Tolosa (Jaén).

Los califas que le sucedieron, faltos de energía y autoridad, no pudieron hacer frente a las revueltas protagonizadas por las tribus beréberes en el norte de África, pasando el poder a los Banu Marín, benimerines. El rey de Murcia expulsó a los almohades de buena parte de las tierras de al-Andalus. En 1236 Fernando III se apodera de Córdoba, en 1246 de Jaén, y dos años más tarde de Sevilla. En 1292, Sancho IV toma Tarifa, dando comienzo a un largo conflicto por el control de Gibraltar que concluirá con la toma de Algeciras en 1344. Por otra parte, Jaime I de Aragón, conquistaba Mallorca en 1229, Menorca en 1232, Ibiza en 1235 y Valencia en 1238; por lo que a finales del siglo XIII sólo quedaba en poder de los musulmanes el reino de Granada.

4.5. *Dinastía nazarí*

Aprovechando el desconcierto que se produjo al desmoronarse el Imperio Almohade, los habitantes de Arjona, pequeña localidad situada en las proximidades de Jaén, proclamaron sultán al jefe de su comunidad Muhammad b.

Yusuf b. Nasr, el 16 de junio de 1232, pero para que este acto tuviese legitimidad, se puso bajo el mando del soberano de Ifriqiya, dando comienzo al gobierno de la dinastía nazarí. Poco a poco fue ampliando su autoridad sobre las ciudades de Jaén, Porcuna y Córdoba, uniéndose también Guadix y Baza e incorporando la ciudad de Granada en 1238, donde trasladó su capital, a la que acudieron muchos musulmanes después de que los cristianos recuperaran importantes poblaciones, que habitaron el conocido barrio del "Albaicín".

Los sucesores de Muhammad I intentaron mantener un difícil equilibrio entre los castellanos que luchaban por el control del Estrecho y la injerencia creciente de sus aliados meriníes. Pero sería a la muerte de Muhammad IV (1333) cuando se inicia el período de esplendor de esta dinastía con la llegada al poder de Yusuf I (1333-1354), a pesar de que, durante su gobierno, los musulmanes sufrieron una tremenda derrota frente a los cristianos a orillas del río Salado (1340). Durante su mandato se construyó en la Alhambra la famosa "Puerta de la Justicia", y una gran parte del palacio real, al levantarse el "Cuarto o palacio de Comares" que consta de dos patios: el Mexuar, para la administración de justicia, y el de los Arrayanes. También por entonces se crea la *madrasa yusifiyya*, universidad religiosa a la que acudieron no sólo los estudiantes del reino nazarí, sino también muchos magrebíes atraídos por la generosidad del monarca.

Con su hijo y sucesor, Muhammad V (1354-1359 y 1362-1391), se inicia un período de paz y prosperidad. Este monarca se esforzó por mantener relaciones amistosas con Castilla, concertó treguas y pagó tributo a Pedro I,



Figura 8. *Tintero* (siglo XIV. I.V.D.J., Madrid).

así como con los mamelucos de El Cairo, con los *hafsíes* de Túnez y con los soberanos de Tlemcén. También durante su reinado se produjeron importantes modificaciones en el palacio de la Alhambra al construirse el llamado "Cuarto de los leones" con sus dependencias anexas, la sala de los Abencerrajes y la sala de las Dos Hermanas.

Sin embargo, el siglo XV se inicia con la reanudación de los enfrentamientos entre nazaríes y castellanos, dando comienzo a una etapa de crisis que conducirá a la desaparición del reino nazarí de la Península, tanto por las crisis internas que se produjeron en el reino de Granada, como por la fuerza de los reinos cristianos al unirse Castilla y Aragón mediante el matrimonio de Isabel y Fernando. Durante el reinado de Boabdil el Islam quedó eliminado definitivamente de la Península Ibérica.

5. Florecimiento cultural y transmisión de la conocimientos árabes a Occidente

Cuando los árabes salen de la Península Arábiga no contaban con ninguna tradición artística, por lo que se impregnaron de los elementos que encontraron en los pueblos conquistados que provenían de antiguas civilizaciones: helénica, pérsica y sánscrita; asimilaron, tradujeron, estudiaron y conservaron las obras de la cultura griega, persa e india que llevarán consigo a la Península Ibérica. Este conocimiento que adquirieron junto a los trabajos e investigaciones llevadas a cabo por los grandes sabios árabes y judíos a lo largo de la dominación musulmana, posibilitaron un movimiento cultural de suma importancia en los siglos medievales. Los musulmanes fueron los trasmisores de los conocimientos de Oriente a Occidente, de ahí que el arabista Juan Vernet publicase una obra significativa: *Lo que Europa debe al Islam.*

A mediados del siglo VIII, el califato 'abbasí en su momento de mayor auge y esplendor funda en Bagdad la llamada "Casa de la Sabiduría" (830) dotada de una importante biblioteca y de un observatorio astronómico. En ella se tradujeron importantes y numerosos libros científicos y filosóficos traídos de Bizancio. Se tradujeron al árabe las obras de la filosofía griega, a la que acudían los maestros más relevantes: al-Kindi (m. 870), considerado como el primer representante de la filosofía propiamente del Islam; al-Farabi (872-950) nacido en el Turkestan occidental fue la figura más sobresaliente del llamado "siglo de Oro", estudió en Bagdad y fue un gran conocedor de las obras de Platón y Aristóteles. Su obra fue continuada por Ibn Sina (Avicena) famoso médico y filósofo, nacido cerca de Bujara, que dejó escritas una ingente cantidad de obras.

En la primera mitad del siglo IX destaca una figura de vital importancia para el conocimiento matemático, como lo fue al-Jwarizmi, bagdadí de ori-

gen persa (813-846), pues con su obra influyó en el pensamiento matemático más que cualquier otro escritor medieval. Fue el padre de la aritmética y del álgebra. Su obra titulada *"El cálculo de la integración y la ecuación"* fue traducida al latín en siglo XII por Gerardo de Cremona, siendo utilizada hasta el siglo XVI como texto básico matemático en las universidades europeas, y sirvió para introducir en Europa la ciencia del Álgebra y con ella su nombre, del que procede la palabra que en varias lenguas europeas nombra los signos que expresan cantidades, *algoritmos*. La obra aritmética de al-Jwarizmi fue la primera que usó en árabe los números indios, en la que junto con los nueve signos numerales figura el cero (esta palabra procede de una latinización del árabe *cifr,* que era a su vez una traducción del hindi, *sunya*, "vacio"). Sus obras se tradujeron en Toledo al igual que otras muchas.

También en el campo de la medicina, muchos de los textos traducidos en Toledo fueron los manuales en los que aprendieron los médicos europeos durante la Edad Media; entre los autores más destacados, figura el persa Al-Razi (865-925), gran conocedor de la medicina griega, a quien se le atribuye el descubrimiento del ácido sulfúrico, de enorme importancia para el desarrollo de la química moderna. Hizo el primer estudio sobre la viruela dis-



Figura 9. *Dibujo de un manuscrito sobre las enfermedades del ojo* (obra de al-Mutadibi, siglo XIII).

tinguiéndola del sarampión. Fue jefe del *maristán* (hospital) fundado en Bagdad en el año 918. Otra de las máximas autoridades médicas en el mundo islámico fue el citado Avicena, una de las 43 obras que escribió, el *Canón,* fue traducida al latín por Gerardo de Cremona, fue el libro de texto que se utilizaba en las universidades de París y Lovaina hasta mediados del siglo XVII. La traducción al latín del *"Libro de Óptica"* de Alhacén (965-1040), gran físico iraquí, considerado como el padre de la óptica por sus trabajos realizados con lentes, espejos y sus refracciones fueron importantes para la invención de las gafas en Italia, cuyo uso se generalizó en el siglo XIII.

La literatura araboislámica, a diferencia de las adquisiciones científicas que fueron producto de las traducciones y estudios de las principales obras de la antigüedad, fue puramente autóctona. Considerándose el Corán como el primer monumento de la prosa árabe. Pero éste por ser revelación divina, no puede equipararse con ninguna producción literaria humana. Fue a partir del siglo VIII cuando comenzaron a escribirse libros destinados a instruir al lector y, a la vez, a educarle y divertirle, por lo que fueron escritos en un lenguaje claro e inteligible para la mayoría. El más antiguo de estos escritos es una traducción del Panchatantra (del pahlavi al árabe) conocido con el nombre de *Libro de Calila y Dimna*. Su traductor fue el iraní Ibn Muqaffa (720-757) a quien se considera uno de los creadores de la prosa literaria en lengua árabe. La primera traducción al castellano fue mandada hacer por el rey Alfonso X, en torno al 1251. También tuvo su influencia en la literatura occidental, el famoso cuento de "Las Mil y una noches" que fue traducido a las lenguas europeas en el siglo XII, fue impreso en más de 300 ediciones en todas las lenguas de Europa, por lo que los cuentos de "Simbad el Marino", "Aladino y la lámpara maravillosa" o "Alí Babá y los cuarenta ladrones" son conocidos por todos los niños europeos.

En al-Andalus hubo un florecimiento cultural importante en época taifa, especialmente en la taifa de Sevilla donde se reunieron prestigiosos poetas como el propio emir al-Mu'tamid, Ibn Zaydun y su amada, la princesa y poetisa Wallada. Siendo Ibn Hayyan (987-1070) el más importante de los historiadores hispanomusulmanes. También destacó por su famosa obra *"El collar de la Paloma"* el cordobés Ibn Hazm (994-1064), donde nos cuenta cómo amaron los andalusíes cuando los omeyas reinaron en al-Andalus. Junto a estos autores, destaca también por esta época el famoso médico Avenzoar, por ser uno de los primeros que hizo una separación entre la práctica de la cirugía y la preparación de los medicamentos, anticipándose de este modo a la posterior separación entre medicina, cirugía y farmacia. También durante el gobierno de los almohades florecieron grandes filósofos como Ibn Tufayl de Guadix (m. 1085); Ibn Arabi de Murcia 1164-1240) el mayor representante del sufismo en al-Andalus, y de manera especial, el cordobés Averroes (1126-1198) el más grande de los filósofos árabes, entre cuyas obras destaca-

mos sus "*Comentarios a Aristóteles*". Sus trabajos fueron puestos en los planes de estudio de las principales ciudades europeas. Sus obras fueron quemadas por los almohades, al ser acusado de herejía fue desterrado a Marrakech, donde murió. La cultura árabe dejó su impronta en la estructura de la filosofía medieval, judía y cristiana.

Por otra parte, la ciudad de Toledo desempeñó un papel de suma importancia en la transmisión del saber oriental, griego y árabe a Occidente, gracias a la llamada "Escuela de Traductores", aunque parece ser que nunca existió como tal, y, además, no sólo estuvo dedicada a la traducción pues allí se compusieron obras de gran valor literario y científico. Las traducciones que se hicieron en Toledo fueron posibles por la disponibilidad de numerosos manuscritos de que disponía ya que en esta ciudad se guardaron parte de los ricos fondos bibliográficos de la biblioteca de al-Hakam II, procedentes de Córdoba; por su situación geográfica y por la existencia de una población mozárabe y judía que conservaban como lengua culta el árabe. Las primeras traducciones del árabe al latín y al hebreo se realizaron bajo el patronato del arzobispo de Toledo, don Raimundo (1125-1152). En poco tiempo, la escuela adquirió buen renombre, y su fama fue tal que fue visitada como antes lo



Figura 10. *Averroes* (Fresco del siglo XV de Andrea de Buonaioto, Sta. María Novella, Florencia).

había sido Córdoba por numerosos eruditos extranjeros, entre los que figura el abad de Cluny, Pedro el Venerable, que viajó con un doble objetivo: visitar los monasterios de la orden y entrar en contacto con expertos en lengua árabe que le facilitaran el acceso al texto original del Corán. La traducción fue hecha por el judío Pedro de Toledo en 1143. En una segunda etapa, Alfonso X recogió y continuó la tradición traductora de Toledo, seleccionando él mismo las obras que consideraba debían ser traducidas. Alfonso X prescindió de la traducción latina e hizo traducciones directamente al castellano, que se convertirá en vehículo natural de la cultura.

Podemos afirmar que la traducción enriqueció a los árabes con grandes tesoros de la cultura griega, siria, india, persa y otras orientales; y también la traducción enriqueció a Europa con estos tesoros, asimilados y transmitidos con aportaciones propias por los árabes. Por lo que la influencia de la civilización islámica se extendió a todos los dominios. Fueron muchas y diversas las áreas y materias en las que se dejó sentir la transmisión de sus conocimientos. En Astronomía, las palabras técnicas empleadas en todas las lenguas europeas son todavía en su mayor parte de origen árabe, los nombres de muchos cuerpos celestes no han dejado de ser los nombres árabes empleados tal cual por los astrónomos de todos los países. El reloj de agua, clepsidra, que mide el tiempo basándose en lo que tarda el agua en caer de un tubo o vaso a otro, tiene un origen mesopotámico, lo utilizaron en Grecia y Platón lo perfeccionó. Este reloj, que recordemos el califa Harun al-Rasid regaló a Carlomagno, desplazó a los relojes de sol, y fue utilizado en Europa hasta la llegada del reloj de péndulo 1656.

Por lo que respecta a la agricultura, y teniendo en cuenta que el agua es fuente de vida y elemento imprescindible, y que su aprovechamiento es de vital importancia. Debemos mencionar que los árabes trajeron a al-Andalus la agricultura india de regadío, gracias a la cual se introdujeron cultivos como el arroz, que junto con el pan era el elemento principal de la dieta; la caña de azúcar, los cítricos: naranjas y limones; y el melón de agua (sandía), verduras como berenjenas, alcachofas, acelgas, espinacas; e higos y almendras, cuya alta producción permitió su exportación.

En este sentido, los árabes extrajeron el agua que necesitaban utilizando infraestructuras ideadas en la Antigüedad clásica. Conocieron bien las técnicas del control del agua y las prácticas de irrigación, que remodelaron de manera decisiva y duradera en los espacios agrícolas y en el conjunto del paisaje mediterráneo. Los musulmanes aportaron desde el Yemen y Siria-Palestina las técnicas de conducción del agua por *qanats* subterráneos, presas o los cigoñales. El modelo de las norias fue tomado de los sirios y fue introducido por los omeyas, algunas norias han perdurado hasta nuestros días, como la existente en Córdoba junto al Guadalquivir.



Figura 11. *Almohada de doña Berenguela* (Monasterio de las Huelgas, Burgos).

Los monarcas del siglo IX impulsaron la copia de la moda textil iraquí, por ejemplo, Ziryab introdujo, entre otras modas, el uso de telas trasparentes, propias de las mujeres acomodadas. Fue muy frecuente entre los nobles leoneses vestirse con sedas de colores traídas de Oriente. Recordemos que la seda se conoció en Siria en época del emperador Justiniano y fue introducida en al-Andalus en la segunda mitad el siglo VIII, donde alcanzó una enorme popularidad la producción de seda de Jaén. Sabemos que al-Hakam II envió al rey cristiano Ordoño IV un *burnus* o albornoz, bordado en oro y con la borla del capuchón en forma de almendra, realizada en oro macizo y adornada con perlas y jacintos. Hubo algunos monarcas a los que le gustaba vestir al modo musulmán, tal fue el caso del emperador Federico II que cuando murió, a mediados del siglo XIII, fue enterrado con una túnica bordada en oro con inscripciones arábigas; o el mismo rey castellano, Enrique IV que se vistió en muchas ocasiones según el gusto musulmán.

También son de procedencia oriental las técnicas de curtido para la producción de pieles blandas como el guadamecí, piel curtida de carnero o vaca; o el cordobán, piel de cabra, más gruesa y moldeable. Otra técnica traída por los musulmanes fue la fabricación del papel, su origen es chino y llegó a al-Andalus a mediados del siglo X, siendo Jativa, el principal centro productor. También se conoció a través de los musulmanes la fabricación del vidrio, originario de China.

Hoy día se conservan en las ciudades elementos característicos de la ciudad musulmana: pasadizos que comunicaban la mezquita y el alcázar; y en las ciudades cristianas, pasadizo que une la catedral con el palacio arzobispal; o los balcones o saledizos, y el patio central de la casa donde había un aljibe para recoger el agua de la lluvia.

Los cristianos también acogieron instrumentos musulmanes traídos por los musulmanes: el *adufe* o pandero; el *bandair*, pandereta; el *añafil*, trompeta larga, recta y cilíndrica; el *rabel*, viola pequeña de tres cuerdas; o el *atabal*, tamborcillo o timbal.

Aunque en términos generales se admite que el patrimonio intelectual de los griegos llegó a Occidente después de haber sido estudiado en el Próximo

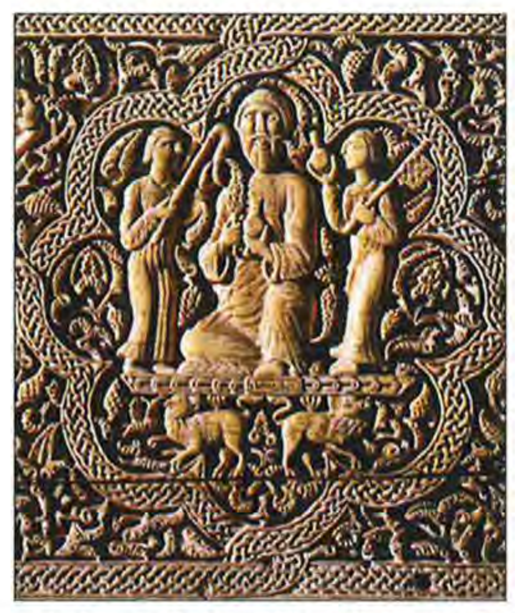


Figura 12. *Arqueta de Leyre. Hixam II con dos sirvientes* (1005, Córdoba. Museo de Navarra. Pamplona)

Oriente, siendo evaluado por los sabios del islam y sus filósofos quienes lo enriquecieron en sus comentarios y en su crítica textual, y permitieron que llegase a Europa, hay que afirmar que hoy día las huellas del islam en España y en Europa están sometidos a debate, por lo que en opinión de Maribel Fierro hacen falta "rastreadores" capaces de detectar las huellas del islam, así como rastreadores capaces de detectar los elementos que tomó de lo que había antes en las comunidades judías y cristianas que vivían en al-Andalus o en los reinos cristianos.

Bibliografía específica

ARIÉ, R.: *España musulmana (s. VIII-XV)*. Madrid, Labor, 1993.

ARMSTRONG, K.: *El Islam*. Barcelona, Mondadori, 2001.

CHALMETA, P.: *Invasión e islamización*. Madrid, Maphre, 1994.

COBALEDA, Mª M.: *Los Almorávides. Arquitectura de un Imperio*. Granada, Eug, 2015.

ECHEVARRÍA ARSUAGA, A.: *Almanzor. Un califa a la sombra*. Madrid, Silex, 2011.

FIERRO, M.: "Las huellas del Islam a debate", en *Las huellas del Islam*, ed. De F. Roldán y M. Delgado. Huelva, Universidad, 2008, pp. 73-96 .

FIERRO, M.: *Abd al-Rhaman III y el califato omeya de Córdoba*. San Sebastián, Nerea, 2011.

GARCÍA MORENO, L. A.: *España 702-719. La conquista musulmana*. Sevilla, Universidad, 2013.

GÓMEZ ARAGONÉS, D.: *El esplendor del reino visigodo de Toledo*. Toledo, Covarrubias, 2014.

GUICHARD, P. y SORAVIA, B.: *Los reinos de taifas. Fragmentación política y esplendor cultural*. Madrid, Sarriá, 2006.

GUICHARD, P.: *Esplendor y fragilidad de al-Andalus*. Granada, Eug, 2015.

LADERO QUESADA, M. A.: *Europa medieval y mundo islámico. Seis estudios*. Madrid, Dykinson, 2015.

MALPICA, A. y MATTEI, L. (eds.): *La Madraza de Yusuf I y la ciudad de Granada. Análisis a partir de la arqueología*. Granada, Eug. 2015.

MANZANO MORENO, E.: *La corte del califa. Cuatro años en la Córdoba de los omeyas*. Barcelona, Crítica, 2019.

VILLALBA SOLA, D.: *La senda de los Almohades*. Granada, Eug, 2015.

WALLACE-MURPHY, T.: *La herencia cultural del Islam en Occidente*. Barcelona, Blume, 2007.

Películas

El destino (1997), de Youssef Chahine.

El médico (2013), de Philipp Stölzl.

La Meca por dentro (2003), Nacional Geographic.

Los cien caballeros (1964), de Vittorio Cattafavi.

Mahoma, el mensajero de Dios (1977), de Moustapha Akkad, 2010.

Capítulo 9

LA RENOVACIÓN ECLESIÁSTICA Y EL APOGEO DE LA CULTURA MEDIEVAL: LAS UNIVERSIDADES

Esquema de contenidos

1. La renovación de la Iglesia

Una vez concluido el período carolingio, la Iglesia quedó plenamente integrada en las estructuras feudales con el consiguiente intervencionismo de los poderes laicos en la esfera eclesiástica. Los grandes señores controlaban de hecho el nombramiento de los altos cargos religiosos, mientras que en Roma un reducido número de familias controlaba las elecciones papales y los cargos de la curia. En los ámbitos de poder más elevados, el reflejo de esta situación fue la marcada tendencia cesaropapista de los emperadores alemanes, es decir, partiendo del principio del origen sagrado de la autoridad imperial, la voluntad de dominar el papado. Esta práctica alcanza su punto culminante con el emperador Enrique III (1039-1056), quien no sólo

controlaba a la iglesia alemana sino que intervino en Roma imponiendo su criterio en la elección de los pontífices (Clemente II, 1046).

1.1. *La reforma gregoriana*

Al morir Enrique III, frente al cesaropapismo se alza el deseo de los papas de encabezar la reforma interna de la iglesia, partiendo del precedente que supuso la anterior reforma cluniacense. Los reformadores, agrupados en torno al papa León IX (1049-1054), pretendían contrarrestar los males derivados de la feudalización de la iglesia que eran, sobre todo, dos: el Nicolaísmo, es decir, el concubinato de los clérigos, y la Simonía, o sea, la compraventa de cargos eclesiásticos que terminó derivando en la oposición a la investidura laica. Las ideas reformadoras incluían también el fortalecimiento de la autoridad del papado y la unificación de la liturgia. En último término, el objetivo era la "libertad eclesiástica" que también incluía la inmunidad judicial del clero, la inviolabilidad de los bienes de la Iglesia y la independencia del papa frente al emperador. Se aspiraba pues a la introducción de una concepción teocrática de la sociedad y el poder: a la iglesia le pertenecía la suprema autoridad moral y el control de los actos del gobierno temporal.



Figura 1. *Gregorio VII.*

Los argumentos de la reforma se plasman en las obras de personajes de la talla intelectual de Humberto de Silva (*Adversus simoniacos*, 1058) o Pedro Damiano, y alcanzan su expresión práctica con el nombramiento del monje Hidebrando como papa (Gregorio VII, 1073-1085), quien promulgará el famoso *Dictatus Papae* (1075). Sus 27 disposiciones definen la *plenitudo potestatis* papal: sólo él merece ser llamado universal, sólo él podía nombrar y deponer obispos, sólo él tenía capacidad legislativa en la Iglesia, podía liberar a los súbditos de un soberano indigno mediante la excomunión, etc. Estos planteamientos abocaban al conflicto con el poder laico, lo que la historiografía ha denominado "la querella de las investiduras".

Pero además de sus componentes doctrinales y políticos, la reforma gregoriana, a lo largo del siglo XII, se dejó sentir en la organización y los hábitos sociales de clero. Se delimitaron diócesis y parroquias, conviene no olvidar que estamos en una época de fuerte crecimiento demográfico, por ejemplo en Inglaterra pasaron de dos mil a diez mil entre los siglos XII y XIII, se generalizó y reguló el cobro del diezmo eclesiástico, se constituyeron formalmente los cabildos catedralicios, se fijó el número de sacramentos y las obligaciones mínimas de los fieles (comunión pascual y confesión anual), se impusieron costumbres como la tregua y la paz de Dios, se sacralizaron rituales como la ceremonia de ser armado caballero, se generalizaron las peregrinaciones y el culto a las reliquias, etc.; en definitiva, un intenso proceso de sacralización de la sociedad feudal.

1.2. *Nuevas formas de monasticismo y piedad popular*

Uno de los elementos claves en este proceso de renovación, lo constituye la aparición de nuevos estilos de vida monástica. El siglo XI significa el momento de esplendor de la reforma cluniacense (1.400 fundaciones y más de once mil monjes) que, en este siglo, correrá paralela a la reforma gregoriana y contribuirá a su difusión (recuérdese que el propio Gregorio VII era cluniacense) y al restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Sin embargo, el nivel de riqueza alcanzado por la orden junto con la propia dinámica de la reforma, bloquearon sus posibilidades de expansión. La consecuencia será la aparición de nuevas manifestaciones de monasticismo más proclives a la austeridad y a una práctica espiritual alejada de la riqueza y el boato litúrgico.

La primera de estas manifestaciones fue la proliferación de casas de canónigos, sobre todo en medios urbanos y rutas de peregrinación, que adoptan para su vida en común la regla de San Agustín. Entre las más destacadas cabe citar a la comunidad establecida en Santa Genoveva de París, cuya principal figura, Hugo de San Víctor, jugó un destacado papel en la vida intelectual de la época; los premostratenses, fundados en Laon por San Norberto (1120); los cartujos de San Bruno, desde finales del siglo XI, establecidos cerca de Grenoble con una regla muy estricta (silencio absoluto, abstinencia de carne, trabajo manual); la orden de Grandmont, fundada en 1074 por Esteban de Muret; o la de Fontrevault creada por Roberto de Arbrissel en 1101.

Pero el movimiento monástico más destacado será, sin duda, el Cister, fundado en 1098 en Citeaux (Dijon) por Roberto de Molesme. La pretensión inicial del fundador no era otra que restaurar la pureza de la regla bene-

dictina. El tercer abad, Esteban Harding, redactó en 1120 la *Charta Charitatis*, regla por la que se regiría la comunidad que defiende el rechazo a la riqueza y el lujo, la simplicidad de los ritos litúrgicos, la exaltación del trabajo manual en los campos y la negativa a aceptar rentas o trabajo directo de los campesinos en las propiedades monásticas.

El crecimiento fue espectacular, en apenas sesenta años la orden contaba con trescientas casas y más de quinientas al finalizar el siglo XII. Los primitivos ideales debieron acomodarse a esta expansión acelerada y en ello fue clave la labor de san Bernardo, fundador del monasterio de Claraval en 1115 y, más adelante, de La Ferté, Pontigny y Morimond que, junto a los dos anteriores fueron las cinco abadías cabeza de la congregación.

La orden era gobernada por un abad general y un capítulo general, formado por todos los abades y que se reunía una vez al año. Además de la importancia de la orden en el terreno de la renovación espiritual, conviene no olvidar el destacado papel de los cistercienses en la expansión agraria de estos siglos, especialmente en países como Alemania y España, y en el desarrollo de la ganadería lanar, caso de Inglaterra.

Figura 2. *Esteban Harding y el abad de Saint-Vaast de Arrás depositando su abadía a los pies de la Virgen* (Museo Biblioteca Municipal de Dijon, h. 1125).

La sociedad laica también buscó nuevas vías para alcanzar mayores cotas de espiritualidad. Algunos se asociaron a la vida monástica en calidad de legos, oblatos o "conversos" con lo que contribuyeron a ampliar la capacidad laboral de los monasterios. En otros casos, surgieron agrupaciones espontáneas de vida comunitaria, especialmente entre las mujeres —las denominadas "beguinas"— también las hubo masculinas —los "begardos"—, pronto desacreditadas por la sospecha de prácticas heréticas. En las ciudades proliferaron las cofradías religiosas de laicos que celebraban actividades comunes y se prestaban apoyo mutuo; muchas corporaciones de oficios tienen su origen en estas cofradías. Pero quizás la mayor

y mejor expresión de las inquietudes espirituales de la población, fue la proliferación de eremitas que gozaron de un gran prestigio por su ejemplo de vida y sus hábitos solidarios con caminantes y peregrinos.

En último término, conectando tanto con la nueva espiritualidad monástica como con las nuevas manifestaciones de piedad popular, conviene destacar un fenómeno nuevo que arranca en el siglo XII. Nos referimos al nacimiento del misticismo femenino con figuras de la talla de Hildegarda de Bingen (1098-1179), Isabel de Schönau y, ya en el siglo XIII, las benedictinas de Helfta, entre las que sobresale Gertrudis la Grande.

1.3. *Los movimientos heréticos*

En cierto modo puede decirse que los fenómenos heréticos que aparecen en las postrimerías del siglo XII, fueron un resultado no esperado del proceso de renovación espiritual impulsado por la Iglesia. Muchos de estos movimientos surgieron sin un deseo consciente de abandonar la ortodoxia, buscando sólo el retorno a los ideales de pobreza evangélica. Por eso, a lo largo del siglo XII, la actitud de las autoridades eclesiásticas fue más de tolerancia y de aplicar medios para reconducirlos al seno de la Iglesia, que de aplicar medidas represivas. Éstas sólo llegaron cuando estos movimientos entraron en abierta contradicción con el derecho de los papas a la fijación de los dogmas, y cuando cuestionaron la disciplina y la organización eclesial.

Así, algunos movimientos iniciales como los Patarinos de Milán —uno de cuyos primeros líderes alcanzó el papado con el nombre de Alejandro II— o la revuelta comunal dirigida en Roma por Arnaldo de Brescia a mediados del siglo XII, fueron vistos incluso con simpatía hasta que desbordaron los límites de lo permisible con la introducción de elementos dualistas, los milaneses, o, en el caso de los arnaldistas, con el cuestionamiento de la autoridad papal al proponer la secularización de los bienes eclesiásticos.

Más relevante fue el movimiento o herejía Valdense, también conocido como "los pobres de Lyón", pues su fundador fue Pedro Valdo, un comerciante de esa ciudad que abandono sus bienes y posición social para dedicarse a la predicación itinerante y a la mendicidad. Al igual que en los casos anteriores, sus principios no se alejaban de la ortodoxia de la denominada pobreza voluntaria y su actividad fue tolerada. Sin embargo, los excesos verbales y los ataques al clero y a la forma de administrar los sacramentos, terminaron provocando la excomunión de sus integrantes por el papa Lucio III en 1184. A partir de ese momento, algunas de las ramas de la herejía, como

la francesa o la española, volvieron a la disciplina de la iglesia, pero otras como la italiana —los *Pauperes Lombardi*— se mantuvieron en la heterodoxia y fueron duramente perseguidas tras fracasar los intentos de conciliación del papa Inocencio III.

Pero sin duda la herejía de mayor trascendencia fue el denominado Catarismo, que fue más allá de la simple heterodoxia para convertirse en una religión distinta, enfrentada al cristianismo y con su propia organización. Su fundamento doctrinal estaba basado en el dualismo proveniente del maniqueísmo oriental que sustentaba la creencia de la lucha constante entre el bien y el mal, de manera que todo lo material y terrenal, incluida la Iglesia, es creación de este último y encarna su espíritu. Sus seguidores se organizaban en una minoría de "perfectos", obligados a la vida ascética y a la abstinencia sexual, y las masas de "fieles". Rechazaron los sacramentos tradicionales e instituyeron el denominado *consolamentum* que se administraba antes de la muerte. La división interna de sus miembros no implicaba diferencias de clase y, de hecho, en el movimiento se integraron la nobleza, habitantes de medios urbanos, elementos del clero y, más tardíamente, el campesinado.

Aunque el Catarismo se difundió extensamente por Alemania, Francia e Italia, su foco fundamental fue desde 1170 la zona del sur de Francia conocida como Languedoc, en torno a ciudades como Toulouse, Carcasona

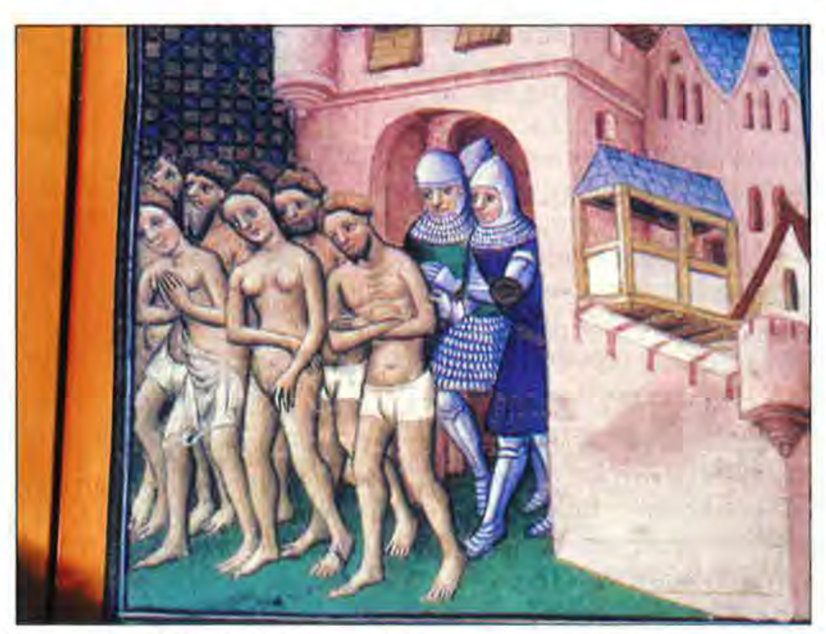


Figura 3. *Expulsión de los Cátaros de Carcasona en 1209* (Manuscrito de las Grandes Crónicas de Francia. BL Ms. Cotton Nero E II Pt2, f. 20v. Año 1415).

o Albi —de ahí el nombre de Albigenses por el que también son conocidos—, se trataba de una región próspera económicamente y en la que había tenido escasa influencia la reforma gregoriana, no así el influjo de ideas orientales propiciadas por las Cruzadas y el tráfico comercial.

El Papado fue pronto consciente del peligro que implicaba el Catarismo y arbitró medidas como el envío de legados o la organización de debates con los heréticos, en los que jugó un papel destacado el español Domingo de Guzmán en los años previos a la fundación de la Orden Dominica. Al fallar estos medios, el papa Inocencio III optó por métodos más contundentes; en 1208 predicó la cruzada contra los albigenses y requirió el apoyo del rey de Francia. La represión comenzó con la matanza de Beziers (1209) y la derrota y muerte en la batalla de Muret (1213) del rey Pedro II de Aragón que había acudido en ayuda de sus vasallos del sur de Francia. Hacia 1229 la herejía había sido derrotada siendo los principales beneficiarios, desde el punto de vista político, los monarcas franceses que incorporaron la región a sus dominios.

1.4. *El origen de la Inquisición y las Órdenes Mendicantes*

En relación directa con la represión de la herejía albigense, se sitúa la puesta en marcha de la Inquisición, que se gestó en los concilios de Verona (1184) y Avignon (1209) en los que se solicitó la ayuda de los señores laicos para combatir los movimientos heréticos y se crearon las comisiones parroquiales encargadas de denunciar a los herejes. El IV Concilio de Letrán (1215) dio un paso más al exigir a los monarcas que combatiesen la herejía en sus dominios y, por fin, en 1229, tras el Tratado de París, un Concilio celebrado en Toulouse reguló el procedimiento de encuesta para detectar a los herejes, condenados a la hoguera si no se retractaban, encargado inicialmente al obispo de cada diócesis. Para homogeneizar el sistema y evitar las diferencias entre las distintas circunscripciones, en 1232 el papa Gregorio IX decidió encomendarlas a los Dominicos, estrechamente ligados al Papado, considerando su sólida formación teológica y su independencia de los poderes locales.

Las Órdenes Mendicantes surgen en los inicios del siglo XIII como respuesta a las nuevas necesidades espirituales derivadas, en buena medida, de la expansión del mundo urbano. La primera en nacer será la Orden de Predicadores o Dominicos, hacia 1215 en Toulouse —confirmada al año siguiente por el papa Honorio III—, bajo la regla de San Agustín. Su principal objetivo será la predicación y el estudio, partiendo del principio de la pobreza evangélica y la movilidad de sus miembros. Con una estructura organizativa

fuertemente jerarquizada y centralizada, la orden era dirigida por el maestre general, cargo vitalicio (Santo Domingo lo fue hasta su muerte en 1221) y el capítulo general que se reunía una vez al año. Por debajo se constituían las "provincias", regidas por un prior provincial elegido cada cuatro años, y los conventos cuyos capítulos elegían al prior cada tres años. Su expansión fue espectacular, a la muerte del fundador ya había sesenta conventos y en 1236 cerca de trescientos. Además de su función religiosa y su actividad en la Inquisición, si por algo destaca la orden dominica es por su importancia en el desarrollo del pensamiento y la vida intelectual de la época.

La Orden Franciscana, gestada en torno a la figura de San Francisco de Asís algunos años antes que los dominicos (1209), aunque no se constituyó como nueva orden hasta 1223 cuando el papa Honorio III aprueba su regla definitiva, por la que se rigieron también las Clarisas —fundadas en 1212 por Santa Clara— y la denominada orden Tercera, surgida en 1221, que acogía a los seglares que querían vivir bajo el espíritu franciscano. Con una estructura similar a la de los Dominicos, el signo distintivo de los Franciscanos será la vocación misionera y su ideal de pobreza (algo que originó no pocas disputas en su seno). Su expansión fue aún más espectacular que la de los Dominicos: a fines del siglo XIII contaban con mil quinientos conventos, agrupados en treinta y cuatro provincias, y más de veinte mil miembros.



Figura 4. *San Francisco hablando a los pájaros*
(Iglesia de San Francisco en Asís).

Otras órdenes mendicantes de menor relieve nacidas también en estos años fueron los Carmelitas y los Agustinos.

2. El apogeo cultural

El impulso económico y el despliegue urbano que caracterizan la vida europea desde el siglo XI, se vieron acompañados de una renovación intelectual que algunos autores no han dudado en calificar de auténtico renacimiento, tras el retroceso cultural que trajo consigo la desintegración del Imperio carolingio.

2.1. *Las escuelas urbanas y la renovación de los métodos de enseñanza*

A partir del siglo XI algunas escuelas monásticas, aun manteniendo sus esquemas de educación tradicional, recuperaron su vigor merced a la conservación de sus antiguas bibliotecas y la amplia labor copista en sus *scriptoria*. A finales de esta centuria destacan las escuelas de Monte Cassino en Italia, dedicada a los estudios clásicos y a la traducción desde el árabe de autores como Hipócrates y Galeno, y Bec en Normandía, con figuras de la talla de san Anselmo.

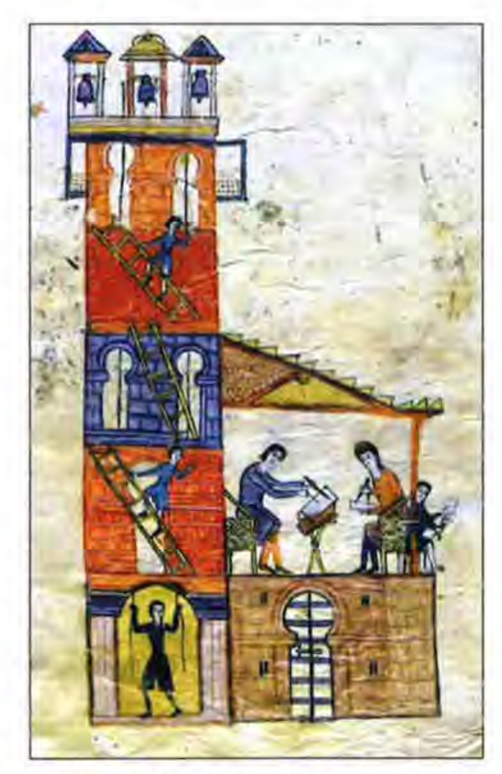


Figura 5. *Scriptorium del monasterio de San Miguel de Tábara.*

Pero la renovación de la actividad intelectual se produjo gracias al auge de las escuelas situadas en las ciudades, un hecho explicable en el marco de los cambios sociales y económicos que experimenta Occidente en estos siglos. Podían ser "escuelas urbanas" impulsadas por las autoridades municipales,

como las del norte de Italia —entre las que destacan Bolonia y Rávena, por sus estudios de derecho, o Pavía— y las especializadas en estudios médicos como Montpellier y Salerno. Sin embargo, en general se trata de las antiguas escuelas episcopales de época carolingia, que ahora se renuevan alcanzando algunas de ellas un considerable prestigio; es el caso, por ejemplo, de las de Laon, París o Chartres en Francia, Oxford, York y Canterbury en Inglaterra o Toledo en España, el mayor centro de traducción de la época.

Además del incremento del número de estudiantes y maestros, la mayoría clérigos conviene no olvidarlo, se produce una notable renovación de los métodos de estudio —ordenado con carácter general en todas las escuelas por el papa Gregorio VII en 1079, por considerarlo un elemento esencial de su reforma eclesiástica—, con la recuperación de la dialéctica a través del método escolástico: exposición de una cuestión mediante la agrupación de textos (*questio*), el intercambio de argumentos (*disputatio*) y la conclusión (*sententia*). Las materias impartidas seguían basándose en el esquema de las "siete artes liberales", divididas en el *Trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y el *Quadrivium* (aritmética, astronomía, música y geometría), a ellas se añaden otras, en los centros más prestigiosos, como la teología, la medicina y el derecho. El instrumento básico de esta renovación fue el latín, la única lengua que seguía ofreciendo la posibilidad de codificar el saber humano y que en el siglo XII alcanza su madurez medieval al tiempo que actúa como símbolo del carácter supranacional de la cristiandad.

2.2. *La creación intelectual: historia y literatura*

Al margen de las obras de factura filosófica fruto de la labor de personajes de enorme trascendencia en la evolución del pensamiento como San Anselmo, Hugo de San Víctor, Pedro Abelardo o Juan de Salisbury, de la recuperación de la obra y el pensamiento aristotélico a partir de las traducciones toledanas y de la obra de autores árabes como Averroes y Avicena, de los enormes avances en la ciencia jurídica con sus repercusiones en la organización de la sociedad y la afirmación del poder real (el "redescubrimiento" de los textos de Justiniano y su armonización con el derecho canónico —Decreto de Graciano, 1140—) y de la génesis y expansión del arte románico, todo ello fruto de la renovación religiosa y las tendencias expansivas del momento, la creación intelectual ofrece una de sus singulares manifestaciones en los escritos de los historiadores.

Si bien es cierto que no se producen avances significativos en estos siglos en cuanto a los métodos de escribir historia, también es verdad que se manifiestan algunos progresos en lo referido a la reflexión racional y a la capaci-

dad de observación, de manera que la mezcla entre lo real y lo fantástico en la obra histórica empieza a ser mucho menor. En esencia, tres son los objetivos de los escritos históricos: de índole moral —la historia como fuente de ejemplos—, religiosa —la historia como despliegue del plan divino en la tierra— y político-jurídica como base justificativa de los derechos y aspiraciones de los sectores sociales dominantes.

Ya en el siglo XI destacan algunos autores como Raúl Gabler, cuyas Historias son una excelente fuente para el estudio del pensamiento milenarista. En el siglo XII cabe mencionar a Sigiberto de Gembloux que escribe una *Chronografía* o historia general, Guibert de Nogent, historiador de las Cruzadas y también autor de una obra autobiográfica, género nada frecuente en esta época. Para el conocimiento del mundo normando es relevante la obra de Orderico Vital. También el siglo XII surgen las primeras manifestaciones cronísticas castellanas (Crónica Silense, Crónica Najerense y *Chronica Adefonsi Imperatoris*).

En el siglo XIII la labor historiográfica se sigue desarrollando al margen de los grandes centros intelectuales, centrados en el pensamiento teológico-filosófico y en los estudios jurídicos, pero presenta hitos significativos como la Historia Albigense de Pierre des Vaux o la *Chrónica Maiora* del inglés Mateo Paris. En el ámbito de la Península Ibérica hasta mediados del siglo las grandes crónicas siguen escribiéndose en latín, es el caso del *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy o el *De Rebus Hispaniae* del arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada. Será el monarca Alfonso X el promotor de los escritos históricos en lengua castellana con sus dos conocidas obras, la *General Estoria* y la *Estoria de España* o Primera Crónica General. En francés también se produce un impulso similar con los testimonios sobre la toma de Constantinopla o la biografía de San Luis de Joinville; y en catalán surgirán las primeras grandes crónicas como la de Ramón Muntaner.

En el ámbito de la creación poética en latín, la más original es aquella de corte satírico desarrollada por los denominados *Goliardos* a partir de mediados del siglo XI, estos personajes son clérigos y estudiantes sin residencia fija que expresan los valores del emergente mundo urbano. La colección más antigua de su obra que se conserva son las *Cambridge Songs*, del siglo XI, pero la más importante es la que se conoce con el nombre genérico de *Carmina Burana*, que recopila la obra de autores como el llamado Arcipreste de Colonia o Hugo de Orleans, con un tono satírico y festivo en donde abundan las críticas a la jerarquía eclesiástica o a las personas de escasa inteligencia, independientemente de su condición social, y los elogios a los lugares de diversión como las tabernas.

Con respecto al desarrollo de la literatura en lenguas vernáculas, la transcripción al papel de la tradición oral y la adaptación de temas ya escritos en latín se plasmó, en el ámbito de la poesía épica, en el surgimiento de los Can-



Figura 6. *Miniatura de la Ciudad de las Damas* (obra escrita por Cristina de Pizan).

tares de Gesta: en Francia la *Chanson de Roland*, en el ámbito germánico *Boewulf* y la Canción de los Nibelungos, en el mundo escandinavo las primeras Sagas y en la Península Ibérica temas autóctonos como el Poema de Fernán González o el Mio Cid. En cuanto a la lírica, será en la región del Languedoc (más tarde en Cataluña y en la zona galaico-portuguesa) donde los denominados temas del "amor cortés" y de idealización de la figura femenina alcancen su mayor esplendor. Aunque hay otros autores, como María de Francia, sin duda el más significativo es Chrétien de Troyes, quien fija los argumentos del ciclo artúrico y lleva el género a su plenitud.

En el siglo XIII las lenguas vernáculas alcanzan ya un alto grado de madurez. Además de seguir desarrollando la poesía épica, aparecen otras manifestaciones, bien de carácter didáctico como los "espejos" franceses (*Miroir de l'ame*, dedicado a Blanca de Castilla), bien de carácter realista y paródico como los *Fablieux* o cuentos, expresión de una primera literatura urbana y burguesa (*Roman de Renart o Roman de la Rose*, este último con un marcado carácter misógino que dará origen al final de la Edad Media a una famosa discusión entre intelectuales, Cristina de Pizan entre ellos, la denominada *Querella de las Damas*).

2.3. *Las Universidades*

Las primeras universidades surgen a comienzos del siglo XIII, a partir de la evolución de las escuelas episcopales o municipales a las que ya nos hemos

referido. En realidad, lo que hoy entendemos como universidad recibía el nombre de "estudio general"; el concepto universidad (*universitas*) hace referencia a la asociación de maestros y estudiantes en defensa de sus derechos. En tal sentido la universidad entronca directamente con las corporaciones de oficios propias de las ciudades medievales, de manera que las universidades surgen como una suerte de agrupación gremial en defensa de los derechos de sus integrantes y de su autonomía frente a los poderes eclesiásticos o laicos, que habían controlado el funcionamiento de las escuelas en el siglo anterior.

El nacimiento y evolución de la Universidad de París es un buen ejemplo de este proceso. La escuela catedralicia parisina se regía, a finales del siglo XII, por lo dispuesto en el III Concilio de Letrán (1179) que otorgaba a su maestrescuela la facultad de otorgar la *licencia docendi* a cualquier maestro que considerase apto, lo que le permitía abrir escuela y cobrar a los estudiantes. En el año 1200, a raíz de ciertos incidentes protagonizados por algunos estudiantes, el rey Felipe Augusto prohíbe al preboste parisino intervenir judicialmente en el caso, liberando de hecho a los miembros de la *universitas* de la jurisdicción civil municipal. Maestros y escolares quedaban sujetos sólo a la autoridad de obispo ejercida a través de un canciller. En los años posteriores, la corporación de maestros y escolares siguió luchando por alcanzar más autonomía: en el año 1213 el papa Inocencio III ordenó que el canciller limitara su actuación a conceder la *licencia docendi* a todos los candidatos propuestos por los maestros; dos años después el estatuto otorgado por el legado papal Robert de Courçon —antiguo profesor en París— liberaba en la práctica a la corporación de la jurisdicción episcopal. En 1231 el papa Gregorio IX otorga a los universitarios de París la bula *Parens Scientiarum*, que aseguraba definitivamente la autonomía de la institución frente a la jurisdicción civil y eclesiástica de la ciudad y la sujetaba a la protección de la Santa Sede que, a cambio, obtenía la alianza del poder cultural, instrumento esencial en la lucha contra los movimientos heréticos.

También a partir de una floreciente escuela episcopal surgirá la Universidad de Oxford. El proceso fue similar al de París pero más fluido y sin demasiados enfrentamientos ya que, aunque también desde 1214, la dependencia de la autoridad episcopal se articulaba a través de un canciller, éste era siempre uno de los maestros de la universidad y su capacidad jurisdiccional y de otorgamiento de licencias se hacía siempre con el acuerdo de la comunidad universitaria; era pues más un rector, tal y como hoy lo entendemos, que un delegado del obispo.

El caso de la Universidad de Bolonia es diferente. Su origen arranca de la prestigiosa escuela municipal especializada en derecho y famosa ya en el siglo XII. Sus maestros nunca formaron una corporación y siempre recibieron su salario del municipio. La originalidad de Bolonia radica en que estaba controlada por los estudiantes, organizados en naciones en función de su proce-

dencia con un rector al frente de cada una de ellas. Los maestros sólo tenían competencias en lo relativo a los exámenes. También aquí el apoyo papal fue permanente y alcanzó su máxima expresión cuando el papa fue reconocido como señor de Bolonia en 1278.

A imagen de estos tres centros pioneros surgieron, a lo largo del siglo XIII, numerosas universidades muchas de ellas derivadas de antiguas escuelas episcopales. En Italia destacan la de Padua —nacida en 1222 de una secesión de Bolonia—, Nápoles y Salerno, impulsadas por Federico II (1124, 1231) y Roma (1244). En Francia Orleans (1229), Toulouse (1245), creada para luchar contra la herejía albigense, y Montpellier (1220), especializada en Medicina. En Inglaterra Cambridge (1209) y en la Península Ibérica Palencia y Valladolid (1212) y, sobre todo, Salamanca (1227) y, más tarde Alcalá (1293).

2.3.1. *La organización de los estudios y la vida universitaria*

Un modelo típico de organización universitaria fue el desarrollado en los citados "Estatutos" de Robert Courçon para la Universidad de París, confirmados por Inocencio III hacia 1215. La universidad se dividía en cuatro facultades, bajo la dirección de un decano (el maestro más antiguo o el de mayor edad), que agrupaban a estudiantes y maestros de la misma disciplina. Dichas facultades eran las de artes, decretos (derecho), medicina y teología que se constituían como corporaciones autónomas. La más importante era la facultad de artes, por ser la más numerosa y contar también con los mayores ingresos. Su decano era el rector de toda la universidad y era elegido por cuatro procuradores que constituían su consejo permanente. Estos procuradores eran a su vez elegidos por cada una de las cuatro naciones en que se dividía la facultad de artes, según la procedencia geográfica de sus alumnos: picarda (Flandes y Países Bajos), francesa (Francia, Península Ibérica, Italia y Grecia), normanda e inglesa (Inglaterra, Alemania, Países Escandinavos y territorios de Europa Central). El rector, ostentaba la representación institucional de todas las facultades, presidía el claustro general de los maestros y ejercía poder arbitral en caso de conflicto.

El ciclo de estudios, según estos estatutos, se iniciaba hacia los 14 años en la facultad de artes y constaba de seis cursos —unos 140 días lectivos anuales— con otros tantos exámenes a superar ante un jurado de maestros de la nación correspondiente. En el segundo curso el alumno debía someterse a un tribunal especial y defender una "determinatio", lo que permitía alcanzar el grado de bachiller. Concluida esta fase, comenzaba su labor docente supervisada por el titular de cátedra en que se hallase inscrito. Al culminar el sexto curso obtenía el grado de "magister" en artes, con la consiguiente "licentia docendi".

Hacia los 20 años podía continuarse con un segundo ciclo de estudios, también de seis cursos en las facultades de decretos o medicina y doce en la de teología .En el caso de decretos y medicina se alcanzaba a los seis años el título de doctor, tras superar los correspondientes exámenes. En el caso de teología además se dedicaban dos cursos al comentario y enseñanza de las Sagradas Escrituras, otros dos a las "Sentencias" de Pedro Lombardo y dos más a la enseñanza de la teología en general. Los estudios culminaban con un examen ante el conjunto de maestros de teología de la universidad presididos por el canciller. Eran precisos al menos dos tercios de los votos pare ser investido como maestro en teología y obtener la correspondiente *licentia docendi*. En una solemne ceremonia posterior, el doctor recibía los atributos de su grado (cátedra, libro, anillo de oro, toga y birrete). Antes de los 35 años era imposible, salvo raras excepciones, obtener el título de maestro en teología.

En relación con los materiales de estudio, se trataba generalmente, como actualmente, de manuales de carácter instrumental cuyo contenido era materia obligada de estudio. Para los bachilleres de teología, y aparte de la Biblia o los Santos Padres, destacaron especialmente las "Sentencias" de Pedro Lombardo. En medicina se estudiaba a autores clásicos como Hipócrates y Galeno, aunque a lo largo del siglo XIII, se fueron añadiendo otros de origen árabe como Averroes o Avicena. El *Decretum* de Graciano y las diversas colecciones de decretales pontificias eran de estudio obligado para los alumnos de derecho canónico, mientras que los civilistas se basaban en el *Corpus Iuris* de Justiniano.

Interesa destacar también los nuevos sistemas de difusión del libro desarrollados al calor de la demanda estudiantil. Las universidades contaban con talleres especializados en la copia de originales, mediante el sistema de cuadernillos sueltos o "pecias" escritos sobre pergamino y, progresivamente, también en papel, con un cada vez mayor uso de la escritura cursiva gótica y las abreviaturas. Por esta última razón, las copias debían ser homologadas por los bibliotecarios de la universidad, que custodiaban los originales en bibliotecas con unos fondos que oscilaban entre los varios centenares y el millar para los grandes centros universitarios; por su parte, los maestros disponían de bibliotecas particulares de menor tamaño.

Los estatutos universitarios ofrecen valiosa información sobre las medidas tendentes a facilitar la vida de los estudiantes. Oxford y Bolonia, por ejemplo, intervinieron ante las autoridades locales para regular el precio de los alquileres de casas y habitaciones. Para ejercer un mayor control sobre los estudiantes, surgieron a lo largo del siglo XIII numerosos colegios mayores dependientes de las universidades. Los más famosos fueron los parisinos, como el de San Honorato (c.1208), el de Montmorency (c.1202) y, sobre todo, el de la Sorbona, fundado en 1256 por Roberto de Sorbon y que terminaría por dar nombre a toda la Universidad de París.



Figura 7. *Documento fundacional de La Sorbona* (Archivos Nacionales, París).

En cuanto a los salarios de los maestros, inicialmente el sistema más frecuente fue la denominada *collecta* o pago directo de los alumnos al profesor, en cumplimiento de las condiciones señaladas en un previo contrato escrito. En Italia este sistema se mantuvo, pero en Francia y en otros lugares fue reemplazado por otro basado en los beneficios eclesiásticos. Conviene no olvidar que algo como el saber es de naturaleza inmaterial y, por lo tanto, la percepción de ingresos a cambio de su transmisión podía ser considerada como una muestra de simonía. Dado que los universitarios eran jurídicamente clérigos, el recurrir al sistema de beneficios parecía lógico, entendiendo el trabajo intelectual como parte del oficio eclesiástico.

Junto a estos aspectos de índole material, conviene mencionar también otros que atienden más a lo espiritual. En este sentido, la Universidad manifestaba mediante una religiosidad propia su carácter corporativo. Los actos religiosos colectivos estaban descritos y regulados en los estatutos, e incluían la misa y el sermón dominical, las fiestas en honor de los santos patronos y devociones que, aunque no exclusivas del ámbito universitario, sí se consideraron pronto como propias; por ejemplo, la devoción a la Virgen o la fiesta del Corpus Christi.

Bibliografía específica

ALVIRA CABRER, Martín: *12 de septiembre de 1213. El jueves de Muret*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 2002.

AVENOZA, G. FERNÁNDEZ, L. y SORIANO, L. (eds): *La producción del libro en la Edad Media. Una visión interdisciplinar.* Madrid, Silonia, 2019.

CANTERA MONTENEGRO, M.: *Las órdenes religiosas en la Iglesia medieval, siglos XIII-XIV*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1998.

FERNÁNDEZ CONDE, F. J.: *La religiosidad medieval en España. Plena Edad Media.* Gijón, Editorial Trea, 2007.

FRASSETTO, M.: *Los herejes. De Bogomilo y los Cátaros a Wyclif y Hus*. Barcelona, 2008.

GUIJARRO GONZÁLEZ, S.: *Enseñanzas, saberes y universidades en la Europa medieval.* Madrid, Ed. Síntesis, 2018.

LADERO, M. A.: *Católica y latina. La cristiandad occidental entre los siglos IV y XVII*. Madrid, Ed. Arco Libros, 2000.

LAWRENCE, C.: *El monacato medieval: formas de vida religiosa en Europa Occidental durante la Edad Media*. Madrid, Gredos, 1999.

LE GOFF, J.: *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona, Ed. Gedisa, 1986.

MARTÍN PRIETO, P.: *La Cultura en el occidente medieval. Una síntesis histórica.* Madrid, Ed. La Ergástula, 2013.

MITRE, E.: *La Iglesia en la Edad Media. Una introducción histórica*. Madrid, Síntesis, 2003.

MITRE, E.: *Iglesia, herejía y vida política en la Europa medieval*. Madrid, 2007.

NIETO SORIA, J. M.: *La época medieval: iglesia y cultura*. Madrid, Ed. Istmo, 2001.

ORCÁSTEGUI, C. y SARASA, E.: *La historia en la Edad Media*. Madrid, 1991.

PAUL, J.: *Historia intelectual del Occidente medieval.* Madrid, Ed. Cátedra, 2003.

RÁBADE, M. P.: *Las universidades en la Edad Media*. .Madrid, Ed. Arco Libros, 1996.

VAUCHEZ, A.; *La espiritualidad del Occidente medieval (siglos VIII-XII)*. Madrid, Ed. Cátedra, 1985.

Capítulo 10

LA SOCIEDAD EN LA EUROPA MEDIEVAL: ORGANIZACIÓN Y VIDA COTIDIANA

Esquema de contenidos

1. Introducción

A lo largo de los siglos XI, XII y XIII, que conforman la Plenitud Medieval, se fue formando una nueva organización social relacionada con el dominio de nuevos espacios. Recordemos que a partir del siglo XI se produce en Europa un progreso económico y demográfico que permitió una mayor comunicación entre las tierras europeas y una división del trabajo, cuyo

efecto más significativo fue la aparición de las ciudades y la formación de una incipiente burguesía; acompañado del afianzamiento de la Iglesia en sus aspectos espirituales, jurídicos y doctrinales.

2. La sociedad trinitaria

La reorganización de la tierra trajo consigo la organización de la sociedad en tres grupos, distintos entre sí, pero que todos juntos forman parte de un orden social y, cada uno, cumpliendo su función correspondiente, colabora en el bienestar de la comunidad. Según manifiesta el obispo Adalberón de Laón en un poema dedicado al rey Roberto II el Piadoso, en 1027, la sociedad bien organizada comprende *oratores, bellatores y laboratores*. Basada en la idea expresada en el siglo VI por el papa Gregorio I el Grande, que afirmaba que "aunque la naturaleza engendra a hombres iguales, el pecado subordina los unos a los otros, según el orden variable de los méritos".

Asimismo, para Gerardo, obispo de Cambrai, el género humano se hallaba dividido en tres desde el principio: las gentes de plegaria, los cultivadores y las gentes de guerra; y cada uno es objeto, por una u otra parte, de un cuidado recíproco, por lo que los que rezan son defendidos por los que luchan, los guerreros, que garantizan su seguridad; y, por otra parte, los agricultores proporcionan mediante su trabajo el alimento del cuerpo; de esta forma, cada uno aporta, a su vez, ayuda a los otros. Por lo que el equilibrio y el buen funcionamiento de la sociedad cristiana se basaba en las buenas relaciones y en los servicios recíprocos que se prestasen estos tres grupos.

No obstante, en opinión de Miguel Ángel Ladero, la aceptación y difusión del esquema trifuncional tardaron mucho en producirse, pues en los medios monásticos del siglo XI continuó glosándose la antigua distinción entre monjes, sacerdotes y laicos. Sería a finales del siglo XII y comienzos del XIII cuando esta organización trifuncional existió como tal.

Por su parte, el historiador francés Louis Genicot afirma que la división de la sociedad en tres grupos presenta ciertas objeciones, pues no se pueden definir ni encasillar fácilmente a toda la población en grupos definidos, ni existe en ellos homogeneidad. Por lo que algunos escritores del siglo XII añadieron un cuarto orden, el de los "burgueses", habitantes de las ciudades.

2.1. *Oratores*

Los *oratores* ocupan el primer puesto de la jerarquía social. Los clérigos son los intermediarios entre Dios y los hombres. Su función es doble, por una parte, mediante su rezo, simbolizado por antonomasia en la Misa, interceden por ellos ante Dios, y por otra, mediante la predicación trasmiten a los fieles las verdades de la fe, una de cuyas formas es la enseñanza que constituyó un monopolio eclesiástico hasta el punto de que los escolares y los universitarios se acogían al fuero clerical.

Su mediación es recompensada con la entrega de tierras, animales y productos en forma de diezmos o primicias en el momento de recibir los sacramentos, o mediante donaciones en el momento de la muerte. Por lo que la Iglesia se convierte en un poder económico, de tal forma que algunos clérigos y centros eclesiásticos llegan a tener sus propios vasallos al igual que los nobles, llegando a ocupar como ellos cargos en la administración, convirtiéndose en consejeros y asesores del monarca.

El grupo formado por los "*oratores*" no fue homogéneo. Entre ellos hay que hacer una distinción entre el clero regular, que pertenece a una orden religiosa y sigue una regla, y hace votos de castidad, obediencia y pobreza personal, cuya misión consiste principalmente en rezar y meditar; y el clero secular del que forman parte los sacerdotes que no pertenecen a ninguna orden religiosa. Aunque unos y otros tienen los mismos objetivos, sin embargo, sus intereses no siempre coinciden pues se disputan el control de los fieles, y, en ocasiones, los beneficios económicos derivados de la administración de los sacramentos.

En el conjunto del clero secular hay diferencias notables. Por una parte, encontramos a los eclesiásticos que están vinculados al entorno del pontífice y constituyen la élite cardenalicia dedicada a las funciones consultivas, a la diplomacia y a la gestión de un aparato burocrático que se iba volviendo cada vez más complejo; en otro lugar, estaban los titulares de las sedes episcopales y metropolitanas, arzobispos y obispos, asistidos por los canónigos, que se ocupaban de la ordenación de clérigos, de las visitas canónicas, de las convocatorias de sínodos o de la distribución de confirmaciones; y por último, estaban los vicarios, párrocos y capellanes, de baja extracción social y, por lo general, mal formados y retribuidos.

Para el conjunto de la población, en su mayor parte campesina, la parroquia rural se convierte desde el siglo XI en un medio de solidaridad en dos ámbitos: en el religioso y en el temporal. En el primero, en cuanto que la parroquia reúne a los feligreses al menos una vez a la semana, y en ella se celebran las principales ceremonias: bautizos, matrimonios o enterramientos; y en el temporal, ya que la parroquia constituye para el campesino un

instrumento de resistencia frente a las presiones señoriales, de tal forma que, como afirma Georges Duby, la parroquia se convierte en un refugio, similar al del "linaje" para el caballero.

Al margen de los clérigos que habían accedido al presbiterado, existían clérigos vagabundos y automarginados, a los que se conoció con el término "goliardo", clérigos errantes, tendentes a la vida desordenada, que vagaban de un sitio a otro en búsqueda de beneficios, prebendas u oficios, o simplemente viajaban en busca del magisterio de otros maestros; integrado también por estudiantes pobres y pícaros que proliferarán con el nacimiento de las Universidades en el siglo XIII, en un momento en que la sociedad no lograba absorberlos profesionalmente. A los goliardos se deben las composiciones de colección de cantos conocidos como *Carmina Burana,* en los que realizan una sátira a los estamentos sociales y eclesiásticos, y ensalzan el gozo por vivir y por los placeres terrenales. La literatura goliárdica fue la semilla de una corriente literaria de elevado nivel cultural escrita en latín medieval que se divulgaba junto a la literatura popular escrita en lengua vernácula. A menudo, solía acompañarse de música y se cantaba en las tabernas, aulas y en los cruces de caminos. Su actual popularidad se debió a la composición musical del músico alemán Carl Off en 1936, y que inmortalizó la película Excalibur.



Figura 1. *La rueda de la fortuna* (Carmina Burana).

2.2. *Bellatores*

Este grupo lo forman los hombres que combaten, los guerreros, imprescindibles en una sociedad amenazada e insegura. Constituían la minoría rectora de la vida política y militar, caracterizada por sus funciones como *miles*, caballero, y por su género de vida *nobilis*. La identificación entre aristocracia rural y caballería, o lo que es lo mismo entre señores de dominios rurales y combatientes a caballo ya era perceptible en época carolingia, pero se acentuó más a lo largo del siglo X. La "caballería", en sentido militar, era un grupo profesional, integrado por guerreros de élite que llevaban lanza o espada "en ristre" dispuesta para ser utilizada por los campos de la Europa medieval a lo largo de los siglos XI-XIV.

El equipamiento del caballero era costoso y complicado, pues incluía el mantenimiento de varios caballos de combate, su enjaezamiento y las sillas de montar; así como el propio equipamiento del caballero: espuelas, estribos, cota de malla flexible de unos diez kilos, yelmo, escudo y las armas ofensivas: lanzas y espadas, que se hicieron más largas y pesadas con el paso del tiempo. Unido al mantenimiento de un escudero que se encargaba de cuidar las armas, atender a los caballos y de asistirle en los combates, sirviéndole en la mesa y en las cacerías. Por lo cual, sólo la aristocracia rural era quien podía costear el equipo militar requerido. Con el paso del tiempo, la caballería se había transformado en una auténtica "nobleza de sangre", en una casta hereditaria, que vetaba el oficio de las armas a quienes no formasen parte de esos grupos.

Todos los caballeros pertenecían al grupo militar, pero no todos los defensores son caballeros, estadio al que sólo llegan quienes eran armados como tales en una ceremonia religiosa. La investidura de los caballeros constituía un acto de especial relevancia al que se accedía después de un ritual que tenía un valor casi sacramental, representándose mediante diversos actos litúrgicos en una ceremonia puramente religiosa por la cual la Iglesia admitía al aspirante en el seno de una caballería esencialmente cristiana. Ser armado caballero equivale casi a recibir un sacramento, según recordará el infante don Juan Manuel en el *Libro del Cavallero et del Escudero.* La Iglesia no podía admitir la guerra indiscriminada en el interior de la Cristiandad y elabora una teoría de la guerra justa, sacralizando el oficio de las armas, como ocurrió en las Cruzadas, recordemos que el papa Urbano II, en 1095, condenó a los guerreros cristianos que se mataban entre ellos, mientras que glorificó a aquellos que, por Dios, abandonaban su familia para liberar el sepulcro del Señor de manos de los musulmanes.

El caballero recibe las armas como símbolo de la nobleza de la caballería, así por ejemplo, la espada en forma de cruz significa que, así como Cristo venció con la cruz, el caballero debe destruir a sus enemigos con la espada, símbolo de la justicia; la lanza, significa la verdad, la rectitud; y su hierro simboliza la fuerza que la verdad tiene sobre la falsedad; el pendón indica que la verdad se muestra a todos y que no tiene miedo del engaño; el casco es símbolo de la vergüenza, así como la vergüenza impide al caballero inclinarse a hechos viles, el casco defiende la cabeza, la parte más noble del hombre; las calzas de hierro que protegen pies y piernas recuerda que el caballero debe de tener seguros los caminos; el escudo que se interpone entre el caballero y el enemigo es símbolo de que el caballero está entre el rey y su pueblo; extendiéndose el simbolismo a riendas, gorguera, maza, silla o caballo.

El acto de la investidura se acompañaba de fiestas y de actos ostentosos de generosidad que seduce y alaga a la aristocracia y que atraían a muchos

hombres. Al nuevo caballero se atribuyen virtudes como la lealtad al señor y la defensa de los débiles. El caballero debe tener, lógicamente, las cualidades físicas requeridas para el ejercicio de las armas, así como valor, sabiduría, buen sentido, lealtad, misericordia, castidad y humildad. A los que había que añadir nobleza de sangre, aunque en circunstancias y por méritos excepcionales, puede armarse caballero a personas no perteneciesen a la nobleza. Los hijos de los caballeros podían serlo también, pero antes debían aprender el oficio actuando como escuderos de algún caballero. En suma, el hombre que era investido como tal debía llevar un modo de vida según normas que pronto aparecieron recogidas en los tratados de caballería, siendo el primero y más completo de la Península Ibérica el recogido en la Segunda Partida de Alfonso X el Sabio. El caballero se guiaba por un código del honor y poseía una peculiar mentalidad.

Entre el estamento clerical y el nobiliario, se sitúan los miembros de las Órdenes Militares, de las que ya se ha hecho mención en el capítulo 7, que nacieron y se desarrollaron como grupos de combate que luchaban en nombre de la religión cristiana pero que no eran clérigos. La primera de ellas fue la Orden del Santo Sepulcro, fundada en Jerusalén por Godofredo de Bouillón, después de la Primera Cruzada (1098), cuyo objetivo fue proteger el Santo Sepulcro de los infieles. Después de la toma de Jerusalén por Saladino (1187), la orden se trasladó a Europa, dedicándose al rescate de cautivos cristianos que estaban en manos de los musulmanes. Luego se fundaron otras órdenes: la Orden del Temple o Templo, llamada así por poseer una casa junto al Templo de Salomón (Jerusalén); fue fundada en 1118-1119 por nueve caballeros franceses, liderados por Hugo de Payns, para proteger las vidas de los caballeros que acudían a Jerusalén, fue una de las órdenes más poderosas de la Edad Media. La Orden de los Hospitalarios, conocida también como la Orden de san Juan del Hospital de Jerusalén, fundada para cuidar y proteger a los pere-



Figura 2. *Bellatores.*

grinos. En España se fundaron en el siglo XII, las Órdenes de Calatrava, Santiago y Alcántara, y con posterioridad, se fundó la orden de Montesa (1317) en territorio valenciano, las cuales contribuyeron de modo esencial a la organización y repoblación del centro y sur de la Meseta, desarrollando un papel importante en la segunda mitad del siglo XII y durante el siglo XIII. Sus miembros utilizaban un hábito especial que fuera adecuado para cabalgar.

2.3. *Laboratores*

Para Jacques Le Goff existen varias interpretaciones contradictorias para definir este término; en su opinión, los *laboratores* constituyen la parte superior productiva e innovadora de la capa campesina y artesanal, lo que él llama "productores", pero otros piensan que los *laboratores* no están en el mismo plano que los dos grupos anteriores, a los que están sometidos, y constituyen esencialmente la masa campesina.

En un mundo esencialmente rural, la imagen del trabajador se limita necesariamente al trabajo de los campos. Posteriormente, al desarrollarse las ciudades, el trabajo se diversifica, y junto a labradores aparecen artesanos y mercaderes que por vivir en los burgos, nuevos barrios surgidos junto a las fortalezas o las ciudades episcopales, reciben el nombre de burgueses y, aunque en un principio fueron considerados como un grupo marginal dentro de la sociedad, su fuerza económica, su cultura y en muchos casos la potencia militar terminará imponiéndose y romperá, como hemos dicho anteriormente, el viejo esquema tripartito de la sociedad medieval.

El conjunto de los campesinos que vivían del trabajo en el campo tampoco formaba un grupo homogéneo, ni desde el punto de vista jurídico: libertad, servidumbre o esclavitud; ni por su situación económica. No obstante, la esclavitud tendió a convertirse en algo residual en Occidente, por lo que a partir del siglo XI la libertad del campesino fue progresando a lo largo de los siglos medievales. Muchos señores otorgaron libertades con el objetivo de estimular la producción o la puesta en explotación de nuevas tierras; en otras ocasiones, se les concedía a los campesinos la libertad a cambio de dinero. En la Europa central y oriental el proceso de liberación del campesinado fue más tardío, pues no se produjo hasta finales del siglo XIII y comienzos del siglo XIV.

La situación del campesino variaba de unos lugares a otros. No obstante, podemos afirmar que, en términos generales, una gran parte del campesinado europeo de los siglos XII y XIII vivía en unas condiciones económicas muy modestas, teniendo que tomar en préstamo los útiles de labranza

siempre que los necesitaba. En la segunda mitad del siglo XIII se produjo un acusado empobrecimiento de muchos campesinos, debido a la escasez de tierras y al crecimiento de la población, pues, a pesar de la expansión económica que se produce a lo largo del siglo, se supone que, cuatro de cada diez campesinos vivían en la miseria y otros cuatro muy modestamente. Otros estaban sometidos a pesadas cargas y duras condiciones, por lo que no podían abandonar la tierra. Así, por ejemplo, los campesinos catalanes se vieron sometidos a lo que llamaron los "malos usos", o a la obligación de pagar un rescate para abandonar la tierra *(remensa)*; sin embargo, había otros campesinos más afortunados que se habían beneficiado de la expansión agraria y poseían sus propias parcelas y útiles de labor, como los denominados *coqs* franceses, los *mighiori* italianos, o los *freibauerns* alemanes, asentados en los antiguos bosques de Turingia o Sajonia.

En la Península Ibérica la creación de señoríos vinculó a los campesinos con los señores. El campesino estaba obligado al pago de unas rentas por el disfrute de la tierra que solía pagarse en especie y cuya cuantía variaba según los lugares. Además, debían trabajar gratuitamente determinados días del año agrícola: siembra, poda o recolección, en las tierras del señor, *sernas*, dedicadas al cultivo de cereales. Asimismo, debían de contribuir con su trabajo a la reparación de los caminos y puentes del señorío, *fazendera;* debían vigilar la villa y su término para no ser sorprendidos por los ataques del enemigo, *anubda*; debían de prestar servicios como mensajeros, *mandadería;* o tenían obligación de alojar al señor y sus enviados cuando visitaban los lugares del señorío, *hospedaje*; así como darles comida, *yantar*.

Para defender sus intereses y frenar la posible arbitrariedad señorial, los campesinos crearon "comunidades aldeanas" que constituyen una de las instituciones más sorprendentes y originales de la historia social del Medievo, aunque no se conocen bien debido a la escasez de testimonios; probablemente, los núcleos iniciales de las comunidades de campesinos se formaron en torno a las parroquias, sirviendo el "atrio" como lugar de reunión.

3. Los marginados

Los intelectuales y las jerarquías de la Iglesia reexaminaron, en el siglo XIII, las condiciones que debían tener los fieles para ser admitidos en la comunidad, expulsando a aquellos que no cumpliesen lo establecido. No obstante, la figura del excluido que se forma en el período central de la Edad Media repite algunos rasgos del desterrado de los siglos anteriores.

En la Alta Edad Media encontramos en el sistema jurídico germano al desterrado, al que está fuera de la ley. El desterrado rompía los lazos de unión no sólo con su familia, sino, además, con todos aquellos que, por razón de parentesco, vecindad o simplemente de lazos duraderos en el interior de su comunidad, sentían o tenían alguna obligación de solidaridad con él. Ninguna persona podía acoger al exiliado bajo su techo ni darle alimentos. Esta decisión venía reforzada por la costumbre, expresamente confirmada por los derechos frisón, alemán, franco y bajo-sajón, que preveía la destrucción de las casas de las personas declaradas fuera de la ley.

El desterrado no existía para la justicia, estaba privado de la protección de las leyes, se le prohibía querellarse, testificar o participar en la mediación de conflictos. Estaba condenado a llevar una vida errante, siendo el bosque su único refugio. Estaba expuesto a la muerte, ya que no se castigaría a su asesino, ni tenía derecho a sepultura. En la jurisdicción del siglo XIV se perciben claramente los términos: "exclusión-exilio-vida errante", considerándose el nomadismo como una forma de vida delictiva.

La Iglesia también definió las reglas de exclusión de los leprosos, ya que, desde sus orígenes, consideraba la lepra como un castigo, como un estigma del pecado. Los cristianos de la Edad Media tuvieron una doble actitud hacia los leprosos, por un lado, eran objeto de caridad y misericordia; y por otro, un objeto de horror físico y moral. Los primeros indicios de segregación de los leprosos se encuentran en el código de Rothari de Lombardía del año 635, en el que se establecía que debían de ser expulsados de sus casas, y se autorizaba a romper cualquier promesa de matrimonio si la novia se había vuelto ciega, loca o leprosa. Posteriormente, los cánones del III Concilio de Letrán (1179) referente a los leprosos contemplaban que "los enfermos fueran aislados en capillas o cementerios específicos para no mezclarse con las personas sanas"; multiplicándose a partir del siglo XII las casas donde se les mantenía encerrados, las leproserías. Al igual que el desterrado, el leproso era expropiado, aunque este principio variaba de unos lugares a otros en Europa; por ejemplo, en el Concilio de Westminster (1200) se retira a los leprosos tanto el derecho de heredar como el derecho de legar, de actuar como testigos y el derecho a reclamar. Los leprosos fueron muy abundantes en los siglos XII y XIII siendo recluidos y atendidos en lazaretos. Eran vistos con recelo y, en ocasiones, se les acusó de ser los causantes de los males que sufría la sociedad, de manera especial, a comienzos del siglo XIV cuando se les acusó de envenenar los pozos.

Otra profesión a cuyos pertenecientes también se les consideraba excluidos de la sociedad, era la prostitución. En la Edad Media, el sexo movía a su alrededor una serie de interés económicos que proporcionaban una intensa lucha por el control de sus manifestaciones más lucrativas entre las que se encontraba la prostitución, de cuyos beneficios económicos se aprovecha-

ban tanto diversas instituciones como también particulares. Por ejemplo, en el siglo XV, más del 5% de los ingresos de los concejos procedía del arriendo de burdeles que solían ser propiedad del municipio. La prostitución no se circunscribía al ámbito de la ciudad, pues era frecuente que las prostitutas estuviesen en los lugares de encuentro de las poblaciones rurales, en los mercados y ferias, en los molinos y en las tabernas.

La Iglesia también tuvo interés en perseguir la homosexualidad, considerada como una desviación y un pecado "contra natura", por lo que fue objeto de una dura represión de manera especial para los hombres. Con frecuencia se acusaba de sodomía a los hombres a los que se pretendía desprestigiar y castigar con la máxima severidad, incluida la pena de muerte. A partir de mediados del siglo XIII, la sodomía, fue dejada en manos de la Inquisición y un número cada vez más importante de homosexuales murieron en la hoguera.



Figura 3. *Quema del caballero de Hohemberg por sodomía en Zurich en 1482* (D. Schlling, Chronik der Burgundenkriege, Biblioteca Central de Zurich).

Entre los grupos sociales para los que tampoco había sitio en la sociedad se encontraban los locos, que fueron tenidos, en términos generales, por endemoniados; los pobres, a quienes se consideraba sospechosos, inexistentes socialmente, mal vestidos y peor alimentados. Se consideraba que los pobres podían ser un peligro para el orden social puesto que nada tenían que perder. No obstante, se admitían a los que no podían alimentarse por sí mismos y se veían obligados a practicar la mendicidad, tanto por debilidad física, por vejez o enfermedad, como por sufrir circunstancias adversas, viudedad, orfandad o cautiverio. Hasta el siglo XII, la pobreza se trataba como situación individual, incluso como una prueba enviada por Dios y un como medio que se ofrecía a los hombres para ejercer la caridad, pero con el desarrollo urbano y económico, se fundaron hospitales y limosnerías para atender al pobre, quien comenzaría a ser considerado como un peligro.

A lo largo de los siglos medievales también fueron vedados ciertos oficios entre los que figura la usura, con cuya práctica se relaciona a los judíos, considerados por el predicador alemán, Berthol de Regensburg, a comienzos del siglo XIII, junto a juglares y vagabundos como miembros de la familia del diablo. También el verdugo por su oficio deshonroso suscitaba miedo. Los guantes del verdugo debían proteger de un contacto peligroso a quien lo frecuentaban.

Durante los siglos XII y XIII, el Papado y la jerarquía eclesiástica lanzaron una ofensiva contra los judíos que quedaban excluidos de la comunidad cristiana. Desde mediados y finales del siglo XII habían sido perseguidos en Inglaterra y Francia respectivamente y a comienzos del siglo XIII, en la celebración del IV Concilio de Letrán, se les obligó a llevar un distintivo en sus ropas con el fin de que pudieran ser distinguidos de los cristianos, así como a evitar la práctica de relaciones sexuales entre los adeptos de las dos religiones. Las administraciones eclesiásticas y laicas promulgaron leyes que prohibían a los judíos y cristianos sentarse a la misma mesa, frecuentar los mismos baños, las mismas fondas o contratar nodrizas judías para amamantar a los niños cristianos. Estas medidas no sólo provocaban una separación física, sino que también fomentaban el miedo y el sentimiento de inseguridad. En este sentido, fueron muchas las ordenanzas municipales dictadas en torno a la compra de mercancías y a cómo debían de ser manipuladas; por tanto, la convivencia armónica con los cristianos no fue fácil, teniendo además presente que los judíos habitaban en barrios especiales.

Al igual que los judíos, los herejes debían llevar señales distintivas; por ejemplo, los cátaros juzgados por la Inquisición debían llevar en sus ropas una marca en forma de cruz. A partir de finales del siglo XIII, la obligación de llevar señales distintivas fue igualmente impuesta a los leprosos, de manera especial, cuando abandonaban la leprosería.

La ciudadanía local se obtenía después de haber residido en un mismo lugar durante un período de tiempo determinado que, normalmente, solía fijarse en un año y un día. Por lo que el forastero, mientras era tal, era considerado como extranjero y carecía de derechos civiles básicos como el contraer matrimonio o heredar por las consecuencias económicas que esto podría acarrear. En ocasiones podía beneficiarse de una declaración señorial o regia de amparo y seguro que le situaba bajo la jurisdicción directa del rey o señor, manteniendo su libertad y unos privilegios específicos. Este sería el caso de los judíos, el de los peregrinos o el de los grupos de mercaderes que mantenían la naturaleza de su país de origen.

4. La vida cotidiana en los reinos cristianos

La nueva historia de la vida cotidiana o microhistoria no se puede separar de las valoraciones políticas y filosófico-históricas a las cuales se halla estrechamente vinculada. La contribución de la arqueología resulta determinante para conocer el escenario de la vida medieval. Pero el conocimiento de los hechos cotidianos de que disponemos no es igual para unos períodos u otros, y, de manera especial, por lo que respecta a los diversos grupos sociales, pues el estilo de vida de los nobles y caballeros fue distinto de la forma de vida de los campesinos.

4.1. *Organización familiar*

A partir del siglo XI, en la sociedad del Occidente medieval el parentesco reviste unas características especiales debido a la expansión demográfica, a las mejores condiciones de seguridad, a la mayor flexibilidad y a la amplitud de las posibilidades económicas; es entonces cuando se produce una transformación en los regímenes de parentesco conocidos, pues en opinión de Miguel Ángel Ladero las llamadas "familias amplias" perdieron fuerza y tendieron a disgregarse, surgiendo en la organización social la denominada "familia corta" compuesta por los cónyuges y sus hijos.

Sin embargo, la "familia amplia", el llamado *linaje*, se consolidó de forma específica en los medios aristocráticos para perpetuar el poder y la riqueza. El linaje servirá de cohesión en la defensa del honor de sus miembros, en el mantenimiento del patrimonio común, y en la educación de sus componentes dentro de la mentalidad caballeresca que les caracteriza y diferencia del resto de la sociedad. El linaje noble era, fundamentalmente,

patrilineal o agnaticio, de varón a varón. En términos generales, la herencia solía concentrarse en el primogénito con el fin de evitar una disminución del patrimonio, pues estaba llamado a ser cabeza de linaje en la siguiente generación, existiendo una tendencia a limitar el matrimonio de segundones mediante el envío a empresas exteriores como las Cruzadas o el sacerdocio.

Desde finales del siglo XIII se fue extendiendo en la España medieval la institución del mayorazgo, por la que un conjunto de bienes, detraídos del régimen normal de la herencia, pasaban al primogénito que, con el paso del tiempo, se incrementaban a través de matrimonios, desarrollándose unas complicadas estrategias matrimoniales.

Normalmente, a las mujeres se les excluía de lo principal de la herencia, pero como contrapartida recibían una dote correspondiente a una parte de ella que supone, tal vez, una cantidad creciente de dinero, o en el caso de las familias más ricas, una parte de sus bienes inmuebles que recibirían en el momento de contraer matrimonio o de su ingreso en un convento, lo que solía provocar entre los hermanos numerosos problemas. No obstante, en el caso de que solo quedara una hija, podía heredarlo todo al igual que lo hubiera hecho el varón.

Esta situación secundaria de la mujer se aprecia también en el MATRIMONIO, considerada como la institución básica para la organización social, en la cual la mujer tenía un papel de sumisión frente al varón. El carácter sacramental del matrimonio contraído entre cristianos se reconoció en el III Concilio de Letrán celebrado en el año 1179, debido a la preocupación de la Iglesia para matizar la imagen que se tenía de la mujer, y, de manera especial, para fomentar el matrimonio como un contrato consensual entre iguales. Por este motivo, a partir de ese momento, cualquier cosa que afectara a las cuestiones matrimoniales, incluyendo los asuntos relacionados con el patrimonio que el matrimonio llevaba consigo, dependería de la jurisdicción eclesiástica. En las *Siete Partidas* de Alfonso X se establece que el hombre podía casarse a los catorce años y las mujeres a los doce. En el siglo XIII, en un momento en que la mujer iba adquiriendo mayor relevancia, se retomó la afirmación de Aristóteles acerca de que "la mujer es un hombre imperfecto" para imponer la idea de que el hombre era superior a la mujer.

El matrimonio cristiano se caracteriza por dos rasgos esenciales: es monogámico e indisoluble, excluyendo el divorcio que había constituido en época romana un instrumento importante en las prácticas y estrategias de reproducción. Asimismo, la Iglesia señaló los casos en que estaba prohibido el matrimonio en relación con el grado de consanguinidad, pero la complejidad era tal que en el IV Concilio de Letrán (1214) la Iglesia estableció el límite de la parentela consanguínea y política en el 4º grado y suprimió otras prohibiciones laterales.

En numerosas ocasiones se acordaba el matrimonio para establecer una alianza entre dos familias debido a lo cual rara vez existía amor entre los contrayentes, por lo que en opinión de Mª Luisa Bueno no hay nada más antagónico en la Edad Media que identificar el amor con el matrimonio, pues en la mayor parte de las ocasiones tenía como finalidad, junto a la procreación, el interés político o económico, por lo que las familias importantes siempre buscaban entroncar con sus semejantes; hay que tener presente que la mujer no escogía, sino que era el padre o en su ausencia los hermanos quienes concertaban el matrimonio con el futuro marido. Los matrimonios tuvieron, sin duda alguna, una gran importancia a lo largo de la Historia pues unían reinos, firmaban la paz o aumentaban sus riquezas.

En el caso de que la mujer no desease casarse con la persona designada, sólo tenía la posibilidad de ser raptada o de realizar un matrimonio clandestino, sin que interviniese ninguna autoridad religiosa ni funcionario público, eran los llamados *"matrimonios a yuras"* (*iure*, fuera de derecho) mediante el cual la pareja se juraba fidelidad ante testigos al margen de las normas; aunque los poderes laicos y religiosos trataban de controlar estos casos con el fin de hacerlos públicos. Por lo que como afirma Jean Verdon amar libremente en la Edad Media no era fácil.

Aunque la Iglesia solo admite el sexo lícito a través del matrimonio, siempre destinado en exclusividad a la procreación, en la Edad Media existieron otro tipo de relaciones como la *barraganía*, fundada en el contrato que efectuaban ante un notario un hombre y una mujer, *barragana*, ambos solteros, mediante el cual se comprometían a mantener fidelidad, ayuda mutua y todo aquello que debieran cumplir en el caso de tener descendencia, pues los hijos nacidos de esa relación se consideraban legítimos.

El concubinato, relación marital mantenida libremente y durante un tiempo prolongado entre un hombre y una mujer sin estar casados, fue una relación también frecuente en los siglos medievales, recordemos el caso de san Agustín de Hipona que, antes de su conversión, mantuvo una relación amorosa durante trece años con una mujer con la que no contrajo matrimonio, de la que nació su hijo Adeodato "regalo de Dios". El concubinato evolucionó y varió de unas regiones a otras a lo largo de la Edad Media y al igual que la barraganía, fue condenado por la Iglesia.

En la vida cotidiana medieval también existió el adulterio, a pesar de estar muy castigado por la Iglesia. En este caso la pareja no convive, pero mantenían una relación amorosa. Recordemos la leyenda que narra la conocida relación que mantuvieron en el siglo X, Tristán e Isolda, hija de los reyes de Irlanda, cuya irresistible pasión motivó la muerte de Tristán al estar casada Isolda; esta historia de amor tuvo muchas versiones escritas, pero una de las más conocidas fue, sin duda, la versión de la ópera de Richard

Wagner, en el siglo XIX, considerada como su obra maestra. O la dramática historia de amor de Eloísa y Abelardo, en el siglo XII, quienes mantuvieron una apasionada relación amorosa fruto de la cual nacerá un hijo. Eloísa defendía el amor libre por las dificultades que tendría otro tipo de relación para realizar su trabajo intelectual, pero finalmente contrajeron matrimonio en secreto. Hecho que su tío Fulberto, canónigo de la catedral de París, no consintió, por lo que envió a su sobrina al monasterio de Argenteuil, al tiempo que, por venganza, ordena la castración del monje francés Abelardo y su marcha al monasterio de Saint-Denis. Ambos casos reflejan muy bien el comportamiento amoroso en la Edad Media.



Figura 4. *Eloisa y Abelardo.*

Junto a la "moral eclesiástica" se desarrolla en el mundo caballeresco el "Amor cortés", expresión utilizada por primera vez en 1883 en un artículo de Gaston Paris acerca de la novela de Chrétien de Troyes (1135-1190), *El Caballero de la carreta,* para hablar de la relación entre un hombre y una mujer. El "amor cortés" es un concepto casi enigmático, pero se ha convertido frecuentemente en uno de los clichés de la Edad Media.

Sus orígenes han sido debatidos durante mucho tiempo, se han señalado como posibles fuentes la poesía latina compuesta a lo largo de toda la Edad Media o la inspiración popular; pero, finalmente, se ha señalado una posi-

ble influencia arábigo-andalusí, ya que desde el siglo IX se encuentra en la cultura oriental teorías sobre el amor puro y un verdadero desarrollo doctrinal erótico. También se ha señalado, por algunos, una posible influencia de la herejía cátara.

El "amor cortés" aparece como una relación virtualmente adúltera, pues la dama está casada y es objeto de un galanteo amoroso y de un requerimiento por medio de poemas que son los mensajeros de ese amor. El poeta está al servicio de la dama de la misma forma que el caballero se muestra dependiente de su señor en el modelo feudovasallático. El requerimiento amoroso debe ir siempre ligado a la valía personal, pues aquel que desee llegar a ser el amante de la dama se mostrará siempre leal y cortés, y consagrará todos sus desvelos a ensalzar a su amada; incluso, en el norte de Francia, el caballero manifestará de modo ejemplar en los torneos y en los combates. Pero también, el amor cortés se expresa como una verdadera religión del amor, pues la dama aparece como un objeto de culto, pues en ocasiones, el galardón no es más que el disfrute del espectáculo visual. El tormento causado por el amor es placer y muerte, todo a la vez. A la dama le ha sido otorgado un poder sobre la vida y sobre la muerte.

Desde el siglo XII, los poemas se fueron haciendo cada vez más íntimos y delicados, desarrollándose una literatura que, por tener su marco en las cortes señoriales, se denominó *cortesana*. En el hecho de que surgiese un interés por la lírica cortesana en el norte de Francia tuvieron mucho que ver Leonor de Aquitania (1122-1204), esposa de Luis VII de Francia, su primer marido, y sus hijas las condesas de Champaña y de Blois.

El amor cortés marcó profundamente la concepción occidental de la mujer y del deseo, permitiendo la creación y la perpetuación de una serie de temas y de símbolos sin los cuales no podría comprenderse la corriente preciosista que se desarrolla en el Siglo de Oro. Los poetas encargados de alimentar esos sueños sitúan a la mujer en una posición dominante. Los poetas se dirigen a los varones célibes para quienes la caballería lo era todo. La literatura cortés, alimentando su ardor, se convierte en un "instrumento de pedagogía práctica", pudiéndose concebir el amor cortés como un código de comportamiento encargado de regular la vida del caballero, siendo el torneo ante todo una "exhibición de cortesía".

4.2. *Desarrollo de la vida cotidiana*

Podemos decir, a tenor de lo que hemos ido viendo hasta ahora, que la vida cotidiana transcurría de forma mayoritaria en el campo, tanto en

castillos o fortalezas, asentados en grandes extensiones territoriales o en pequeñas y medianas aldeas donde hombres y mujeres constituían la familia y transcurría su vida.

4.2.1. *Nobles y caballeros*

Hasta el siglo XII, los nobles y caballeros vivieron con escasas comodidades a pesar de tener castillo propio, ya que buena parte de ellos no eran más que torres fortificadas, rodeadas de murallas, por lo que preferían hacer la vida al aire libre, siendo la guerra y la caza los placeres favoritos del caballero. El noble cazaba en los bosques a caballo y con jaurías, siendo los venados, osos, lobos y zorros sus presas favoritas; pues la caza del jabalí era especialmente peligrosa por la agresividad de este animal cuando estaba



Figura 5. *La marquesa de Monferrato ofrece su comida al rey Felipe Augusto de Francia* (Boccaccio, El Decamerón, siglo XIV).

herido o se sentía acorralado, aunque también era peligrosa la caza del oso, abundante en la Península Ibérica. El lobo era cazado por su piel y para proteger a la ganadería de sus ataques, pero en algunas regiones de Europa su caza fue tan persistente que a finales de la Edad Media ya se había exterminado. La caza proporcionaba al caballero carne para su mesa y la posibilidad de entrenarse para la guerra. Reyes y nobles tenían bosques reservados para la caza en los que construían pabellones e incluso castillos, como sucedió en Vicennes y Fontainebleau, cerca de París, que fueron construidos en el 1150 y 1169, durante el gobierno de Luis VII, en sus famosos bosques.

Por su parte, las damas honradas y ricas ocupan el día, por lo general, rezando o tejiendo y bordando con lo que contribuían al bienestar de la comunidad, evitando estar ociosas. Duby en uno de sus trabajos *Damas del siglo XII* pone de manifiesto que, a partir del siglo XII, la situación de la mujer cambia debido al crecimiento que experimentó Europa, los hombres comienzan a charlar con ellas a debatir y a ampliar el campo de su libertad.

A partir del siglo XII, encontramos ya en los castillos diversos edificios y torreones, la capilla, la cárcel, patios, cisternas, cuadras, muro y foso. La iluminación solía hacerse por teas y velas de sebo y cera; este método, a base de cirios de cera virgen, era el más refinado porque no producía olores desagradables y desprendía poco humo; o por medio de candiles de aceite. Únicamente la estancia principal, que solía ser espaciosa, disponía de luz exterior, el resto de las estancias solían ser oscuras pues sus ventanucos eran altos y estrechos.

Aunque, en términos generales, el mobiliario era escaso, la forma de amueblar las habitaciones era un indicador de la posición de sus habitantes. Las casas opulentas disponían de camas con armazones de madera sobre los cuales los más delicados instalaban colchones de plumón. La cama con todos sus complementos es, con diferencia, el mueble más costoso en la casa medieval; a finales de la Edad Media se había generalizado el uso de las sábanas de lienzo, su diferente anchura revela el contraste de las dimensiones de los lechos. Los utensilios se guardaban en arcas, anaqueles o alacenas y aparadores. Las mesas sobre caballetes fueron reemplazándose, poco a poco, por mesas de "cuatro patas" armadas permanentemente. Los asientos se diversificaban, aunque fue ganando espacio el banco con respaldo.

La comida, por lo general, era poco variada, pues consistía en carne, pescado, cuando lo había, huevos, volátiles, frutas y verduras. Era frecuente el uso de condimentos, sal y miel, además de especias, entre las que abundaban el jenjibre, el clavo, la canela, la nuez moscada, la pimienta, el cardamomo, cominos y azafrán; y también hierbas como orégano, perejil, anís, albahaca, menta o tomillo. La comida fuerte solía hacerse por la noche a base de carnes y algunas verduras. A partir del siglo XI, se recomen-

daba al noble "comer sin prisas, beber con medida y dormir bien". Hasta el siglo XIII, el servicio era rudimentario, aunque se utilizaban manteles de lino y cuchillos, comenzando a generalizarse en el siglo XIV el uso del tenedor individual que había sido introducido en Venecia procedente de Constantinopla, pues ya en el año 1003 aparece documentado entre las pertenencias de la princesa María Argyropoulaina, sobrina del emperador Basilio II, pero, por entonces, se debió utilizar en ámbitos muy reducidos, pues hasta finales del siglo no adquirió mayor difusión al ser divulgado por Teodora, hermana del emperador bizantino Miguel VII. Hay que tener presente que tanto los bizantinos como los griegos y romanos habían utilizado ya un tenedor grande para trinchar debido a que las piezas de caza solían servirse enteras. Algunos estudiosos afirman que fue en tiempos de Carlomagno cuando la mujer comienza a sentarse a la mesa.

En la Edad Media, los reyes de la Europa occidental utilizaban en cada acto público un gran boato para epatar a las casas reales vecinas, embajadores, nobles o a súbditos en general. Tal fue el caso de la reina Isabel la Católica que vestía con gran pompa, prendas de enormes volúmenes, sobre el famoso verdugado español, elaboradas en exquisitos tejidos y rematadas en oro y pedrería, solía llevar grandes escotes con velo, mantos de terciopelo bordado con aplicaciones de armiño, y peinados sofisticados.



Figura 6. *Pellote de Fernando de la Cerda* (Monasterio de las Huelgas).

La vestimenta nobiliaria estaba confeccionada con ricas telas, en las que se observan importantes influencias árabes como se ha podido comprobar en los sepulcros de los monarcas, que fueron enterrados con sus mejores ropajes, tal es el caso de la aljuba, cofia y pellote perteneciente a Fernando de la Cerda (1255-1275) que se conserva en el museo del Monasterio de las Huelgas (Burgos). También el emperador Federico II (1215-1250) fue enterrado con una túnica bordada en oro con inscripciones arábigas.

Las prendas más utilizadas eran la *aljuba*, túnica amplia con mangas, tanto entre cristianos como entre los

musulmanes; la *almejía*, túnica de vuelo con mangas amplias, que aparece citada por don Juan Manuel en su libro el "Conde Lucanor" (siglo XIV); o el albornoz, cuyo ejemplo, ya citado, lo encontramos en el *burnus* que al-Hakam II regaló al rey Ordoño IV de León. Respecto al calzado, se usaban sandalias, zuecos o *borceguíes*, bota de piel fina y ajustada, abierta por delante que en ocasiones podía ir forrada. A partir del siglo XIV y XV las mujeres elegantes calzaban *chapines*.

Los moralistas consideraban que dedicar demasiada atención al cuidado del cuerpo no era recomendable por lo que aconsejaban bañarse dos veces al año. Sin embargo, estos consejos no eran seguidos por los miembros de la alta sociedad. La vida de los nobles se amenizaba con los bufones y juglares que les alegraban con sus chismes, acrobacias, cantos y danzas; siendo los festejos la mejor ocasión para hacer ostentar su riqueza, verdadero símbolo del poder feudal.

La hospitalidad es una máxima inquebrantable en la sociedad medieval, por lo que era frecuente que las puertas de los castillos estuvieran abiertas para acoger a los pobres y a los peregrinos.

4.2.2. *Campesinos*

La vida del campesino, que constituye la gran masa de población, se dedicaba al trabajo en el campo. La mayor parte de sus labores se consagraban a la agricultura, cuyas faenas agrícolas les ocupaba de sol a sol. En el invierno, cuando los días eran fríos y cortos, los campesinos se ocupaban de la siembra y de la poda de los árboles y las viñas, cuyo trabajo no precisaba ni de un instrumental complejo ni de una financiación considerable por lo que resulta una práctica agrícola muy apropiada para el campesino pobre; en el verano, cuando los días eran más largos, se recogían las cosechas en las que trabajaban hombres y mujeres. Su vida era una lucha constante contra la deficiencia de los suelos y de las herramientas, contra los accidentes climáticos o los ataques de los depredadores. Se trataba, en suma, de un mundo presidido por los ciclos agrícolas y estrechamente vinculado al cultivo de la tierra, de forma que el tema iconográfico de los calendarios medievales consistiría siempre en escenas de la vida campesina.

El tiempo medieval es un tiempo agrícola, cuyas fechas oscilan al ritmo que les impone la naturaleza. Los doce meses del año son representados por escenas de las labores más significativas que ocupaban a los campesinos en cada uno de ellos: la poda y cavado de las viñas, la siega del heno de los prados y del cereal, la trilla, la vendimia o la montanera y matanza de los cerdos, siento éste el único animal expresamente criado para comer carne; la

posibilidad de aprovecharlo todo de él y la facilidad de conservación explica la importancia que se le concede en todas las familias campesinas reuniéndose al comienzo del invierno para celebrar las matanzas y comer frescas las escasas partes del animal que no pueden conservarse. Ello explica que sea el cerdo el animal más representado en la iconografía medieval, así por ejemplo lo encontramos en el intradós de la portada de la iglesia románica de santa María de Ripoll, o también las miniaturas, como se pueden ver en el libro de horas *Très Riches Heures* del duque de Berry (1416).



Figura 7. *Matanza del cerdo.*

La caza fue durante toda la Edad Media una actividad familiar para los campesinos, como consecuencia tanto de la abundancia de bosques como de la falta de control efectivo de las áreas forestales por parte de los poderes de la época. Los señores que reivindicaban como modalidades propias y exclusivas la montería y la cetrería, permitieron a los campesinos practicar la caza menor: conejos, liebres, perdices, gallos y otros animales pequeños.

Para la mujer campesina el año transcurre de forma más regular y monótona, pues salvo en la época de la siega o de la vendimia, rara vez se la ve trabajando en el campo, pues solía ocuparse de la propia explotación campesina que contaba con un huerto en el que cosechaban cebollas, ajos, coles, puerros, calabazas, garbanzos, habas, o guisantes; el cual abona cotidianamente con los desechos domésticos y con las cenizas del hogar; y un corral,

alimentando a los escasos animales que poseían, ordeñando la vaca o a la cabra. Productos que junto al pan y el vino constituían la base de su alimentación. Toda la sociedad medieval bebe vino, desde el más rico al más pobre. La mujer se ocupa de preparar el alimento de todos los que viven en la casa y de cuidar de los niños y de las personas ancianas, quienes, a veces, le ayudan en diversas tareas o la acompañan a recoger leña o a buscar agua a la fuente o al pozo. También junto a los niños iban al bosque a buscar alimentos: frutas silvestres, arándanos, moras, castañas, nueces o piñones; bayas, raíces, setas, tallos o miel. Si le queda tiempo libre, la mujer lo emplea en manejar la rueca y el huso para hilar el cáñamo, la lana o el lino.

La vivienda del campesino era, en términos generales, mísera, pues consistía en pobres cabañas de adobe, de piedra o de madera, aunque existían notables diferencias entre las edificaciones campesinas, pues algunas disponían de tejados de piedra o de teja en medio de un paisaje de techumbres de caña o de tablillas. Los sistemas de construcción se encontraban en estrecha relación con las condiciones bioclimáticas y con los materiales disponibles. La construcción en madera fue más frecuente en la Europa atlántica, central y septentrional, así como en regiones boscosas y montañosas; en tanto que el adobe y la piedra fueron los materiales más empleados en la Europa mediterránea por la escasez de arbolado. La construcción en fábrica: piedra, ladrillo o adobe, reducía los riesgos de incendios que constituían uno de los mayores desastres de los poblados medievales, pero frente a la madera que permitía una construcción relativamente sencilla, la construcción en fábrica exigía mayor trabajo por la talla y el transporte del material. Los suelos de las viviendas eran, generalmente, de tierra apisonada o de arcilla, sobre la que se esparcía arena, paja o serrín. La casa apenas contaba con ninguna abertura al exterior, salvo la puerta, por lo cual la mayor parte del tiempo debía encontrarse fría, húmeda y oscura. Solían contar, al menos, con una cama, que era una simple base de tablas recubiertas de paja sobre las cuales se colocaba un colchón relleno de plumas o, a veces, de restos de tejidos.

Los campesinos comían junto al fuego en invierno o cerca de la puerta si hacía buen tiempo, pero, en cualquier caso, desconocían casi por completo la mesa o el tablero, y les bastaba con sentarse de cualquier forma en el suelo o sobre improvisados asientos bajos. El plato más socorrido era las "gachas" (harina toscamente molida y remojada); solían alimentarse de pan de centeno y de los productos que ellos cultivaban. Comían directamente de la cazuela de barro que les había servido para cocinar, y bebían de una jarra de madera o barro que pasaba de mano en mano. Las casas de los campesinos permanecían, a menudo, alejadas entre sí.

A lo largo de la Edad Media buena parte de la población campesina se reagrupó en torno a un castillo, buscando la defensa y protección del señor y de sus guerreros, a cambio debía de realizar prestaciones en trabajo (*cor-*

veas) o en especie. Los siervos, que por su condición jurídica no disfrutaban de libertad personal, estaban obligados a permanecer en el territorio en el que habían nacido y debían solicitar permiso al señor para contraer matrimonio y no podía legar nada a sus hijos. Estaban sujetos a la tierra, cuyas rentas y prestaciones no eran fijas; pues si el señor tenía necesidades podían imponerles un gravamen suplementario sobre la cosecha.

4.3. *Ocio y diversión*

En la Edad Media cristiana no hay sitio para el ocio, pues en opinión de los moralistas hispanos el ocio constituía un camino hacia la lujuria, los ociosos son miembros inútiles de la sociedad que comen y no aportan nada, por lo que deberían ser expulsados de la comunidad. Para el franciscano Francesc Eiximenis (1330-1409), del trabajo no están excluidos ni siquiera los enfermos graves, pues pueden centrar su trabajo en la oración; ni los ciegos, que pueden hacer trabajos manuales como tocar las campanas y manejar los fuelles de los herreros; ni tampoco los mancos, que pueden actuar como correo y llevar al cuello paquetes, o pueden pisar el cuero; ni los cojos ya que pueden enseñar a los niños, pueden escribir y ser revendedores en la plaza, e incluso los leprosos están obligados al trabajo, aunque alejados de los demás para no contagiar a nadie; por lo que en su opinión, aquellos que nada hacen deberían ser recluidos en una ciudad desierta.

A pesar de lo dicho, se reconoce la necesidad del descanso y del recreo de acuerdo con el estado social de cada persona, procurando no dañar al prójimo con la ociosidad personal y respetando los derechos de Dios al diezmo de los productos y a la décima parte del tiempo del hombre. Dentro de esta entrega del tiempo humano a Dios ha de incluirse la celebración de los domingos y fiestas de la Iglesia católica y local, en las que se descansa del trabajo habitual y se dedica tiempo a rendir culto a Dios y a seguir las enseñanzas de los clérigos. Los cristianos han de dedicar un día al Señor, el domingo, que literalmente significa "día del señor". El descanso dominical (*sabático* en el mundo hebreo) está claramente regulado en el *Éxodo* (20, 8-11), donde también aparece regulado (*Éxodo* 23, 10-11) el descanso que cada siete años se extiende a las tierras. El año del descanso es un año de perdón o remisión de deudas.

4.3.1. *Fiestas*

El estudio de las fiestas en la cultura medieval, como reflejo de la mentalidad del momento, es complejo, pues presenta diferencias muy significa-

tivas entre unos países y otros, y posee una variedad inmensa de manifestaciones, por lo que nos referiremos, *grosso modo*, a las fiestas del calendario eclesiástico que están relacionadas con el ciclo agrícola. Desde las postrimerías del Imperio romano las autoridades eclesiásticas se ocuparon de cristianizar las creencias paganas, siendo muy elevado el número de fiestas eclesiásticas y, a la vez, populares que se celebraron a lo largo de la Edad Media.

Las principales festividades que señala el calendario litúrgico, comunes para el mundo cristiano, fueron: Natividad, a comienzos del siglo IV se estableció el día 25 de diciembre como día del nacimiento de Cristo, honrándose al día siguiente a san Esteban, primer mártir. Durante los siglos medievales fueron evolucionando las tradiciones navideñas, dando comienzo a las primeras representaciones, en imágenes o vivientes, de los misterios de la Navidad. A partir del siglo VIII, se consolidaron ceremonias emblemáticas como la Misa del Gallo, y nacieron grandes tradiciones, como el belén o los dramas litúrgicos. La difusión de la costumbre de colocar belenes se debe fundamentalmente a la labor de los padres franciscanos y a las hermanas clarisas. Dotándoles de un profundo sentido religioso, lleno de significados y valores trascendentales para su propia vida. Fue también en los siglos medievales cuando se definieron los rasgos y atributos de los Reyes Magos. También durante este tiempo creció extraordinariamente el fervor por la figura de san Nicolás, cuya fiesta, como patrón de Ámsterdam se celebraba desde el siglo XIII, el día 6 de diciembre, asociándola con la entrega de regalos a los niños por parte de este prelado que recorría en burro los pueblos y ciudades, hasta el siglo XVII que se trasladó la fiesta al día 26 del mismo mes.

Junto a la Navidad se conmemora también la Pascua de Resurrección, la Ascensión y la fiesta del Corpus Christi que se comenzó a celebrar en la ciudad de Lieja en 1246, siendo papa Urbano IV, estableciéndose la procesión conmemorativa en el año 1317 en tiempos del papa Juan XXII.

También en la Edad Media se institucionalizaron otras fiestas con carácter local, pues cada lugar celebraba la festividad bajo la advocación de algún santo: Santiago, san Marcos, patrono de Venecia desde el siglo IX, pues fue en el año 828 cuando unos comerciantes italianos robaron el cuerpo del evangelista y lo llevaron a Venecia, donde reposan sus restos; convirtiéndose el león, símbolo asociado a san Marcos, en el símbolo de la ciudad; o Wescelao, patrono de Bohemia, o san Esteban patrón de Hungría, entre otros. Por su parte, los gremios solían celebrar el día en que se conmemoraba su patrón: san José para los carpinteros o san Eloy patrono de los joyeros, días en los que se celebraban fiestas y romerías. También se celebraba fiesta con motivo de la onomástica de los monarcas o nobles locales.

En los días festivos los campesinos se reunían en la parroquia, asistían a la Misa, escuchaban al párroco que enseñaba al cristiano lo que había que

hacer para lograr la salvación, y luego charlaban de sus cosas. Era un día en que se ponía especial esmero en la comida y en el vestido, y que se completaba con la práctica de actividades lúdicas. Las grandes fiestas litúrgicas, los bailes, los festejos populares, romerías, bodas o incluso la matanza del cerdo constituían sus horas más felices. A veces acudían al mercado semanal del lugar más próximo y a las ferias locales para vender o comprar lo poco que les permitía su escasa capacidad adquisitiva.

A partir del siglo XII se generalizó la celebración de la fiesta del Carnaval (*carnem-levare,* abstinencia de carne), cuyos orígenes son muy remotos, tanto en el área rural como en las ciudades. Inicialmente, el carnaval había tenido como finalidad alejar a los malos espíritus, pero en la Baja Edad Media, en opinión de Julio Valdeón, no era ni más ni menos que una forma de rebelión, al tiempo que constituía una magnífica ocasión para que las clases populares dieran rienda suelta a la glotonería, la embriaguez o incluso a disfrutar de licencia sexual. El carnaval anunciaba la llegada del tiempo de Cuaresma, pero la Iglesia no aprobaba esta celebración debido a los excesos que se cometían, pues los jóvenes comían, bebían y no paraban de bailar, por lo que hizo que se popularizase el uso de las máscaras con el fin de proteger su identidad. El carnaval no es sólo una celebración popular, sino una visión del mundo en el que la risa carnavalesca constituye el lenguaje articulado, idioma que, en palabras de Bajtín, es filosófico y universal; la risa es tan universal como la seriedad y, al mismo tiempo, ayudaba a vencer al miedo generalizado a la muerte.

Sin embargo, la risa en los siglos medievales no tuvo mucho predicamento; en opinión de Mijaíl Bajtín fue eliminada de todos los ámbitos religiosos, de las ceremonias feudales y estatales, de la etiqueta y de todos los géneros de pensamiento elevado. Los gobernantes de la Europa medieval no sentían un gran aprecio por el humor. El cristianismo primitivo ya con-



Figura 8. *Campesinos bailando en la fiesta del árbol de mayo* (miniatura francesa del siglo XIII).

denaba la risa; san Juan Crisóstomo declara que las burlas y las risas no vienen de Dios, sino que son una emanación del diablo. Sin embargo, Santo Tomás se muestra más permisivo con esta cuestión, y recomienda el humor por sus cualidades terapéuticas, valorando los juegos de palabras y los actos cuyo único objetivo es proporcionar placer al alma, ya que, según él, constituye el consuelo del espíritu.

Vinculada con los carnavales se celebraba la llamada "Fiesta de locos", que celebraban colegiales y clérigos con motivo del día de san Esteban y de otras fiestas litúrgicas y constituían una de las expresiones más estrepitosas y más puras de la risa festiva asociada a la Iglesia en la Edad Media; a pesar de que fueron consideradas legales al comienzo de los siglos medievales, al finalizar la Edad Media habían perdido su permisividad por considerar que en ellas se hacía una sátira despiadada de las costumbres y tradiciones vigentes.

También fueron muy frecuentes en Europa la celebración de la "Fiesta de los Mayos"; por ejemplo, en Borgoña era costumbre plantar un árbol, llamado "Mayo", frente a la casa de aquel a quien se quería agasajar. El tronco servía de poste en torno al cual bailaban mozos y mozas de cada aldea.

4.3.2. *Juegos*

En el conjunto de los "juegos" se incluyen actividades muy diversas, pues podemos incluir desde justas y torneos a juegos al aire libre: pelotas, mencionado ya en el siglo VII por san Isidoro de Sevilla en su obra las *Etimologías*, y toros, de cuya celebración en España tenemos noticias desde el siglo XIII; y aquellos otros que tenían lugar en tabernas. Entre los juegos más difundidos en los siglos medievales figura el ajedrez, cuyo origen se sitúa en el siglo VI en la India, desde donde los árabes lo llevaron a Persia. En la España cristiana fue introducido por los mozárabes, pues ellos lo conocieron en al-Andalus donde lo había llevado Ziryab, en el siglo IX, procedente de Persia. Las primeras piezas de ajedrez que se conocen en Europa datan del año 900 y fueron encontradas en el monasterio de Peñalba de Santiago (León), donde habitaba el eremita mozárabe san Genadio. El éxito que alcanzó no es extraño debido a sus semejanzas con la guerra, diversión o actividad favorita de los caballeros medievales. Sus reglas se recogieron en el *Libro de los Juegos* o *Libro de Ajedrez, Dados y Tablas* encargado por Alfonso X el Sabio en el año 1251, en el que se describen otros pasatiempos como el alquerque, base del actual juego de las damas.

Cuando no se combatía, era frecuente la celebración de torneos (simulacro de combates reales), que comienzan a generalizarse desde mediados



Figura 9. *Damas jugando al Ajedrez* (Libro del ajedrez de Alfonso X, Biblioteca del Monasterio de El Escorial).

del siglo XI, sirviendo de entrenamiento en las prácticas guerreras caballerescas ya que en ellos los caballeros se dedicaban a perfeccionar su técnica; y al mismo tiempo, constituían un medio de desahogar, pero controlándola, la violencia de la caballería. A lo largo del año se organizaban torneos cada quince días, excepto en cuaresma. El torneo, como puso de relieve Georges Duby, es también "un juego de dinero", porque el jefe del equipo contrataba a sus compañeros durante toda la estación y con un sueldo proporcional a su reputación individual como combatiente, por lo que eran muy solicitados los mejores contendientes. Al mismo tiempo, el objetivo del torneo se orienta más a capturar al adversario que a su muerte con el fin de pedir un rescate por él, o hacerles descabalgar para apoderarse de su caballo. En relación con el torneo se desarrolla un gran mercado en el que se vende todo lo necesario para el mismo, desde armas o equipos a víveres.

Con el paso del tiempo, los torneos fueron haciéndose más fastuosos y menos peligrosos debido a la utilización de armas sin punta de hierro. Los grandes torneos de los siglos XIV y XV serán cada vez más suntuosos. No obstante, la reprobación de justas y torneos aparece claramente en la obra del maestro de los caballeros castellanos del siglo XV, Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, autor del *Doctrinal de Caballeros*, escrito antes de 1445, donde recuerda la prohibición establecida en el Concilio de Letrán y en una extravagante constitución pontificia de Clemente IV (1202-1268).

4.3.3. *Música*

La celebración de banquetes solía estar siempre amenizada por composiciones musicales entonadas por trovadores, poetas y músicos que interpretaban sus cantos en las cortes europeas e iban acompañados de danzas, siendo la más conocida la *estampie* que se hizo muy popular en los siglos XIII y XIV, y es la única danza de la Edad Media de la que se conserva su descripción y repertorio. Aparece mencionada en el siglo XIV por Boccacio en el *Decamerón* como una música instrumental para ser escuchada como acompañamiento de una danza. Los trovadores, por su parte, interpretaban sus propias obras; mientras que los juglares eran músicos profesionales; tanto unos como otros, variaban sus cánticos en relación con la fiesta o el momento para el que se interpretase.

Por lo que respecta a la música religiosa, sus comienzos hay que buscarlos en san Agustín pues, a través de su obra *Sobre la Música. Seis libros,* ejerció una gran influencia en su desarrollo, teniendo una notable repercusión hasta el siglo XVI, pues unía la oración a la música, siendo ésta el vehículo utilizado para expresar la espiritualidad y acercarse a Dios, pues para san Agustín, como él mismo dejó escrito, su objetivo era "conducir a los lectores desde el conocimiento de las realidades creadas, en este caso, los ritmos y números que rigen la música práctica, hasta las realidades trascendentes: los ritmos y números eternos que se encuentran en Dios".

La obra de san Agustín tuvo una honda repercusión en el papa Silvestre II, Gelberto de Aurillac, conocido como el papa del Año Mil, quien sintió una gran pasión por la música al conocer su obra por lo que hizo construir un órgano en la catedral de Reims. También fabricó una nueva versión del monocordio, instrumento musical consistente en una caja de resonancia sobre la cual se tensaba una cuerda de longitud variable con la que se medían las vibraciones sonoras y los intervalos musicales.

En los monasterios triunfó el llamado "Canto Gregoriano" conocido así a partir del siglo IX; aunque se asocia al papa Gregorio Magno, no fue compuesto ni recopilado por él ya que se trata de una evolución del canto romano. Es un canto monódico, simple, y *a capella,* sin acompañamiento de ningún instrumento e interpretado por voces masculinas, la música se supedita al texto, razón de ser del canto gregoriano, por lo que los cantores deben de entender muy bien su contenido que se escribía en latín. Este canto solía realzar las ceremonias religiosas.

Sensible también al arte musical fue el italiano Guido de Arezzo, monje benedictino del siglo XI, considerado como la figura central de la música de la Edad Media que aportó las bases para un nuevo sistema de escritura musical, conocido en un principio como tetragrama, y posteriormente como



Figura 10. *Instrumentos musicales* (Miniaturas alfonsíes).

pentagrama. Llevó a cabo un nuevo método de enseñanza musical con el objetivo de que los textos cantados fuesen entendidos en sus sonidos y en sus silencios.

A partir del siglo XIII, en las festividades de la Iglesia se entonaban las cantigas, composiciones poéticas que el rey Alfonso X el Sabio mandó componer en honor de la Virgen María. Los instrumentos musicales utilizados por entonces por los trovadores fueron muy numerosos, hoy día gracias a las reproducciones de los que aparecen en los manuscritos alfonsíes que acompañan su obra literaria y musical se han podido reconstruir en torno a 70 instrumentos, según ha puesto de relieve Jota Martínez; en ellos se encuentran los antepasados de nuestra guitarra actual, la cítola, además de salterios, rota (semejante al arpa), odrecillo (antecedente de la gaita), adufe (pandero), añafil (trompeta larga, recta y cilíndrica), rabel, viola pequeña de tres cuerdas, o el bandair (pandereta), entre otros muchos, en los que se deja sentir la influencia musulmana.

Bibliografía específica

ALVAR, C. y ALVAR NUÑO, G.: *Normas de comportamiento en la mesa durante la Edad Media*. Madrid, Sial, 2020.

BAJTIN, M.: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid, Alianza Editorial, 2005.

BUENO DOMÍNGUEZ, Mª L.: *Miradas medievales. Más Allá Del hombre y De La mujer*. Madrid, Dilex, 2006.

BUENO DOMÍNGUEZ, Mª L.: *Belleza y crueldad en la Edad Media*. Madrid, Dilex, 2010.

DUBY, G.: *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. Madrid, Alianza, 1992.

Duby, G.: *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal*. Madrid, Taurus, 2013.

EAGLETON, T.: *Humor*. Barcelona, Taurus, 2021.

FUMAGALLI, V.: *Cuando el cielo se oscurece. La vida en la Edad Media*. Hondarribia, Nerea, 1992.

GÓMEZ FERNÁNDEZ, F. J.: *Breve historia de la Navidad*. Madrid, Nowtilus, 2019.

LADERO QUESADA, M. A.: *Las fiestas en la Europa medieval*. Madrid, Dykinson, 2015.

MITRE, E.: *Desprecio del mundo y alegría de vivir en la Edad Media*. Madrid, Trotta, 2017.

MONTEIRA ARIAS, I. y Otros: *Relegados al margen: marginalidad y espacios marginales en la cultura medieval*. Madrid, CSIC, 2009.

MULLET, M.: *La cultura popular en la Baja Edad Media*. Barcelona, Crítica, 1990.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA: *Sobre la música. Seis Libros*. Trad. de J. LUQUE MORENO y A. J. LÓPEZ, Madrid, Gredos, 2007.

VERDON, J.: *El amor en la Edad Media. La carne, el sexo y el sentimiento*. Barcelona, Paidós, 2008.

Películas

El Señor de la Guerra (1965). Director: Franklin J. Schaffner.

Excalibur (1981). Director: John Boorman.

Tristán e Isolda (2006). Director: Kevin Reynolds.

Tercera parte

DE LA EDAD MEDIA AL RENACIMIENTO O BAJA EDAD MEDIA (Siglos XIV y XV)

Capítulo 11

DE LA CRISIS A LA EXPANSIÓN: POBLACIÓN, AGRICULTURA, DESARROLLO URBANO Y COMERCIAL

Esquema de contenidos

1. La crisis del siglo XIV y sus interpretaciones.
2. La evolución de la demografía.
   2.1. La peste negra.
   2.2. La recuperación de la población.
3. La depresión agraria y sus manifestaciones.
   3.1. Los despoblados y la reducción del espacio cultivado.
   3.2. El desajuste entre precios y salarios y la caída de las rentas señoriales.
   3.3. El deterioro de las condiciones del campesinado: tensiones sociales y flujos migratorios.
4. La reconstrucción agraria en el siglo XV.
   4.1. El auge de la ganadería y la especialización de los cultivos.
   4.2. Transformaciones en la sociedad rural.
5. Ciudades, artesanía y comercio.
   5.1. La sociedad urbana y sus conflictos.
   5.2. Actividades artesanales.
      5.2.1. Industria textil.
      5.2.2. Minería e industrias metálicas.
   5.3. El comercio.
      5.3.1. Transportes.
      5.3.2. Técnicas mercantiles.
      5.3.3. Ferias y sociedades mercantiles.
      5.3.4. Potencias mercantiles tradicionales.
      5.3.5. Nuevos polos económicos.

Bibliografía específica.

1. La crisis del siglo XIV y sus interpretaciones

La crisis en la Europa de fines del Medievo parece una realidad incuestionable. A lo largo de muchas décadas los historiadores han polemizado sobre su mayor o menor intensidad, su extensión territorial, su duración o los ámbitos de la vida de la sociedad a los que afectó, pero, salvo contadísimas excepciones ninguno ha puesto en tela de juicio su existencia. No obstante conviene puntualizar una previa cuestión terminológica porque una crisis puede aludir, por ejemplo, a las dificultades presentes en el campo a consecuencia de las malas cosechas en un período de tiempo limitado, esto sería lo que entendemos por una crisis de ciclo corto. Pero también aplicamos el término para referirnos a las dificultades acumuladas en un período de larga duración, este sería el caso de la crisis bajomedieval.

Los historiadores del siglo XIX ya señalaron los graves trastornos causados en buena parte de Europa por los permanentes conflictos bélicos de los siglos XIV y XV, muy especialmente, aunque no fue el único, la denominada Guerra de los Cien Años. Del mismo modo, las noticias acerca de la incidencia de la peste negra, en la Europa de mediados del siglo XIV, llamaron su atención, hasta el punto de que fueron numerosos los que vieron en ella el factor fundamental para explicar la depresión bajomedieval. La peste negra habría sido, desde ese punto de vista, el detonante del proceso de crisis, en el que el descenso de la población fue acompañado de otros muchos fenómenos, entre los que sobresalen la caída de la producción de alimentos o la disminución de las rentas señoriales.

Para otros, el punto de partida se hallaría en el desajuste creciente entre una producción agraria estancada y una población que, por el contrario, iba en aumento. Sin duda esta interpretación, basada en los puntos de vista de Malthus, fue una novedad con respecto a las interpretaciones anteriores pero no explicaba si ese desajuste era una mera manifestación de un proceso cíclico que se repite con frecuencia (es decir, derivado de una crisis de ciclo corto) o por el contrario respondía a factores estructurales concretos existentes en Europa occidental a comienzos del siglo XIV.

Más compleja fue la interpretación ofrecida en los años treinta del pasado siglo por el historiador alemán Abel. Para este autor la profunda crisis en el conjunto de Europa se manifestaba en tres síntomas: la caída de los precios de los productos agrarios, el descenso del número de habitantes y el incremento de los despoblados. Aspecto este último que suscitó numerosas críticas puesto que es un fenómeno presente en numerosas etapas históricas y tanto los factores como los momentos de su aparición no resultan fáciles de concretar.

Otras interpretaciones han considerado la influencia del clima. Son frecuentes las alusiones en los textos de la época a la existencia de condiciones climatológicas adversas (el comienzo de la llamada "pequeña edad del hielo", según investigaciones recientes, se sitúa a finales del siglo XIII y comienzos del siglo XIV): inviernos fríos y abundancia de lluvias que incidieron en las malas cosechas. Desde esta perspectiva, y al margen de las circunstancias históricas concretas, la crisis tendría su origen en el efecto determinante de una climatología adversa.

Cabe mencionar aún otra visión de los orígenes de la depresión bajomedieval: la explicación monetarista. Los siglos XIV y XV son un momento en que escasean los metales preciosos, como consecuencia del agotamiento de antiguas minas de plata de Europa central y por la disminución de los aportes procedentes de África. A partir de aquí, cabría explicarse tanto la pérdida de la calidad de la moneda como, sobre todo, la disminución progresiva de su circulación. Estas circunstancias provocarían una bajada de los precios, algo que es una clara manifestación de parálisis en la actividad económica.

La historiografía marxista abogó desde el primer momento por una interpretación global que abarcase todo el sistema económico y las relaciones sociales. Para las posiciones más dogmáticas de esta corriente historiográfica, el feudalismo habría entrado, a lo largo del siglo XIV, en una primera fase de disgregación, debido al empuje que se ejercía por parte de las fuerzas productivas. En la óptica marxista, pero desde una posición más flexible, se sitúa también la interpretación aportada, no sólo a propósito de los siglos bajomedievales, sino en general sobre la época preindustrial, por el historiador norteamericano Brenner. Las réplicas y contrarréplicas a sus planteamientos dieron lugar al denominado "debate Brenner", de gran repercusión en la historiografía de las últimas décadas del siglo XX. Brenner incide sobre todo en el papel que juega la lucha de clases como factor explicativo del proceso histórico, y por lo tanto también de la crisis que padeció Europa en los siglos finales de la Edad Media.

También desde el ámbito del marxismo heterodoxo, una explicación global, en la que se fusionan las teorías clásicas sobre el modo de producción feudal de la escuela materialista con conceptos más tradicionales como el de crisis agraria, es la propuesta por el historiador francés Guy Bois, quien entiende que lo que se produjo en Europa en el siglo XIV fue una crisis general del sistema, generada por dos disfunciones sobre todo, una en el ámbito de la producción, la otra en el reparto de la renta. Según este autor, se produce la parálisis de la producción agrícola como consecuencia del estancamiento técnico y el descenso de la productividad del trabajo. Respecto a la segunda disfunción, Bois llamaba la atención sobre el incremento de la fiscalidad pública en paralelo al descenso de las rentas señoriales.

A partir de mediados de los años ochenta del pasado siglo, la idea de crisis bajomedieval se ha contemplado también desde perspectivas de análisis más innovadoras que tienen que ver con lo político, lo espiritual o lo artístico. Por ejemplo, la abundancia de revueltas nobiliarias y de derrocamientos y asesinatos de reyes que tuvieron lugar en las últimas décadas del siglo XIV, la relevancia que adquiere el diablo hacia el año 1400, la amplia difusión de las predicciones apocalípticas o la nueva concepción del tiempo (no olvidemos que en el siglo XIV se propagaron los relojes mecánicos), serían también manifestaciones de la crisis bajomedieval.



Figura 1. *Richard de Wallingford, abad de St. Albans, inventor de uno de los primeros relojes mecánicos* (The British Library).

Así pues, multitud de factores a considerar y múltiples perspectivas de análisis. Es por eso que algunos autores señalan que lo que se produjo en realidad fue una sucesión de crisis diversas, demográfica, agraria, militar, monetaria, espiritual etc., cada una de ellas en cierta medida autónoma, por más que hubiera puntos de encuentro entre todas ellas, sin olvidar que la incidencia en las diferentes regiones europeas también fue diferente.

2. La evolución de la demografía

Uno de los aspectos más visibles e impactantes de la crisis bajomedieval fue el demográfico. La demografía histórica ha demostrado, a pesar de la escasez de fuentes de las que disponemos, que son esencialmente de carácter fiscal, el hecho de que en el siglo XIV se produjo una innegable quiebra demográfica, aunque fuera en parte paliada por los incrementos del siglo siguiente. De manera que, el incremento de la población europea, que se produce en el período comprendido entre los años 1000 y 1300, se interrumpe en el siglo XIV.

Que las guerras, las epidemias o las hambrunas trajeron como consecuencia un espectacular aumento de la mortalidad es innegable, sin embargo conviene hacer algunas precisiones. En primer lugar, la incidencia demográfica de los conflictos bélicos resulta muy difícil de aquilatar: la guerra está presente a lo largo de los dos siglos, por eso hay que prestar atención no tanto a su presencia como a su intensidad. La conexión entre el hambre y la mortalidad también está presente en todo el período, pero parece demostrado que su incidencia fue mayor a comienzos del siglo XIV, sin olvidar que las variables regionales son muy significativas. Por último, la relación epidemias-mortalidad adquiere especial significado en la segunda mitad del siglo XIV con la difusión de la peste negra, aunque existiesen brotes epidémicos posteriormente.

2.1. *La peste negra*

La historiografía de las últimas décadas, sin por ello cuestionar su brutal repercusión, considera que la peste negra actuó sobre una sociedad que ya se encontraba en una evidente fase regresiva. Partiendo del hecho de que las epidemias de peste no eran un fenómeno desconocido, cabe preguntarse las razones por las que produjo una conmoción tan poderosa entre los europeos del momento de la que nos han dejado constancia tantas obras literarias y artísticas. Evidentemente, porque fue un fenómeno singular, tanto en los síntomas físicos de la enfermedad, como en la rapidez de su avance y, sobre todo, por sus efectos letales y la imagen de ruina y desolación que dejaba a su paso. Y es que la peste negra marcó un auténtico punto de inflexión en la historia de la enfermedad: "Esta fue la primera et grande pestilencia que es llamada mortandad grande", se lee en la crónica del rey de Castilla, Alfonso XI.

La peste negra llegó a Europa desde el continente asiático. El foco de la enfermedad parece situarse en la región china de Yunnan, donde se contagiaron los mongoles propagándola hacia Asia Central, previsiblemente

hacia los años 1338-1339. El punto de contagio de los primeros europeos fue la colonia genovesa de Caffa, situada en la península de Crimea, en el transcurso de un ataque de las tropas mongolas. Después la epidemia se difundió hacia el Occidente, por medio de los marinos genoveses enfermos que volvieron. Uno de los primeros lugares afectados fue Sicilia, a continuación Cerdeña y Córcega. En la primera mitad del año 1348 se había extendido por casi toda Italia, una gran parte de Francia y la Corona de Aragón. Entre julio y diciembre de 1348 se propagó por el noroeste de Francia, zonas meridionales del Imperio, sur de Inglaterra, Corona de Castilla y Portugal. Entre 1349 y 1350 alcanzó el norte de Europa, Escandinavia y Rusia.



Figura 2. *Representación de la peste negra en las Crónicas de Sercambi* (siglo XV, Archivio di Stato, Lucca).

La variante de peste más frecuente, según ponen de manifiesto numerosos testimonios literarios e iconográficos, es la denominada bubónica, cuyo síntoma era la aparición de "bubones" (inflamación de los ganglios linfáticos) en la ingle, las axilas y el cuello. La variedad pulmonar afectaba al aparato respiratorio. Por último, la variedad más grave era la septicémica, que cursaba con hemorragias superficiales con placas de color negro azulado, lo que explica la denominación general de "negra" que se da a la epidemia.

Analizar en términos cuantitativos la mortandad causada por la peste negra resulta todavía difícil, debido a las limitaciones de las fuentes conservadas. En un reciente estudio (Benedictow) se apuntan cifras de mortandad realmente estremecedoras, en torno al sesenta por ciento de la población

en las regiones más afectadas, de manera que la población europea pasaría de los 85 millones de 1340 a los 50 de 1350.

2.2. *La recuperación de la población*

Las epidemias posteriores a la de 1348 tuvieron un impacto mucho menor, tanto por su ámbito de difusión como por las muertes que causaron. Sin embargo, su conjunción con otros factores, como las consecuencias devastadoras de la Guerra de los Cien Años en buena parte de Francia, y las consecuencias a largo plazo de los efectos mortales de la gran epidemia, explican que en la segunda mitad del siglo XIV y en las primeras décadas del siglo siguiente continuase el descenso de la población.

El resto del siglo XV supondrá, en términos demográficos, la otra cara de la moneda con períodos largos, de veinte y treinta años, en los que se produce un crecimiento sostenido de la población, aunque esporádicamente algún brote epidémico interrumpiese puntualmente la tendencia. Entre los factores que sustentan esta recuperación cabe mencionar, por ejemplo, una mejor alimentación —aumenta la resistencia a las enfermedades y la esperanza de vida— o el adelanto de la edad en que se contraía matrimonio con la consiguiente incidencia en el aumento de la natalidad. Es bastante unánime la opinión de que a lo largo del siglo XV, en la mayor parte del territorio europeo, se produjo una recuperación demográfica que progresivamente (70 millones a fines del siglo XV y 90 al concluir el siglo XVI) logró equiparar la población a los niveles anteriores a la irrupción de la peste e incluso, en algunas zonas concretas (sobre todo las grandes ciudades comerciales), los superó con creces.

3. La depresión agraria y sus manifestaciones

En el mundo medieval casi ocho de cada diez individuos trabajaban la tierra y en el campo se generaban las tres cuartas partes de la producción global de la época. De ahí que una crisis económica en esta época era, fundamentalmente, una crisis agraria. Por otro lado, a diferencia del carácter uniforme de la crisis en el medio rural, las ciudades adoptaron respuestas muy variadas, de hecho muchos de los mecanismos de interacción entre el campo y las ciudades que surgen en esta época son los que van a contribuir a la salida general de la depresión. Es por eso que, incluso, algunos autores niegan que sea correcto utilizar el concepto de crisis al referirse a los medios urbanos.

Las primeras manifestaciones de la crisis rural se sitúan en las postrimerías del siglo XIII. No obstante, es en la primera mitad del XIV cuando la documentación empieza a referirse repetidamente a los denominados "malos años", caracterizados por la dureza climática, la pérdida de cosechas y el hambre. También la actividad bélica contribuyó a empeorar la situación: un conflicto de las dimensiones y duración de la Guerra de los Cien Años tuvo efectos tremendos sobre la población civil, especialmente en el territorio rural francés.

Aunque sin duda las diferencias regionales lo dificultan, es posible sintetizar algunos aspectos muy significativos que de un modo más o menos intenso estuvieron presentes en la generalidad del espacio europeo y en su realidad económica y social. El incremento de los lugares despoblados y la reducción del espacio dedicado al cultivo, el desajuste entre precios y salarios y la caída de las rentas señoriales y las tensiones sociales derivadas del incremento de la presión sobre el campesinado, son los más llamativos.

3.1. *Los despoblados y la reducción del espacio cultivado*

El abandono de núcleos de población convertidos en despoblados constituye uno de los síntomas más evidentes de la crisis. Pero conviene puntualizar algunos extremos; en primer lugar el que, si bien es posible que un brote epidémico contribuya o acelere la despoblación de un determinado núcleo, normalmente es un proceso lento en el que incide, por encima de cualquier otro factor, el agotamiento de las tierras de cultivo. En otras ocasiones el abandono de lugares habitados obedece a políticas de los poderes públicos de reordenación de la población en un espacio concreto, algo que será más frecuente en el siglo XV de la mano del proceso de reconstrucción agraria. A la hora de cuantificar este fenómeno, algunos datos son ilustrativos; por ejemplo en Alemania de unos 170.000 núcleos rurales existentes a comienzos del siglo XIV, alrededor de 40.000 estaban abandonados hacia 1500. Para Inglaterra se ha calculado que se abandonaron un veinte por ciento, en la Italia del sur parece que el proceso pudo alcanzar hasta a un cincuenta por ciento.

Parece indudable que este proceso de despoblación relativa del medio rural supuso un descenso de la mano de obra que, a su vez, incidió en una reducción del espacio cultivado. Pero esto no significa automáticamente algo negativo, más si tenemos en cuenta que la mayoría de las tierras abandonadas fueron las menos productivas. Las tierras abandonadas tuvieron dos destinos preferentes: o se dedicaron a pasto para el ganado o fueron recuperadas por el bosque. Duby ya hizo referencia al hecho de que el

avance de la vegetación natural en estos siglos es un fenómeno equiparable en importancia al de las roturaciones. La crisis ponía así fin a un ciclo expansivo, pero daría paso a nuevas formas de organización del terrazgo agrícola en las que la ganadería iba a alcanzar un peso notable.

3.2. *El desajuste entre precios y salarios y la caída de las rentas señoriales*

Otra de las consecuencias de la depresión fueron las alteraciones de los precios y los salarios. Aunque los poderes públicos, a través de la promulgación de ordenamientos de precios y salarios, intentaron regular la situación, la realidad es que, en general, sus esfuerzos resultaron inútiles. Las malas cosechas provocaron el incremento del precio de los alimentos, en paralelo las epidemias hicieron disminuir la mano de obra lo que provocó un aumento de los salarios. Sin embargo, este esquema tan aparentemente simple no lo fue tanto, porque los precios de los alimentos, una vez que se superaba el episodio de carestía, no sólo volvían a su nivel anterior sino que seguían la tendencia a la baja; por el contrario, los salarios continuaban su escalada alcista. Este desajuste provocó otra de las manifestaciones más patentes de la crisis: la caída en picado de la renta señorial.

La renta señorial también se verá afectada negativamente por otros factores como los efectos de la inflación sobre el cobro de antiguas rentas en metálico cuyo importe permanecía fijo, o la incidencia de las guerras —en vidas humanas y sobre todo en la destrucción de útiles de labranza e infraestructuras (molinos, lagares, puentes, etc.)—.

En un intento de paliar la situación, muchos señores optaron por abandonar progresivamente la explotación directa de sus reservas y cederla a cambio de un censo (predominaba el arrendamiento en el norte de Europa y el sistema de aparcería en el sur). Así aseguraban, además de unos ingresos fijos y no dependientes de las fluctuaciones de los precios, la fijación de los campesinos a la tierra. Otro de los mecanismos utilizados para frenar esta caída fue el de la concentración de la propiedad señorial en un menor número de personas, esto sucedió, por ejemplo, en Inglaterra lo que les permitió soportar mejor la crisis.

3.3. *El deterioro de las condiciones del campesinado: tensiones sociales y flujos migratorios*

Una de las manifestaciones más evidentes de la crisis fue la quiebra del equilibrio social que había caracterizado el mundo rural en momentos anteriores. Además de los factores psicológicos que se derivan de la situación (reacciones xenófobas, especialmente contra los judíos, angustias y miedos existenciales de todo tipo, odio hacia los ricos, etc.), la generalización de las prácticas abusivas por parte de los señores (los denominados "malos usos"), que deterioraron la protección jurídica del campesinado, o el tremendo incremento de la presión fiscal de las monarquías, trajeron como consecuencia, en primer lugar, violentas manifestaciones de tensión social en casi todas las zonas de Europa. Muchas de esas revueltas se circunscribieron a ámbitos locales reducidos, pero otras, caso de la Jacquerie en Francia (1358) o la revuelta inglesa de 1381 abarcaron espacios geográficos mucho más extensos e, incluso, en el caso de la segunda (con perceptibles conexiones ideológicas con los puntos de vista de Wyclif y las predicaciones de los llamados Lolardos), presentaron rasgos de auténtica conciencia social y elevado nivel de organización.

En segundo término, los desequilibrios rurales provocaron un intenso flujo migratorio hacia los núcleos urbanos, porque, aunque sólo fuese en apariencia, las ciudades se presentaban como un lugar de refugio, un espacio en el que las repercusiones de la crisis eran menores o, al menos, ofrecían más y mejores mecanismos para afrontarla. Luego veremos cómo el mundo urbano tampoco permaneció al margen de las tensiones.

4. La reconstrucción agraria en el siglo XV

Aunque no resulta sencillo fijar exactamente el momento de inflexión entre un período de depresión y otro de expansión, parece haber coincidencia en que, en este caso concreto, se produjo en las dos décadas centrales del siglo XV. Este cambio de rumbo no implicó el regreso mimético a situaciones anteriores, sino que se basó en un proceso de adaptación a nuevas realidades —las demandas urbanas y de desarrollo comercial— que supusieron una reordenación del mundo rural.

La recuperación de tierras para el cultivo de fines de la Edad Media no es equiparable al intenso proceso roturador de siglos anteriores, pero si fue un fenómeno significativo. Se recuperaron muchos campos que, a pesar de su excelente rendimiento, dejaron de cultivarse como consecuencia de las epi-

demias o de la guerra. Paralelamente los precios de los granos se recuperaron en casi toda Europa a partir de la década 1460-1470. Con todo, sólo cabe hablar de un éxito limitado: sólo se recuperaron en torno al veinte por ciento de los terrenos abandonados, eso sí los más productivos. Por otro lado, también conviene recordar que esta recuperación casi nunca partió de la iniciativa campesina, fueron los señores laicos y eclesiásticos los que casi siempre la impulsaron y, en tal sentido, hay que tener presente la cada vez mayor implicación de las burguesías urbanas en este proceso, lo que incide en una renovación, al menos parcial, de los poderes señoriales en el mundo rural.

4.1. *El auge de la ganadería y la especialización de los cultivos*

Síntoma claro de este proceso de reconstrucción y reordenación del mundo rural fue el auge de la ganadería, que obedece en buena medida a la necesidad de satisfacer la creciente demanda procedente del mundo urbano, tanto para la alimentación (carne y leche), como para la provisión de materias primas para la creciente actividad artesanal, especialmente la textil (cuero, lana).

El principal protagonista de la expansión ganadera fue el ganado ovino. Dos serán los países en los que el crecimiento de la cabaña de ovejas alcance unas dimensiones espectaculares; en primer lugar, Inglaterra en donde su reconversión en centro productor de tejidos desde mediados del



Figura 3. *Paisaje de Enclosures.*

siglo XIII, con el consiguiente incremento de la demanda de lana para abastecer sus talleres, provocó la búsqueda de nuevos pastos. La consecuencia indirecta de esta demanda de tierras para el ganado fue la progresiva transformación del paisaje rural, que evolucionó desde los campos abiertos (*openfield*) hacia los campos cerrados (las denominadas *enclosures*) y la desaparición de numerosas comunidades rurales.

En la Corona de Castilla, el crecimiento de la cabaña ovina también fue evidente en esta época, acompañado por el impulso institucional que supuso la creación de la Mesta en 1273, cuya misión fundamental fue la protección de los intereses de los criadores y grandes propietarios de rebaños. La coyuntura internacional, desde comienzos del siglo XIV, también contribuyó a ese auge cuando la lana castellana se convirtió en la principal abastecedora de los telares flamencos. Un proceso que, en todo momento, contó con la ayuda y el impulso de los monarcas de la dinastía Trastámara. Ello explica que la cabaña ovina, calculada en 1.500.000 ovejas al iniciarse el siglo XIV, alcanzara los tres millones a comienzos del XV y casi los cinco al finalizar el siglo.

La segunda gran evidencia de las transformaciones del mundo rural fue, desde mediados del siglo XV, la clara tendencia a la especialización de los cultivos en numerosos lugares del continente. La producción de cereales no proporcionaba ganancias tan importantes como otros productos como, por ejemplo, la vid cuya extensión, en aquellas zonas donde las condiciones climatológicas lo propiciaban, fue muy notable. Otros productos como la cebada en Inglaterra y el lúpulo en Alemania, con destino a la producción de cerveza, conocieron una expansión significativa. También la demanda de la producción artesanal incidió en el desarrollo de determinados cultivos como las plantas textiles y tintóreas, sobre todo en Italia y las tierras alemanas.

El desarrollo y ampliación de las relaciones comerciales también se encuentra en la base de estos dos procesos. Las posibilidades de abastecerse de trigo en mercados más lejanos como el norte y el este de Europa, mucho mayores ahora, permitieron esta especialización en productos que, en parte, podían ser intercambiados por este cereal, como el vino o la lana.

4.2. *Transformaciones en la sociedad rural*

La incidencia de esta reconversión de las estructuras agrarias sobre el tejido social, fue, sin duda, palpable. Con todo, conviene ser prudentes con las generalizaciones, porque las diferencias regionales fueron acusadas. En general las condiciones de vida del campesinado mejoraron en casi

todas partes, tanto desde el punto de vista jurídico (contratos de mayor duración) como de carga de trabajo (eliminación de viejas prestaciones sustituidas por pagos en metálico). Pero hay territorios —buena parte de las regiones del este de Europa— que no sólo quedaron al margen de esta mejoría sino en los que la situación de servidumbre del campesinado empeoró.

5. Ciudades, artesanía y comercio

Las ciudades europeas de los siglos XIV y XV no escaparon al impacto de la gran depresión. Padecieron los azotes de las enfermedades y fueron también víctimas de las continuas guerras de aquel tiempo. Dependientes para su abastecimiento del campo, sufrieron las consecuencias de los malos años y, en general, de las dificultades en el medio rural. Con todo, parece evidente que las ciudades pudieron hacer frente a las dificultades de la época mejor que el campo. Incluso, como ya hemos señalado, algunos autores niegan que pueda hablarse de crisis a propósito de las ciudades.

El mundo urbano mantuvo el proceso expansivo que venía de siglos anteriores, si bien se desarrolló a un ritmo mucho más pausado. Fueron muy pocas las nuevas ciudades que surgieron en el final de la Edad Media. Más significativo fue, por el contrario, el desarrollo urbano de las viejas ciudades. El mejor testimonio de ese crecimiento lo constituye, sin duda, el hecho de que, en pleno siglo XIV, es decir, en una época de crisis, se erigieran nuevas murallas en numerosas ciudades europeas. Es cierto que a veces se levantaban pensando en una posible expansión futura, que a lo mejor no llegaba, caso de Gante a fines del siglo XIV. Pero lo habitual era que la construcción de nuevas murallas se apoyase en el crecimiento del entramado urbano o, también, en la intención de dar cobertura jurídica a los barrios que habían surgido extramuros. Parece pues evidente que el crecimiento de las ciudades está directamente ligado al incremento de sus habitantes. No cabe negar el efecto, a veces demoledor, de las epidemias sobre los medios urbanos, pero también, como antes señalábamos, su condición de refugio, de polo de atracción de flujos migratorios provenientes del campo. Un ejemplo revelador es el caso de la ciudad italiana de Génova: el noventa por ciento de sus trabajadores de la industria de la seda a finales del siglo XIV, eran originarios de los campos colindantes.

Las ciudades desarrollaban unas funciones específicas que las caracterizaban y que marcaban la diferencia con el mundo rural. El perfil propio de la ciudad venía dado por su función económica: en ellas se localizaban las actividades artesanales y el comercio. Y no sólo los grandes núcleos como

Brujas, Venecia, Florencia, Londres, París o algunas ciudades hanseáticas son los ejemplos más paradigmáticos, también las pequeñas villas cumplían la función de referente económico para los territorios rurales circundantes.

Pero además, las ciudades de fines de la Edad Media fueron asumiendo, cada vez con mayor intensidad, otras funciones que contribuyeron a su definición. En primer lugar, las funciones político-administrativas de las grandes ciudades que se convierten en capitales de las entidades político-territoriales europeas (París, Londres, Nápoles, Roma, etc.). En segundo lugar, la función cultural, muchas ciudades deben en parte su progreso y crecimiento a la presencia de una universidad (Oxford, Salamanca, etc.) En otros casos son otras funciones como la militar, la comercial o la religiosa las que priman sobre otras, pero normalmente no son la única. Por eso cabe concluir que las ciudades bajomedievales tenían, como elemento definitorio más destacado, la multiplicidad de funciones.

5.1. *La sociedad urbana y sus conflictos*

En la estructura social de las ciudades de los siglos XIV y XV se detecta una tendencia común: la polarización en torno a dos grupos: patriciado u oligarquía urbana y el común o la gente menuda. La división entre "popolo grosso" y "popolo minuto", que encontramos en las ciudades italianas, es un buen retrato de la estructura social de las ciudades bajomedievales.

El dominio de los patriciados sobre el mundo urbano, proviene inicialmente de su capacidad para ejercer el control sobre el conjunto de las actividades económicas. Es por ello que este grupo social estuviese integrado, fundamentalmente, por los grandes hombres de negocios que basaban su riqueza en su dedicación al gran comercio internacional y a las actividades bancarias. En algunas ciudades, especialmente italianas y flamencas, también formaban parte de su oligarquía los dirigentes de las grandes corporaciones de oficios artesanales. El control económico que ejercía esta aristocracia, también les fue proporcionando el poder político urbano; un proceso de monopolio que, aunque en origen se remonta a momentos anteriores, en general está plenamente consolidado en los primeros decenios del siglo XIV.

Por su parte el común no era un grupo homogéneo, sin embargo, a pesar de las diferencias, cabe reconocer algunos rasgos que le caracterizan de manera general. Por ejemplo, desde el punto de vista económico, su dependencia del sector oligárquico y, desde el punto de vista político, la casi imposibilidad que como grupo tenían para participar en el gobierno urbano.

Además las diferencias con los sectores privilegiados se dejaban notar en otros muchos aspectos relacionados con el modo y los hábitos de vida: vestido, alimentación, lenguaje, ocio, etc.

Esta división bipolar de las sociedades urbanas provocó la aparición de frecuentes conflictos y agitaciones: en el seno de cada oficio entre maestros y oficiales, también entre los distintos gremios por cuestiones de competencia, en ocasiones por causa de la creciente fiscalidad y, sobre todo, por las aspiraciones de participación en el gobierno urbano. Desde finales del siglo XIII, pocas ciudades fueron ajenas a esta dinámica, si bien los conflictos más virulentos tuvieron lugar en Flandes e Italia, las regiones más urbanizadas.

No es posible enumerarlos todos, indicaremos algunos de los más importantes: los "maitines" de Brujas en 1302, la revuelta de los tejedores de Gante —encabezada por Jacobo Artevelde y su hijo— que se inicia en 1338 y se prolonga durante más de cuarenta años, las revueltas de Étienne Marcel y Caboche en París en 1357 y 1411, contemporánea la primera de la revuelta campesina de la Jacquerie y que hay que encuadrar en el convulso marco de la Guerra de los Cien Años. En Italia las revueltas urbanas comienzan también en época temprana, el primer brote documentado se produce en Bolonia en 1289, aunque sin duda la que tuvo mayor trascendencia fue la revuelta florentina de los *Ciompi* —obreros del gremio de la lana— en 1378 que sumió a la ciudad en el caos durante varias semanas



Figura 4. *Estatua de Jacobo Artevelde* (Brujas).



Figura 5. *Estatua de Étienne Marcel* (París).

y que trajo como consecuencia la consolidación del poder oligárquico tras ser implacablemente reprimida.

5.2. *Actividades artesanales*

En la Edad Media la producción de manufacturas estaba en manos de las corporaciones de oficios (gremios), que estaban sometidas a una estricta reglamentación. Pero en los siglos bajomedievales, en ciertas zonas como el norte de Italia y Flandes, comienzan a esbozarse algunos rasgos del posterior sistema económico capitalista: la separación entre capital y trabajo, la mano de obra asalariada, la dureza de las condiciones laborales y la ausencia de derechos, la imposibilidad de progresar profesionalmente en el seno de los oficios, etc. Motivos todos ellos que están en la base de muchos de los conflictos que acabamos de mencionar.

Otra de las características de la artesanía bajomedieval es la integración de trabajadores de la ciudad y del campo, porque una parte significativa del trabajo artesanal se ubicaba en los núcleos rurales próximos a las grandes urbes. En última instancia, otra de las novedades del momento será la aparición de procesos de concentración en una doble vertiente: conformación de barrios donde se agrupaban los artesanos de un determinado oficio y concentración empresarial, es decir, la posesión por parte de un solo propietario de varios talleres.

5.2.1. *Industria textil*

La industria medieval más importante fue, sin duda ninguna, la textil. Lo más relevante de lo que sucede en esta época será, por un lado, la generalización de avances técnicos como la rueda de hilar; por otro, la aparición de nuevos focos de producción, que se unen a los tradicionales de Flandes e Italia, entre los que destaca Inglaterra que, como ya vimos, experimentó un auge de la actividad ganadera como consecuencia de su reconversión de país exportador de lana a productor de tejidos y receptor de artesanos especializados de otras zonas como Flandes.

La lana era la materia prima por excelencia, pero también se utilizaban otras como el algodón, el lino, el cáñamo y la seda. El algodón procedía sobre todo de Oriente o del norte de África y su manufactura y la de sus derivados (Fustán: tejido mezcla de algodón y lana) se localizaba sobre todo en ciudades italianas Cremona, Pisa o Florencia. El lino se trabajaba sobre

todo en los Países Bajos, Flandes, Brabante y algunas ciudades alemanas. La industria del cáñamo se localizaba en regiones occidentales de Francia, como Normandía o Bretaña. Las manufacturas de seda, como consecuencia de la creciente demanda de este producto por parte de los grupos más privilegiados, experimentaron un notable crecimiento. El centro productor más destacado fue la ciudad italiana de Lucca, pero también en otras como Florencia, Siena, Génova, Venecia o Milán tuvo gran importancia su producción, por ejemplo, el "arte de la seda" florentino llegó a contar con ochenta y cuatro talleres a mediados del siglo XIV.

5.2.2. *Minería e industrias metálicas*

Una actividad económica en clara expansión en la Europa de los siglos XIV y XV fue la relacionada con la metalurgia y la minería, en ellas se produjo una importante concentración de capitales y los primeros ejemplos de sociedades de tipo capitalista. Hasta mediados del siglo XV, a pesar de que la demanda era creciente, no se produjo un incremento significativo en la producción de ciertos metales como el hierro y la plata. Esto fue posible por las importantes mejoras técnicas que se produjeron en la explotación de las minas, sobre todo en los sistemas de bombeo del agua de las galerías y en los sistemas para su ventilación. Desde mediados del siglo XV la producción de hierro en el continente se cuadruplicó, alcanzando las cien mil toneladas hacia 1530.

Importantes eran también los metales preciosos, sobre todo por su uso para la acuñación de moneda. Desde finales del siglo XIV se produjo un agotamiento de los centros tradicionales de extracción de plata de Inglaterra, Sajonia y Poitou, que sólo se compensaron en el siglo XV con la puesta en explotación de nuevos yacimientos como el de Srebrenica en Yugoslavia y, sobre todo, Kutna Hora en Bohemia. El oro procedía en su práctica totalidad de la importación desde el África subsahariana. Por lo que se refiere al cobre, procedía de Inglaterra y Noruega y de los nuevos yacimientos puestos en explotación en algunas regiones austriacas.

En directa relación con el incremento del trabajo en las minas, desde el siglo XIV se producen importantes progresos en la siderurgia, con mejoras técnicas notables sobre todo en relación con la mayor capacidad de los hornos como la farga catalana y, sobre todo, el *stückhofen* centroeuropeo. Pero el avance de la siderurgia obedece sobre todo a la demanda creciente producida por la introducción de las armas de fuego y la artillería en la actividad bélica. Centros destacados de producción de armas fueron, entre otros, Malinas, Londres, París, Milán, Nuremberg o Brescia.

Por último, es obligado hacer mención de una de las más importantes conquistas tecnológicas de la época final de la Edad Media y que se encuentra estrechamente ligada con el trabajo del metal: la creación de los caracteres móviles de metal, punto de partida de la aparición de la imprenta, por Gutenberg.

5.3. *El comercio*

Sin duda la crisis incidió sobre la actividad comercial, pero todo parece indicar que en menor medida que en otros sectores. También la persistencia de los conflictos bélicos repercutió de forma negativa en el comercio, tanto terrestre como marítimo. Pero a pesar de todo, aunque el volumen de comercio disminuyera en el siglo XIV, se recuperó e incluso creció en el siglo siguiente. Síntomas de este progreso son la aparición de instrumentos y realidades comerciales novedosos como la letra de cambio, la creación de poderosas sociedades mercantiles, el uso de medios de transporte de mayor capacidad, el declive de centros comerciales, fundamentales en momentos anteriores, como las ferias de Champagne, y la aparición de nuevas potencias mercantiles como Inglaterra, así como la cada vez mayor presencia del Atlántico como ámbito comercial.



Figura 6. *Reproducción de una Coca hanseática.*

5.3.1. *Transportes*

Los sistemas de transporte y las comunicaciones experimentaron progresos notables. La tendencia general es la preocupación por mejorar las rutas terrestres y garantizar la seguridad de los mercaderes en sus desplazamientos.

Respecto al transporte fluvial, sabemos que a fines del siglo XV circulaban por algunos ríos barcos capaces de transportar cargas próximas a las 100 toneladas y que algu-

nas autoridades urbanas legislaron sobre el mantenimiento de las orillas de sus ríos y la limpieza de canales.

Las mejoras más importantes se produjeron en el transporte marítimo. La cartografía experimento avances relevantes, siendo la escuela más destacada la mallorquina, en la que sobresalió el judío Abraham Cresques. Respecto a la construcción de barcos, los centros principales fueron Hamburgo, Lubeck, Génova, Venecia, Barcelona y Sevilla. No obstante, el progreso fundamental estuvo en los propios navíos. En el Báltico y en la zona de influencia de la Hansa germánica, los navíos principales eran la *kogge* o coca, sustituida progresivamente por la urca y la carraca, con una capacidad de carga en torno a las 300-400 toneladas, está última también se extendió por el ámbito mediterráneo con mayor capacidad de carga. De menor tamaño era la carabela, inicialmente usada como barco de pesca, muy utilizada en el ámbito de la Corona de Castilla. En el Mediterráneo seguían predominando las galeras.

5.3.2. *Técnicas mercantiles*

La documentación conservada sobre la actividad mercantil en la Baja Edad Media es un exponente claro del impulso que estas actividades alcanzaron. Muchas de esas fuentes tenían que ver con los intercambios de mercancías o con las operaciones financieras, es decir, correspondencia mercantil de toda índole que ponía en relación a los grandes mercaderes con sus agentes diseminados por numerosas ciudades europeas. La información sobre precios o circunstancias políticas era fundamental para la buena marcha de los negocios y la toma de decisiones; asistimos en la práctica al surgimiento de una nueva mentalidad que anticipa comportamientos propios del capitalismo. Pero además aparecieron otro tipo de textos que podríamos denominar didácticos cuya finalidad era proporcionar a los



Figura 7. *La pratica della mercatura* (Francesco Balducci Pegolotti, Bibliotheca Riccardiana Florentina ms. 2441, f. 1. 1472).

comerciantes pautas para el desarrollo de su actividad. Donde mayor difusión alcanzaron estos tratados fue en Italia, en donde eran conocidos con el nombre genérico de *Pratica della Mercatura*.

Se generaliza también el uso de la contabilidad por partida doble, que permitía llevar por separado cuentas de caja, de pérdidas y ganancias, de clientes, etc. La actividad bancaria se hizo más compleja, los bancos no sólo se dedicaban a recibir depósitos y efectuar préstamos, sino que intervenían también en los cambios de monedas. El referente y el soporte de su actividad eran una serie de monedas fuertes y estables, por ejemplo, el ducado veneciano y el florín de Florencia en Italia, la dobla castellana o el florín húngaro en Alemania. Pero los negocios bancarios eran muy frágiles, por lo que a la menor dificultad podían entrar en quiebra. Esto explica, entre otros factores, que en el siglo XV se constituyeran en diversas ciudades europeas bancos públicos. Así nacieron, entre otros, el *Monte* de Siena, la *Casa di San Giorgio* de Génova o la *Taula de Canvis* de Barcelona.

Uno de los más claros exponentes de los nuevos mecanismos que genera el auge de la actividad comercial es la letra de cambio. En ella participaban cuatro personas, el dador, el tomador, el beneficiario y el pagador, y era la expresión de varias operaciones: por una parte, de crédito; por otra, de transferencia de fondos, y, por supuesto, de cambio propiamente dicho. Incluso podía resultar una fuente de beneficios, a tenor de las oscilaciones del valor de las monedas que entraban en juego en la operación. La operatividad del nuevo instrumento era tal que su uso pronto se generalizó, negociándose letras tanto en las grandes ferias de toda Europa como en las principales ciudades centros de la actividad financiera del continente.

5.3.3. *Ferias y sociedades mercantiles*

En los siglos finales del Medievo se impusieron en Europa las actividades comerciales sedentarias sobre las itinerantes. Dicha idea se apoya, entre otras cosas, en el hecho de que todas las grandes compañías tenían agentes en los centros comerciales y financieros más activos de Europa y que una buena parte de los intercambios se realizaba a través de documentos mercantiles, como las letras de cambio. Además, el declive definitivo de las ferias de Champagne es síntoma inequívoco del declive del comercio itinerante. Sin embargo las ferias, en términos generales, no decayeron en la Baja Edad Media, lo que sí se produjo fue una traslación geográfica y una reconversión de sus funciones tradicionales.

Entre los acontecimientos feriales más importantes, cabe mencionar los siguientes. Las ferias de Châlons-sur-Marne, auspiciadas por los duques de

Borgoña, que tuvieron su momento de auge a lo largo del siglo XIV, donde se negociaban sobre todo paños de Flandes y sedas italianas. Las ferias de Ginebra, cuyo apogeo se produce a comienzos del siglo XV, se especializaron en el mercado de metales preciosos. En las ferias de Lyon, fundadas en 1420 y que se beneficiaron sobremanera del apoyo del rey Luis XI, se comerciaba sobre todo con tejidos de seda, y también destacaron en el desarrollo de operaciones de cambio. En Alemania sobresalen las ferias de Frankfurt, punto de confluencia de mercaderes de toda Alemania, y las de Leipzig, a las que acudían, entre otros, mercaderes rusos y polacos. En la Corona de Castilla surgen, en los inicios del siglo XV, las ferias de Medina del Campo que alcanzan su esplendor con los Reyes Católicos.

El síntoma que mejor explica el progreso del gran comercio internacional lo constituye la proliferación de las sociedades mercantiles. Su diversidad era muy grande, en función de los factores que estuviesen presentes en su constitución: el capital invertido, el radio de acción o el tiempo previsto para su actuación, por ejemplo. Un exponente típico de sociedad mercantil de esta época es la denominada "Compañía de Ravensburg". Nació a fines del siglo XIV en la región alemana de Suabia, al fusionarse tres pequeñas compañías familiares. En poco tiempo la compañía se hizo con el monopolio de todo el comercio exterior que se efectuaba desde Suabia, alcanzando una gran pujanza en el transcurso del siglo XV con diversas factorías en el extranjero.

Al margen de las grandes compañías italianas a las que en seguida nos referiremos, conviene no olvidar que buena parte del comercio europeo se seguía sustentando en la acción de mercaderes individuales o en pequeñas compañías de rango familiar como los *albergos* genoveses, las *fraterne* venecianas o las *comendas* barcelonesas.

De las grandes compañías italianas, las que mejor conocemos son las florentinas. Solían estar formadas por no más de tres familias y llevaban el nombre de la familia preponderante. Los socios aportaban un capital, el denominado "corpo", y también podían aceptar depósitos de personas ajenas al núcleo de la sociedad, conocidos con el nombre de "sopracorpo", que recibían unos intereses, fijados en torno a un ocho por ciento anual. Por encima de todas destaca la de los Médicis, que constituye el paradigma de las sociedades mercantiles de la época, con sucursales en numerosas ciudades europeas y actividades que abarcaban tanto el comercio como la industria y el crédito Su época de esplendor cubre alrededor de un siglo, desde finales del siglo XIV hasta finales del XV, en ese momento la quiebra de sus filiales en Brujas, Lyón y Londres produjo su definitiva crisis.





Figura 8. *Hof Bladelin* (patio interior y fachada de la sede de la banca Médici en Brujas).

5.3.4. *Potencias mercantiles tradicionales*

La modificación más importante en el escenario del comercio europeo en esta época fue el definitivo traslado de su centro de gravedad del Mediterráneo al Atlántico. Factor fundamental fue el avance de los turcos en el Mediterráneo oriental, que obligó a los mercaderes cristianos a replegarse, pero también la puesta en valor del espacio atlántico, cada vez mejor conocido, así como los progresos de la navegación.

Con todo, las repúblicas marítimas italianas, en particular Venecia y Génova, seguían desempeñando un papel relevante en el comercio europeo. Venecia seguía conservando en el siglo XIV numerosas colonias y enclaves en el Mediterráneo oriental y comerciaba en Siria, Egipto y el mar Negro. En la misma época y en el mismo ámbito, Génova fue protagonista de un activo comercio de productos como alumbre, madera, pieles o esclavos. Además, sus factorías estaban presentes en las rutas que conducían al Extremo Oriente, donde adquirían sobre todo seda y especias. La caída del imperio mongol originó un espectacular retroceso del comercio de los italianos en estas regiones. Eso explica que Génova prestara cada vez más atención al Mediterráneo occidental, actuando en la Península Ibé-



Figura 9. *El puerto de Venecia en el Libro de las Maravillas de Marco Polo.*

rica, tanto en la Andalucía cristiana como en el reino granadino y en el continente africano a la búsqueda del oro del Sudán y de esclavos.

En la zona de Flandes destacó especialmente la ciudad de Brujas. Cabeza de un territorio densamente poblado y con una excelente comunicación marítima a través de sus antepuertos (Damm y La Esclusa); en ella se comercializaban productos procedentes de Inglaterra, como la lana, de los países nórdicos, como el hierro o los arenques, del territorio ruso, como madera y cera, o de Oriente, como especias. Además, fue el principal puerto exportador de las manufacturas de Flandes y de las regiones próximas. El desarrollo de la actividad bancaria fue tal que Brujas se convirtió en uno de los más prestigiosos centros internacionales de pagos y de crédito y ello explica que allí se asentaran numerosas colonias de mercaderes: ingleses, hanseáticos, genoveses, venecianos, florentinos, castellanos, aragoneses, etc., con sus correspondientes consulados. Por todo ello Brujas, en la primera mitad del siglo XVI, se convirtió en el principal polo mercantil y bancario de Europa. Su población creció desde los 35.000 habitantes de mediados del siglo XIV a cerca de 100.000 al concluir el siglo XV.

Por último, el otro gran foco tradicional de la actividad comercial en estos siglos fue la Hansa, es decir, la agrupación de ciudades alemanas que se formó en 1356, a iniciativa de Lübeck, como consecuencia de la integración de diversas ligas regionales existentes desde el siglo XIII. La integraban unas 70 ciudades, entre las más significativas Lübeck, Hamburgo, Colonia o Bremen, aparte de otras 100 que tenían la condición de asociadas. También formaba parte de ella la Orden Teutónica, representada por su gran maestre. Contó con importantes colonias de mercaderes en el extranjero, entre las que destacaron Novgorod, Bergen, Londres y Brujas. Los ámbitos preferentes de su actividad eran el Báltico y el mar del Norte, cuyo control poseían completamente desde su victoria sobre Dinamarca (paz de Stralsund, 1370). Los hanseáticos comerciaban con numerosos productos: arenques, cera, hierro y cobre del mundo escandinavo, pieles de la zona rusa, madera de la ribera del Báltico, paños de Flandes, Holanda e Inglaterra, sal de Francia y Portugal, vinos del Rin o cereales y minerales de Centroeuropa. Su período de mayor actividad comprende las últimas décadas del siglo XIV y la primera mitad del XV.

5.3.5. *Nuevos polos económicos*

Además de estos polos mercantiles tradicionales, otras zonas cobran protagonismo en el comercio internacional. En su mayor parte se trataba de países a orillas del Atlántico, convertido desde finales del Medievo en el gran protagonista de la actividad naval y del comercio marítimo.

La más destacada de esas nuevas potencias fue Inglaterra. Sus condiciones previas eran sólidas: era una gran productora de lana y carbón y contaba con excelentes infraestructuras portuarias (Londres y Bristol). Además, desde comienzos del siglo XIV, su industria textil estaba en franco crecimiento. Sus principales exportaciones eran productos mineros —hulla, plomo, estaño—, cueros y, sobre todo, paños, cuyo tráfico prácticamente duplicó a lo largo de la primera mitad del siglo XV.

En un segundo escalón cabe mencionar a Holanda que, desde mediados del siglo XIV, inicia su andadura como potencia económica a partir del crecimiento de su industria pañera, del impulso de las actividades financieras y crediticias, del prestigio de sus ferias y del auge de algunos de sus puertos como Ámsterdam y Rotterdam.

Por último, una breve referencia a los reinos hispánicos. El comercio catalán fue una expresión más de la expansión de la Corona de Aragón por el Mediterráneo en esta época, si bien es cierto que esta actividad comercial entró en franco declive en la segunda mitad del siglo XV. La Corona de Cas-

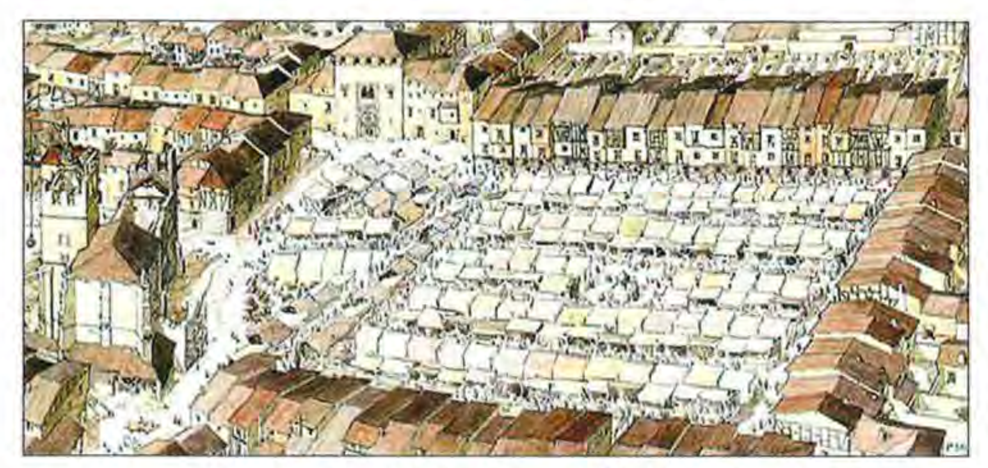


Figura 10. *Recreación de la plaza mayor de Medina del Campo en el siglo XV* (Fundación Museo de las Ferias).

tilla experimentó en el siglo XV un fuerte auge de su comercio a larga distancia, a partir de la creciente importancia de las ferias de Medina del Campo y de la intensa actividad de los puertos del Cantábrico, especialmente Bilbao. Las exportaciones castellanas, dirigidas hacia Flandes, la costa atlántica de Francia y el sur de Inglaterra, se basaban prioritariamente en la lana, pero también en el hierro vizcaíno, el aceite o el vino; a cambio llegaban paños, productos metalúrgicos, objetos suntuarios e incluso, en los años de escasez, cereales. En ese contexto surgieron colonias de mercaderes de Castilla en ciudades como Brujas. También se formó un importante foco de actividad comercial en Andalucía y Portugal, donde los puertos de Sevilla, Cádiz y Lisboa eran etapas ineludibles del comercio entre el Mediterráneo y el Atlántico, promovido en gran medida por los hombres de negocios genoveses establecidos en aquella zona, tal y como hemos mencionado.

Bibliografía específica

ASTON, T. H. y PHILPIN, C. H. E. (eds): *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*. Barcelona, Ed. Crítica, 1988.

BENEDICTOW, O. J.: *La Peste Negra (1346-1353). La historia completa*. Madrid, Ed. Akal 2020.

BOIS, G.: *La gran depresión medieval, siglos XIV-XV: el precedente de una crisis sistémica*. Universidad de Valencia, 2001.

DIAGO, M.: *La industria y el comercio de productos textiles en Europa, siglos XI al XV*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1997.

FOSSIER, R.: *El trabajo en la Edad Media*. Barcelona, Ed. Crítica, 2002.

HILTON, R.: *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*. Madrid, Ed. Siglo XXI, 1978.

LE GOFF, J.: *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*. Madrid, Alianza Ed., 2004.

MITRE, E.: *Fantasmas de la sociedad medieval. Enfermedad. Peste. Muerte*. Universidad de Valladolid, 2004.

SEIBT, F. y EBERHARD, W. (eds): *Europa 1400. La crisis de la baja Edad Media*. Barcelona, Ed. Crítica, 1993

TUCHMAN, B. W.: *Un espejo lejano. El calamitoso siglo XIV*. Barcelona, Ed. Península, 2000.

Capítulo 12

LA VIDA POLÍTICA: FRANCIA E INGLATERRA. LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Esquema de contenidos

1. Francia e Inglaterra a comienzos del siglo XIV.
2. La primera fase de la Guerra de los Cien Años.
3. La segunda fase de la Guerra de los Cien Años.
4. Francia e Inglaterra al final de la Edad Media.
   4.1. Francia: Luis XI y la resolución del problema de Borgoña.
   4.2. Inglaterra: la Guerra de las Dos Rosas.
5. Los orígenes medievales del Estado moderno.

Bibliografía específica.

Durante la Baja Edad Media la guerra contribuyó a la crisis general del período y alcanzó una intensidad desconocida hasta entonces en Europa. Es un momento en que los diferentes poderes políticos europeos se vieron envueltos en numerosos conflictos. Entre todos ellos destaca la sucesión de enfrentamientos entre Francia e Inglaterra y que se conoce con el nombre de Guerra de los Cien Años —expresión creada en Francia con fines pedagógicos a comienzos del siglo XIX—, que afecta, en mayor o menor grado, a otros territorios europeos alcanzando una dimensión continental.

1. Francia e Inglaterra a comienzos del siglo XIV

El reinado de Felipe IV (1285-1314), convirtió a Francia en la monarquía más prestigiosa y poderosa del Occidente europeo. Sin embargo, varios

problemas latentes como las dificultades financieras de la monarquía o las tensiones secesionistas en Flandes y Navarra auguraban un largo período de dificultades. A su muerte le sucedieron tres monarcas efímeros: Luis X (1314-1316), su hermano Felipe V (1316-1322), y Carlos IV (1322-1328), hijo menor de Felipe IV. Carlos IV murió en 1328 sin heredero, convirtiéndose en el último monarca Capeto.

La cuestión de la sucesión al trono francés ha sido la explicación tradicional al origen del conflicto que enfrentó a Francia e Inglaterra. Sin embargo como en seguida veremos, aunque fuera el pretexto fundamental, intervinieron muchos otros factores. En 1328 tres candidatos aspiraban a suceder a Carlos IV, todos con similares derechos: Felipe de Evreux, Eduardo III de Inglaterra y Felipe de Valois. Finalmente, Felipe de Valois fue coronado con el nombre de Felipe VI (1328-1350). Su llegada al trono no levantó especiales resistencias entre sus oponentes. Del que más tenía que temer, Eduardo III de Inglaterra, le reconoció y prestó homenaje en 1329 por el ducado de Guyena.

Al comenzar el siglo XIV Inglaterra era un Estado unificado, merced a la capacidad política de Eduardo I (1272-1307). Sin embargo, la incompetencia de su hijo y sucesor Eduardo II (1307-1327) le granjeó la oposición de la nobleza y el parlamento y una gran impopularidad. En 1311, los nobles encabezados por su primo Thomas, conde de Lancaster, impusieron al rey los



Figura 1. *Felipe IV de Francia y sus hijos* (Biblioteca Nacional, París).

denominados "lores ordenadores del Parlamento" para supervisar los nombramientos y política reales. A la debilidad del monarca contribuyó también un serio revés militar en el exterior: el noble escocés Robert Bruce —Roberto I (1274-1329)— derrotó al ejército inglés en Bannockburn, victoria que supuso la independencia efectiva de Escocia de la tradicional dominación inglesa a la que venían resistiendo desde hacía tiempo encabezados hasta su muerte por William Wallace (1305). Inglaterra vivirá años convulsos de guerra civil hasta que Thomas de Lancaster es derrotado en Boroughbridge (1322) y ejecutado. Finalmente, en 1327 el partido nobiliario obligó al rey a abdicar en su hijo Eduardo. La regencia de su madre Isabel (hermana de Carlos IV de Francia) duró tres años hasta que en 1330 Eduardo III se hizo con el control efectivo del poder, recuperando la fortaleza monárquica.

2. La primera fase de la Guerra de los Cien Años

La reclamación de los derechos de Eduardo III (1327-1377) al trono de Francia ha sido considerada tradicionalmente el origen de la guerra. Sin embargo, el pretexto dinástico sólo fue una de sus causas, y no la primera. En la génesis de esta prolongada guerra convergen diferentes razones político-económicas: la principal fue el control de Guyena, último reducto francés del Imperio Angevino de Enrique II Plantagenet. La hostilidad anglo-francesa se agudizó por culpa de otros conflictos menores como el apoyo francés a Escocia contra la hegemonía inglesa o el control del estratégico ducado de Bretaña. Sin embargo, el desencadenante del conflicto fue Flandes, otra fuente de disputas debido a la contradicción existente entre su dependencia económica de la lana inglesa y su subordinación política a los reyes de Francia a la que se añadía una pugna interna entre la nobleza profrancesa y la burguesía urbana proinglesa. La rebelión de las ciudades flamencas fue aplastada en la batalla de Cassel (1328). La escalada de tensión entre las dos potencias se aceleró: Eduardo III prohibió las exportaciones de lana inglesa, Felipe VI confiscó el ducado de Guyena en 1337. Esto provocó que Eduardo III rompiera el homenaje prestado en 1329 y reclamara el trono de Francia.

El primer enfrentamiento militar fue la batalla naval de La Esclusa (1340), con victoria británica pero sin apenas consecuencias. En los años siguientes, las disputas dinásticas en Bretaña y Escocia fueron aprovechadas por ambos bandos para abrir otros frentes de lucha que, por el momento, tampoco resultaron decisivos. Por fin, en 1346, Eduardo III decidió llevar la guerra al territorio francés.

Con la excusa de apoyar las reivindicaciones de un noble normando, el rey inglés desembarcó en Normandía con un ejército pequeño pero potente,

formado por un reducido cuerpo de caballería y muchos arqueros, tropas muy experimentadas en el conflicto con Escocia. La batalla tuvo lugar en Crécy (25 de agosto de1346): los arqueros de Eduardo III y su hijo Eduardo de Gales (el Príncipe Negro) destrozaron a la caballería francesa, revolucionando las estrategias de batalla en campo abierto. Poco después los ingleses conquistaron la estratégica ciudad de Calais, clave para el futuro de la guerra. En los años posteriores las incursiones inglesas arrasaron el sur francés y culminaron en una nueva victoria en Poitiers (1356) en la que cayó prisionero el rey francés Juan II.

La derrota militar provocó el descontento en Francia. Preso el rey en Inglaterra, el gobierno fue asumido por su hijo Carlos. El delfín tuvo que enfrentarse entre 1356 y 1358 a una delicada situación que puso a prueba la estabilidad de la propia monarquía francesa. A las debilidades políticas se sumaron la insurrección de los burgueses de París, encabezados por el preboste de mercaderes Etienne Marcel, y el estallido de la revuelta campesina de la Jacquerie. Ambas revueltas fueron duramente reprimidas, pero el enorme desgaste obligó a la monarquía francesa a buscar la paz que se alcanzó en los acuerdos de Brétigny-Calais (octubre de 1360): Eduardo III renunció al trono de Francia a cambio de una gran ampliación del territorio de Aquitania, la ciudad de Calais y una fuerte compensación económica a cambio de la libertad de Juan II. Aunque el tratado fue un aparente éxito



Figura 2. *Tumba de Du Guesclin en Saint Denis.*

francés, sus durísimas condiciones, que suponían el dominio pleno inglés sobre un tercio del reino, reflejaban el claro triunfo de Inglaterra en esta primera etapa de la guerra. Precisamente por ello, la paz estaba condenada a ser efímera.

Entre 1365 y 1389 la geografía de la guerra se amplió a toda Europa occidental. La entrada de los reinos hispánicos en escena respondió a la proyección del conflicto anglo-francés sobre los contenciosos internos peninsulares, pero también al valor estratégico que estos reinos, sobre todo Castilla, habían alcanzado y la importancia que, como pronto se demostró, tenía su flota para alcanzar el dominio marítimo.

Juan II de Francia murió en 1364. Su hijo Carlos V (1364-1380) fue un hombre brillante que supo escoger colaboradores capaces —los teóricos Raúl de Presle y Nicolás de Oresme; y los militares Bertrand du Guesclin y Juan de Vienne— que le ayudaron a ejecutar con éxito su principal proyecto político: la revisión del tratado de Brétigny.

Carlos V buscó contrarrestar la hegemonía inglesa a través de su intervención en la Península Ibérica. Desde tiempo atrás en Castilla venía produciéndose el enfrentamiento entre el rey Pedro I y su hermanastro Enrique de Trastámara. Carlos V puso al servicio de este último tropas mercenarias mandadas por Bertrand du Gesclin, a lo que Pedro I contestó solicitando la ayuda inglesa. En 1369 Enrique derrotó y dio muerte a Pedro I en la batalla de Montiel haciéndose con el trono castellano. La victoria de Enrique II supuso para Carlos V el poder contar con el apoyo estable de Castilla en su lucha contra Inglaterra. La alianza franco-castellana pronto se dejó sentir con una derrota de la flota inglesa en La Rochela que permitió la progresiva recuperación francesa de buena parte de los territorios cedidos en la paz de Bretigny. El agotamiento general condujo a las treguas de Brujas (1375). Las posesiones inglesas quedaron reducidas a Bayona, Burdeos, Calais y Cherburgo. Francia había recuperado el equilibrio de la guerra e Inglaterra era la perdedora.

Durante algunos años los problemas internos —revueltas en Flandes y Francia y la revolución en Inglaterra (1381)— coincidieron con un relevo generacional de los protagonistas de la política en Occidente: muertes del Príncipe Negro (1376), Eduardo III (1377), Enrique II (1379), Carlos V y Bertrand Du Guesclin (1380) que dejaron paso a Ricardo II de Inglaterra (1377-1399), Juan I de Castilla (1379-1390) y Carlos VI de Francia (1380-1422). Todo ello contribuyó a la reducción de la tensión bélica.

Pronto tuvo Inglaterra la excusa para reanudar las hostilidades, merced a la crisis sucesoria desatada en Portugal con la muerte del rey Fernando I (1367-1383) en la que apoyó al maestre de Avis frente a las aspiraciones del rey castellano Juan I, que sufrió una dolorosa derrota en Aljubarrota (1385) y la posterior invasión de su reino por tropas anglo-portuguesas.

Las hostilidades se paralizaron por el agotamiento bélico de franceses e ingleses, incapaces ambos de inclinar el enfrentamiento a su favor. Finalmente, las treguas de Leulinghen-Monçao (1389) entre Francia, Inglaterra, Castilla, Escocia, Borgoña y Portugal aseguraron el fin de las hostilidades en todos los frentes, abriéndose un largo período de distensión que se prolongó durante veinte años.

3. Segunda fase de la Guerra de los Cien Años

Más que las tensiones internacionales, fue la evolución interna de los distintos reinos lo que conduciría a un nuevo estallido bélico. En Inglaterra, Enrique IV entronizará, tras derrocar a Ricardo II, una nueva dinastía: los Lancaster. Será su hijo Enrique V (1413-1422) quien aprovechará la crisis de gobierno que venía atravesando Francia tras la incapacitación por locura del rey Carlos VI y la constante rivalidad entre los partidarios del duque de Borgoña y del duque de Orleans (borgoñeses y armagnacs).

El proyecto político y militar de Enrique V fue incluso más allá de la recuperación de los antiguos dominios franceses de los Plantagenet; su objetivo fue lo que se ha definido como el principio de la "doble monarquía", es decir, la unión personal de las coronas de Francia e Inglaterra. Como en seguida veremos, estuvo a punto de hacerlo realidad, sin embargo constituyó el germen de la definitiva derrota inglesa.

En 1415 el rey inglés desembarcó en Normandía. Antes de hacerlo, se había asegurado la alianza de los borgoñones, que se apartaron del conflicto. El 25 de octubre se produce la batalla de Azincourt, donde, una vez más, los arqueros y la caballería ligera inglesa barrieron a la caballería pesada francesa. Con esta victoria Enrique V reforzó su alianza con Borgoña y se atrajo el apoyo diplomático del emperador Segismundo.

Entre 1417 y 1419 completó la ocupación total de Normandía. En pleno avance inglés, el duque de Borgoña Juan sin Miedo se hizo con París aprovechando la demencia de Carlos VI. El miedo a que los ingleses ocupasen la ciudad produjo un acercamiento momentáneo de borgoñones y armagnacs que se frustró por el asesinato de Juan sin Miedo a manos de sicarios del delfín Carlos. Felipe el Bueno (1419-1467), hijo de Juan sin Miedo, se alió con Inglaterra.

En estas circunstancias, Enrique V estaba en condiciones de alcanzar su ideal político de Doble Monarquía. Todo él quedó plasmado en los acuerdos de Troyes (1420), Inglaterra mantuvo Normandía, Carlos VI sería sucedido por Enrique V, que casó con su hija Catalina, y el delfín Carlos, respon-

sable del asesinato de Juan sin Miedo, quedó convertido en un proscrito. Estos acuerdos fueron aceptados en gran parte de Francia por la evidencia de los hechos consumados (ocupación militar de Normandía, amenaza inglesa sobre París, firme alianza Borgoña-Inglaterra) y la esperanza de una paz duradera. Sin embargo, las regiones del centro y el sur, ajenas a la presión militar anglo-borgoñona, se negaron a acatar lo acordado en Troyes.

La mayor parte de la nobleza de estos territorios reconoció la legitimidad del delfín Carlos elevándole al trono como Carlos VII y formando su corte en Bourges. Los choques militares se sucedieron con balance favorable a los ingleses y borgoñones, sin embargo poco a poco se fue configurando un sentimiento "nacionalista" entre la población que se manifestaba en el deseo de echar a los ingleses de Francia. La encarnación de este sentimiento fue una joven lorenesa conocida como Juana de Arco. Su breve protagonismo histórico estuvo marcado por dos decisivos éxitos: el levantamiento del cerco inglés sobre Orleans y la coronación de Carlos VII en Reims, que provocaron un enorme impacto psicológico en todo el reino al quedar demostrado, a pesar de su posterior martirio, que los ingleses no eran invencibles.

Inglaterra empezó a acusar el enorme esfuerzo que suponía mantener la guerra en el continente y el control sobre territorios cada vez más hostiles. Progresivamente se produjo un acercamiento franco-borgoñón que culminó en el acuerdo de Arras (1435), clave en el desenlace del conflicto. Felipe el



Figura 3. *Entrevista entre Carlos VII y Juana de Arco* (Tapiz de la época).

Bueno rompió su alianza con Inglaterra y reconoció a Carlos VII como rey a cambio de una compensación económica y de la práctica independencia política de Borgoña. Consecuencia de esta alianza fue la entrada de las tropas francesas en París en abril de 1436 y, pocos años después, las treguas de Tours (1444) por las que solo Normandía y Guyena permanecían en manos inglesas.

Pero el monarca francés, cada vez más asentado y apoyado en un ejército mucho más profesionalizado y potente, parecía en condiciones de acabar con la presencia inglesa en su reino. Cinco años después se reanudaron las hostilidades, en apenas cuatro años los franceses reconquistaron Normandía y Guyena. En 1453 la guerra había acabado, aunque no hubiera ningún tratado que lo oficializase, la presencia inglesa en Francia quedó reducida a Calais, perdida finalmente en 1558.

El enfrentamiento bélico entre ambos países durante casi siglo y medio tuvo enormes consecuencias para la evolución histórica de todo el Occidente europeo. Además de las numerosas consecuencias negativas —enorme gasto económico, destrucción de recursos, sangría demográfica, etc.—, la Guerra de los Cien Años actuó también como dinamizador de procesos históricos de gran trascendencia. Francia e Inglaterra se constituyeron como Estados modernos al calor del conflicto. La primera alcanzó unas dimensiones y una cohesión interna que nunca había tenido. La segunda abandonó sus pretensiones continentales y se volvió hacia sí misma. En paralelo, en ambos países, la monarquía logró imponerse como fuerza política hegemónica y autoritaria frente al resto de los poderes y grupos sociales.

4. Francia e Inglaterra al final de la Edad Media

Desde mediados del siglo XV, el progresivo perfeccionamiento de los aparatos de gobierno permitirá a los monarcas occidentales alcanzar la Edad Moderna en condiciones de ejercer un poder indiscutido en sus respectivos territorios. Sin embargo este proceso no estuvo exento de dificultades. En Francia quedaba por resolver el problema del ducado de Borgoña, en Inglaterra la llamada Guerra de las Dos Rosas sumió al país en la violencia hasta que alcanzó el trono una nueva dinastía: los Tudor.

4.1. *Francia: Luis XI y la resolución del problema de Borgoña*

Luis XI (1461-1483) heredó de su predecesor un reino fortalecido. Su habilidad y su capacidad para rodearse de consejeros eficaces (Pedro

de Beaujeu) facilitaron su política autoritaria de consolidación de la estructura monárquica (reforzamiento de la fiscalidad y la justicia real, profesionalización y modernización del ejército, expansión de la jurisdicción real) y de expansión exterior.

El principal obstáculo de esta política seguía siendo la alta nobleza, agrupada esta vez en la denominada "liga del bien público", que se enfrentó al monarca en la batalla de Montlery, cerca de París (1465). El choque tuvo un final confuso, pero la capital se mantuvo fiel al monarca y este disolvió la Liga cediendo Normandía a Carlos de Berry y las ciudades del Somme a Borgoña. Estas concesiones de Luis XI crearon un conjunto de territorios dotados de gran autonomía y peligrosos para los intereses monárquicos. La amenaza se acentuó cuando el conde Carlos el Temerario (1467-1477) se convirtió en duque de Borgoña y contrajo matrimonio con la hermana de Eduardo IV de Inglaterra, resucitando la alianza anglo-borgoñona y el fantasma de la Guerra de los Cien Años. En la entrevista de Peronne (1468) el rey tuvo que ceder a algunas de las pretensiones del duque de Borgoña. Victorioso y con el apoyo momentáneo de Inglaterra, Carlos el Temerario se expandió en Renania y la alta Alsacia. Fruto de esta política fue también el matrimonio de su hija María con Maximiliano de Habsburgo, origen de la futura unión de los territorios borgoñones e imperiales.

Pero a pesar de este comienzo negativo, Luis XI tuvo la suficiente habilidad como para ir aislando al borgoñón del resto de la nobleza mediante una política que mezcló concesiones territoriales con victorias militares. A la vez fue capaz de desactivar la alianza de Borgoña con Inglaterra aprovechando sus dificultades internas: en 1475 alcanzó con Eduardo IV el Tratado de Picquigny por el que el monarca inglés abandonaba definitivamente los asuntos continentales y rompía su alianza con Borgoña.



Figura 4. *Carlos el Temerario por Roger van del Weyden. h. 1460* (Galería Dahlem, Berlín).

Una vez eliminado el sistema de alianzas del duque de Borgoña, Luis XI acometió su destrucción. Para ello, apoyó a los enemigos que

Carlos el Temerario se había creado con su agresiva política expansiva: una coalición formada por las ciudades de Lorena, Suabia y la Confederación Helvética. La moderna infantería suiza aniquiló a la caballería pesada borgoñona en las batallas de Grandson y Morat (1476), que precedieron a la derrota y muerte de Carlos el Temerario durante el asedio de Nancy (1477). A partir de ese momento Luis XI incorporó buena parte de los dominios del ducado de Borgoña a la corona francesa. La solución definitiva se alcanzó en la paz de Arras (1482), Francia retuvo casi todos los territorios ocupados (Borgoña, Artois y Picardía) y María, hija de Carlos el Temerario y esposa de Maximiliano I de Austria, conservó los Países Bajos, mientras que parte de Borgoña, Luxemburgo y el Franco-Condado pasaron al Imperio.

Pero además Luis XI plasmó su programa de expansión de la jurisdicción monárquica en otros territorios: Rosellón y Cerdaña (1462); Anjou, y Provenza (1475-1481); Navarra y Saboya. Con la vinculación del ducado de Bretaña a la Corona por el matrimonio de su hijo Carlos VIII (1483-1498) con Ana heredera del ducado (1491), Francia se convirtió en la monarquía más extensa y compacta de Occidente. Ello permitió a Carlos VIII planear la expansión sobre Nápoles (1494), proyecto que fracasará y en buena medida arruinará la política de su padre puesto que conllevó una serie de concesiones territoriales: restitución de Rosellón y Cerdaña a Fernando el Católico en el tratado de Barcelona (1493) y de Borgoña y Artois a Maximiliano I en el tratado de Senlis (1493); además de constituir el germen de los posteriores enfrentamientos entre Francia y España, ya en el siglo XVI, en las llamadas "guerras de Italia".

4.2. *Inglaterra: la Guerra de las Dos Rosas*

En Inglaterra, durante el reinado de Enrique VI los desastres militares en Francia y los ataques de demencia del rey provocaron un estado de anarquía en el que se desataron las rivalidades dinásticas entre distintas ramas de descendientes de los hijos de Eduardo III.

A la muerte de Enrique V, la minoría de Enrique VI (1422-1461) propició el enfrentamiento por el poder entre dos ramas de los Lancaster. Al alcanzar la mayoría de edad en 1437, Enrique VI rompió el equilibrio entre bandos nobiliarios al inclinarse por una de ellas. Esta situación se agravó con el impopular matrimonio del monarca con Margarita de Anjou, consecuencia de las treguas con Francia de 1444.

En el año 1453 se conjugaron la derrota final en Francia, el regreso de las tropas derrotadas, la catastrófica situación de la hacienda regia, una revuelta

campesina, la primera crisis de locura de Enrique VI y el nacimiento del heredero Eduardo, que rompió la esperanza en un próximo cambio dinástico. En esta tesitura Ricardo de York, miembro de una rama menor de los descendientes de Eduardo III, tomó el poder ante la locura del rey y el temor al gobierno de la reina Margarita. Sin embargo, en 1455 Enrique VI recuperó el juicio y Ricardo de York fue expulsado de la corte.

Con esta decisión la guerra civil era un hecho, fue la llamada Guerra de las Dos Rosas, que enfrentó durante 30 años a las casas de Lancaster (rosa roja) y de York (rosa blanca). En Saint Albans (1455) Ricardo derrotó a las tropas realistas y recuperó el gobierno brevemente. Sin embargo en 1459 sufrió una segunda expulsión a manos de los Lancaster agrupados por la reina Margarita. Un año después, tras una nueva victoria en Northampton, Ricardo reclamó el trono, obligando a Enrique VI a nombrarle heredero. Sin embargo, a finales de ese mismo año el duque de York fue derrotado y muerto en la batalla de Wakefield. Sus partidarios entronizaron entonces a su hijo Eduardo, quien derrotó totalmente a los Lancaster en Towton (1461). Poco después entró en Londres y alegando la locura de Enrique VI se proclamó rey como Eduardo IV con el decisivo apoyo de Ricardo Neville, duque de Warwick.

Eduardo IV (1461-1483) protagonizó un reinado muy confuso, marcado por las maniobras del duque de Warwick y por la fragilidad de la victoria de la casa de York. Enrique VI, Margarita de Anjou y el heredero Eduardo se refugiaron en Francia. Eduardo IV consolidó su poder en 1465, encerrando a Enrique VI en la Torre de Londres. Sin embargo, su estabilidad dependió siempre del apoyo de los clanes nobiliarios. El matrimonio de Eduardo IV con Elisabeth Woodville supuso el auge de su familia y el desplazamiento de Warwick, lo que precipitó la alianza de éste con Margarita de Anjou (1469). Un año después el duque de Warwick liberó y restauró en el trono a Enrique VI. Eduardo IV huyó entonces junto a su pariente Carlos el Temerario, pero regresó en 1471 y con apoyo borgoñón y de la Hansa derrotó sucesivamente al duque de Warwick y a las tropas de Enrique VI y el príncipe de Gales Eduardo. Las muertes de sus tres enemigos y la derrota total de los Lancaster dejaron el trono en manos de Eduardo IV.

Hasta su muerte Eduardo IV dirigió firmemente el reino, pero no consiguió consolidar su dinastía en el trono. En su política exterior destacó la ya mencionada paz con Luis XI firmada en Picquigny (1475). Eduardo IV murió en 1483, dejando el trono a sus hijos menores Eduardo V y Ricardo de York tutelados por su hermano Ricardo, duque de Gloucester. Este siniestro personaje acusó a sus sobrinos de bastardía y ordenó asesinarles. A continuación, usurpó el trono y se coronó con el nombre de Ricardo III (1483-1485). Su reinado fue efímero, pronto se formó una coalición entre familiares de los príncipes asesinados y otros miembros de la familia York con

integrantes de la familia Lancaster, a cuya cabeza se situó Enrique Tudor, heredero colateral de los Lancaster y futuro marido de Isabel de York, hija de Eduardo IV. La coalición derrotó y dio muerte a Ricardo III en la batalla de Bosworth (1485). Enrique Tudor se proclamó rey con el nombre de Enrique VII (1485-1509) y puso fin a la Guerra de las Dos Rosas. Con él comenzaba el gobierno de los Tudor y la reorganización de la monarquía con el apoyo de la pequeña nobleza urbana y con un programa de gobierno definido: paz en el exterior y orden y buen gobierno en el interior.

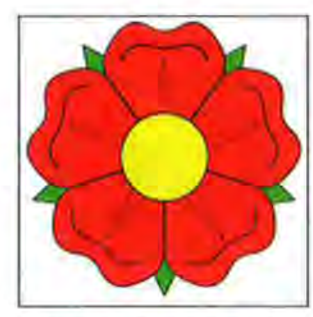




Figura 5. *Rosas heráldicas de las casas de York, Lancaster y Tudor.*

5. Los orígenes medievales del Estado moderno

Como génesis medieval del Estado moderno se entiende el proceso por el que las monarquías occidentales pasaron, durante la Baja Edad Media, de una organización feudal a otra centralizada de características estatales. En este largo proceso, podrían delimitarse tres momentos: uno inicial entre los siglos XIII y XIV, una etapa de estancamiento entre mediados de este siglo y el primer tercio del siglo XV a causa de la crisis generalizada, y un período de consolidación desde mediados del siglo XV. La construcción del Estado moderno supuso una creciente centralización política y económica, la extensión y ampliación de la capacidad decisoria de la administración real y la consolidación de la monarquía sobre la base de las notables modificaciones que se producen en su relación con los sectores aristocráticos y los demás grupos sociales.

La puesta en marcha de un aparato de gobierno centralizado y eficaz se basó en las transformaciones de las estructuras feudales (relaciones de clientela y creación de bandos que sustituyen a las viejas relaciones vasalláticas, aparición de personajes en los círculos de poder ajenos al mundo feudal como letrados, banqueros y hombres de negocios), en el uso de las innovaciones de toda índole que en esta época se producen (mejora de las

comunicaciones y de los conocimientos geográficos, progresos de las técnicas económicas y mercantiles, transformaciones militares, etc.) y en la evolución del pensamiento y las doctrinas políticas con la aparición de conceptos nuevos como el de soberanía, patria o la propia idea de Europa como comunidad cultural y política, que constituyen el soporte de lo que algunos han denominado "el nacimiento de la verdadera vida política".

La articulación territorial de los Estados se realizó por varios medios complementarios: administrativos —gobernadores territoriales, delegados regios en las ciudades como los corregidores castellanos—, militares —ejércitos permanentes—, jurídicos —fijación de fronteras políticas y fiscales y un mejor conocimiento del propio territorio— o judiciales como la jerarquización del ejercicio de la justicia.

Pero lo más importante para la consolidación del poder monárquico fue el crecimiento y la transformación de sus aparatos de gobierno, proceso caracterizado por el auge de la burocracia al servicio de los reyes. Los burócratas (letrados, juristas), extraídos de sectores sociales intermedios o menores, asumieron cada vez mayores cotas de poder. Con todo, la burocratización no desplazó a la nobleza, que mantuvo su papel político en la estructura estatal mediante el ejercicio delegado de amplios poderes jurisdiccionales en sus tierras. La fijación de la capitalidad en una ciudad concreta también fue consecuencia de este proceso de fortalecimiento estatal.

Algo similar cabe señalar de la renovación de la fiscalidad: se regularizaron y actualizaron los impuestos indirectos (especialmente los aduaneros, sobre productos como la sal y la lana, y sobre el consumo, como las alcabalas castellanas) y también los impuestos directos, aprobados en asambleas representativas a petición del rey, cuyo carácter regresivo y la exención de los mismos de nobles y clero provocó frecuentes resistencias sociales. También se obtuvieron recursos a partir de las rentas eclesiásticas, del monopolio regio de la acuñación de moneda y de primarios sistemas de crédito. Todo ello derivó en un fuerte crecimiento de los ingresos de los distintos poderes políticos europeos a finales del medievo, factor clave en la consolidación de sus estructuras estatales.

Aunque pueda parecer algo contradictorio, la realidad es que la actividad bélica contribuyó a la consolidación de las nacientes estructuras estatales. La existencia de ejércitos estables, así como la consolidación de la artillería como arma fundamental en la guerra, sólo fue posible con el perfeccionamiento de las estructuras políticas y fiscales de las grandes monarquías, únicas capaces de hacer frente a su sostenimiento. Progresivamente los ejércitos de origen feudal dieron paso a los ejércitos mercenarios, vencedores en las grandes batallas frente a las antiguas caballerías feudales. La falta de control sobre los mercenarios condujo a la creación de ejércitos

permanentes al servicio directo del rey. En Francia Carlos VII promulgó la Gran y Pequeña Ordenanzas (1445), por las que creó un ejército de rasgos modernos organizado mediante las llamadas "Compañías de Ordenanza" (veinte). En Castilla se diseñó a partir del cuerpo de Guardas Reales creados por Juan II (1406-1454), si bien fueron los Reyes Católicos los creadores de una poderosa maquinaria bélica, decisiva en la guerra de Granada. El desarrollo de la artillería fue clave en la evolución de la guerra porque, además de explicar el desenlace de prolongados conflictos como la propia Guerra de los Cien Años o acontecimientos como las caídas de Constantinopla y Granada, acabó con la concepción defensiva de la guerra feudal e inició la guerra ofensiva.

La diplomacia perseguía los mismos fines que la guerra, es decir la definición territorial frente a los poderes exteriores, pero por otros medios. Aunque desde 1300 existieron precedentes puntuales, sólo desde mediados del siglo XV comenzaron a consolidarse las embajadas permanentes en Italia, generalizándose desde finales de este siglo en todo Occidente al calor de la consolidación de los Estados y la delimitación de sus fronteras que abarcó incluso la definición de la noción de mar territorial.

Desde el punto de vista ideológico, las monarquías se beneficiaron de doctrinas que reforzaban su autoridad política (el ejercicio de la autoridad en pro del bien común, identificación del rey como un Dios en la tierra, definición de rey y reino como comunidad natural, la aceptación del principio hereditario, la supeditación de las asambleas representativas...). Además, las doctrinas monárquicas atribuyeron al rey una serie de virtudes establecidas en los "espejos de príncipes", género literario muy difundido en esta época. Igualmente, mediante la presentación de los actos públicos de los reyes como actos de propaganda, la proliferación de textos exaltadores, la utilización del arte como factor de prestigio y una mayor complejidad de los símbolos del poder real —protocolo, signos regios...—, las monarquías occidentales reforzaron la autoridad de sus titulares frente a otras instancias de poder.

También en estos siglos se fueron configurando unos sentimientos de lealtad dinástica más que nacional que condujeron a una mayor cohesión de las comunidades políticas occidentales. La voluntad de vivir en un mismo ámbito político, una historia y pasado común, unos mismos mitos, una lengua y una religión comunes y el uso patriótico de símbolos y devociones actuaron como importantes elementos de identificación de la comunidad frente a otros pueblos. En este sentido, la historiografía jugó un destacado papel a la hora de proyectar las conciencias nacionales.

Por último, los cambios estructurales fueron más allá del terreno político e institucional. También tuvieron su reflejo en el ámbito económico.

La expansión que a todos los niveles se experimenta en los últimos decenios del siglo XV, trajo como consecuencia el desarrollo de los grandes puertos del Atlántico (Sevilla, Lisboa, Londres) y la aparición o consolidación de organizaciones de gran poder financiero —los Médici en Italia, los Fugger en Alemania— cuyos intereses tenían una dimensión global que superaba el marco de los nacientes Estados y que en numerosas ocasiones entraron en conflicto con las políticas de corte proteccionista puestas en práctica por las monarquías.

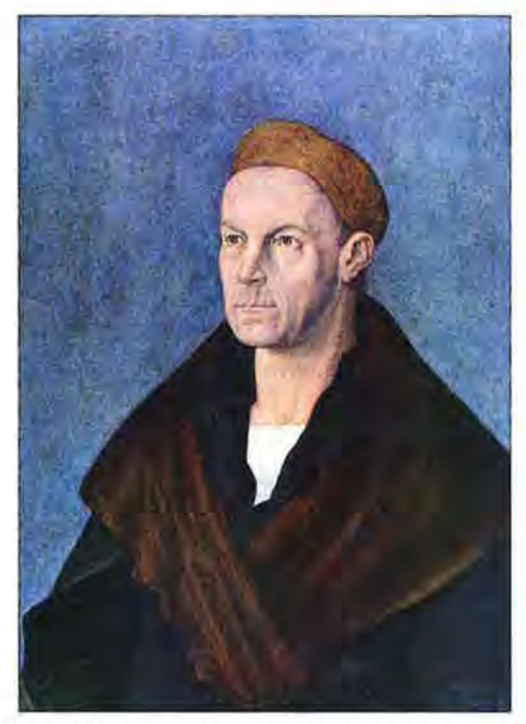


Figura 6. *Jakob Fugger o Fúcar (1459-1525)* (Bajo su dirección la familia alcanzó su mayor poder, por Alberto Durero).

Bibliografía específica

ALLMAND, C.: *La Guerra de los Cien Años*. Barcelona, Ed. Crítica, 1990.

CONTAMINE, Ph.: *La Guerra de los Cien Años*. Barcelona, 1989.

DUBY, G.: *Los procesos de Juana de Arco*. Granada, 2005.

FEDOU, R.: *El estado en la Edad Media*. Madrid, 1977.

GARCÍA FITZ, F.: *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1998.

GUENÉE, B.: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados*. Barcelona, Ed. Labor, 1973.

KEEN, M. (ed): *Historia de la guerra en la Edad Media*. Madrid, Machado Libros, 2005.

MITRE, E.: *La Guerra de los Cien Años*. Madrid, 1990.

PERROY, E.: *La Guerra de los Cien Años*. Madrid, 2013 (2ª ed.).

TENENTI, A.: *La formación del mundo moderno*. Barcelona, 1985.

ULLMANN, W.: *Principios de gobierno y política en la Edad Media*. Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1971.

ULLMANN, W.: *Historia del pensamiento político en la Edad Media*. Barcelona, Ariel, 2004.

Capítulo 13

LA VIDA POLÍTICA: EL TERRITORIO IMPERIAL Y LA PENÍNSULA ITALIANA

Esquema de contenidos

1. Alemania y la decadencia imperial.
   1.1. Los emperadores de la casa de Luxemburgo.
   1.2. La vuelta de los Habsburgo al trono imperial.
   1.3. El Imperio a fines de la Edad Media.
2. La fragmentación política de Italia.
   2.1. Las ciudades-estado del norte.
      2.1.1. Venecia.
      2.1.2. Génova.
      2.1.3. Milán.
      2.1.4. Florencia.
   2.2. Los Estados Pontificios.
   2.3. La Italia meridional e insular.
   2.4. Italia a finales de la Edad Media.

Bibliografía específica.

1. Alemania y la decadencia imperial

La dispersión y disgregación del poder político es la característica más llamativa de las tierras alemanas en la Baja Edad Media, es decir, la preponderancia de los poderes territoriales de los grandes principados frente al emperador y el fracaso en la práctica de la idea imperial universalista, si bien pervivió como referente de una cierta "conciencia nacional" germánica. Algo que contrasta con lo que sucede en otros territorios europeos que asientan sus bases como monarquías centralizadas. En Alemania son los príncipes los que llevan a cabo la centralización política en el seno de sus dominios. La corona imperial no llegó nunca a consolidar su transmisión

por vía hereditaria, aunque a lo largo del período fue monopolizada por los Luxemburgo y los Habsburgo.

La península italiana, integrada teóricamente en los dominios imperiales, vivía ajena a su autoridad, a pesar de los intentos de revitalización de la misma por parte de algunos emperadores como Enrique VII (1308-1313). En la frontera occidental se perdieron algunos territorios como consecuencia de la presión francesa. Por el contrario, sus fronteras orientales crecieron gracias a la acción de las Órdenes Militares, promotoras de la colonización germana de los territorios situados al Norte de Polonia y continuadoras de la expansión alemana sobre la Europa Oriental (Drang nach Osten). La Orden Teutónica se apoderó desde 1228 de los territorios en torno a las desembocaduras de los ríos Oder y Vístula. En 1309, el gran maestre de la orden crea de hecho un nuevo principado alemán con capital en Marienburgo (actualmente Malbork) en Polonia. Por su parte, los Caballeros Portaespadas alcanzaron el golfo de Finlandia y fundaron algunas ciudades como Riga.



Figura 1. *Castillo de Marienburgo.*

Tras la muerte de Rodolfo de Habsburgo (1273-1291), cuyo reinado acabó con el denominado Gran Interregno, la victoria de su hijo Alberto I (1298-1308) sobre Adolfo de Nassau (1292-1298) abrió la posibilidad de convertir el Imperio en una monarquía hereditaria bajo los Habsburgo, que consiguieron aumentar sus bases territoriales gracias a la anexión de Bohemia (1301). Sin embargo, el asesinato de Alberto en 1308 acabó con las aspiraciones de su linaje, que no recuperaría el trono imperial hasta 1438.

1.1. *Los emperadores de la casa de Luxemburgo*

La casa de Luxemburgo consiguió ocupar el trono casi ininterrumpidamente entre 1308 y 1438. Su programa político buscó más el incremento y la consolidación de sus propios dominios patrimoniales, frente a las ambiciones del resto de los príncipes alemanes, que la consecución de un Estado centralizado y la pervivencia de la idea imperial. Con todo, el primero de ellos, Enrique VII (1308-1313), constituye una excepción, puesto que trató de superar el estrecho marco de la política interna alemana y apostar por la recuperación del ideal universalista.

Con el fin de alcanzar sus propósitos emprendió una campaña en Italia (1310-1313) imponiendo a los Visconti en Milán y a los Scaligeri en Verona en calidad de vicarios imperiales. Enrique llegó a ser coronado en Roma por dos cardenales —sin la presencia del pontífice—, pero cuando se disponía a invadir el reino de Nápoles murió repentinamente en Siena (1313). El intento de recuperar el proyecto imperial había fracasado ante los poderes fácticos de la península italiana, representados por el Papado, los Anjou y algunas de las ciudades más poderosas del norte como Florencia.

En 1314 fue elegido emperador Luis IV de Baviera (1314-1347) con el apoyo de la familia Luxemburgo. Pero un grupo de electores, en desacuerdo con la elección, elevaron a la dignidad imperial al duque de Austria, Federico de Habsburgo, hijo de Alberto I. Tras ocho años de guerra, en 1322 Luis consiguió derrotar a su oponente. Una vez asentada su hegemonía en Alemania, intentó volver a intervenir en Italia aprovechando las debilidades del Papado frente a las ciudades gibelinas del norte como Milán. Incluso llegó a ser coronado emperador por Nicolás V, antipapa designado por él mismo, sin embargo su campaña no prosperó y regresó a Alemania. El efecto principal de esta tardía disputa entre Papado e Imperio se dejó notar, sin embargo, en la política interior alemana: en 1328 los príncipes electores y poco después la Dieta Imperial declararon que la elección imperial les correspondía a ellos y que la intervención del Papado se limitaba al acto honorífico de la coronación; de este modo se consagra el proceso de "germanización" del título imperial.

A su muerte, Carlos IV de Luxemburgo (1347-1378) fue elegido emperador con la unanimidad de todos los electores, incluidos los arzobispos alemanes, pero sin contar con la coronación papal que no se produjo hasta 1355. Sus objetivos políticos fueron el engrandecimiento de los bienes patrimoniales de su familia y la definitiva germanización del Imperio abandonando la cuestión de Italia. Carlos IV hizo del reino de Bohemia el centro neurálgico del Imperio. Su capital, Praga, fue objeto de una especial atención con la construcción de notables edificios como la Catedral de San Vito y la fundación de su universidad.



Figura 2. *Puente sobre el Moldava mandado construir (1357-1402) por Carlos IV.*

El principal hito de su reinado fue la promulgación de la denominada "Bula de Oro", aprobada por las Dietas de Nüremberg y Metz en 1356, que supuso la superación definitiva de los ideales universalistas y la germanización definitiva de la elección imperial. En ella se encuentra una detallada definición de los derechos políticos de los siete electores encargados de la designación imperial y el reconocimiento por parte del emperador de sus amplias prerrogativas: transmisión del derecho al voto por vía de primogenitura masculina; carácter indivisible de los principados y plena soberanía solariega y jurisdiccional; derechos sobre las minas y otras regalías imperiales; tipificación de la conspiración contra un príncipe elector entre los delitos de lesa majestad; etc.

En 1359, el llamado *Privilegium Matus* concedía a los Habsburgo, como duques de Austria, la condición de electores. El acercamiento a la dinastía rival culminó en el Tratado de Brünn (1364), mediante el cual, en caso de extinguirse una de las dos familias, sus territorios pasarían a la superviviente. Algo que se hizo realidad con la extinción de los Luxemburgo en 1437.

Tres fueron las consecuencias fundamentales del programa político de Carlos IV. En primer lugar, la dignidad imperial pasó a ser monopolio exclusivo de los Luxemburgo y los Habsburgo. En segundo término, la práctica desaparición de la influencia papal en los asuntos internos de Alemania. Por último, la consagración del enorme poder de los príncipes alemanes que trajo como consecuencia el que numerosas ciudades alemanas se sintieran



Figura 3. *La Bula de Oro de 1356.*

amenazadas por la presión que ejercían. Al ser ineficaz la protección imperial, comenzaron a surgir ligas o hermandades de ciudades con la intención de defenderse de los abusos de los señores territoriales. Pese a la prohibición explicita de la "Bula de Oro", en 1376 se constituyó la Liga de Ciudades de Suabia; unos años antes una liga similar agrupó a algunas ciudades como Berna, Lucerna y Zurich, que será el germen de la actual Suiza.

El sucesor de Carlos IV, su hijo Wenceslao el Perezoso (1378-1411), se preocupó más de sus labores de mecenazgo en Bohemia que de intentar atajar los numerosos conflictos que sacudían las tierras alemanas con los enfrentamientos entre la nobleza y las ligas ciudadanas y los peligros exteriores como los avances polacos en tierras de la Orden Teutónica. En 1400, en pleno Cisma de Occidente, los electores, ante la pasividad de Wenceslao, decidieron deponerle, aunque siguió siendo rey de Bohemia, y eligieron a Roberto del Palatinado (1400-1410) como nuevo emperador, quien, pese a contar con el reconocimiento del papa Gregorio XII, sólo consiguió imponer su autoridad sobre algunos territorios. Tras la muerte de Roberto y la renuncia de Wenceslao, los electores designaron a su hermano Segismundo (1410/11-1437), último emperador de la casa de Luxemburgo.

Segismundo, al igual que su hermano y antecesor, abandonó los asuntos estrictamente alemanes en beneficio de sus intereses particulares en Hungría y Bohemia. Así, el emperador trató de consolidarse en el trono bohemio, al que había accedido en 1419 a la muerte de Wenceslao, afrontando

una dura guerra contra el nacionalismo husita (1419-1436). Igualmente, intervino de forma decidida en los concilios de Constanza (1414) y Basilea (1431), que sellaban el final del Cisma y abrían las puertas al movimiento conciliarista.

1.2. *La vuelta de los Habsburgo al trono imperial*

A la muerte de Segismundo la dignidad imperial recayó en un príncipe del este de Alemania, Alberto II de Habsburgo (1438-1439), duque de Austria y yerno del emperador desaparecido. Bajo su breve mandato se produjo la primera unión dinástica de Austria, Hungría y Bohemia, gracias a la doble herencia de Habsburgo y Luxemburgo en cumplimiento de lo acordado entre ambas familias en el Tratado de Brünn. Su programa político preveía un fortalecimiento de la autoridad imperial a través del apoyo de las ciudades, pero su repentina muerte aparcó para siempre el proyecto.

Su primo y sucesor, Federico III de Estiria (1440-1493), trató a lo largo de su dilatado reinado de consolidar su patrimonio familiar como vehículo para mantener la autoridad como emperador. Paralelamente consiguió mantener una excelente relación con el Papado merced a su oposición a las tendencias conciliaristas y a los buenos oficios de su consejero Eneas Silvio Piccolomini que alcanzaría el pontificado con el nombre de Pío II. Esta buena relación permitió además la firma del Concordato de Viena en 1448 que aseguraba la integridad religiosa y un cierto control imperial sobre la poderosa iglesia alemana.

Su capacidad negociadora le permitió resistir los intentos por recortar sus poderes impulsados por los príncipes e incluso llegó a alcanzar algunos acuerdos generales de carácter pacificador como el logrado en 1488 con los príncipes, la pequeña nobleza y algunas ciudades. Con todo, esta voluntad de consenso no fue suficiente para evitar la pérdida temporal de territorios como Hungría y Bohemia e, incluso, el cerco de Viena protagonizado por el rey húngaro Matías Corvino en 1485.

En compensación, su hábil política de alianzas matrimoniales consiguió incorporar al patrimonio de los Habsburgo territorios tan dispares como Tirol y Borgoña (1482). Su hijo Maximiliano I (1493-1519), casado con María de Borgoña desde 1477, continuó la política diplomática iniciada por su padre, cuyos resultados instalaron años más tarde a los Habsburgo en los tronos de España (matrimonio de su hijo Felipe con Juana hija de los Reyes Católicos), Hungría y Bohemia (su nieto Fernando haría valer los derechos adquiridos por los Habsburgo sobre ambos territorios en el Tratado de Presburgo suscrito en 1491).

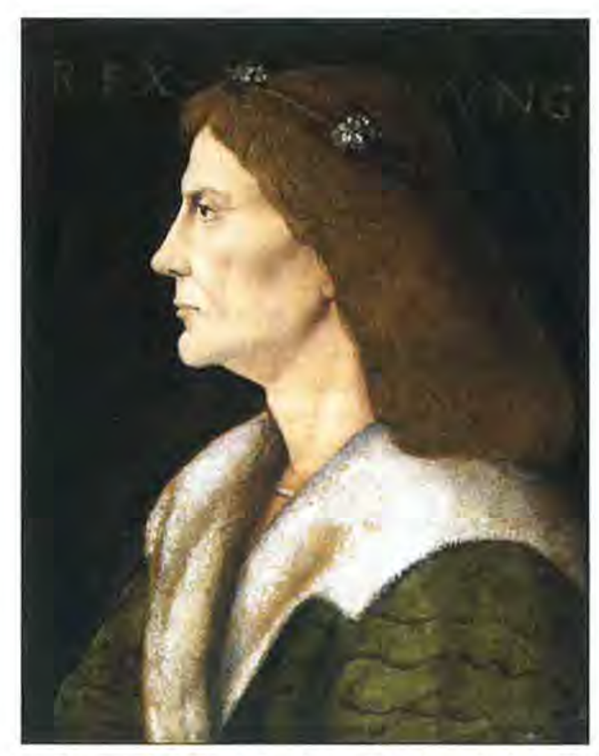


Figura 4. *Retrato de Matías Corvino atribuido a Andrea Mantegna* (Museo Histórico de Budapest).

1.3. *El Imperio a finales de la Edad Media*

A finales del siglo XV el Imperio presentaba unas estructuras territoriales y administrativas todavía ancladas en el pasado que lastraban su capacidad para competir con las emergentes monarquías nacionales de Occidente. Es cierto que existieron algunos proyectos de reforma de las instituciones imperiales a lo largo del siglo XV, pero no alcanzaron sus objetivos porque los príncipes electores se resistían a cualquier intento unificador y, en la mayoría de los casos, los propios emperadores sólo veían en su cargo un instrumento para aumentar el patrimonio de su linaje. La Reforma luterana vino a agudizar las tendencias centrífugas al sumarse la controversia religiosa a las divergencias políticas preexistentes. A pesar de todo, esta desunión política no era incompatible con una conciencia cada vez mayor de una identidad propia frente al exterior.

Las pérdidas territoriales del Imperio a lo largo de los siglos XIV y XV fueron notables, aunque a veces sólo temporales. Entre todas ellas destaca la inde-

pendencia definitiva de los cantones suizos. Tras sufrir numerosas derrotas militares desde finales del siglo XIV, los Habsburgo terminaron reconociendo la autonomía de los cantones helvéticos (Paz de Basilea, 1499). En segundo término, los avances de Francia y Borgoña en la frontera occidental. La primera consiguió controlar Provenza y el Delfinado. Por su parte el duque de Borgoña Carlos el Temerario, llegó a dominar numerosos territorios tradicionalmente adscritos al Imperio, si bien, como ya señalábamos, fueron recuperados con el matrimonio de Maximiliano I y María de Borgoña en 1477.

En las fronteras del este las posesiones alemanas también disminuyeron, aunque la influencia de sus colonos y comerciantes se mantuvo, sobre todo en las ciudades. A mediados del siglo XIV la Orden Teutónica aún controlaba todas las regiones bálticas, incluso en 1346 consiguió incrementar su patrimonio al recibir Estonia del rey de Dinamarca. Las ciudades, de fundación germana en su totalidad, pertenecían a la Liga Hanseática y vivían un tanto al margen de la autoridad del gran maestre. Pero la aparentemente sólida estructura del estado cruzado se vino abajo con la unión de Polonia y Lituania en 1383. La derrota de Tanenberg (1410) puso fin a la hegemonía de la Orden en los países bálticos.

La Hansa también terminó por perder su preeminencia en las actividades comerciales del norte y este de Europa. Parte de su decadencia tiene que ver con el retroceso del poder de las órdenes militares, pero sobre todo, como ya comentamos, a la entrada en escena de otras potencias mercantiles como Inglaterra u Holanda.

2. La fragmentación política de Italia

Ya hemos visto como en los siglos de la plenitud medieval Italia fue el principal escenario de la pugna entre las dos autoridades con pretensiones de universalidad: Papado e Imperio. Pero al comenzar el siglo XIV esta batalla cede su protagonismo ante el ascenso de las monarquías nacionales, Francia especialmente.

Italia era al comenzar el bajo Medievo un mosaico de entidades políticas independientes que, si bien presentaban algunos elementos culturales uniformes como el idioma, no parecían dispuestas a implicarse en un proyecto político unitario pues los condicionantes en contra de toda índole —históricos, geográficos, sociales— lo hacían imposible. Desde la perspectiva socioeconómica, frente a los territorios del norte, densamente poblados y con un amplio desarrollo del comercio y las actividades artesanales y dominados por activas burguesías, los territorios del sur peninsular

mantenían casi intactos los lazos de dependencia feudal en el marco de una economía mucho más ruralizada.

Desde el punto de vista político, en el norte, después de muchas décadas de lucha, las comunas ciudadanas se habían liberado del yugo imperial; las ciudades más importantes, tras ampliar sus zonas de dominio a los territorios circundantes, se convierten en pequeños estados. En el centro geográfico de la península se encontraban los Estados Pontificios que, tras la marcha de los papas a Avignon, fueron presa de las ambiciones de pequeños señores territoriales y de las grandes familias romanas que intentaron aprovecharse del vacío de poder. La labor del legado papal Gil de Albornoz posibilitó el regreso de los papas y el progresivo afianzamiento de su poder en el territorio. En el sur, tras la caída de los Staufen, se había establecido una dinastía francesa, los Anjou, y desde 1282, tras el episodio de las Vísperas Sicilianas, hicieron su aparición los aragoneses que a la postre se harían con el control de la zona en el siglo XV.

2.1. *Las ciudades-estado del norte*

Mientras que algunas ciudades, en diversos momentos sólo nominalmente, conservaron el status republicano en su forma de gobierno (Venecia, Florencia), en bastantes otras la Baja Edad Media alumbró el nacimiento de las "señorías", es decir, gobiernos de carácter unipersonal, más parecidos al concepto clásico de tiranía que a la idea feudal de señorío, aunque siempre revestidos de una cierta apariencia de legalidad pues se suponía que eran resultado de la voluntad popular desencantada de los inestables gobiernos republicanos (Milán, Verona, Mantua, Padua, etc.). Su antecedente más claro está en los Podestá del siglo XIII a los que ya hemos hecho mención.

Una de las constantes del período fue el protagonismo cobrado por las tropas mercenarias en el equilibrio de fuerzas entre los distintos estados. Éstos confiaron la seguridad pública y la de sus fronteras a sus capitanes o *condottieri*, término procedente de la palabra *condotta*, contrato entre las autoridades y el jefe mercenario. A lo largo del siglo XIV las señorías utilizaron ejércitos extranjeros, que sustituyeron poco a poco a las milicias ciudadanas. Pero con el cambio de siglo, los italianos se incorporaron a los ejércitos profesionales y sus mandos comenzaron a intervenir decididamente en los asuntos internos de las ciudades que les pagaban. Uno de ellos, Francisco Sforza, llegó incluso a erigirse en duque de Milán tras la muerte del último Visconti.

Veamos la evolución de algunas de las más importantes de estas ciudades.

2.1.1. *Venecia*

En términos comparativos Venecia fue sin duda un ejemplo de estabilidad política, basada en el predominio y protagonismo absoluto de una oligarquía de grandes mercaderes elevados al rango nobiliario. Desde finales del siglo XIII la ciudad tenía firmemente establecida su constitución política: el Gran Consejo, integrado por doscientos cuarenta miembros, era la fuente de autoridad política; si bien, desde 1315, era un órgano más reducido —el Consejo de los Diez— quien ostentaba el poder el real y, en la práctica, controlaba las actuaciones de la figura representativa del gobierno republicano que era el Dux, llegando incluso a su eliminación física tal y como ocurrió en 1355 con la destitución y ejecución del dux Martín Faliero, acusado de intentar instaurar un gobierno personal.

La política exterior veneciana tuvo dos ejes fundamentales. En primer lugar, la creación de un estado territorial en su entorno que protegiese sus intereses comerciales de las ambiciones de otras ciudades, especialmente Milán; es la llamada política de *Terra Ferma* que, después de diversos avatares y enfrentamientos, concluirá en la paz de Lodi (1454) en la que se fijan las fronteras entre los dominios de ambas ciudades. En segundo lugar, la

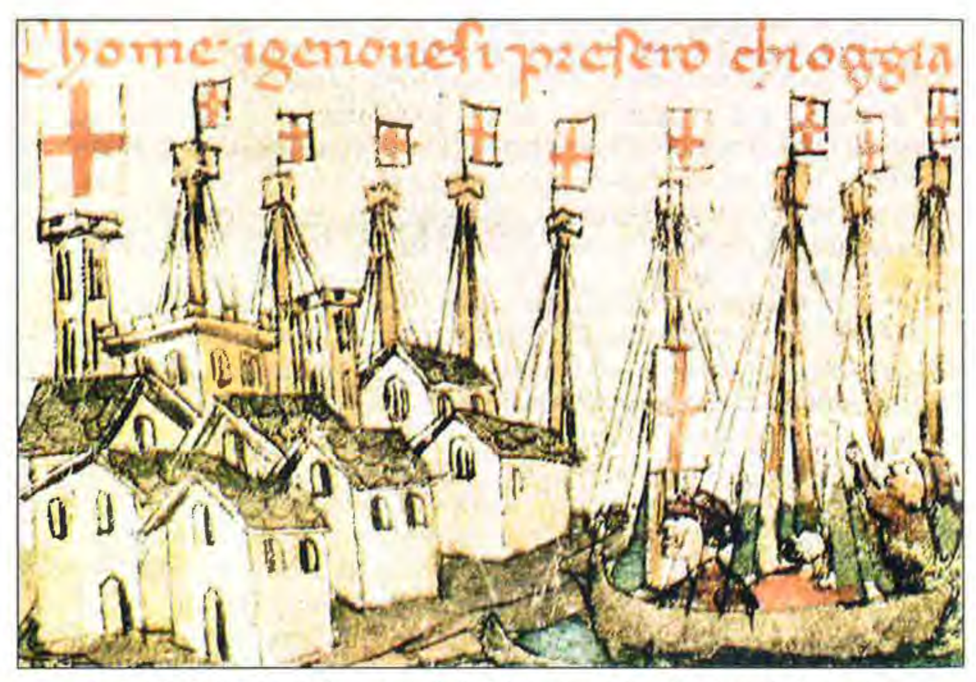


Figura 5. *Episodio de la guerra de la Chioggia en las Crónicas de Sercambi* (Archivio di Stato, Lucca).

histórica rivalidad comercial con Génova en el Mediterráneo oriental, provocó numerosos episodios de guerra naval entre ambas ciudades en estos siglos, con resultados alternativamente favorables para ambas partes que se saldaron con ligero predominio veneciano tras la denominada guerra de la Chioggia (1377-1381). Una vez descartada Génova como rival, Venecia ocupó todo el siglo XV, militar y diplomáticamente, en intentar frenar el avance turco en el Mediterráneo oriental y mantener sus intereses y enclaves comerciales, labor que a la postre resultó estéril.

2.1.2. *Génova*

La capital de la Liguria tenía a su frente a un conjunto de familias patricias de grandes comerciantes (Grimaldi, Doria), que habían establecido desde comienzos del siglo XIV un sistema similar al veneciano con un dux a la cabeza, que sin embargo no logró alcanzar la estabilidad de su modelo. Hubo períodos en los que se establecieron regímenes tiránicos, como el de Simón Bocanegra entre 1339 y 1344, y en otros la ciudad encomendó su gobierno a personajes foráneos como Juan Visconti, procedente de Milán, en 1353. Esta inestabilidad fue mermando su dominio territorial, pero no afectó a su independencia económica, mercantil y política.

Acabamos de mencionar su endémica situación de enfrentamiento con Venecia por sus intereses contrapuestos en el comercio de oriente. En compensación, tras imponerse a Pisa su gran rival, desde finales del siglo XIII Génova se había convertido en una potencia comercial en el área occidental del Mediterráneo, en la que compitió con los aragoneses por el dominio de Córcega y, especialmente, Cerdeña que terminará cayendo del lado aragonés a comienzos del siglo XV.

2.1.3. *Milán*

Las luchas por el poder entre las familias de su patriciado, finalizaron en las postrimerías del siglo XIII con el triunfo de los Visconti que se mantendrán a su frente hasta mediados del siglo XV. La prosperidad económica de la ciudad, basada en un activo sector artesanal y comercial y en la industria de fabricación de armas, y la habilidad política de los Visconti, posibilitaron la creación de un estado territorial a lo largo del siglo XIV —especialmente en el último cuarto con Gian Galeazzo Visconti (1385-1402) al frente— en el que fueron cayendo bajo la órbita milanesa ciudades como Piacenza, Parma, Bolonia o Bérgamo, incluso Verona, Pisa y Pavía en el momento de mayor esplendor. Además, una acertada política internacional llevó a los

Visconti a entroncar con miembros de las familias reinantes en Occidente. Esta política expansionista de la señoría milanesa la mantuvo en estado de permanente conflicto con sus vecinos, especialmente Florencia, Venecia y los Estados Pontificios, que no concluirá hasta la mencionada paz de Lodi. Poco después los Visconti serán desalojados del poder definitivamente.

2.1.4. *Florencia*

La historia de Florencia a lo largo del siglo XIV y primeros decenios del siglo XV fue especialmente agitada, aunque casi siempre dentro de un sistema de gobierno republicano. Las dificultades económicas de la época, las grandes epidemias y la conflictividad social tuvieron una especial incidencia en la ciudad: bancarrota de algunas grandes familias de banqueros como los Bardi, breves gobiernos de personajes extranjeros como Gualterio de Brienne, la famosa revuelta de los *Ciompi*, etc.

Tras el aplastamiento de la revuelta de los Ciompi (1378), la solución vino con el regreso de las fórmulas de gobierno oligárquico por parte de los grandes mercaderes integrados en las denominadas "artes mayores", singularmente los Albizzi, y una política expansionista muy activa con la conquista de Pisa (1406) y Livorno (1421).



Figura 6. *Estatua de Cola di Rienzo* (en el Campidoglio de Roma).

2.2. *Los Estados Pontificios*

La marcha de los papas a Avignon supuso la pérdida de importancia política de los denominados Estados Pontificios, en buena medida como consecuencia de la despreocupación de los propios pontífices que obtenían la gran mayoría de sus recursos económicos de otros lugares de Europa. La propia ciudad de Roma se convirtió en el escenario de las disputas entre las grandes familias (Colonna, Orsini). Si bien el acontecimiento más destacado de este momento será la revuelta comunal encabe-

zada por Cola di Rienzo, entre los años 1344 y 1354, que quiso restaurar una suerte de gobierno republicano de reminiscencias clásicas. El resto de los territorios pontificios se encontraban en la práctica bajo el control de pequeños déspotas que controlaban las diferentes ciudades como los Malatesta en Rímini o los Manfredi en Faenza.

Con todo este estado de cosas terminó un legado pontificio, el cardenal español Gil de Albornoz, quien volvió a imponer la autoridad pontificia mediante la promulgación en 1357 de las denominadas Constituciones Egidianas, verdadero código legislativo por el que se han regido los territorios pontificios hasta bien entrado el siglo XIX, que posibilitaron el regreso de los papas a Roma en 1421. Desde ese momento el Papado pasó a convertirse en un poder temporal italianizado; los sucesivos papas fueron exponentes de las nuevas corrientes humanistas y también protagonistas activos de la turbulenta vida política italiana.

2.3. *La Italia meridional e insular*

Después de las victorias de Benavento (1266) y Tagliacozzo (1268) sobre Manfredo y Conrradino, los Anjou habían sustituido a los Staufen al frente del reino siciliano (integrado por la isla y la comarca peninsular en torno a Nápoles). Se trata de un territorio extenso pero pobre, aunque con algunas ciudades de importancia como Nápoles, Palermo y Bari, y con una administración bastante centralizada, heredera de la obra de Federico II, con una fiscalidad y unos monopolios que reportaban a la corona sustanciosos ingresos.

El dominio angevino sobre la isla fue efímero. En 1282 se produce un levantamiento popular —Vísperas Sicilianas— contra el monarca Carlos I de Anjou, los sublevados llamaron en su ayuda al rey aragonés Pedro III que fue coronado como rey en Palermo ese mismo año. A lo largo de veinte años los intentos del papado y de los monarcas franceses por reponer el dominio de los Anjou en la isla fracasaron. En 1302 el tratado de Castelbellota reconoció definitivamente a Federico, hijo menor de Pedro III y hermano de Jaime II, como rey legítimo de la isla. La anexión definitiva de Sicilia a la corona aragonesa se producirá un siglo más tarde.

Por su parte, en Nápoles el monarca más destacado fue el nieto de Carlos I de Anjou, Roberto (1309-1343), definido por Petrarca como el único monarca de su época amigo de la sabiduría y de la virtud, que, fiel aliado del Papa, se convirtió en el estandarte de la resistencia a las pretensiones imperialistas de los emperadores alemanes. A su muerte, el territorio napolitano entró en un largo período de disputas internas entre las distintas ramas de la

familia Anjou, resuelto en última instancia con la conquista del reino por el rey Alfonso V de Aragón (1443) —a pesar de la sonora derrota de la flota aragonesa en Ponza (1435) a manos de los genoveses— y la reunificación en manos aragonesas del llamado "Reino de las dos Sicilias" dividido desde los tiempos de las Vísperas Sicilianas.

2.4. *Italia a finales de la Edad Media*

A mediados del siglo XV la península italiana era un territorio en plena efervescencia en el que la cultura y las artes estaban alcanzando cotas que han marcado una época en la historia de la humanidad, en Florencia, bajo el mecenazgo de los Médicis, en Roma con el patrocinio de los papas, en Nápoles al amparo de Alfonso V. Y todo esto se superponía a un clima de disputas políticas y enfrentamientos bélicos, sin duda era el espacio idóneo para el desarrollo del llamado "arte de la política" que tuvo años más tarde en Maquiavelo a uno de sus más eximios teóricos.

Con todo, a partir de 1454, con la firma de la paz de Lodi, Italia inaugura un período de casi medio siglo si no de paz si al menos de relativa tranquilidad, ya que ese acuerdo significó un equilibrio entre las grandes potencias italianas (Milán, Venecia, Florencia y Nápoles con el patrocinio del Papado) y la toma de precauciones conjuntas para evitar posibles intervenciones del Imperio y, sobre todo, de Francia.



Figura 7. *Moneda de Ludovico Sforza.*



Figura 8. *Medalla de Lorenzo de Médicis.*

En Milán los Visconti habían sido sustituidos en el poder por un antiguo condotiero, Francisco Sforza, que inaugura una dinastía que consolidará su hijo Ludovico, apodado "el moro". En este denominado período sforzesco Milán conoció una gran prosperidad, con progresos en la agricultura y un espectacular crecimiento de la industria de la seda con notable repercusión en las finanzas del ducado.

En Florencia la familia Médicis dominaba la ciudad merced a su control de las elecciones de las magistraturas municipales. El momento más brillante de esta saga familiar corresponde a la época de Lorenzo el Magnífico (1469-1491), que asegurará su poder político tras desbaratar la conspiración encabezada por los Pazzi, su principal rival en la ciudad (1478), alcanzando en 1480 una alianza con el pontífice que, pasado el tiempo, permitirá a su familia alcanzar el papado (León X).

En la corte pontificia, el papa que mejor simboliza la Italia de la época será, sin duda, Sixto IV (1471-1484) que convirtió la curia romana en una auténtica corte principesca dominada por el lujo y el mecenazgo artístico, y estuvo siempre obsesionado por incrementar su poder temporal y engrandecer a su familia: hasta seis de sus sobrinos fueron hechos cardenales y uno de ellos alcanzó el papado con el nombre de Julio II.

El equilibrio surgido de la paz de Lodi se rompió en 1494 con la invasión francesa de Nápoles a petición del papa Alejandro VI que había apoyado una revuelta nobiliaria contra Fernando I, hijo bastardo de Alfonso V, duramente reprimida por éste. Italia entra así en la época moderna presidida por las mismas tendencias centrífugas y de intervencionismo de las grandes potencias extranjeras que habían presidido su período medieval.

La expedición del rey francés Carlos VIII a Italia abre un nuevo período histórico, en el que la península se convirtió en tierra de conquista y escenario de guerra de las mayores potencias europeas del momento: Francia y España. Como colofón a la nueva situación, Luis XII de Francia y Fernando el Católico (1452-1516), defensor de los intereses de la rama bastarda de la casa de Aragón que gobernaba en Nápoles, firmaron en 1500 un pacto de reparto del reino napolitano. Este hecho marcó la irrupción de España en la península y el fin de la independencia italiana.

Bibliografía específica

Berenguer, J.: *El Imperio de los Habsburgo, 1273-1918*. Barcelona, 1993.

Carocci, S.: *El nepotismo en la Edad Media. Papas, cardenales y familias nobles*. Universidad de Granada, 2007.

Diago Hernando, M.: *El Imperio en la Europa medieval*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1996.

Giunta, F.: *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*. Barcelona, Ed. Ariel, 1989.

Hibbert, Ch.: *Florencia: esplendor y declive de la casa de Medici*. Granada, 2008.

Norwich, J. J.: *Historia de Venecia*. Granada, 2003.

Runciman, S.: *Las Vísperas Sicilianas*. Madrid, Reino de Redonda, 2009.

Tenenti, A.: *Florencia en la época de los Médicis*. Barcelona, 1974.

Trease, G.: *Los condotieros. Soldados de fortuna*. Barcelona, Ed. Ayma, 1977.

Capítulo 14

LA IGLESIA Y LA RELIGIOSIDAD BAJOMEDIEVAL. LAS HEREJÍAS

Esquema de contenidos

1. El Pontificado en la Baja Edad Media.
   1.1. Francia, nuevo adversario del Papado.
   1.2. El pontificado de Avignon.
   1.3. El Cisma de Occidente y los intentos de solución.
   1.4. El Papado en el siglo XV.
2. Los nuevos caminos de la espiritualidad: misticismo, reformas y herejías.
   2.1. Hacia una nueva piedad popular: el misticismo.
   2.2. La reforma del monacato.
   2.3. La reforma de las órdenes mendicantes.
   2.4. Las respuestas heterodoxas: Wyclif y Hus.

Bibliografía específica.

1. El Pontificado en la Baja Edad Media

1.1. *Francia, nuevo adversario del Papado*

A finales del siglo XIII la monarquía francesa, encarnada por Felipe IV, sustituye al Imperio en la pugna entre el poder espiritual y el poder temporal. El enfrentamiento se produjo con el papa Bonifacio VIII, sobre todo por cuestiones de índole jurisdiccional. A las bulas de Bonifacio proclamando la autoridad papal sobre los poderes laicos, el rey francés reaccionó intentando deponer al pontífice (atentado de Anagni, 1303). El fallecimiento de Bonifacio evitó el conflicto pero debilitó el poder y el prestigio del Papado. El nuevo papa Clemente V, de origen francés, se plegó a las exigencias de Felipe IV en asuntos hasta entonces de su competencia, aceptando la convo-

catoria de los concilios de Vienne de 1311 y 1312 donde se acordó la supresión de la orden del Temple (la monarquía francesa se liberaba de su tutela financiera) y una nueva regulación para la orden franciscana.

1.2. *El pontificado de Avignon*

En 1309 Clemente V trasladó la corte pontificia a la ciudad francesa de Avignon, buscando la cercanía al monarca francés y el alejamiento de una Italia políticamente muy inestable y sumida en disputas de toda índole. La estancia, en principio provisional, se prolongó durante más de setenta años y, como primera consecuencia, produjo un afrancesamiento de la corte papal (de los ciento treinta y cuatro cardenales creados en esos años, ciento once fueron franceses, así como cinco papas).



Figura 1. *El palacio de los Papas* (Avignon).

Es preciso destacar que la estancia en Avignon fue un período fructífero para la organización administrativa de la Iglesia. Se produjo el fortalecimiento de instituciones como la Cámara Apostólica (responsable, entre otras cosas, de la acuñación de moneda), la Cancillería o el Tribunal de la Rota (creado en 1331). Por otro lado, los papas se reservaron el monopolio de la nominación de los beneficios eclesiásticos, venciendo poco a poco las resistencias de los poderes laicos. Además, el período aviñonés supuso un importante desarrollo de la fiscalidad pontificia que alcanzó un nivel de ingresos desconocido hasta entonces, lo que permitió financiar la política de pacificación de los Estados Pontificios desarrollada por el cardenal español Gil de

Albornoz (represión de la revuelta comunal de Cola de Rienzo en Roma). La bonanza financiera fue también la base del esplendor intelectual y artístico de la corte papal de Avignon, caracterizado por el impulso dado a su universidad y a la biblioteca pontificia y por el mecenazgo a todo tipo de artistas, además del embellecimiento urbanístico y arquitectónico de la ciudad.

1.3. *El Cisma de Occidente y los intentos de solución*

La labor desarrollada por el cardenal Albornoz, permitió que en 1377 Gregorio XI tomase la decisión de la vuelta de la corte papal a Roma. Sin embargo, a su muerte un año después, las disensiones entre los cardenales trajeron como consecuencia una doble elección: los cardenales italianos eligieron en Roma a Urbano VI, los franceses —con el apoyo regio— a Clemente VII en Avignon. El cisma era un hecho. Inglaterra, Alemania, Flandes, el centro y el norte de Italia y Portugal, se situaron en el bando de Urbano VI; por su parte, Francia, Castilla, Aragón, Escocia y la Italia del sur se alinearon con Clemente VII.

A una primera fase de enfrentamiento militar que no resolvió nada debido al equilibrio de fuerzas (*vía factis*), le sucedió una segunda propiciada por la universidad de París, que propuso la renuncia de ambos papas para posibilitar la elección de otro nuevo (*vía cessionis*). La propuesta contó con el inicial apoyo de la mayoría de los poderes laicos, sin embargo fracasó definitivamente en 1403 por la intransigencia de los pontífices del momento (Benedicto XIII en Avignon y Bonifacio IX en Roma). El tercer estadio, la denominada *vía compromissi*, es decir, la negociación directa entre ambos pontífices previa a una solución arbitral y de consenso, tampoco alcanzó mejores resultados. Ante tal estado de cosas, y al calor del auge de la doctrina conciliarista que propugnaba este tipo de reuniones como exponente máximo de la autoridad de la cristiandad (Marsilio de Padua: *Defensor Pacis*), los cardenales de ambos bandos acordaron desligarse de la obediencia a sus respectivos papas y convocar como último recurso un concilio universal en Pisa el año 1409 (*vía concilii*).

Pero el concilio de Pisa supuso un nuevo fracaso, ambos papas se negaron a comparecer y fueron depuestos. El concilio eligió un nuevo pontífice en la figura de Alejandro V, pronto sucedido por el primer Juan XXIII. La confusa situación provocó la intervención directa del emperador alemán Segismundo, a la cabeza de la solución conciliarista, un procedimiento cesaropapista que parecía olvidado, con la convocatoria de una nueva reunión en Constanza en 1414. Durante cuatro años el conjunto del occidente europeo estuvo pendiente de lo que allí se debatía y decidía. Las votaciones se hicieron por naciones (Italia, Francia, Inglaterra, Alemania y España); en 1415 el concilio proclamó su superioridad sobre el papado e inició el proceso de depo-

sición de los tres pontífices que culminó en 1417 con la designación de un nuevo papa en la figura de Martín V. Paralelamente, en el concilio se aprobaron otras resoluciones trascendentales: la convocatoria periódica de nuevos concilios (decreto *Frequens*), la condena del husismo y la reducción temporal de las atribuciones pontificias en materia de fiscalidad y provisión de beneficios eclesiásticos.

1.4. *El Papado en el siglo XV*

A partir de Martín V los sucesivos papas buscaron la vía de la concordia con los poderes seculares —esta centuria es conocida como "el siglo de los concordatos"— como medio para sostener su prestigio y recuperar su poder frente a un movimiento conciliar que declinó definitivamente en 1439 cuando el papa Eugenio IV alcanzó un acuerdo de unión con la Iglesia de Oriente.



Figura 2. *Hendrick Van Cleve* (Jardines del Belvedere en el Vaticano, 1587, París, Galería De Jonckheere).

Las otras dos grandes preocupaciones de los pontífices durante este siglo fueron la restauración de su autoridad, tanto en el seno de sus propios Estados como en el conjunto de la vida política italiana, y el incremento de sus recursos financieros. Desde este último punto de vista, poco a poco las rentas papales se fueron acrecentando gracias a nuevos mecanismos: la concesión de indulgencias y jubileos, la explotación de las minas de alumbre de Tolfa, descubiertas en 1462, y el establecimiento de todo tipo de censos y aduanas en los territorios pontificios. A finales de siglo los ingresos prácticamente se habían duplicado (trescientos mil florines) con respecto a los de 1430. En paralelo, la ciudad de Roma renacía como capital con grandes y costosas obras (iglesias, palacios y jardines como el Belvedere) y como centro de espiritualidad, arte y cultura.

2. Los nuevos caminos de la espiritualidad: misticismo, reformas y herejías

La profunda crisis socioeconómica, las epidemias y las guerras, los vaivenes del papado, afectaron de manera profunda a la espiritualidad de los europeos, a la manera de entender y vivir la religión. De todo ello serán manifestaciones la aparición de nuevas corrientes místicas (la *devotio moderna*), los intentos de reforma de las órdenes religiosas y la aparición de nuevos movimientos heréticos.

2.1. *Hacia una nueva piedad popular: el misticismo*

Partiendo de tradiciones anteriores, las manifestaciones místicas influyeron en la sensibilidad religiosa de los siglos bajomedievales, si bien no conviene olvidar que tuvieron un carácter minoritario. Desde comienzos del siglo XIV aparecieron grupos reducidos que buscaban nuevos métodos de piedad que terminaron desembocando en experiencias místicas, algunas con un marcado carácter teórico como la de los llamados "maestros renanos" entre los que destacó el dominico Eckhart (1260-1327), que influyó en teólogos posteriores como Gerson, y otras más prácticas y con una dimensión más popular como la protagonizada en Cambrai por Juan Ruysbroeck (1293-1381) al frente de un grupo que se regía por la regla de los canónigos regulares.

Años después uno de sus discípulos, Gerardo Groote (1340-1384), fundó una nueva comunidad en la localidad holandesa de Deventer, conocida con el nombre de "hermanos de la vida en común", cuyos miembros —tanto clé-

rigos como laicos— buscaba conseguir su satisfacción personal a través de la oración, la predicación, el ejercicio de la caridad, la meditación y la ascesis.

De esta iniciativa derivaron nuevas fundaciones como la de los canónigos de Windesheim, famosa porque en ella vivió Tomás de Kempis (1379-1471) autor de uno de los libros más ampliamente divulgados en la época, la *De imitatione Christi* donde se recogían todos los principios y las prácticas de estas comunidades, agrupadas todas bajo la denominación genérica de *Devotio Moderna,* que tanta influencia tuvo en pensadores y reformadores posteriores como Erasmo, Lutero o san Ignacio de Loyola.

Pero al margen de este tipo de congregaciones, minoritarias como se ha señalado, la piedad popular se expresaba de muy diversas maneras. Por ejemplo, es la época de éxito de los grandes predicadores como san Vicente Ferrer o san Bernardino de Siena, capaces de congregar a miles de personas para escuchar sus sermones. Se popularizan también las representaciones de los "misterios", algo así como catecismos teatralizados. Se generaliza la aparición de fórmulas colectivas de vida religiosa, de manera que proliferan las cofradías de carácter solidario de los más diversos tipos: asistenciales, caritativas, hospitalarias, etc. Por último, es también un momento en el que el miedo a la muerte es una preocupación social generalizada que se manifiesta, por ejemplo, en las danzas de la muerte y en los cantos fúnebres como el *Dies Irae,* y que potencia actitudes como el culto a la virgen y a los santos o la generalización abusiva de las indulgencias.

2.2. *La reforma del monacato*

A comienzos de la Baja Edad Media son muchas las órdenes que se enfrentan a serias dificultades internas, tanto económicas como espirituales, derivadas de la crisis general de las nuevas inquietudes espirituales y del trauma que para el conjunto de la Iglesia supuso el Cisma. Estas demandas de reforma suscitan numerosas respuestas en el clero: movimientos de observancia en el seno de cada orden, creación de nuevas órdenes o reforma de las existentes hasta constituir, en la práctica, nuevas congregaciones, y un amplio y difuso movimiento reformador en el clero secular, que se traduce en la convocatoria frecuente de sínodos diocesanos que ordenan la vida parroquial y la organización de los cabildos catedralicios.

En los monasterios benedictinos se aprecia bien la situación descrita: la dificultad económica para sostener a sus comunidades fuerza a realizar encomiendas, es decir, a obtener la protección de los laicos, lo que repercute en su independencia y patrimonio. En la orden benedictina el Cisma produjo

una división que acabó con el centralismo cluniacense en que había residido su fuerza, y que impidió el normal desarrollo de instituciones vitales, como el Capítulo General para los cistercienses. Pero la ruptura de vínculos entre los monasterios tuvo un efecto beneficioso, el de facilitar la reforma de aquéllos que mantenían la vitalidad espiritual. Por ejemplo, a comienzos del siglo XIV nacía, cerca de Siena, la abadía de Santa María de Monte Olivete, en torno a la que se irá formando una pequeña congregación de monasterios reformados, como Montecasino.

Benedicto XII fue el principal impulsor de las reformas monásticas, tanto de su propia orden, el Cister, como del monacato benedictino en general. En 1336 su bula conocida como "Benedictina" daba normas sobre la organización económica de las abadías, sobre el estudio de los monjes, y, sobre todo, establecía una nueva organización de los monasterios, que quedaban agrupados en provincias, con capítulos trienales y la inspección de visitadores. La reforma diseñada en la "Benedictina" chocó con muchos obstáculos como la desconfianza de muchos señores ante las visitas a monasterios situados en sus territorios, o la resistencia de los propios monasterios a los visitadores. Estas dificultades impidieron que cumpliera todos sus objetivos, pero no que se consolidara el sistema de congregaciones, vehículo esencial de la reforma monástica.

Conviene señalar algunas de las más destacadas. En Castilla nacía en Valladolid en 1390, por impulso de Juan I, un nuevo monasterio benedictino en el que a la liturgia benedictina y la plena observancia de la regla, se unen la oración personal y la meditación propiciada por las nuevas corrientes espi-



Figura 3. *Tumba de Benedicto XII* (Catedral de Avignon).

rituales. En poco tiempo el monasterio encabezará una amplia congregación sujeta a la autoridad de su abad.

En Italia, en las décadas finales del siglo XIV, en Venecia, un grupo de jóvenes reformistas fundaba un cabildo de canónigos en san Nicolás de Lido. De allí saldrían las personas a las que Gregorio XII encomendó la reforma de santa Justina de Padua. Este monasterio daría lugar a su vez a una congregación de monasterios muy observantes de la regla benedictina. Además santa Justina destacó también por la dedicación al estudio y a la vida contemplativa. Su influencia alcanzó a los países limítrofes (España, Francia y Alemania) donde surgieron iniciativas.

También en los monasterios cistercienses surgieron iniciativas para recuperar la observancia de la regla. Por ejemplo, en Alemania, impulsaron las actividades de estudio manteniendo estrechas relaciones con las universidades, en los Países Bajos, entraron en contacto con los círculos de la *devotio moderna*. Pero será en Castilla donde la reforma del Cister alcance un mayor desarrollo con un modelo propio. El impulsor de la reforma será Martín de Vargas, clérigo jerezano y maestro en teología, quien en 1425 obtenía permiso de Martín V para la construcción de dos eremitorios. Sin embargo, el proceso se estancó hasta que los Reyes Católicos dieron el definitivo impulso a los proyectos reformadores.

Los cartujos experimentaron un notable crecimiento. En Castilla, por ejemplo, jugaron un papel destacado en la reforma iniciada en el reinado de Juan I, con las fundaciones de El Paular y de Miraflores. Otro caso es el de los Jerónimos, se trata de una alternativa eremítica que para evitar las sospechas de las autoridades eclesiásticas sobre su régimen de vida comunitario, buscó el amparo papal. Gregorio XI, en 1373, otorgó estatuto monástico al monasterio de Lupiana y dio permiso para la fundación de otros cuatro monasterios. Su fama observante hizo que Juan I les encomendase el monasterio de Guadalupe en 1389, a partir de ese momento se expandieron por toda la Corona castellana e, incluso, por Aragón.

2.3. *La reforma de las órdenes mendicantes*

Similares demandas de reformas se percibían en las Órdenes Mendicantes, incluso los problemas eran más profundos. La importancia alcanzada por ambas órdenes a lo largo del siglo XIII, se percibía en su presencia habitual entre los cargos de la jerarquía y entre el profesorado de las universidades; pero, en contrapartida, ello había ocasionado un evidente distanciamiento de sus principios fundacionales de pobreza y vida comunitaria. Por

eso la incidencia del Cisma sobre ellas fue todavía mayor que sobre las órdenes monásticas.

En su seno surgirán voces, muy influenciadas por la *devotio moderna*, que plantearán la necesidad de reformas en el plano individual y no tanto en lo referido a las estructuras de organización interna. Fue Raimundo de Capua, general de los dominicos, el que impulsó la puesta en marcha de conventos observantes, en los que la regla fuese seguida de modo más riguroso, a los que se trasladarían los frailes que deseasen llevar una vida más acorde con su regla. No se trataba pues de una reforma general para dar paso a una nueva congregación, sino conventos con un régimen de funcionamiento diferente.

Pero esta solución planteaba nuevos problemas, especialmente el miedo a una escisión entre quienes se consideraban superiores por su mayor observancia y quienes les acusaban de secesionistas. A ello se añadía la polémica sobre la conveniencia de la realización de estudios; algunos sectores de la orden pensaron que la actividad intelectual podía constituir un peligro para la virtud esencial de un religioso: la humildad. Otros, por el contrario, eran partidarios de potenciar una sólida formación que contribuyese a mejorar su acción pastoral. Pero a pesar de las tensiones, los dominicos crearon algunos conventos observantes, uno por cada provincia, así como algunos otros específicamente dedicados a la formación intelectual de sus miembros.

Parecidas circunstancias rodean a los franciscanos, si bien las soluciones adoptadas son más originales porque el movimiento de observancia se desarrolla de modo bastante independiente en cada una de las provincias de la orden y, por ello, con efectos muy distintos.

En Italia el impulsor de las reformas será Bernardino de Siena, combinando la pobreza tradicional de la orden, con una intensa predicación sin excesivas complicaciones teológicas. Además fue muy cuidadoso con el mantenimiento de la unidad, tal y como demuestran las "Constituciones" que publicó en 1440. Sin embargo, a medida que crecía el número de conventos observantes, aumentaron las fricciones con los conventos más inmovilistas. Aunque se conservó una unión teórica, en muchos lugares se produjeron movimientos de reforma que consideraban la secesión imprescindible. Particular interés tuvo la reforma iniciada en Borgoña por santa Coleta de Corbie que influyó también en la rama masculina. También de manera independiente se desarrolla la reforma en Castilla de la mano de san Pedro Regalado, que funda el convento de la Salceda.

También se dan movimientos similares de reforma en otras órdenes como carmelitas y agustinos, con semejantes fenómenos de ruptura interna. Por último, también se produjo la aparición de algunas órdenes nuevas, aunque su expansión fue modesta, es el caso de los jesuatos, dedicados al cuidado

de los enfermos, fundados en 1363, y los mínimos, fundados por san Francisco de Paula en 1435.

2.4. *Las respuestas heterodoxas: Wyclif y Hus*

A lo largo de la baja Edad Media, las demandas de una mayor espiritualidad provocaron numerosos movimientos de reforma muy críticos con la jerarquía de la Iglesia. Además, en ocasiones, estos movimientos conectan con situaciones de tensión social o manifestaciones nacionalistas que derivan en respuestas que se apartan de la ortodoxia y acaban provocando una reacción represiva por parte de la Iglesia y de los poderes políticos. Especial importancia por la repercusión social de sus doctrinas tuvieron las figuras de John Wyclif y de Juan Hus.

El inglés John Wyclif nació hacia 1324. Estudió en Oxford y se ordenó como sacerdote obteniendo varios beneficios eclesiásticos de los que permaneció ausente durante toda su vida, lo que, paradójicamente, no atenuó sus fuertes críticas contra los clérigos absentistas. Sus doctrinas tuvieron una gran influencia debido sobre todo al ambiente político en que le tocó vivir: el enfrentamiento franco-inglés y el apoyo a Francia de los papas de Avignon hicieron muy populares sus ataques al Papado; por otro lado, su posición favorable a la intervención de los laicos en los asuntos eclesiásticos le granjeó la protección de Juan de Gante, duque de Lancaster y tutor del rey Ricardo II.

Estos son en esencia los postulados de Wyclif: defendía que sólo Dios en su condición de creador domina el universo, por eso sólo la adecuación de la voluntad del hombre a la de Dios justifica la posesión de bienes, de forma que sólo los justos poseen legítimamente. Distinguía entre jerarquía e Iglesia de los predestinados, es decir, los justos, aquellos que han recibido la gracia de Dios. La existencia del pecado original hace necesaria la ley civil, que debe aplicarse tanto a clérigos como a laicos. La posibilidad de que tanto el papa como el resto de la jerarquía eclesiástica no se encuentren entre los predestinados les despoja de la autoridad. La interpretación personal de las sagradas escrituras es la única fuente de certeza, por eso se hace necesaria su traducción a todas las lenguas como único modo de que sean de general conocimiento. Por otro lado, sacramentos e indulgencias sólo tenían para Wyclif un valor simbólico.

Muchas de sus ideas fueron consideradas heréticas y condenadas por el papa Gregorio XI. Sin embargo, el comienzo del Cisma reforzó sus críticas y pareció demostrar lo ajustado de las mismas. Son de estos años sus afirmaciones más radicales sobre la predestinación y acerca de la incapacidad

de la Iglesia para enseñar. Esa radicalización empezó a enajenarle el apoyo de la corte. La revuelta inglesa de 1381, aunque explícitamente Wyclif no la apoyó, utilizó algunas de sus afirmaciones sobre la propiedad y sobre la justicia de desposeer a quienes detentan los bienes, lo que contribuyó a acentuar el temor a sus ideas.

Un sínodo convocado en 1382 por el arzobispo de Canterbury calificó de heréticas veinticuatro proposiciones contenidas en las obras de Wyclif, calificación que fue corroborada por la Universidad de Oxford. La condena universal sería promulgada por el Concilio de Constanza. Pero sus ideas le sobrevivieron e incluso alcanzaron un mayor grado de influencia, aunque en ocasiones distorsionadas. También le sobrevivió la organización de sacerdotes pobres o "lollardos", predicadores ambulantes seguidores de sus ideas, presentes —aunque sea difícil valorar su participación efectiva— en las agitaciones sociales que conmueven a Inglaterra en 1381, 1414 y 1431. Los "lollardos" fueron duramente reprimidos al ser considerados como un peligro para la estabilidad social; debido a ello, las ideas de Wyclif perduraron poco en Inglaterra, en contraste con otros lugares de Europa como enseguida veremos.

Aunque se le ha considerado uno de los principales discípulos de Wyclif, Juan Hus (1369-1415) en realidad no lo fue, si bien es innegable la similitud de muchas de sus ideas. Las obras de Wyclif se conocían en Bohemia desde



Figura 4. *Wyclif distribuye ejemplares de su traducción al inglés de la Biblia entre los "sacerdotes pobres"* (Pintura de William Frederick Yeames).

los primeros años del siglo XV, sobre todo lo referido a las críticas a la jerarquía. En realidad, la figura y las predicaciones de Hus lo que hacen es definir la orientación de un movimiento de reforma que ya había sido iniciado, y son el vehículo para que se manifiesten el nacionalismo checo antialemán y, tras su muerte, una tensión social de carácter revolucionario.

La tendencia reformista en la iglesia checa había comenzado mucho antes, desde 1360. En torno al arzobispo de Praga se formó un núcleo de predicadores en checo, que unían el deseo de una mayor proximidad a la población con un claro sentimiento nacionalista; entre aquellos clérigos alguno difundía ideas heréticas como la negación de la comunión de los santos o de la transubstanciación; pero sus principales propuestas se dirigían a propugnar una reforma de la Iglesia, despojándola de sus bienes y de parte de la estructura jerárquica. En 1391 se funda la capilla de Belén, destinada a agrupar a esos predicadores y germen de la reforma. En ella era admitido, como predicador Juan Hus en 1402; sus predicaciones, en la línea de la *devotio moderna*, deslizaban la idea de que la Iglesia verdadera era la de los predestinados. Para muchos de sus oyentes sus predicaciones se identificaban con las propuestas de Wyclif, aunque Hus nunca aceptó esa asimilación. Sin embargo, en 1403, cuando en la universidad de Praga fueron juzgadas las doctrinas de Wyclif, Hus actuó como defensor, si bien argumentando que muchas de las ideas que se atribuían al reformador inglés no eran suyas.



Figura 5. *Hus conducido a la hoguera* (Biblioteca Braidense, Milán).

La disputa fue la ocasión para plantear abiertamente la situación de la universidad de Praga, gobernada por la minoría alemana; cuando los maestros alemanes no secundaron la iniciativa del rey Wenceslao de negar la obediencia a los dos papas, éste decidió terminar con su hegemonía. Hus fue elegido rector de la universidad. La tensión creciente y sus excesos verbales contra el papa Juan XXIII, propician las primeras afirmaciones claramente heréticas: el Papado es falible, la verdadera Iglesia es la de los predestinados, etc. Todo ello genera una reacción que produce el destierro de Hus durante dos años, en los que insistirá en sus proposiciones heréticas. Sin quererlo, Hus aparecía como cabeza del nacionalismo checo y de la tensión social.

En el Concilio de Constanza, al que acudió con salvoconducto imperial, su condena estaba decidida por unos conciliaristas que querían distanciarse claramente de los reformadores heterodoxos. Aunque contaba con el apoyo del emperador Segismundo y el propio papa Juan XXIII sólo consideraba inaceptables sus ideas sobre su cargo; la ausencia temporal del emperador de las sesiones y la destitución del papa propiciaron su ejecución el 6 de julio de 1415.

La muerte de Hus constituye el antecedente inmediato de la denominada revolución husita. Cuando, en 1419, fallece Wenceslao, y Segismundo, a quien las husitas consideran responsable de la muerte de Hus, reclama la corona checa, los revolucionarios se apoderan de Praga e instalan un nuevo régimen de gobierno opuesto al soberano alemán. Todos los intentos de reconducir, entre 1421 y 1431, militarmente la situación fracasan. Será la reacción ante los excesos de los sectores más revolucionarios —los taboritas— por parte del husismo moderado, la que propicie las negociaciones en el Concilio de Basilea, que concluyen en 1436 con la firma de los denominados *Compactata* en los que se reconocen los puntos fundamentales de las prácticas husitas —los denominados "cuatro puntos" de Praga: libertad de predicación, comunión bajo las dos especies, pobreza de los sacerdotes y castigo de los pecados públicos por el poder civil— a cambio de la vuelta a la ortodoxia.

Bibliografía específica

ÁLVAREZ PALENZUELA, V.: *El Cisma de Occidente*. Madrid, Ed. Rialp, 1982.

CAROCCI, S.: *El nepotismo en la Edad Media. Papas, cardenales y familias nobles*. Universidad de Granada, 2007.

DÍAZ, J.: *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*. Madrid, Ed. Arco Libros, 1998.

FRANK, I. W.: *Historia de la Iglesia medieval*. Barcelona, Ed. Herder, 1988.

MACEK, J.: *La revolución husita*. Madrid, Ed. Siglo XXI, 1975.

MITRE, E. y GRANDA, C.: *Las grandes herejías de la Europa cristiana*. Madrid, Ed. Istmo, 1983.

PRODI, P.: *El soberano pontífice. Un cuerpo y dos almas: la monarquía papal en la primera Edad Moderna*. Madrid, 2010.

RAPP, F.: *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*. Barcelona, Ed. Labor, 1973.

VILLARROEL, O.: *Los Borgia. Iglesia y poder en los siglos XV y XVI*. Madrid, 2005.

Capítulo 15

LA CULTURA A FINES DE LA EDAD MEDIA. LA EXPANSIÓN EUROPEA HACIA OTROS MUNDOS

Esquema de contenidos

1. La cultura a fines de la Edad Media

La llegada de los siglos bajomedievales supone, en el ámbito de la evolución del pensamiento y la cultura de Occidente, un verdadero punto de inflexión. El humanismo comienza a dar sus primeros pasos y, con él, el laicismo y la secularización. Es un proceso paulatino en el que se van produciendo sensibles modificaciones de valores fundamentales.

Las teorías nominalistas de Guillermo de Ockam ponen en cuestión el equilibrio que a lo largo del siglo XIII se había alcanzado entre la fe y el pensamiento racional. Sus puntos de vista contribuirán también al desarrollo de la experimentación científica con mayor autonomía respecto a la religión. Desde otra perspectiva, el impulso comercial y la mejora de las comunicaciones acelerarán la difusión de las ideas. También la progresiva sustitución del latín por las lenguas nacionales marcó un avance decisivo en el terreno literario con el surgimiento de nuevos géneros satíricos, didácticos y moralizantes y el auge de las crónicas históricas —Froissart y Commynes en Fran-

cia o López de Ayala y Muntaner en la Península Ibérica— y las novelas de aventuras que se popularizarán entre sectores sociales cada vez más amplios por su mayor cercanía a la realidad cotidiana. Evidentemente el humanismo supera los límites de una mera corriente intelectual, supondrá una actitud vital más receptiva hacia nuevos conocimientos cuyo soporte será la letra humanística, de más sencilla lectura (complementariamente cabe señalar que el uso de las lentes para la visión, inventadas a fines del siglo XIII, se generaliza en el siglo siguiente) y cuyo impulso definitivo vendrá dado por la aparición y difusión de un invento trascendental: la imprenta.

La recuperación de la cultura clásica es un fenómeno que informa todo el período de manera notable. Las hazañas de los héroes de la antigüedad fueron el espejo en el que se miraban los príncipes y jefes militares de la época, las vidas de los dioses paganos se convierten en fuente de inspiración para los poetas. De este modo, la cultura clásica, con su bagaje pagano, se instala en la vida cotidiana en detrimento de la cultura religiosa preponderante hasta el momento; curiosamente el protagonismo de la jerarquía eclesiástica en este proceso fue evidente: la corte papal de Roma fue uno de los centros más activos del humanismo italiano y los pontífices fueron los mecenas más importantes del nuevo arte renacentista inspirado en el mundo clásico. Un arte cuyos inicios conviven con la eclosión en el resto de Europa del arte característico del bajo Medievo: el gótico, un arte esencialmente urbano cuyas técnicas constructivas propician los grandes espacios, bien iluminados y sin obstáculos interiores que facilitan la sociabilidad y el desarrollo de las actividades ciudadanas (catedrales, lonjas, universidades, sedes gremiales, etc.). No es de extrañar por tanto que fuesen los dos grandes focos comerciales del momento, Italia y los Países Bajos, los lugares en los que se produjo la gran aportación artística de la época.

En otro orden de cosas, los avances de la cartografía van de la mano de un proceso de expansión y conocimiento de nuevas tierras y civilizaciones que también contribuirá de manera importante a la transformación de la mentalidad colectiva.

1.1. *La renovación del pensamiento filosófico y político*

En estos siglos asistimos a las discusiones entre los que defienden y los que niegan la posibilidad de alcanzar una comprensión racional de la verdad revelada por Dios: algunos consideran que es posible, otros mantienen que al ser el conocimiento una derivación de la observación empírica, la inteligencia humana sólo puede alcanzar a comprender las realidades materiales. Esta controversia es un exponente más de un debate más amplio que implica un

esfuerzo de renovación intelectual y de búsqueda de respuestas a las demandas de mayor perfección espiritual. Unas respuestas que serán, por un lado, la vía moderna, contrapuesta al tomismo, formulada en las obras de los franciscanos Duns Scoto y Guillermo de Ockham y, por otro, la denominada *devotio moderna*.

Juan Duns Scoto (1266-1308), franciscano y maestro en las universidades de Oxford, París y Colonia, parte de la idea de que el pensamiento racional sólo tiene por objeto de estudio la realidad del mundo sensible, porque la razón conoce únicamente a través de los sentidos. A las verdades de la fe, como la existencia de Dios o la inmortalidad del alma, no se puede acceder desde el conocimiento racional, sino sólo por la creencia en la verdad revelada como un acto de fe. Sin embargo, sí que admite el hecho de que es posible demostrar la existencia de Dios aunque el pensamiento racional no permita conocerle. Puede parecer que existe una cierta similitud entre Scoto y santo Tomás: la posibilidad de demostrar racionalmente la existencia de Dios; sin embargo, la diferencia era notable: para Scoto algunas verdades de la fe son demostrables, pero otras muchas deben remitirse al ámbito de la teología y, por tanto, aceptarlas constituye un acto de fe.

El también franciscano Guillermo de Okham (1300-1349) es el principal representante del nominalismo del siglo XIV y lleva los puntos de vista de Scoto a sus últimas consecuencias. Para él ninguna doctrina teológica puede ser demostrada por la razón, de manera que a Dios sólo se puede llegar a través de la fe y el conocimiento racional sólo es aplicable al terreno de las experiencias humanas.



Figura 1. *Cubierta de una obra de Duns Scoto.*

Las consecuencias del pensamiento de Ockham son importantes. Trataba de demostrar que la razón humana, limitada al mundo sensible, era incapaz de acceder a las verdades de la fe, para lo que dependía únicamente de lo revelado en las Escrituras. El nominalismo huye así de pretensiones intelectuales y prefiere la aproximación a Dios a través del conocimiento afectivo, descar-

tando planteamientos racionales. De ahí a la afirmación de que la fe justifica al hombre hay sólo un pequeño paso que daría posteriormente el luteranismo.



Figura 2. Representación de Ockham en la *Summa Logicae* (1341) (MS Gonville and Caius College, Cambridge, 464/571, fol. 69r}).

Consecuencia indirecta de este radical empirismo de su "vía moderna" en lo no referido a las cuestiones teológicas, fue el desarrollo de ciencias de la observación como geografía y astronomía, con figuras como Nicolás de Oresmes y Juan de Buridán.

Su pensamiento político supedita el papado al emperador en caso de que las circunstancias así lo requieran. Además, pone por encima de la Iglesia jerárquica a la Iglesia espiritual, es decir, el común de los fieles, lo que constituirá uno de los fundamentos del conciliarismo posterior del siglo XV. Las ideas de Ockham alcanzaron una gran difusión en algunas universidades, pero también fueron reprimidas en muchas otras; se percibe con claridad la división entre las antiguas universidades y las de nueva creación, que acogerán a la mayoría de los maestros nominalistas. El Cisma hará que las universidades que apoyan al papado de Avignon se mantengan fieles al tomismo, mientras el nominalismo predomina en las que obedecen a Roma; este hecho se detecta sobre todo en Alemania, donde las universidades más vinculadas al nominalismo serán las que primero se vinculen con el luteranismo.

El *Defensor pacis*, escrita por Marsilio de Padua en 1324, llevará al terreno político la separación entre fe y razón y entre el fin material y espiritual del hombre; ello se traduce en una estricta diferenciación entre el poder espiritual y el temporal. En la obra de Marsilio la Iglesia queda limitada a ejercer

una tarea secundaria, su labor debe ser únicamente espiritual por lo que debe carecer de la facultad de imponer penas temporales, de excomulgar y de protagonizar la represión de la herejía. Por el contrario, si los herejes se convierten en peligro para el orden social, debe ser el poder político el garante de ese orden, el que los persiga. Las posiciones teóricas de este autor tendrán una gran influencia en los reformistas críticos con el Papado, en el debate conciliarista del siglo XV, y en movimientos heterodoxos posteriores como los de Wyclif y Hus.

1.2. *Las Universidades en la Baja Edad Media*

Aunque algunos autores hablan de crisis del mundo universitario, quizás es más adecuado hablar de transformaciones, si bien es cierto que algunas de ellas son esenciales y de una especial trascendencia. El número de universidades se incrementa de manera notable, aunque ello no implica un aumento perceptible del número de estudiantes, más bien una redistribución. Las pug-



Figura 3. *Una clase en la Universidad de Bolonia* (Museo Nacional, Berlín).

nas de toda índole —políticas, religiosas, doctrinales— que caracterizan esta época, así como el fortalecimiento de los poderes públicos y la incidencia de algunos nacionalismos emergentes, producen el debilitamiento de la unidad de las enseñanzas y la ruptura de la universalidad cultural que hasta ese momento representaba la universidad. Ello sin embargo no es incompatible con que exista un reconocimiento general de figuras universitarias de la talla de Gerson (1364-1429), canciller de la universidad de París y acérrimo nominalista.

En aquellos países y territorios donde habían surgido las primeras universidades, se crean nuevos centros, en aquellos donde no existían —países nórdicos, Europa oriental, Escocia e Irlanda— aparecen por primera vez. Todos los factores que mencionábamos más arriba influyen en esta proliferación, bajo el denominador común de poner la universidad al servicio de intereses que en principio son ajenos a su naturaleza fundacional. A principios del siglo XIV el número de universidades en Europa se sitúa aproximadamente en veinte, cien años después la cifra se ha cuadruplicado, con el territorio italiano como sede de una cuarta parte de ellas.

Sin ánimo de ser exhaustivos, son muy numerosos los ejemplos de cómo la voluntad política y los acontecimientos del momento influyen de modo decisivo en la aparición de la mayoría de los centros universitarios. Así en 1347 surge la universidad de Praga como resultado de la voluntad unificadora del rey Carlos IV deseoso de agrupar bajo una misma cultura a germanos y eslavos, proyecto que fracasará cuando el nacionalismo checo propiciado por los husitas se imponga lo que dará lugar a la creación de la universidad de Leipzig para acoger a los maestros y estudiantes alemanes expulsados.

La iniciativa de otros príncipes y reyes también es notoria en la fundación de universidades como la de Cracovia en 1360, Viena en 1365 o Upsala y Copenhague en los países nórdicos que se nutrirán de los estudiantes suecos y daneses que abandonan simultáneamente universidades más meridionales como París y Colonia. La Guerra de los Cien Años y el cisma religioso también se dejan sentir en este proceso: el rey francés Carlos VII funda la de Poitiers y como réplica los ingleses fundan Burdeos, en Borgoña surge la de Lovaina para acoger a los estudiantes borgoñones expulsados de París, Dublín, Saint Andrews y Glasgow surgen al ser expulsados los irlandeses y escoceses de Oxford. Algunas universidades alemanas como Heildelberg o Colonia responden a la emigración de maestros y estudiantes alemanes favorables al papado romano procedentes de París, el auge y posterior decadencia de Avignon obedecen a su condición de sede papal, al igual que el regreso de los pontífices a Roma justifica el impulso de la universidad de La Sapienza. Las rivalidades políticas y comerciales entre las ciudades italianas son también un factor a considerar en la enorme proliferación de centros universitarios en este terri-

torio, como también los es el poderío comercial de las ciudades hanseáticas en la aparición de universidades en Tubinga o Maguncia.

El crecimiento de las estructuras administrativas de los emergentes Estados, potenció el papel de las universidades como centros de formación del personal que era necesario para el sostenimiento de esa burocracia, es decir y utilizando un lenguaje "contemporáneo", se produce una adecuación de la función de la universidad a las demandas del mercado de trabajo. Por otro lado, los movimientos de carácter nacional y los enfrentamientos bélicos implican una tendencia a la disminución de la movilidad de los estudiantes. Y, en última instancia, también se produce una disminución de su autonomía, al depender en gran medida para su mantenimiento y financiación de los poderes políticos que han impulsado su creación.

Conviene no olvidar que nos encontramos en un momento de notables cambios ideológicos y de mentalidad colectiva y que, en buena media, en la universidad se percibe falta de vitalidad y de capacidad de apertura a nuevas ideas y métodos de trabajo. Ciertamente, existen algunas excepciones que conviene destacar como es el caso de los estudios de medicina, en los que se producen progresos en el conocimiento de las hierbas medicinales y en las prácticas quirúrgicas, como la disección de cadáveres, autorizada desde mediados del siglo XIV, que permite un mejor conocimiento del cuerpo humano.

Y también surgen realidades nuevas, una de ellas será la aparición y proliferación de los colegios creados por las universidades más poderosas para acoger a los estudiantes que no contaban con recursos suficientes para seguir sus estudios. El primer colegio que aparece es el "colegio español" en Bolonia, impulsado por el cardenal español Gil de Albornoz. Le seguirán otros muchos a lo largo de los siglos XIV y XV: La Sorbona en París, el Queens y el Merton de Oxford, el Trinity y el Kings en Cambridge y en la Península Ibérica, por ejemplo, San Bartolomé en Salamanca y Santa Cruz en Valladolid.

En otro nivel, la escolarización elemental y media de sectores más amplios de la sociedad experimentó un progreso evidente, sobre todo en el siglo XV, entre los niños, que aprendían a leer desde los seis años, por el contrario sólo las niñas de las clases acomodadas recibían instrucción literaria y musical (el paradigma del aprovechamiento de estas enseñanzas será Cristina de Pizan). Muchas ciudades mantenían escuelas primarias y existían en algunas como Florencia centros especializados para la enseñanza de técnicas mercantiles y contabilidad para adolescentes. En cierto modo, se empezaba a esbozar un sistema global de enseñanza dividido en ciclos.

Otro síntoma evidente de la expansión cultural de estos siglos será el incremento del número de libros y bibliotecas. En esta promoción no sólo



Figura 4. *Biblia de Gutemberg* (Museo Gutemberg, Maguncia).



Figura 5. *Retrato de Gutemberg.*

intervinieron las universidades, también comenzaron a aparecer libreros independientes que se ocupan de clientes y temas de interés que excedían el marco de los libros de texto universitario. En algunas ciudades italianas como Florencia, Venecia o Milán había ya una importante industria del libro a mediados del siglo XIV, en la que los libreros —a finales del siglo XV sobresale el veneciano Aldo Manuzio— actuaban como empresarios y trabajadores, potenciada por el abaratamiento de los costes que supuso la extensión del uso del papel en lugar del pergamino. Aunque bien acogida por los humanistas, los efectos revolucionarios de la invención de la imprenta por Gutemberg (1395-1468) a mediados del siglo XV, no comenzaron a dejarse notar hasta bien entrado el siglo XVI; durante bastante tiempo todavía el libro "de mano" fue más apreciado que el libro "de molde".

En cuanto a las bibliotecas, además de las particulares de letrados y maestros universitarios y de la alta nobleza y las propiciadas por los monarcas (entre las que destaca la de Carlos V de Francia, que contaba con novecientos volúmenes a mediados del siglo XIV), surgieron algunas nuevas impulsadas por instituciones como la de la Cartuja de Florencia a mediados del siglo XIV, fundamental para el florecimiento del primer humanismo en esta ciudad, o por las municipalidades como la de Venecia creada en 1469.

1.3. *El Humanismo*

Lejos del concepto de Humanismo como fenómeno renacentista, antagónico de lo medieval, conviene advertir que el Humanismo es tan medieval como lo son los siglos XIV y XV, aunque su interés, orientación y ámbito de desarrollo sea diferente de conceptos que podemos llamar medievales. El Humanismo nace en ambientes burgueses y aristocráticos de medios urbanos como respuesta a inquietudes culturales no satisfechas por la cultura clerical y el método escolástico; responde a una mentalidad que además de buscar en las obras de la Antigüedad clásica un modelo y una fuente de inspiración, no es propicia a las especulaciones intelectuales y se basa más en la observación, en el acopio de materiales y en la valoración del lenguaje y de la estética literaria. Ese impulso de recuperación de lo clásico, en cierto sentido, corre paralelo al deseo de los reformistas religiosos de recuperación del cristianismo primitivo.

Pero, no se trata en exclusiva de una recuperación de los valores del pasado, también se percibe un cambio significativo en las concepciones vitales, de forma que el tránsito del hombre por este mundo debe estar destinado a dejar huella lo que implica una forma nueva de entender la muerte como una dolorosa ruptura con un mundo placentero, en contraposición a la con-

cepción del mundo terrenal como un valle de lágrimas y de la muerte como un tránsito gozoso hacia un mundo mejor.

En el Humanismo el hombre se convierte en el eje de una sociedad mucho menos teocéntrica que en momentos anteriores, que desdeña el ideal de pobreza al considerar que los bienes materiales honestamente adquiridos no sólo son un elemento del prestigio social sino también un factor de virtud porque mediante su uso adecuado se está en condiciones de hacer el bien.

Aunque inicialmente surge y se desarrolla en ámbitos ajenos a las universidades, desde el siglo XV los humanistas se incorporan a los claustros universitarios. Los inicios del pensamiento humanista se perciben ya claramente en las obras (*Divina Comedia* y *De Monarchia*) de un autor tan medieval como Dante. El hombre como centro, el amor plenamente humano y la pasión política son los ejes sobre los que se articula la primera. La segunda, aunque sigue manteniendo una concepción plenamente medieval de la idea de Imperio, también presenta una monarquía con nuevos rasgos de identidad propios del humanismo: laica e independiente de la autoridad eclesiástica.

En las obras de Petrarca (1304-1374) es posible identificar la mayoría de los nuevos conceptos humanistas, sin que ello suponga un enfrentamiento con los principios de la religión: el gusto naturalista por el paisaje, la preocupación por la gloria personal y el recuerdo de la grandeza de la Roma clásica, por ejemplo. Su obra ejerció un gran influjo en la difusión de los valo-



Figura 6. *Dante y Petrarca* (Fresco de Santa María la Novella de Florencia, 1355).

res humanísticos y en la orientación de la producción literaria y del nuevo estilo poético. Su contemporáneo Bocaccio (1313-1375), representa también una síntesis de concepciones humanísticas y medievales. La enorme difusión de su *Decamerón* es una prueba evidente de la sintonía de su obra con los nuevos valores sin que ello sea obstáculo para que esté impregnada de temas ampliamente tratados en la literatura medieval precedente.

Entre el último cuarto del siglo XIV y el primero del siglo XV, los humanistas recopilan y estudian los textos clásicos, no sólo de obras latinas sino de muchas obras griegas (en la universidad de Bolonia se documenta el estudio del griego desde 1424). La presión turca sobre Bizancio y la consiguiente huida de intelectuales griegos hacia Occidente, así como los contactos entre la Iglesia latina y la griega, en especial en el ámbito de los concilios, impulsaron el conocimiento de la lengua y de los autores griegos. Un síntoma del desarrollo de esos estudios, al que ya hemos hecho referencia, será la difusión de bibliotecas, especialmente en los círculos aristocráticos como, por ejemplo, la creada por los Médici en Florencia y sobre todo, la que alcanzará un mayor tamaño, la biblioteca Vaticana fundada por Nicolás V.

El Humanismo se difunde desde determinados centros, habitualmente cortes principescas, que, protegiendo a los intelectuales, se convierten en focos culturales. Todas las ciudades italianas lo son, pero destacan sobre todo Florencia, Roma y Nápoles. La escuela florentina será hegemónica a finales del siglo XV, durante el gobierno de Lorenzo de Médicis, donde destacan el neoplatónico Marsilio Ficino y su discípulo Pico de la Mirandola que incorpora la cábala al pensamiento humanista. La llegada al solio pontificio de Nicolás V, y de Eneas Silvio Piccolomini, Pío II, convierte a Roma en otro de los grandes focos del Humanismo. Allí destacan figuras como Nicolás de Cusa, que anticipa las teorías heliocentristas que posteriormente desarrollará Galileo, y también Flavio Biondo, innovador de la metodología histórica. Además Roma será el epicentro de una nueva concepción de la arquitectura urbana a partir de los planteamientos de León Battista Alberti. Figura esencial del Humanismo en la corte napolitana, impulsada por Alfonso V el Magnánimo, fue Lorenzo Valla, notable por sus estudios filológicos e históricos.

Partiendo de los territorios italianos, el Humanismo se expande por el continente europeo, al calor de las relaciones diplomáticas y comerciales, aunque con diferencias cronológicas notables. El Humanismo alemán presenta diferencias con el italiano, en particular por su vinculación con las universidades y por su influencia en la difusión del luteranismo. La universidad de Lovaina fue, en los Países Bajos, el principal centro humanístico; allí se forma Erasmo de Rotterdam máxima figura del Humanismo de la Europa del norte; sus estudios filológicos, su exégesis del Nuevo Testamento, su crítica a las falsas devociones, a ciertas desviaciones en las prácticas —

las indulgencias, por ejemplo— son el núcleo central de su pensamiento. Sus contactos con Cisneros, y su amistad con Luis Vives, fueron los canales de su influencia en el Humanismo español, donde Erasmo contó con numerosos defensores; la ruptura luterana y el dogmatismo de la Contrarreforma marginaron las soluciones reformadoras que, dentro de la ortodoxia, ofrecía su proyecto. De la extensa nómina de figuras señeras del humanismo europeo cabe mencionar a modo de ejemplo a Rabelais, Fichet, Gaguin y Etaples en Francia, en Inglaterra Grocyn, Colet, Linacre y Tomás Moro, en Alemania Juan Reuchlin, en los Países Bajos Rudolf Agricola y en los reinos hispanos el marqués de Santillana, Alonso de Cartagena, Rodrigo Sánchez de Arévalo, Antonio de Nebrija, Eiximenis o Ausias March.

2. La expansión europea hacia otros mundos

El principio del fin de lo que el historiador francés Chaunu denominó "universos compartidos", tiene lugar en los siglos bajomedievales, cuando comienzan las exploraciones y conquistas de los europeos en el resto del mundo. El marco geográfico de esta expansión será el ámbito atlántico, pero no conviene olvidar, y es preciso al menos mencionarlo, el interés de los europeos por el Extremo Oriente, por conocer las rutas y posibilidades de contacto que había abierto la denominada *pax mongólica* desde mediados del siglo XIII. Bajo él se inscriben los viajes de Marco Polo y el franciscano Guillermo Rubruk a los dominios de Kubilai Khan en China en las postrimerías del siglo XIII, o la embajada de Ruy González de Clavijo a la corte de Tamerlán en Samarcanda en tiempos de Enrique III de Castilla.

2.1. *La exploración del Atlántico*

Son variados los factores que inciden en el desarrollo de este proceso de exploraciones y descubrimientos que inician los europeos en esta época. En primer lugar, los de carácter técnico: perfeccionamiento de las técnicas e instrumental para la navegación en altura, construcción de barcos más adecuados (carabelas), mejoras sustanciales en la cartografía y marinos más cualificados. En segundo término, razones de naturaleza política, el interés de algunos poderes políticos en la empresa que implica su participación financiera y aboca a un rígido control de los armadores; en este sentido la creación de la Escuela de Sagres por parte del infante portugués Enrique el Navegante es un buen exponente. En tercer lugar, razones de naturaleza económica: el colapso de las rutas terrestres hacia Oriente provocado por el avance turco,





Figura 7. *Placa donde se ubicaban las casas de Ruy González de Clavijo en Madrid e itinerario de Guillermo de Rubruk.*

el fracaso definitivo en Tierra Santa y las enormes dificultades de genoveses, venecianos y aragoneses para mantener su actividad comercial en el Mediterráneo oriental. Por último, tampoco conviene olvidar las motivaciones de carácter espiritual y las que son fruto de una nueva mentalidad: el acicate de la labor evangelizadora y el interés por la empresa descubridora en sí misma.

Los primeros intentos de exploración atlántica se remontan a finales del siglo XIII, cuando comienza a utilizarse de manera habitual la ruta marítima que atravesaba el Estrecho de Gibraltar. Los primeros viajes de los que hay constancia se resuelven todos en fracaso; los hermanos genoveses Vivaldi emprenden un viaje con dos galeras en 1291 *ad partes Indiae per mare oceanum* del que nunca regresaron, en 1341 el barcelonés Jaime Ferrer intenta llegar a las costas de Senegal (Río de Oro) y también fracasa. Sin embargo, la cartografía muestra un avance en los conocimientos que sólo puede explicar el éxito de otras expediciones: el portulano de Dulcert revela que en 1339 ya se conocía la existencia de las islas Canarias, Níger, Malí y Etiopía.



Figura 8. *El rey Enrique El Navegante* (Museo de Sagres).

Con todo, los resultados de este primer período de exploraciones son todavía limitados, con la excepción del redescubrimiento de las islas Canarias. Los primeros contactos con sus habitantes los estableció la expedición del genovés Lanzarote Malocello, aunque existen discrepancias sobre la fecha exacta, algunos autores la remontan a 1312 y otros mencionan 1336, como queda dicho en 1339 ya hay constancia cartográfica. En los años sucesivos se documentan numerosas expediciones de mallorquines y portugueses hasta que se producen las primeras expediciones castellanas —a partir de 1393— y la anexión en 1402 a dicho reino tras la expedición de los normandos Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle. La conquista definitiva de todo el archipiélago se retrasó hasta las postrimerías del siglo XV, momento en el que el comercio de exportación de azúcar y esclavos hacia los puertos andaluces era ya bastante intenso.

2.2. *Las exploraciones portuguesas en África*

La conquista de Ceuta en 1415 por los portugueses, marca el comienzo de las exploraciones de la costa africana que esta nación protagonizará de forma absoluta, merced al decidido impulso a las mismas dado por el infante Enrique el Navegante. Desde ese momento y hasta su muerte en 1460, Portugal desarrolla una ininterrumpida progresión costera hacia el sur del continente: entre 1425 y 1427 conquistan Madeira y las Azores; en 1434 descubren la famosa "volta", es decir, la posibilidad de regresar hacia el norte desde el cabo Bojador, pasando por las Azores, aprovechando los vientos alisios; en 1441 alcanzan Río de Oro; en 1445 llegan a Cabo Verde y penetran por la desembocadura del río Senegal, iniciando las exploraciones en el interior del continente. Algunas de estas expediciones estuvie-

ron protagonizadas por aventureros —comerciantes italianos al servicio de la corona portuguesa como Antonietto Usodimare y Alvise Cademosto— cuyas memorias y relatos son una fuente imprescindible para el conocimiento de este proceso.

La muerte del infante no supuso la paralización del avance: en 1471 descubren la Costa de Oro y el delta del río Níger franqueando el ecuador; en 1483 alcanzan la desembocadura del río Congo; en 1487 Bartolomé Días alcanza la actual Sudáfrica, dobla el Cabo de las Tormentas y penetra en aguas del Índico —a su regreso en 1488, el rey portugués Juan II cambió el nombre del cabo por el de Buena Esperanza—; por fin, en 1498 Vasco de Gama bordea la costa africana y tras hacer escala en Mozambique alcanza la costa de la India. Una aventura de casi un siglo culminaba casi en coincidencia con el descubrimiento por Colón de las otras Indias, las occidentales.

La toma de contacto directo con el África negra supuso efectos económicos notables, especialmente en el movimiento de esclavos y oro, monopolizado hasta entonces por el comercio transahariano que protagonizaban los musulmanes del Magreb y que entrará en decadencia ante el impulso de las factorías portuguesas. Por eso, el principal objetivo de los portugueses fue asegurarse la exclusividad de este comercio y monopolizar su pre-

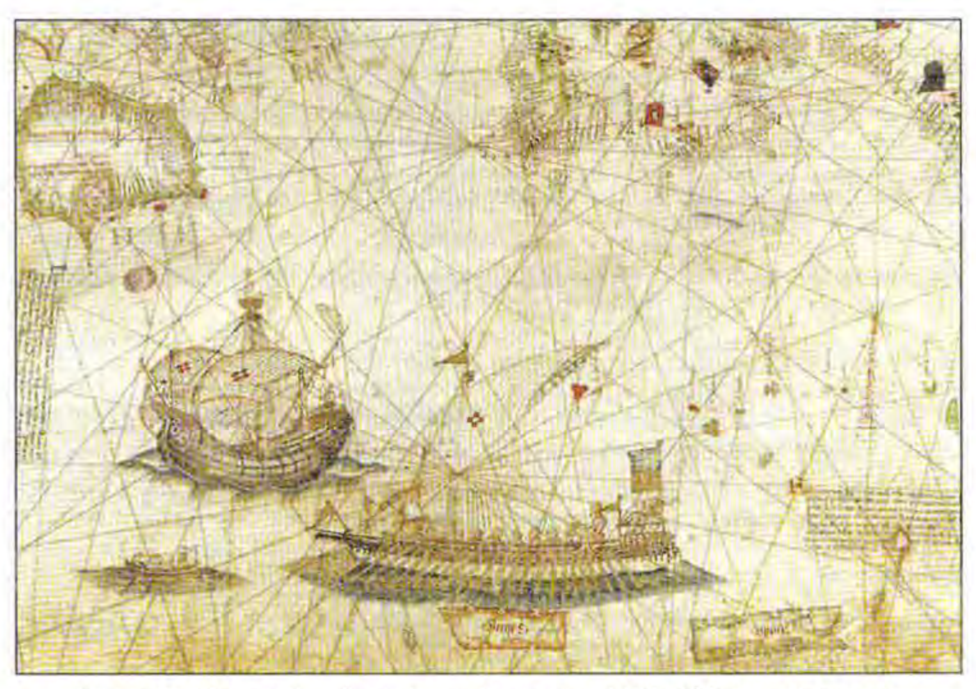


Figura 9. *Atlas náutico de Gratiosus Benincasa, 1482* (Biblioteca Vaticana).

sencia en África frente a Castilla, cosa que consiguieron en 1454 al renunciar ésta a las exploraciones africanas a cambio de su derecho de conquista sobre Canarias. El tratado de Alcaçobas-Toledo de 1479 aseguró el monopolio portugués de exploración al sur del cabo Bojador. El papa Sixto IV consagró esta solución en 1481 a través de la bula *Aeterni Regis*.

Todo este proceso expansivo y de contacto con otros ámbitos de civilización inusuales, comenzó también a tener incidencia en el plano de las mentalidades y a modificar lentamente la imagen y la consideración que a los ojos de los europeos tenían los habitantes de estos territorios hasta entonces prácticamente desconocidos. Desde plantearse la necesidad de conocer lenguas para asegurar la comunicación y satisfacer la curiosidad (los interpretes o "trujumanes"), hasta la elaboración de teorías sobre la bondad natural de estos pueblos y la necesidad de evangelizarlos pacíficamente —aunque de hecho predominó la esclavización— como las desarrolladas por Ramón Llull o Nicolás de Cusa.

Bibliografía específica

AZNAR, E. CORBELLA, D. y TEJERA, A.: *Los viajes africanos de Alvise Cadamosto (1455-1456)*. San Cristóbal de la Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2017.

CAPELLA, G. M.: *El humanismo italiano. Un capítulo de la cultura europea entre Petrarca y Valla*. Madrid, Alianza Ed., 2007.

CHALIAND, G. y RAGEAU, J. P.: *Atlas del descubrimiento del mundo*. Madrid, Alianza Ed., 1986.

FERNÁNDEZ GALLARDO, L.: *El humanismo renacentista. De Petrarca a Erasmo*. Madrid, Ed. Arco Libros, 2000.

LADERO, M. A.: *El mundo de los viajeros medievales*. Madrid, Ed. Anaya, 1992.

— *Espacios y viajes. El mundo exterior de los viajeros medievales*. Madrid, Dykinson, 2020.

MARTÍN PRIETO, P.: *La Cultura en el occidente medieval. Una síntesis histórica*. Madrid, Ed. La Ergástula, 2013.

PHILLIPS, J. R. S.: *La expansión medieval de Europa*. Madrid, FCE, 1994.

VERGER, J.: *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*. Madrid, Universidad Complutense, 1999.

ÍNDICE DE FIGURAS

PRESENTACIÓN

CAPÍTULO 1. DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA A LOS SIGLOS MEDIEVALES

CAPÍTULO 2. LA IGLESIA CRISTIANA

CAPÍTULO 3. EL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE. BIZANCIO

CAPÍTULO 4. EVOLUCIÓN DEL IMPERIO EN OCCIDENTE. DEL IMPERIO CAROLINGIO A LOS OTÓNIDAS

CAPÍTULO 8. LA FORMACIÓN DEL IMPERIO ISLÁMICO. EL ISLAM ANDALUSÍ

CAPÍTULO 9. LA RENOVACIÓN ECLESIÁSTICA Y EL APOGEO DE LA CULTURA MEDIEVAL: LAS UNIVERSIDADES

CAPÍTULO 10. LA SOCIEDAD EN LA EUROPA MEDIEVAL: ORGANIZACIÓN Y VIDA COTIDIANA

CAPÍTULO 11. DE LA CRISIS A LA EXPANSIÓN: POBLACIÓN, AGRICULTURA, DESARROLLO URBANO Y COMERCIAL

CAPÍTULO 12. LA VIDA POLÍTICA: FRANCIA E INGLATERRA. LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

CAPÍTULO 13. LA VIDA POLÍTICA: EL TERRITORIO IMPERIAL Y LA PENÍNSULA ITALIANA

CAPÍTULO 14. LA IGLESIA Y LA RELIGIOSIDAD BAJOMEDIEVAL. LAS HEREJÍAS

CAPÍTULO 15. LA CULTURA A FINES DE LA EDAD MEDIA. LA EXPANSIÓN EUROPEA HACIA OTROS MUNDOS

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Manuales

ÁLVAREZ PALENZUELA, V.Á. (coord.): *Historia Universal de la Edad Media.* Barcelona, Ariel, 2013.

CLARAMUNT, S. y Otros: *Historia de la Edad Media.* Barcelona, Ariel, 2014.

DONADO VARA, J. y ECHEVARRÍA ARSUAGA, A.: *Historia Medieval I (Siglos V-XII).* Madrid, Ed. Universitaria Ramón Areces, 2014.

DONADO VARA, J., ECHEVARRÍA ARSUAGA, A. y BARQUERO GOÑI, C.: *Historia Medieval II (Siglos XIII-XV).* Madrid, Ed. Universitaria Ramón Areces, 2014.

ECO, U. (coord.): *La Edad Media* I. *Bárbaros, cristianos y musulmanes.* II. *Catedrales, caballeros y ciudades.* III. *Castillos, mercaderes y poetas.* IV. *Exploraciones, comercio y utopías.* México, FCE, 2018.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J. Á. y SESMA MUÑOZ, J. A.: *Manual de Historia Medieval.* Madrid, Alianza Editorial, 2008.

KAPLAN, M. (dir.): *Edad Media, siglos IV-X.* Universidad de Granada, 2004.

KAPLAN, M. (dir.): *Edad Media, siglos XI-XV.* Universidad de Granada, 2005.

LADERO QUESADA, M. Á.: *Historia Universal. Edad Media.* Barcelona, Vicens Vives, 2010.

MCKITTERICK, P.: *La Alta Edad Media, 400-1000.* Barcelona, Crítica, 2002.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Introducción a la Historia de la Edad Media europea.* Madrid, Istmo, 2004.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Historia de la Edad Media en Occidente.* Madrid, Cátedra, 2016.

NIETO SORIA, J. M. (coord.): *Europa en la Edad Media.* Madrid, Akal, 2016.

VILLALVA RUIZ DE TOLEDO, F. J. y NOVOA PORTELA, F.: *Para comprender la Edad Media.* Universidad de Sevilla, 2016.

WICKHAM, CHR.: *Europa en la Edad Media. Una nueva interpretación.* Barcelona, Crítica, 2018.

WICKHAM, Ch.: *Una Historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el Mediterráneo, 400-800.* Barcelona, Crítica, 2016.

Obras de referencia

ALLMAND, Ch.: *La guerra de los Cien Años*. Barcelona, Crítica, 1990.

ALMODOVAR, M. Á.: *La cocina del Cid*. Madrid, Nowtilus, 2007.

ALVAR, C. y ALVAR NUÑO, G.: *Normas del comportamiento en la mesa durante la Edad Media*. Madrid, Sial ediciones, 2020.

ÁLVAREZ, V.: *Los vikingos. Crónica de una aventura*. Madrid, Sílex, 2013.

ÁLVAREZ PALENZUELA, V. Á: *El Cisma de Occidente*. Madrid, Rialp, 1982.

ANTÓN, I. (ed.): *La historia rural de las sociedades medievales europeas*. Valencia, Universidad, 2008.

ARCE, J.: *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (507-711)*. Madrid, Marcial Pons Historia, 2011.

ARCE, J.: *Alarico (365/370-410 A.D.): La integración frustada*. Madrid, Marcial Pons Historia, 2018.

ARIÉ, R.: *España Musulmana (siglos VIII-XV)*. Madrid, Labor, 1993.

ARMSTRO'NG, K.: *El Islam*. Barcelona, Mondadori, 2001.

Asenjo, M.: *Las ciudades en el Occidente Medieval*. Madrid, Arco/Libros, 1996.

ASIMOV, I.: *Constantinopla. El imperio olvidado*. Madrid, Alianza Editorial, 2015.

ASBRIDGE, TH.: *Las Cruzadas. Una nueva historia de las guerras por Tierra Santa*. Madrid, Ático de los Libros, 2019.

ASTON, T. H. y PHILPIN, C.H.E. (eds.): *El debate Brenner. Estructura de clases agrarias y desarrollo económico en la Europa preindustrial*. Barcelona, Crítica, 1988.

AURELL, M.: *El imperio Plantagenet, 1154-1224*. Madrid, Silonia, 2012.

AVENOZA, G. Fernández y SORIANO, L. (eds.): *La producción del libro en la Edad Media. Una visión interdisciplinar*. Madrid, Silonia, 2019.

AYALA MARTÍNEZ, C. de: *Las Órdenes Militares en la Edad Media*. Madrid, Arco/Libros, 1998.

AYALA MARTÍNEZ, C. de: *Las Cruzadas*. Madrid, Sílex, 2004.

AYALA MARTÍNEZ, C. de: *El Pontificado en la Edad Media*. Madrid, Síntesis, 2016.

AZNAR, E.: *Vivir en la Edad Media*. Madrid, Arco/Libros, 1999.

AZNAR, E. CORBELLA, D. y TEJERA, A.: *Los viajes africanos de Alvise Cadamosto (1455-1456)*. San Cristóbal de la Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2017.

BÁDENAS, P. y PÉREZ MARTÍN, I. (eds.): *Constantinopla 1453: mitos y realidades*. Madrid, CSIC, 2003.

BAJTÍN, M.: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.

BARRERAS, D. y DURÁN, C.: *Breve historia del Imperio Bizantino*. Madrid, Nowtilus, 2010.

BARTLETT, R.: *La formación de Europa. Conquista, civilización y cambio cultural, 950-1350*. Valencia, Universidad, 003.

BASCHET, J.: *La civilización feudal. Europa del año mil a la colonización de América*. México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

BENDRISS, E.: *Breve historia de los carolingios. Auge y caída de la estirpe de Carlomagno*. Madrid, Dilema, 2009.

BENDRISS, E.: *Breve historia del Islam*. Madrid, Nowtilus, 2013.

BENEDICTOW, O. J.: *La Peste Negra (1346-1353). La historia completa*. Madrid, Akal, 201.

BENNET, M.: *La guerra en la Edad Media*. Madrid, Editorial Akal, 2010.

BERENGER, J.: *El Imperio de los Habsburgo, 1273-1918*. Barcelona, Crítica, 1993.

BLACK, A.: *El pensamiento- político en Europa, 1250-1450*. Cambridge University Press, 1996.

BLOCH, M.: *La sociedad feudal*. Madrid, Akal, 1986.

BOECIO: *Consuelo de la filosofía*. Trad. de Eduardo Gil Bera. Madrid, Acantilado, 2020.

BOIS, G.: *La gran depresión medieval, siglos XIV-XV: el precedente de una crisis sistémica*. Valencia, Universidad, 2001.

BOIS, G.: *La revolución del Año Mil. Lournand, aldea del Maconnais, de la Antigüedad al feudalismo*. Barcelona, Crítica, 2015 (1ª ed., 1991). Prefacio de G. Duby.

BONNASSIE, P. y GUICHARD, P.: *Las Españas Medievales*. Barcelona, Crítica, 2001.

BRAGUE, R.: *En medio de la Edad Media. Filosofías medievales en la cristiandad, el judaísmo y el islam*. Madrid, Encuentro, 2013.

Bresc, H. (ed.): *Europa y el Islam en la Edad Media*. Barcelona, Crítica, 2001.

Bueno Domínguez, Mª L.: *Miradas Medievales. Más allá del hombre y de la mujer.* Madrid, Dilex, 2006.

Bueno Domínguez, Mª L.: *Belleza y crueldad en la Edad Media.* Madrid, Dilex, 2010.

Cantera Montenegro, E.: *La agricultura en la Edad Media*. Madrid, Arco/Libros, 1997.

Cantera Montenegro, M.: *Las órdenes religiosas en la Iglesia medieval, siglos XIII-XIV.* Madrid, Arco/Libros, 1998.

Capella, G. M.: *El humanismo italiano. Un capítulo de la cultura europea entre Petrarca y Valla*. Madrid, Alianza Ed., 2007.

Carocci, S.: *El nepotismo en la Edad Media. Papas, cardenales y familiar nobles.* Granada, Universidad, 2007.

Carrero Santamaría, E. (coord.): *Aragonia cisterciensis. Arquitectura, espacio y música en los monasterios cistercienses de la corona de Aragón,* Gijón, Ediciones Trea, 2021.

Castán Lanaspa, G.: *La construcción de la idea de la peste negra (1348-1350) como catástrofe demográfica en la historiografía española.* Salamanca, Universidad, 2020.

Castelfranchi, L.: *Año Mil. El Arte en Europa, 950-1050.* Madrid, Lunwerg, 2000.

Castelnuovo, E. y Sergi, G. (eds.): *Arte e historia en la Edad Media, III: sobre el ver: público, forma, funciones.* Madrid, Akal, 2013.

Castillo Fasoli, R.: *Historia breve de Bizancio.* Madrid, Sílex, 2009.

Cavallo, G.: *Leer en Bizancio.* Buenos Aires, Ediciones Ampersand, 2017.

Cesaretti, P.: *Teodora. Emperatriz de Bizancio.* Barcelona, Ariel, 2008.

Claramunt, S.: *El mundo bizantino. La encrucijada entre Oriente y Occidente.* Barcelona, Montesinos, 1987.

Clements, J.: *Breve historia de los vikingos*. Barcelona, Ediciones B, 2008.

Clifford, L.: *El monacato medieval. Formas de vida religiosa en Europa occidental durante la Edad Media*. Madrid, Gredos, 1999.

Cobaleda, Mª M.: *Los Almorávides. Arquitectura de un Imperio.* Granada, Eug, 2015.

Cohn, N.: *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media.* Logroño, Pepitas de Calabaza, 2014.

COLLINS, R.: *La Europa de la Alta Edad Media: 300-1000*. Madrid, Akal, 2000.

CONTAMINE, Ph.: *La guerra de los Cien años*. Madrid, Rialp, 2014.

CORRAL DÍAZ, E. (ed.): *Voces de mujeres en la Edad Media. Entre realidad y ficción*. De Gruyter, 2018.

CORTÉS ARRESE, M.: *Bizancio. El triunfo de las imágenes sagradas*. Madrid. Biblioteca Nueva, 2010.

CORTÉS ARRESE, M.: *Vidas de cine. Bizancio ante la cámara*. Giorgio Vespignani (pról.), Madrid, Catarata, 2019.

CORTÉS ARRESE, M.: *Las Mil caras de Teodora e Bizancio*. Madrid, Reino de Cordelia, 2021.

COUMERT, M. y DUMÉZIL, B.: *Los reinos bárbaros en Occidente*. Granada, Universidad, 2013.

CUENCA, L. A.: "Teodora antes de la púrpura", *Erytheia, I*, 1982, pp. 17-22.

CHALIAND, G. y RAGEAU, J. P.: *Atlas del descubrimiento del mundo*. Madrid, Alianza Ed., 1986.

CHALMETA, P.: *Invasión e islamización*. Madrid, Maphre, 1994.

CHAVARRÍA, A.: *Arqueología de las primeras iglesias del Mediterráneo (siglos IV-X)*. Granada, Nuevo Inicio, 2021.

DAL MASCHIO, E. A.: *San Agustín. El Doctor de la Gracia contra el Mal*. Barcelona, Prisanoticias Colecciones, 2020.

DAWSON, C.: *Los orígenes de Europa*. Madrid, Rialp, 2020.

DELUMEAU, J.: *El miedo en Occidente*. Barcelona, Ed. Taurus, 2012.

DEMURGER, A.: *Caballeros de Cristo. Templarios, Hospitalarios, Teutónicos y demás Órdenes Militares en la Edad Media (siglos XI-XVI)*. Granada, Universidad, 2005.

DEMURGER, A.: *Cruzadas. Una historia de la guerra medieval*. Barcelona, Paidós, 2009.

DIAGO HERNANDO, M.: *El Imperio en la Europa medieval*. Madrid, Arco/Libros, 1996.

DIAGO HERNANDO, M.: *La industria y el comercio de productos textiles en Europa, siglos XI al XV*. Madrid, Arco/Libros, 1997.

DÍAZ IBÁÑEZ, J.: *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*. Madrid, Arcos/Libros, 1998.

DUBY, G.: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*. Barcelona, Península, 1973 (2ª ed.).

DUBY, G.: *El domingo de Bouvines: 24 de julio de 1214*. Madrid, 1988.

DUBY, G.: *El Año Mil*. Madrid, Gedisa, 1988.

DUBY, G.: *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Madrid, Taurus, 1992.

DUBY, G.: *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. Madrid, Alianza, 1992.

DUBY, G.: *Damas del siglo XII*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

DUBY, G.: *Guerreros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea 500-1200*. Madrid, Siglo XXI, 1999.

DUBY, G.: *Los procesos de Juana de Arco*. Granada, Universidad, 2006.

DUBY, G.: *Europa en la Edad Media*. Barcelona, Paidós, 2007.

DUBY, G.: *El caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Edad Media*. Madrid, Taurus, 2013.

DUTOUR, T.: *La ciudad medieval. Orígenes y triunfo de la Europa urbana*. Barcelona, Paidós, 2004.

EAGLETON, T.: *Humor*. Barcelona, Taurus, 2021.

ECHEVARRÍA ARSUAGA, A.: *Almanzor. Un califa a la sombra*. Madrid, Sílex, 2011.

EGINHARDO: *Vida de Carlomagno*. Introducción y notas de Alejandra de Riquer, Madrid, Alianza, 2020.

ESCARTÍ, V. J. y ROCA, R.: *En los márgenes de la historia: marginales y minorías*. Zaragoza, Libros Pórtico, 2021.

FACI LACASA, J.: *Introducción al mundo bizantino*. Madrid, Síntesis, 1996.

Fedou, R.: *El estado en la Edad Media*. Madrid, Edaf, 1977.

FERNÁNDEZ GALLARDO, L.: *El humanismo renacentista. De Petrarca a Erasmo*. Madrid, Arco/Libros, 2000.

FERNÁNDEZ PUERTAS, A.: *Mezquita de Córdoba. Su estudio arqueológico en el siglo XX (ed. Bilingüe español/inglés)*. Granada, Universidad, 2015 (2ª ed.).

FERREIRO ALEMPARTE, J.: *Arribadas de Normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*. Madrid, SEEM, 1999.

FERRER, S.: *Mujeres silenciadas en la Edad Media*. Madrid, Punto de Vista Editores, 2016.

FIERRO, M.: *'Abd al-Rahman III y el califato omeya de Córdoba*. San Sebastián, Nerea, 2011.

FLORI, J.: *Caballeros y caballería en la Edad Media*. Barcelona, Paidós, 2001.

FLORI, J.: *Ricardo Corazón de León: el rey cruzado*. Barcelona, Edhasa, 2002.

FLORI, J.: *La guerra santa. La formación de la idea de cruzada en el Occidente cristiano*. Madrid, Trotta, 2003.

FLORI, J.: *El Islam y el final de los tiempos: la interpretación profética de las invasiones musulmanas en la Cristiandad medieval*. Madrid, Akal, 2010.

FOCILLÓN, H.: *El Año Mil*. Madrid, Alianza Editorial, 1996.

FOSSIER, R. (dir.): *La Edad Media*. Barcelona, Crítica, 1988.

FOSSIER, R.: *La sociedad medieval*. Barcelona, Crítica, 1996.

FOSSIER, R.: *El trabajo en la Edad Media*. Barcelona, Crítica, 2002.

FOSSIER, R.: *Gente de la Edad Media*. Madrid, Taurus, 2017.

FRANK, I. W.: *Historia de la Iglesia medieval*. Barcelona, Herder, 1988.

FUMAGALLI, V.: *Cuando el cielo se oscurece. La vida en la Edad Media*. San Sebastián, Nerea, 1992.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J. Á.: *Historia religiosa del Occidente medieval (313-1464)*. Madrid, Akal, 2012.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J. Á. TEJA, R. (eds.): *Conflicto y violencia en los monasterios hispanos medievales*. Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, 2021.

GARCÍA ESTÉBANEZ, E.: *El Renacimiento: humanismo y sociedad*. Madrid, Cincel, 2004.

GARCÍA ESTÉBANEZ, M. (ed.): *En la Europa medieval. Mujeres con historia, mujeres de leyenda. Siglos XIII-XVI*. Sevilla, Universidad, 2019.

GARCÍA FITZ, F.: *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. Madrid, Arco/Libros, 1998.

GARCÍA MORENO, L. A.: *Historia de la España visigoda*. Barcelona, Cátedra, 1998.

GARCÍA MORENO, L. A.: *España, 702-719: la conquista musulmana*. Sevilla, Universidad, 2014 (2ª ed.).

GARÍN, E.: *Medioevo y Renacimiento: estudios e investigación*. Barcelona, Taurus, 2001.

GIUNTA, F.: *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*. Barcelona, Ariel, 1989.

GLABER, R.: *Raúl Glaber. Historias del primer milenio. Edición revisada. Introducción, traducción y notas de J. Torres Prieto*. Madrid, CSIC, 2004.

Gómez Aragonés, D.: *Vouillé, 507. El nacimiento del Regnum Gothorum de España*. Zaragoza, HRM Ediciones, 2016.

Gómez Aragonés, D.: *El esplendor del reino visigodo de Toledo*. Toledo, Covarrubias, 2014.

Gómez Aragonés, D.: *Historia de los Visigodos*. Córdoba, Almuzara, 2020.

Gómez Fernández, F. J.: *Historia Breve de la Navidad*. Madrid, Nowtilus, 2019.

González Jiménez, M.: *Fernando III. El rey que marcó el destino de España*. Sevilla, Fundación Lara, 2006.

Guichard, P.: *Esplendor y fragilidad de al-Andalus*. Granada, Eug, 2015.

Guijarro González, S.: *Enseñanzas, saberes y universidades en la Europa medieval*. Madrid, Síntesis, 2018.

Guenée, B.: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados*. Barcelona, Labor, 1973.

Gurevich, A.: *Las categorías de la cultura medieval*. Madrid, Taurus, 1990.

Hall, R.: *El mundo de los vikingos*. Madrid, Akal, 2008.

Halphen, L.: *Carlomagno y el imperio carolingio*. Madrid, Akal, 1992.

Heather, P.: *Emperadores y bárbaros: el primer milenio de la historia de Europa*. Barcelona, Crítica, 2010.

Heers, J.: *La invención de la Edad Media*. Barcelona, Crítica, 1995.

Hernández de la Fuente, D.: *Breve historia de Bizancio*. Madrid, Alianza Editorial, 2014.

Herrin, J.: *Bizancio. El imperio que hizo posible la Europa moderna*. Barcelona, Debate, 2009.

Hibbert, CH.: *Florencia: esplendor y declive de la casa de Medici*. Granada, Almed, 2008.

Hilton, R.: *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*. Madrid, Siglo XXI, 1978.

Hugues, B.: *Estambul. La ciudad de los tres nombres*. Barcelona, Crítica, 2018.

Huizinga, J.: *El otoño de la Edad Media*. Madrid, Alianza Editorial, 1981.

Inogés Sanz, Mª C.: *Beguinas. Memoria herida*. Madrid, PPC, 2021.

Jardin, J. P. (coord.): *Cartas de mujeres en la Europa medieval. España, Francia, Italia, Portugal (siglos XI-XV)*. Madrid, La Ergástula, 2018.

JASPERT, N.: *Movilidad y religiosidad medieval en los reinos peninsulares, Alemania y Palestina*. Granada, Universidad, 2020.

JEHEL, G. y RACINET, P.: *La ciudad medieval. Del Occidente cristiano al Oriente musulmán (siglos V-XV)*. Barcelona, Omega, 1999.

JIMÉNEZ GARNICA, A. Mª.: *Nuevas gentes, nuevo Imperio: los godos y Occidente en el siglo V*. Madrid, UNED, 2010.

KEEN, M. (ed.): *Historia de la guerra en la Edad Media*. Madrid, Machado Libros, 2005.

KEEN, M.: *La caballería: la vida caballeresca en la Edad Media*. Barcelona, Ariel, 2010.

KLEINSCHMIDT, H.: *Comprender la Edad Media. La transformación de ideas y actitudes en el mundo medieval*. Madrid, Akal, 2009.

KRAYE, J.: *Introducción al humanismo renacentista*. Cambridge University Press, 2003.

LADERO QUESADA, M. Á.: *El mundo de los viajeros medievales*. Madrid, Anaya, 1992.

LADERO QUESADA, M. Á.: *Católica y latina. La cristiandad occidental entre los siglos IV y XVII*. Madrid, Arco/Libros, 2000.

LADERO QUESADA, M. Á.: *Espacios del hombre medieval*. Madrid, Arcos/Libros, 2002.

LADERO QUESADA, M. Á.: *Las fiestas en la Europa medieval*. Madrid, Dykinson, 2015.

LADERO QUESADA, M. Á.: *Europa medieval y mundo islámico. Seis estudios*. Madrid, Dykinson, 2015.

LADERO QUESADA, M. Á.: *Espacios y viajes. El mundo exterior de los viajeros medievales*. Madrid, Dykinson, 2020.

LAMB, H.: *Carlomagno*. Madrid, Edhasa, 2004.

LAWRENCE, C.: *El monacato medieval: formas de vida religiosa en Europa occidental durante la Edad Media*. Madrid, Gredos, 1999.

LE GOFF, J.: *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona, Gedisa, 1986.

LE GOFF, J. y Otros: *El hombre medieval*. Madrid, Alianza, 1990.

LE GOFF, J.: *En busca de la Edad Media*. Barcelona, Paidós, 2003.

LE GOFF, J.: *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*. Madrid, Alianza Editorial, 2004.

Le Goff, J.: *Una Edad Media en imágenes*. Barcelona, Paidós, 2009.

Le Goff, J.: *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona, Gedisa, 2009 (2ª ed.).

Le Goff, J.: *La Edad media y el dinero*. Madrid, Akal, 2012.

Le Goff, J.: *¿Nació Europa en la Edad Media?* Barcelona, Crítica, 2015.

Lewis, D. L.: *El crisol de Dios. El Islam y el nacimiento de Europa (570-1215)*. Barcelona, Paidós, 2009.

Little, L. K. y Rosenwein, B.: *La Edad Media a debate*. Madrid, Akal, 2003.

López Pita, P.: *Sociedades extraeuropeas medievales: Islam y Extremo Oriente*. Madrid, Ed. Universitaria Ramón Areces, 2016.

Macek, J.: *La revolución husita*. Madrid, Siglo XXI, 1975.

Malpica, A. y Mattei, L. (eds.): *La Madraza de Yusuf I y la ciudad de Granada. Análisis a partir de la arqueología*. Granada, Eug, 2015.

Mantran, R.: *La expansión musulmana (siglos VII al XI)*. Barcelona, Labor, 1982.

Manzano Moreno, E.: *La corte del califa. Cuatro años en la Córdoba de los omeyas*. Barcelona, Crítica, 2019.

Martín Prieto, P.: *La Cultura en el occidente medieval. Una síntesis histórica*. Madrid, La Ergástula, 2013.

Martín Rodríguez, J. L.: "Trabajo y ocio en la España cristiana", en *Año mil, año dos mil. Dos milenios en la Historia de España*. Madrid, 2001, pp. 523-551.

Martínez Carrasco, C.: *El Oriente islamo-bizantino. Siria, Palestina y Egipto, 632-661*.Granada, Centro Estudios bizantinos, 2020.

Martínez Díez, G.: *El Cid histórico*. Barcelona, Planeta, 2007.

McCormick, M.: *Orígenes de la economía europea: viajeros y comerciantes en la Alta Edad Media*. Barcelona, Crítica, 2005t.

Mínguez, J. M.: *Las claves del periodo carolingio (723-879)*. Barcelona, 1991.

Miranda García, F.: *Breve historia de los godos*. Madrid, Nowtilus, 2015.

Mitre, E.: *La Guerra de los Cien Años*. Madrid, Historia i16, 1990.

Mitre Fernández, E. y Granda, C.: *Las grandes herejías de la Europa cristiana (380-1520)*. Madrid, Istmo, 1999 (2ª ed.).

Mitre Fernández, E.: *Las herejías medievales de oriente y occidente*. Madrid, Arco/Libros, 2000.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *La Iglesia en la Edad Media: una introducción histórica.* Madrid, Síntesis, 2003.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Fantasmas de la sociedad medieval. Enfermedad. Peste. Muerte.* Valladolid, Universidad, 2004.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Iglesia. Herejía y vida política en la Europa medieval.* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Ciudades medievales europeas. Entre lo real y lo ideal.* Madrid, Cátedra, 2013.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Desprecio del mundo y alegría de vivir en la Edad Media.* Madrid, Trotta, 2017.

MITRE FERNÁNDEZ, E.: *Morir en la Edad Media. Los hechos y los sentimientos.* Madrid, Cátedra, 2019.

MITTERAUER, M.: *¿Por qué Europa? Fundamentos medievales de un camino singular.* Valencia, Universidad de Valencia, 2008.

MONSALVO, J. Mª.: *Las ciudades europeas del Medievo.* Madrid, Síntesis, 1997.

MONTEIRA ARIAS, I. y OTROS: *Relegados al margen: marginalidad y espacios marginales en la cultura medieval.* Madrid, CSIC, 2009.

MORENTE PARRA, M.: *La imagen de la enfermedad en la Europa de la Baja Edad Media. Modelos sociales de enfermar.* Madrid, Delta Publicaciones, 2019.

MORSEL, J.: *La aristocracia medieval: la dominación social en Occidente (siglos X-XV).* Valladolid, Universidad de Valencia, 2008.

MULLETT, M.: *La cultura popular en la Baja Edad Media.* Barcelona, Crítica, 1990.

MULLETT, L.: *Las invasiones. Las oleadas germánicas.* Barcelona, Labor, Nueva Clío, nº 12, 1982 (2ª ed.), PDF, 2017.

MULLETT, L.: *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana.* Barcelona, Labor, 1982.

NARBONA VIZCAÍNO, R.: *La ciudad y la fiesta: cultura de la representación en la sociedad medieval (siglos XIII-XV),* Madrid, Síntesis, 2017.

NIETO IBÁÑEZ, J. Mª.: *Historia antigua del cristianismo.* Madrid, Síntesis, 2019.

NIETO SORIA, J. Mª.: *El Pontificado Medieval.* Madrid, Arco/Libros, 1996.

NIETO SORIA, J. Mª.: *La época medieval: iglesia y cultura.* Madrid, Itsmo, 2001.

NORWICH, J. J.: *Historia de Venecia.* Granada, Almed, 2003.

Novoa Portela, F. y Ayala, C. (coords.): *Las órdenes militares en la Europa medieval*. Barcelona, Lunwerg, 2005.

Ostrogorsky, D.: *Historia del Estado Bizantino*. Madrid, Akal, 1984.

Paul, J.: *Historia intelectual del Occidente medieval*. Madrid, Cátedra, 2003.

Pérez Priego, M. Á.: *Introducción a la historia del libro*. Madrid, UNED, 2020.

Pernaud, R.: *¿Qué es la Edad Media?* Madrid, Aldaba, 1979.

Pernaud, R.: *Para acabar con la Edad Media*. Palma de Mallorca, Olañeta, 1998.

Perroy, E.: *La Guerra de los Cien Años*. Madrid, Akal, 2013 (2ª ed.).

Phillips, J. R. S.: *La expansión medieval de Europa*. Madrid, FCE, 1994.

Phillips, J.: *La Cuarta cruzada y el saco de Constantinopla*. Barcelona, Crítica, 2005.

Pirenne, H.: *Las ciudades de la Edad Media*. Madrid, Alianza Editorial, 1975 (2ª ed.).

Pirenne, H.: *Mahoma y Carlomagno*. Madrid, Alianza, 2008.

Pognon, E.: *La vida cotidiana en el Año 1000*. Madrid, Temas de Hoy, 1991.

Pounds, N. J. G.: *Historia económica de la Europa medieval*. Barcelona, Crítica, 1981.

Power, D.: *El cenit de la Edad Media. Europa, 950-1320*. Barcelona, Crítica, 2006.

Price, N.: *Vikingos. La historia definitiva de los pueblos del norte*. Barcelona, Ático de los libros, 2020.

Procopio de Cesarea, *Historia secreta*. Juan Signes Codoñer (ed.). Madrid, Editorial Gredos, 2007.

Prodi, P.: *El soberano pontífice. Un cuerpo y dos almas: la monarquía papal en la primera Edad Modena*. Madrid, Akal, 2011.

Rábade, P.: *Las Universidades en la Edad Media*. Madrid, Arco/Libros, 1996.

Rapp, F.: *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*. Barcelona, Labor, 1973.

Reglero de la Fuente, C. M.: *Cluny en España: los prioratos de la provincia y sus redes sociales (1073-ca1270)*. León, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, 2008.

Reglero de la Fuente, C. M.: *Monasterios y monacato en la España Medieval*. Madrid, Marcial Pons, 2021.

RICHÉ, P.: *Gelberto. El Papa del año mil*. Hondarribia, Nerea, 1990.

RILEY-SMITH, J.: ¿Qué fueron las Cruzadas? Barcelona, Acantilado, 2012.

RIVERA QUINTANA, J. C.: *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*. Madrid, Nowtilus, 2008.

RODRÍGUEZ GARCÍA, J. M.: *La cruzada en tiempos de Alfonso X*. Madrid, Sílex, 2014.

ROSEN, W.: *El fin del Imperio romano. La Primera Gran Peste de la era global*. Barcelona, Paidós, 2008.

RUIZ-DOMÈNEC, J. E.: *El día después de las grandes epidemias*. Barcelona, Taurus, 2020.

RUNCIMAN, S.: *La caída de Constantinopla, 1453*. Madrid, Reino de Redonda, 2006.

RUNCIMAN, S.: *Historia de las Cruzadas*. Madrid, Alianza Editorial, 2008.

RUNCIMAN, S.: *Las Vísperas Sicilianas: una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*. Madrid, Reino de Redonda, 2009.

SALVATIERRA, V. y CANTO, A.: *Al-Andalus. De la invasión al califato de Córdoba*. Madrid, Síntesis, 2008.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sobre la música. Seis Libros*. Trad. de J. LUQUE MORENO y A. J. LÓPEZ, Madrid, Gredos, 2007.

SÁNCHEZ HERRERO, J.: *Historia de la Iglesia en España e Hispanoamérica, desde sus* inicios hasta el siglo XXI. Madrid, Sílex, 2008.

SANZ SERRANO, R.: *Historia de los godos: una epopeya histórica de Escandinavia a Toledo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2009.

SEIBT, F. y EBERHARD, W. (eds.): *Europa 1400. La crisis de la baja Edad Media*. Barcelona, Crítica, 1993.

SÉNAC, Ph.: *El Occidente medieval frente al Islam*. Universidad de Granada, 2011.

SERGI, C.: *La idea de Edad Media*. Barcelona, Crítica, 2000.

SOTO CHICA, J.: *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes (565-642)*. Granada, Centro de Estudios Bizantinos, 2012.

SOTO CHICA, J.: *Imperios y Bárbaros. La guerra en la edad oscura*. Madrid, Desperta Ferro, 2019.

SOTO CHICA, J.: *Los Visigodos. Hijos de un dios furioso*. Madrid, Desperta Ferro, 2020.

SPUFFORD, P.: *Dinero y moneda en la Europa medieval.* Barcelona, Crítica, 1991.

TENENTI, A.: *Florencia en época de los Médicis.* Madrid, Sarpe, 1985.

TENENTI, A.: *La formación del mundo moderno.* Barcelona, 1985.

TOLAN, J. V.: *Sarracenos. El Islam en la imaginación medieval europea.* Universidad de Valencia, 2007.

TORO CEBALLOS, F. y VIDAL CASTRO, F. (eds.): *Al-Andalus y el mundo cristiano. Relaciones sociales y culturales, intercambios económicos y aspectos jurídicos-institucionales.* Jaén, Universidad y Ayuntamiento, 2018.

TREADGOLD, W.: *Breve historia de Bizancio.* Barcelona, Paidós, 2001.

TREASE, G.: *Los condotieros, soldados de fortuna.* Barcelona, Ayma, 1977.

TUCHMAN, B. W.: *Un espejo lejano. El calamitoso siglo XIV.* Barcelona, Ed. Península, 2014.

TYERMAN, S.: *Las Cruzadas. Realidad y mito.* Barcelona, Crítica, 2005.

ULLMANN, W.: *Principios de gobierno y política en la Edad Media.* Madrid, Revista de Occidente, 1971.

ULLMANN, W.: *Historia del pensamiento político en la Edad Media.* Barcelona, Ariel, 2004.

VAUCHEZ, A.: *La espiritualidad del Occidente medieval (siglos VIII-XII).* Madrid, Cátedra, 1985.

VELASCO, M.: *Breve historia de los vikingos.* Madrid, Nowtilus, 2005.

VERDON, J.: *El amor en la Edad Media. La carne, el sexo y el sentimiento.* Barcelona, Paidós, 2008.

VERGER, J.: *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media.* Madrid, Universidad Complutense, 1999.

VEYNE, P.: *El sueño de Constantino. El fin del Imperio pagano y el nacimiento del mundo cristiano.* Barcelona, Paidós, 2008.

VIAJE DE EGERIA. Edición, traducción y prólogo de Carlos Pascual. La línea del Horizonte Ediciones, 2017.

VILLALBA SOLA, D.: *La senda de los Almohades.* Universidad de Granada, 2015.

VILLARROEL GONZÁLEZ, O.: *Los Borgia. Iglesia y poder en los siglos XV y XVI.* Madrid, Silonia, 2012.

VV.AA.: *En torno al Año Mil. Biografías de Historia de España.* Madrid, Cindoc, 2000.

VV.AA.: *La Edad Media en el cine*. Madrid, T&B Editores, 2007.

VV.AA.: *Adrianópolis*. Revista Desperta Ferro, Antigua y Medieval, nº 50, 2012.

VV.AA.: *La Guerra de los Cien Años (II). Poitiers*. Revista Desperta Ferro, Antigua y Medieval, nº 38, 2012.

VV.AA.: *La Italia de los condotieros*. Revista Desperta Ferro, Antigua y Medieval, nº 16, Madrid, 2013.

Wade, M.: *La mujer en la Edad Media*. San Sebastián, Nerea, 2003.

Wallace-Hadrill, J. M.: *El Occidente bárbaro, 400-1000*. Madrid, Sílex, 2014.

Wallace-Murphy, T.: *La herencia cultural del Islam en Occidente*. Barcelona, Blume, 2007.

Wickham, C.: *El legado de Roma: una historia de Europa de 400 a 1000*. Barcelona, Pasado y Presente, 2013.

Atlas históricos

Asenjo, Mª.: "Los atlas históricos", en *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios medievales 6 (1996)*, pp. 277-291.

Barraclough, G.: *El mundo. Gran atlas de historia. Tomo 3*. Barcelona, Ebrisa, 1985.

Bennet, M. y Hooper, N.: *Atlas ilustrado de la guerra en la Edad Media 782-1492*. Madrid, 2001.

Cantera Montenegro, E.: "III. Historia Medieval" en *Atlas histórico y geográfico universitario*. Madrid, UNED, 2006, pp. 85-122.

Claramunt, S., Ríu, M., Torres, C. y Trepat, C.: *Atlas de Historia Medieval*. Barcelona, Aymard, 1980.

Duby, G.: *Atlas histórico mundial*. Madrid, Larousse, 2001.

Echevarría, A. y Rodríguez, J. M.: *Atlas histórico de la Edad Media*. Madrid, Ed. Universitaria Ramón Areces, 2013 (2ª ed.).

Kinder, H. y Hilgemann, W.: *Atlas histórico mundial I. De los orígenes a la Revolución francesa*. Madrid, Akal, 2012.

Mackay, A. y Ditchburn, D.: *Atlas de la Europa medieval*. Madrid, Cátedra, 2011.

NICOLLE, D.: *Atlas histórico del mundo islámico*. Madrid, Edimat, 2006.

UBIETO, A.: *Los mapas históricos: análisis y comentario*. Zaragoza, Universidad, 1987.

Colecciones de textos

AYALA, C. DE: "Antología de textos y docencia universitaria", en *Medievalismo. Boletín de la Sociedad de Estudios Medievales* 5 (1995), pp. 315-328.

FALCÓN, I. y OTROS: *Antología de textos y documentos de la Edad Media. I. El Occidente europeo*. Valencia, Anubar, 1980.

LARA, F. y RABANAL, M. A.: *Comentario de textos históricos. Método y recopilación*. Lérida, Dilagro, 1977.

LOZANO, A. y MITRE, E.: *Análisis y comentarios de textos históricos I. Edad Media*. Madrid, Alhambra, 1979.

MITRE, E.: *Textos y documentos de época medieval (análisis y comentario)*. Barcelona, Ariel, 2011.

RÍU, M. y OTROS: *Textos comentados de época medieval (ss.V-XII)*. Barcelona, Teide, 1982 (2ª ed.).

UBIETO, A.: *Ideas para comentar textos históricos*. Zaragoza, Universidad, 1992.